EL VALLE DE LA LUNA

Jack London

Jack London

El valle de la Luna

BajaLibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-34-0269-2

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

Encontralos acá

LIBRO PRIMERO

I

-Escuchas, Saxon? Ven aquí. ¿Y qué sucedería si fuesen los albañiles? Allí tengo amigos que son verdaderos caballeros, al igual que tú. Vendrá la banda de Al Vista, y ya sabes que toca como el cielo. Y sobre todo a ti te gustará, que bailas...

Muy cerca de ellas, una mujer corpulenta y madura cortó las insinuaciones de la muchacha. Era una mujer de espaldas móviles, abultadas y deformes, y comenzó a agitarse convulsivamente.

-¡Dios! -gritó-. ¡Oh, Dios!

Echaba miradas salvajes hacia los costados de la habitación de paredes descoloridas, llena de calor y muy sofocante por el vapor que se escapaba de las telas mojadas, que eran alisadas por las planchas encendidas, manejadas por numerosas mujeres. Parecía un animal acorralado. Las rápidas miradas de sus compañeras de labor se clavaron en ella. Hasta ese instante habían agitado firmemente los hierros a bastante velocidad, y entonces el trabajo y la eficiencia se resintieron. El grito que había lanzado esa mujer produjo un efecto semejante a una pérdida de dinero, entre aquellas planchadoras de ropa almidonada que trabajaban a destajo.

Después de un esfuerzo visible, la muchacha se reprimió, y la plancha se detuvo sobre el vestido humedecido, de delicados volados, que estaba extendido sobre la mesa.

-¡Y suponía que ella ya lo tenía de nuevo! ... ¿No creías lo mismo? -dijo la joven.

-Es una vergüenza ... Es una mujer de edad y de cierta condición ... -respondió Saxon, mientras alisaba el vuelo de un encaje con la plancha de rejilla. Sus movimientos eran delicados, rápidos y seguros, y aunque su rostro estaba pálido por la fatiga y el calor abrumador, sin embargo no había lentitud en el ritmo de su tarea.

-Y ella tiene siete, y dos en el reformatorio -se mofó patéticamente la otra con una voz llena de simpatía y condolencia-. Pero mañana debes venir al Weasel Park, Saxon. Los albañiles son siempre alegres: grandes forzudos y apostadores, verdaderos danzarines irlandeses. .., y todo lo demás. Y el piso del pabellón es magnífico.

Pero la mujer de edad madura interrumpió nuevamente. Dejó caer la plancha sobre el talle de la falda que en ese momento tenía entre las manos, se agarró de la mesa, la sacudió al tiempo que cedían sus piernas y caderas, se agitó como una bolsa medio vacía, y el chillido prolongado se elevó en la atmósfera enrarecida de la habitación como una consecuencia lógica del acre olor a tela quemada. Las mujeres de las mesas vecinas se abalanzaron hacia la plancha encendida para salvar la tela, y sólo después hacia la mujer, al mismo tiempo que la encargada avanzaba con gesto enconado. Las mujeres que estaban más lejos continuaron con su trabajo, despreocupadamente, y sólo hubo una interrupción de un minuto en el trabajo de la sala de planchado.

-Eso es suficiente como para hacer reventar a un perro -dijo la muchacha al tiempo que descargaba la plancha sobre el pie de hierro, llena de una resolución audaz-. La vida de las muchachas que trabajan no es lo que se dice por ahí. Plantaré. . . , sí, eso es lo que haré.

-¡Mary! -Saxon pronunció el nombre de la otra con una voz que denotaba un profundo reproche, y dejó descansar su plancha para acentuar la reconvención, perdiendo así más de una docena de movimientos.

La otra la miró como si estuviera asustada.

-No lo dije con intención -gimoteó-. Palabra que no fue así. Nunca tomaré ese camino. Pero lo dejo a tu criterio y algún día ya verás si no te ataca los nervios. ¡Escucha eso!

La mujer que estaba sobre el suelo pataleaba con los tacones y chillaba persistente y monótonamente como si fuera una sirena mecánica. Dos mujeres la sostenían por debajo de los brazos y la arrastraban hacia un rincón. Pataleaba y chillaba mientras la llevaban a lo largo del cuarto. Se abrió la puerta y penetró un vasto rumor de máquinas. El pataleo y los chillidos quedaron sepultados debajo el estrépito. La puerta se cerró inmediatamente. De todo aquel suceso sólo quedaba el olor a tela quemada que llenaba pesadamente todo el ambiente.

-Esto enferma -dijo Mary.

Y a partir de ese instante, y durante largo tiempo, las planchas se elevaban y descendían, y no retardaron más el ritmo de la labor. La encargada rondaba por todos lados, atenta a cualquier nuevo estallido de nervios o de histeria. De vez en cuando alguna planchadora perdía el ritmo, hacía una pausa o suspiraba, e inmediatamente reanudaba el trabajo dando la

sensación de hallarse verdaderamente cansada. El largo día de verano se desvanecía, pero el calor no disminuía, y el trajín prosiguió bajo el duro brillo de la luz eléctrica.

A eso de las nueve de la noche una de las mujeres se disponía a regresar a su hogar. La montaña de almidón de planchar había sido saqueada, salvo algunos restos que quedaban aquí y allá, sobre las mesas; donde las planchadoras seguían trabajando.

Saxon terminó antes que Mary, y al salir se detuvo frente a la mesa de aquélla.

-Es noche de sábado y ya se fue otra semana más -dijo la que quedaba, con un tono apesadumbrado. Sus mejillas jóvenes estaban pálidas y hundidas; sus ojos negros, sombreados de azul, cansados-. ¿Cuánto crees que has hecho, Saxon?

-Doce y un cuarto -fue la respuesta. En la voz había un dejo de orgullo-. Y hubiera trabajado más si no fuese por ese montón de almidonadoras.

-Oh, y yo que pensaba ganarte -la felicitó Mary-. De verdad que te apuras bastante, simplemente lo devoras todo. Yo . . ., apenas si tengo diez y medio, y todo esto durante una

semana dura ... Te veré en la Cuarenta y Nueve. Ahora es seguro. Daremos unas cuantas vueltas por allá hasta que comience el baile. Algunos de mis caballerescos amigos andarán por allí durante la tarde.

A dos cuadras del lavadero; debajo del arco voltaico de la luz eléctrica, se destacaba el contorno de un conjunto de guapos que estaban estacionados en la esquina. Saxon apuró el paso. Inconscientemente su rostro se contrajo y el cuerpo se endureció al pasar por allí. No llegó a escuchar los comentarios, pero las groseras risotadas hicieron que los adivinara, y entonces se le encendieron las mejillas, llena de resentimiento. Dos cuadras más arriba, se volvió hacia la izquierda, y en seguida hacia la derecha, y avanzó a través de la noche que era cada vez más fresca. A los costados se erguían las casas de madera de los trabajadores, que parecían desvencijadas por el tiempo. La pintura era horrible por el polvo acumulado durante años y años. Sólo eran notables por su fealdad y su aspecto ordinario.

A pesar de la oscuridad no se equivocó, y recibió la bienvenida de la puerta rechinante y hundida del frente de la casa, que era muy familiar para ella. Avanzó por el estrecho pasillo hacia los fondos y caminó sin pisar en falso, aunque conscientemente no pensaba en nada mientras avanzaba. Entró en la cocina donde oscilaba la luz de un pico de gas solitario. Lo abrió hasta el máximo. Era un recinto pequeño, y no estaba desordenado simplemente porque no había muebles. El yeso del cielo raso, descolorido por el vapor de los alimentos, estaba cruzado por grietas producidas durante el gran terremoto, la primavera pasada. El piso tenía hendiduras, grandes huecos, y estaba desnivelado; la parte exterior del horno, completamente deshecha, había sido reparada por medio de una lata vacía de cinco galones, fijada con ayuda de un martillo. Una pileta, un soporte para las toallas, varias sillas y una mesa de madera completaban el ambiente. Al acercar una silla a la mesa, debajo de sus pies crujió una cáscara de manzana. Sobre el hule estaba la cena. Quiso probar los porotos fríos y cubiertos de grasa, pero tuvo que renunciar a hacerlo y se contentó con una rebanada de pan con manteca.

La vacilante casa se conmovió bajo el peso de unos pies que caminaban sin ninguna altanería. Por la puerta interior entró Sara. Era de edad mediana, tenía el pecho hinchado, los cabellos alisados, y el rostro parecía preocupado y petulante.

-¡Oh, eres tú! -saludó gruñendo-. Simplemente, no pude mantener las cosas calientes. ¿Qué día! Casi me muero de calor. El pequeño Henry se cortó un labio terriblemente. El doctor le dio cuatro puntadas.

Se acercó más aún y permaneció rígida e imponente junto a la mesa.

-¿Qué pasa con los porotos? -le dijo severamente.

-Nada, sólo que...

-Saxon ahogó un suspiro y evitó de esa manera el estallido que se avecinaba-. Sucede que no tengo apetito.

Con resolución probó apenas un sorbo de té frío. Parecía ácido por el tiempo que ya llevaba preparado. Lo tragó rápidamente, bebiendo el resto de la taza ante la mirada de su cuñada. Se secó los labios con un pañuelo y se puso de pie.

-Me parece que me voy a la cama.

-Me asombra que no concurras a un baile -se mofó Sara-. Resulta cómico que todas las noches regreses muerta de cansancio, y sin embargo siempre puedes bailar hasta horas increíbles.

Saxon quiso responderle en seguida. Apretó los labios pero no se pudo contener y,

perdiendo el dominio de sí misma, estalló:

-¿Nunca fuiste joven?

Sin esperar la respuesta se volvió hacia su dormitorio que se abría directamente sobre la cocina. Era una habitación reducida de ocho pies por doce. El terremoto había dejado sus señales en el cielo raso. El mobiliario estaba formado por una cama y una silla de pino ordinarias y una cómoda muy antigua. Durante toda su vida había conocido esa cómoda. Se hallaba entrelazada con sus primeros recuerdos. Sabía que ese mueble había acompañado a sus gentes en la travesía de las llanuras y sobre una barcaza. Era sólida, de caoba. Uno de los costados estaba roto y mostraba resquebrajaduras por un vuelco de carretera, cuando lo transportaban hacia Rock Canyon. Tenía una perforación de bala que había sido taponada, y que decía bien a las claras de las luchas con los indios en Little Meadow. La madre le había contado todo eso. También le dijo que ese mueble había llegado de Inglaterra, aún antes de la fecha del nacimiento de Jorge Washington.

Encima de la cómoda había un espejo pequeño y, encajados en marcos, retratos de hombres y de mujeres jóvenes que parecían grupos de una fiesta campestre: tenían los sombreros echados hacia atrás y los mozos rodeaban con sus brazos a las muchachas. Más lejos colgaba un calendario. Sobre las paredes había numerosos anuncios comerciales y en colores; y también dibujos arrancados de revistas. La mayor parte de los dibujos eran de caballos. De la cocina de gas colgaba un montón de programas de bailes llenos de marcas.

Saxon comenzó a despojarse del sombrero, pero bruscamente se sentó sobre la cama. Estaba sollozando muy suavemente, como si temiera algo, cuando la puerta, que estaba apenas cerrada, se abrió sin producir ningún ruido y la joven se sorprendió al escuchar la voz de su cuñada.

-¿Qué te pasa, ahora? Si es por los porotos . . .

-No, no -respondió Saxon atropellándose al hablar-. Lo que sucede es que estoy cansada, eso es todo, y además tengo los pies doloridos. No tengo apetito, Sara. Estoy rendida, simplemente.

-Si estuvieras en esta casa -le respondió- cocinando, horneando, lavando y teniendo que enfrentar a todo lo que hay aquí, entonces sería razonable que te sintieras cansada. Y tendrías más de un disgusto. Pero no tienes más que esperar -estalló Sara-. Aguarda, simplemente, y algún día serás lo bastante necia como para casarte, igual que yo, y entonces recibirás tu pago. .., y todo será hijos y más hijos, y ya no habrá más bailes, ni medias de seda, ni tres pares de calzado al mismo tiempo. Tendrás una fiesta. . ., y nadie se ocupará de tu personita .. ., y tampoco habrá jóvenes encanallados que te echen miraditas y que te digan los lindos, ojos que tienes. ¡Bah!, algún hermoso día de tu vida agarrarás a alguno de ésos, y entonces, cuando se presente la ocasión, quizás muestres un ojo negro para variar.

-No digas eso, Sara -protestó Saxon-. Mi hermano nunca puso las manos encima tuyo. Lo sabes bastante bien.

-Da lo mismo. Nunca tuvo la desvergüenza de hacerlo. De cualquier manera es de mejor clase que esa turba de guapos con quienes tú te juntas, aunque no gane lo bastante para darle a su mujer tres pares de zapatos a la vez. Igualmente, lucha y se porta mejor que esa banda de canallas; y ninguna mujer decente lo golpearía por un par de zapatos. No puedo entender cómo es que no has tenido ningún tropiezo durante este tiempo. Quizás la nueva generación sea más inteligente en estas cosas..., no sé. Pero lo que sé bien es que una mujer que tiene tres pares de zapatos no piensa en otra cosa que en su placer, y puedo asegurarte que lo obtendrá. Cuando yo era muchacha esas cosas no ocurrían. Mi madre me hubiera sacado el cuero si hubiese hecho las cosas que haces tú. Y estaba en lo cierto, de la misma manera que es malo todo lo que pasa ahora en el mundo. Mira a tu hermano, rondando los mitines socialistas, mascando aire caliente, pagando cuotas extras por una huelga de la unión obrera, que es lo mismo que parí quitado de la boca de sus hijos, en vez de quedar bien con sus patrones. Porque con las cuotas que paga podría hasta tener diecisiete pares de zapatos, si yo fuese tan deschavetada como para quererlos. Recuerda lo que te digo: algún día él tendrá lo que se merece y entonces ¿qué haremos nosotros? ¿Qué haré con cinco bocas para alimentar y sin ninguna entrada?

Hizo una pausa, casi sin aliento; pero ya estaba impaciente por volver a empezar.

-Oh, Sara, ¿no quieres cerrar la puerta? -le rogó Saxon.

La puerta fue cerrada con violencia y, de inmediato, Saxon comenzó a sollozar nuevamente. Pudo escuchar cómo su cuñada daba vueltas pesadamente en la cocina y hablaba en voz alta

consigo misma.

II

Cada una compró su propio billete en la entrada del Weasel Park y, al entregar el medio dólar, tuvo la certeza absoluta del número de piezas almidonadas que representaba aquella moneda.

Era demasiado temprano para el grueso de la gente, pero los albañiles con sus familias ya estaban en marcha, e iban cargados con enormes cestas para la merienda y con montones de bebés... ; sí, era una saludable raza de rudos trabajadores. bien pagados y fuertemente nutridos. Y junto a ellos, mal disimulados dentro de sus vestimentas yanquis, más flacos y petisos, maduros no sólo por la edad sino también por los malos tiempos y las penurias sufridas, estaban los abuelos y las madres que habían visto por primera vez la luz en el viejo solar irlandés. Sus rostros daban la impresión de alegría y de orgullo, al mismo tiempo que se enternecían ante su progenie llena de vitalidad y bien alimentada.

Mary y Saxon no pertenecían a esa clase de gente. Tampoco los conocían ni había ninguna relación con ellos. No tenía ninguna importancia, que el festival fuera irlandés, alemán o eslavo; tampoco si la fiesta al aire libre era de los albañiles, de los cerveceros o de los carniceros. Ellas, las muchachas, formaban la multitud danzante que aumentaba los ingresos de los festivales en una proporción constante y considerable.

Vagaron delante de los puestos donde se trituraba maní y se cocía el maíz dulce que se preparaba para la jornada. Continuaron el camino hasta llegar al pabellón de baile. Examinaron el piso. Saxon se prendió de un imaginario compañero de baile y ensayó lentamente unos pasos de vals. Mary palmoteó.

-Oh, -exclamó-, verdaderamente eres grande. Y ellos todavía están empaquetando sus duraznos.

Saxon sonrió, agradecida. Extendió el pie dentro del calzado aterciopelado, de tacones altos y cubanos, y recogió ligeramente la falda apretada y negra, que le permitió exhibir un precioso tobillo y la delicada morbidez de la parte posterior del comienzo de la pierna, y entonces la carne blanca brilló a través de las medias negras de seda fina y sutiles, de cincuenta centavos. Era delgada pero no alta, aunque poseía las líneas redondeadas de la mujer. Su talle blanco estaba adornado con un jabot plegado, de encaje común, y sujeto con un alfiler muy novedoso, imitación coral. En el busto lucía una bonita chaquetilla con mangas hasta los codos, y los brazos estaban cubiertos con guantes de imitación Suecia. El toque más personal de su toilette estaba en la escasa cantidad de rulos, reacios a dejarse ondular, que escapaban por debajo del sombrerito vulgar de terciopelo negro, inclinado sobre los ojos.

Ante el espectáculo que veía, los ojos negros de Mary relucieron, y después de dar un paso breve y rápido la tomó en sus brazos y la besó en un arrebato. Después la soltó, sonrojada ante su propia acción.

-Me gustas -le gritó exhausta-. Si yo fuera hombre no podría apartar mis manos de ti. Te comería con toda seguridad.

Siempre unidas de las manos salieron del pabellón y marcharon debajo del brillo del sol, agitando las manos alegremente, como si fuera una respuesta frente a la semana del trabajo mortal. Se entretuvieron delante de la reja que cerraba la jaula del oso, apenas temblorosas ante el enorme prisionero. Luego se rieron diez minutos seguidos delante de la jaula del mono. Cruzando un espacio libre, se acercaron a la pequeña pista de carreras, donde tendrían lugar los encuentros durante las primeras horas de la tarde. Después, exploraron los bosques, avanzaron por numerosos senderos y descubrieron mesas rústicas pintadas de verde y bancos en rincones sombreados, muchos de los cuales ya habían sido reservados para familias. Sobre una pendiente verde rodeada de árboles extendieron un periódico y se sentaron sobre el suelo seco bajo el sol de California. Se decidieron a hace esto por el gran cansancio que sentían después de seis días de ajetreo constante y, también, para reunir fuerzas ante el baile que se avecinaba.

-Es casi seguro que vendrá Bert Wanhope -dijo Mary-. Y seguramente traerá consigo a Billy Roberts..., "Billy el Grande", como le llaman los muchachos. Es un muchacho grande,

simplemente, pero es muy fuerte. Es boxeador y todas las muchachas andan detrás de él. A mí me da miedo. No es muy rápido para hablar. Se parece a ese oso grande que vimos. ¡Brrrrr!. . ., que puede comerte la cabeza, así... No es un boxeador, real. mente. Pertenece a un equipo..., creo que de la unión. Es conductor de Corberly y Marrison. Pero algunas veces pelea en los clubes. Casi todos los muchachos le tienen miedo. Tiene mal carácter, y da golpes

con la misma facilidad con que come, de la misma manera. No te gustará, pero sin embargo es un magnífico bailarín. ¿Sabes?, es lento, y lo único que hace es escurrirse y deslizarse alrededor. De cualquier manera tendrás que bailar una pieza con él. También le gusta gastar bastante. No es de los que pellizcan..., pero, oh, tiene un carácter...

La conversación, que se había convertido en un monólogo de Mary, comenzó a languidecer, y siempre se refería a Bert Wanhope.

-Me parece que tú y él están muy... juntos -se aventuró a decir Saxon.

-Me casaría con él mañana mismo -dijo Mary impulsivamente. Después, el rostro se le ensombreció como si estuviera desalentada, endurecido por la emoción que le producía lo irremediable-. Pero él nunca me lo propuso. El... -la pausa fue rota por un súbito apasionamiento-. Obsérvale, Saxon, si es que alguna vez se pone a bromear cerca tuyo. No es bueno. Pero de cualquier manera me casaría con él mañana mismo. Nunca me conseguirá de otra manera -abrió la boca, pero en vez de hablar suspiró largamente-. Este mundo es divertido ¿no es cierto? -añadió-. Se parece a un chillido. Lo mismo que todas las estrellas y los mundos. No sé dónde se oculta Dios.

Bert Wanhope dice que no hay Dios. Pero él es terrible, casi. Dice cosas bárbaras. Yo creo en Dios. ¿Y tú, no? ¿Qué piensas de Dios, Saxon?

La otra joven se encogió de hombros y rió.

-Pero si hacemos mal tendremos lo nuestro ¿no es así? --insistió Mary-. Al menos, eso lo dicen todos, todos menos Bert. Dice que todo le tiene sin cuidado, y que nunca recibirá un castigo porque cuando muera estará bien muerto y nada más. y estando muerto le gustaría ver a alguno que le haga algo, que le haga levantarse. ¿Y eso no es terrible, a pesar de todo? Pero, ¡es tan divertido! A veces me asusto cuando pienso que Dios me mira constantemente durante todo el tiempo. ¿Crees acaso que sabe lo que estoy diciendo ahora? De cualquier manera; ¿qué piensas tú de todo esto?

-No sé -le respondió Saxon-. Es una pregunta cómica, simplemente.

-¡Oh! -exclamó la otra.

-El es siempre lo mismo, según dicen -dijo Saxon firmemente-. Mi hermano cree que se parece a Abraham Lincoln. Sara piensa que tiene barba.

-Y yo nunca me lo imaginé con una raya en los cabellos -se atrevió a decir Mary al mismo tiempo que temblaba de aprensión-. No puede usar el pelo partido. Sería ridículo.

-¿Conoces al pequeño mejicano con arrugas, el que vende juegos de alambre? -le preguntó Saxon-. Bueno, siempre me recuerda a Dios.

Mary rió largamente.

-Es muy gracioso. Nunca lo había imaginado así. ¿Cómo se te ocurrió?

-Bueno, de la misma manera que el mejicano, parece que siempre está distribuyendo juegos para probar la paciencia. Nos entrega un rompecabezas a cada uno y nos pasamos la vida tratando de resolver el problema. Y todos quedamos cansados. I' o, al menos, no puedo descifrar el mío. No se me ocurre por dónde empezar. Y date cuenta del rompecabezas que le entregó a Sara. Y ella es parte del rompecabezas de Tom, lo que complica

el asunto. Y todos ellos, y todos los que conozco, lo mismo que tú, son partes de mi rompecabezas.

-Tal vez eso de los rompecabezas esté muy bien -dijo Mary-. Pero Dios no se parece a ese sucio. En eso no caerá nunca. Dios no se parece a nadie. ¿No recuerdas que en la pared del Ejército de Salvación está escrito "Dios es espíritu"?

-Ese es otro de los rompecabezas, porque sospecho que nadie sabe a qué se parece un espíritu.

-También esto es cierto -Mary se agitó algo, como si su temor hubiese recrudecido-. Cada vez que trato de pensar en Dios como espíritu, puedo ver a Hen Miller envuelta enteramente en una sábana y corriendo a las muchachas. No sabíamos que era ella y nos asustaba hasta la muerte. La pequeña Maggie Murphy se desmayó muerta de miedo, y Beatriz Peralta se cayó y se deshizo horriblemente la cara. Cuando pienso en un espíritu, todo lo que se me ocurre es una sábana blanca corriendo en la oscuridad. Pero es lo mismo. Dios no se parece al mejicano y tampoco lleva los cabellos partidos.

Un rumor de música llegó desde el pabellón de baile, y ambas muchachas se pusieron repentinamente de pie, gritando casi. -Antes de comer podemos bailar un par de piezas -propuso Mary-. Entonces ya estaremos en el mediodía y los muchachos vendrán acá. La

mayoría son comilones, y es por eso que no vienen antes: quieren verse libres de invitar a las muchachas. Pero Bert es muy suelto con su dinero, de la misma manera que Billy. Tal vez les ganemos en esto a las otras muchachas y nos lleven al restorán. Vamos, apúrate, Saxon.

Cuando llegaron al salón había pocas parejas y las dos jóvenes ensayaron juntas el primer vals.

-Ahí está Bert -dijo Saxon, cuando comenzaron a bailar por segunda vez.

-No te fijes en ellos -le respondió Mary en voz baja-. Vamos a seguir como si no pasara nada. 1\'o deben pensar que andamos detrás de ellos.

Pero Saxon se dio cuenta que la otra tenía las mejillas encendidas, y también que su respiración era más acelerada.

-¿Y al otro no lo ves? -le preguntó Mary mientras sostenía a Saxon en la vuelta larga, casi sobre el extremo del pabellón-. Es Billy Roberts. Bert me dijo que vendría. Te llevará a comer y Bert hará lo mismo conmigo. Será un día magnífico, ya lo verás. ¡ Oh, sólo deseo que siga la música hasta que lleguemos hasta el otro extremo.

Dos seres llenos de vida, danzando muy bien, bailaban en ese lugar con un verdadero afán por atrapar al hombre y la comida. Ambas se mostraron inocentemente sorprendidas cuando la música las acercó al sitio donde deseaban estar.

Bert y Mary se saludaron por sus nombres respectivos, pero para Saxon, Bert era el "señor Wanhope", si bien él la llamó por su primer nombre. La única presentación que se realizó fue entre Saxon y Billy Roberts. Mary los presentó rápida y despreocupadamente.

-El señor Roberts... la señorita Brown. Es mi mejor amiga. Su nombre es Saxon. ¿No parece un chillido?

-A mí me suena bien -respondió Billy, con el sombrero en una mano y tendiendo la otra-. Muy complacido en conocerla, señorita Brown.

Al estrechar su mano, ella sintió las callosidades de la palma del púgil, y sus ojos, rápidamente, vieron una veintena de cosas. Lo que él vio, sobre todo, fueron los ojos de ella, que le parecieron azules. Recién mucho más tarde se dio cuenta de que eran grises. Por el contrario, desde un principio la joven observó los ojos del muchacho tal cual eran..., de un azul profundo, grandes y simpáticos, con algo de juvenil y de sombrío. Vio que miraban directamente, y eso le agradó, de la misma manera que la impresión que recibió al tocar su mano. También, pero no con mucha claridad, había observado la nariz corta y chata, el rosado de sus mejillas, el labio superior y firme, y su mirada se sintió deleitada al instante por la boca bien modelada, grande y limpia, y también por la sonrisa de sus grandes labios rojos y de sus dientes de blancura envidiable... "Un muchacho, un muchacho grande como un hombre", pensó ella. Y sonriéndose interiormente, cuando apartaron las manos se sorprendió ante un reflejo de sus cabellos cortos, crespos, arenosos, un reflejo pálido y dorado, de un color de lino que no se parecía en nada al del oro.

Era tan rubio que en seguida recordó a los personajes teatrales que había visto: Ole Olson y Yon Yonson. Pero la semejanza terminaba ahí. Sólo era el color del pelo, ya que los ojos tenían pestañas. oscuras y grandes cejas, ojos nebulosos por el temperamento y no por la mirada de niño asombrado, y también adivinó inmediatamente que el traje liso y marrón que llevaba era de medida, y en seguida se dijo: "Ni un céntimo menos de cincuenta dólares". Además, no tenía nada de la timidez del inmigrante escandinavo. Al contrario, era uno de esos individuos que mostraba su elegancia muscular a pesar de las sosas vestimentas masculinas de la gente civilizada. Cada uno de sus movimientos era flexible, lento, aparentemente medido. Ella no lo notaba ni lo analizaba- Sólo veía a un hombre que tenía porte y gracia en sus movimientos. Sintió la calma y la seguridad de ser juego muscular, y también presintió el reposo y la tranquilidad tan gratos y anhelados por alguien que se pasa seis días a la semana planchando prendas almidonadas. De la misma manera que había sido agradable la sensación de la mano- también lo era ese sentimiento sutil de un cuerpo y una mente que llegaban hasta ella.

Al recoger el programa y juguetear y gastar bromas como, si fuera un hombre joven, Saxon comprendió al instante el deleite, que sentía por él. Nunca había sido tan impresionada por ningún hombre. Y se preguntaba: "¿Será éste el hombre?"

Bailaba de una manera encantadora. El goce que experimentaba era el de los buenos bailarines cuando encuentran a una buena compañera de baile. Había gracia en esa lentitud, en ciertos músculos que se desplazaban al mismo tiempo que el ritmo de la música... Nunca vacilaba, jamás lo traicionaba la indecisión. La joven echó una mirada en dirección a Bert, que

danzaba pesadamente con Mary, deslizándose a lo largo del salón y chocando con las otras parejas cada vez más numerosas. Elegante a su manera, delgado y alto, sin barriga, Bert era considerado como un buen bailarín. Sin embargo, Saxon no recordaba haber sentido placer al bailar con él. Un ligero sacudimiento estropeaba su baile continuamente, algo que nunca se producía pero que siempre estaba amenazando. Era como si su mente tuviera algo espasmódico. Era demasiado rápido o , parecía que esa amenaza se cernía siempre, que se adelantaba al momento preciso. Producía inquietud, desasosiego.

-Usted es un ensueño bailando -le dijo Billy Roberts-. Ya muchos me han contado cómo baila usted.

-Me encanta bailar -le respondió ella.

Pero por la manera como lo expresó, él advirtió su reticencia para hablar, y entonces bailaron en silencio, al mismo tiempo que la joven se sentía estimulada ante esa amable consideración. Y eso era algo muy raro en la vida que estaba acostumbrada a hacer. "¿Ese será el hombre?", volvió a preguntarse. Recordó lo que Mary había dicho: "Me casaría con él mañana mismo", y de pronto se encontró a sí misma cavilando sobre su casamiento con Billy Roberts al día siguiente..., en el supuesto caso que él la solicitara.

Con los ojos llenos de ensoñación que deseaban cerrarse, giraba y giraba en brazos del joven, bajo la presión dominante que la guiaba. ¡Un boxeador! Y experimentó una sensación malévola al pensar en lo que Sara podría decir si la viera en ese lugar. Pero él no era un profesional, sino integrante de un equipo.

Fue necesario hacer un paso largo, y la presión que la guiaba se hizo más firme, y entonces se sintió levantada en alto y casi arrastrada a lo largo, pero sin que sus pies calzados de terciopelo abandonaran el suelo que pisaban- Luego adoptaron un paso más corto y nuevamente ¡u¿ dueña de sí misma, sostenida levemente por él, de tal manera que hizo posible que se miraran en los ojos, directamente, hasta que rieron y estallaron llenos de gozo. Finalmente, cuando la orquesta ejecutó los últimos acordes, también fueron aminorando la velocidad del ritmo, y la danza se desvaneció al mismo tiempo que la música dando en una vuelta prolongada que cesó justamente con el acorde final.

-Verdaderamente, tratándose de bailes, creo que hemos sido hechos el uno para el otro -le dijo él, mientras se abrían paso entre la gente para llegar hasta la otra pareja.

-Es como un sueño -respondió ella.

El tono de su voz era tan bajo que él se inclinó para escuchar, y entonces percibió el suave enrojecimiento de sus mejillas, que se comunicaba a sus ojos, cálidos y sensuales. Tomó él programa de las manos de ella, y gravemente, con rasgos enormes, escribió su nombre a través de toda la hoja.

-Ahora esto ya no tiene razón de ser -se atrevió a decir-. No hay necesidad de esto.

Lo rompió y lo echó a un lado.

-Yo y usted, Saxon, en la pieza que sigue -fue el saludo de Bert cuando ellos se acercaron-. Tú bailarás con Mary en la vuelta siguiente, Billy.

-No hay nada que hacer -dijo él en respuesta-. Saxon y yo estamos pegados hasta el fin del día.

-Ten cuidado con él, Saxon -dijo Mary, fingiendo seriedad-. Es capaz de triturarte.

-Creo que sé lo que es bueno cuando lo veo -respondió Billy con galantería.

-Lo mismo digo -asintió Saxon, apoyándolo.

-La reconocería hasta en la oscuridad -agregó el joven.

Mary los contemplaba evidentemente alarmada, y Bert dijo bien dispuesto:

-Todo lo que se me ocurre decir, es que ustedes no pierden el tiempo mientras están juntos. Pero si pueden distraer unos cuantos minutos después de dar unas vueltas más, Mary y yo nos sentiríamos halagados si comen con nosotros.

-Eso, justamente -asintió Mary.

-Déjense de hacer bromas -rió Billy al mismo tiempo que se volvía para clavar sus ojos en los de Saxon-. No les preste atención. Lo que sucede es que están fastidiados porque tienen que bailar juntos. Bert es una verdadera calamidad para el baile, y Mary tampoco es gran cosa. Vamos, que ya comienza. Los veremos después de bailar dos piezas.

III

Almorzaron al aire libre en un comedor que tenía árboles en vez de paredes, y Saxon observó que Billy pagó por los cuatro. Conocían a mucha gente de las otras mesas, y los saludos y las bromas iban y venían. Bert parecía muy dueño de Mary, hasta llegar a ser casi insolente. Por ejemplo, hacía descansar su mano sobre la de ella, y la atrapaba y la retenía, y en un momento determinado le arrancó dos anillos que ella tenía y durante largo rato se negó a devolvérselos. A veces, cuando le rodeaba la cintura con el brazo, Mary se zafaba rápidamente. En vez, en otras ocasiones, simulaba estar enojada pero le permitía abrazarla.

Saxon hablaba poco y observaba muy fijamente a Billy Roberts. Se complacía pensando que él haría las cosas de una manera muy diferente..., si es que alguna vez tenía ocasión de hacerlas. De cualquier manera, nunca molestaría a una muchacha del modo como lo hacían Bert y muchos otros. Con la mirada trató de medir la -amplitud de los hombros de Billy.

-¿Por qué le llaman el "Gran Billy"? -le preguntó ella-. Usted no es tan alto . . .

-No -asintió él-. Sólo tengo cinco pies, ocho y tres cuartos. Sospecho que debe ser por el peso.

-Pelea con ciento ochenta -interrumpió Bert.

-Oh, termina de una buena vez -respondió rápidamente Billy con una mirada que tenía una fugaz expresión de desagrado-. No soy pugilista. Hace más de seis meses que no peleo. Lo abandoné. Eso no trae satisfacciones.

-Ganaste doscientos dólares la noche que dejaste mal a "Cuchillo Frisco" -insistió Bert elogiosamente.

-Bueno, basta con eso por ahora... óigame, Saxon, usted no es muy grande, ¿verdad?, pero está hecha exactamente como lo desearían todos, Es redondeada y al mismo tiempo delgada. Apuesto a que podría adivinar cuánto pesa.

-Todo el mundo está preocupado con eso -dijo la joven al mismo tiempo que se sentía íntimamente sorprendida, complacida y pesarosa porque él ya no peleaba más.

-Yo no -respondió él-. Soy como un mago que adivina pesos. Míreme -la contempló simplemente con mirada de crítico, y ella, calurosamente, aprobó con la mirada-. Aguarde un minuto.

Se inclinó sobre ella y le apretó los músculos del brazo. La presión de los dedos era firme y honesta, X Saxon sintió cierto deleite ante esto. Había un indefinido embrujo en ese hombre-muchacho. Si hubiese sido Bert u otro hombre quien le palpara el brazo, se habría sentido irritada. Pero este hombre... "¿Es el hombre?", se preguntaba cuando él terminó de sacar sus conclusiones.

-Sus ropas no pesan más que siete libras. Y siete..., a ver..., diremos que ciento veintitrés..., ciento dieciséis libras es su peso sin ropas...

Al oír esto, Mary exclamó con un agudo reproche:

-¡Billy Roberts, la gente no habla de esas cosas!

La miró lleno de una sorpresa que crecía lentamente.

-¿Qué cosas? -le preguntó.

-¡Y dale! Debería avergonzarse de sí mismo. ¡Hizo sonrojar a Saxon!

-No es cierto --negó la aludida con indignación.

-Si usted persiste, Mary, me hará sonrojar a mí -gruñó Billy-. Creo saber qué es correcto y qué incorrecto. No se trata de lo que se dice sino de lo que se piensa. Y Saxon sabe que yo pienso correctamente. Tanto ella como yo no pensamos para nada en lo que piensa usted.

-¡Oh! -exclamó Mary-. Usted cada vez está peor. Nunca pienso en esas cosas.

-¡Vamos, Mary! ¡Basta ya! -le dijo Bert con un tono algo severo-. Estás equivocada. , Billy nunca se equivoca de esa manera.

-Mary, sea buena y acabemos con esto -le dijo Billy mientras se volvía hacia Saxon-. ¿Estuve muy cerca?

-Ciento veintidós -respondió la joven mirando con intención a Mary-. Ciento veintidós con mis ropas.

Billy se rió abiertamente y Bert lo acompañó:

-Me tiene sin cuidado -protestó Mary-. Ustedes dos son terribles..., y también tú, Saxon.

Nunca lo supuse de ti.

-Escúchame, criatura -comenzó a decirle Bert con suavidad, al mismo tiempo que su mano se deslizaba por la cintura de Mary.

Pero ésta, falsamente indignada, estaba fuera de sí y rechazó el brazo de mala manera, pero en seguida apeló a mimos y bromas como si hubiese temido herir los sentimientos de su festejante y tratando de reconquistar su buen humor. Consintió en el abrazo del hombre, y más tarde murmuraban entre sí, con las cabezas gachas.

Billy comenzó a charlar discretamente con Saxon.

-¿Sabe usted que su nombre me resulta divertido? Nunca se lo oí a nadie antes. Pero está muy bien. Me gusta.

-Mi madre me lo dio. Ella era educada y conocía toda clase de palabras. Siempre leía libros, casi hasta el momento de morir. Y también escribió mucho, constantemente. Encontré algunas poesías suyas publicadas en un diario de San José, hace mucho tiempo. Los sajones fueron una verdadera raza civilizada. Ella me contó muchas cosas sobre ellos, cuando yo era chica. Eran salvajes como los indios, pero blancos. Y tenían ojos azules y cabellos rubios. Eran peleadores terribles.

Mientras ella hablaba, Billy la contemplaba con una expresión solemne, con los ojos fijos en Saxon.

-Nunca escuché nada sobre ellos -le confesó el joven-. ¿Vivieron en algún lugar cerca de aquí?

Ella rió.

-No, vivieron en Inglaterra. Fueron los primeros ingleses, y usted sabe que los yanquis descienden de los ingleses. Nosotros también somos sajones, usted y yo, Mary y Bert, y también todos los verdaderos yanquis. No me refiero a los "gringos", a los japoneses o cosa por el estilo.

-Mi gente vivió durante largo tiempo en los Estados Unidos -dijo Billy lentamente, como si paladeara la información que le había suministrado ella y hablase de algo que le tocaba muy de cerca-. De todos modos, así sucedió por la rama materna. Llegaron al Maine hace cientos de años.

-Mi padre era del Estado del Maine -exclamó ella complacida-. Y mi madre nació en Ohio. Tenía la costumbre de llamarlo la Gran Reserva del Oeste. ¿Su padre qué era?

-No lo sé -Billy se encogió de hombros-. El mismo no lo sabía. Nadie lo supo jamás, aunque era un yanqui perfecto.

-Su apellido pertenece a los antiguos yanquis -dijo Saxon-. Hay un general inglés que se llama Roberts. Lo vi en los diarios.

-Pero Roberts no era el apellido de mi padre. Nunca supo cómo se llamaba. Roberts fue el apellido de un buscador de oro que lo adoptó. Cuando peleaban con los indios modoc, algunos mineros y colonizadores les ayudaron y Roberts se convirtió en capitán de un grupo. Y en una ocasión, después de un encuentro, tomaron cierta cantidad de prisioneros, mujeres indias, chicos y bebés. Y uno de los chicos era mi padre. Tendría cinco años en aquel entonces. Sólo hablaba en dialecto indio.

-¡Fue apresado en un malón de indios!

-Eso fue lo que se imaginó -confirmó Billy-. Apresaron un convoy de carretas de colonizadores de Oregón, que habían sido muertos por los modoc cuatro años atrás. Y Roberts adoptó al niño. Por eso es que no sé el verdadero apellido de mi padre. Pero es casi seguro que cruzó las llanuras.

-Mi padre hizo lo mismo -dijo Saxon orgullosamente.

-Y mi madre también -agregó Billy con la voz tomada por el orgullo-. De cualquier manera casi cruza las llanuras, ya que nació en una carreta después que vadearon el río Platten.

-Lo mismo sucedió con mi madre -dijo Saxon-. Tenía ocho años y marchaba detrás cuando los bueyes comenzaron a ceder.

Billy le tendió la mano.

-¡Estreche esa mano, criatura! -le dijo el joven-. Somos algo así como viejos amigos. Tenemos la misma clase de gente detrás de nosotros.

Saxon extendió su mano y le estrechó muy gravemente su derecha. Sus ojos brillaban intensamente.

-¿No es maravilloso esto? -murmuró ella-. Los dos pertenecemos a la vieja raza yanqui. Y si

usted no es sajón nunca existió uno en realidad..., todo es sajón en usted: sus cabellos, sus ojos, su piel... Y además también es peleador.

-Creo que toda nuestra gente era peleadora cuando había necesidad de serlo. Era una cosa natural en ellos. Se obstinaban en pelear porque si no nunca saldrían adelante.

-No pierden tiempo espesando la salsa de hongos -dijo Bert-. Podría asegurarse que se conocen desde hace más de una semana, por lo menos.

-Oh, nos conocemos desde hace mucho más tiempo -respondió Saxon-. Desde antes de nacer aún. Nuestras gentes atravesaron juntas las llanuras.

-Sí, cuando vuestros antepasados esperaban a que se construyeran los ferrocarriles y que, fueran desalojados los indios, antes todavía de animarse a partir hacia California -dijo Billy proclamando la nueva alianza-. Nosotros, Saxon y yo, somos los verdaderamente buenos, y debemos encargarnos de manejar el carro de las bebidas e invitar a subir a los demás.

-¡Oh, no sé! -dijo Mary con cierta tranquila petulancia-. Mi padre se quedó a luchar en la guerra civil. Estaba a cargo del tambor. Por eso fue que no vino antes a California.

-Mi padre regresó para intervenir en la guerra civil -dijo Saxon.

-También el mío.

Se miraron llenos de alegría. Habían encontrado más semejanzas entre sí.

-Bueno, pero ahora todos están muertos, ¿no es cierto? -dijo Bert con evidente malhumor-. No hay ninguna diferencia en morir en una batalla o en un asilo. Lo importante es que están muertos. A mí no me importaría ni un bledo si mi padre hubiese sido colgado. Dentro de mil años será lo mismo. Todos esos grititos con respecto a la parentela me fastidian. Además, a mi padre le fue imposible pelear. Nació dos años después de la guerra. Pero, sin embargo, tengo dos tíos en Gettysburg. Creo que tuvimos nuestra parte.

-Eso, exactamente -aplaudió Mary.

El brazo de Bert volvió a rodear su talle.

-Pero lo importante es que estamos aquí, ¿no es cierto? -dijo-. Los muertos están muertos, y aunque ustedes torturen sus dulces vidas ellos seguirán bien muertos.

Mary le puso una mano sobre la boca y comenzó a murmurarle frases consoladoras. El le besó la palma y acercó su cabeza cerca de la de ella.

El bochinche de los platos iba aumentando a medida que crecía la gente que había alrededor. De tanto en tanto se elevaban voces y cantos. Se oyeron gritos, chillidos agudos y fuertes carcajadas masculinas, al mismo tiempo que los cuchicheos de las mujeres. Algunos hombres se hallaban ya bien embriagados. Desde una mesa vecina las muchachas llamaban a Billy. Y Saxon, con cierto instinto de posesión que era nuevo en ella, sintió celos de que él fuera uno de los favoritos. Quiso oponerse al deseo de las otras.

-¡Son horribles! -dijo Mary con desaprobación-. Realmente, tienen una frescura ... Ninguna muchacha respetable podrá entablar relación con ellas. ¡Y escuchen eso!

-¡Oh, tú, Bill! -le llamaba una morocha regordeta y alegre-. Espero que 'no te habrás olvidado de mí, Billy.

-Oh, dulce -respondió con galantería el aludido.

Saxon se mostró complacida al ver que eso lo abrumaba a él, y sintió considerable simpatía, por la morocha.

-¿Bailarás? -gritó la otra.

-Tal vez -le respondió, e inmediatamente se volvió hacia Saxon-. Nosotros, los antiguos yanquis, deberíamos insistir juntos ¿no le parece? No quedan muchos de los nuestros. El país se está llenando de extranjeros.

Hablaba con firmeza, en voz baja, confidencialmente, con la cabeza muy cerca de la de ella, como dándole a entender a la otra joven que estaba muy ocupado.

Desde una mesa que estaba enfrente, un hombre comenzó a molestar a Saxon. Llevaba vestimentas burdas. Sus compañeros, un hombre y una mujer, también eran gentes torpes. Tenía el rostro encendido y la mirada salvaje.

La muchacha que estaba a su lado le puso la mano en el cuello e intentó hacerlo callar, pero a despecho de la voz sofocada pudo escuchar lo que decía:

-Les digo que ella es de las buenas. Vean cómo me acerco y le arranco los patines baratos.

-Basura de matadero -le dijo Mary despectivamente.

Los ojos de Saxon se encontraron con los de la muchacha que estaba frente de ella. Y vio

en los ojos de Billy como un fuego rencoroso. Sus ojos así, malhumorados, eran más simpáticos que nunca, y las nubes, los velos, las luces y las sombras se deslizaban ahondando el azul de sus ojos hasta dar la sensación de una profundidad insondable. El terminó de hablar y no hizo ningún esfuerzo para reanudar la conversación.

-No des pie a una gresca, Billy -le recomendó Bert-. Son del otro lado de la bahía y no te conocen, eso es todo.

Bruscamente, Bert se puso de pie y se dirigió hacia la otra mesa. Murmuró brevemente algo y volvió en seguida. Todos los rostros de esa mesa se fijaron en Billy. El que había lanzado la ofensa se levantó pesadamente, rechazó la mano de la joven que pretendía detenerlo y se acercó hasta donde estaban ellos. Era un hombre grande, de cara dura y maligna, de ojos que mostraban mala entraña. Pero así mismo parecía un hombre resignado.

-¿Usted es el "Gran Billy" Roberts? -dijo tartamudeando casi, agarrándose de una mesa, contoneándose-. Mis respetos Le pido disculpas. Admiro su gusto en cuestión de faldas, y se lo digo como un cumplido. Pero no sabía quién era usted. Si hubiese sabido que usted era Billy Roberts todo habría ocurrido de otra manera. ¿Entendido? Le pido disculpas. ¿Chocamos?

Billy respondió refunfuñando:

-Muy bien, olvídelo, es el deporte -y con cierto malhumor le estrechó la mano con un movimiento lento y pesado. El otro regresó a su mesa.

Saxon estaba radiante. Ese era realmente un hombre, algo protector en quien una se podía apoyar, y ante el cual hasta la misma canalla de los mataderos sentía temor ni bien se mencionaba su nombre.

IV

Después de almorzar bailaron dos piezas en el pabellón, y más tarde la banda encabezó la marcha hacia la pista de los deportes. A continuación venían los danzarines, y los grupos dispersos abandonaron las mesas para concentrarse en ese punto. Cinco mil personas ocupaban las pendientes verdes en el terreno del anfiteatro y ennegrecían la pista. Lo primero que sucedió fue que los hombres se alinearon para la cinchada. La prueba iba a ser disputada entre los albañiles de Oakland y los de San Francisco. Y los elegidos, hombres bravos, enormes y pesados, ocuparon su sitio a lo largo de la soga. Se abrieron hoyos en la tierra para apoyar mejor los pies, se restregaron las manos con la tierra que tenían en los zapatos, al mismo tiempo que reían y chanceaban junto a la multitud que los rodeaba.

Los jueces y los observadores luchaban a brazo partido, vanamente, por mantener a raya a la turba de parientes y de amigos de aquéllos que intervenían en la prueba. La sangre celta que llevaban se les había subido a la cabeza y la parcialidad era bien visible. El aire estaba poblado de gritos de aliento, de consejos y de amenaza. Muchos prefirieron no participar en la lucha y evitar de esa manera alguna mala pasada del adversario. Entre los que gritaban, había tanto hombres como mujeres, partidarios de ambos bandos. El polvo arrastrado por los pies se elevaba en el aire. Mary se retorció y tosió y le rogó a Bert que la sacara de ahí. Pero él, que llevaba un verdadero duende adentro suyo, estaba encantado ante la perspectiva de la puja, e insistió en aproximarse más aún. Saxon se pegó junto a Billy, que lentamente se abrió camino con los codos y los hombros.

-Este no es un lugar para una muchacha -le dijo mirándola con una expresión abstraída, mientras su codo tropezaba con las costillas de un irlandés muy grande y que, ante la presión, cedió algo de lugar-. Eso se desatará cuando comiencen a cinchar. Han bebido demasiado, y usted ya sabe cómo son los "micks"[1] para las grescas.

Saxon se sentía fuera de lugar entre esos hombres y esas mujeres corpulentos. Parecía pequeña e infantil, delicada, frágil, como si fuera una criatura de otra especie. Lo único que la protegía era el cuerpo recio y la habilidad de Bill. Miraba continuamente los, rostros de mujeres que había alrededor suyo, para volver finalmente al de ella. Ella adivinaba las comparaciones que cruzaban su ánimo.

Se produjo un movimiento a unos veinte pasos de donde ellos se encontraban, y desde la multitud emergieron exclamaciones y se escucharon golpes. Un hombre alto fue apretujado por la avalancha y se lanzó sobre Saxon, pero Billy alcanzó a sostener los hombros del individuo y le dio un golpe terrible. La víctima profirió un quejido involuntario, volvió la cabeza y mostró una piel rubia y enrojecida por el sol, unos ojos coléricos e inconfundiblemente irlandeses

-¿Qué come usted? -gritó.

-Salga de ahí, está mal colocado -le respondió Billy desdeñosamente, lleno de confianza en sí mismo.

El irlandés se quejó nuevamente e hizo un esfuerzo desesperado por salir del encierro, pero los cuerpos, que parecían cuñas, se lo impedían.

-Le romperé la cara en un hay de mí -le gritó iracundo.

Pero, de inmediato, su cara se transformó completamente. Una vez que la frase fue pronunciada, sus ojos se volvieron muy brillantes y alegres.

-Ahora sí que estoy seguro de que realmente se trata de usted -agregó-. No sabía quién era el que estaba allí. Vi cuando usted acababa con el "Terror de Suecia", aunque sé que le robaron la decisión.

-No, usted vio otra cosa -respondió Billy complacido-. Esa noche yo recibí una buena paliza, eso es todo. La decisión fue muy justa.

Ahora el irlandés sonreía. Se había visto inclinado a lisonjear y a mentir, pero la forma rápida como fue rechazado el embuste hizo que creciera la adoración que sentía por su héroe.

-Tal vez sea así, aunque el castigo fue malo -reconoció-, pero usted demostró que llevaba adentro un montón de gatos monteses. Ni bien pueda tener el brazo libre le estrecharé la mano y le ayudaré a proteger a su dama.

El esfuerzo que hizo el árbitro por hacer retroceder a la multitud fue frustrado, pero a pesar de todo se decidió a disparar al aire con su revólver y la cinchada comenzó. Se desato

un verdadero infierno. Saxon, que estaba resguardada por dos hombres muy corpulentos,

se hallaba adelante y pudo ver bastante de lo que. sucedió. Los hombres tiraban de la soga, los rostros se enrojecían vivamente por la tensión y los huesos parecían crujir. La soga era nueva y se deslizaba entre las manos, y entonces las mujeres de los hombres, sus hijas, comenzaron a recoger tierra y a arrojarla sobre la soga para que pudiera ser manejada de mejor manera.

Una mujer voluminosa, de edad bastante madura, estaba fuera de sí por el apasionamiento de la lucha, y llegó a poner las manos sobre la soga y a tirar junto a su marido al mismo tiempo que lo alentaba con fuertes gritos. Un espectador, que era partidario del otro grupo, la arrancó de ese lugar mientras ella chillaba, pero finalmente terminó rodando como un ternero al recibir un golpe que alguien le propinó. Esa persona también cayó al suelo, y entonces otras mujeres robustas se unieron al bando de sus respectivos hombres para ayudar a cinchar. Nadie le hacía caso a los jueces y al público que rogaba, imploraba, vociferaba y distribuía puñetazos. Otros hombres, al igual que las mujeres, se abalanzaron sobre la soga y comenzaron a tironear de ella. Ya no se trataba de un equipo contra otro, sino que parecía que luchaba todo Oakland contra todo San Francisco, trenzados en una verdadera lucha libre: En un mismo lugar había varias manos que se superponían y que tironeaban desesperadamente. Y aquellas manos que no podían sujetar nada, se contentaban con golpear en los mentones de los espectadores que trataban de alejar otras manos de la soga.

Bert se deleitaba con el cuadro mientras Mary, loca de miedo, se quedaba muy junto a él. Los luchadores caían cerca de la soga y eran pisoteados. Nubes de polvo se levantaban por todos lados, mientras detrás, hacia todos los costados, podían escucharse chillidos y rugidos coléricos de hombres y de mujeres que se veían impedidos de participar en la prueba.

Finalmente se produjo la ruptura del equilibrio. El equipo perdedor, seguido de su legión de voluntarios, fu¿ arrastrado de un envión y desapareció debajo de una verdadera avalan. cha de formas que luchaban.

Billy dejó a Saxon bajo la protección del irlandés, que parecía en calma a pesar del remolino, y se entremezcló con la multitud. Varios minutos después reapareció con la pareja que se había extraviado: Bert sangraba de una oreja pero se reía, mientras que Mary tenía la ropa completamente arrugada y parecía histérica.

-Esto no se parece en nada al deporte -repetía ella-. Es una vergüenza, una vergüenza de porquería.

-Debemos dejar esto -dijo Billy-, porque la diversión recién ha comenzado.

-¡Oh, espera un momento! -le rogó Bert-. La diversión vale ocho dólares. De cualquier manera es barato. Nunca vi tantos ojos negros y narices ensangrentadas en todos los domingos juntos de este mes.'

-Bueno, vuelve si quieres, y que te diviertas -le aconsejó Billy-. Llevaré a las muchachas hasta donde comienza el declive, y desde allí podremos ver mejor lo que sucede. Pero no apostaría a tu favor si alguno de los "micks" te llega a alcanzar con un golpe.

La gresca terminó muy rápidamente, ante el asombro de todos. Desde el lugar donde estaban los jueces, el pregonero agitó la campana señalando la largada de la carrera pedestre para jóvenes. Bert, un poco decepcionado, se reunió con Billy y con las dos muchachas sobre la altura, y desde allí se dispuso a contemplar el desarrollo de la carrera.

Había muchas clases de carreras: para muchachos y muchachas, para niñas y mujeres de edad, para hombres obesos y mujeres gordas, para embolsados, y también carreras de a tres pies. Y los participantes se lanzaban a través de una pista muy corta, entre un manicomio de gentes que aplaudía a sus favoritos. La cinchada había sido olvidada y el buen humor reinaba otra vez.

Cinco hombres jóvenes se alinearon en la raya con las yemas de los dedos sobre el suelo, esperando el disparo de revólver del encargado de dar la señal de partida. Tres estaban en medias, y los dos restantes llevaban calzado claveteado, de carrera.

-Carrera para hombres jóvenes -leyó Bert en el programa-. Y hay un solo premio: veinticinco dólares. Miren al de cabeza colorada, ése que tiene clavos en el calzado.... el que está del lado de afuera. San Francisco le exige que gane. Es el track de ellos y se han hecho muchas apuestas.

-¿Ganará? -le preguntó Mary a Billy, como si tuviera respeto por el conocimiento atlético de aquél.

-¿Cómo puedo saberlo? -le respondió-. Hasta hoy nunca vi a ninguno de ellos. Todos parecen buenos. Tal vez venza el mejor, eso es todo.

Se disparó el revólver y los cinco corredores partieron. Tres quedaron distanciados desde la partida. En primer lugar iba el cabeza roja, y luego le seguía un joven de cabellos negros, y era evidente que la carrera se decidiría entre ambos. A la mitad del trayecto, el morocho pasó a la delantera merced a una arremetida que parecía que terminaría en la raya. Había logrado una

ventaja de diez pies y el cabeza colorada no lograba descontar ni una pulgada.

-Ese muchacho es una flecha -dijo Billy-. Todavía no dio el máximo y el cabeza colorada parece que ya está reventando.

Con esos diez pies de ventaja el morocho llegó a la raya en medio del estallido de los aplausos. Sin embargo, podían escucharse gritos de desaprobación. Bert estaba inflado de contento.

-Hum -dijo regodeándose-. ¿San Francisco no quedará herido? Hay fuegos artificiales, parece. ¡Ven! Están discutiendo. Los jueces no le entregan el dinero. Parece que tienen a su favor una banda entera. ¡Oh, oh, oh! ¡Nunca me divertí tanto desde que mi antigua mujer se rompió una pierna!

-¿Por qué no le entregan el dinero? -preguntó Saxon-. Ha ganado.

-La pandilla de San Francisco le acusa de profesional -conjeturó Billy-. Eso es lo que andan tramando. Pero no es correcto. Todos corrieron por dinero así que todos son profesionales.

La multitud discutía y atronaba frente al palco de los jueces. Era una construcción endeble, de dos pisos, y el superior estaba abierto hacia adelante, y allí podía verse cómo los . jueces discutían acaloradamente, de la misma manera que la multitud que estaba debajo de ellos.

-¡Ya empieza! -gritó Bert-. ¡Será una linda gresca!

El corredor de cabellos negros subía hacia los jueces, seguido de una docena de partidarios.

-El que tiene el dinero en su poder es amigo de él -dijo Billy-. Vean, se lo ha entregado. Algunos de los jueces están de acuerdo, y los otros se niegan. Y ahora suben los de la otra banda..., los del cabeza colorada -y se volvió hacia Saxon con una sonrisa tranquilizadora-. Por suerte, esta vez estamos bien lejos. Dentro de un instante empezará un jaleo bien áspero allí.

-Los jueces quieren hacerle devolver el dinero -dijo Bert-. Y si no consiente, los del otro bando se lo arrebatarán. ¡Vean!, tratan de sacárselo.

El vencedor mantenía en alto, por encima de la cabeza, el paquete de monedas de plata envuelto en un papel y por valor de veinticinco dólares. Estaba rodeado por su grupo y era empujado por los que intentaban apoderarse del dinero. Todavía no habían comenzado los golpes, pero la débil construcción se bamboleaba al crecer la agitación y la lucha de los que estaban encima. Desde abajo, el vencedor era saludado por la multitud: "¡Cuélgalo, Tim!". "Ganaste bien, Tim". "¡Devuelve eso, puerco ladrón!". Insultos irreproducibles y consejos de amigos le llegaban desde todos los costados. Después pasaron a un debate arduo y agotador.

-Me gustaría que terminaran de una vez y así podríamos bailar nuevamente -se lamentó Mary-. Esto no es nada divertido.

Los jueces pudieron avanzar lenta y dificultosamente entre la multitud. Un pregonero se adelantó, extendió un brazo pidiendo silencio. El clamor colérico se apagó.

-Los jueces han decidido -gritó- que en este día de camaradería y fraternidad ...

-¡Bah, bah! -algunos, dueños de sí mismos, comenzaron a aplaudir-. ¡Así debe ser! ¡Nada de peleas! ¡Nada de rencores!

-Por lo tanto -la voz del pregonero se escuchó nuevamente-, los jueces han resuelto ofrecer otro premio de veinticinco dólares y hacer correr nuevamente la carrera.

-¿Y Tim? -gritaron unas cuantas gargantas al mismo tiempo-. ¿Qué sucederá con Tim? ¡Fue robado! ¡Los jueces son unos podridos!

-Los jueces, inspirados en los buenos sentimientos, han decidido que Timothy McManus corra también. Si gana el dinero será suyo.

-Esta vez la cabeza colorada se portará bien -dijo Bert lleno de júbilo.

-Lo mismo hará Tim -le contestó Billy-. Puedes apostar que vencerá con toda holgura y que se mantendrá en el sitio que ha conquistado.

Hasta que la multitud excitada despejó la pista transcurrió otro cuarto de hora, y esta vez sólo Tim y el cabeza colorada se aproximaron a la línea de partida. Los otros tres jóvenes habían renunciado a la prueba.

Cuando el revólver dio la orden de partida, Tim saltó de tal manera que sacó casi una

yarda de ventaja.

-Realmente, creo que es un profesional -dijo Billy-. ¡Miren cómo avanza!

A la mitad de la carrera Tim llevaba una ventaja de cincuenta pies, y sin disminuir la velocidad se acercaba a la meta venciendo fácilmente. Cuando se enfrentó al grupo que estaba situado en la elevación del terreno, ocurrió algo increíble e inimaginable. De pie, cerca del borde de la pista, se encontraba un joven de aspecto muy despierto que llevaba un bastoncillo flexible. Parecía fuera de lugar en una reunión como ésa, ya que no tenía aspecto ni apariencia de trabajador. Más tarde, Bert opinó que se parecía mucho a un director de baile, en vez Billy le llamó "el Dandy".

Y en lo que respecta a Timothy McManus, ese elegante se constituyó en la fatalidad personificada. Al sacar ventaja el morocho, aquél, con evidente intención, arrojó el bastoncillo a sus pies. Tim rodó por el aire dando una vuelta `carnero, golpeó con el rostro contra el suelo y cayó, completamente estirado, en me. dio de una nube de polvo.

Siguió un instante lleno de silencio y de expectativa. El mismo joven parecía alarmado por lo que había hecho. Transcurrió un tiempo bastante largo hasta que él mismo y los demás se dieron cuenta de lo que había ocurrido. Cuando se repusieron de la sorpresa, un grito salvaje, irlandés, escapó de mil bocas. El cabeza colorada llegó a la meta y ganó la carrera, pero nadie aplaudió. El centro de la tormenta se había desplazado hacia el joven del bastoncillo. Este, cuando estalló el griterío, tuvo un instante de indecisión. Pero en seguida se volvió y se lanzó rápidamente por la pista.

-¡Sean buenos deportistas! -exclamó alegremente Bert al mismo tiempo que agitaba el sombrero-. ¡Ustedes son los mejores! ¿Quién lo hubiera pensado? Díganlo, a ver ... Ninguno, ¿no es cierto, ninguno, ¿verdad?

-Bah, se trata de un farrista -dijo Billy con cierta admiración-. Pero quisiera saber por qué lo hizo. No es un albañil. Como si fuese un conejo asustado, el joven atravesó la pista precipitadamente y llegó a un espacio situado en la elevación del terreno, y se arrastró por ahí y desapareció entre los árboles. Detrás suyo corrían cien hombres ávidos de venganza. -Es malo que se pierda el resto -dijo Billy-. Miren cómo lo corren ahora.

Bert estaba exaltado. Saltaba hacia todos los costados y gritaba continuamente:

-¡Miren! ¡Miren! ¡Véanlos!

Los de Oakland se sentían ultrajados. Por dos veces consecutivas su corredor favorito había sido despojado de la victoria. Y la última no había sido más que un vil truco de la banda de San Francisco. Por eso fue que la gente de Oakland saltó sobre la de San Francisco con los puños apretados, en demanda de sangre. Y los últimos, que eran conscientes de su inocencia, también estaban deseosos de pelear. Ser acusado de un crimen semejante era tan monstruoso como el crimen mismo. Además, los irlandeses se habían estado conteniendo heroicamente durante muchas horas. Fueron cinco mil de ellos los que se trenzaron en un combate realmente gozoso. Y también se les unieron las mujeres. Todo el anfiteatro desbordaba. Hubo avances, retiradas, cargas y contracargas. Los grupos más débiles fueron obligados a luchar cerca de los promontorios. Los que fueron superados, huían hacia el monte para entablar allí una verdadera guerra de guerrillas, y reaparecían bruscamente aniquilando a los enemigos aislados. Media docena de guardias especiales, contratados por el Weasel Park, recibieron un castigo imparcial de ambas partes.

-Parece que nadie es amigo de los guardias -dijo Bert bromeando, y se apretó el pañuelo contra la herida que tenía en la oreja y que aún sangraba.

Detrás de él los árboles crujían. Se hizo a un lado para dar paso a dos hombres abrazados que pujaban entre sí y que finalmente rodaron cuesta abajo. Cada uno golpeaba con toda su fuerza. Fueron seguidos de una mujer que chillaba mientras descargaba golpes sobre alguien que evidentemente no formaba parte de su bando.

Los jueces, que seguían en lo alto del palco, enfrentaron valientemente el fiero ataque; hasta que por fin la débil construcción se vino abajo hecha pedazos.

-¿Y esa mujer qué está haciendo? -preguntó Saxon, mientras señalaba a una dama entrada en años que estaba debajo de ellos, sentada en la pista; y que se quitaba una bota con elásticos de generosas dimensiones.

-Creo que se dispone a nadar -rió Bert. La vieja se estaba sacando la media.

La miraban fascinados. Después, la mujer volvió a calzarse el botín pero con el pie desnudo. Recogió una piedra del tamaño de un puño y la metió dentro de la media. Comenzó a blandir esa arma terrible y antigua cerca de alguien que parecía más bien débil.

-¡Ja!, ¡ja! -Bert se retorcía muerto de risa cada vez que ella descargaba sus golpes-. ¡Eh, papanatas, cuidado! Recibirá lo que se merece. ¡Ja, ja! ¡Es una maravilla! ¿Pero la han visto? ¡Hace verdaderos estragos entre ellos! ¡Miren a esa vieja muchacha! ... ¡Oh! ...

Su voz se apagó entristecida cuando la mujer de la media fue tironeada de los cabellos, desde atrás, por otra mujerona, y rodó describiendo un semicírculo embriagador.

En vano Mary se asía de su brazo y trataba de arrastrarle hacia atrás y le sermoneaba:

-¿No tienes sensibilidad? -le gritó-. ¡Es horrible, es verdaderamente horrible!

Pero sin embargo Bert no podía contenerse.

-Sigue, vieja muchacha -agregó alentándola-. ¡Ganaste! ¡Siempre estaré a tu lado! ¡Esa es tu oportunidad! ¡Chist! ¡Oh, es algo maravilloso, soberbio!

-Es la gresca más grande que vi en mi vida- le dijo Billy a Saxon-. Era casi seguro que los "micks" se entrometerían en

este asunto. Pero ¿por qué habrá hecho eso el tipo elegante? Eso es lo que me extraña. No es albañil, y tampoco es un trabajador. . ., simplemente se trata de un vulgar acicalado qué no conoce a nadie. Mírenlos. Pelean por todas partes.

Súbitamente estalló en una carcajada, y rió tan sinceramente que los ojos se le llenaron de lágrimas.

-¿Qué sucede? -preguntó Saxon ansiosa de no perderse nada.

-Me río por el "Dandy" -explicó Billy riendo a carcajadas-. ¿Por qué lo habrá hecho? Eso es lo que me preocupa. ¿Por qué?

Se produjeron más escaramuzas entre los árboles, y entonces aparecieron dos mujeres, una persiguiendo a la otra. Ni bien esto fue advertido por todos, los que estaban sobre el Weasel

Park se vieron envueltos y complicados en esa nueva situación. La mujer que huía tambaleó y rodó al dar vuelta alrededor de un banco, y hubiera sido atrapada si no se hubiese agarrado del brazo de Mary para recuperar el equilibrio. Y empujó a Mary en dirección a los brazos de la perseguidora. Esta era de gran contextura física y de edad madura, y estaba demasiado irritada para ser comprensiva, y entonces agarró los cabellos de Mary con una mano mientras levantaba la otra para abofetearla. Pero antes de que pudiera descargar el golpe, Billy se apoderó de los puños de la mujer.

-Vamos, vieja muchacha, termina de una buena vez -le dijo con voz conciliadora-. Estás equivocada. Ella no te hizo nada.

Al escuchar esto la mujer hizo algo curioso. Sin resistencia de ninguna clase, pero con la mano aún en los cabellos de la muchacha, comenzó a gritar lenta y calmosamente. El chillido era una mezcla de horror y de miedo. Sin embargo, en su rostro no había nada de eso. Lo miró a Billy fríamente, como si quisiera ver de qué manera tomaba él el asunto. Su chillido era, simplemente, el auxilio que pedía a su bando para que la socorrieran.

-¡Cállate, hacha de guerra! -gritó Bert tratando de empujarla por los hombros.

Los cuatro retrocedieron y avanzaron simultáneamente mientras la mujer seguía chillando con toda tranquilidad. Y el chillido se convirtió en algo triunfal cuando se escucharon nuevos crujidos entre los árboles.

Tanto Saxon como Billy advirtieron, en el brillo de los ojos de la mujer, el duro filo del acero. Y ella apretó más fuertemente todavía los puños que tenía aprisionados. Soltó los cabellos de Mary y quedó libre, retrocediendo unos pasos. Entonces apareció el primero de los hombres que venía en su socorro. No se detuvo para preguntar detalles de la cuestión. Para él fu¿ suficiente ver que la mujer se había alejado de Billy y que había proferida gritos de dolor, que por otra parte eran completamente imaginarios.

-Todo ha sido un error -dijo Billy rápidamente-. Pedimos discul...

El irlandés descargó un pesado golpe. Billy lo esquivó y dejó para más tarde sus explicaciones, ya que el puño le rozó la cabeza. A su vez descargó la derecha contra el mentón del otro. El irlandés se tambaleó hacia un costado y cayó sobre el borde de la pendiente. Aún aturdido, de pie, fue alcanzado por el puño de Bert, y quedó tendido sobre el declive, que era bastante resbaladizo por el césped recién cortado.

Bert se mostraba recalcitrante.

-Esto va por ti, mi vieja muchacha..., son mis cumplidos -gritó mientras señalaba hacia la mujer que estaba en el borde de la pendiente traicionera. Desde los arbustos aparecieron tres hombres más.

Mientras tanto Billy había conducido a Saxon detrás de la protección de la mesa. Mary, que estaba histérica, quería agarrarse de él, pero éste la empujó sobre la mesa, hacia Saxon.

-¡Vengan, albañiles! -gritó Bert mientras los recién llegados avanzaban como enceguecidos, haciendo relucir salvajemente sus ojos negros, los rostros oscuros y encendidos por la sangre en ebullición-. ¡Vengan, chusma de porquería! Hablaremos de Gettysburg. Les demostraremos que los yanquis no han muerto aún!

-Cierra el pico..., tú, no quiero una gresca aquí, con las muchachas cerca -refunfuñó ásperamente Billy, al mismo tiempo que guardaba su posición frente a la mesa. Se volvió hacia los tres hombres, que estaban desorientados porque no tenían.' a nadie a quien socorrer-. Seamos deportistas. No queremos pelea. Ustedes están equivocados. No tenemos motivo para pelear. Nosotros no queremos pelear, ¿entiendes?

Los otros todavía vacilaban, y Billy hubiese podido salir airoso y evitar los percances inmediatos si en tan crítico momento no hubiese reaparecido el hombre que había sido derribado, que se lamentaba de sus dolores en las manos y las rodillas y que mostraba una cara ensangrentada. Bert lo alcanzó nuevamente y lo despachó cuesta abajo, y entonces los otros tres comenzaron a dar alaridos y saltaron sobre Billy, que comenzó a repartir golpes, cambió de posición, finteó hábilmente y descargó puñetazos a diestra y siniestra. Sus golpes eran limpios, duros, lanzados científicamente, con toda la fuerza y el peso de su cuerpo.

Saxon, al contemplarlo, se fijó especialmente en sus ojos y- aprendió muchas cosas sobre la personalidad de ese hombre. Estaba aterrorizada, pero aún así pudo ver claramente que en el interior de los ojos de Billy había desaparecido todo rastro de luz y de sombra profundas. Ella sólo veía lo superficial, algo duro y brillante, casi vidrioso, sin ninguna expresión humana salvo una seriedad mortal. Los ojos de Bert parecían enajenados. La mirada de los irlandeses era seria y llena de cólera, y sin embargo había algo en aquéllas que no expresaban una circunspección total. Había como un reflejo de capricho en sus ojos, como si a pesar de todo se estuvieran divirtiendo en medio del tumulto. Pero en los ojos de Billy, en vez, no había gozo alguno. Era como si tuviera que hacer algún trabajo y se hubiese puesto tercamente a la tarea de llevarlo a cabo.

También pudo observar otras expresiones en su rostro, aunque no había nada de común entre esa cara y la que había visto hacia el mediodía. Todo lo infantil que había en él se había desvanecido. Era una cara terriblemente madura, sin ninguna edad. No estaba llena de cólera y tampoco le faltaba piedad. Parecía de vidrio, desapasionada, al igual que los ojos. Ella recordó los maravillosos relatos que le había contado la madre sobre los sajones, y le pareció que él era uno de aquéllos, y de pronto tuvo ante sí la imagen de una larga barca oscura, con una proa en forma de pico de ave de presa, llena de hombres enormes y semidesnudos, llevando escudos calados; y se le antojó 'que uno de esos rostros que ella veía era el de él. No fue nada racional, era más bien un sentimiento, algo que se le aparecía de pronto como una fantástica escena llena de clarividencia. En seguida suspiró, porque la furia del combate ya había pasado. Sólo había durado unos pocos segundos. Bert bailaba sobre el filo de la pendiente resbaladiza y se burlaba de los impotentes que rodaban hacia abajo. Pero Billy se hizo cargo de la situación.

-Vamos, muchachos -les ordenó-. Y tú, Bert, a ver si recobras el juicio. Debemos salir de aquí. No podemos enfrentar a un ejército entero.

Encabezó la retirada tomándola a Saxon de un brazo, mientras que Bert, chistoso y alegre, marchaba detrás junto a una Mary indignada, que protestaba vanamente porque aquél no le prestaba la más mínima atención.

Corrieron cerca de cien yardas alrededor de los árboles, pero como vieron que la persecución no continuaba entonces acortaron la marcha para retirarse de una manera más digna. Bert, que era el más pendenciero, aguzó el oído tratando de escuchar los ecos apagados de golpes y de sollozos, y avanzó hacia un costado tratando de averiguar qué pasaba. -¡Oh..., miren lo que hay aquí! -dijo.

Se le reunieron en el borde de la zanja seca y miraron hacia abajo. En el fondo había dos hombres, extraviados de la lucha general, que se agarraban fuerte y recíprocamente y que seguían peleando. Estaban agotados por la fatiga, la impotencia, y los golpes que se descargaban de tanto en tanto eran a mano abierta y no tenían ningún efecto.

-Oigan, deportistas..., tírense arena a los ojos -les aconsejó Bert-. Quedarán ciegos y así habrán vencido.

-Terminen con eso -le gritó Billy a los dos hombres, que obedecieron inmediatamente-. Sino

descenderé yo mismo y los castigaré. Todo terminó, ¿entienden? Todo terminó y todos somos amigos. Choquen la mano y arréglense. Están llenos de bebida. Bueno, a ver, una mano, y en seguida los sacaré.

Los dejaron mientras se estrechaban las manos y se sacudían el polvo de las ropas.

-En seguida todo habrá terminado -dijo Billy con una mueca, mientras le hablaba a Saxon-. Los conozco bien. La pelea es una diversión para ellos. Y esta gresca ha sido un verdadero éxito. ¿No les decía yo ... ?

¡Miren hacia esa mesa!

Un grupo de hombres y mujeres con las ropas aún revueltas, respirando dificultosamente, se estaban estrechando las manos.

-Vamos a bailar -pidió Mary al tiempo que los apuraba para que se dirigieran hacia el pabellón.

En toda la extensión del parque los albañiles belicosos se estrechaban las manos y se arreglaban la vestimenta. Los bares que había al aire libre estaban atestados de bebedores.

Saxon caminaba cerca de Billy. Estaba muy orgullosa de él. Sabía pelear pero al mismo tiempo podía evitar las camorras. Durante aquella gresca se había esforzado en zafarse de las complicaciones. Pero, por encima de todo, lo que prevaleció en sus sentimientos fue la consideración hacia ella y Mary.

-Usted es un valiente -le dijo.

-Ser otra cosa es como robarle el caramelo a un chico -dijo él, rechazando el elogio-. En realidad, lo único que han hecho es alborotar. No saben boxear. Tienen una guardia muy abierta

y entonces no hay más que golpear. Eso no es pelear de verdad, usted bien lo sabe -miró hacia sus nudillos lastimados y su mirada se volvió sorprendida e infantil-. ¡Y mañana debo estar al frente del equipo en estas condiciones! -se lamentó-. Realmente son divertidos cuando se vuelven malos, ¿no es cierto?

V

Cerca de las ocho de la noche la banda de Al Vista empezó a tocar "Home, sweet home", y después, hacia el crepúsculo, tuvieron que correr apresuradamente para no perder el tren especial que los llevaría de vuelta del festival. Consiguieron sentarse en dos asientos dobles, frente a frente. Cuando todos los rincones y las plataformas estuvieron repletos de aquella multitud bulliciosa, el tren se puso en marcha desde los suburbios, en dirección a Oakland. El vagón entero cantó al mismo tiempo más de una docena de canciones, y Bert, que tenía la cabeza reclinada sobre el pecho de Mary, y que a su vez le rodeaba con sus brazos, comenzó a cantar "Sobre las márgenes del Wabash". Y cantó la canción completamente, sin interrupción, a pesar de dos tumultos que se produjeron en una plataforma cercana y en un extremo del vagón, y que finalmente fueron dominados por los guardias policiales en medio de los chillidos de las mujeres y del ruido producido por la rotura de unos vidrios.

Más tarde Billy entonó una canción triste y larga sobre un "cowboy", y cada tanto repetía: "Entiérrame en la pradera solitaria", a manera de sonsonete.

-Seguramente ustedes nunca lo oyeron cantar antes. Mi padre acostumbraba a entonarlo -dijo Saxon, llena de satisfacción por la terminación del canto.

De pronto, había descubierto el primer defecto de Billy. No tenía sentido musical. No se dio cuenta hasta que él llegó al punto culminante.

-No canto con frecuencia -agregó él.

-Podría apostar su propia vida a que es así, precisamente -declaró Bert-. Los amigos lo matarían si se le ocurriera hacerlo.

-Todos ellos se burlan de mi manera de cantar -se lamentó delante de Saxon-. Pero, en verdad, ¿es tan horrible? ...

-Tal vez? . . sea un poco apagada -dijo ella con reticencia? -A mí no me suena así -protestó Billy-. Es algo que está en mí? Jugaría a que ha sido Bert quien le metió esa idea en la cabeza? Ahora cante usted algo, Saxon. Tengo el presentimiento de que canta muy bien? Con verla me doy cuenta de ello?

Ella empezó a cantar "Cuando han pasado los días de la cosecha". Bert y Mary la acompañaron, pero cuando Billy quiso hacer lo mismo, Bert le disuadió con un golpe en las rodillas?

Saxon cantaba con una voz clara de soprano, aguda pero dulce, y parecía poner empeño en dirigirse a Billy.

-Esto sí que es cantar -dijo él cuando la joven concluyó- cántelo nuevamente. Vamos ... Usted lo hace muy bien, magníficamente.

Sus manos se deslizaron hasta encontrar las de ella, y cuando Saxon comenzó a cantar otra vez, él sintió que la sangre afluía cálidamente a sus venas?

-Mírenlos con las manos juntas -bromeó Bert-. Se tienen de las manos como si estuvieran asustados. Obsérvennos a Mary y a mí? Vamos, arriba el espíritu, gente de pies fríos? Apriétense

más? Si no lo hacen causarán sospechas? Y yo mismo estoy sospechando algo? Ustedes están planeando alguna cosa?

-Pórtate bien, Bert -le reprochó Billy.

-¡Vamos, calla! -le dijo Mary indignada-? Eres terriblemente grosero, Bert Wanhope, y no quiero tener que ver nada contigo aquí?

Retiró su brazo y le alejó de su lado, pero media docena de segundos más tarde le perdonaba y le dejaba acercarse?

-Vamos los cuatro a algún lado -continuó Bert como si nada hubiese pasado-? Esta es la noche de la juventud? Realicemos algo memorable? ... Vayamos primero al Café Pabst y luego a algún otro lado? ¿Qué dices, Hill y? ¿Y usted, Saxon?

Mary también entra en el asunto?

-No -respondió lentamente el otro-? Mañana voy a tener un día muy duro y supongo que las muchachas también deben marcharse?

Saxon le perdonó, entonces, el tono apagado de su canto? Allí tenía la clase de hombre que ella siempre había sabido que existía. Había aguardado por un hombre de esa raza? Ahora tenía veintidós años, aunque el primer ofrecimiento matrimonial se produjo a los dieciséis? Y

hacía sólo un mes que la habían solicitado: el capataz del lavadero había querido casarse con ella? Era un hombre bueno y amable aunque no muy joven? Pero el que estaba junto a ella en ese momento era ... fuerte, atento, bueno y joven. Y ella era demasiado joven como para despreciar la juventud? Si hubiese aceptado al capataz tal vez se zafaría del trabajo de almidonado, pero hubiera sido algo frío, desagradable? En vez, con el hombre que estaba a su lado?? . Tuvo que contenerse porque casi apretó la mano que sostenía la suya?

-No, Bert, no insistas, él tiene razón -dijo Mary-. Tenemos que dormir algo? Mañana hay que planchar y estar de pie durante todo el día?

Y en seguida Saxon experimentó una sensación de dolor fría, áspera, al sentir la seguridad de que ella era mayor que Billy. Le miró de soslayo la piel suave y observó hasta quedar conmovida todo lo juvenil que había en su persona y que tanto deseaba? Seguramente que se casaría con alguna muchacha menor que él? ¿Qué edad tendría? ¿Podría ser que fuese demasiado joven para ella? Al verlo casi inalcanzable se sintió más atraída hacia Billy. Es que era tan fuerte y amable ... Recordó todos los acontecimientos del día? .. No, no había ninguna objeción que hacer? Había sido atento con ella y con Mary durante el transcurso de toda la jornada? Y había roto el programa y sólo había bailado con ella? Le agradaría, ciertamente, aunque no hubiese procedido de esa manera?

Movió lentamente la mano que él tenía aprisionada en la suya y volvió a sentir las callosidades del deportista? Era una sensación exquisita? El también movió la mano para adaptarse a la posición de ella, y la joven aguardó con temor lo que sucedería? No deseaba que se comportara pomo otros hombres, y le hubiera odiado si extraía ventajas de ese ligero movimiento de sus dedos y después la rodeaba con el brazo. No lo hizo, y la muchacha se sonrojó levemente. Tenía una infinita delicadeza. No era una cabeza de matraca, como Bert, o como otros hombres que ella había conocido. Sí, había tenido experiencias que no habían resultado bonitas en absoluto, y tuvo que sufrir la ilimitada falta de caballerosidad, aunque en realidad ella no sabía cómo llamar, cómo describir al objeto que deseaba y adoraba ya íntimamente.

Y era un pugilista. Sólo al pensar en eso suspiró. Sin embargo, no era exactamente la materialización de la idea qué ella se había hecho de un boxeador. Y, además, ya no era un boxeador. Al menos, así lo había declarado. Resolvió que le interrogaría sobre ese asunto . . ., si es que alguna vez la sacaba a pasear nuevamente. Y no dudaba de que él lo haría, porque cuando un hombre baila todo el día con una muchacha no la deja plantada para siempre. Y casi se sintió esperanzada de que fuera pugilista. En esto había como un sentimiento deleitoso y al mismo tiempo maligno. Los boxeadores eran hombres terribles y misteriosos en cierto sentido, ya que no formaban parte del común de las gentes. No eran trabajadores simples como los carpinteros y los del lavadero. En cierto modo representaban algo romántico. Y también encarnaban el poderío. No trabajaban bajo la orden de algún ser superior, sino que actuaban de una manera espectacular y magnífica y se valían de sus propias fuerzas, y además estaban aferrados al gran mundo y vivían espléndidamente con los medios que se proporcionaban ellos mismos. Algunos hasta eran dueños de automóviles y siempre viajaban acompañados de un verdadero séquito de adiestradores y de sirvientes. Tal vez fuese por modestia que Billy dijo que había abandonado el pugilismo. Y, sin embargo, ahí estaban las callosidades de sus manos para desmentirlo. Sí, eso demostraba que realmente había abandonado las peleas.

VI

Al llegar a la puerta se dijeron adiós. Pero Billy se traicionó a sí mismo con una dulce timidez que fue perfectamente advertida por Saxon. No era de ésos que lo dan todo por descontado. Se produjo una pausa, y entonces ella simuló que deseaba entrar en su casa, pero sin embargo estaba secretamente ansiosa de escuchar las palabras que deseaba oírle pronunciar.

-¿Cuándo la volveré a ver? -le preguntó Billy mientras la retenía de la mano.

Ella rió consintiendo.

-Yo vivo hacia allí, en el East Oakland -le explicó él-. Usted sabe donde quedan los establos, y la mayor parte de la labor del equipo se realiza de ese lado, y por eso mismo suelo pasar por aquí. Pero, escúcheme -le apretó una mano-. Debemos bailar algo más. El Oríndore Club da sus reuniones danzantes los miércoles. Y si usted no está comprometida. . .

-No -respondió la joven.

-Entonces quedamos de acuerdo que será el miércoles. ¿A qué hora puedo venir a buscarla?

Después, al convenir los detalles, él aceptó que ella bailaría también con otros muchachos. Se despidió apretándole la mano más fuertemente, atrayéndola hacia sí. Ella se resistió apenas, honestamente. Esa era la costumbre, pero además creyó que debía hacerlo para evitar cualquier interpretación equivocada. Y, sin embargo, sintió deseos de besarlo como. jamás a ningún otro hombre. Y se produjo. Su rostro estaba vuelto hacia el de él, con la barbilla levantada, y sintió que para el joven todo era honrado, de una sola pieza. Y detrás de aquello ella no advirtió ninguna otra cosa. Su beso era virginal, de la misma manera que él se comportaba recia y amablemente. No era una traición a la vieja costumbre de las despedidas. "Después cíe todo; los hombres no son siempre unos brutos", pensó ella.

-Buenas noches -dijo Saxon en un murmullo. La puerta, al ser empujada por su mano, rechinó, y en seguida corrió por el estrecho pasillo que llevaba hacia el fondo de la casa.

-¡Hasta el miércoles! -exclamó suavemente él.

-Hasta el miércoles. .. -respondió ella.

Y aguardó callada entre las sombras del angosto pasillo ' que separaba a las dos casas, percibiendo el eco de las pisadas que se alejaban sobre el pavimento. Recién cuando se apagó el último rumor reanudó su marcha hacia la casa. Subió por los peldaños del fondo y atravesó la cocina hasta llegar a su habitación y, satisfecha, comprobó que Sara dormía.

Encendió el gas y cuando se quitaba el sombrerito de terciopelo sintió aún sobre sus labios el roce de otros labios más firmes. Pero eso no significaba nada. Era algo común entre la gente joven. Y sin embargo aquellos besos de despedida vibraron como nunca en su alma, durante esa noche, de la misma manera que sus labios. ¿Y eso qué era, qué significaba? Súbitamente se contempló en el espejo. Los ojos estaban llenos de .i dicha, encendidos. Y el color que inundaba fácilmente sus mejillas resplandecía vivamente. Era un efecto bonito el que se producía a sí misma, y sonrió en parte de alegría y también admirada ante la sonrisa que le descubría la blanca y firme hilera de dientes. ¿Por qué razón no iba a agradarle su rostro a Billy?, fue la pregunta muda que se formuló. También había gustado a otros hombres. Y hasta las otras muchachas estaban de acuerdo en que era bonita. Y agradaba a Charley Long, ciertamente, de una manera tal que hacía sentir miserable su propia existencia.

Miró lejos del marco del espejo, donde se hallaba fijado el retrato de aquél, y se estremeció y en seguida hizo una mueca de disgusto. La mirada era cruel, brutal. Realmente, era una bestia. Hacía casi un año que ella tuvo que enfrentarlo. Otros muchachos sintieron temor de frecuentarla. El les había prevenido que debían apartarse. Casi había sido forzada a recibir sus atenciones. Por ejemplo, recordaba al joven tenedor de libros del lavadero -que no era un jornalero sino una persona de manos y voz suaves, verdaderamente caballeresco-, que había sido golpeado por Charley porque fu¿ lo suficientemente audaz para buscarla y llevarla al teatro. Y la joven se mostró realmente impotente para evitarlo; y por su propio bien nunca se aventuró más a aceptar otra invitación para salir con él.

Y ahora había decidido que el miércoles por la noche saldría con Billy . . . Su corazón brincaba. Seguramente se armaría algún revoltijo, pero con Billy se sentía segura. Le gustaría ver cómo se las arreglaría para atacar a Billy.

Con un rápido movimiento arrancó la foto del lugar y la arrojó sobre la cómoda, boca

abajo. Cayó cerca de una pequeña caja cuadrada, de cuero oscuro y deslustrado. Como si hubiera cometido una profanación, recogió la fotografía y la lanzó a través de la habitación, hacia un rincón. Al mismo tiempo levantó la caja de cuero. La abrió después de apretar un resorte y contempló el daguerrotipo de una mujer menuda; de ojos firmes y grises, de boca esperanzada y al mismo tiempo patética. Sobre el forro de terciopelo, en letras doradas, se leía: "De Carlton para Margarita". Lo leyó con reverencia, ya que le recordaba al padre que no había conocido, y también a la madre, a la que había visto tan poco, aunque nunca olvidaba que esos ojos inteligentes y tristes habían sido grises.

A pesar de que carecía de una religiosidad convencional, sin embargo la naturaleza de Saxon era hondamente mística. Sus pensamientos sobre Dios eran vagos, nebulosos, y muy a menudo se encontraba francamente perpleja delante de ellos. No podía imaginar a Dios. Aquí, sobre el daguerrotipo, estaba lo concreto. Pero algo adivinaba de todo eso, y sin embargo siempre quedaba un infinito por entrever, por saber... No iba a la iglesia. Sólo ése era su altar, allí estaba lo más sagrado para ella. En medio de las dificultades y del aislamiento se acercaba ahí en procura de consejo, de consuelo, de providencia. Hasta ahora había observado que era distinta a las demás muchachas que frecuentaba, y en esos momentos trató de comprender sus propias características mirando el rostro del retrato. Su madre, de la misma manera, había sido diferente a las otras mujeres. Y para ella su madre significaba lo que Dios para los demás. En esta cuestión se había esforzado para ver claro, en sí misma, nada más. No le interesaba herir o vejar. Y, en realidad, qué poco sabía ella de su madre, salvo lo que había sido sólo conjetura, cosa sobreentendida, aspectos que tampoco advertía. Pues fue a través de los años que erigió lentamente, inconscientemente ese mito de la madre.

Sin embargo, ¿era todo un mito? La duda la tomó rápidamente, y entonces abrió el cajón del fondo de la cómoda y extrajo una cartera deshecha. Emergieron de la misma manuscritos gastados y descoloridos que exhalaban un aroma desmayado y dulce, de algo largamente guardado. La escritura era fina, cursiva, y tenía la delicadeza singular de medio siglo atrás.

Leyó para sí misma:

"*Dulce como un laúd al viento en aéreo estilo*
tu amable musa he aprendido a cantar,
y las infinitas llanuras de California
prolongan el eco de las suaves notas".

Por milésima vez se preguntó qué podía ser un laúd al viento; y, sin embargo, presentía mucha belleza, lejos, cerca de esa madre recordada y suya. Durante un rato permaneció ensimismada, y después desenrolló otro manuscrito: "Para C. B.", pudo leer. Ella sabía que era para Carlton Brown. Era un poema de amor de su madre para su padre. Saxon se quedó pensativa ante las primeras líneas que estaba leyendo:

"*Me he ocultado lejos de la multitud, en medio de los boscajes,*
donde se hallan las desnudas estatuas, y las hojas señalan y ante
Baco coronado de hiedra, la reina de los Amores, tiemblan y
Pandora y Psiquis cantan eternamente sin voz".

También eso estaba lejos de su comprensión. Pero sin embargo respiró la belleza que había allí. Baco, Pandora y Psiquis eran como talismanes para un conjunto. Pero la nigromancia debía ser asunto del cual su madre entendía. ¡Y eran extrañas palabras sin sentido, y tanto significaban! Y su madre maravillosa había conocido su significado. Saxon deletreó en voz alta los tres nombres, lentamente, pues no se atrevió a pronunciarlos de corrido, al mismo tiempo que en su conciencia aparecieron similitudes augustas, profundas e inimaginables. Su mente chocó y se detuvo en los límites brillantes y embriagadores de las estrellas de un mundo que estaba más allá de aquel otro inundo al cual su madre se había marchado por propia voluntad. Y nuevamente, con solemnidad, recorrió con la vista las cuatro líneas. Eran radiantes, llenas de luz, comparándolas con el universo lleno de dolor y de inquietud en el que había vivido toda su existencia. Pero allí, escondido entre esas líneas crípticas y cantarinas, estaba el indicio. Todo quedaría en claro si sólo pudiese penetrarlas. Sobre este punto se sentía muy confiada. Y también comprendería la lengua afilada de Sara, a su hermano desdichado, la crueldad de Charley Long y la justicia del castigo sufrido por el tenedor de libros, y también lo interminable del día, del mes, del año, y el enorme esfuerzo que cada vez era necesario realizar junto a la mesa de planchar.

Leyó una estrofa que de antemano sabía que estaba más allá de su comprensión, pero tuvo intención de probar nuevamente

"*El claroscuro del invernáculo es luminoso aún –*

y tiene temblores de ópalo y trémolos de oro;
pues el sol se pone, y la luz de Occidente
es como un delicado vino suave y añejo.

Desmayadamente se ruboriza la frente de una náyade erguida
en medio de la espuma de una fuente, y cuya simiente de amatista
tiembla levemente un instante en el pecho y en las manos,
goteando luego en la fuente del pecho y de las manos".

"Es bello, sencillamente bello", se dijo, y suspiró. Después se asombró ante la extensión del poema y el misterioso volumen que tomaba. Enrolló el manuscrito y lo alejó de su lado. Nuevamente hundió la mano dentro del cajón tratando de encontrar otros indicios de su madre querida, de su alma oculta en otros trozos queridos.

Esta vez se trataba de un pequeño paquete envuelto en papel de seda y sujeto con una cinta. Lo abrió cuidadosamente, llena de gravedad, como si fuera un sacerdote delante del altar. Entonces vio un corpiño diminuto y español de satén encarnado, lleno de ballenas, como si fuera un pequeño corsé de puntas, la ropa interior de una mujer que había cruzado las planicies junto a los pioneers del desierto. Había sido confeccionada a mano, de acuerdo a la moda española de una California ya lejana. Las mismas ballenas eran de confección casera, hechas con materia prima que los balleneros intercambiaban por cuero y sebo. Los adornos de encaje negro habían sido tejidos por la madre, v también el triple borde de bandas de terciopelo . . ., y aquellas manos habían cosido los fruncidos ...

Saxon soñó y se hundió en un torbellino de intrincados pensamientos al evocar todo aquello. Y comprendió que ese mundo era algo concreto. Y lo adoraba como podían ser adorados los dioses en su paso por la tierra, a pesar de tener una existencia menos tangible.

Y medía veintidós pulgadas. Lo sabía porque lo había comprobado muchas veces. Estaba de pie y se lo colocó sobre el talle. Eso formaba parte de su ritual. Casi le iba bien, pero en algunas partes le quedaba ajustado. Sin las ropas que vestía hubiese podido cerrarlo completamente, y le hubiese servido de la misma manera que a su madre. De pronto, junto a Saxon estaba el recuerdo más apreciado de todos, el de los lejanos días de Ventura, California. Sus formas eran como las de su madre, sí; físicarnente se le parecía. Y también su decisión, la capacidad para efectuar trabajos que asombraban a los demás, la asemejaban a su madre. Su madre, de la misma manera., había sido el asombro de su generación..., sí, su madre, que era una criatura pequeña como un juguete, la más diminuta y joven entre todo el conjunto de pioneers, y que a pesar' de todo era muy maternal con su prole. Su inteligencia era tan grande que siempre era requerida por sus hermanas y hermanos, que eran mucho más grandes que ella. Sí, fue Margarita la que había adelantado el pequeño pie y había ordenado el traslado desde las afiebradas llanuras de Colusa hasta las sanas montañas de Ventura; ella fue la que acorraló en un rincón al indio viejo y aguerrido, y también luchó contra toda la familia para que Vila pudiese casarse con el hombre de sus preferencias; sí, fue ella la que se enfrentó con la moral de la familia y de la comunidad, y exigió que Laura se divorciase de un marido criminal y débil, y, por otro lado, fue la que sostuvo unidas las ramas de la familia cuando la incomprensión y la debilidad humanas amenazaron con dividirla.

Fue realmente pacificadora y al mismo tiempo una guerrera.

Entonces desfilaron ante los ojos de Saxon todos aquellos viejos relatos. Y ahora notaba los detalles más agudos, pues no era la primera vez que los revisaba dentro de su mente. Los había reconstruido muchas veces, aunque siempre se había referido a cosas que jamás había visto. Todos los detalles habían sido creados por su imaginación, ya que nunca había visto un buey; un indio salvaje ni una barcaza de tierra adentro. Y, sin embargo, asistió al tránsito desde el Este hacia el Oeste, a través del continente, al gran éxodo de los anglosajones que estaban hambrientos de tierra, y todo era palpitante, real, y el oro del polvo relucía al ser levantado por diez mil pezuñas juntas. Sí, porque eso formaba parte de su ser, de su fibra. Había sido educada en las tradiciones, en los hechos, directamente de las fuentes de aquéllos que habían participado en dichas empresas. Veía claramente el convoy largo de carretas, los hombres magos y descarnados que marchaban adelante, mientras los jóvenes azuzaban a los bueyes desfallecientes que caían y se levantaban para volver a caer nuevamente. Y, atravesándolo todo, existía una lanzadera volante que entretejía el embriagante hilo dorado de aquella personalidad, que empujaba las formas de su pequeña madre indomable, que por aquel entonces tenía ocho años de edad, y sólo nueve cuando terminó la gran travesía, y que a

pesar de todas las dificultades siempre se mantuvo muy dueña de su voluntad, de su conciencia, que constantemente deseaba lo bueno y lo recto.

Saxon también "vio" a Punch, el pequeño foxterrier de mi. rada profunda, que se había fatigado durante aquellos meses agotadores, que marchaba mansamente, rezagado; y también tuvo una fantasía en que Margarita, que por aquel entonces sólo era una criatura, ocultaba a Punch en la carreta, y el padre entonces se enfureció al comprobar que una carga más se había sumado a las muchas que arrastraban los desfallecientes bueyes. vio cómo maldecía al coger al perro del pescuezo, y luego a Margarita, que estaba entre la boca del largo caño del rifle y Punch. Y después imaginó a Margarita en medio de los días de sol terrible, marchando y cayendo entre el polvo levantado por las carretas, llevando sobre los brazos, como si fuera un bebé, al pequeño animal enfermo.

Pero lo que más vivamente veía Saxon era la lucha de Little Meadow .. ., cuando Margarita, vestida de gala con una faja de cintas alrededor del talle, con una peineta en los cabellos, cargaba los pequeños baldes de agua y avanzaba debajo del brillo del sol, sobre el campo florecido, desde el círculo que formaban las carretas con las ruedas trabadas hasta el lugar donde los heridos murmuraban y tartamudeaban delirantes sobre manantiales imaginarios; y avanzaba siempre debajo del sol resplandeciente, inhibida y maravillada frente a los indios que disparaban sin cesar, y luego volvía a recorrer otras cien yardas hasta llegar al depósito de agua, y nuevamente regresaba al sitio anterior.

Saxon besó apasionadamente el corpiño diminuto y español de satén rojo, y con los ojos humedecidos lo envolvió apresuradamente abandonando el misterio y la glorificación maternas, todo el extraño enigma de vida que encerraban.

Ya en la calma y con los ojos cerrados recordó las escasas escenas queridas que retenía acerca de su madre. Era su manera favorita de dormirse.

Siempre lo había hecho así ... ; hundiéndose en la negrura mortal del sueño junto con su madre, hasta que se desvanecía toda la vida consciente. Pero esa madre que rememoraba no era la Margarita de las llanuras ni de los daguerrotipos. Eso había sido mucho antes de que Saxon existiera. La que veía en ese momento, en medio de la noche, era una madre más grande, en vela e insomne, llena de valor en medio de la tristeza, y que siempre ambulaba de un lado a otro; era una mujer pálida y frágil, amable, sin ninguna clase de desfallecimientos, que casi se moría por falta de sueño, que hacía sólo su voluntad, y que a pesar de los esfuerzos de una tribu entera de médicos seguía ahí, velando constantemente porque creía que era su deber. Y constantemente daba vueltas y más vueltas por toda la casa, desde la cama hasta la silla, y aquello durante largos días y semanas de tormento, sin quejarse jamás aunque su invariable sonrisa estaba retorcida por el dolor, de la misma manera que sus ojos inteligentes y grises se agrandaban enormemente y se hacían cada vez más profundos.

Esa noche Saxon no se durmió con facilidad. La madre pequeña se arrastraba, iba y venía de una parte a otra. Y de a ratos el rostro de Billy, con sus simpáticos ojos empañados, ardía y se acercaba a sus párpados. Y una vez más, cuando ya el sueño comenzaba a calmarle la agitación que había sentido, se preguntó: "¿Y será él el hombre?"

VII

La labor se deslizaba rápidamente en la sala de planchado, pero los tres días que siguieron hasta la noche del miércoles resultaron bastante largos. Ella se impacientaba ante el almidón que desaparecía de una manera asombrosamente rápida debajo de la plancha.

-No puedo darme cuenta cómo logras hacerlo -le dijo Mary con admiración-. De cualquier modo esta semana llegarás a los trece o catorce.

Saxon sonrió, y en medio del vapor que salía de la plancha vio las letras de oro que danzaban y que le decían miércoles. -¿Qué piensas de Billy? -le preguntó Mary.

-Me gusta -le respondió francamente.

-Bueno, no avances mucho más allá de ese punto.

-Si lo deseo lo haré -le contestó alegremente Saxon. -¿Mejor que no lo hagas -le previno-. Lo único que lograrías es afligirte. Es de los que no se casan. Ya muchas muchachas lo han descubierto. También se arrojaron de cabeza sobre él.

-Yo no me arrojaré sobre él ni sobre ningún otro.

-Piensa bien en lo que te estoy diciendo, simplemente -terminó Mary-. Es una advertencia, nada más..

Saxon se puso seria.

-No es.. ., no . . . -comenzó adecir ella, pero luego se dio cuenta del sentido de la frase que quería completar y se calló.

-Oh, no, no se trata de eso . . ., aunque nada lo detiene. Es muy bien, un muchacho derecho y correcto. Pero simplemente no desea dejarse atrapar por algo que lleve faldas. Baila, da vueltas y más vueltas y se divierte, pero después . . ., nada. Una buena cantidad de chicas se llevaron un chasco con él. Te apostaría a que en este preciso momento hay como una docena de muchachas que están enamoradas de él. Y él, simplemente, lo único que hace es echarlas de lado. Por ejemplo, Lily Sanderson..., tú la conoces, la viste en la fiesta campestre de los eslavos, durante el verano pasado, en Shellmound. . ., era esa rubia de buena presencia que estaba con Willows, el carnicero.

-Sí, la recuerdo -dijo Saxon-. ¿Qué sucedió con ella?

-Bueno, anduvo durante mucho tiempo con el carnicero, y como él no sabe bailar ella salía con Billy, que la sacaba continuamente. El carnicero, al principio, no temía nada, hasta que ya harto buscó una aclaración y lo arrinconó a Billy delante de de todo el mundo y le cantó las cuarenta. Y Billy escuchó eso a su manera, tranquilo y como si estuviera dormido, mientras que el otro se acaloraba más y más. Todos aguardaban impacientes lo que resultaría de aquello. Fue entonces cuando Billy le dijo al carnicero: "¿Ya ha terminado?" "Sí", le dijo el carnicero. "Ya he dicho todo lo que tenía que decir ¿Qué hará usted en este asunto?" y Billy expresó entonces. .. ¿a qué no sabes que dijo delante de todo el mundo que le miraba y con el carnicero que tenía la sangre en el ojo? Bueno, dijo: "No se me ocurre nada, carnicero". fue eso lo que dijo, simplemente. Y el carnicero estaba tan asombrado que podía haber sido barrido con una pluma. "¿Y entonces no bailará más con ella?", le preguntó. "No, si usted se opone a ello, carnicero", dijo Billy. Sí, fue exactamente como te lo cuento. Bueno, sabes que cualquier otro hombre que se hubiese comportado como Billy habría sido despreciado por todos. Pero eso no sucedió con Billy. Como lo ves a él le está permitido: Como tiene fama de boxeador se quedó atrás, y entonces el otro salió con la suya, y todo el mundo se dio cuenta de que no estaba asustado, o cosa parecida. Lo que sucedía era que a él Lily Sanderson no le importaba ni un bledo, y todo el mundo sabía que ella estaba loca por el muchacho.

El relato 'del episodio causó bastante inquietud a Saxon. Tenía el orgullo general de las mujeres, pero en cuanto a su capacidad para atraer al hombre no se sentía completamente segura. Billy había gustado de bailar con ella, pero se preguntaba si eso era todo. Y si Charley Long la perseguía, ¿el muchacho permitiría que se produjese la misma situación que recién había escuchado? No era hombre casadero, pero ella no podía cerrar los ojos a la evidencia de que él era casi el hombre ideal para compartir una vida en común. Por eso no se sorprendía ante la noticia de que las muchachas lo acosaban constantemente. Y él dominaba tanto a los hombres como a las mujeres. Sí, porque también les resultaba simpático a los hombres. Por ejemplo, Beit Wanhope parecía que le quería de verdad. Recordaba a aquel guapo mientras estuvieron comiendo en el Weasel Park y que se había acercado a la mesa para pedir disculpas, y también al irlandés, que durante la cinchada había olvidado todo intento de

camorra al saber con quien se enfrentaba.

"Un muchacho que está echando a perder", se le ocurrió pensar a Saxon. Pero también había rechazado repetidamente esa idea por considerarla muy poco generosa. Era amable, pero lentamente, a su manera. A pesar de saberse fuerte no caminaba de una manera grosera y provocadora como los otros. Seguramente allí estaba la clave del asunto con Lily Sanderson. Saxon lo examinó varias veces. No se interesó por la joven y de inmediato cedió el lugar al carnicero. Justamente era eso lo que Bert no habría hecho por puro espíritu de pendencia y de maldad. En ese caso se habría producido la gresca, los resentimientos, el carnicero sería un enemigo más y no se habría ganado nada absolutamente. Pero Billy se había portado correcta, lenta e imperturbablemente, y había lesionado lo menos posible el interés de otros. Y todo eso lo hacía más deseable e inalcanzable al mismo tiempo a los ojos de Saxon.

Compró otro par de medias de seda que había vacilado en adquirir durante semanas enteras, y el martes por la noche cosió hasta quedar adormilada sobre una blusa nueva. Sara se quejó mucho por el consumo que ella hizo del gas.

Durante el miércoles por la noche el baile del Oríndore Club no fue un placer en toda su extensión. Era una verdadera vergüenza cómo las muchachas llamaban la atención de Billy, y Saxon descubrió a veces que las atenciones triviales que él les dispensaba eran casi irritantes. Sin embargo reconoció que él no hería el sentimiento de ningún joven mientras que las otras sí que ultrajaban el suyo. Todas le pidieron que bailaran con ellas inmediatamente, y esas tentativas no escaparon a sus ojos. Decidió que ella no se arrojaría a sus pies, y desechó pieza tras pieza después de cavilar llena de emoción, que ésa era la táctica acertada. Con deliberación puso en evidencia que era apetecible para otros muchachos, de la misma manera que él mostraba que era buscado por las mujeres.

Sintió una verdadera dicha cuando él, fríamente, la convenció e insistió en bailar dos piezas más de las que le había concedido.

Y también se sintió complacida e irritada al mismo tiempo cuando escuchó a dos muchachas altas que trabajaban como envasadoras y que decían: "¿Crees que es tener buen gusto andar detrás de uno de la misma edad?" "¡Ladronas de cunas!", fue lo único que escuchó mientras se le encendían las mejillas. Las otras ignoraban que ella las había oído.

Billy regó hasta la casa, la besó en la puerta y obtuvo su consentimiento para llevarla al baile del Germania Hall, el viernes por la noche.

-No pensaba ir -le dijo él-. Pero si usted me da la palabra ... Bert también estará allí.

Al día siguiente, mientras planchaban, Mary le dijo que ella y Bert se habían citado para concurrir al Germania Hall.

-¿Irás tú también? -le preguntó.

Saxon hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

-¿Con Billy Roberts?

Ella repitió el movimiento, y Mary le echó una mirada llena de curiosidad, sosteniendo la plancha en alto.

-Dime ¿y si se entromete Charley Long? Saxon se encogió de hombros.

Plancharon silenciosa y rápidamente durante un cuarto de hora.

-Bueno -dijo Mary-, si se entromete probablemente recibirá lo que le corresponde. Me agradaría viéndole ganar lo que en realidad se merece ... ¡Es un canalla! Todo depende de lo que sienta y haga Billy ... con respecto a ti, se entiende.

-Yo no soy Lily Sanderson -le respondió indignada Saxon-. Nunca le daré a Billy Roberts la oportunidad de que me aparte de su lado.

-Seguramente ocurrirá de esa manera si es que Charley Long se entromete. Te lo aseguro yo, Saxon: no es un caballero. Mira lo que le hizo al señor Moody. fue un castigo horrible. Y el señor Moody sólo es un pobre hombre tranquilo que no causaría el menor daño ni a una mosca. Bueno, si se le ocurre ir muy lejos, con seguridad que no encontrará en Billy Roberts a un afeminado, precisamente.

Esa noche Saxon vio a Charley Long que aguardaba frente a la entrada del lavadero. Se adelantó para saludarla y se colocó a su lado, y ella sintió entonces esa palpitación enfermiza que ya le hiciera conocer plenamente antes. La sangre desapareció de su rostro por la aprensión y el miedo que le causaban su presencia. Tenía temor de su ruda corpulencia, de los ojos ensombrecidos, castaños, dominadores y al mismo tiempo confiados, y también sentía miedo de sus grandes manos de herrero, de sus dedos fuertes y peludos. Le causaba

desagrado mirarle, algo que la hería en lo más profundo de su ser. No era exactamente la fuerza de él lo que la hería, sino el carácter de aquélla y el empleo que hacía de la misma. El castigo que le había infligido al amable señor Moody le produjo una verdadera sensación de horror que no desapareció sino después de muchas horas. Y siempre que recordaba ese hecho se estremecía violentamente. Y sin embargo no se conmovió en absoluto cuando presenció cómo Billy peleaba en el Weasel Park de una manera muy semejante y primitiva a los otros hombres. Pero, a pesar de todo, había sido diferente. Sabía con certeza que existía algo así, pero no podía explicarlo. Sólo comprendía la brutalidad que encerraban las manos y el alma de este hombre.

-Estás pálida y hasta apostaría que te sientes débil -1e dijo él-. ¿Por qué no abandonas el trabajo? De todos modos alguna vez sucederá. No podrás librarte de mí, nena.

-Desearía que fuera así -le contestó la muchacha.

El rió con una jovialidad áspera.

-Pero no hay nada que hacer, Saxon. Tienes la medida exacta de la señora de Long, y lo serás con toda seguridad.

-Quisiera estar tan segura en todas las cosas de la misma manera que usted -le dijo Saxon, burlonamente. Pero él no se dio cuenta.

-Te diré una cosa -prosiguió él-: hay una cosa de la que puedes estar completamente segura … , y en que yo estoy seguro -rió aprobando, como complacido por la agudeza de lo

que dijera-. Cuando estoy empecinado en algo siempre lo consigo y si alguien se interpone le va bastante mal. ¿Te das cuenta? Soy para ti, y todo está combinado para que sea así, de manera que puedes acostumbrarte a la idea y comenzar a trabajar en mi casa en vez de seguir en el lavadero. ¡Si todo resultará magnífico! No tendrás mucho trabajo que hacer. Gano bastante dinero y no te faltará nada. Acabo de lavarme, y si asomé la nariz por aquí era para repetírtelo una vez más, de manera que no lo puedas olvidar. Y aun no he comido, lo que te prueba todo lo que pienso en ti.

-Entonces emplearía mejor el tiempo si se fuese a comer -le aconsejó ella, aunque sabía que toda tentativa para desembarazarse de él era completamente inútil.

Apenas si había escuchado lo que él le dijera. Bruscamente se había presentado delante de ella y parecía muy cansada, pequeña y débil junto a ese coloso. ¿La perseguiría siempre?, se preguntó desesperada, y de pronto creyó que en su vida futura siempre se encontraría con las formas horribles del corpulento herrero que la seguía continuamente y que nunca la dejaba en paz.

-Vamos, nenita, anímate, salta el cerco -prosiguió él-. Esta es la estación, el buen tiempo, el verano, la época justa para casarse.

-Pero no me casaré con usted -protestó ella-. Ya se lo dije más de mil veces.

-Oh, olvídate de lo que estás diciendo. Necesitas renovar las ideas de tu bendita cabeza. Por cierto que te casarás conmigo. Es un hecho. Y te diré otro más: tú y yo vamos a ir hasta San Francisco el viernes por la noche. Habrá grandes diversiones entre los herradores.

-No lo dudo, pero el único inconveniente es que no voy a ir -le contradijo la joven.

-Oh, tú irás -afirmó el otro como si estuviera completamente seguro-. Tomaremos el último bote para regresar, y pasarás un rato agradable. Y te presentaré al lado de otras buenas bailarinas. Sabes que no soy un flojo, y además a ti te gusta bailar.

-Pero ya le dije que no puedo ir -repitió Saxon.

Le echó una mirada sospechosa, frunciendo los negros trazos de las sienes, y contrajo las cejas hasta unirlas sobre la nariz, formando un todo con la frente.

-¿Por qué no puedes?

-Tengo una cita -respondió ella.

-¿Quién es él?

-Eso no le interesa, Charley Long. Tengo una cita, eso es todo.

-Sin embargo me interesa. ¿Recuerdas al mequetrefe del tenedor de libros?

-Desearía que me dejase en paz -le rogó ella sintiéndose ofendida-. ¿Es que no puede ser atento alguna vez?

El herrero rió de una manera desagradable.

-Si algún tonto cree que puede interponerse entre tú y yo, sabrá lo que es bueno, y te aseguro que yo me encargaré de enseñárselo … El viernes por la noche ¿eh? ¿Dónde?

-No se lo diré.

-¿Dónde? -repitió él.

Sus labios permanecieron fuertemente apretados. Guardó silencio. Sus mejillas comenzaron a encarnarse levemente.

-¡Uff, como si fuese tan difícil saberlo! En el Germanía Hall, por supuesto. Bueno, estaré allí y volveré a casa contigo ¿entiendes? Y sería mejor que le advirtieras a ése que anda contigo que se deje de embromar, si es que tú no deseas verle la cara deshecha.

Saxon se sintió injuriada en su orgullo más profundo, y tuvo deseos de gritar el nombre y la fuerza de aquél que recientemente se había convertido en su protector. Pero se sintió temerosa, porque ése que tenía delante era un hombre formado mientras que Billy sólo era un muchacho. Al menos así la impresionaba. Recordó la primera sensación que había recibido de sus manos, y rápidamente se fijó en las del hombre que estaba a su lado. Eran casi el doble de las de Billy, y el vello que las cubría gritaba la fuerza que debían poseer. No. Billy no podría pelear con semejante bruto. Y tampoco debía hacerlo. Pero de pronto Saxon sintió una esperanza débil y perversa: quizá por alguna habilidad misteriosa e inconcebible en el arte de pelear, Billy podría azotar a ese toro bruto y librarla de esa molestia. Pero al mirarlo nuevamente volvió a dudar, ya que sus ojos se fijaron en las amplias espaldas del herrero, en la tela de las mangas, arrugada por los músculos de los bíceps.

-Si usted llegase a poner la mano sobre la persona que me acompañará…-comenzó a decir ella.

-Entonces resultará lastimado -Long frunció la cara-. Y lo tendrá merecido. Cualquier individuo que se entrometa con una pareja debe ser vapuleado.

-Pero yo no soy su muchacha, y aunque usted lo repita mil veces nunca lo seré.

-Bueno, ahora te pones arisca -asintió él-. También me gustas por eso. Te pones como una fiera y peleas. Eso me agrada. Es lo que un hombre necesita que su mujer sea... y no una vaca como esas mujeres gordas. Parecen muertas. Tú estás viva y entera por los cuatro costados.

Saxon se detuvo delante de su casa y puso una mano sobre el picaporte.

-Adiós -le dijo-. Tengo ganas de entrar.

-Vuelve a salir y daremos una vuelta por el Idora Park -le sugirió él.

-No, no me siento bien. Me voy a la cama ni bien termine de cenar.

-¡Uff! -se burló él-. Quieres ponerte en forma para el baile de mañana a la noche, ¿no es cierto?

Ella abrió la puerta con un movimiento impaciente y se alejó.

-Ya te lo he dicho francamente -prosiguió él-. Si mañana a la noche no vas conmigo alguien resultará lesionado.

-Espero que usted lleve la peor parte -exclamó ella en un tono vengativo.

El rió y tiró la cabeza hacia atrás, luego expandió su pecho enorme y levantó a medias sus brazos pesados. Ese gesto le hizo recordar con disgusto al enorme gorila que una vez había visto en el circo.

-Bueno, adiós -le dijo él-. Mañana nos veremos en el Germania Hall.

-No le dije que iré al Germanía Hall.

-Tampoco me lo negaste. De cualquier manera yo estaré allí. Y asimismo te traeré a casa de vuelta. Puedes tener la completa seguridad de que será así. Y tienes que reservarme unas cuantas piezas. Está bien. Sí, ya sé, ahora estás arisca, pero eso te hace más linda.

VIII

Cuando la orquesta terminó de tocar el vals, Billy y Saxon se encontraban en ese instante ante la gran entrada de la sala de baile. La mano de ella descansaba ligeramente sobre el brazo del muchacho, y se deslizaban en busca de algún asiento cuando Charley Long, que evidentemente recién había llegado, se abrió paso y se plantó enfrente de ellos.

-¿De modo que usted es el meterete, eh? -le preguntó. Su rostro mostraba malas intenciones, y estaba encendido, amenazante.

-¿Quién ...,yo? -le preguntó suavemente Billy-. Debe ser algún error, compañero. Nunca he sido un meterete.

-Le saltaré la cabeza si no se hace humo rápidamente.

-No quisiera que ocurriese eso por nada del mundo -balbuceó Billy -, Vamos, Saxon, vecinos de esta clase no son muy sanos para nosotros.

Comenzó a caminar con ella, pero Long le enfrentó nuevamente.

-Usted es muy fresco, joven -gruñó-. Lo que necesita es salarse un poco, ¿entiende?Billy se rascó la cabeza y puso una cara muy asombrada.

-No, no entiendo -dijo-. ¿Qué ha dicho, precisamente?

Pero el enorme herrero se volvió desdeñoso y se encaró con Saxon.

-Ven para aquí. Revisemos tu programa de baile.

-¿Usted desea bailar con él? -le preguntó Billy a la joven.

Ella negó con la cabeza.

-Lo siento, Compañero, pero parece que no hay nada que hacer -dijo Billy acompañando sus palabras con un gesto expresivo, e inmediatamente, junto con Saxon, siguieron caminando.

El herrero les interceptó el paso otra vez más.

-Quite su pie del camino -le dijo Billy-. No ve que impide que avancemos.

Durante todo el tiempo el otro había mantenido los puños apretados, e hizo un movimiento hacia atrás como para tomar impulso con un brazo, al mismo tiempo que sacaba pecho y tiraba los hombros para atrás. Pero se detuvo ante la inmovilidad del cuerpo de Billy y ante sus ojos fríos y nebulosos. No había reaccionado mental ni muscularmente. Parecía no tener noción de un inminente ataque. Todo eso era muy nuevo para Long.

-Tal vez usted no sepa quién soy yo -dijo el otro con petulancia.

-Sí, lo sé muy bien -dijo Billy despreocupadamente-. Usted ha sido el que batió el record de grescas -al escuchar esto la cara de Long se mostró complaciente-. Debería haber recibido el cinturón de diamantes de la Police Gazette por sus peleas con bebés. Sospecho que usted nunca tuvo miedo de encararse con ninguno de ellos.

-Déjalo en paz, Charley -le aconsejó uno de los hombres que se habían reunido alrededor de ellos-. Es Billy Roberts, el pugilista. Tú le conoces, es el "Gran Billy".

-Me tendría sin cuidado aunque fuese Jim Jeffries. No puede cruzarse en mi camino de esa manera.

Sin embargo, hasta para Saxon era evidente que había perdido la fiereza de su agresividad. El nombre de Billy parecía tener un efecto calmante en las personas algo turbulentas.

-¿Usted le conoce? -le preguntó Billy a la muchacha.

Le dijo que sí con la mirada, aunque dio la impresión que le gritaría mil cosas a ese hombre que la perseguía tan tenaz. mente. Billy se volvió hacia el herrero.

-Vea, compañero, usted no quiere tener líos conmigo ¿no es cierto? Además, yo ya lo conozco demasiado bien. Y entonces ¿con qué motivo vamos a pelearnos? Y ella nada tiene que agregar sobre el particular, ¿no es así?

-No, ella no tiene nada que decir. Eso es asunto mío y no suyo.

Billy meneó lentamente la cabeza.

-Creo que usted está equivocado. Me parece que ella tiene algo que decir en todo esto.

-Bueno, dilo entonces -le gruñó Long a Saxon-. ¿Con quién te quedarás? ¿Con él o conmigo? Acabemos de una vez.

Ella posó su mano libre sobre el brazo de Billy.

-Bueno, aquí no ha pasado nada -fue la observación de Billy.

Los ojos de Long, al mirar a Saxon, y más tarde al protector de la joven, relucieron furiosamente.

-Sin embargo, yo tenía el 'buen propósito al mezclarle a usted en este asunto -masculló Long entre dientes.

Saxon estaba excitada cuando comenzaron a alejarse. La suya no había sido la suerte de Lily Sanderson, y ese maravilloso hombre-muchacho había dominado completamente al herrero sin un solo golpe y hablando lenta e imperturbablemente.

-Siempre quiso hacer su voluntad conmigo -le murmuró a Billy-. Quiso pisotearme y golpear a cualquier hombre que se me aproximaba. No quiero verle nunca más.

Billy se detuvo instantáneamente. Long, que se alejaba moviéndose a regañadientes, también se detuvo.

-Ella dice que no quiere saber nada con usted, nunca jamás -le dijo Billy-. Y eso es lo que vale. Si alguna vez me llega la noticia de que usted la está fastidiando, me ocuparé del asunto. ¿Entiende?

La mirada de Long relució pero no dijo nada.

-¿Lo comprende perfectamente? -repitió Billy con energía.

El herrero asintió rezongando.

-Bueno, entonces trate de recordarlo. Y ahora apártese porque si no tendré que caminar encima suyo.

Long se escabulló al mismo tiempo que murmuraba amenazas completamente deshilvanadas. Saxon avanzaba como en un sueño. Al parecer Charley Long se había acobardado. Había sentido miedo delante de ese muchacho de piel suave y de ojos azules.

Y ella se hallaba completamente transportada, porque Billy se había atrevido a hacer algo por ella que ninguno hiciera antes. Y le agradaba más a Billy que Lily Sanderson.

En dos ocasiones Saxon trató de referirle detalles sobre la manera cómo había trabado conocimiento con Long, pero él siempre la desviaba de la cuestión.

-Me importa un comino todo eso -le dijo Billy la segunda vez-. Lo importante es que usted esté aquí, ¿no es cierto?

Pero ella insistió, y cuando terminó de hablar, Billy, ya cansado y un poco fastidiado, le dio unas palmaditas en la mano, muy suavemente.

-Está muy bien, Saxon -le dijo-. Sucede que se trata simplemente de un "duro". Al verle, le tomé la medida en el acto. No la molestará más. Conozco esa raza. Es un perro. ¿Dice que es alborotador? No creo que consiga molestar ni a un carro lechero.

-Pero ¿de qué manera se las arregla usted? -le preguntó Saxon conteniendo el aliento-. ¿Por qué le temen tanto los otros? Usted es maravilloso, simplemente.

Billy se sintió perturbado y cambió de tema.

-¿Sabe usted? -le dijo-. Me agradan sus dientes. Son iguales entre sí, y blancos, y no muy grandes, como los de un bebé. Son justamente los que necesita, y le sientan muy bien. Nunca vi a una muchacha que poseyera dientes tan bonitos. Son los que me dan hambre, ¿sabe?, cuando los miro. Deben ser bastante buenos para comer.

Al llegar a la medianoche, mientras Bert y Mary continuaban bailando sin saciarse, Billy y Saxon se encaminaron hacia la casa de ella. El fue el que sugirió que se marcharan temprano, y necesitó explicar su actitud.

-Es algo que aprendí siendo boxeador -le dijo-. Me enseñó a cuidarme. Uno no puede trabajar todo el día y bailar la noche entera y seguir fresquito, en condiciones. Y lo mismo sucede con las bebidas..., aunque tampoco soy un bebé de su mamita. Sé lo que es. Tengo bastante experiencia en el asunto. Me gusta la cerveza, y siempre bebo grandes jarros, pero no todo lo que desearía. He probado de hacerlo, pero realmente no compensa. Tome por ejemplo a ese tipo que esta noche se metió con nosotros. Yo estaba preparado, de cualquier manera. Es un perro pero, además, tiene el cuerpo repleto de cerveza rancia. Lo comprendí desde el primer instante, y por eso logré dominarlo. Esa es la condición necesaria, la cosa.

-Pero él es tan enorme -protestó Saxon-. Si tiene los puños del doble de los suyos.

-Eso no quiere decir nada. Lo que realmente vale es lo que hay detrás de los puños. Es un tipo primitivo. Si no lo derribaba de entrada, hubiese conseguido que se mantuviera alejado, esperando. Y entonces, de pronto, hubiera estallado... en pedazos, en el aire, y usted lo habría visto en su verdadero sitio. Y la verdad es que él mismo lo sabe.

-Usted es el primer boxeador que conozco -le dijo ella después de una pausa.

-Ya no lo soy más --protestó rápidamente-. El mismo boxeo me enseñó a dejarlo a tiempo. Es que no compensa. Uno se entrena hasta quedar como una seda, inclusive la piel, y después salta las cuerdas para hacer veinte rounds con alguno que está en las mismas condiciones, y entonces la seda se rompe..., y se pierde un año de vida. Sí, y hasta a veces se pierden cinco años en lugar de uno, o si no queda partido por el medio, o despilfarra toda la vida de un santiamén. Yo los he visto. Muchachos fuertes como toros, después de sostener una lucha dura, han muerto de extenuación al año escaso con los riñones deshechos, o si no por cualquier otra causa. ¿Y qué objeto tiene todo eso? El dinero no puede compensar lo que pierden. Por eso abandoné la profesión y me dediqué a dirigir el equipo. Ya conseguí mi seda y me la guardaré para mí mismo, eso es todo.

-Pero se habrá sentido orgulloso al vencer a otros... -dijo la muchacha muy suavemente, consciente y orgullosa de la fuerza y la habilidad de Billy.

-Sí -reconoció con franqueza-, estoy satisfecho de haberlo hecho..., como también de haberlo dejado a tiempo... Sí, me enseñó muchas cosas... Por ejemplo, a mantener los ojos

bien abiertos y la cabeza despejada. Antes tenía mi temperamento..., algo realmente especial... A veces me asustaba de mí mismo. Frecuentemente me desataba. Pero el boxeo me enseñó a contenerme y a no hacer cosas de las que después me arrepentiría.

-Pero si usted es el hombre de temperamento más amable y tranquilo que he conocido -exclamó Saxon.

-No lo crea. Obsérveme bien y a veces me verá tan nervioso que yo mismo no sé lo que estoy haciendo. ¡Una vez que empiezo, la santa furia se apodera de mí!

Esas palabras contenían la promesa implícita de una relación más prolongada, y eso llenó de gozo a Saxon.

-Dígame una cosa -le dijo Billy cuando se acercaron a la casa de Saxon- ¿qué hará el domingo que viene?

-Nada. No tengo ningún plan a la vista.

-Bueno, ¿qué le parece si nos pasamos todo el día juntos paseando por la sierra en un vehículo?

No respondió inmediatamente, y por un instante la muchacha recordó la pesadilla de su última' excursión en sulky, el miedo que se había apoderado de ella y que la obligó a saltar del vehículo y a hacer largas millas a pie en medio de la oscuridad, calzada solamente con unos zapatos muy livianos, tropezando a cada instante con los guijarros del camino que la lastimaron muy fácilmente. Y, en seguida, pensó alegremente que el hombre que ahora tenía a su lado no se parecía en nada a los anteriores.

-Los caballos me gustan -dijo Saxon-. Siempre me agradaron más que el baile, aunque no sé nada acerca de ellos. Mi padre montaba un gran caballo ruano. Usted ya sabe que era capitán de caballería. En realidad, nunca le vi, pero puedo imaginarlo perfectamente montado sobre ese gran animal, y con el gran cinturón del cual pendía su espada. Esa espada la tiene en su poder mi hermano George, pero Tom, en cuya casa yo vivo, dice que en realidad me pertenece, ya que él no fue el padre de ellos. Sólo son medio hermanos. Soy hija única del último matrimonio de mi madre. Ese fue el verdadero casamiento de ella, quiero decir... su unión realmente amorosa...

Se detuvo bruscamente, molesta por sus propias confesiones, pero, sin embargo, sentía un deseo irreprimible de contarle a ese joven todo lo que se refería a ella, y hasta le parecía que esos recuerdos lejanos le pertenecían en gran parte a ella misma.

-Hábleme de eso -insistió Billy-. Me gusta que me cuenten de la gente de días ya lejanos. Mi gente vivió las mismas cosas, y en cierto modo creo que aquél fue un mundo mejor que el que vivimos actualmente. Las cosas eran más humanas, más naturales, aunque no sé de qué manera decírselo. Pero la ver. dad es que no puedo entender esta vida de ahora. Por ejemplo, están las uniones obreras, las asociaciones patronales, las huelgas y los tiempos difíciles, la búsqueda de trabajo y todo lo demás. Antes las cosas no eran así. Todos trabajaban en el campo, cazaban para comer y tenían lo suficiente para alimentarse y cuidar de los suyos. Pero ahora hay una confusión que no termino de entender. Quizás sea un tonto, no sé... Pero, de cualquier modo, siga hablándome y cuénteme cosas de su madre.

-Bueno, siendo muy joven, ella y el capitán Brown se enamoraron. Por aquel entonces era un soldado, antes de la guerra. Y entonces se le ordenó que marchase hacia la guerra, hacia el Este, mientras ella se quedaba cuidando a su hermana Laura. Y entonces fue que recibió la noticia de que él había sido muerto en Shiloh. Y se casó con un hombre que la había amado

durante muchos años. Había pertenecido a la misma caravana de carretas que cruzaron la llanura. Le agradaba pero ella no lo quería. Y más tarde llegó la noticia de que mi padre no había sido muerto. Eso la entristeció pero no deshizo su vida. Era buena madre, buena esposa, pero siempre estaba triste. Era dulce, amable, y creo que su voz era la más hermosa del mundo.

-Bueno, era una mujer muy fuerte -aprobó Billy.

-Y mi padre no volvió a casarse nunca más. Siempre la quiso. Tengo en mi poder un poema encantador que ella le dedicó. Es simplemente maravilloso, parece música. Pero mucho después falleció el marido, y entonces ella y mi padre se casaron

por amor. Sólo lo hicieron en 1892, y ella siempre se encontró bien.

Todavía siguieron hablando un poco más delante de la puerta donde estaban detenidos, y Saxon se formuló el propósito secreto de que el beso de despedida debería ser apenas más prolongado que los habituales.

-¿Qué le parece si nos encontramos a las nueve? -le preguntó él ya preparado para separarse-. No se preocupe por la merienda, o cosa por el estilo. Yo me ocuparé de todo. Sólo es necesario que esté lista para las nueve.

IX

El domingo por la mañana Saxon se encontró lista con bastante anticipación, y cuando volvía a la cocina, después de atisbar por segunda vez a través de las ventanas del frente, Sara comenzó a atacarla como de costumbre.

-Es una vergüenza y una desgraciacómocierta gentese permite el uso de medias de seda -dijo-. Mírenme a mí, fatigada, guisando todo el día y toda la noche, y sin tener un par de medias de seda, o tres pares de zapatos al mismo tiempo. Pero hay un Dios junto al cielo, y algunos se encontrarán frente a él algún día, y al final se llevarán una gran sorpresa: cada uno recibirá lo que merece.

Tom, que fumaba su pipa y estrechaba sobre sus rodillas al más pequeño de sus hijos, le guiñó a escondidas dándole a entender que Sara estaba furiosa. Saxon le colocó una cinta en los cabellos de una de las niñas. Sara caminaba pesadamente de un lado hacia el otro, lavando y acomodando los platos que habían sido usados durante el desayuno. Se irguió de espaldas sobre la pileta con un gemido, y le echó a Saxon una mirada francamente hostil.

-¿No dices nada... eh? ¿Por qué? Supongo que debe ser porque te queda alguna vergüenza... habráse visto, corriéndola con un pugilista... ¡Oh, ya escuché algo de tus andanzas con Billy Roberts! Es un lindo ejemplar, realmente. Pero sólo tienes que esperar que Charley Long le ponga la mano encima, y entonces veremos qué sucede.

-Oh, no sé si será así -intervino Tom-. Por lo que he podido averiguar Billy es bastante buen muchacho.

Saxon sonrió por la superioridad de los conocimientos de aquél, y Sara se puso furiosa al descubrirlo. y no es un borracho. casas con Charley Long? Está loco por ti.

-Creo que toma más cerveza de la que le conviene -respondió Saxon.

-Es cierto -dijo el hermano-. También sé que siempre guarda en su casa un cajón de botellas.

-Tal vez tú chupaste allí alguna vez.

-Quizás... -dijo Tom, mientras se restregaba los labios recordándolo.

-Bueno, si lo desea puede tener un cajón de botellas en su casa. -Sara volvía al ataque, dirigido ahora contra el marido-. Paga sus cuentas y gana mucho dinero..., más que la mayoría de los hombres, de cualquier manera.

-Sí, pero tampoco tiene mujer y chicos por los cuales preocuparse.

-Y cuotas eternas de las uniones obreras que maldita falta que hacen.

-Sí que las tiene -interrumpió Tom alegremente-. Porque si trabaja en cualquier taller de Oakland y no se mantiene en buenas relaciones con los herreros, podría ser acusado inmediatamente. Tú no entiendes de las condiciones del trabajo, Sara. Las uniones tienen que subsistir si se quiere que la gente no se muera de hambre.

-Oh, claro que no --se burló ella-, yo no entiendo nada, no tengo inteligencia, soy una tonta, y hasta me lo dices muy claramente delante de los chicos -con furia se volvió hacia el

mayor de ellos, que, al ser sorprendido, se alejó encogido-. Willy, tu madre es una necia ¿lo sabías? Tu padre dice que soy una necia, y lo dice delante de tu cara y de la mía. Es una tonta, simplemente. Y después dirá que está loca y la pondrá en una asilo. ¿Y eso qué te parecerá, Willy? ¿Te gustará ver a tu madre con una camisa de fuerza, dentro de una celda acolchada, privada de la luz del sol y castigada como una negra de antes de la guerra, castigada y agarrotada como una negra vulgar, eh, Willy? Esa es la clase de padre que tienes, Willy, sí, dentro de una celda acolchada la madre que te alumbró..., junto con los locos que gritan y chillan alrededor de uno, y cuando son muertos a golpes se les echa encima cal viva para que los cadáveres se quemen...

Incansablemente, proseguía pintando con tonos terribles el futuro que su marido premeditaba para ella, mientras que el niño, asustado ante una catástrofe vaga e incomprensible, comenzó a sollozar en silencio mientras el labio inferior le temblaba como un péndulo. Por un instante, Saxon perdió el dominio de sí misma.

-Oh, Dios mío -dijo-. ¿No podemos estar juntos cinco minutos sin reñir? -estalló.

Sara se olvidó de lo que había dicho del asilo de locos y se volvió hacia su cuñada.

-¿Quién riñe? ¿No puedo expresar mis pensamientos sin ser asaltada por ustedes dos?

Desesperada, Saxon se encogió de hombros, y Sara se aproximó a su esposo de un salto.

-Si quieres más a tu hermana que a tu mujer ¿para qué te casaste conmigo, que te di tus hijos y me he esclavizado deslomándome por ti hasta quedar sin uñas, y que tampoco he recibido ningún agradecimiento de tu parte, y que sólo he sido insultada ante los chicos, que han escuchado perfectamente que soy una loca? ¿Y alguna vez hiciste algo por mí? Eso es lo que quiero saber yo, que he cocinado para ti, que he lavado tus ropas malolientes y remendado tus medias, y que me pasé noches enteras con tus críos en mis brazos cuando ellos estuvieron enfermos... ¡Y vean esto!

Mostró un pie hinchado, deforme, metido dentro de un monstruoso zapato de cuero seco y sin curtir, de color blanco, lleno de remiendos.

-¡Miren esto! ¡Miren esto! -su voz se elevaba cada vez más y las palabras se le ahogaban en la garganta-. Es el único calzado que tengo yo, que soy tu esposa. ¿No te avergüenza? ¿Dónde están mis tres pares de calzado? ¡Mira estas medias!

De pronto dejó de hablar y se sentó en una silla, cerca de la mesa, echando miradas malévolas y desdichadas. Bruscamente se puso de pie, como si fuera una autómata, llenó una taza de café frío y se sentó otra vez maquinalmente. Como si el líquido fuese muy caliente para sus labios, le mezcló con otro más grasiento, teniendo siempre la misma mirada, y mientras su pecho se hundía y se elevaba en un movimiento de vaivén.

-Cálmate, Sara, cálmate -le rogó Tom ansiosamente.

En respuesta, lenta y deliberadamente, como si el destino del mundo dependiese de la exactitud de sus actos; volvió a colocar la cafetera sobre la mesa. Levantó la mano derecha, lenta e imponente, y, de la misma manera, descargó la mano abierta sobre la mejilla de Tom dándole una sonora bofetada. Y en seguida, histéricamente, elevó su voz chillona y estridente y se sentó sobre el suelo. Allí se meció hacia adelante y hacia atrás, como si tuviese una pena infinita y abismal.

Willy comenzó a llorar primero silenciosamente, pero poco después su lloro fue ruidoso, y entonces se le unieron las niñas, que tenían cintas en los cabellos. Tom estaba desencajado, blanco, aunque la mejilla le ardía mucho. Y Saxon, que quería consolarle echándole los brazos al cuello, no se atrevió a hacerlo. Tom se inclinó sobre su esposa.

-Sara, tú no estás bien. Deja que te lleve a la cama y yo terminaré de hacer la limpieza.

-¡No te acerques, no me toques! --chilló deshaciéndose violentamente de él.

-Lleva los chicos al fondo, Tom, sácalos a pasear, aléjalos, haz cualquier cosa -dijo Saxon. También se sentía enferma, pálida y temblorosa-. Anda, Tom, hazme el favor. Allí está tu sombrero. Me encargaré de ella. Sé de qué manera hacerlo. Ya más consciente, Saxon se condujo apresuradamente, asumiendo una calma que no tenía pero que debía transmitir a la enloquecida que se debatía sobre el suelo. El ruido se escapaba a través de las paredes de su casa, y Saxon sabía que los vecinos estaban escuchando todo, de la misma manera que en la calle y en la casa de enfrente. Temía que Billy pudiese aparecer de un momento a otro. Además, se sentía encolerizada y ofendida. Adentro suyo se le revolvían todas las entrañas, presa de una sensación nauseosa; pero sin embargo mantuvo el dominio de sí misma y le golpeó muy suavemente a Sara en la frente y en la cabeza, para calmarla. En seguida, rodeándola con un brazo, consiguió aminorar el volumen de sus chillidos. Poco después, la mayor de las mujeres estaba recostada sobre la cama sollozando pesadamente, y sobre su frente y sus ojos había varias toallas humedecidas para aliviarle el dolor de cabeza, nombre que le pusieron, en primera instancia, al ataque mental que Sara había padecido.

Desde la calle llegó el ruido de los cascos de caballos que finalmente se detuvieron en la puerta. Saxon se dirigió hacia el frente de la casa y extendió un brazo para saludar a Billy. Al regresar encontró en la cocina a Tom, que aguardaba lleno de ansiedad y tristeza.

-Está muy bien, ya -dijo ella-. Ha llegado Billy Roberts y debo marcharme. Ve y siéntate un rato a su lado. Quizás se duerma. Pero no la apures. Déjala hacer lo que quiera. Tómala de la mano, si te lo permite. De todas maneras inténtalo. Pero, antes que nada, y para empezar, como la cosa más natural del mundo, humedece la toalla que tiene sobre los ojos.

Era un hombre amable, de maneras sencillas, pero no era expresivo, como mucha gente del oeste. Con la cabeza hizo una señal de asentimiento, se volvió hacia la puerta, obediente, pero se detuvo nuevamente, indeciso, La miró a Saxon lleno de una gratitud casi canina, de un cariño completamente fraternal. Ella comprendió todo eso, y se sintió como elevada.

-Bueno, está bien, todo está bien -dijo la joven atropellándose.

Tom meneó la cabeza.

-No, no está bien. Es una vergüenza, una maldita vergüenza, eso es lo que es -se encogió

de hombros-. Oh, no me inquieto por mí... Es por ti. Tú tienes toda la vida por delante, pequeña criatura. Envejecerás y todo esto se olvidará muy rápidamente. Pero es un mal comienzo para un día de fiesta. Y en cuanto a ti, lo que tienes que hacer es olvidarte de todo lo que pasó. Diviértete con el muchacho y pasa un buen rato -cuando fue a abrir la puerta, ya con la mano sobre el picaporte, se detuvo por segunda vez. Su frente se contrajo-. ¡Diablos! Piensa en eso! A veces Sara y yo acostumbrábamos salir en sulky de vez en cuando. Y hasta creo que ella también tuvo tres pares de calzado. ¿Te das cuenta?

Ya en su dormitorio, Saxon terminó de arreglarse, y subió encima de una silla, con el fin de verse, en el pequeño espejo que colgada de la pared, la falda de hilo que había cosido y modificado. Le había hecho unos pliegues dobles para dar una impresión de estilo sastre. Con un movimiento rápido llevó la falda hacia atrás y la levantó. Tuvo una muy buena impresión al ver el fino tobillo terminando en un zapato de taco bajo, las formas resaltantes de la pierna debajo de las nuevas medias de algodón. Descendió de la silla y se colocó un sombrero de estilo marinero, de paja blanca, que llevaba una cinta marrón que hacía juego con la que llevaba en el talle. Se restregó las mejillas rápida y enérgicamente, para devolverles el color que Sara había alejado de ellas, y se demoró un rato muy corto para calzarse sus guantes curtidos, con costuras. Se acordó, de pronto, de lo que había leído en las páginas de moda de los suplementos dominicales: ninguna dama se ponía los guantes después de atravesar la puerta.

Con dominio de sí misma cruzó el aposento y pasó delante de la puerta del dormitorio de Sara, y a través del débil tabique le llegaron los quejidos y los sollozos apagados. Luchó consigo misma por mantener el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Y lo logró con tanto éxito que Billy no sospechó ni en sueños que ese ser radiante de vida, que se acercaba tan ligeramente hacia él, acababa de soportar una prueba muy dura, un verdadero choque con la histeria y la locura.

Ella sintió que la salud de Billy; bajo el brillo del sol, era algo realmente notable. Sus mejillas, suaves como las de una muchacha, estaban llenas de color. Los ojos azules parecían más nublados que de costumbre, y sus cabellos crespos y arenosos mostraban que el color pajizo, de un oro pálido, ya no se mezclaba con ellos. Nunca le había visto tan majestuoso y ,joven. Cuando le sonrió para saludarla con el relampagueo de sus dientes blancos asomando entre sus labios rojos, nuevamente sintió una promesa de tranquilidad, de reposo. Frente aún al destructor caos mental de su cuñada, la tremenda calma de Billy era enteramente satisfactoria, y Saxon rió para sí misma al recordar el terrible temperamento que él mismo se había atribuido.

Antes había paseado en sulky, pero siempre con un solo caballo, jamelgo de alquiler, y sobre un pescante alto, pesado y sucio como los que se alquilan en los establos por la ruda solidez que poseen. Pero allí había dos caballos que agitaban sus cabezas nerviosos, que proclamaban con sus relucientes sombreros de satén que nunca habían sido animales de alquiler. Entre aquéllos había una vara muy delgada, y los arneses eran delgados como cuerdas. Y Billy pertenecía al mundo de esas cosas por derecho elemental, formaba parte de ellas, naturalmente. La caja del vehículo era delicada y estrecha, de ruedas amarillas y llantas de goma, algo tan diferente a esos vehículos sobre los cuales había sido conducida, detrás de caballos estólidos y torpes. Billy sujetaba las riendas con una sola mano, y gritaba con voz firme, confiado y tranquilo, conteniendo a los animales jóvenes y briosos muy fácilmente y con verdadera destreza.

No había tiempo que perder. Con el instinto de la mujer, Saxon adivinó la nube de niños que ya se arremolinaban alrededor de ellos, así como también los rostros adultos que espiaban a través de las ventanas y de las puertas. Con la mano libre, Billy retiró el traje de hilo y la ayudó a sentarse a su lado. El asiento de cuero marrón, tapizado, le dio una real sensación de comodidad. Pero sin embargo era más reconfortante la proximidad de aquel hombre, de su cuerpo.

-¿Cómo quiere que corran? -le preguntó él. Tomó las riendas con ambas manos y azuzó a los animales para que partieran de pronto, en un respingo. Saxon nunca había recibido una sensación semejante-. Son los caballos del patrón, ¿sabe? No es posible alquilar caballos como éstos. A veces me los deja sacar para hacer ejercicios. Si no se los entrena se vuelven semejantes a los otros... Mírelo a King, ya se está encabritando...

Pero qué estilo ¿eh? Sin embargo, el otro es mejor, es realmente bueno. Se llama Prince. Hay que saber contenerlo. ¿Usted se animaría? ¿Ve, Saxon? ¡Realmente, es un caballo!

Los niños del vecindario aplaudieron con admiración. Y Saxon, suspirando contenta, se dio

cuenta de que finalmente había comenzado un día lleno de dicha.

X

-No entiendo de caballos -le dijo Saxon-. Nunca monte a ninguno, y sólo manejé a uno por separado, y que fuesen mansos, o algo por el estilo. Pero no me dan miedo, me gustan, simplemente. Creo que nací con afición por ellos.

Billy la miró admirado, con aprecio.

-Así debe ser. Eso me gusta en una mujer: que tenga espíritu. Muchas de las muchachas que saqué a pasear..., bueno, me enfermaron. ¡Oh, me hastié de ellas! Eran nerviosas, temblorosas, chillonas y vacilantes. Reconozco que salieron a pasear conmigo y no con los animales. Pero me agradan las muchachas valientes que gustan de los caballos. Y usted es de las que realmente son buenas, Saxon, se lo digo honradamente, lo juro ante Dios. Es que con usted puedo hablar sinceramente. Las otras me enferman. Soy como una almeja. Y ellas nada saben y siempre parece que están asustadas..., bueno, creo que usted me comprende.

-Lo que sucede es que tal vez usted haya nacido para amar a los caballos -respondió ella-. Y quizás a mí también me guste porque siempre pienso en mi padre que amó a sus caballos, y sobre todo al ruano. Pero, de cualquier manera, lo siento así. Cuando era muy pequeña, dibujaba caballos a cada rato. Mi madre siempre me alentó. Tengo un cuaderno de notas completamente lleno de dibujos de caballos que hice de pequeña. A veces, Billy, sueño que estoy sobre el lomo de un caballo y que lo guío.

-Dejaré que los maneje dentro de un rato, cuando estén más tranquilos. Ahora tironean, aun... Ponga sus manos aquí, frente a mí..., sujete fuertemente. ¿Siente algo? ¿Verdad que sí? Pero no lo sentirá totalmente sino después de cierto tiempo. No tema, no voy a aflojar porque usted es muy liviana.

Los ojos de la joven se encendieron al sentir el tironeo de las bocas de los briosos y hermosos caballos. Y él, mientras la contemplaba, tuvo una mirada llena de gozo.

-¿De qué sirve una mujer si no puede acompañar a un hombre en todo? -añadió él con entusiasmo.

-La gente que gusta de lo mismo siempre llega lejos -respondió la muchacha con despreocupación, pero queriendo ocultar en realidad la alegría, que le causaba estar en contacto con él.

-Le diré una cosa, Saxon, he librado verdaderos combates estropeándome a mí mismo para ganar la partida delante- de públicos llenos de whisky, que echaban humo por los cuatro costados, o delante de aficionados podridos de box que me enfermaban completamente. Y ellos, que no hubiesen podido aguantar un solo golpe en la mandíbula o en el estómago, me aplaudían a rabiar reclamando más sangre. Fíjese bien, ¡sangre! Y ellos no tenían dentro ni la sangre de un camarón. Porque ahora, hablando francamente, preferiría pelear delante de una persona, de alguien que me agrade, como usted, por ejemplo... Eso me pondría orgulloso. Pero, en vez, esas cabezas vacías y necias con espíritus de conejos, lo más desdeñable que existe, ésos... aplaudiéndome a mí... ¿Usted podría censurarme por haber abandonado el juego sucio? Antes pelearía frente a una yunta de caballos viejos, del campo, y no delante de esos podridos que sólo tienen agua en las venas, y agua de la costa, ésa que cae sobre las montañas cuando la lluvia es copiosa.

-Yo... yo no sabía que el boxeo fuese así -balbuceó ella soltando las riendas y echándose hacia atrás, cerca de él.

-No, no es el boxeo, es la gente que va a las peleas -aclaró él inmediatamente-. Por supuesto que el boxeo daña a un muchacho porque lo embrutece. Pero son las bestias del público las que realmente me sacan de quicio. Las cosas y los elogios que dicen de mí son insultantes. ¿Me comprende? Hacen que me sienta inferior. ¡Piense un poco!. . ., es una gentuza bebedora que tiene miedo hasta de acercarse a un gato enfermo, gente indigna de sostener el saco de un hombre decente, e imagínelos de pie sobre sus patas traseras y gritándome y aplaudiéndome... ¡Ja! ¿Qué le parece eso? ¿No es una porquería?

Un gran bull-dog, que se deslizó silenciosa y oblicuamente atravesando la calle y sin preocuparse por la yunta que esquivaba, pasó tan cerca de Prince que éste agachó la cabeza a pesar de las riendas, y tironeó bruscamente en un esfuerzo de alcanzar al perro.

-Este Prince tiene algo de peleador. Y es natural en él. No intentó hacer nada por algún zaparrastroso que ladrara. Lo hizo de capricho, porque es puntilloso. Eso es comportarse' limpiamente, y está bien porque es natural. Pero los aficionados al boxeo... Mire,

honestamente y ante Dios, Saxon...

Y la joven, al observarlo de soslayo mientras él mantenía la mirada en los caballos y desfilaban por las calles en esa mañana de domingo, reteniéndolos bruscamente y moviendo las riendas para evitar que dos niños que cruzaban la calle fueran arrollados por el sulky donde ellos viajaban, ella, Saxon, adivinó en el joven algo profundo e intenso, todos los matices de su temperamento: el brillo de una cólera profunda, un ensombrecimiento frío y lejano como el de los astros, el salvajismo de un lobo y la sinceridad del potro, la ira implacable del ángel de la destrucción y, también, la intensidad de su juventud llena de vida y de pasión, alejada de todo tiempo y de cualquier lugar. Y estaba sobrecogida y fascinada, ansiosa de hacer desaparecer la vastedad que la separaba de él, llena de amor, capaz de soportar cualquier sufrimiento por él. En su alma, en la profundidad de su alma murmuraba "¡Querido, querido mío!"

-Honestamente, ante Dios, Saxon -dijo retomando el hilo de sus palabras-, hubo momentos en que los odié, en que sentía el deseo de saltar las cuerdas y abalanzarme sobre ellos y golpearles y mostrarles qué era pelear. Por ejemplo, esa noche con Billy Murphy. .. Si usted lo conociera ... Es un amigo. Es el más limpio de los hombres que ha saltado las cuerdas para enfrentar una decisión. Fuimos juntos a la escuela Durant. Nos hicimos camaradas. Su lucha era mi lucha. Mis dificultades las suyas. Ambos nos dedicábamos a pelear. Más de una vez nos programaron juntos. Empatamos dos veces. Una vez ganó él y otra yo. Y ahora viene la quinta pelea de dos hombres que se quieren ... Es tres años mayor que yo . . . Tiene mujer y dos o tres criaturas, e igualmente las conozco. Es mi amigo ¿comprende? Tengo diez libras más, pero entre pesos pesados eso no significa nada. Sabe distanciarse tan bien como yo, y yo puedo mantenerme en pie mejor que él. Pero es más rápido, más agudo. Nunca fui tan rápido como él. Ambos podemos absorber el castigo y usar las dos manos descargando los golpes violentamente. Conocemos nuestra respectiva pegada y nos respetamos mucho. Fuimos a pelear en igualdad de condiciones. Había dos empates, y una pelea ganada por cada lado. Hablando honradamente no me sentía engreído y seguro de vencer, y también en eso sentíamos de la misma manera. Bueno, la pelea fue... ¿usted no se asustará, verdad?

-No, no -exclamó ella-. Me gusta escuchar ... Usted es maravilloso.

Recogió el elogio con una mirada clara en la que no había nada de vacilación. Y también parecía que no lo aceptaba en absoluto.

-Peleamos durante seis vueltas . . ., siete vueltas. . ., ocho vueltas..., y todo se desarrollaba parejamente. Medía bien sus ataques y sus directos de izquierda, y enfrentaba sus cabeceos con mis endiablados upper-cut, y él me martillaba las orejas hasta que mi cabeza cantaba mareada. Pero todo era agradable, y llevábamos la cosa hacia un-empate. Peleábamos a veinte vueltas, usted lo sabe. Y entonces apareció la mala suerte. Nos encontrábamos trabados en un clinch. .., cuando él me despachó un gancho corto a la cabeza . . ., una izquierda realmente seria si llegaba a alcanzarme el mentón. Yo traté de cabecear hacia adelante, pero no muy rápidamente, y entonces descargó el golpe en un costado de mi cabeza. Honradamente, Saxon, fue un golpe pesado, y vi todas las estrellas. Pero no fue nada serio, ni hubo lesión, porque en esa parte los huesos son bastantes gruesos. Pero precisamente en ese momento algo le sucede en su pulgar, que yo sabía que tenía delicado desde que se puso a pelear de chico en la arena de Watts Tract. . . Y así fue, se recalcó el pulgar encima precisamente de mi cabeza, dentro de su propio guante. Yo no tuve ninguna intención de hacerlo. Fue un percance torpe, muy común en el juego, y que hace que un muchacho se rompa la mano contra la cabeza del otro. Pero no podía suceder entre amigos. No podía hacerle eso a Billy Murphy ni por un millón de dólares. Fue un . accidente, sencillamente, porque fui lento, porque soy lento de nacimiento. Y fue realmente algo doloroso, porque usted no sabe, Saxon, el daño que se produce cuando una vieja herida vuelve a abrirse. Y Billy Murphy, naturalmente, tuvo que amenguar la violencia de su juego. Ya no peleó más con ambas manos. Lo sabíamos los dos y también el árbitro, pero nadie más. Y él siguió moviendo su izquierda como si estuviera en perfectas condiciones. Pero no era así precisamente, porque cada golpe que daba le hería como un cuchillo que se clavara en su carne. Y no se atrevía a descargar completamente su izquierda. Pero aún así, sin mover para nada el brazo o la mano, le dolía igualmente, y el brazo estaba sin fuerza, y el dolor seguía creciendo, como si tuviese mil quemaduras o sufriera mil knock-outs... A cada roce el infierno volvía a comenzar . . . Pero suponga que nosotros estuviésemos peleando para divertirnos en el fondo de la casa, y si sucediera eso inmediatamente nos sacaríamos los guantes y le pondría compresas frías sobre el lugar lastimado para detener la inflamación. Pero ahí no podía pasar nada semejante, porque los

aficionados habían pagado para ver sangre.. ., y tenían que ver sangre. No eran hombres sino lobos. El andaba para adelante y yo no le forzaba en absoluto. Yo no sabía qué hacer. Aminoré el ritmo del castigo, y entonces el público se puso fuera de sí 'ante esto. Y empezaron a gritar que había engaño, que no peleábamos, que alguien se había vendido, y que yo lo acariciaba y besaba en vez de rematarlo. "¡Pelee!", me dijo el árbitro en -voz baja y salvaje, "pelee, si no lo descalifico, Billy, hablo en serio", y al mismo tiempo me tocaba el hombro para que el público también se diera cuenta. Y eso no era lindo, no estaba bien. ¿Acaso sabían ellos por la cantidad que peleábamos? Eran cien dólares.. ., ¡piénselo!, y debíamos hacer todo lo posible para derribar al otro hasta que le contaran, porque después de todo los aficionados habían apostado a favor de uno de nosotros. ¿Lindo asunto, no? Bueno, ésa fue mi última pelea. Y al terminar estaba muerto. Realmente, no quiero saber nada más de eso. Mientras estábamos trabados en un clinch le pedí a Murphy que abandonara, y él, desfalleciente, me respondió que yo sabía que no podía hacerlo. Entonces fue cuando el árbitro nos separó, y la gente comenzó a gritar. Por lo bajo el árbitro volvió a decirme que lo rematara definitivamente, pero le contesté que se fuera al infierno, al mismo tiempo que caíamos en otro clinch, pero a pesar de todo, el dolor era tan intenso que la cara del muchacho era una mueca horrible. ¿Y eso era el deporte? No, era el límite que podía aguantar cualquier buen muchacho. Yo veía los ojos de un buen muchacho, a quien quería mucho, extraviados por el dolor y la desesperación, y encima tenía que martillarlo y lastimarlo más. No; no, eso no era deportivo. No, no puedo entenderlo. Pero la turba había apostado, sólo eso interesaba. Nosotros nos habíamos vendido por el importe de cien dólares y debíamos entregar las mercaderías. Hubo un momento en que sentí deseos de saltar las sogas y caer encima del público que gritaba y mostrarles realmente cómo era la sangre que ellos reclamaban. "Dios mío, acaba conmigo de una vez", me dijo mi amigo en un clinch, "descarga un golpe y yo caeré, pero no puedo estirarme solo . . .". Sí, lloré allí mismo, en medio del ring, durante ese clinch, y las lágrimas eran mías. "No puedo hacerlo, chico" le respondí, y me pegué a él como a un hermano mientras el referee se arrastraba furioso para apartarnos y todos los lobos de la casa aullaban. Seguían pidiendo que lo liquidara. Aquello era un infierno. "Debes hacerlo, si no eres un perro", me dijo Billy mientras me miraba con cariño y el referee se esforzaba por separarnos. Y los lobos, ya de pie, rugían que aquélla era una farsa. Sí, lo hice. .. Era la única salida que quedaba. Lo hice, por Dios, sí, lo hice. Debía hacerlo. Hice una finta, tiró su izquierda sobre mi hombro y le descargué la derecha al mentón. Billy conocía el truco. Estaba al día. Mil veces lo había hecho. Pero esa vez, precisamente, falló. Deliberadamente se mantuvo con la guardia abierta. Descargué el golpe. Quedó deshecho en el aire, cayendo de lado. Primero golpeó con la cara sobre la lona resinosa y luego quedó exánime, con la cabeza doblada debajo del cuerpo, t tanto que tuve miedo de que se le hubiese roto la garganta. Y yo ... tuve que hacer eso por cien dólares, y por una turba de perdularios de los que me avergonzaría si se dignaran limpiarme el polvo de los zapatos. Levanté al muchacho en mis brazos y lo llevé a un rincón, y le ayudé a recobrarse. Pero eso no se produjo rápidamente. Sí, pagaban su dinero para ver sangre, para ver un knockout. Y el hombre que yo realmente quería estaba ahí, tendido, casi inconsciente, con la cara sangrando sobre la lona.. .

Por un momento quedó en silencio, mirando absorto hacia adelante, hacia los caballos, con el rostro endurecido y encolerizado. Suspiró, la miró a Saxon y sonrió.

-En seguida dejé el boxeo. Billy se ríe de mí. Todavía sigue en el asunto. Lo hace como complemento, ya que tiene un buen negocio. Pero de vez en cuando, si necesita pintar la casa, o la cuenta del médico es muy grande, o su chico quiere una bicicleta, entonces salta las cuerdas y se gana cincuenta o cien dólares en algún club. Cuando llegue la ocasión se lo presentaré. Es como un niño. Pero esa noche me enfermé para toda la vida.

Nuevamente su rostro estalló lleno de cólera y de acritud, y Saxon se asombró al hacer algo inusitado aun para ella misma: su mano se acercó impulsivamente hasta descansar en aquellas que 'sostenían las riendas, y las presionó rápida y firmemente. Tuvo la recompensa de una sonrisa de sus labios cuando el rostro del muchacho se volvió hacia ella.

-Oh -exclamó él-. Nunca hablo de esto con nadie. Me callo, simplemente, y me guardo estas cosas para mí. Pero de alguna manera me parecen amenas, y he querido aclararlas con usted, por eso se las cuento.

El camino llevaba a la parte alta de la ciudad. Desfilaron frente al edificio municipal y a los rascacielos de la calle Catorce, cerca de Broadway y Mountain View. Doblaron hacia la derecha, hacia el cementerio, subieron las alturas de Piedmont hasta Blair Park y penetraron en el verde frescor de Jack Hayes Canyon. Saxon se mostró alegre y sorprendida por la

rapidez con que habían recorrido la distancia.

-Son hermosos -dijo ella-. Nunca soñé con ser conducida por caballos semejantes. Temo despertar y descubrir que se trata de un sueño. Ya sabe que siempre sueño con caballos. Daría cualquier cosa por ser dueña de uno, alguna vez.

-Parece curioso ¿no es cierto? -respondió Billy-. Me gustan los caballos de la misma manera que a usted. Mi patrón dice que soy mimoso con ellos. Y sé que él lo aparenta todo. No sabe nada de eso. Y, sin embargo, es dueño de doscientas unidades, además de esta yunta ligera, y en vez yo poseo uno solo.

-Dios hace a los caballos -dijo Saxon.

-Lo que es seguro es que mi patrón no los hace. Y no me explico cómo tiene tantos.. ., son doscientos, le digo. Y cree que le gustan los caballos. Pero le aseguro, Saxon, que no siente el mínimo placer por ellos. Y sin embargo le pertenecen. ¿No es indignante?

-No sé . . . -rió Saxon-. A mí me encantan las blusas y sin embargo me paso la vida planchando algunas de las más Hermosas que he visto . . ., y no son mías. Eso también es cómico y tampoco está bien.

Billy apretó los dientes, bastante enfurecido.

-Y la manera como algunas mujeres consiguen las suyas. Me enferma sólo al pensar que usted las plancha. Usted sabe a lo que me refiero, Saxon. No tiene ningún objeto gastar saliva en estas cosas. Usted lo sabe tan bien como yo. Todo el mundo lo sabe. Y el mundo sería un infierno si los hombres y las mujeres no pudieran hablar alguna vez sobre esto -sus maneras eran ampulosas, pero al mismo tiempo desafiantes y afirmativas-. Nunca les hablo así a las otras muchachas. Creen que llevo algún propósito escondido. Me enferman porque siempre tratan de adivinarme intenciones ocultas. Pero usted es diferente. Puedo hablarle de esa manera. Sé que soy comprendido. Es algo correcto. Usted es como Billy Murphy, un amigo con quien puedo charlar.

Saxon suspiró muy dichosa. En sus ojos se reflejaba inconscientemente el amor.

-Lo mismo me sucede a mí -dijo la joven-. Los otros nunca se atrevieron a hablarme de cosas semejantes porque yo sabía que buscaban sacar algún provecho de todo eso. Durante

todo el tiempo tenía la impresión de que nos estábamos engañando mutuamente, de que nos mentíamos, que hacíamos el juego de las mascaritas que se ocultan debajo de sus disfraces -se detuvo un momento, vacilante y pensativa, y después continuó con una voz extraña, baja-: No me dormí. He visto... y oído cosas. Tuve mis oportunidades cuando estaba harta del lavadero, e hice casi de todo. Hasta pude haber tenido esas blusas hermosas..., y muchas cosas más..., y quizá también un caballo para pasear. Había un cajero de, banco, era casado.. .. Me habló francamente. Yo no significaba nada, usted lo sabe, no era una muchacha con sentimientos, o algo semejante. No era nadie. Fue simplemente una conversación de negocios. El me enseñó algo de los hombres ... Me dijo lo que haría.. . El...

Su voz se apagó ahogada por la tristeza, y en el silencio que siguió pudo escuchar el crujido de los dientes de Billy.

-No necesita decírmelo -le gritó él-. Lo sé. Vivimos en un mundo sucio, en un mundo ruinoso. Puedo imaginarlo perfectamente. No hay ninguna decencia. Las mujeres son compradas y vendidas como si fuesen animales. Pero yo no las entiendo así. Y tampoco a los hombres. Un hombre no puede conseguir nada de esa manera, salvo que sea engañado y nada más. 'Es divertido, ¿no? Mire a mi patrón y sus caballos. También es dueño de mujeres. Podría ser dueño suyo. Siempre fija un precio. Usted, Saxon, ha sido hecha para las blusas de fantasía y cosas semejantes, pero no la puedo imaginar consintiendo conseguirlas suciamente. Sería un crimen:

De pronto interrumpió la frase y frenó los caballos. Al dar vuelta un brusco recodo redujo la velocidad de los animales, porque había aparecido un automóvil. El vehículo frenó, y sus ocupantes mostraron curiosidad por la pareja de muchachos que ocupaba el sulky. Billy levantó la mano.

-Tome el lado de afuera, amigo -le dijo al conductor.

-No puedo hacer nada, muchacho -le respondió el otro mientras medía el borde del camino y la caída brusca que estaba más allá.

-Entonces acamparemos aquí -dijo Billy alegremente-. Conozco las reglas del tránsito. De cualquier manera mis animales no están deshechos, y si creen que yo me voy a abatatar. ..

Los que estaban en el automóvil protestaron confusamente. -Usted no puede portarse

como un cerdo porque es rubio -dijo el conductor-. No le vamos a hacer daño a sus caballos. Aléjese un poco para que podamos pasar. Si no ...

-Hay que hacer lo que corresponde -respondió Billy-. Usted no puede hablar de esa manera con la gente que lleva. Y además tengo el número de su chapa. Retroceda ascendiendo lentamente por la pendiente y póngase a un costado del camino, en el primer lugar que encuentre. Pasaremos por delante suyo. Tomó el lado que no le correspondía, busque ahora el contrario.

El conductor obedeció luego de consultar con los pasajeros que llevaba, y el automóvil retrocedió subiendo, y desapareció de la vista detrás del recodo.

-Son unos patines baratos -le dijo Billy a Saxon, burlándose-. Porque tienen un par de galones de nafta y un automóvil de precio se creen dueños de los caminos que hicieron nuestras gentes.

-¿Necesitará toda la noche para hacer eso? -oyó que decía la voz del conductor desde el recodo-. Vamos, adelante, ya puede pasar.

-Salga del paso -respondió desdeñosamente Billy-. Me marcharé cuando esté listo, y si usted no me deja el espacio suficiente pasaré directamente sobre su carga de gallinas.

Agitó las riendas y los infatigables animales, sin ninguna orden, comenzaron a cabecear y arrastraron el sulky. Pasaron frente a la colina, junto al auto, mirando con aprehensión a su interior.

-¿Dónde habíamos quedado? -le preguntó Billy al ver el camino despejado-. Ah, sí, el caso de mi patrón, por ejemplo. ¿Por qué debe tener él caballos, mujeres y qué sé yo cuántas cosas más y nosotros dos, en cambio, no tenemos nada?

-Usted es dueño de su. .. seda, Billy -le dijo muy suavemente ella.

-Y usted de la suya. Y, sin embargo, nosotros la vendemos como si fuera una tela, a tanto por yarda, encima de un mostrador. Supongo que se sentirá fastidiada al pensar que permanecerá unos años más en el lavadero. Tómeme a mí, por ejemplo. Cada día que pasa vendo alguna parte de mí mismo. ¿Ve usted este dedo pequeño? -pasó las riendas de una mano a la otra y se lo mostró-. No puedo enderezarlo como los otros, y cada vez es peor. Nunca lo utilizo para pelear. Los alumnos me lo hicieron. Esto ya es seda que se ha perdido, que he vendido en un mostrador. ¿Alguna vez ha visto las manos de un conductor de cuatro caballos? Parecen garras inválidas y retorcidas.

-Antes las cosas no eran así, en el tiempo en que nuestra gente atravesó las llanuras -respondió ella-. Tal vez sus manos estuvieran lastimadas, pero en cuanto a animales y a lo demás eran dueños de lo suyo.

-Ciertamente, porque trabajaron para sí mismos. Se retorcían los dedos pero en provecho propio, en cambio yo lo hago para mi patrón. ¿Por qué razón, Saxon, sus manos son tan suaves como si nunca hubiese trabajado? Y, sin embargo, él es dueño de los caballos y de los establos y nunca se esfuerza para nada, y ' yo, trabajando todo el día, apenas si logro pagarme la cuenta de la comida y del vestido. Todo esto me angustia, realmente. ¿Y quién es el que maneja las cosas de esa manera? Eso es lo que deseo saber. Los tiempos han cambiado, pero ¿quién los ha cambiado?

-Seguramente que Dios no es culpable.

-Sí, podría apostar mi vida a su favor. Y ésa es otra cosa que no entiendo: ¿quién es Dios, después de todo? Si realmente es El el que maneja todas las cosas, entonces . . . , pero si no es él, ¿dónde está el provecho? ¿Por qué permite que hombres como mi patrón y ese cajero que usted mencionó sean dueños de caballos y de mujeres, de muchachas bonitas que deberían amar a sus maridos, que deberían tener niños sin ninguna vergüenza y ser naturalmente felices?

XI

Los caballos, sudorosos, deteniéndose frecuentemente, ascendieron por el camino empinado de la cuesta que llevaba hacia el valle de Moraga, y en la división de las colinas, hacia la costa, el camino descendía bruscamente a través de la verde y soleada calma de Redwood Canyon.

-¿No le parece que esto es algo grande? -le preguntó Billy haciendo un gesto con la mano, señalando hacia los macizos de los árboles, hacia el rumor de las aguas ocultas, hacia el zumbido estival de las abejas.

-Sí, me encanta -dijo Saxon-. Me produce el deseo de vivir en el campo, cosa que nunca consigo.

-Y a mí también, Saxon. En toda mi vida nunca viví en el campo..., y toda mi familia era del campo. Entonces no había ciudades y todos vivían allí.

-Creo que usted tiene razón -asintió ella-. Tenían que vivir en el campo, simplemente.

En ese instante Billy estaba atareado en el manejo de la yunta que marchaba cuesta abajo. Saxon se echó hacia atrás con los ojos cerrados. Tuvo una inefable sensación de paz. De tanto en tanto él la miraba.

-¿Qué le sucede? -le preguntó Billy por último, casi alarmado-. ¿No se siente bien?

-No, es que todo esto es tan hermoso que temo abrir los ojos -respondió la muchacha-. Y es tan notable que hiere la vista.

-¿Notable? Bueno . . ., a mí me parece divertido.

-¿Le parece que no es así? Sin embargo, lo siento de esa manera. Es notable. Las casas, las calles y las cosas de la ciudad no son hermosas. Pero esto sí que lo es. Y no sé por qué sucede. Es así, simplemente.

-¡Caramba! Creo que usted tiene razón -le dijo él-. Ahora que lo dice me causa el mismo efecto. Aquí no hay azar ni trucos, engañifas ni mentiras. Los árboles se elevan natural, limpiamente, como si fueran muchachos en medio de un ring que suben a pelear por primera vez, sin saber nada de esa podredumbre, de la manera de traicionar a los que apuestan, a los aficionados. Sí, verdaderamente es notable. ¿Dígame, Saxon, usted ve esas cosas, no es cierto? -el silencio que se produjo a continuación parecía animado de cosas. El la contemplaba lleno de suavidad, como si tratara de penetrarla sólo con su sentimiento-. ¿Sabe una cosa, me gustaría que alguna vez me viera pelear. . . verdaderamente, frente a alguien que se comportara lo mejor posible. Y me sentiría orgulloso de hacerlo por usted. Y quizás pelearía algo si usted lo mirase y lo comprendiese. Eso sí que sería una. pelea, se lo garantizo. Y también sería divertido.

Nunca sentí el deseo de pelear delante de una mujer. Gritan y chillan y no entienden nada de lo que pasa, pero usted sí que comprende. Me resulta completamente claro que usted comprendería.

Poco después fueron zarandeados mientras atravesaban el valle a todo lo largo, cerca de los pequeños claros dejados por los campesinos, de las plantas plenas de granos maduros que se doraban al sol. Billy se volvió nuevamente hacia Saxon.

-A ver, usted, que estuvo enamorada de muchachos, hábleme de eso. ¿Qué se siente?

-Creía estar enamorada, solamente, y tampoco sucedió muchas veces...-¡Muchas veces! -gritó él.

-En verdad, nunca sucedió -le aseguró ella, íntimamente satisfecha de los celos inconscientes del muchacho-. Nunca estuve enamorada. Si eso hubiese ocurrido estaría casada. Ya ve, si quiero a un hombre en seguida pienso que me casaré con él.

-¿Pero, supongamos que él no la amase?

-¡Oh, no sé ...!-dijo la joven casi burlonamente, entre segura y envanecida-. Creo que podría conseguir que me quisiera.

-Sospecho que seguramente lo conseguiría -dijo Billy entusiasmado.

-El impedimento fu¿ que los hombres que me quisieron nunca se interesaron de esa manera... ¡Oh, mire!

Un conejo cruzó el camino levantando, al huir, una nube de polvo densa como el humo. De pronto, cerca de una docena de codornices aparecieron delante de los hocicos de los caballos. Ambos muchachos dejaron escapar al mismo tiempo exclamaciones de placer.

-¡Oh -dijo él-,casi desearía haber nacido agricultor! Las gentes no fueron hechas para vivir en las ciudades.

-Las de nuestra clase no., al menos -asintió ella. Hubo un silencio. Ella suspiró-. Aquí todo es tan hermoso que casi sería un sueño vivir una vida entera en estos lugares. A veces quisiera ser india.

Billy quiso hablar varias veces, pero se contuvo.

-Todavía no me dijo nada de esos muchachos de los que creyó estar enamorada -le dijo por último.

-¿Quiere saberlo? -le preguntó la joven-. En verdad, no significan nada.

-Claro que quiero saber. Vamos, empiece.

-Bueno, primero fue Al Stanley...

-¿De qué vivía? -le preguntó Billy casi autoritariamente.

-Era jugador.

El rostro del joven se endureció súbitamente, y al mirarle ella se dio cuenta de que sus ojos estaban llenos de dudas.

-¡Oh, bueno.. . ! -rió la muchacha-. Sólo tenía ocho años. Ya ve que comienzo por el principio ... Eso sucedió cuando falleció mi madre y fui adoptada por Cady. Tenía un hotel y una taberna. Era en la parte baja de Los Angeles. Se trataba de un hotel pequeño, simplemente. Allí paraban trabajadores, jornaleros en su mayoría, algunos ferroviarios, y creo que Al Stanley les robaba parte de sus salarios. Era muy simpático, tranquilo, suave, y tenía los ojos encantadores y las manos muy suaves y delicadas. Casi puedo verlas en este momento. A veces, durante la tarde, jugaba conmigo, me regalaba confituras y me hacía pequeños presentes. Dormía durante la mayor parte del día. Yo entonces no sabía por qué lo hacía. Pensaba que era algún príncipe de un cuento de hadas que se había disfrazado. Y entonces, precisamente, fue asesinado en la taberna,. pero antes él dio muerte al que lo mató. Y ahí terminó mi primer amor. El siguiente transcurrió más tarde, en el asilo, cuando tenía trece años y vivía con mi hermano. .. Después viví siempre a su lado. El conducía un carro de panadero. Todas las mañanas, cuando yo iba a la escuela, pasaba a su lado. Llegaba manejando por la calle Wood y doblaba en la Doce. Quizás su caballo me llamó la atención. De cualquier manera, creo que estuve enamorada un par de meses. Después perdió el puesto, o ocurrió algo semejante, porque otro muchacho se encargaba de guiar el carro. Nunca llegamos a hablarnos. Después hubo un tenedor de libros. Yo ya tenía dieciséis años. Parece que corro detrás de los tenedores de libros. Charley Long le pegó al tenedor de libros del lavadero. El primero trabajaba en la sección de envasado de Hickmeyer. También tenía manos suaves. Pero en seguida obtuve de él todo lo que quería ... Tenía ideas parecidas a las de su patrón. En realidad nunca le amé verdadera y honestamente, Billy. Presentí desde un comienzo que no era decente. Y cuando trabajaba en la fábrica de cartón del emporio Khan también creí que estaba enamorada de un empleado. Era demasiado correcto, y ésa era la dificultad que hubo con él. Era demasiado derecho. Le faltaba vida, ánimo. Sin embargo, quería casarse conmigo. Pero yo no me entusiasmaba con esa proposición. Lo que demuestra que en realidad no le quería. Era de pecho estrecho, flacucho, y sus manos eran frías, escamosas. Pero sabía vestir muy bien.. . Parecía recién salido de una sastrería. Cuando rompí con él me dijo que se ahogaría y un montón de cosas más. .. Y después, bueno, después no hubo ninguno más. Tal vez me volví muy rara, creo, pero no encontré de quién enamorarme. Más bien, siempre hubo un juego o una lucha con los hombres que tuve que enfrentar. Y nunca peleamos limpiamente. Siempre parecía que teníamos algo escondido dentro de las mangas. No éramos honrados, francos, y siempre sucedía que buscábamos de sacar alguna ventaja sobre el otro. Sin embargo, Charley Long fue honrado. Lo mismo sucedió con el cajero del Banco. Ellos me hicieron sentir la lucha más dura que nunca, me dieron la certidumbre de que debía velar por mí misma. Porque ellos no lo harían, eso era seguro.

Se detuvo para observar con interés el perfil limpio de su rostro mientras guiaba y vigilaba a los caballos. Billy la miró interrogante. Dentro de sus ojos había como una sonrisa. Ella se desperezó, gozosamente.

-Eso es todo -terminó Saxon-, se lo he contado todo. Nunca me porté igual con nadie. Y ahora le toca a usted.

-No puedo ofrecerle mucho en cambio, Saxon. Nunca me preocupé por las muchachas. Es decir. .., no lo suficiente como para pensar en casarme. Siempre le tuve más simpatía a algún hombre..., algún muchacho como Billy Murphy, por

ejemplo. Además creo que estuve muy ocupado en pelear y entrenarme como para preocuparme por las mujeres. Porque, Saxon, aunque no soy completamente bueno, y usted lo sabe, comprende lo que quiero decir; nunca le hablé de amor a una muchacha, en toda mi vida. No sentía necesidad de hacerlo.

-Pero las muchachas le quisieron a pesar de todo -le dijo ella mimosa, y sintió una curiosa sensación dentro de sí misma ante esa confesión.

El pareció absorto en los caballos.

-Muchas. . . -insistió Saxon. El continuaba silencioso.

-¿No lo hacen ahora? -dijo ella.

-Bueno, la culpa no la tengo yo -dijo Billy lentamente-. Si quieren mirarme de reojo allá ellas. A mí me toca avanzar, si es que lo quiero, ¿no es cierto? Usted no se da cuenta; Saxon, de qué manera es perseguido un boxeador. A veces me parecía que las mujeres no tenían ni un poco de vergüenza. ¡Oh, nunca llegué a temerlas, pero tampoco me arrastré! Cualquier hombre que deja que se le suban a la garganta es un necio.

-Tal vez no sienta el amor -le dijo ella de propósito.

-Tal vez sea cierto -dijo con desaliento-. De cualquier manera no me concibo queriendo a una muchacha que corre detrás de mí. Eso está bien para los muchachos como Charley, pero un hombre es sólo un hombre y no le agrada que las mujeres lo persigan.

-Mi madre decía que el amor es lo más grande del mundo -dijo Saxon-. También escribió poemas de amor. Algunos se publicaron en el "Mercury" de San José.

-¿Qué piensa usted de todo eso?

-¡Oh, no sé ...! -dijo enfrentando los ojos de Billy con una sonrisa perezosa, y como si quisiera eludir la respuesta-. Sólo puedo decirle que es muy bueno vivir un día como éste.

-Un paseo como éste ... Sí, es cierto . . . -dijo el muchacho rápidamente.

A eso de la una de la tarde Billy dobló por el camino y penetró en un espacio abierto, en medio de unos árboles.

-Comeremos aquí -le dijo a Saxon-. Pensé que sería mejor que merendáramos solos en vez de comer frente al mostrador de una fonda del camino. Y ahora, para que todo sea cómodo, voy a desatar los caballos. Tenemos mucho tiempo. Puede sacar la cesta con la merienda y extender la manta.

Saxon vació el contenido de la cesta y quedó asombrada por la abundancia de las provisiones. Había una increíble cantidad de emparedados de jamón y de pollo, ensalada de mariscos, huevos duros, patitas de cerdo en escabeche, aceitunas y pickles, queso suizo, almendras tostadas, naranjas, bananas y varias botellas de cerveza. Estaba abrumada tanto por la cantidad como por la variedad de cosas. Eso parecía algo semejante a la compra de un almacén entero de comestibles.

-Usted no debería despilfarraren esa forma -le dijo ella en tono de reproche cuando se sentó a su lado-. Esto alcanza para una media docena de albañiles.

-Pero está bien ¿no es cierto?

-Sí -asintió ella-. Pero usted se ha tomado una verdadera molestia. Esto es demasiado.

-Bueno, entonces no hay nada más que hablar -terminó él-. La abundancia me parece bien. ¿Tomará un poco de cerveza para resfrescar, antes de empezar a comer? Cuidado con los vasos. Tengo que devolverlos.

Después, una vez que terminaron de comer, ya recostado de espaldas y gozando de un cigarrillo, Billy la interrogó sobre cosas pasadas. Saxon le había contado de la vida que había pasado en la casa de su hermano, donde pagaba cuatro dólares y medio en concepto de pensión. Cuando tenía quince años se había graduado en la escuela intermedia, y después entró a trabajar en una fábrica de yute, donde ganaba cuatro dólares semanales, tres de los cuales le entregaba a Sara.

-¿Y qué pasó con ese tabernero? -le preguntó Billy-. ¿Cómo fue que llegó a adoptarla?

La muchacha se encogió de hombros.

-No sé bien, salvo que mis parientes se hallaban en un aprieto. Parece que no pudieron marchar adelante. Apenas si les alcanzaba para vivir una pobre vida, nada más. Cady, el tabernero, había sido soldado en la compañía de mi padre, y siempre juraba por el capitán Violin, como le llamaban ellos. Mi padre había evitado que los cirujanos le amputaran una pierna durante la guerra, y él nunca olvidó ese favor. Se ganaba la vida con su hotel y su taberna, y después supe que gastó bastante dinero para pagar a los médicos y para enterrar a

mi madre al lado de mi padre. El deseo de mi madre era de que fuera a lo del tío Will, pero en las montañas de Ventura, donde quedaba el campo, habían muerto muchas personas y la lucha no había cesado. El era un hombre viejo y arruinado. Su mujer se enfermó. Entonces se empleó como sereno por cuarenta dólares al mes. Por eso fue que no pudo hacer nada para ocuparse de mí, y Cady me adoptó. Era un buen hombre, aunque tuviese una taberna. Su mujer era simpática y grande, agradable de mirar. Después he oído decir que no era muy bien ... Pero conmigo fue buena. No me importa lo que decían de ella, o lo que era. Era tremendamente buena para mí. Cuando él se murió, ella desbarrancó su vida, y por eso fue que entré en el asilo de huérfanos. Estuve allí durante tres años. No lo pasé muy bien. Después Tom se casó, se estableció, empezó a trabajar seguido y me llevó a vivir con él ... Bueno, desde entonces he trabajado continuamente, sin descanso.

Saxon miró a lo lejos, a través de los campos, hasta que sus ojos descansaron en un cerco, salpicado brillantemente de amapolas en su base. Billy la había estado observando, y miraba complacido el perfil de su óvalo de mujer. Le tomó lentamente la mano mientras le decía:

-Usted es una criatura pequeña, pobre.

Su mano apretó el antebrazo desnudo de la joven, y cuando bajó los ojos para encontrarse con los del joven, encontró en éstos sorpresa y deleite.

-Usted tiene la piel fría –siguió-, vea la mía. Siempre siento calor. Toque mi mano.

Estaba cálidamente humedecida. Notó que su frente y su pulcro labio superior se hallaban levemente traspirados.

-¡Oh, está sudando!

Se inclinó sobre él para secarle el labio y la frente, haciendo después lo mismo con la palma de sus manos.

-Me parece que respiro por mi piel -dijo-. Los entendidos en los campos de entrenamiento y en los gimnasios, dicen que es un buen síntoma de salud. Pero me parece que ahora traspiro más que de costumbre. Es cómico ¿verdad?

Ella le había obligado a abrir la mano para secarla, y después de terminar la volvió a cerrar.

-Pero ¿su piel es fría? -repitió él asombrado nuevamente-. Es suave como el terciopelo, lisa como la seda. Es una. sensación muy agradable.

Con delicadeza la mano se deslizó desde el puño hasta el codo y regresó haciendo el mismo trayecto. Estaba cansada, lánguida por la mañana llena de sol, y se sintió trasportada al sentir su contacto, y se dijo que podía amar y ser amada por un hombre como Billy, a pesar del contacto de su mano.

-He ahuyentado el frío -Billy no la miraba, pero ella podía ver la pícara sonrisa que había en sus labios levemente contraídos-. Por eso me parece que lo voy a intentar con la otra.

Llevó su mano a lo largo del otro brazo, sensualmente. Ella le miraba los labios y recordó la sensación que había tenido cuando fu¿ besada por primera vez.

-Vamos, diga algo -le dijo Billy después de estar en silencio durante cinco minutos deliciosos-. Me agrada ver cuando sus labios se mueven y hablan. Es delicioso, cada uno de los movimientos que hacen parece un beso cosquilloso.

Ella deseaba mucho permanecer donde estaba. Pero, en vez de eso, dijo:

-Si hablo, no le va a agradar lo que diré.

-Siga -insistió el joven-, usted no puede decir nada que me desagrade.

-Bueno, allí, cerca del cerco, hay algunas amapolas que quisiera recoger. Y creo que ya es tiempo de ponernos en camino.

-Perdí -se rindió él-, pero al mismo tiempo usted me ofreció veinticinco besos cosquillosos. Los conté, se lo aseguro. Le diré lo que quiero que haga: cante, cante: "Cuando pasaron los días de la cosecha", y mientras lo hace permítame tomar la otra mano. Después de esto nos marcharemos.

Saxon cantó sin sacar sus ojos de él, que a su vez le miraban constantemente los labios. Cuando terminó apartó su brazo y se levantó. Billy estaba por ir a buscar los caballos cuando ella le presentó la chaquetilla. A pesar de tener una natural independencia, adquirida gracias a que sabía ganarse la vida sola, sin embargo tenía una inclinación a los pequeños servicios y a las finezas. Es que ella recordaba desde su infancia las conversaciones de las mujeres de los pioneers sobre la cortesía y la solicitud de los caballeros, en los tiempos de la California española.

La puesta de sol se alzó delante de ellos después de describir un vasto círculo hacia el este y el sur, y después se deslizó sobre las colinas y comenzó a descender hacia la larga pendiente que llevaba más allá de Redwood Peak, de Fruitvale. Debajo de ellos las tierras. llanas se extendían hasta la bahía, interrumpidas por campos y localidades como Elmhurst, San Leandro y Haywards. El humo de Oakland llenaba el cielo hacia el oeste, nebuloso lúgubremente, mientras que más allá, a través de la bahía, -se podían avistar los primeros guiños de las luces de San Francisco.

La oscuridad ya estaba en el aire y Billy se volvió extrañamente silencioso. Durante más de media hora no se había apercibido de la presencia de Saxon, salvo en una ocasión, cuando el frío del anochecer hizo que la cubriera con la manta. Media docena de veces ella estuvo a punto de preguntarle: "¿En qué piensa?", pero cada vez que iba a decirlo se echaba atrás. Se hallaba muy cerca de él. El calor de sus cuerpos casi se mezclaba, y ella tenía una sensación de gozo y de quietud.

-Dígame, Saxon -empezó a decir él de pronto-. No tiene ningún objeto que lo reprima por más tiempo. Lo tuve a flor

de labios durante todo el día, durante la merienda, en todo momento. ¿Qué pasaría si nosotros nos casáramos?

Ella estaba segura de que él hablaba en serio, y eso la satisfacía. Instintivamente se vio obligada a ceder, a hacer algo para que Billy la mirara, a transformarse en más deseable justamente cuando estaba decidida a ceder. Pero su sensibilidad, su orgullo femeninos estaban ofendidos. Nunca había pensado en una proposición tan audaz y directa del hombre al que había pensado, darse enteramente. La simplicidad y la sinceridad de la proposición casi la herían Por otra parte, ella lo deseaba enorme. mente, tanto que no lo había comprendido hasta ahora, cuando todo sucedía tan inesperadamente...

-Bueno, usted debe decirme algo, Saxon, aunque sea malo, bueno o malo, pero dígamelo, Saxon. Y sólo debe importarle que la ame. Porque la amo como el mismo diablo, Saxon. La quiero y le pido que se case conmigo. Nunca hice lo mismo con ninguna muchacha.

Nuevamente se produjo otro silencio. Saxon se debatía en medio del calor, debajo de la manta. De pronto se dio cuenta hacia donde conducían sus pensamientos, y se sonrojó en medio de la oscuridad. .

-¿Qué edad tiene usted, Billy? le preguntó ella rápidamente, sin tomar ninguna precaución, de una manera tan desconcertante como la de él.

-Veintidós -respondió el joven.

-Yo tengo veinticuatro.

-Yo lo sabía. Usted abandonó el asilo de huérfanos..., trabajó en la fábrica de yute, en el envasado, .después en la cartonería, en el lavadero.... sé sumar, Saxon.. . Sabía su edad, hasta la fecha de su nacimiento...

-Pero eso no impide que yo tenga dos años más.

-¿Y qué obstáculo hay en eso? Yo no la amaría si eso fuera un obstáculo, ¿no es así? Su madre tenía razón. El amor es la cosa más grande del mundo. Eso es lo que importa. ¿Entiende? La amo, sencillamente, y tiene que ser mía. Supongo que eso es lo natural. Siempre he tenido cariño por los caballos, los perros y otras cosas, lo que también es bastante natural y correcto. En eso no nos diferenciamos, Saxon. Debo tenerla y trato de convencerla de lo mismo. Tal vez mis manos no sean tan suaves como las de los tenedores de libros y los oficinistas, pero podrán trabajar para usted y amarla, como Sam Hill.

El antiguo antagonismo de los sexos que siempre se interponía en su trato con los hombres, parecía que ahora se desvanecía. No era arriesgado, sino lo que había esperado y soñado. No tenía ningún sentido ponerse a la defensiva. No era el juego que debía hacer. Delante de Billy se sentía indefensa, y satisfecha de sentirse así. Saxon no podía negarle nada. Ni hasta en el caso de que él sé mostrara como los demás. Pero pensó, dichosa, que él no se comportaría de esa manera.

Ella no dijo nada, y, en vez, completamente trasportada, alcanzó a tocar la mano izquierda del muchacho y suavemente trató de alejarla de las riendas. Al principio él no comprendió, pero ante la insistencia tomó las riendas con la derecha y permitió que Saxon hiciera su voluntad con la otra. Inclinó la cabeza sobre la mano y besó las callosidades del muchacho.

Billy quedó asombrado por un instante.

-¿Es con intención que lo hace? -preguntó lleno de perplejidad.

En respuesta ella volvió a besarle la mano murmurando:

-Quiero sus manos, Billy. Son las más hermosas del mundo,

y me llevaría mucho tiempo expresarle lo que significan para mí.

-¡Arre! -gritó él a los caballos.

Luego los sujetó, calmándolos con la voz, atando las riendas al látigo. Después se volvió con sus brazos extendidos hacia ella y la besó.

-¡Oh, Billy, seré una buena esposa para ti! -lloriqueó ella separándose apenas.

Billy le . besó los ojos húmedos y nuevamente encontró sus labios.

-Ahora sabes qué pensaba y por qué traspiraba mientras merendábamos. Creía que no podía contenerme más hasta decírtelo. Me gustaste desde el primer momento en que te vi.

-A mí también me parece que te amé desde el primer día, Billy. ¡Y me sentí tan orgullosa de estar a tu lado durante ese día! Fuiste tan atento y amable y eras tan valiente cuando me defendiste contra esos tres irlandeses en el festival... No podría amar o casarme con un hombre al que no admiro, y estoy tan orgullosa de ti ...

-Yo estoy el doble de orgulloso de mí mismo, ahora ... -respondió él-, por haberte logrado. Es bueno ser fiel. Tal vez en seguida empiece a sonar el despertador y entonces saldré del ensueño. Si llega a ocurrir eso, trataré de aprovechar el tiempo hasta dos minutos antes. Cuida que no te coma. Siento hambre de ti.

Al apretarla contra sí la acarició, y la mantuvo tan junto a él que casi le producía daño. Después cayó sobre la joven un siglo de bendición, cuando Billy distendió sus brazos en un esfuerzo por dominarse a sí mismo.

-El despertador no ha sonado -murmuró cerca de la mejilla de la joven-. Es una noche oscura. Estamos frente a Fruitvale y los caballos siguen detenidos en medio del camino. Nunca pensé que llegaría un momento en que desechase de tener en mis manos unas riendas. Y ese momento ha llegado. No puedo dejarte ir. Todavía tenemos que estar juntos durante un rato. Me haces más dañe que el veneno, pero no puede ser de otra manera.

Nuevamente la atrajo hacia sí mismo, arregló sus ropas que estaban en desorden y trató de calmar a la impaciente yunta de equinos.

Media hora después los hacía andar nuevamente.

-Sé que ahora estoy despierto, pero no estoy completamente seguro sí antes no he soñado, y quiero asegurarme.

Volvió a sujetar a los animales y la abrazó nuevamente.

XII

Y los días volaron para Saxon. Trabajaba firmemente en el lavadero más tiempo del que acostumbraba, y todas las horas libres las dedicaba para el cambio que' se avecinaba, para Billy. El se mostró como el impetuoso enamorado que había sido enviado por Dios. Insistió en casarse al día siguiente de su declaración, pero después consintió en esperar sólo una semana.

-¿Para qué esperar? -decía-. De esa -manera no ganaremos nada de juventud, según lo que yo entiendo. Y además piensa en todos los días que perdemos mientras aguardamos.

Finalmente aceptó un mes de espera, lo que ensambló perfectamente con todo, ya que a las dos semanas fue trasladado con otra media docena de conductores a los grandes establos de Corberly y Morrison, en West Oakland. La búsqueda de una casa cesó cuando Billy y Saxon alquilaron una casita muy limpia en la calle Pine, entre la Quinta y la Cuarta, cerca de la gran playa del ferrocarril Pacífico Sur. Era una casita de cuatro habitaciones pequeñas. El alquiler era de diez dólares mensuales.

-Está amueblada -le recordó Saxon-. Sabes que esto es diferente.

Pero Billy no veía la diferencia.

-No soy precisamente un sabio, Saxon, pero sé algo de números. Cuando tuve que pasar un mal rato empeñé mi reloj, y sé calcular los intereses. ¿Cuánto crees que nos costaría amueblar la casa, las alfombras, todo?

-¿Podríamos hacerlo todo con trescientos dólares? -dijo ella-. Lo he pensado y creo que podríamos hacerlo con esa cantidad.

-Trescientos -murmuró Billy pensativo-. Trescientos, digamos al seis por ciento. . ,, harían seis centavos por dólar, sesenta centavos por cada diez, serían seis dólares en cien, y en total serían trescientos dieciocho. Soy una fiera multiplicando por diez ¿eh? Ahora dividamos trescientos dieciocho por doce, lo que hace un dólar y medio de interés mensual -se detuvo satisfecho después de haber probado lo que quería. En seguida, su rostro dejó traslucir que pensaba en otra cosa-. ¡Espera!, eso no es todo. Sería el interés por el amueblamiento de las cuatro habitaciones. Divídelo por cuatro. ¿Cuánto da un dólar y medio dividido por cuatro?

-Cuatro en quince, tres veces y me llevo tres -dijo Saxon un poco indecisa-. Cuatro en treinta da siete, son veintiocho, me llevo dos, y dos cuartas partes hacen un medio. Es eso.

-¡Oh, eres una campeona para los números! le dijo él-. No te pude seguir bien. ¿Cuánto dices que es?

-Treinta y siete centavos y medio.

-¡Ah! Ahora veremos cuánto cuesta mi habitación sola. Diez dólares al mes por cuatro habitaciones hacen dos dólares y medio por cada una. Agrégale treinta y siete centavos y medio de interés por los muebles. Hacen dos dólares y ochenta y siete centavos y medio. Les restamos seis dólares. . .

-Tres dólares y doce centavos y medio -le dijo rápidamente ella.

-¡Eso es! Eso es lo que me escamotean por el cuarto que alquilo. Dime una cosa, casarse es como ahorrar dinero, ¿no es así?

-Pero los muebles se gastan, Billy.

-¡Cierto! Nunca se me ocurrió eso. También hay que tenerlo en cuenta. De cualquier manera ya hemos estudiado el asunto, y el próximo sábado por la tarde abandonarás el lavadero para que podamos comprar los muebles. Y recuerda que tienes que comprar todo lo que necesites, cualquiera sea el precio. No debe haber ninguna diferencia en lo que es para mí o para ti. ¿Entiendes?

Ella asintió con una inclinación de cabeza sin dejar traslucir las economías que ya estaba haciendo en secreto. Sus ojos brillaron levemente humedecidos.

-Eres muy bueno, Billy -murmuró la joven. Se aproximó a Billy, que la tomó en sus brazos.

-De modo que ya fueron y lo concertaron todo -le dijo Mary una mañana en el lavadero. Hacía diez minutos que estaban trabajando, cuando sus ojos tropezaron con el anillo de topacio que Saxon tenía en el tercer dedo de la mano izquierda-. ¿Quién es el afortunado, Charley Long o Billy Roberts?

-Billy -le respondió.

-¡Oh!, adoptaste un mozuelo para criar.

Saxon demostró bien claramente que la puñalada la había alcanzado, y Mary pareció arrepentida.

-¿No te das cuenta que se trata de un chiste? Me muero de alegría por la noticia que me diste; Billy es un hombre tremendamente bueno, y me alegro de que lo hayas conseguido. No hay muchos como él que den tan pocas vueltas, y si se los busca es difícil encontrarlos. Ustedes son afortunados. Son el uno para el otro, y le resultarás una buena esposa, mejor que cualquier otra muchacha que conozco. ¿Cuándo van a formalizar?

Mientras regresaba desde el lavadero hacia su casa, Saxon se encontró con Charley Long. La detuvo sobre la acera, obligándola a conversar.

-¿De modo que te escapas con un boxeador? -se mofó él-. Hasta un ciego podría ver el fin que te espera.

Por primera vez dejó de sentir temor delante de ese individuo voluminoso, de cejas negras y manos velludas. Ella alzó su mano izquierda.

-¿Ve esto? Nunca podría ponerlo en mi dedo con toda su fuerza. Y Billy Roberts lo consiguió en el plazo de una semana. A usted él le tomó la medida justa, y a mí me conquistó.

-Te ha calzado, nada más -le respondió Long-. Tu número es veintitrés.

-El no se parece en nada a usted -continuó Saxon-. Es un hombre, enteramente, un hombre decente y limpio.

Long rió estrepitosamente.

-Te agarró muy bien de la garganta, eso es todo.

-Y a usted de la suya -Saxon enrojeció cuando le respondió.

-Podría contarte algunas cosas de él. No es bueno en absoluto, Saxon, francamente. Te diría ...

-Sería mejor que siguiera por su camino -le interrumpió Saxon-, porque si no se lo diré todo a él, y ya sabe lo que ganará de esa manera, torazo.

Long quedó confundido, lleno de inquietud, y después, a regañadientes, se colocó de lado.

-Usted es como una advertencia -le dijo él admirado.

-Lo mismo sucede con Billy Roberts -rió la joven al mismo tiempo que reanudaba la marcha. Se detuvo después de avanzar una docena de pasos-. ¡Eh! -le gritó.

El hombre se volvió ansiosamente hacia ella.

-Una cuadra más atrás he visto a un hombre que estaba mal de las caderas. Vaya y golpéelo.

Durante el curso del breve noviazgo, Saxon fue culpable de un solo derroche. Gastó el importe entero de un día de trabajo para pagar media docena de fotos suyas, tamaño álbum. Billy había insistido que la vida se le hacía imposible si no veía su imagen al acostarse y al levantarse por la mañana. En retribución tuvo unas fotos de él, una en ropas de civil y otra con ropa de boxeador, sobre un ring, y colocó ambas en su espejo. Contemplando la última recordó los relatos que le había contado su madre sobre los antiguos sajones, sobre los navegantes junto a las costas inglesas. De uno de los cajones de la cómoda, que había atravesado aquellas milenarias llanuras, extrajo uno de sus tesoros más preciados..., un álbum de la madre donde estaban pegados con goma muchos de los versos que aquélla había publicado en los periódicos sobre los pioneers de California. De la misma manera tropezó con copias de cuadros, de viejos grabados en madera, que habían sido recortados de las revistas de la otra generación, o que tal vez databan de más tiempo aún.

Saxon recorrió las páginas con los dedos familiarizados con su contenido y se detuvo delante de lo que buscaba. En medio de peladas cumbres, de rocas, debajo de un cielo de nubes grises, una docena de botes largos y estrechos y terminados en punta, con la forma de monstruosos pájaros, atracaban sobre las arenas de una playa que parecía blanca gracias a la espuma que la invadía. Los hombres semidesnudos, que estaban en los botes, eran muy musculosos, tenían cabellos hermosos y usaban escudos alados. Llevaban en sus manos espadas y lanzas, y saltaban dentro del mar hasta tener medio cuerpo cubierto por las aguas, mientras avanzaban hacia la playa. Delante de ellos, tratando de oponerse al desembarco, había unos indios salvajes que estaban envueltos en pieles, pero que sin embargo eran diferentes a otros que se aglomeraban sobre la arena o se sumergían en el agua hasta la rodilla. Se trenzaron en lucha, y los cuerpos de los muertos y de los heridos graves eran arrastrados por las olas. Un invasor que tenía hermosos cabellos se hallaba tendido sobre el alto borde del bote, y había sido muerto, se veía claramente, por la flecha que se hundía en su

pecho. Y en el aire, más allá, sobre el agua, espada en mano, estaba Billy. No podía equivocarse con respecto a eso. La notable salud de su rostro, los ojos, la boca eran los mismos, sin duda. Hasta la expresión del rostro era la que había visto en el deBilly, aquel día de la fiesta campestre, cuando enfrentó a los tres irlandeses salvajes.

Emergiendo de alguna parte, desdoblándose de esas razas guerreras que habían sido los antecesores de Billy y de ella, de ahí pensó que había surgido esa fantasía, mientras cerraba el volumen y volvía a colocarlo nuevamente en el cajón de la cómoda. Y seguramente, alguno de esos antecesores había construído aquella cómoda tan zarandeada al cruzar el agitado océano y las llanuras desiertas, y que también había sido alcanzada por una bala en la lucha librada con los indios, en Little Meadow. Casi le parecía estar viendo a las mujeres que guardaban los objetos más hermosos y los tejidos caseros ahí, en esos cajones, precisamente, aquellas mujeres nómades que fueron los ascendientes lejanos de su propia madre. Suspiró y pensó que era una buena raza la suya, gente que siempre había sido laboriosa, recia y peleadora. De pronto se preguntó qué vida hubiese llevado de haber nacido china, italiana, como esas mujeres que veía con un chal sobre la cabeza, a veces descubierta, acurrucadas, simples, oscuras, cargando grandes montones de ramas desde la costa., Después se rió de sus pensamientos tontos, y pensó en Billy y en la casita de cuatro habitaciones de la calle Pine, y se acostó a dormir nuevamente preocupada por los numerosos detalles que se referían a los muebles.

XIII

-Nuestro ganado casi se había perdido -decía Saxon-, y el invierno estaba tan cercano que no podíamos atrevernos a cruzar el Gran Desierto Americano, y así fue que ese invierno nuestra caravana se detuvo en Salt Lake City. Los mormones no eran todavía hostiles y se comportaron bien con nosotros.

-Hablas como si hubieras estado allí -dijo Bert.

-Mi madre estuvo -respondió orgullosamente Saxon-. En aquel tiempo ella tenía nueve años de edad.

Estaban sentados alrededor de la mesita, en la cocina de la casita de Saxon y Billy, y preparaban un almuerzo frío con emparedados y cerveza embotellada. Era domingo y los cuatro estaban de asueto, pero habían llegado temprano para trabajar más duramente que cualquier día hábil, y limpiaron paredes, ventanas y pisos, colocaron alfombras y piezas de linóleo, colgaron cortinas, instalaron la estufa, dispusieron los utensilios de cocina y los platos y acomodaron los muebles.

-Sigue con la historia -le pidió Billy-. Me muero por escucharla. Y tú, Bert, simplemente te callas y escuchas.

-Bueno, fue durante ese invierno que Del Hancock se puso en evidencia. Había nacido en Kentucky pero también había estado años en el Oeste. Era un explorador como Kit Carson, y le conocía mucho. En muchas ocasiones ambos durmieron de. bajo de las mismas frazadas. Estuvieron juntos en Oregón y California con el general Fremont. Bueno, Del Hancock estaba de pasada por Salt Lake, e iba no sé a dónde para organizar una compañía de tramperos en las Montañas Rocosas, para cazar el castor en un lugar que él conocía. Era un hombre simpático. Usaba cabellos largos como en las fotos, y en la cintura llevaba una faja de seda como se acostumbra en California, entre los españoles, y además dos revólveres en el tirador. Cualquier mujer quedaba prendada de él a primera vista. Bueno, vio a Sadie, que era la hermana mayor de mi madre, y creo que sospechó que ella le miró, porque se detuvo inmediatamente allí; en Salt Lake City, y entonces no avanzó un paso más. Era un gran peleador, sobre todo contra los indios, y cuando yo era muy pequeña le escuché decir a mi tía Villa que tenía los ojos más negros y brillantes que jamás hubiese visto, y que además miraba como un águila. También, como se acostumbraba en aquellos tiempos, había sostenido duelos y no temía a nadie. Sadie era bella y lo enloqueció. Quizás, no lo sé bien, ella misma no estuviese segura de sus propios pensamientos. Pero, al menos no cedió tan fácilmente como yo con Billy. Finalmente, él no pudo resistir más. Una noche montó a caballo con todo el salvajismo de que era capaz. "Sadie -le dijo-, si no me promete casarse conmigo mañana mismo me dispararé un balazo en el fondo del corral". Sadie sabía que hubiese cumplido su promesa, y entonces le prometió que se casaría con él. El amor se hacía rápidamente en esos días ¿no es verdad?

-Oh, no sé -se burló Mary-. Una semana después que le pusiste a Billy los ojos encima ya estaban comprometidos. ¿Te dijo Billy que se iba a matar en el fondo del lavadero si tú le rechazabas?

-Es que no le di la oportunidad de hacerlo ---confesó Saxon-. De cualquier manera Del Hancock y tía Sadie se casaron al día siguiente. Y fueron muy felices hasta que ella murió. Y más tarde él fue muerto por los indios. Cuando ocurrió esto ya era viejo, pero sospecho que habrá tenido en su haber su larga lista de indios. Hombres como él siempre mueren peleando, y se llevan a la tumba un buen número de víctimas. Conocí a Al

Stanley cuando era una chiquilla. Era un tahur, pero arriesgado. Lo mató un ferroviario por la espalda. Murió en menos de dos segundos, pero antes sacó su pistola y le metió plomo al hombre que lo, mató.

-Las peleas no me gustan -protestó Mary-. Me ponen nerviosa. Bert me saca de las casillas porque siempre anda buscando camorra. No tiene ningún sentido.

-No daría ni un pedacito de mis dedos por un hombre que no tenga espíritu de pelea -dijo Saxon-. ¿Acaso nos encontraríamos donde estamos sino fuera por el espíritu belicoso de nuestros antepasados?

-En Billy tiene algo muy bueno como peleador -le aseguró Bert-, sinceramente es una yarda de largo por una de ancho; genuinamente es un número uno, un vellón de lana largo. Billy es un mohicano con rostro de calavera, eso es lo que es. Y cuando la locura se le sube a la

cabeza, hay que escaparle, porque sino caerá sobre uno y...

-Es así, exactamente -agregó Mary.

Billy, que no había intervenido para nada en la Conversación, se puso de pie, echó una mirada hacia el dormitorio y la cocina, se dirigió hacia la sala y al dormitorio que lindaba con aquélla, y regresó en seguida. Quedó tieso, de pie, mirando perplejo hacia el dormitorio que daba a la cocina.

-¿Qué es lo que te sucede, viejo? -le preguntó Bert-. Parecería que hubieses perdido algo, o que ocurriese alguna confusión. ¿Qué escondes adentro? Escúpelo.

-Nada. Estoy pensando cómo diablos colocar la cama y las cosas que compramos para el dormitorio de atrás.

-Nada de eso existe -explicó Saxon-. No compramos nada.

-Entonces mañana me ocuparé del asunto. ,

-¿Para qué quieren otra cama? -dijo Bert-. ¿No basta con una sola para ustedes dos?

-Cállate, Bert -exclamó Mary-. No te pongas grosero.

-¡Uf, Mary! -dijo Bert frunciendo el rostro-. Vuelve en ti. Siempre entras en el establo qué no te corresponde.

-Esa habitación no la necesitamos -le dijo Saxon a Billy-, no pensé en amueblarla. Ese dinero fu¿ destinado para las alfombras y para una estufa mejor.

Billy se le acercó, la levantó de la silla, se sentó y la colocó sobre sus rodillas.

-Eso está bien, muchachita. Me agrada que lo hayas hecho así. Siempre lo mejor para nosotros. Y mañana a la noche quiero que vengas conmigo a lo de Salinger y que elijas un buen dormitorio y una alfombra para este cuarto. Deberá ser algo bueno, no ordinario.

-Costará cincuenta dólares -se opuso ella.

-Bueno -asintió él con una inclinación de cabeza-. Que no cueste ni un centavo menos de cincuenta dólares. Vamos a tener de lo mejor. ¿Para qué sirve una .habitación vacía? Rebaja toda la casa. Siempre ando dando vueltas por aquí, día tras día, desde que entregamos el dinero y nos dieron las llaves. Porque mientras manejo los caballos, durante todo el día, tengo el pensamiento puesto en este nido. Y cuando nos casemos quiero verlo tal cual me lo imaginé. Quiero verlo completo. Si esa habitación no tiene alfombra y permanece sin amueblar, durante la jornada entera no veré otra cosa que el piso desnudo. Me sentiría defraudado. La casa sería una mentira. Mira las cortinas que le pusiste, Saxon. Es para hacerle creer a los vecinos que está amueblada, supongo. Pero trataré de que sea cierto.

-Podrían alquilarlo -sugirió Bert-. Está cerca de las playas del ferrocarril, y a sólo dos cuadras del restorán.

-Jamás. No me caso con Saxon para tener pensionistas. Si no puedo velar por ella haré otra cosa: me iré al Gran Muelle y me diré: "Por aquí se va a la nada", y me arrojaré al agua con una piedra atada de la garganta. ¿No te parece bien, Saxon? Eso era contrario a su manera de pensar pero halagaba su amor propio. Se colgó del cuello de Billy y le dijo al mismo tiempo que le besaba:

-Tú mandas, Billy. Se hace lo que tú dices, y siempre será de la misma manera.

-¿Escuchas eso? -le dijo bromeando Bert a Mary-. Es o justo. Saxon está en su papel.

-Me parece que vamos a estudiar las cosas antes de hacer nada -le dijo Billy a Saxon.

-Y ahora escucha eso -le respondió Mary triunfante-. Puedes estar seguro que el hombre que se case conmigo, antes deberá examinar bien las cosas.

-Billy sólo la adula -se burló Bert-. Todos hacen eso antes de casarse.

Mary hizo un gesto desdeñoso.

-Apostaría cualquier cosa a que Saxon le llevará de las narices. Yo también haré lo mismo con el hombre que se case conmigo.

-Si lo quieres no sucederá eso -intervino Saxon.

-Sí, y con más razón aún -insistió Mary.

Bert simulaba estar dolorido y abatido.

-Ahora comprenden por qué Mary y yo no nos casamos -dijo él-. En el fondo soy un indio, y se armaría menudo aleo si me topo con una india a quien no puedo dominar. -Pero yo no soy de la tribu -contestó Mary-, y no me casaría con un indio grande y pretencioso aunque se hubiesen muerto todos los hombres del mundo.

-Bueno, pero ese indio grande y pretencioso todavía no te ha solicitado.

-Sé muy bien lo que sucedería si lo hace.

-Pero, después de esto, tal vez lo piense dos veces antes de pedir la mano.

Saxon quiso desviar la conversación y hacerla más placentera. De pronto golpeó las manos como si recordara algo.

-Ah, me olvidaba, deseo mostrarles una cosa -sacó de su cartera un anillo delgado de oro y lo hizo pasar de uno a otro. Es el anillo de casamiento de mi madre. Siempre lo llevo colgado del cuello, como un dije de suerte. En el asilo de huérfanos lloré tanto que la superiora me lo dio. Y ahora, desde el próximo martes, lo llevaré en mi propio dedo... Me parece mentira... Mira lo que hay grabado en el interior, Billy.

-De C. a M., 1879 -leyó él.

-De Carlton a Margarita... Carlton era el primer nombre de mi padre. Y ahora debes hacerlo grabar para ti y para mí.

Mary estaba llena de ansiedad y de gozo.

-Oh, realmente es hermoso -dijo.

Billy se quedó pensando un momento.

-No, no estaría bien, porque yo no se lo regalé a Saxon.

-Te diré qué harás grabar -dijo Saxon- "B. y S."

-No -Billy meneó la cabeza-. "S. y B.", porque tú primero viniste conmigo.

-No, fue al revés, querido. Insisto en "B. y S."

-¿Ves? -le dijo Mary a Bert-. Se sale con la suya y desde ahora le lleva de las narices, siempre.

Saxon se sintió herida.

-Como tú quieras, Billy -dijo.

Billy la estrechó en sus brazos.

-Creo que vamos a estudiar las cosas antes de hacer algo -le respondió él.

XIV

Sara era conservadora, más aun, con la llegada de la primera criatura se había anquilosado. Una vez que ocurrió eso quedó tan inalterable en sus costumbres como el yeso dentro de un molde. Su molde había sido formado por sus prejuicios, por su vida de adolescente dentro de la casa en que había vivido. Estaba tan acostumbrada a hacer siempre lo mismo, que cualquier cambio en su vida tenía el carácter de una verdadera revolución. Tom había soportado varias de esas explosiones de Sara, y tres de aquéllas se habían producido con el cambio de casa. Pero luego ya no pudo resistir más y no volvió a mudarse.

Por eso fue que Saxon no dijo nada de su casamiento, hasta que ya se hizo inevitable anunciarlo. Esperaba que se produjera una escena y así fue, efectivamente.

-Es un boxeador, un canalla, un arrastrado -le dijo despectivamente Sara, después de relatar minuciosamente el futuro de su joven cuñada y de los niños que vendrían, al enterarse de que por ahora contaban sólo con cuatro dólares y medio por semana-. Si viviera, no sé qué pensaría tu madre al verte unida a un bravucón como Billy Roberts. Tu madre era demasiado refinada como para tener cualquier relación con un hombre que se llamara Billy ¡Billy! Lo que puedo asegurarte es que ya puedes despedirte de tus medias de seda y de tus tres pares de zapatos. No tardará mucho, y considérate con bastante suerte, en que llegará el momento que uses polainas ordinarias y medias de algodón, de esas de dos pares por un cuarto de dólar.

-No me causa ninguna inquietud que Billy no me pueda dar cualquier clase de calzado -dijo Saxon agitando orgullosamente la cabeza.

-No sabes lo que dices -declaró Sara riendo, completamente en desacuerdo con su cuñada- Piensa un poco en los niños que vendrán. En estos tiempos llegan más rápido que el aumento de los salarios.

-Pero nosotros, por lo menos al comienzo, no vamos a tener niños. De cualquier manera no será hasta que hayamos pagado los muebles.

-Tu generación se jacta de ser muy inteligente ¿no? En mi tiempo las muchachas eran más modestas y no sabían nada de cosas desdichadas.

-¿Desdichadas..., como los niños? -le preguntó Saxon maliciosamente.

-Sí, como los niños.

-Es la primera vez que escucho decir que los niños sean una desdicha. Y tú, Sara, con los cinco que tienes debes haber sido muy desgraciada. Billy y yo hemos decidido no serlo tanto... Vamos a tener dos: un varón y una mujer.

Tom se rió, pero mantuvo la cordialidad ocultando su rostro dentro de la taza de café que estaba bebiendo. Sara, si bien contenida por ese ataque, estaba perfectamente adiestrada en esas artes. El contraste había sido tan pasajero, que sólo hizo una pausa para emprender en seguida el ataque desde otro ángulo. -Y casarse así, tan de repente... Es como para sospechar algo... No sé a lo que llegarán las mujeres jóvenes de esa manera. Me parece que no son decentes. Y el origen de todo esto está en los bailes de los domingos, y toda esa vida. Las jóvenes de ahora son como una manada de animales. Nunca he visto tanta frescura...

Saxon estaba blanca de rabia, pero mientras Sara divagaba incoherentemente, Tom, a escondidas, le guiñó a su hermana como dándole a entender que era necesario mantener la paz a todo trance.

-Todo está muy bien, criatura -le dijo a Saxon cuando estuvieron a solas--. No tiene ningún objeto hablar con Sara. Billy Roberts es un buen muchacho. Sé bastante acerca de él. Debes sentirte orgullosa porque va a ser tu marido. Serás feliz con él... -su voz, de pronto, disminuyó, y súbitamente el rostro pareció viejo, cansado y angustiado, mientras seguía hablando-. Toma el ejemplo de Sara. No refunfuñes. Cualquier cosa que haga, no rezongues. No te le subas constantemente a las barbas. Sé lo más amable que puedas para permitirle que de vez en cuando se desahogue. Los hombres tenemos a veces la testarudez del caballo, aunque Sara lo ignore. Y Sara me quiere actualmente, aunque no se da cuenta de ello. Lo que tienes que hacer es querer a tu marido, y hacer todo el ruido posible, y seguir queriéndolo. Y después jugar con él, y hacer todo lo que deseas. Déjale que se salga con la suya de vez en cuando, y él te lo retribuirá. Pero deberás quererle e inclinarte delante de su juicio, simplemente, ya que no es un tonto, y entonces vivirán juntitos como dos palomas. A veces temo perder los estribos, y entonces ¿qué sería de Sara? Pero prefiero ser querido a dejarme llevar por el temperamento.

-Te haré caso, Tom... -dijo Saxon inclinando los ojos llenos de lágrimas ante el cariño que implícitamente le había manifestado su hermano-. Y, sobre todo, voy a hacer otra cosa más. Voy a conseguir que Billy me quiera y me siga amando. Y después, entonces, no tendré que gastar ninguna maña para hacer las cosas que quiero. Y él consentirá porque me quiere ¿comprendes?

-Tienes razón, Saxon. Insiste y verás que al final vencerás. Más tarde, cuando se puso el sombrero y salía para el lavadero, se encontró con Tom que la esperaba en la esquina. -Saxon -le dijo de una manera entrecortada, apresurada-, ¿sabes?, no debes tomar nada de lo que te dije sobre Sara como algo desleal para con ella... Es una mujer buena y fiel. Y su vida no se desenvuelve tan fácilmente. Me mordería la lengua antes de decir algo en contra de ella. Supongo que todas las personas tienen sus defectos. Es bastante feo ser pobre ¿no es cierto ?

-Tú has sido terriblemente bueno conmigo, Tom. Nunca podré olvidarlo. Y sé que Sara tiene la mejor intención del mundo. Ella hace lo que puede.

-No podré regalarte nada para tu casamiento -dijo Tom como si se disculpara- Sara no podría consentirlo. Dirá que no recibimos nada de parte de nuestros familiares cuando nos casamos. Pero igualmente tendré preparado algo para ti. Es una sorpresa. Nunca podrás imaginarlo.

Saxon aguardó, levemente impaciente.

-Cuando me dijiste que te ibas a casar, pensé en eso y entonces le escribí a nuestro hermano George, y le pedí que lo hiciera por ti. Y, ¡diablos!, me lo envió por expreso. No te dije nada antes temiendo que tal vez lo hubiese vendido. Vendió las espuelas de plata. Debe ser que necesitaba dinero. Pero lo otro lo guardé en el taller para no causarle fastidio a Sara, y anoche lo saqué y lo escondí en el cajón de la leña.

-Oh, debe ser algo de mi padre... ¿Qué es, qué es?

-El sable que usó en el ejército.

-¿El que usó montado en el caballo ruano? ¡Oh, Tom, no me podrías regalar nada mejor! Vamos a verlo ahora mismo. Podremos deslizarnos por la puerta de atrás. Sara está lavando en la cocina, y no comenzará a dar vueltas hasta dentro de una hora.

-Le hablé a Sara para preguntarle si podías llevarte la cómoda que fue de mamá -dijo Tom mientras se deslizaba por el estrecho pasillo que había entre las dos casas-. Pero levantó el tono. Dijo que Margarita también fu¿ mi madre, y que a pesar de que tuvimos distintos padres la cómoda siempre perteneció a la familia y no al capitán Kit, y que es mía, y que si es mía ella tiene voz en el asunto.

-Está muy bien -le dijo ella tranquilizándole-. Me la vendió anoche. Anoche, cuando llegué a casa, me estaba esperando. Tenía la mirada encendida.

-Estuvo completamente exasperada todo el día, después de discutir sobre eso. ¿Cuánto le diste?

-Seis dólares.

-Es un robo, no los vale -gruñó Tom-. Está completamente resquebrajada y es tan vieja como las montañas.

-También hubiera dado diez dólares por ella, lo hubiera dado todo por eso, Tom. Pertenecía a mamá, ya lo sabes. Recuerdo cuando estaba en el cuarto de ella, cuando todavía vivía. En el cajón de la leña Tom buscó el tesoro escondido y lo despojó del papel que lo cubría. Era un sable herrumbrado dentro de su vaina, de los del tipo más pesado, de esos que llevaban los oficiales de caballería en los tiempos de la guerra civil. Tenía sujeta una faja de seda, gruesamente tejida, de color encarnado, de la que colgaban unas pesadas borlas de seda. Saxon casi se lo arrebató a su hermano, llena de ansiedad. Extrajo la hoja y apretó los labios contra el acero.

***

Era su último día de trabajo en el lavadero. Ese mismo anochecer abandonaría el trabajo, para su bien. Y a las cinco de la tarde siguiente se presentaría junto con Billy delante de un juez de paz y se casaría. Bert y Mary serían los testigos, y después los cuatro se encaminarían a un compartimento privado del restorán. Barnum, donde se serviría la cena de la boda. En seguida. Bert y Mary irían hasta el Myrtle Hall para bailar, mientras que Billy y Saxon tomarían el tranvía de la calle Ocho para llegar hasta la Siete y Pine. Las lunas de miel no son muy frecuentes entre la clase trabajadora. A la mañana siguiente Billy concurriría nuevamente a los establos a la hora habitual para conducir su yunta de caballos.

Todas las mujeres que trabajaban en la sala de planchado, sabían que ese era el último día que Saxon trabajaba allí. Muchas estaban contentas por su suerte, y no pocas la envidiaban, ya que por fin había conseguido verse libre de aquella atmósfera sofocante, cerca de las mesas de planchado. Aguantó todas las chanzas que se le hicieron, costumbre bastante' frecuente en un lugar de trabajo como ése. Pero Saxon era demasiado feliz como para hacer caso a lo que decían las otras y sentirse herida por lo mismo.

Mientras surgía el calor debajo de la plancha que empuñaba, y miraba las superficies de las muselinas y de los linos, su imaginación estaba constantemente ocupada con la casita de la calle Pine. Y también canturreaba una y otra vez en silencio la canción de moda:

"*Y cuando trabajo, y cuando trabajo,*
siempre trabajo para Billy."

A las tres de la tarde la tensión de las obreras fue creciendo dentro de la habitación húmeda y recalentada.

Las mujeres de más edad suspiraban y resoplaban. Los colores de las mejillas habían desaparecido, los rostros estaban chupados y debajo de los ojos aparecían círculos sombreados. Pero todas mantenían el ritmo de la labor, y a pesar de estar cansadas la velocidad no disminuía. La encargada se mantenía vigilante, alerta, y evitaba de esa manera cualquier manifestación de histeria. Cierta vez hizo salir a una pobre muchacha de pecho estrecho y de hombros caídos, y así pudo evitar muy oportunamente un colapso.

Saxon quedó alelada al escuchar un terrible chillido. La fuerza y la resolución humanas se quebraron ante eso. La voluntad y los nervios se deshicieron. Cien mujeres suspendieron al mismo tiempo su labor o dejaron caer las planchas. Era Mary la que había dado semejante grito. Saxon vio que un ave extraña y negra, de alas puntiagudas, se había posado sobre los hombros de la muchacha. Mary chilló y al mismo tiempo cayó al suelo, y entonces el extraño animal se lanzó a través del aire y chocó contra el rostro asombrado de la mujer que estaba en la mesa vecina. Esta, a su vez, también chilló y se desmayó. Nuevamente el ave comenzó a volar por el aire, y las muchachas corrían de un lado para otro, con los brazos en alto, casi enloquecidas, o sino se refugiaban debajo de la mesa de planchar.

-Es un murciélago -gritó la encargada. Estaba furiosa-. ¿Nunca vieron un murciélago en su vida? ¡No se las va a comer!

Pero formaban una verdadera multitud y no podían ser apaciguadas una a una, por medio de razones. Una de ellas, que no había alcanzado a ver la causa del alboroto, había dado la voz de "¡Fuego!", lo que complicó la situación e hizo que todas se agolparan en la puerta en demanda de auxilio o de salvación. Chillaban estúpida y violentamente ahogando la voz de la encargada. Saxon al principio se sintió aterrada, simplemente, pero luego, al crecer el bochinche, también se alejó corriendo. No gritaba pero huía como las otras. La horda de mujeres enloquecidas penetró en la sección vecina, y las que trabajaban allí, contagiadas, se unieron al desbande general. A los diez minutos el lavadero estaba completamente desierto, salvo algunos hombres que, granada en mano, rondaban buscando la causa del bochinche.

La encargada era una mujer robusta, indomable. fue empujada por las mujeres hacia una de las paredes, pero retrocedió la mitad del trayecto y casi atrapa al extraño visitante dentro de un cesto lleno de ropas.

-No sé a qué se parece, Dios, pero les aseguro que he visto la misma imagen del Diablo -balbuceaba Mary, mientras se contorsionaba emocionada hacia todos lados en medio de lágrimas y risas simultáneas.

Pero Saxon estaba disconforme y encolerizada consigo misma, ya que se había unido temerosa al desbande general en procura de una salida.

-Somos un montón de estúpidas -dijo-. Pensar que no era más que un murciélago. He oído decir algo sobre ellos. Viven en el campo. No son capaces de causar daño ni a una mosca. No pueden ver nada con la luz del día. Eso mismo le sucedió a ése. Sí, no era más que un murciélago…

-Oh, si ustedes quieren pueden pegarme -dijo Mary-, pero era el mismísimo diablo -lloriqueó un instante, y después rió nerviosamente-. ¿No viste cómo se desmayaba la señora Bergstrom, a pesar de que sólo le rozó la cara? Se plantó sobre mi hombro y me tocó el cuello desnudo, como si fuera la mano de un cadáver.

-Vamos, serénate un poco -le dijo Saxon urgiéndola-. Ya hemos perdido más de media hora.

-No puedo trabajar. Después de esto me voy a casa, aunque me despidan. Ahora no podría planchar ni manzanas agrias. Estoy completamente deshecha.

Una mujer se había roto una pierna, otra un brazo, y un buen número de ellas habían sufrido lesiones menores. Ninguna de las razones que alegó la encargada pudieron convencer a las mujeres de la necesidad de volver al trabajo. Estaban excitadas, nerviosas, y alguna que otra fue lo suficientemente valiente como para animarse a entrar en el edificio en busca de los sombreros o de las cestas de merienda de las demás. Saxon fue una de las pocas que regresó y trabajó hasta la seis de la tarde.

XV

-¡Bert, estás mareado! -le gritó Mary en tono de reproche.

Los cuatro estaban sentados alrededor de la mesa del restaurante Barnum, dentro del reservado. La cena de bodas fue bastante sencilla y gustada por todos, aunque a Saxon le pareció muy dispendiosa. Bert, sosteniendo en la mano un vaso lleno de vino rojo de California que costaba cincuenta centavos la botella, se puso de pie tratando de hablar. El rostro estaba intensamente coloreado, sus ojos negros afiebrados y brillantes.

-Antes de encontrarte conmigo ya habías bebido -dijo Mary-. Se ve claramente.

-Consulta con un oculista, querida -le respondió Bert-. Soy el misma de siempre. Y estoy aquí y me pongo de pie para celebrar y felicitar a un amigo, al viejo Billy. Creo que es como debe hacerse, y ahora adiós. Eres un hombre casado, Billy, y deberás llevar una vida regular. Ya no podrás correrla más con los muchachos. Tendrás que velar por ella, sacar tu seguro de vida y la póliza contra accidentes, tendrás que ingresar a una sociedad que otorgue préstamos para construir y a una entidad de sepelios. . .

-¡Cállate, Bert! -le interrumpió Mary-. No hables de entierros en las bodas. Deberías tener vergüenza de ti mismo.

-¡Bah, Mary, confórmate! He dicho eso porque sé positivamente lo que hablo. Yo no pienso de la misma manera que ella. Lo que yo pensaba ... Permitan que diga lo que pienso. Dije sociedad de sepelios ¿no es cierto? Bueno, no tuve la menor intención de echar malos augurios sobre esta reunión feliz. Lejos de eso...

Evidentemente trataba de desembrollar el lío en que se había metido, pero no lo conseguía. Mary se agitó triunfante. Eso le sirvió de acicate.

-Permitan que diga porque lo dije -siguió-. Porque tú tienes, Billy, una esposa extraordinariamente bonita, es por eso. Todos los muchachos están locos por ella, y cuando corras detrás de ella ¿qué harás? Estarás muy ocupado. ¿No te hará falta, entonces, una sociedad de sepelios para que colabore en sus entierros? Creo que sí, simplemente. Ese era el cumplido que te quería hacer: tu buen gusto por las mujeres, y entonces Mary se entrometió.

Sus ojos relucientes descansaron burlona y triunfalmente sobre el rostro de Mary.

-¿Quién dijo que estoy mareado? ¿Yo? Jamás en mi vida. Veo las cosas tan claras como la misma luz blanca. Y allí está Billy, mi viejo amigo Billy, y no son dos sino uno solo. Jamás Billy tuvo dos caras en su vida. Mira Billy, viejo, cuando te veo con las riendas del casado, realmente siento pena... -se interrumpió bruscamente y se volvió hacia Mary-. Ahora no te hagas la importante, muchacha. Estoy en mi verdadero puesto. Mi abuelo fue senador estadual, y sabía silbar graciosa y amablemente hasta que las vacas regresaban a la casa. Y lo mismo puedo hacer yo.. . Mira, Billy, cuando te veo, siento pena ... Repito, estoy triste... -sus ojos brillaron desafiantes en dirección a Mary-. Sé concientemente la dicha que debes experimentar al quedar amartillado. Te digo que eres un muchacho listo . . . Benditas sean las mujeres... Has comenzado bien, y debes mantenerte firme. Debes casarte con todas, benditas sean. . . Billy, estrecha esa mano. Eres un mohicano que tiene una tremenda cabeza. Yo haré que un indio de verdad me corte la mía ...

Bruscamente bebió de su copa y cayó sobre la silla, al mismo tiempo que guiñaba los ojos hacia la pareja de recién casados y lloraba a lágrima tendida. La mano de Mary se acercó a la de Bert para darle consuelo, ante la depresión sentimental que demostraba.

-¡Dios mío, tengo derecho a llorar! -murmuró con voz tomada-. ¿Acaso no pierdo el mejor de los amigos? Cuando pienso en los buenos ratos y en las diversiones que Billy y yo corrimos juntos, tengo ganas de odiarla, Saxon, cuando veo su mano sobre la de él.

-Vamos, ánimo, Bert -rió ella amablemente-. Mire de quién es la mano que usted retiene.

-¡Es una de sus chuscadas sollozantes! -dijo Mary mientras le acariciaba los cabellos con la mano que le quedaba libre-. Vamos, Bert, pórtate bien. Todo está muy bien. Y ahora Billy es el que debe decir algo.

Bert se reanimó bebiendo otra copa de vino.

-Vamos, Billy, adelante -le gritó-. Ahora te toca a ti.

-No soy artista de aire caliente -rezongó Billy-. ¿Qué digo, Saxon? No tiene objeto decirles lo felices que somos- Ya lo saben-

-Diles que siempre vamos a ser felices -dijo ella- Y dales las gracias por todos sus buenos

deseos, y diles que les deseamos lo mismo. Y que siempre vamos a andar como antes, los cuatro juntos. Y diles que están invitados para cenar el próximo domingo en la calle Pine quinientos siete- Y tú, Mary, si quieres venir el sábado por la noche, podrás quedarte a dormir en el dormitorio que tenemos desocupado.

-Ya lo has dicho tú mejor que yo -Billy aplaudió leve- mente-- Tus palabras fueron muy dignas, y creo que no queda mucho que agregar, pero, a pesar de todo, voy a decirles algo caliente.

Se puso de pie con la copa en la mano. Sus ojos claros y azules debajo de las cejas y pestañas oscuras parecían aun más azules y profundos, sobre todo por la claridad de los cabellos y de la piel- Las mejillas suaves estaban sonrojadas de alegría y de salud, no por el alcohol, ya que sólo había tomado dos copas. Saxon le contemplaba y se sentía envanecida de su buen gusto que le había deparado un hombre tan maravilloso.

-Bueno, Beit y Mary, aquí están ustedes en la cena de bodas de Saxon y de Billy. Simplemente, hemos recibido de todo corazón todos vuestros deseos y, en retribución, os deseamos lo mismo, y cuando decimos esto hay un deseo verdaderamente más grande que el que puede ser expresado por las palabras habladas. Saxon y yo creemos en esto con firmeza, y hacemos votos para el día en que seremos invitados a la cena de vuestra boda. Y entonces, cuando lleguen los domingos, ustedes podrán pasar la noche del sábado en la pieza desocupada. Creo que les avisé que la hice amueblar ¿no?

-¡Nunca lo hubiese esperado de usted, Billy! -exclamó Mary-. Es tan grosero como Bert. Pero lo mismo da.

Sus ojos se humedecieron, la voz desfalleció y se cortó. A través de sus lágrimas sonreía e inmediatamente, se volvió hacia Bert que la rodeó con un brazo y la colocó sobre sus rodillas-

Cuando dejaron el restaurante, todos marcharon hacia la esquina de la calle Ocho y Broadway, y se detuvieron cerca del tranvía eléctrico. Bert y Billy parecían timoratos y estaban silenciosos, como deprimidos por una extraña sensación de soledad. Mary abrazó a Saxon muy afectuosamente.

-Está muy bien, querida -le murmuró Mary-, no te asustes, está muy bien. Piensa en todas las otras mujeres del mundo.

El guarda hizo sonar la campanilla y ambas parejas se despidieron apresuradamente.

-¡Hasta la vista, mohicano! -Bert le gritó a Billy cuando el tranvía se puso en marcha.

-Recuerda lo que te dije -exclamó Mary mientras la figura de Saxon se alejaba en el tranvía.

***

El tranvía se detuvo en la calle Siete y Pine, punto terminal de la línea. La casita quedaba a dos cuadras, más o menos. Mientras subían los escalones, Billy extrajo la llave de su bolsillo.

-Es divertido ¿no? -dijo mientras hacía dar vuelta la llave dentro de la cerradura-. Tú y yo. Tú y yo, sencillamente.

Billy encendió la lámpara de la sala y Saxon se quitó el sombrero. Después él se encaminó al dormitorio y encendió la lámpara allí, y en seguida se volvió hacia el vano de la puerta- Saxon aún ocupada con los alfileres del sombrero, le dirigió una mirada. Billy extendió los brazos.

-Ahora -dijo Billy.

Ella avanzó- Billy pudo sentir cómo Saxon temblaba entre sus brazos.

LIBRO SEGUNDO

I

A la noche siguiente, Saxon lo estaba aguardando en la puerta mientras Billy subía los peldaños del frente. Después de abrazarse, cruzaron la sala con las manos entrelazadas, rumbo a la cocina. El llenó los pulmones demostrando una gran satisfacción.

-¡Mi casa huele bien, Saxon! Y no es sólo por el olor del café.. . Es toda la casa. Huele ... bien, simplemente, huele bien para mí, eso es todo.

Se lavó y secó sobre la pileta, mientras Saxon calentaba la sartén sobre la rejilla de la estufa. Billy la contemplaba atentamente, y cuando ella echó la chuleta en la sartén dejó escapar frases de aprobación.

-¿Dónde aprendiste a cocinar una chuleta en una sartén caliente y seca? Sólo algunas mujeres saben hacerlo así.

Ella levantó la tapa de otra sartén y removió el sabroso contenido con un cuchillo de cocina. El se colocó detrás de su esposa y deslizó los brazos por debajo de los de ella, al mismo tiempo que colocaba las manos sobre el pecho, inclinaba la cabeza sobre su hombro y le rozaba una mejilla.

-Hum. .., patatas fritas con cebolla, como las hacía mamá. Y son para mí, y huelen bien, hum. ..

Sus manos se soltaron y volvió a acariciar la mejilla de Saxon. Después la abrazó nuevamente. Sintió los labios de Billy en sus cabellos y percibió un aroma delicioso.

-Hum . . ., tú también hueles bien. Nunca supuse qué significaba cuando decían que una muchacha era dulce. Ahora lo sé. Y tú eres la más dulce de todas.

Su alegría no tenía límites. Se fue a peinar en el dormitorio, regresó a la mesa y tomó los cubiertos.

-Es necesario reconocer que estar casado es mucho mejor de lo que proclama la gente que se ha casado. La verdad es, Saxon, que podemos enseñarles algo. Podemos darles ventajas en todo, y aun así les ganaremos lejos. Tengo una gran sorpresa para ellos.

Los ojos de Saxon demostraron temor, y él la chanceó.

-Y es que nosotros no nos casamos muy rápidamente. Mirándolo bien, nos hemos perdido una semana entera de este paraíso.

Los ojos de Saxon demostraron gratitud y dicha, y pensó que haría todo lo posible para que siempre fuese de esa manera y no de otra.

Una vez que terminaron de cenar, Saxon sacó de la mesa y comenzó a lavar los platos en la pileta. El quiso secarlos, pero lo apartó de una solapa y lo llevó hasta una silla, haciéndolo sentar.

-Te quedas ahí, si es que realmente sabes qué es lo que tienes que hacer. Se bueno y pórtate bien. Fuma un cigarrillo. No te quedes mirándome. Ahí tienes el diario de la mañana. Y si no lo lees pronto estará en la basura.

Billy le hizo caso, mientras, a cada instante volvía la cabeza para mirarlo mientras seguía lavando, Ella pensó que hacía falta una cosa más: pantuflas, y así el cuadro quedaría perfecto y completo.

Muy poco tiempo después él apartó el diario y suspiró.

-No puede ser -dijo-. No puedo leer.

-¿Qué pasa? -le dijo solícita-. ¿Tienes la vista cansada?

-No, es que están heridos, y sólo una cosa los cura: mirarte.

-Muy bien, niño Billy, en seguida termino.

Lavó el repasador y vació la pileta. Se quitó el delantal y se acercó hasta él. Le besó los ojos, de a uno por vez.

-¿Ahora están bien? ¿Están curados? -Sí, se sienten un poco mejor.

Ella reincidió.

-¿Y ahora?

-Mejor aún.

-¿Y ahora?

-Casi bien.

Después de cerciorarse y de restregarlos, le aseguró que aún había una leve herida en el

ojo derecho.

Pero entonces, ella comenzó a gritar muy dulcemente. Billy se alarmó.

-¿Qué sucede? ¿Qué es lo que te hace daño?

-Mis ojos. Me duelen como si tuviera sesenta y no dos.

Los papeles se invirtieron. Una vez que la curó, se encaminaron a la ventana abierta y se sentaron en el sillón bajo. Era el lujo más grande de la casa. Había costado siete dólares y medio, y un despilfarro tal había causado muchos remordimientos en el alma de la muchacha.

El frío salino de la tarde, verdadera bendición de las ciudades que se recuestan sobre bahías cuando se pone el sol, llegaba claramente hasta ellos. Desde ahí se escuchaban los cambios que hacían las locomotoras mientras echaban humo en las playas del ferrocarril, y también el estrépito atronador del tren local cuando pasaba por la calle Siete y se detenía en la estación de West Oakland. También se oía el ruido de los niños jugando en medio de la noche estival, el rumor de las voces de las dueñas de casa, unto a sus portales.

-¿Sabes una cosa? -dijo Billy-. Cada vez que pienso que pagaba seis dólares por una habitación amueblada, me enfermo al ver todo el tiempo que perdí. Pero me queda una satisfacción. Si hubiese cambiado antes de vida no te tendría a ti. No sabía que existías hasta hace un par de semanas atrás.

Su mano acarició el antebrazo desnudo de Saxon y llegó hasta la manga, cerca del hombro.

-Tu piel es fresca -dijo-. No es fría. Hace bien a la mano.

-Pronto me llamarás mi criatura helada -dijo ella riendo.

-Y tu voz también es fresca -continuó-. Cuando me acaricia la frente tengo la misma sensación que si fuese tu mano. Es cómico pero no sé explicarlo. Tu voz, simplemente, me penetra por entero fresca y hermosa. Es como una brisa suave, exactamente, es como la primera brisa del mar que llega y se hace sentir después de un día caliente. Y cuando hablas en voz baja, a veces suena como el violoncello de la orquesta del teatro, Macdonough. Y nunca es aguda como la de algunas mujeres cuando están excitadas o contentas, voces que me recuerdan a los discos gastados. Y es que tu voz me penetra completamente y me hace temblar. . ., hasta el último vestigio de frescura. Es ... algo completamente delicioso. Presumo que si hay algún ángel en el cielo, debe tener una voz semejante.

Ella se sentía enormemente dichosa. Le acarició los cabellos, suavemente, muy cerca de él. Billy siguió hablando:

-Te diré lo que me recuerdas. ¿Alguna vez viste relucir al sol los pelos de una yegua, algo como si fuera satén, con la piel fina y suave que hasta el más leve roce de una fusta la deja marcada... ? Y ella es toda nervios, totalmente sensible, capaz de resistir al más recio potrillo cuando hay que hacerlo, capaz de sacrificarse instantáneamente y morir de frío cuando falta la manta durante una sola noche. No hay cosa que pueda igualarse en belleza en este mundo. Tienen una estampa hermosa, sensible y delicada. Hay que saberlas manejar, como si fuesen de cristal. Y yo me impondré la obligación de manejarte y acariciarte de la misma manera. Eres tan diferente de las otras mujeres, como la yegua que te he descripto de los animales empleados en labores de tiro. Eres de pura raza. Has sido limpiamente modelada, estás llena de espíritu y tuslíneas... ¿Sabes que tu figura es ... ?

Bueno, la tienes. Hablaremos de Anita Kellerman. Le puedes dar ventaja, y ella es australiana y tú yanqui, pero tu figura es distinta, diferente... Eres. . ., no sé cómo decirlo. Las otras no están hechas como tú. Perteneces a otra tierra. Debes haber nacido en Francia, eso es ... Tienes el cuerpo de una mujer francesa y, más aun, el modo de caminar, de moverte, de permanecer quieta, de pie, la manera como te sientas, o cuando estás inmóvil, sin hacer nada...

Y a pesar de que nunca había salido de California, de que ni siquiera había dormido una noche fuera de su ciudad natal, Oakland, sin embargo estaba acertado en su juicio. Era una flor de origen anglosajón, algo rara y excepcional por su pequeñez y la finura de las manos, de los pies, y de los huesos, una verdadera gracia por la justa proporción de sus carnes, por su andar. . . , alguna aparición milagrosa a través del rostro del tiempo, desde aquellas incursiones de los franconormandos, cuando se mezclaron con los rudos sajones...

-Y también el modo cómo llevas tus vestidos... De verdad te pertenecen. Parecen parte de ti misma, como el frescor de tu voz y de tu piel. Siempre te sientan muy bien y no podrían quedarte mejor. Y a un muchacho le gusta verse acompañado por una muchacha como tú, mientras escucha que los otros dicen: "¿Quién es esa nueva falda de Billy? Es un durazno ¿verdad?" O algo semejante a eso.

Con la mejilla bien cerca de la de él, Saxon sabía de esa manera que su labor de costura hasta altas horas de la noche quedaba recompensada, después de torturarse con la aguja y copiar las ideas para sus vestidos de aquellos más lujosos que tuvo que planchar en el lavadero.

-Saxon, encontré un nuevo nombre para ti. Tú eres mi Criatura Tónica. Eso es lo que eres, la Criatura Tónica.

-¿Y nunca te cansarás de mí?

-¡Nunca! Hemos nacido el uno para el otro.

-Nuestro encuentro fue de verdad maravilloso ¿no te parece, Billy? Pudimos no habernos encontrado nunca. Casi fue un simple accidente.

-Nacimos con suerte -dijo él-. ¡Una verdadera suerte!

-Tal vez sea algo más que suerte -se aventuró a decir ella.

-Tal vez. Debe ser así. Era el destino. Nada pudo apartarnos. Quedaron en silencio, llenos de un amor sin palabras, hasta que sintió que Billy la atraía y le murmuraba:

-¿Qué te parece si vamos a acostarnos?

***

Muchas noches semejantes transcurrieron entre ellos, amenizadas con bailes ocasionales, con paseos al teatro Orpheum y al Bell, o al cine, o a los conciertos de la banda en el City Hall Park, los viernes por la noche. Frecuentemente, los domingos, ella

Preparaba una merienda e iban hasta las colinas trasportados por Prince y King, que el patrón les cedía para las distracciones.

Cada mañana Saxon se levantaba gracias al reloj despertador. Durante la primera mañana él insistió en hacerlo junto con ella para prender la estufa de la cocina. Esa vez accedió, pero después Saxon preparaba el fuego por las noches y lo encendía muy rápidamente a la mañana siguiente.

Saxon le obligaba a permanecer en la cama para que echase un último sueño antes de tomar el desayuno. Durante las primeras semanas siempre le preparaba la merienda para el mediodía. A veces él venía a almorzar, pero más tarde se la llevaba consigo. Dependía de la distancia en que se encontrara de su casa por el trabajo.

-No le acostumbras bien -le dijo Mary-. Estás atada de manos y de pies. Si no te cuidas lo echarás a perder. El debería esperar por ti.

-Pero él gana el pan -le respondió Saxon-. Trabaja mucho más duramente que yo, y me sobra el tiempo… Además, quiero que sea así porque lo amo … , y porque. .. lo deseo...

II

A pesar del fastidio que le producía la labor doméstica, una vez que se acostumbró a ella encontró que tenía bastante tiempo libre. Sobre todo cuando su esposo se llevaba la merienda y no tenía que preparar comida para el mediodía. Entonces tenía horas enteras para dedicarse a sí misma. Acostumbrada durante muchos años a la fábrica y al lavadero, no podía concebir momentos de ocio. Sufría porque no tenía nada para hacer y, además, no podía visitar a sus amigas que estaban ocupadas trabajando. Tampoco tenía relaciones con mujeres casadas, salvo una extraña vecina con la que había conversado muy brevemente a través de la verja divisoria del fondo de la casa.

Durante un tiempo aprovechó los ratos libres dedicándose más esmeradamente a su higiene. En el asilo y en la casa de Sara se había acostumbrado a tomar un solo baño por semana. Cuando se sintió mujer quiso bañarse con más frecuencia. Pero eso a Sara la enervaba, y finalmente la ponía rabiosa. Sara sólo se daba un baño los sábados por la noche, y un intento diferente en ese sentido era considerado por ella como el deseo de darse, tono, o tal vez algo ofensivo contra sus propias costumbres. Además, era un despilfarro en el combustible porque había que lavar mayor número de toallas. Pero ahora, en su propia casa, con todos los elementos necesarios a su disposición, y sin nadie que la reprimiera, se entregaba a sus orgías higiénicas. No era otra cosa, ciertamente, que una bañera lo que instalaba sobre el piso de la cocina y que llenaba con sus propias manos, pero había tardado casi veinticuatro años en darse ese placer. Y lo aprendió de esa extraña mujer que tenía por vecina, gracias a una conversación casual. Era algo muy simple. . .: había qué verter unas pocas gotas de álcali, comprado en la farmacia, dentro del agua que usaba para bañarse. Antes Saxon no había tenido ninguna noción de ese asunto.

Parecía que aprendería mucho de esa extraña mujer. La relación comenzó un día que Saxon estaba en el fondo de su casa, colgando algunas piezas de su ropa interior. La mujer aquella estaba inclinada sobre el porche de su propia casa, y a cada momento parecía asentir por lo que Saxon hacía y por las ropas que estaba colgando.

-Usted es recién casada ¿no es cierto? -le preguntó la mujer-. Soy la señora Higgins. Pero prefiero que me llamen por mi nombre: Mercedes.

-Yo soy la señora Roberts -respondió Saxon, sorprendida por la novedad del apellido-. Mi nombre es Saxon.

-Extraño nombre para una mujer yanqui -dijo la otra.

-No soy yanqui. Soy californiana.

-Oh, la, la -rió la mujer-, me olvidaba que estaba en los Estados Unidos. En los otros países se llama yanquis a todos los estadounidenses. ¿Es cierto que son recién casados?

Saxon asintió alegremente. La mujer suspiró.

-¡Usted es una mujer deliciosa, bella, suave y feliz! Podría envidiarla y odiarla, como a todo el mundo ... Usted no comprende perfectamente la suerte que ha tenido. Nadie se casa sin(cuando es demasiado tarde.

Saxon se sintió perpleja y turbada, aunque respondió de in mediato.

-Oh, pero yo soy muy dichosa. Tengo al mejor hombre del Mercedes Higgins suspiró nuevamente y cambió de tema. Inclinó la cabeza hacia las ropas de Saxon.

-Veo que usted es como sus ropas bonitas. Eso forma una buena opinión de una mujer joven. Es el cebo para los hombres, la mitaddel arma que se necesita parael combate.

Ustedes vencen al hombre y después lo sujetan -se interrumpió para preguntarle con dureza-. ¿Y usted también sujetará a su marido, siempre, si tiene la posibilidad?

-Si, me parece que sí. Haré que me quiera siempre, siempre.

Saxon se detuvo perturbada y sorprendida de mostrarse tan franca con una desconocida.

-El amor de los hombres es una cosa extraña -dijo Mercedes-. Y las mujeres tienen la debilidad de creer que pueden leer libros como si realmente fuesen libros. Y duele ver que, hasta el momento en que se mueren, siguen creyendo inconscientemente que saben algo acerca de los hombres. Son unas pobres necias. ¿De modo que usted dice que conseguirá que su marido la quiera siempre? Así lo aseguran todas, como si conocieran en realidad las curiosidades de los hombres cuando aman. Es más fácil obtener el premio mayor de Little Louisiana, pero la pobre recién casada no lo sabrá nunca hasta que ya sea demasiado tarde ... Pero usted . . ., usted parece que comenzó bien. Siga siendo bella con esa apariencia que

tiene. Con eso se ha ganado su hombre y lo mantendrá a su lado. Aunque no es todo. Alguna vez hablaremos preocupan diré lo que muy pocas mujeres saben, y que tampoco se preocupan pan por saber.. . Saxon, nombre fuerte y simpático para una mujer. Pero usted no aparenta lo que indica su nombre. Sí, la he observado. Parece francesa, sin discusión. Dígale al señor Roberts que le felicito por su buen gusto.

Se detuvo teniendo en la mano el picaporte de la puerta de la cocina.

-Y alguna vez venga a visitarme. No le pesará. Puedo enseñarle mucho. Venga por la tarde. Mi marido es sereno nocturno en las playas del ferrocarril y duerme por las mañanas. Ahora está durmiendo.

Saxon entró en su casa perpleja, pensativa. Esa mujer de piel oscura, con el rostro marchito y como estragado por los grandes calores, con los ojos grandes y negros que relucían, que se encendían y denunciaban el fuego de su alma, esa mujer era cualquier cosa menos algo vulgar. Era vieja. Saxon dudó si tendría cincuenta o sesenta años. Sus cabellos, que en otro tiempo debieron ser azabaches, estaban mechados de gris. Lo que llamaba la atención de Saxon, sobre todo, era su manera de hablar. Su inglés era muy bueno, mucho mejor que el que ella estaba acostumbrada a escuchar. Sin embargo, esa mujer no era yanqui y, por otra parte, no tenía un acento inconfundible. Sus palabras parecían tener un leve acento extranjero que Saxon no podía localizar.

-Oh -exclamó Billy cuando le contó lo que había pasado durante el día-. ¿De modo que es la señora Higgins? El es sereno. Perdió un brazo. El viejo Higgins y ella forman una pareja algo cómica. La gente parece atemorizada ante ella. Los "gringos" y algunas mujeres irlandesas creen que es una bruja. No quieren saber nada de ella. Bert me lo contó. ¿Sabes?, algunos creen que algo les va a pasar si ella les mira, y entonces hacen alguna triquiñuela para deshacer el posible conjuro. Uno de los muchachos que trabaja en el establo los ha visto . . ., -se llama Henderson, vive a la vuelta de la calle Cinco. .., y dice que está llena de chinches.

-Oh, no sé si es así -dijo Saxon defendiendo su nueva amistad-. Puede estar loca pero habla de la misma manera que tú. Dice que me parezco a una francesa y no a una yanqui.

-Entonces me descubro ante ella -dijo Billy-. Su cabeza está perfectamente bien si dice eso. Es de verdad una observación inteligente.

-Y además, Billy, habla un buen inglés, como si fuera una maestra de escuela, como el que imagino que hablaba mamá. Parece educada.

-No debe ser tonta, porque sino no te hubiese impresionado de esa manera.

-Me dijo que te felicitara por el buen gusto que has tenido al casarte conmigo -rió Saxon.

-¿Te dijo eso? Entonces trasmítele mis respetos y mi admiración. Estoy de su parte, ya que sabe qué es bueno con sólo mirarlo. Y también debió felicitarte por tu buen gusto al elegirme.

Unos días más tarde, mientras Saxon colgaba nuevamente su ropa interior, la mujer volvió a hacerle una inclinación de cabeza.

-Estuve preocupada por su lavado -le dijo la mujer más vieja.

-Oh, trabajé durante años en el lavadero -respondió Saxon rápidamente.

Mercedes hizo un gesto de mofa.

-Lavado a vapor. Es un negocio, una cosa estúpida. Solamente las ropas ordinarias deben mandarse al lavadero. Es el castigo que tienen por ser ordinarias. Pero lavar las bonitas, las delicadas es un verdadero arte. Requiere sabiduría, genio y discreción, justamente porque son ropas finas. Le daré una receta para hacer jabón en casa. No endurecerá los tejidos. Les dará blancura, suavidad y vida. Así las podrá usar durante mucho tiempo, y la ropa fina es para ser usada largamente. El buen lavado es un refinamiento, un arte. Debe hacerse de la misma manera que un artista compone su cuadro, o escribe un poema, es decir con amor, religiosamente, como si fuese un verdadero sacramento de belleza. Le enseñaré buenos procedimientos, querida, algo mejor que lo que conocen ustedes, los yanquis. También le enseñaré nuevas bellezas -hizo una inclinación en dirección a la ropa interior de Saxon-. Veo que usted hace pequeños encajes. Conozco toda clase de encajes . . ., los belgas, los malteses, diversas clases que son un amor. Le enseñaré los más simples Lara que pueda hacerlos usted misma y agrade a su hombre, al que debe querer eternamente.

Cuando la visitó por primera vez, Saxon aprendió muchas cosas con respecto a cómo hacer el jabón casero y la manera le lavar sus ropas interiores. Y quedó fascinada por la extraña personalidad de aquella mujer resquebrajada por los años, como si a través de ella le llegaran los hálitos de tierras y mares que estaban más allá del horizonte.

-¿Usted es española? -se atrevió a preguntarle.

-Sí y no al mismo tiempo, más que eso. Mi padre era irlandés y mi madre peruana. De ella heredé la tez y la apariencia. De mi padre, los ojos azules, celtas, el sonido encantador del lenguaje y los pies incansables, que finalmente le mataron porque fue demasiado lejos. Y ese espíritu de aventura me llevó por los caminos del mundo, exactamente como a él.

Entonces Saxon recordó lo que había aprendido de geografía en la escuela, y en su imaginación apareció un mapa en relieve del continente con líneas combas y paralelas que delineaban la costa.

-Oh -dijo excitada-, entones usted es sudamericana. Mercedes se encogió de hombros.

-Tuve que nacer en alguna parte, por supuesto. Era una gran propiedad rural de mi madre. Todo Oakland podría caber en el más pequeño de sus campos.

Mercedes suspiró contenta y pareció sumergirse en su mundo anterior. Saxon sintió curiosidad por saber más cosas de esa mujer que parecía haber vivido de una manera semejante a la California española de tiempos ya lejanos.

-Usted debió tener una buena educación -dijo con toda intención-. Su inglés es casi perfecto.

-Oh, el inglés lo aprendí después, fuera de la escuela. Tal como están las cosas, una buena educación lo es todo, pero a mí me parece que más importante son.. . los hombres. También esto llegó después. Y mi madre nunca soñó que mi educación me serviría para vivir más tarde con un sereno nocturno. Era una gran dama, lo que ustedes llaman una reina del ganado. Serenos, jornaleros, obreros, los teníamos de a miles trabajando para nosotros. Había peones que parecían esclavos, y vaqueros que cabalgaban hasta trescientos kilómetros de un lado a otro del campo. Y había una gran cantidad de criados en la gran casa, tantos que casi ya no recuerdo su número. Sí, en la casa de mi madre había muchos sirvientes.

Mercedes Higgins era tan voluble como una mujer griega, y le gustaba perderse en medio de la maraña de las reminiscencias. -Pero muchos criados eran haraganes y sucios. Los chinos son los sirvientes por excelencia. Lo mismo sucede con los japoneses, pero sólo cuando se encuentra uno bueno. Las doncellas japonesas son bonitas y alegres, pero una nunca sabe cuando se irán y nos dejarán plantadas. Los hindúes no son fuertes pero son obedientes. Miran a los sahibs y mensahibs como si fuesen dioses... Y yo era una mensahib, es decir una mujer. Una vez tuve un cocinero ruso que siempre escupía en la sopa para tener suerte. Era muy divertido. Pero nos acostumbrábamos a eso.

-Usted debe haber viajado mucho para conocer sirvientes tan extraños -le dijo Saxon alentándola a seguir hablando.

La mujer rió como si asintiera lo que escuchaba.

-Y los más extraños son los esclavos negros de los mares del Sud, pequeños caníbales de cabellos ensortijados y con huesos que les cruzan las narices. Cuando se portaban mal o robaban, eran atados a una palmera que estaba en el fondo de la casa, y eran azotados con látigos confeccionados con cuero de rinoceronte. Eran de una isla de caníbales, cazadores de cabezas. Nunca gritaban, y estaban orgullosos de eso. Me acuerdo del pequeño Vibi, que sólo tenía doce años de edad, y que cuando sus espaldas estaban completamente destrozadas se limitaba a reír y a decir, al verme florar: "Poco tiempo, niñita, y le sacaré la cabeza al hombre grande, al amo blanco". . . Se refería a Bruce Anstey, que era el inglés que le azotaba. Pero el pequeño Vibi nunca llegó a tener su cabeza. El hombre huyó y fue destrozado por los salvajes que lo devoraron hasta el final.

Saxon estaba asustada y tenía una expresión grave en el rostro, pero la mujer siguió hablando sin inmutarse:

-¡Oh, aquellos eran días muy felices y salvajes! Usted debe creerlo, querida. En el transcurso de tres años esos ingleses de la plantación se bebieron océanos de champaña y de whisky escocés, tirando más de treinta mil libras en saco roto. ¡Y no dólares sino libras!, es decir, ciento cincuenta mil dólares. Mientras duró aquello fueron príncipes. Era algo espléndido, glorioso, una verdadera locura. Vendí la mitad de mis joyas en Nueva Zelandia antes de comenzar de nuevo. Al final Bruce Anstey se voló la tapa de los sesos. Roger se hizo tripulante de un carguero, que llevaba gente negra, por ocho libras al mes. Y Jack Gilbraith . . ., ése era el más raro de todos. Su gente era rica y de abolengo, y se marchó a Inglaterra vendiendo carne de mala calidad. Después su familia le prestó más dinero para comprar una plantación de caucho en alguna parte de las Indias Orientales, en Sumatra, o tal vez en Nueva Guinea, no recuerdo bien…

Y Saxon, ya de regreso a su cocina, mientras preparaba la comida para Billy, se quedó pensando en las cosas que le debían haber pasado a aquella mujer, que había recorrido tanto mundo y que finalmente llegó hasta West Oakland y se casó con Barry Higgins. El viejo Barry nunca había disfrutado de una opulencia semejante, y en caso de haberla tenido no la hubiese tirado por la ventana como ella había contado. Además, la mujer había revelado nombres de otras personas sin decir el suyo.

Mercedes le había confesado más cosas con frases sueltas. Parecía conocer perfectamente cualquier ciudad del Viejo Mundo o de América. Diez años atrás había estado hasta en Klondike. Lo dijo muy rápidamente, describiendo a los mineros envueltos en pieles, que caminaban sobre el oro en polvo desparramado sobre el suelo de las habitaciones. A Saxon le pareció que Mercedes siempre se había encontrado con hombres para quienes el dinero era tan abundante y tan fácil de conseguir como el agua.

III

Saxon, pensando en la relación que debía haber con Billy, en el sentido de mantener siempre la cordialidad y la altura de sentimientos que hasta ahora había entre ellos, se sintió impulsada hacia la señora Higgins. Ella debía saberlo todo, con toda seguridad. ¿Acaso no había dejado entrever conocimientos superiores a los de las demás mujerés?

Durante las semanas que transcurrieron, Saxon la frecuentó asiduamente. Pero, sobre todo, la señora de Higgins la inició en el arte de los encajes, a lavar las prendas más variadas y efectuar las compras. Pero una tarde Saxon la encontró más excitada que de costumbre, borboteando palabras un poco confusas y con los ojos llameantes. Tenía el rostro encendido y lo que decía quemaba. En el aire había un olor a licor. Saxon sabía que a la vieja le gustaba beber. Mientras bordaba un pañuelo que quería regalarle a Billy, asustada y nerviosa; Saxon escuchó el desborde precipitado de las palabras de Mercedes.

-Escuche, querida, debo hablarle del mundo de los hombres. No sea tan estúpida como las demás gentes, que me creen loca y capaz de dar el mal de ojo. Me causa gracia cuando pienso en Maggie Donahue, tapando con su chal el rostro de su criatura al pasar junto a mí, en la calle. He sido una bruja, es cierto, pero para los hombres. Oh, soy inteligente, muy inteligente, querida. Puedo contarle de las maneras de los hombres y de las mujeres, de las mejores y de las peores. De la bestia que hay en el fondo de todo hombre, de esa bestia que hace daño y desgarra el corazón de cualquier mujer estúpida.. . Y todas las mujeres son estúpidas, sí, sí. Soy una mujer vieja, pero como soy mujer no le voy a decir todo lo vieja que soy. Sin embargo, aún puedo sujetar a los hombres aunque sea desdentada y centenaria, no a hombres jóvenes, claro está. Me pertenecieron en los tiempos de juventud. Pero sí a los viejos, los que tienen la misma edad que yo ... Y tengo la suerte de tener ese poder. En este mundo no tengo amigos ni dinero..., sólo cenizas de comprensión, pero que son soberbias, doradas. Las mujeres viejas como yo se mueren de hambre y de frío, o sino tienen que aceptar la limosna de la gente. Yo no. Tengo mi hombre. Es cierto que no es más que Barry Higgins. . ., el viejo Barry pesado como un buey, pero que después de todo es un hombre, bien masculino, y raro como todos ellos. También es cierto que sólo le queda un brazo -se encogió de hombros-. Pero tal vez sea una compensación. No puede golpearme, y los huesos viejos se vuelven tiernos cuando la carne adelgaza hasta ser como cuerdas. Pero cuando pienso en mis enamorados locos y juveniles, príncipes llenos de locura y de juventud'... Sí, he vivido, y es bastante. No me arrepiento de nada. Y con el viejo Barry tengo la comida segura y además un lugar junto al fuego. ¿Y por qué sucede esto? Porque conozco a los hombres y siempre tendré la astucia suficiente para sujetarlos. Me he ganado una dulce amargura para llegar a conocerlos... ¡Hombres, hombres y más hombres! Y no eran imbéciles embotados, o cerdos burgueses entregados sólo a los negocios, eran hombres de temperamento, llenos de fuego y de pasión, quizás enloquecidos, pero una raza soberbia de enloquecidos que estaba al margen de la ley. ¡Y usted, mujer casada, debe aprender que la magia está en la variedad! Esa es la llave de oro. Es el juguete que divierte. Si la esposa no la tiene el marido se convierte en un turco, pero si lo posee el hombre se transforma en su esclavo fiel. Una mujer debe ser al mismo tiempo muchas esposas. Y si usted quiere conservar el amor del marido debe ser todas las mujeres al mismo tiempo. Debe renovarse constantemente, llena de rocío, como una flor gire nunca termina de abrirse para marchitarse y morir. Debe ser como un jardín de flores, constantemente nuevas, frescas, diferentes. Y el hombre nunca deberá intentar pisotear la última de las flores. Pero escuche, pequeña mujer... En el jardín del amor vive un reptil. Es lo vulgar. Aplástele la cabeza porque sino destruirá el jardín. Recuerde bien su nombre: lo vulgar. Nunca se muestre totalmente. Sólo los hombres parecen ordinarios. Las mujeres siempre deben ser recién casadas. Usted es una mujer que todavía está en la infancia. En verdad, las mujeres son más ordinarias que los hombres. ¿No lo sabía? No, no discuta. Las mujeres son menos delicadas que los hombres. Le contarán los secretos más íntimos de sus hombres a otras mujeres. Los hombres nunca hacen lo mismo. Pero es explicable. En todas las cosas del amor las mujeres son menos delicadas que los hombres. Es malo que ocurra así. Forman los padres del lugar común y el lugar común es como una babosa odiosa, porque roe y destruye el amor. Sea delicada. Nunca debe mostrarse sin ningún velo. Ocúltelo detrás de velos relucientes y brillantes, de tejidos costosos y de preciosas joyas. Nunca descorra el último de los velos. Y al amanecer envuélvase siempre en más velos, en todos los que pueda, que nunca serán muchos. Y cada velo debe ser el último entre usted y su enamorado voraz, que nunca aceptará ninguno a menos que se le entregue totalmente. Siempre debe suceder

como sí él lo lograra todo, como si rompiera el último velo que la oculta. Debe creer eso. Pero no debe ser así. Y entonces nunca estará saciado, porque al amanecer se le presentará otro velo des. conocido que se le habrá escapado. Recuerde que cada velo debe parecer único, final. Siempre deberá ser como si usted lo abandonara en sus brazos. Y siempre reservará más para el amanecer, para todos los amaneceres en que usted se abandone en sus brazos. De aquí nace la variedad, la sorpresa, y de esa manera perdura la búsqueda del hombre, de modo que lo nuevo esté en usted y no en otras mujeres. Usted ha obtenido a su hombre por medio de la frescura y la novedad de su belleza, por su misterio. Cuando un hombre ha deshojado y gustado de una flor enteramente, busca otras flores. Esa es su rareza. Usted deberá ser como una flor eterna, sin deshojar y olorosa, aunque eso haya ocurrido realmente miles de veces. Las mujeres son estúpidas porque creen que logrando al hombre han obtenido la victoria final. Entonces se vuelven gordas, rancias, sin interés, aburridas. Son tan estúpidas. Pero usted, mujer y niña, después de haber obtenido su primera victoria, debe construir la cadena infinita de sus victorias futuras. Y cada día debe reconquistar nuevamente a su marido. Y si se consigue la última victoria, si ya no hay nada más que vencer, el amor se acaba. El fin ha sido escrito v entonces el hombre comienza a vagar por jardines extraños. Recuerde, hay que mantenerlo insaciable, con un apetito filoso; insatisfecho. Y debe nutrir bien a su enamorado, todo lo más que sea posible. Debe darle más y más, pero que siempre quede hambriento para que retorne a usted por más aun.

La señora Higgins se detuvo bruscamente y salió, después de atravesar el aposento. Saxon no había dejado de observar la gracilidad y la elegancia de ese cuerpo delgado y envejecido. Cuando regresó se dio cuenta que esa gracia y distinción no eran cosas imaginarias.

-Apenas si le he dado a conocer la primera letra del alfabeto del amor -dijo volviéndose a sentar.

En sus manos llevaba un pequeño instrumento veteado hermosamente, de un calor oscuro y brillante, que se parecía mucho a una guitarra, pero que tenía cuatro cuerdas. Lo hizo sonar con su índice, rítmicamente, al mismo tiempo que su voz se elevaba entonando una extraña melodía extranjera, llena de amor. Suavemente, la voz y la melodía ascendían llegando hasta un éxtasis sensual, y se apagaba hasta el murmullo, como una caricia que arrastrara en medio de amorosos claroscuros, hasta que finalmente se agigantaba otra vez transformándose en salvajes gritos de amor mezclados con lamentos, locas promesas e invitaciones. Saxon fue ganada lentamente hasta que se sintió arrastrada por los apasionados sones del instrumento. Todo le pareció un sueño. Estaba embriagada cuando Mercedes Higgins cesó de tocar.

-Si es que ustedes se conocen perfectamente ya, como dos viejos enamorados enlazados por una vieja historia de amor, si eso sucede, a pesar de todo cántele esta canción única y verá cómo sus brazos se extienden nuevamente hacia usted, cómo el calor aparece en sus ojos cuando ya se disolvían los últimos destellos de la enajenación. ¿Lo ve, lo entiende, pequeña mujer?

Saxon apenas si movía en silencio la cabeza, ya que sus labios estaban demasiado secos para hablar.

-Este es el koa de oro, el rey de los bosques -dijo Mercedes pulsando todavía el instrumento-. El ukelele..., así lo llaman los hawaianos, y eso, querida, quiere decir el salto de la pulga. Los hawaianos son carnes doradas, son una raza de enamorados que viven debajo del cálido frescor de la noche tropical, donde sopla el viento caprichoso.

Nuevamente hizo sonar las cuerdas. Cantaba en un lenguaje que Saxon presintió que debía ser francés. Era diabólicamente alegre, cadencioso, acompasado y juguetón. Sus grandes ojos parecían de pronto enormes y salvajes, pero luego volvían a ser pequeños, seductores y llenos de malicia. Cuando terminó la miró a Saxon como esperando su parecer.

-Esto último no me gusta tanto -le dijo Saxon.

Mercedes se encogió de hombros.

-Todas tienen su mérito, pequeña mujercita, de todas se puede aprender algo. A veces los hombres pueden ser conquistados con vino, otras con el canto, así son de raros. Sí, hay muchas, maneras de hacerlo. Estas son sus joyas más bellas, querida. Son como redes mágicas. Jamás ningún pescador fue tan hábil como nosotras con nuestras fruslerías. Usted está en el buen camino. Conocí a algunos hombres que se enardecían con un cubre corsé no más hermoso que los que he visto colgados de la cuerda. Ya le dije que el lavado de la ropa interior fina es un arte. Pero no en sí mismo, sino para conquistar al hombre. Y el amor es la suma de todas las artes, ya que es la única razón de la existencia. Escuche, en todos los tiempos y edades hubo mujeres grandes e inteligentes. No fue necesario que fuesen bellas. Su

mayor belleza femenina era la inteligencia. Príncipes y potentados se inclinaron ante ellas. Las naciones guerrearon por su causa, se desmoronaron imperios, se fundaron religiones..., Afrodita, Astarté, los cultos de la noche..., sí, mujercita, hubo grandes mujeres que conquistaron el mundo de los hombres...

Y Saxon, asombrada, escuchó confusamente lo que casi le pareció un fárrago alocado, salvo las palabras sin ilación, extrañas y con un sentido misterioso e imperceptible. Creyó escuchar resplandores de profundidades inexpresables, lindantes con lo prohibido y lo terrible. El discurso de esa mujer parecía una lava que quemaba y que cauterizaba. Las mejillas de Saxon, de la misma manera que su frente y su cuello, ardían intensa y crecientemente. Temblaba de miedo, tenía náuseas, durante un momento pensó que se desmayaría, ya que sus pensamientos se agitaban en desorden. Olvidó el bordado que tenía sobre la falda. Tenía los labios secos. Aquella visión había sido como una pesadilla que estaba más allá de todo lo imaginable. Humedeció sus labios para protestar. Mercedes se quedó callada.

-Y aquí termina la lección -dijo con bastante calma, y rió con una risa llena de tormento-. ¿Qué sucede?

-Estoy asustada -se quejó Saxon bruscamente, llorando casi, nerviosa, reprimida-. Usted me asusta. Soy muy tonta y s¿ tan poco... que nunca soñé con eso...

Mercedes asintió, como si la comprendiera.

-Sí, es como para asustarse, ciertamente -dijo-. ¡Es solemne, terrible, magnífico!

IV

Saxon siempre había sido de una comprensión bastante clara, aunque tenía un campo de acción limitado. Desde su más tierna infancia se había enfrentado con el espectáculo del tabernero Cady y su esposa, que era una mujer de buen talante pero inmoral, y desde muy temprano tuvo ocasión de pensar en las cosas sexuales. Sabía del problema de retener el amor del marido ya en el matrimonio, como pocas mujeres de su condición lo conocían, como muy escasas muchachas de su clase lo comprendían.

Por sí misma se había formado una idea-del amor completamente racional. Tanto instintiva come inconscientemente se encaminaba hacia las cosas delicadas, evitando el lugar común, lo vulgar. completamente convencida 'de que si rebajaba el amor se rebajaba a sí misma. Billy nunca la encontró desaliñada durante las pocas semanas de matrimonio que llevaban, y tampoco sucedió que estuviera aletargada o exasperada. Y deliberadamente rodeó a su hogar de una atmósfera de frescura, de calma y de orden. Su imaginación no se había dormido. por el contrario, era bien comprensiva. Sabía que al casarse con Billy había alcanzado un premio. Estaba orgullosa del ardor de su enamorado. La liberalidad generosa de Billy, el deseo de tener siempre lo mejor, su propia higiene personal y el cuidado que ponía en sí mismo, hacían que ella reconociera que su hombre estaba muy por encima del común de las gentes. Nunca era grosero. A la delicadeza respondía de la misma manera, aunque para Saxon era evidente que en eso ella debía tener la iniciativa. En general, él no pensaba en lo que hacía o por qué lo hacía. Pero Saxon lo sentía con toda claridad. Sí, Bill era un verdadero premio entre todos los hombres...

A pesar de su clara comprensión con respecto al problema de tener siempre enamorado a su esposo, del conocimiento considerable y la experiencia instintiva que poseía, Mercedes Higgins había ampliado considerablemente el panorama. Esa mujer la había afirmado en sus propias conclusiones, le había dado nuevas ideas frente a las antiguas, había tratado todo el problema con una franqueza digna de elogio. Ella recordaba fielmente todo lo que le había dicho la otra mujer, aunque reconocía cosas que estaban aún fuera de su experiencia y comprensión. Pero todas las metáforas sobre el amor y los velos, sobre cómo entregar algo suyo, pero no todo, fue algo que comprendió en toda su profundidad, y de esa manera dedujo una filosofía del amor más elevada y fuerte. Bajo esa luz revisaba todas las vidas de las mujeres casadas que conocía, y entonces, agudamente, supo por qué y cómo aquéllas habían fracasado.

Llena de un fervor renovado, Saxon se entregó al cuidado de su casa, de su belleza y de sus encantos. Buscaba de comprar siempre lo mejor, sin olvidarse de ser económica. De los suplementos dominicales y de revistas femeninas, que hojeaba en la sala pública de mujeres que estaba a dos cuadras de su casa, sacó muchas ideas para realzar su arreglo. Sistemáticamente hacía gimnasia, y en ciertas épocas del año se daba masajes faciales, todo con el fin de conservar ciertas morbideces, su frescura, la firmeza y el color de las carnes. Billy lo ignoraba. Esas intimidades del cuerpo no debían ser conocidas por él. Solamente debía darse cuenta de los resultados. Se llevó libros de la biblioteca Carnegie y estudió fisiología e higiene, y aprendió muchas cosas de sí misma y de la salud de las mujeres, cosas que nunca le enseñaron Sara, las mujeres del asilo de huérfanos o la señora Cady.

Después de pensarlo mucho se suscribió a una revista, cuyos moldes y lecciones eran los más apropiados para su gusto y sus posibilidades económicas.; Las otras revistas las leía en la sala pública de lectura, y a veces había copiado más de un modelo de encajes y de bordados de las portadas de aquéllas. En una tienda de la parte alta de la ciudad había un profesor que enseñaba a cortar ropa blanca, y frecuentemente se quedaba parada para mirarlo y aprender, cuando iba a comprar ropa interior de medida. En cierta oportunidad se le ocurrió la idea de comprar loza pintada a mano, pero renunció al saber lo cara que era.

De esta manera, fue reemplazando lentamente todas sus ropas simples de soltera por otras también sencillas, pero que estaban adornadas con bordados franceses, broches y una labor realizada a mano. Había aprendido a bordar festones muy lindos para la ropa interior tejida que llevaba durante el invierno. También hacía cubre corsés pequeños y camisas baratas con telas muy bonitas que tenían dibujos sencillos y floreados, y como las lavaba a la perfección, su vestuario de dormir aparecía siempre impecable y nuevo.' En alguna revista descubrió un artículo sobre los gorros almidonados que las mujeres francesas solían usar para el desayuno. En seguida tuvo en su casa una yarda de muselina suiza a pintitas, y Saxon comenzó a

trabajar de inmediato probándose los modelos que le convenían y los trozos de encaje que servirían como adornos. La fascinadora creación que ella hizo mereció el cálido entusiasmo de Mercedes Higgins.

Ella misma se hizo unas chinelas muy sencillas de entrecana con una tela muy bonita que tenía un dibujo a franjas, y lucía unos cuellos muy limpios vueltos hacia atrás en su garganta fresca y redonda. Tejió yardas de encaje para su ropa interior y confeccionó carpetitas en bastante abundancia tanto para la mesa como para el tocador. Tuvo un gran éxito con una manteleta para la cama, que mereció la cálida aprobación de Billy. También se atrevió a hacer una alfombra con unos restos; según la revista francesa estaban muy de moda. Por su propia iniciativa adornó con su labor de aguja los mejores manteles y las ropas de cama que había podido comprar.

Transcurrían los meses y nunca permanecía ociosa. Tampoco se olvidaba de Billy. Cuando llegó la estación más fría ya tenía listos para él unos deliciosos mitones que Billy se calzaba siempre al salir de la casa, pero que inmediatamente escondía en los bolsillos. Las dos tricotas que le tejió tuvieron mejor suerte, de la misma manera que las pantuflas que ella insistió en colocarle durante las noches, cuando Billy se quedaba en casa.

El enorme sentido práctico de Mercedes Higgins le resultó muy beneficioso, ya que Saxon luchaba con un fervor casi religioso por tener de todo en su casa, sin escatimar esfuerzos por ahorrar dinero. De esa manera, necesariamente, tuvo que enfrentar por su parte el problema económico, derivado de la elevación del costo de la vida, costo superior a los salarios que se pagaban en la industria. Y sobre este asunto, también le sirvió la experiencia de Mercedes, que le enseñó a hacer valer una mitad más cada dólar que recibía de Billy, sobre todo en comparación con las otras mujeres de la vecindad.

Invariablemente, Billy arrojaba cada sábado por la noche su salario íntegro sobre la falda de ella. Nunca llevaba el control de lo que ella hacía con su dinero, aunque declaraba constantemente que jamás había comido tan bien en toda su vida. Y siempre, sin haber tocado nada de lo que él le había entregado, Saxon le pedía que retirara lo que creía necesitar para sus gastos de la semana que comenzaba. Le pedía no sólo que retirara lo estrictamente suficiente, sino también algo más para lo que se le ocurriera comprar durante la semana. Y también ella le decía que no tenía ninguna obligación de declarar en qué utilizaría ese dinero sobrante.

-Siempre tuviste dinero en los bolsillos -le decía-, y no hay ninguna razón para que el matrimonio cambie tus costumbres en ese sentido. Si sucediera, pensaría que algo anda mal y que tal vez no hubiese sido conveniente que te casaras conmigo. Conozco bien a los hombres cuando se reúnen y hablan entre sí. Primero invita uno, después el otro, y para eso se precisa dinero. Y si no los puedes invitar tan libremente como ellos a ti, al final te alejarías. Y creo que eso no estaría bien, para ti. . . quiero decir. Quiero que te reúnas con los otros, eso es bueno para un hombre.

Y Billy la apretaba contra su pecho jurando que Saxon era el más grande entre los seres pequeños de este mundo, entre las mujeres que habían descendido de las alturas.

-¿Qué? -se alegraba-, no solamente como mejor y vivo más cómodo que si pasara el rato con otros hombres..., sino que además ahorro dinero.. . Pago los muebles con toda regularidad, tengo una mujercita por la que estoy loco, y también tengo dinero en el Banco. ¿A cuánto asciende ahora?

-Sesenta y dos dólares -le dijo ella-. No está mal para un día de lluvia. Estamos a salvo de una enfermedad, o de un accidente, o de cualquier cosa que pueda ocurrir.

fue a mediados del invierno. Con bastante reticencia Billy la abordó por un asunto de dinero. Billy Murphy, su viejo amigo, estaba postrado en cama atacado de gripe, y uno de sus chicos había sido lesionado por un carro mientras jugaba en la calle. Billy Murphy, que todavía estaba muy débil después de dos semanas de cama, le había pedido prestado cincuenta dólares.

-Creo que no va a pasar nada -le dijo él-. Lo conozco desde que éramos criaturas, desde la escuela Durant. Es muy derecho.

-Eso no importa -le dijo Saxon bromeando-. Si fueras soltero se los habrías prestado inmediatamente ¿no es cierto?

Billy hizo un movimiento de asentimiento.

-Y ahora no es diferente porque estás casado. Es tu dinero, Billy.

-No, eso no es cierto -dijo él-. No es mío. Es nuestro. No se me ocurriría disponer de él sin

hablar antes contigo.

-Espero que no le hayas dicho esto -dijo ella súbitamente preocupada.

-No -rió Billy-, sé. que si sucede tú te pondrías furiosa. Le he dicho simplemente que lo estudiaría. Después de todo sabía que estarías de acuerdo conmigo.

-¡Oh, Billy! -dijo ella amorosa y emocionada-, tal vez no lo sepas, pero es una de las cosas más dulces que me has dicho desde que nos casamos.

A medida que Saxon frecuentaba más a Mercedes Higgins tanto mejor la comprendía. La vieja era sórdida y tacaña, como se enteró más tarde, y a ella le era difícil conciliar esa imagen con los relatos de disipación que le había escuchado. Por otra parte, Saxon estaba desorientada por el derroche que hacía Mercedes en las cosas que le tocaban directamente. Su ropa interior era hecha a mano y muy cara, por cierto. La mesa que le servía a Barry estaba muy -bien puesta, pero a sí misma se trataba mucho mejor. Y, sin embargo, todo lo hacía encima del mismo mueble. Barry se conformaba con una sólida chuleta, mientras que ella comía solomillo. Una costilla grande de carnero para Barry era contrabalanceada por costillas delicadas y pequeñas a la francesa que Mercedes se servía a sí misma. Hasta el té era servido en distintos recipientes, y con el café sucedía lo mismo. Barry sorbía un té de veinticinco centavos de un cacharro pesado y grande, mientras que Mercedes bebía un té de tres dólares en una taza pequeña de Belleek, una taza rosada, frágil como cáscara de huevo. La misma diferencia había en la calidad del café: uno usaba el de veinticinco centavos y diluído con leche, y la otra de ochenta centavos, á la turca, mezclado con crema.

-Esto ya es bastante bueno para el viejo -le dijo a Saxon-. Nunca ha conocido nada mejor, y sería hasta un pecado gastarlo para su paladar.

Entonces comenzó un pequeño trueque entre las dos mujeres. Cuando Mercedes le enseñó a Saxon lo fácil que era acompañarla con el ukelele, le propuso un cambió. Para ella ya había pasado el momento de seguir en tales frivolidades, y le ofreció el instrumento a cambio del gorro almidonado con el que la oven había tenido tanto éxito.

-Vale unos cuantos dólares -dijo Mercedes-. Me costó veinte, aunque eso fue hace algunos años. Sin embargo creo que vale lo mismo que el gorro.

-Pero ¿acaso el gorro no será también algo frívolo? -le preguntó Saxon a pesar de que se sentía complacida por el cambio.

-Sí, no es apropiado para mis cabellos grises -reconoció Mercedes con franqueza-. Tal vez deba cambiarlo por dinero. Cuando el reumatismo no me enloquece los dedos a menudo me ocupo de eso: vender. Sí, queridita, con los cincuenta dólares de Barry no puedo satisfacer todos mis gustos bastante costosos. Y trato de salvar la diferencia. Y cuando se es vieja se requiere tal vez más dinero que durante la juventud. Algún día tendrá su propia experiencia.

-Me gusta mucho el cambio -dijo Saxon-. Y me haré otro gorro cuando pueda ahorrar dinero para los materiales.

-Haga varios -le aconsejó Mercedes-. Se los venderé a cambio de una pequeña comisión por el trabajo. Puedo darle seis dólares por cada uno. Podremos arreglar las cosas de completo acuerdo. La ganancia la compensará bastante de su trabajo.

V

Cuatro hechos importantes ocurrieron durante el invierno. Bert y Mary se casaron y alquilaron una casita en la vecindad, a tres cuadras de ellos. El salario de Billy fue reducido al mismo tiempo que los jornales de todos los adiestradores de Oakland.

Billy comenzó a afeitarse con una maquinita y, por último, Saxon resultó una falsa profetisa y en vez Sara acertaba. axón creyó que estaba en lo cierto, sin ninguna duda, y en seguida le transmitióla noticia a Billy. Al principio, dudando todavía, se sintió asustada, con el corazón oprimido, temerosa de lo desconocido y de aquello que no había experimentado. Luego vinieron las cavilaciones económicas por el aumento de los gastos que eso significaría. Pero cuando se sintió completamente segura, se dejó invadir por una oleada de alegría. Era de ella y de Billy. La frase bailaba continuamente en su cabeza, y cada vez que la repetía sentía una sensación de placer físico en su corazón.

Esa noche le comunicó a Billy la noticia, y éste, a su vez, no le dijo nada de sus novedades, de la reducción del salario, pero se unió a la alegría de Saxon por el pequeño que se hallaba en camino.

-¿Qué haremos? ¿Vamos al teatro a celebrar? – le dijo él, cediendo a la presión del abrazo para que Saxon pudiese hablar-. ¿O quieres que nos quedemos solos tú, yo u…, y así estaremos los tres juntos?

-Nos quedamos – sentenció ella-. Deseo simplemente tenerte conmigo, y que de esta manera tú me tengas.

-También yo quería eso, sólo que no estaba seguro de que lo quisieras después de estar todo el día metida en casa.

El aire era helado y Billy aproximó el sillón bajo a la estufa de la cocina. Ella se sentó y le abrazó, apoyando la cabeza sobre su hombro, la mejilla contra sus cabellos.

No nos equivocamos con nuestro casamiento –dijo él en voz alta-. Saxon, siempre nos hemos tratado como novios, recíprocamente, y ahora…,¡Dios mío!, casi es demasiado maravilloso para que sea verdad. Piensa en eso, ¡es nuestro! ¡Nosotros tres! ¡Pequeño caballa! Apuesto a que será varón. Le enseñaré a apretar los puños, a ponerse en guardia y también a nadar, y si al cumplir los seis años no sabe nadar…

-¿Y si resulta niña?

-Ella va a ser niño –respondió Billy, riéndose de su conciente equivocación.

Rieron y se besaron. Suspiraban de contento y de a ratos se quedaban en silencio, pensativos.

-Ya no habrá más bebidas con los muchachos. Para mí, sólo el carro aguatero. Y también fumaré menos. No veo por qué no puedo liar mis propios cigarrillos. Son diez veces más baratos que los armados. Y también puedo dejarme la barba. Con lo que anualmente se paga al barbero podría mantenerse un bebé.

-Si te dejas crecer la barba, señor Roberts, lo único que conseguirás es el divorcio -le amenazó Saxon-. Eres demasiado simpático con la cara limpia. Quiero mucho tu cara para verla cubierta … ¡Oh, querido, querido! Billy, nunca supe qué era la felicidad hasta que viví contigo.

-Lo mismo digo.

-¿Y siempre será de la misma manera? -Puedes jugarte entera -le dijo él.

-Creía que sería feliz al casarme -continuó ella-, pero nunca imaginé que todo iba a ser de esta manera -apoyó la cabeza sobre su hombro y le besó en una mejilla-. Billy, esto es más que la felicidad, es el cielo.

Y Billy mantuvo resueltamente oculta la reducción de los salarios. No se lo dijo sino dos semanas después, cuando dejó caer la suma de dinero sobre la falda de ella. Al día siguiente era domingo. Bert y Mary, que ya llevaban un mes de casados, cenaron con ellos y entonces se planteó la discusión del asunto. Bert era muy pesimista y dejaba traslucir oscuras perspectivas sobre una huelga inminente en los talleres del ferrocarril.

- Si encontraran a todos esos vagos estaría muy bien – criticó Mary-. Esos agitadores de las uniones obreras le hacen mal a los ferrocarriles. Me molestan por el modo como se entrometen y crean dificultades. Si yo fuese el patrón le cortaba el salario a todo aquel que les presta atención.

-Sin embargo tú pertenecías a la unión obrera de los lavaderos –le recordó Saxon amablemente.

-Porque sino no me hubiesen dado trabajo. ¡Y no me sirvió de gran cosa, que digamos!

-Pero mira lo que sucede con Billy -dijo Bert-. Los entrenadores no decían ni múy todo marchaba como sobre ruedas, cuando, ¡pum!, le descargan una reducción del diez por

ciento, y directamente a la garganta. ¡Oh, diablos, qué posibilidades tenemos a mano! Perderemos. No nos queda nada de este país que ayudamos a hacer, y a pesar de tener ascendientes yanquis. Estamos completamente listos. Nosotros, los de vieja cepa, los descendientes de raza blanca que rompió con Inglaterra y se alejó de allí, que acabó con su petróleo y que libertó a los esclavos, que luchó contra los indios y que conquistó el Oeste, nosotros ya podemos ver lo que nos espera ...

-¿Pero qué harán ustedes en este asunto? -preguntó Saxon ansiosamente.

-Luchar, eso es todo. El país está en manos de una banda de ladrones., Miren al Pacífico Sur: aplasta a California.

-¡Oh, estás desvariando, Bert! -le interrumpió Billy-. Hablas sin nada de seso. Ningún ferrocarril puede manejar al gobierno de California.

-Eres cabeza dura -se burló Bert-. ` Pero algún día todos ustedes, los cabezas duras, comprenderán la verdad. Esto está descompuesto, apesta. Les aseguro que si un hombre quiere ir a la Legislatura tiene que agachar la cabeza, ir hasta San Francisco, entrar en las oficinas del Pacífico Sur, quitarse humildemente el sombrero y pedir permiso. Desde que nací los gobernadores de California han sido encumbrados por los ferrocarriles. Estamos verdaderamente liquidados, en pedazos. Pero, antes de que me muera, me hará mucho bien al corazón si ayudo a colgar a alguno de esos ladrones sucios. ¿Y ustedes saben quiénes somos? ... Somos la vieja raza de gente blanca, la que guerreó, roturó la tierra y construyó todo esto. Se los diré claramente: somos los últimos mohicanos.

-El me asusta hasta morir, es tan violento. .. -dijo Mary con bastante hostilidad-. Si no deja de hablar será despedido de los talleres. ¿Y entonces qué haremos? A mí no me considera.

Pero puedo asegurarles una cosa: no voy a volver al lavadero -tenía la mano derecha levantada, como si estuviera pronunciando un juramento-. No va a ser así, ya lo verán, y nunca más, por cierto.

-Oh, ya se a dónde vas -le dijo Bert con aspereza-. Y puedo decirte que vivo o muerto, con trabajo o sin él, ante cualquier cosa que me ocurra, si es que quieres seguir ese camino lo seguirás y no se podrá hacer nada.

-Me parece que te lo planteé directamente -respondió ella agitando la cabeza-. Y creo que siempre he procedido de la misma manera desde que te conozco, durante todo el tiempo que llevamos juntos, si es que a alguien se le ocurre preguntar.

Bert quiso responderle con palabras fuertes que ya salían de su boca, pero intervino Saxon y se produjo la paz. Ella estaba inquieta por la falta de armonía que había entre ellos. Ambos eran de temperamento irritable, violento, y sus continuos choques no auguraban nada bueno para el futuro.

La maquinita de afeitar fu¿ un gran éxito de Saxon. Después de conversar mucho con un empleado, que trabajaba en la ferretería de Pierce, la compró. El domingo por la mañana, después del desayuno, cuando Billy ya se marchaba hacia la barbería, le condujo al dormitorio, le rodeó el cuello con una toalla y le descubrió la caja con la maquinita, la taza para el jabón líquido, el asentador y la brocha. Billy retrocedió, luego se adelantó un paso para observarlo. todo más atentamente, con curiosidad. Miraba apenado la maquinita de afeitar.

-¡Uff!, ¿y esto es para que lo use un hombre ... ?

-La usarás -dijo ella-, como miles de hombres lo hacen todos los días.

Pero Billy meneó la cabeza y retrocedió.

-Te afeitarás tres veces por semana -insistió ella-. Es decir, que son cuarenta y cinco centavos, digamos medio dólar, y tenemos cincuenta y dos semanas al año. Son veintiséis dólares al año para afeitadas. Vamos, querido, pruébalo. Muchos hombres andan detrás de esta maquinita.

El sacudió la cabeza con agitación, y las ya nebulosas profundidades de sus ojos se hicieron todavía más brumosas. A ella le encantaba ese simpático malhumor que lo hacía tan muchacho, y mientras se reía y lo besaba le obligó a que se sentara en una silla, le quitó el

saco, le desabotonó la camiseta, y le dijo amenazadora

-Si abres la boca te meto esto adentro.

Y le enjabonó la cara con la pasta de afeitar.

-Espera un minuto -lo contuvo mientras él extendía desesperado el brazo en procura de la maquinita-. He visto cómo hacen los barberos desde la calle: hacen así.

Y se puso a espumar el jabón sobre el rostro.

-Ya está -dijo después de pasar la brocha por segunda vez-. Ahora puedes empezar. Pero recuerda que no siempre haré esto por ti. Como comprenderás, sólo te estoy iniciando en la tarea.

Dando grandes muestras exteriores de rebeldía, simuladas a veces, otras sinceras, intentó afeitarse. Dio un respingo y exclamó violentamente:

-¡Santo Josafat!

Examinó su cara en el espejo. Un hilo de sangre se deslizaba en medio del rostro enjabonado.

-¡Un tajo! . . ., y con la maquinita a prueba de cortes. ¡Por Dios! Con toda seguridad que los hombres no están locos por ella ... Y no se les puede culpar ... ¡Un tajo!, ¡y con la maquinita a prueba de cortes!

-Pero espera un segundo -le rogó Saxon-. Hay que regularla. Me lo dijo el empleado. ¿Ves estos tornillitos? . . . Aquí.... esto .. ., hay que darle vueltas. . .

Llevó nuevamente la maquinita contra su rostro. Después de otro par de tajos se miró fijamente en el espejo, hizo una mueca y siguió . afeitándose. Rápida y diestramente libraba la cara de jabón y la dejaba limpia. Saxon palmoteaba de contenta.

-¡Es una cosa hermosa! -dijo Billy con aprobación-. ¡Ha sido algo grande! Dame una mano. ¿Te das cuenta el trabaja que hizo?

Billy comenzó a restregarse la mejilla con la mano. Saxon se alejó y dejó escapar un grito de decepción. Luego lo examinó más de cerca.

-No te has afeitado nada -dijo ella.

-Eso es realmente un cuento, ni más ni menos. Corta la piel pero no los pelos. Me quedo con el barbero.

Pero Saxon era terca.

-Todavía no la has ensayado del todo. Está demasiado regulada. Deja que yo pruebe. Aquí, eso es, en la mitad de donde estuvo antes. Ahora enjabónate de nuevo y prueba otra vez.

Escucharon el ruido inconfundible que hacía el papel de esmeril cuando los pelos eran cortados.

-¿Qué tal? -le preguntó ella con ansiedad.

-¡Oh..., ahora me arranca los pelos! -gruñó Billy frunciendo el rostro y haciendo muecas-. Pero . . ., oh, tira como Sam Hill ...

-Inténtalo otra vez -dijo ella-. No te entregues así no más, Recuerda lo que dijo Bert de los últimos mohicanos.

Después de quince minutos se lavó el rostro y se lo secó, y suspiró de alivio.

-Esto, en cierta forma, es afeitarse, Saxon, pero realmente no soy muy diestro. Le pone a uno los nervios de punta. Estoy flojo como un gato.

Gruñó como si hubiese descubierto alguna desgracia repentina.

-¿Y ahora qué pasa? -le preguntó ella.

-En el cuello, atrás, ¿cómo diablos me afeitaré allí? Tendré que pagarle a un barbero para que lo haga.

Saxon estaba trágicamente consternada, pero su estado de ánimo sólo duró muy poco tiempo. Tomó la brocha en sus manos.

-Siéntate, Billy -le dijo.

-¿Qué..., tú? -le dijo indignado.

-Sí, yo. Si cualquier barbero puede hacerlo también yo soy capaz.

Billy refunfuñó e hizo unas muecas, como sintiendo lo abyecto de esa humillación, de esa derrota, pero consintió que ella hiciera lo que quería.

-Ya está listo, y es un buen trabajo -le dijo ella cuando terminó-. Es tan fácil como hacer caer una viga. Y, además, significa un ahorro de veintiséis dólares al año. Y con eso

compraremos la cuna, el cochecito y los pañales del bebé, y montones de cosas más.. . Y ahora siéntate otro instante.

Le lavó y secó el cuello y lo entalcó.

-Eres dulce como una criatura pequeña y limpia, muchacho.

El impacto inesperado de sus labios en el cuello hizo que Billy se moviera lleno de diversos sentimientos, no todos muy agradables.

Dos días después, aunque había jurado que no quería tener nada más que ver con ese instrumento del diablo, le permitió a Saxon que lo ayudara a afeitarse nuevamente. Esa vez la cosa fue más fácil.

-No es tan malo -reconoció él finalmente-. Ya le voy tomando la mano. Uno puede afeitarse de la manera que desea, liviana o fuertemente. Los barberos no pueden hacer eso. A veces me hacen doler la cara.

Después todo resultó un éxito completo, y la culminación tuvo lugar cuando Saxon le ofreció una botella de agua de castañas. Luego, el mismo Billy se convirtió en el más activo

de los propagandistas. No podía aguardar hasta que Bert le visitara y llevó todos los implementos a la casa de aquél para realizar la demostración.

-Durante todos estos años hemos sido unos tontos, Bert, corriendo para hacer turno en la peluquería. Mira esto ¿te das cuenta? Mira cómo se fija. Es suave como la seda. Y tan fácil... ¡Así! Tarda seis minutos, controlados por reloj. ¿Acaso puede ser superado? Y cuando le tome la mano lo haré en tres minutos. Y puede usarse hasta en la oscuridad, debajo del agua. Y no te cortarías aunque te dieras maña para hacerlo. Y se ahorran veintiséis dólares al año. Saxon fue la que se dio cuenta de todo esto, sí, realmente es un tesoro, yo sé lo que te digo. . .

VI

A medida que transcurría el tiempo el intercambio entre Saxon y Mercedes se intensificó. Esta última contaba con una clientela para cualquier labor fina, que Saxon podía abastecer y que estaba ansiosa por realizar. La criatura que esperaba y la reducción del salario de Billy la hacían pensar más seriamente que nunca en el aspecto económico de la existencia. Habían depositado poco dinero en el Banco, y tenía remordimientos por lo que había gastado para la casa y para sí misma. Además, por primera vez en su vida, gastaba dinero que ganaba otra persona. Desde que era muy joven sólo había gastado el suyo, y ahora, gracias a Mercedes, volvía a la antigua situación, y así pudo pensar en gastos dispendiosos y encantadores en materia de ropa interior.

Mercedes era la que sugería, y Saxon llevaba a la práctica perfeccionando las ideas de la otra sobre telas realmente hermosas. Hacía camisas con fruncidos sobre una tela de hilo, y además bordados a la altura del pecho y adornos en los bordes; y también juegos de ropa interior de hilo hechos a mano, ropas de dormir hermosas y bordadas con encajes de Irlanda. Mercedes la incitó a hacer un gorro muy audaz, algo realmente maravilloso, por el cual le entregó doce dólares después de deducir su comisión.

Se sentía feliz y estaba muy ocupada desde que se levantaba de la cama, sin descuidar los preparativos para la criatura que se hallaba en camino. Las únicas ropitas hechas que compró fueron unas camisitas tejidas a mano. Todo lo demás lo hizo por sus propios medios: acolchaditos con plumas, una blusita y un gorro tejidos, mitones, bonetitos tejidos, escarpines realmente principescos de dimensiones encantadoras, camisetitas con cuellos muy pequeños, polleritas de franela blanca y festoneadas con seda, botitas de paño que ya se agitaban delante de sus ojos de una manera encantadora. Y, finalmente, aunque no fue lo último que realizó, muchos pañales muy suaves casi del tamaño de pañuelos. Más adelante realizó su obra cumbre: una capa de gala, de seda blanca, bordada. En todas las cosas que cosía y tejía estaba bien palpable su amor. Sí, el amor se presentaba a cada instante delante de ella, a medida que trabajaba, y advirtió que todos sus afanes se dirigían aun hacia Billy, y tal vez intensificados, en vez de desviarse hacia ese nebuloso e inasible hálito de vida que siempre eludía sus más entrañables tentativas y deseos por descubrirlo.

-Oh -dijo Billy deteniéndose delante del guardarropa atestado de ropitas-. ¡Casi lo veo andar con una camisa de hombre!

Saxon, inesperadamente, sintió sus ojos llenos de lágrimas. Acercó una camisita a los labios de Billy. La besó lleno de solemnidad mientras la miraba en los ojos.

-Parte de esto -le dijo- es para el muchacho, pero mucho para ti.

Pero la afluencia de dinero que ella ganaba estaba destinada a cesar de una manera trágica e ignominiosa, Un día, tratando de aprovechar la liquidación que hacía una gran tienda cruzó la bahía en dirección a San Francisco. Al pasar por la calle Sutter, su mirada fue atraída por lo que se exhibía en la vidriera de un negocio poco importante. Al principio no pudo creerlo y, sin embargo, en el lugar más visible del escaparate estaba aquel gorro para ser usado durante las horas del desayuno, y a cambio del cual Mercedes le había entregado doce dólares. Tenía el precio de veintiocho dólares. Saxon entró en el negocio y habló con la dueña de la tienda, una mujer de mirada aguda, de edad mediana y origen extranjero.

-No, no quiero comprar nada -le dijo Saxon-. Hago algunas cosas bonitas como las que exhibe en su escaparate, y quiero saber qué paga por ellas, por ejemplo . . ., por el gorro para el desayuno que tiene expuesto. ..

La mujer echó una penetrante mirada a su mano izquierda, observando en seguida los puntos pequeños y numerosos que tenía en los dos primeros dedos, y después se fijó en las ropas y en el rostro de Saxon.

-¿Usted puede hacer un trabajo así? Saxon asintió con la cabeza.

-Lo he pagado veinte dólares a la mujer que lo hizo. Saxon reprimió una expresión de estupor y pensó fríamente durante un rato. Mercedes le había entregado doce. En ese caso la otra se había quedado con ocho, haciendo ella misma todo el trabajo y poniendo además el material.

-¿Quisiera mostrarme otras cosas hechas a mano ... , ropas de dormir, camisas o cosas semejantes? ¿Y puede decirme lo que paga?

-¿Usted puede hacer ese trabajo?

-Sí.

-¿Y me lo vendería?

-Claro -respondió Saxon-, para eso estoy aquí.

-Sólo encargamos algo cuando lo vendemos -continuó la mujer-. Usted comprende que la luz, el alquiler, otras cosas cuestan.. ., y hay que ganar algo. De otra manera no podríamos mantener el negocio.

-Creo que no es muy caro la joven estuvo de acuerdo. Entre las cosas hermosas que Saxon vio había un camisón y una combinación que, ella misma había confeccionado. Por el primero Mercedes le había pagado catorce; por la segunda prenda Saxon recibió seis y al público costaba catorce, y la mujer había pagado once.

-Gracias -dijo Saxon mientras se ponía los guantes-. Me gustaría traerle algo de lo que yo hago, siempre que me los pague de la misma manera.

-Y me agradaría comprarlo si es de la misma calidad... -la mujer la miró severamente-. Recuerde que tienen que ser tan buenas como éstas. Si realmente es así se los daré a usted, porque tengo mucho pedidos especiales.

Mercedes se mostró cínica, tenía una cándida expresión en su rostro, cuando la joven le reprochó su proceder.

-Usted me dijo que sólo se quedaba con una comisión -la acusó Saxon.

-Eso fue lo que hice, ni más ni menos.

-Pero yo compré todo el material e hice el trabajo entero y, en realidad, usted ha ganado más que yo. Se quedó con la parte del león.

-¿Y por qué no iba a ser así, querida? Yo era la intermediaria. Así son las cosas en este mundo: el intermediario es el que se queda con la parte del león.

-Eso me parece muy incorrecto -dijo Saxon más entristecida que encolerizada.

-Tu queja debe ser contra el mundo y no contra mí -respondió Mercedes ásperamente, pero en seguida, de pronto, suavizó su tono-. No debemos reñir, querida. Te quiero mucho. Y eso no debe importarte ya que eres joven y fuerte y tienes a tu lado a un muchacho también joven y fuerte. Escucha: soy una mujer vieja. Y el viejo Barry casi no puede hacer nada por mí. Se encuentra en las últimas. Tiene los riñones a la miseria. Y tienes que tener en cuenta que debo enterrarlo. Y tengo que rendirle honores, ya que junto a mí dormirá su último sueño, el más largo. Es un viejo tonto que no tiene nada de malo. Ya adquirió y pagó el terreno. . ., y la última cuota la liquidé en parte con las comisiones que me gané vendiendo tus trabajos. Además están los gastos de pompas fúnebres. Hay que hacerlo todo en forma bonita. Y aún tengo que ahorrar mucho ya que Barry puede estirar las piernas en cualquier momento.

Saxon inhaló el aire para investigar y se dio cuenta de que la vieja había estado bebiendo otra vez.

-Ven, querida, te mostraré algo -llevó a la joven frente a un gran baúl, de esos que se usan en el mar. Estaba en el dormitorio. Mercedes levantó la tapa del baúl. La atmósfera se llenó de un ligero perfume, como si fueran pétalos de rosas-. Mira mi ajuar para el entierro. De esta manera voy a desposarme con la tierra.

Ante lo que la otra le exhibía el asombro de Saxon iba en aumento. Eran objetos exquisitos, deliciosos, de esos que usan las novias. Mercedes tomó en su mano un abanico de marfil.

-Lo conseguí en Venecia, querida ... Y mira esta peineta, es de caparazón de tortuga. Bruce Anstey la hizo fabricar para mí una semana antes de vaciar su última botella y de levantarse sus sesos con una Colt cuarenta y cuatro. Y esta faja es de seda blanca . . .

-¿Y todo eso será enterrado junto con usted? -murmuró Saxon-. i 0h, qué derroche!

Mercedes rió.

-¿Por qué no? Debo morir de la misma manera que he vivido. Ese será mi placer. Descenderé al polvo como una novia. No quiero un lecho angosto y frío. Desearía que fuese un canapé cubierto con cosas suaves de Oriente, lleno de almohadas, de almohadas sin fin.

-Pero esto le serviría para pagarse veinte funerales y sepulturas -dijo Saxon protestando, asombrada por toda esa blasfemia relacionada con una manera muy convencional de considerar a la muerte-. Esto es terriblemente perverso.

-Será de la misma manera que he vivido -dijo Mercedes complacida-. Y la novia que se acostara junto al viejo Barry será linda -erró el baúl suspirando-. Sin embargo, hubiese preferido que fuera Bruce Anstey, o cualquiera de mis preferidos de la juventud, el que reposara conmigo en la gran noche, confundiéndonos en medio del polvo, que así debe ser la

verdadera muerte.

Echó una mirada sobre la joven.

-Sus ojos ardían por efectos del alcohol, pero se mantenían serenos, alegremente serenos.

-En los días antiguos, los grandes de la tierra eran enterrados junto con sus esclavos vivos. Pero yo, en vez, sólo me llevaré conmigo mis preciosidades, y ninguna otra cosa más. -¿Entonces, al final resulta que ... no teme a la muerte?

Mercedes agitó la cabeza.

-La muerte es valiente, buena, atenta. No temo a la muerte. Temo a los hombres, y hasta cuando esté muerta. Por eso me preparo. Cuando esté muerta no me tendrán.

Saxon permanecía estupefacta.

-Entonces ellos ya no la querrán más -le respondió.

-Pero muchas son deseadas -dijo la dueña de casa-. ¿Sabes lo que les ocurre a los pobres ancianos que no tienen con qué pagarse el entierro? No son sepultados. Deja que te lo diga. Estábamos delante de los grandes portones. El era un hombre extraño, un profesor que debió ser pirata. Daba clases en aulas y, en vez, debió dedicarse a saquear ciudades amuralladas o a asaltar Bancos. Era delgado como un Don Juan. Tenía las manos fuertes como el acero, y su espíritu también se le parecía. Y estaba loco, un poco loco como todos los hombres jóvenes. "Vamos, Mercedes", me dijo, "veremos a los nuestros y seremos humildes, y nos alegraremos de no encontrarnos todavía como ellos. .. Y más tarde, esa misma noche cenaremos placentera y diabólicamente y beberemos a su salud un vino dorado, que será mucho más dorado por haberlos visto. Vamos, Mercedes". Empujó hasta que los grandes portones se abrieron, y entonces me condujo de la mano. Vimos un cuadro muy triste. Había unas veinticuatro personas que se encontraban tendidas sobre lápidas, o sino sentadas, erectas a medias y que se apoyaban, mientras que otros muchos jóvenes de ojos brillantes, que tenían cuchillos relucientes y pequeños en las manos, me miraban con curiosidad desde el lugar donde se hallaban.

-¿Y estaban muertos? -le interrumpió Saxon horrorizada.

-Eran los muertos pobres, querida. "Vamos, Mercedes", me dijo él. "Por aquí hay más cosas para ver, y eso nos pondrá contentos porque vivimos". Y me condujo hacia abajo, hacia abajo, en el lugar donde estaban las cubas. Eran cubas de sal, querida. Yo no sentía temor. Pero eso se grabó bien en mi memoria, al pensar en lo que sería yo cuando muriese. Y era porque allí había cardos amontonados. Y se escuchó una voz que ordenaba: "Una mujer, una mujer vieja". Y el hombre que estaba allí rebuscó en el interior de las cubas. Vi que extraía un hombre. Buscó nuevamente agitando el agua, y otra vez más apareció la imagen de lo que había sido un hombre. Se volvió impaciente y gruñó por la suerte que tenía. Y finalmente extrajo de la cuba una mujer. Y como aparentemente se trataba de una mujer vieja, quedó satisfecho.

-¡Eso no es real! -exclamó Saxon.

-Lo he visto, querida, verdaderamente fue así. Y te aseguro que no hay que temer la maldición de Dios cuando una está , muerta. Lo único que hay que temer son las cubas con sal. Mientras me hallaba de pie y observaba, y mientras él me conducía, me miraba fijamente, sonriente e interrogante, y yo quedaba como hechizada por esos ojos locos, negros y cansados de estudioso. Y entonces comprendí que no tenía ningún escape para mi arcilla querida. Mi arcilla, sí, mi arcilla que había sido querida para mí, y adorada y deseada por otros. La sal no era el lugar apropiado para mis labios enamorados, para mi cuerpo que se había prodigado en el amor -Mercedes volvió a levantar la tapa del baúl y echó una mirada enternecida hacia sus adornos póstumos-: Así es que me he preparado el lecho. Y de esta manera reposaré sobre él. Un viejo filósofo dijo: "Sabemos que moriremos -pero no lo creemos". Pero lo viejos lo creen, yo lo creo. Querida, recuerda las cubas de sal y no te encolerices conmigo porque mis comisiones hayan sido altas. Para escapar a las cubas sería capaz de arrostrarlo todo . . ., hasta robaría el abrigo de la viuda, las migajas del huérfano y las monedas de un ciego.

-¿Usted cree en Dios? -le preguntó Saxon con brusquedad, pero después se contuvo a pesar de sí misma, a pesar del frío horroroso que embargaba su alma.

Mercedes dejó caer la tapa del baúl y se encogió de hombros.

-¿Quién lo sabe? Tengo que reposar bien.

-¿Y en el castigo? -Saxon la sondeó recordando aquel horrible relato de una existencia en el más allá.

-Eso no es posible, querida. Ya lo dijo un viejo poeta: "Dios es un buen muchacho". Algún

día te hablaré de Dios. No le temas nunca. Sólo debes tener miedo de las cubas de sal, de las cosas que los hombres le pueden hacer a tu linda carne una vez que ha dejado de serlo.

VII

Billy pensaba con acierto. Sospechaba que le iba demasiado bien en comparación con el salario que ganaba. Era imposible que ella pudiera costear el pago de los materiales de fantasía que usaba para su labor, teniendo en cuenta que los depósitos ahorrados habían aumentado, que pagaban puntual y mensualmente los muebles y el alquiler de la casa, que gastaba abierta. mente el dinero en la calle, y que comía excelentemente. Varias veces se mostró asombrado por lo que ella hacía, y a veces quedaba confundido ante la sonrisa misteriosa que le dispensaba.

-No puedo comprender cómo consigues hacerlo con ese dinero -insistió una noche.

Abrió la boca para seguir hablando pero la cerró en seguida durante bastante tiempo. Tenía la cara fruncida.

-Dime -le dijo- ¿qué le sucedió a ese precioso gorro para el desayuno que tanto trabajo te costó hacer? Nunca he visto que lo usaras, y creo que seguramente es demasiado grande para la criatura.

Saxon titubeó. Tenía los labios abiertos y le acariciaba con los ojos. Le era difícil no decir siempre la verdad. A Billy le resultaba imposible. Saxon ya podía ver que la nebulosidad de sus ojos comenzaba a hacerse más profunda, y que su cara se endurecía lentamente como acostumbraba hacerlo, sobre todo cuando se sentía inquieto.

-¿Dime, Saxon . . ., tú ... no...vendes tu trabajo... ?

Al escuchar esas palabras, ella le contó todo, sin omitir lo referente a Mercedes Higgins, a sus transacciones, al notable ajuar mortuorio de aquélla. Pero Billy no se quedó atrás en nada. Le dijo a Saxon en términos inequívocos que no quería que trabajase por dinero.

-Pero tengo mucho tiempo libre, Billy querido -le rogó ella.

Billy meneó la cabeza.

-No hay nada que hacer. No quiero ni oírlo. Me casé contigo y debo velar por ti. No quiero que alguien diga que la mujer de Billy Roberts tiene que trabajar. Y tampoco quiero pensarlo yo mismo. Además, no es necesario.

-Pero Billy ... -empezó a decir ella.

-Nada. Eso es algo que no podría soportar, Saxon. No es que no me agrada que hagas ese trabajo de fantasía. Me gusta muchísimo todo lo que haces, pero siempre que sea para ti. Sigue adelante, y haz todo lo que quieras, pero para ti, y yo haré frente a los gastos. Me paso todo el día silbando alegremente cuando pienso en el chico y cuando te veo en la casa, aquí, trabajando para él en todas esas cosas lindas que haces. Es que sé bien que eres dichosa al hacerlas. Pero, sinceramente, Saxon, todo se echará a perder si sé que trabajas para venderlo. ¿Entiendes?, la mujer de Billy Roberts no debe trabajar. Comprendo que es un capricho, pero es así y debes respetarlo, ¿entiendes? Y, además, creo que eso no está bien.

-Eres un encanto -murmuró ella dichosa a pesar de estar algo decepcionada.

-Deseo que tengas todo lo que es necesario -prosiguió él-. Y lo tendrás mientras yo tenga estas dos manos en los extremos de los brazos. Supongo que las cosas que vistes son buenas, para mí por supuesto. Mis orejas están bien secas por detrás, y quizás antes de conocerte aprendí algunas cosas que no debí saber. Pero estoy muy seguro de lo que digo, y quiero decirte que, aparte de las ropas interiores y exteriores, nunca vi una mujer como tú. Oh . . . -extendió los brazos un poco impotente, como si le fuera imposible expresar lo que quería decir, pero en seguida trató de hacer una nueva tentativa-. No sólo se trata de la limpieza, aunque eso ya es bastante. Hay muchas mujeres limpias. No es esto. Hay algo más, algo diferente. Es.. . , bueno, es la apariencia, lo blanco, lo bonito que causa verdadero placer. Satisface la imaginación. Es algo que no puedo apartar cuando pienso en ti. Quiero decirte que muchos hombres, así como muchas mujeres no pueden llevarnos ninguna ventaja. Pero tú. . ., bueno, eres un portento, exactamente, y puedes hacer muchas cosas lindas que me satisfacen y que no conseguiría mejor ... Sólo por eso, Saxon, podrías envanecerte. Alrededor de uno hay mucho dinero. Y yo tengo muchas posibilidades. La semana pasada Billy Murphy ganó setenta y cinco dólares, ni uno más ni uno menos, al tumbar al "Orgullo de la Playa Norte". fue por eso que nos devolvió los cincuenta.

Pero esta vez fue Saxon la que se rebeló.

-Aquí está Carl Hansen -dijo Billy-. Los cronistas alfalfados del deporte le llaman "El segundo Sharkey". Y él se llama a sí mismo el campeón de la Armada de los Estados Unidos.

Bueno, le tengo puesto el ojo encima. Es un gran "duro", simplemente. Lo vi pelear y lo podría dormir fácilmente. La secretaría del Life Club me ha hecho el ofrecimiento para que lo enfrente. Y hay cien dólares de premio para el ganador. Y serán tuyos y podrás hacer con ellos lo que quieras. ¿Qué dices?

-Si yo no puedo trabajar para ganar dinero, tú tampoco debes pelear -fue el ultimatum que le dio Saxon, pero en seguida se arrepintió-. Pero entre tú y yo no caben los regateos. Y aunque tú me permitieses, yo no consentiría que tú peleases. Nunca podré olvidar lo que me dijiste sobre el modo cómo los boxeadores pierden su seda. Bueno, no quiero que eches a perder la que te pertenece. Ya sabes que la mitad de esa seda es mía. Si no peleas yo no trabajaré... Y nunca más haré nada que no te guste, Billy.

-De acuerdo -consintió él-. Sin embargo, me muero de ganas de alcanzar la cabeza cuadrada de Hansen -sonrió complacido ante la idea-. Bueno, olvidemos todo y cántame "Días de la cosecha", como tú sabes hacerlo.

Cuando Saxon terminó, le sugirió a Billy que entonara aquel lúgubre "Lamento de cowboy". Por algo inexplicable, tal vez fuera por el amor que existía entre ellos, había llegado a gustar de la única canción que sabía su esposo. Le agradaba su monotonía y su falta de expresividad porque era él quien la cantaba y, sobre todo, le parecía que amaba esa desesperanza y adorable , mediocridad que había en cada nota. Hasta podía cantar junto con él, imitando esa chatura y el encanto que Billy tenía cuando la cantaba. Porque tampoco la desengañaba de la sublime fe que le tenía.

-Me parece que Bert y los otros siempre se han reído de mí -dijo él.

-Los dos nos acompañamos bien -le alentó ella, ya que en esas cosas no se proponía deshacer entuertos.

La primavera ya estaba encima cuando se produjo la huelga en los talleres del ferrocarril. fue declarada el domingo anterior, mientras Saxon y Billy comían en la casa de Bert. Llegó el hermano de Saxon, pero sin Sara, que se había negado a abandonar la rutina casera. Bert se sentía muy pesimista, mientras escuchaba cómo todos cantaban con una 'alegría sardónica:

"*Nadie quiere al peón del molino,*
nadie gusta de su apariencia,
nadie comparte cualquier preocupación suya,
cuando se confunde con guapos y rateros.
La economía se ha convertido en un crimen,
y se gasta todo lo que se gana.
Ahora vivimos un momento divertido
el dinero sirve para quemar."

Mary comenzó a preparar la comida dejando traslucir su rebeldía. Saxon, con la mangas levantadas y con delantal, lavaba los platos del desayuna. Bert consiguió una botella de cerveza espumante en la taberna de la esquina y los tres hombres conversaron y fumaron sobre la huelga que se avecinaba.

-Debió haberse producido años atrás -fue la opinión de Bert-. Debía haber llegado más rápidamente, pero ahora ya es demasiado tarde. Estamos agarrotados sobre el suelo. El último de los mohicanos recibe lo suyo en la garganta.

-¡Oh, no sé si eso es cierto! -Tom había estado fumando gravemente su pipa y ahora comenzaba a hablar-. Los trabajadores organizados cada día son más fuertes. ¿Y por qué sucede eso? Recuerdo cuando no había ninguna organización obrera en California. Y repasemos lo que nos sucede a nosotros ahora..., salarios, jornales de trabajo, y todo lo demás...

-Usted habla como si fuese un organizador obrero -se burló Bert-, y muestra al buey por atrás. Pero nosotros sabemos otra cosa. La organización no tiene ahora tanto valor como antes, cuando se conseguía algo sin nada. Nos han convertido en aserrín. Mire lo que sucede en San Francisco: los dirigentes obreros hacen una política más sucia que la de los viejos partidos, y se comprometen y se quedan con los sobornos como si fueran rehenes, y van a San Quintín y, mientras tanto..., ¿qué hacen los carpinteros de San Francisco? Permita que le diga una cosa, Tom Brown: si es que usted escucha todo lo que se dice, sabrá que los carpinteros de San Francisco que están en la unión obrera obtienen los salarios íntegros fijados por la

unión. ¿Y usted lo cree? Es una maldita mentira. Todos los carpinteros rebajan sus salarios el sábado por la noche frente al contratista. Y así andan en San Francisco los trabajos de la construcción, mientras que los dirigentes hacen viajes a Europa con las ganancias que sacan..., o sino se las dejan a los abogados que les evitan el uso del traje a rayas...

-Es cierto -dijo Tom-, y nadie lo niega. La dificultad está en los trabajadores que no abren bastante los ojos. Debe hacerse política, pero política de verdad.

-Socialismo ¿eh? -dijo Bert apenas irónico-. ¿Acaso no - nos venderán ellos de la misma manera que lo hicieron los Ruef y los Schmidt?

-Se trata de conseguir gente honrada -dijo Billy-. En eso estriba toda la dificultad... No es que yo sea partidario del socialismo, no. Toda mi gente hace mucho tiempo que está en los Estados Unidos, y yo, por ejemplo, no voy a estar a favor de unos gordos alemanes para que me enseñen cómo hay que manejar al país, cuando ni siquiera saber hablar bien el inglés.

-Tu país -exclamó Bert-, pero, grandísimo cabeza dura, tú no tienes país. Ese es un cuento de hadas que inventan los coimeros cada vez que quieren robar algo más.

-Bueno, entonces que no se vote por los coimeros -sostuvo Billy-. Si elegimos hombres honrados recibiremos el mismo trato.

-Desearía que viniera a alguna de nuestras asambleas. Billy -dijo Tom con vivacidad-. Si viene abrirá los ojos y entonces votaría por los socialistas en la próxima elección.

-Jamás -rechazó Billy-. Si me encuentra en un acto socialista será por que ellos hablan ya como hombres blancos.

Bert tarareaba:

"*Ahora vivimos un momento divertido:*
El dinero sirve para quemar."

Mary estaba muy encolerizada con su marido ante la inminencia de la huelga y por sus frases incendiarias, y no podía mantener la conversación con Saxon que, perpleja, escuchaba las encontradas opiniones de los hombres.

-¿Dónde estamos? -preguntó ella con una alegría que en realidad ocultaba la angustia de su corazón.

-Ya no estamos -se burló Bert-. Hemos estado.

-Pero la carne y el aceite subieron nuevamente -dijo irritada-. Y el año pasado el salario de Billy fue reducido. Hay que hacer algo.

-Lo único que queda por hacer es pelear hasta el infierno -respondió Bert--. Pelear y seguir peleando. Eso es todo. De cualquier manera estamos liquidados, pero aún podemos intentar alguna posibilidad en procura de nuestro dinero.

-Esa no es la manera correcta de hablar -intervino Tom.

-El tiempo de hablar ya pasó, viejo gallo. Llegó el momento de pelear.

-No hay ninguna posibilidad frente a las tropas regulares y a las ametralladoras -declaró Billy.

-¡Oh, no de esa manera! Hay grasa que termina con los grandes ruidos y deja hoyos. Existen cosas como el polvo de esmeril, por ejemplo...

-¡ Oh, oh! -gritó Mary enfrentándolo con los brazos en jarras-. Sé bien lo que significa eso, qué quiere significar el polvo de esmeril en el bolsillo de tu chaleco.

El marido no le prestó atención. Tom fumaba lleno de preocupación. Billy se sentía herido, lo que se transparentaba con toda claridad en su cara.

-Tú no vas a hacer eso, ¿verdad, Bert? -le preguntó demostrando que esperaba la negativa del amigo.

-Creo que hay una cosa segura, si es que desean saberlo. Si me fuera posible los vería a todos en el infierno antes de ir yo...

-Es un anarquista sanguinario -se lamentó Mary-. Hombres de esa clase mataron a McKinley y a Garfield..., y a todos los demás. Será colgado. Ya lo verán. Recuerden mis palabras. Estoy contenta de que no haya niños presentes, eso es todo.

-El aire está pesado -la consoló Billy.

-Bromea contigo, simplemente -dijo Saxon en un tono suave-. Siempre fue un bromista.

Pero Mary meneó la cabeza.

-Estoy segura de lo que digo. Lo escucho cuando habla en sueños. Jura y maldice contra -algo odiado, con los dientes apretados. Y ahora escúchenlo.

Bert había inclinado su silla hacia atrás y cantaba con un rostro simpático, amargado, y despreocupado al mismo tiempo:

"*Nadie quiere al peón del molino,*
nadie gusta de su apariencia,
nadie comparte cualquier preocupación suya,
cuando se confunde con guapos y rateros."

Tom decía algo acerca de lo razonable y de lo justo, y Bert dejó de cantar para escucharle.

-Lo justo ¿eh? Ese es otro sueño imposible. Le voy a mostrar de qué manera la clase trabajadora obtiene justicia. ¿Recuerda a Forbes, a J. Alliston Forbes, el que destruyó la Alta California Trust Company y se escapó con dos milloncitos? Ayer le vi en un automóvil del diablo. ¿Y qué le dieron? Una sentencia de ocho años. ¿Y cuánto tiempo estuvo? Menos de dos años. ¡Indultado por su mala salud! ¡Infierno del diablo! Estaremos muertos y podridos antes de que a él se le derrame el balde. Y ahora miren por la ventana. ¿Ven el fondo de esa casa con el porche deshecho? Allí vive la señora Danaker. Ella se dedica a lavar. Su marido fue muerto por el ferrocarril. Y no le dieron nada por daños y perjuicios..., ellos dicen que fue una negligencia casual o cualquier embuste parecido. Eso fu¿ lo que le ofrecieron los tribunales. Su muchacho, Archie, tenía dieciséis años. Apareció en San Francisco y asaltó a un borracho. ¿Saben lo que le sacó? Dos dólares y ochenta centavos. ¿Entienden? Dos con ochenta. ¿Y qué le dieron los jueces de San Quintín? Cincuenta años. Ya cumplió ocho en San Quintín. Y seguirá encarcelado hasta que reviente. La señora Danaker dice que está mal, agotado..., contraído por dentro, y que no consigue ninguna influencia para que lo perdonen. El "pibe" Archie roba dos dólares con ochenta centavos de un borracho y le encajan cincuenta años. J. Alliston Forbes se mete en la Alta California Trust Company y roba dos millones y le tocan menos de dos años. ¿De quién es el país, entonces? ¿Vuestro y del "pibe" Archie? Háganse la pregunta de nuevo. Es de J. Alliston Forbes..., oh...

"*Nadie quiere al peón del molino,*
nadie gusta de su apariencia,
nadie comparte cualquier preocupación suya,
cuando se confunde con guapos y rateros."

Mary estaba delante de la pileta. Saxon terminaba de secar el último plato. Aquélla le desató el delantal y la besó con la simpatía que solo sienten las mujeres entre sí, más aun si alguna se halla cobijada por la sombra de la maternidad.

-Y ahora te sientas, querida. No debes cansarte, y todavía tienes mucho que andar. Haré tu costura mientras escuchas a los hombres. Pero no le prestes atención a Bert. Está loco.

Saxon cosía y escuchaba al mismo tiempo, y la mirada de Bert se oscureció y se mostró amargado mientras contemplaba las ropitas del bebé que estaban sobre el regazo de Saxon.

-Y ustedes sólo saben hacer eso -estalló-, traen niños al mundo y no tienen la más mínima garantía de que podrán alimentarlos.

-Seguramente usted comió ayer algo con salmuera -dijo Tom frunciendo el ceño.

Bert meneó la cabeza.

-¡Oh! ¿qué objeto tiene enojarse de esa manera? -dijo Billy suavemente-. Este es un país bastante bueno.

-Era un país bastante bueno -respondió Bert- cuando todos eran mohicanos. Pero ahora no. Estamos bien esquilmados. Nos han hecho retroceder hasta dejarnos paralizados. Nos crucificaron para siempre. Mi gente peleó por este país, y lo mismo hizo vuestra gente, la gente de todos ustedes. Libertamos a los negros, matamos a los indios, padecimos hambre, frío y sudor, y luchamos. Esta tierra nos parecía buena. La despejamos, la roturamos, hicimos los caminos y levantamos las ciudades. Y había de todo para todos. Y peleamos por ella. Tengo dos tíos que murieron en Gettysburg. Todos estuvieron mezclados en esa guerra. Y sino

escuchen a Saxon para saber lo que pasaron sus gentes hasta llegar aquí y conseguir los campos, los caballos, el ganado, todo. Y lo consiguieron. Y también mi gente, y la gente de Mary. . .

-Y si todo fuese como debería ser, aún serían dueños de todo eso -interrumpió ella.

-Claro, seguramente -respondió Bert-. Esa es la cuestión, el punto crucial. Nosotros somos los que perdemos. Fuimos robados. No marcamos los naipes, ni traficamos ni golpeamos en

las cubiertas como los otros. Somos la gente blanca que fracasó. Como ven, los tiempos ya han cambiado y ahora hay dos clases entre nosotros: los leones y los condenados. Estos no hacen otra cosa que trabajar: los leones son los duendes. Se hicieron los fantasmas con las granjas, las minas, las fábricas, y ahora se la han tomado con el gobierno. Somos la gente blanca, los descendientes de aquélla que siempre estuvo muy ocupada en ser buena y correcta. Somos la gente blanca que lo perdió todo, los despellejados. ¿Entienden?

-Usted sería un buen orador de barricada -dijo Tom- si sólo enderezara su pensamiento y se librase de cosas raras.

-Cierto, suena muy bien, Bert -asintió Billy-, y sólo que... no está bien del todo. Cualquier hombre puede hacerse rico hoy...

-O sino ser presidente de los Estados Unidos -dijo Bert de pronto-. Sí, seguramente, si fuera posible. De todos modos no haces el mismo ruido que aquéllos que van a ser millonarios o presidentes. ¿Por qué? Porque no lo sientes, no está en ti. Eres un cabeza dura. Por eso es que... Pobre de ti..., pobres de todos nosotros...

Mientras comían en la mesa, Tom comenzó a hablar de los placeres de la vida 'de granja que había conocido de adolescente, y confesó que tenía la esperanza de obtener tierra del Gobierno en alguna parte, de la misma manera que sus antepasados. Pero desgraciadamente, explicó, Sara no quería cambiar, y entonces quedaba en proyecto.

-Todo sucede como en el juego -suspiró Billy-. Se juega de acuerdo a las reglas, y supongo que alguien debe sufrir el "knockout".

Un poco más tarde, mientras Bert estaba discutiendo nuevamente, Billy advirtió con sorpresa que se hallaba entregado a las comparaciones. Esa casa no era su casa. Allí no había una atmósfera buena. Parecía que las cosas chocaban continuamente. Recordó que cuando llenaron todavía no estaban lavados los platos del desayuno. No había observado los detalles porque se sentía, como todo hombre, despreocupado por las cosas domésticas. Sin embargo eso se presentaba a cada momento delante de sus ojos, y entonces llegó a la conclusión de que Mary no se parecía en nada a Saxon, al menos a ser una buena ama de casa.. Miró con orgullo en dirección hacia su mujer, y sintió el impulso irresistible de levantarse, avanzar hacia ella y abrazarla. Era su mujer, su esposa..., y entonces recordó las ropas interiores que Saxon usaba, y en su pensamiento aquella imagen apareció tan viva que sólo pudo salir de él cuando Bert le habló.

-Eh, Billy, parece que crees que yo tengo alguna pretensión.

Claro que la tengo. Tú no has tenido mis experiencias. Tú siempre te has entrenado y has ganado con facilidad dinero con el boxeo.

No has conocido otros tiempos más duros. No te has embrollado por las huelgas. No tuviste que cuidar de una madre anciana y tragar mugre a causa de eso. Sólo después que ella falleció, pude madurar libremente, quedarme o largarme, a mi antojo ... Por ejemplo, toma mi caso, cuando entré en la Niles Electric y mira lo que recibe un animal de carga. El Cabeza de Queso me estudió, me hizo un montón de preguntas y me entregó un formulario en blanco para el ingreso. Lo llené, después le pagué un dólar a un médico, al que me mandaron para el certificado de buena salud. Luego me enviaron a un garage donde retrataban y tuve la foto de mi cara. . ., para la galería de delincuentes de la Niles Electric. Y tuve que pagar otro dólar por eso. El Camisa número uno estudia el formulario, mi certificado de buena salud, la foto, y por último me dispara más preguntas. "¿Pertenece a alguna unión obrera? . . ." ¿Quién, yo? Le dije la verdad, que no era así. Me hacía falta el empleo. El almacenero ya no nos fiaba más y, además, estaba mi madre. Oh, ya pueden imaginarme convertido en un verdadero carretero. Me hicieron ir detrás de la plataforma, donde me coloqué las camisas de fantasía. Y nada. Dos dólares, por favor... Yo ..., mis dos dólares... Y todo por un distintivo de porquería.. . Y luego venía el uniforme ... : diecinueve con cincuenta, que en cualquier otra parte se podía conseguir por quince. Pero sucedía que eso sólo podía ser pagado con mi primer sueldo. Y, después, cinco dólares en mis bolsillos que me servían para el cambio, pero de mi propio dinero. Esa era la regla ... Le pedí prestado cinco dólares a Tom Donovan, el vigilante. ¿Y

entonces qué sucedió? Me hicieron trabajar durante dos semanas sin pagarme, y recién después me admitieron.

-¿Por lo menos tuvo el buen gusto de elegir alguna blusa linda? -le preguntó Saxon sonriendo.

Bert meneó la cabeza muy seriamente.

-Solamente trabajé un mes. Después organizamos la unión obrera y nos hicieron saltar más alto que una pelota.

-Y a ustedes, los estúpidos del taller, los van a hacer volar de la misma manera si es que van a la huelga -dijo Mary.

-Eso es lo que siempre les digo -respondió Bert-. No tenemos ninguna posibilidad de ganar.

-¿Entonces por qué hacen la huelga? -preguntó Saxon.

Bert la miró durante un momento con los ojos brillantes, como si fuesen lacas, y después respondió:

-¿Para qué murieron mis dos tíos en Gettysburg?

VIII

Bastante perturbada Saxon comenzó a hacer las tareas de la casa. Ya no siguió confeccionando más sus bonitas labores. Los materiales costaban bastante dinero y no se atrevía a hacerlo. El directo que Bert había lanzado había dado en el blanco. Persistía dentro de su conciencia temblorosa, como si fuese una hoja de acero que no terminara de dar vueltas y de retorcerse. Tanto ella como Billy eran responsables de esa débil existencia que estaba por nacer. ¿Estaban seguros de que sería bien alimentada, vestida y que podía ser bien preparada para enfrentarse con el mundo? ¿Qué garantía tenían? Lejanamente, como una bendición, recordaba los duros tiempos que ya habían pasado, y las quejas de los padres actuales volvían a su memoria y tenían un nuevo significado. Y casi podía comprender el lamento crónico de Sara.

Saxon ya sentía toda la acritud de la situación en el vecindario, que estaba habitado por familias de operarios de los talleres que se habían declarado en huelga. Durante las compras diarias podía respirar el aire del desaliento entre los dueños de los pequeños comercios. La ligereza y la alegría parecían haberse desvanecido. En vez, la tristeza se adueñaba de todo. Las madres de los niños que jugaban en la calle, mostraban bien a las claras el ánimo ensombrecido. Estaban de pie delante de sus puertas con los rostros ensombrecidos, sin sonrisas, con las voces apagadas.

Mary Donahue, que siempre consumía un litro y medio de leche, ahora sólo le compraba medio litro al lechero. Habían desaparecido los paseos familiares hasta los cinematógrafos de barrio. Y también resultaba más difícil obtener bofe en las carnicerías. Nora Dalaney, que vivía a tres puertas de Saxon, ya no compraba pescado los viernes. En su mesa ahora había bacalao, y no , precisamente de la mejor calidad. Los muchachones que corrían por las calles durante las horas de la comida, llevando en sus manos enormes trozos de pan con manteca y espolvoreados con azúcar, ahora devoraban rebanadas más delgadas apenas untadas con manteca y sin azúcar arriba. Pero esa costumbre fue haciéndose más rara a medida que transcurría el tiempo, y algunos chicos no comían nada entre el almuerzo y la cena.

En todas partes se ahorraba más, se reducían y apretaban los gastos y, también, reinaba el descontento. Las mujeres, como los niños, se encolerizaban entre sí por cualquier motivo, y mucho más a menudo que antes. Saxon sabía que Mary y Bert chocaban continuamente.

-Si ella comprendiera que yo tengo mis propios rompederos de cabeza -se lamentó Bert delante de Saxon.

Ella le miró fijamente y sintió miedo por él, pero de una , manera vaga y misteriosa. Sus ojos negros parecían arder enloquecidos. El rostro oscuro estaba más delgado, con la piel que le ceñía los pómulos. Había un leve retorcimiento en los labios, helados y amargados. También los movimientos de su cuerpo, y la manera cómo llevaba el sombrero, proclamaban una audacia que antes no tenía.

A veces, durante las tardes largas, mientras permanecía sentada frente a la ventana con las manos ociosas, reconstruía la imagen de la migración de su gente a través de las llanuras, de montañas y de desiertos, sobre aquella tierra en la que se ponía el sol hacia el lado del mar occidental. Y soñó que se encontraba en la Arcadia con sus gentes, cuando no vivían en las ciudades ni se encontraban abrumados por las uniones obreras o por las asociaciones patronales. Y recordó los relatos de las gentes antiguas que se bastaban a sí mismas, que cazaban la carne que consumían, que cultivaban las hortalizas, que eran sus propios herreros, carpinteros y zapateros, y que tejían ellos mismos las ropas que vestían. Y en algo indefinido de la mirada de Tom, cuando hablaba de pedir tierra de cultivo al Gobierno, también había el recuerdo de toda esa vida.

Pensaba que la vida de granjero debía ser hermosa. ¿Por qué razón la gente debía vivir en ciudades? ¿Y por qué cambiaban los tiempos? ¿Si antes había habido bastante de todo, por qué no sucedía lo mismo ahora? ¿Y por qué los hombres tenían que pelear, reñir, alterarse, golpear por conseguir trabajo? ¿Por qué no había trabajo para todos? . . . Justamente, esa misma mañana, y tembló al recordarlo, había vista a dos "tiñosos"[1] camino hacia el trabajo que habían sido agitados por huelguistas, por hombres que ella conocía de vista o por sus nombres, y que casi siempre vivían en las proximidades. Había ocurrido precisamente frente a su casa. Había sido cruel, terrible. . ., y fueron una docena, dos docenas de hombres. Y también los chicos comenzaron a tirar piedras sobre los "tiñosos", a injuriarlos como si fuesen verdaderos hombres y no niños. Pero policías con pistolas desenfundadas acudieron

prestamente, y los huelguistas se desbandaron entrando en sus casas, o en los pasillos que había entre casa y casa. Uno de los "tiñosos" había sido conducido desfalleciente en una ambulancia, y el otro, ayudado por la policía ferroviaria, fue alejado en dirección a los talleres. Mary Donahue, con sus niños en brazos, le endilgó unos insultos tan envilecedores que el color afluyó al rostro de Saxon. En la entrada de su casa, contemplando cómo esos hombres eran corridos y azotados, estaba Mercedes, que tenía en el rostro una sonrisa muy extraña. Parecía ansiosa, tenía las aletas de la nariz muy dilatadas, como si sintiera cierto placer al ver de qué modo descargaban golpes sobre esos pobres infelices. Saxon pensó en este instante que esa mujer no estaba alarmada, que sólo sentía curiosidad.

Y fue en busca de Mercedes, que tanto sabía del amor, para tener alguna explicación de lo que estaba ocurriendo en el mundo.

Pero la sabiduría de la vieja en cuestiones industriales y económicas era confusa, difícil de digerir.

-Sí, querida, es muy simple. La mayoría de los hombres nacen estúpidos. Son verdaderos esclavos. Otros, unos pocos, nacen más inteligentes. Son los amos. Creo que es Dios quien hace así a los hombres.

-Entonces ¿qué hizo Dios ante ese terrible azotamiento que se produjo esta mañana frente a mi casa?

-Me temo que no se interese por eso -dijo Mercedes y son. rió-. También dudo que sepa algo de lo que ha ocurrido.

-Yo estaba mortalmente asustada -dijo Saxon-. Realmente, me enfermó. Y sin embargo usted, que también lo veía todo, parecía fría, complacida, como frente a algún espectáculo.

-fue un espectáculo, querida. -Oh, ¿cómo puede usted decir eso?

-Sí, sí, porque he visto matar hombres. No tiene nada de extraño. Todos los hombres mueren. Y los estúpidos mueren como bueyes y sin saber por qué. Y es bastante cómico comprobarlo. Se golpean con puños y garrotes y se rompen mutuamente la cabeza. Es algo grosero. .. Es como si fueran muchos animales, o como perros que se disputan huesos. Los empleos son como huesos, usted lo sabe. Pero si pelearan por mujeres, o ideas, o barras de oro, o diamantes fabulosos, sí que sería magnífico. Pero ocurre todo lo contrario: sólo son hambrientos que se disputan migajas para sus estómagos.

-¡Oh, si pudiera entender todo lo que ocurre! -murmuró Saxon con las manos fuertemente entrelazadas por la angustia de no saber y por la necesidad 8ital de comprenderlo todo.

-No hay que entender nada. Es tan claro como un estampado. Siempre existieron los estúpidos y los inteligentes, el esclavo y el amo, el príncipe y el campesino, y siempre existirán.

-Pero ¿por qué?

-¿Por qué un campesino es sólo un campesino, querida? Simplemente, porque es un campesino. Por ejemplo ¿por qué una mosca es una mosca?

Saxon agitó la cabeza haciendo una mueca.

-¡Oh, querida, ya te respondí! Las filosofías del. mundo no tienen otra respuesta mejor. ¿Por qué te gusta más tu hombre que otro cualquiera por esposo? Porque te agrada, simplemente. ¿Y por qué te agrada? Porque te agrada. ¿Por qué arde el fuego y quema la helada? ¿Por qué hay hombres inteligentes y otros estúpidos, amos y esclavos, patrones y obreros? ¿Por qué lo negro es negro? Responde si tienes la respuesta.

-Pero no está bien que los hombres tengan hambre y estén sin trabajo, cuando en verdad desean trabajar si obtienen un trato correcto -protestó Saxon.

-¡ Oh, sí, está bien! Es bueno que la piedra no arda como la madera, que la arena del mar no sea azúcar, que las espinas pinchen y que el agua moje, que se eleve el humo, que las cosas caigan hacia abajo y no hacia arriba...

Pero esas palabras, en realidad, no hacían ninguna impresión en Saxon. Francamente, ella no comprendía. Le parecía ,muy insensato todo eso.

-Entonces es que no tenemos libertad ni independencia -exclamó apasionada- Entonces ¿un hombre no es igual a otro hombre, y mi criatura no tiene derecho a vivir como la criatura de una madre rica?

-Claro que no -respondió Mercedes.

-Sin embargo, mi gente peleó por esas cosas -insistió Saxon, que recordaba las lecciones que había aprendido en la escuela. De pronto se le apareció la imagen del sable de su padre.

-Democracia ... es el sueño de la gente estúpida. ¡Oh sí, querida! La democracia es una mentira, un embrujo para mantener trabajando a los brutos, de la misma manera que la religión sirvió para mantenerlos alegres. Cuando se lamentaban por su miseria y por su esfuerzo, se les convencía de que se mantuvieran ahí mismo, se les contaba cuentos muy bonitos sobre una tierra que estaba más allá del cielo, donde vivirían fastuosa y opíparamente, mientras que los inteligentes se asarían en un fuego eterno. ¡Oh, de qué manera deben haberse divertido los inteligentes! Y cuando esta mentira ya fue muy gastada y usada, y entonces se comenzó a soñar con la democracia, los inteligentes se dieron cuenta de que debía ser nada más que un sueño. El mundo pertenece a los grandes e inteligentes.

-Pero usted pertenece a la gente que trabaja -la acusó Saxon.

-¿Yo, de la clase de gente que trabaja? Eso fue, querida, porque tuve poca fortuna al invertir dinero, porque soy vieja y ya no puedo conquistar más a los hombres jóvenes y valientes, porque sobreviví a los hombres de mi tiempo y no conozco uno a quien acudir, porque vivo en medio de la sordidez junto a Barry Higgins y me preparo para morir ... Pero, querida, nací entre los amos y siempre pisoteé la garganta de los estúpidos. Bebí vinos muy raros y asistí a fiestas que costaban igual que la existencia misma de este vecindario entero durante toda la vida. Dick Golden y yo..., sí, era el dinero de Dick Golden, pero no pude tenerlo .. . Dick Golden y yo arrojamos cuatrocientos mil francos en Monte Carlo durante una semana de juego. Era despilfarrador. En la India usé joyas que hubieran salvado la existencia de muchas familias que perecían de hambre delante de mis propios ojos.

-¿Los vio morir... y no hizo nada para ... ? -preguntó Saxon anhelante.

-Me quedé con las joyas..., sí, y al año me las robó un oficial del ejército ruso, un bruto.

-¿Y usted los dejó morir? -le preguntó Saxon nueva y obstinadamente.

-Eran gentes vulgares, ordinarias. Se criaban y multiplicaban como gusanos. No tenían ninguna importancia..., ninguna, querida, ninguna..., de la misma manera que sus gentes de trabajo, aquí, y cuya máxima estupidez es producir más hijos estúpidos para que sean esclavizados por sus amos.

De esa manera Saxon consiguió aclarar en algo el sentido de todo aquello, con la ayuda de aquella vieja terrible que en verdad la había confundido más aún. Saxon no prestó credulidad ni se convenció de lo que consideraba novelerías de Mercedes. Después de varias semanas la huelga de los talleres del ferrocarril se hizo más amarga y enconada. Billy meneaba la cabeza con pesimismo y se declaraba incapaz de sacar nada en limpio de las dificultades que asomaban sobre el horizonte.

-Yo comprendo lo que hay detrás de esto -le dijo a Saxon-. Todo es muy confuso. Se parece a una casa revuelta con las luces apagadas. Por ejemplo, fíjate en nosotros, los que trabajamos en los corralones. Comienza a hablarse de una huelga de solidaridad con los obreros de las fábricas. Han permanecido sin trabajar durante una semana, y la mayoría de sus puestos están ocupados, y si los que tenemos el cuidado de los caballos cargamos con el trabajo de la fábrica entonces la huelga está perdida.

-Sin embargo, ustedes mismos no consideraron una declaración de huelga cuando les rebajaron los salarios -dijo Saxon contrariada.

-¡Oh, no estábamos en condiciones de hacerlo! Pero ahora es probable que nos apoyen los corraloneros de San Francisco y toda la confederación de la zona portuaria. De cualquier manera apenas hablamos de eso. Eso es todo lo que sucede. Pero si nos declaramos en huelga entonces haremos que nos devuelvan el diez por ciento.

Poco más tarde dijo:

-Es una política podrida. Todos están podridos. Si tan sólo despertáramos y nos pusiéramos de acuerdo para elegir hombres honrados...

-Pero si tú, Bert y Tom no pueden ponerse de acuerdo ¿cómo esperas que los demás lo hagan? -preguntó Saxon.

-Eso es lo que me parte el alma -reconoció él-. Un tipo puede enfermarse con sólo pensar en eso. Y, sin embargo, es sencillo como la nariz de tu rostro. Si ponen hombres decentes - todo quedará arreglado. Los hombres honrados hacen leyes honradas, y los honestos se llevan la parte que les corresponde. Pero Bert quiere echar abajo las cosas, y Tom fuma su pipa mientras sueña con castillos en el aire, con que todo el mundo vote y piense de la misma manera que él. Pero esa no es la cuestión. Queremos que las cosas se realicen ahora. Tom dice que no podremos conseguirlas ahora, y Bert que no se hará nunca. ¿Y qué puede hacer uno solo cuando todo el mundo piensa de distinta manera? Mira a los mismos socialistas.

Siempre están en desacuerdo, divididos y peleados los unos con los otros, y expulsándose mutuamente del partido. Todo hiede: eso es lo que siento al pensar en esto. Pero lo que no me puedo sacar de la cabeza es que necesitamos que las cosas se hagan ahora.

Bruscamente dejó de hablar y la contempló.

-¿Qué sucede? -le preguntó con la voz llena de ansiedad-. ¿Estás enferma..., o... sucede... otra cosa?

Saxon apretaba una mano contra su corazón, pero la sorpresa y- el temor que en un comienzo había en sus ojos se estaban transformando en una mirada fija y complaciente, mientras que en su boca se dibujaba una sonrisa ligera y misteriosa. Parecía alejada de lo que Billy le había contado, como si estuviera escuchando algún mensaje lejano, pero con sus propios oídos. El asombro y la dicha rebosaban en su rostro, y al desviar sus ojos hacia Billy simultáneamente extendió su mano en dirección a él.

-Es la vida -murmuró-, siento la vida. Estoy contenta, tan contenta.

Durante el anochecer siguiente, cuando Billy regresó del trabajo, Saxon le hizo saber qué le pasaba, obligándole de hecho a que aceptara más las responsabilidades de la paternidad.

-Lo pensé nuevamente, Billy -comenzó a decir ella-, y como soy una mujer llena de salud, fuerte, no creo que sea muy difícil. Está Marta Skelton. . ., que es una buena partera.

Pero Billy meneó la cabeza.

-No hay nada que hacer en ese sentido, Saxon. Veremos al doctor Hentley. Es el médico de Billy Murphy, y Billy dice que es muy bueno. Es un viejo rezongón pero de los buenos.

-Ella atendió a Maggie Donahue -dijo Saxon-, y mírala, mira a su bebé.

-Bueno, pero no te atenderá a ti. .., al menos ése es mi deseo.

-Pero el doctor cobrará veinte dólares -insistió Saxon-, y también será necesario una enfermera, porque no tengo ninguna parienta que pueda atenderme. Pero Marta Skelton se encargará de todo y resultará mucho más barato.

Pero Billy la acercó con ternura a sus brazos y le dijo:

-Escucha, pequeña. La familia Roberts no tiene predilección por lo barato, nunca lo olvides. Tú debes tener la criatura. Esa es tu tarea, y es bastante. Yo me encargo de conseguir el dinero y de velar por ti. Y lo mejor nunca será demasiado bueno para ti. No correré el riesgo ni siquiera de un leve percance aunque tenga que gastar un millón de dólares. Tú eres la que me importa. Y el dinero es suciedad, en el fondo. Quizá supones que el bebé me gusta algo; sí, tampoco puedo dejar de pensar en él, y pienso durante todo el día. Tendrá la culpa si me despiden. Estoy completamente chocho. Pero por lo mismo, Saxon, sinceramente, antes de que nada te pueda ocurrir, y rómpete el dedo meñique si quieres, antes prefiero verle muerto y enterrado. Esto te hará pensar acerca de lo que tú significas para mí. Saxon, yo antes creía que la gente, una vez que se casa se instala y, después de un tiempo, lo que interesa es ir adelante, simplemente. Tal vez esto sea lo común entre otras personas, pero no es lo que sucede entre tú y yo. Cada día te quiero más. En este momento te quiero más que cuando empecé a hablar contigo, hace cinco minutos. Y no necesitarás una enfermera. El doctor Hentley vendrá todos los días, y también vendrá Mary, y efectuará todas las tareas de la casa y cuidará de ti y de todo lo demás que haga falta, de la misma manera que tú lo harías por ella si alguna vez llega a necesitarlo.

A medida que transcurrían los días y las semanas, se fue apoderando de Saxon un orgulloso sentimiento de maternidad que le desbordaba el alma. Era una mujer tan normal que la maternidad era una dicha llena de pasión y de satisfacciones. Es cierto que había instantes de aprensión, pero eran tan pasajeros que el único efecto que producían era consolidar la fuerza de su felicidad.

Había una sola cosa que la preocupaba: la situación enigmática y peligrosa que se presentaba a causa del trabajo y que nadie comprendía en absoluto, y ella menos que nadie.

-Siempre hablan de las ventajas de la maquinaria nueva sobre la antigua -le dijo a su hermano Tom-. Y entonces, con toda la maquinaria nueva que hay ahora, ¿por qué no tenemos más?

-Si hablas así -le respondió él-, entonces no tardarás mucho tiempo en comprender el socialismo.

Pero Saxon sólo pensaba en las cosas inmediatas que necesitaba.

-Tom ¿desde cuándo eres socialista? -Desde hace ocho años.

-Y no has conseguido nada con eso ¿verdad?

-Pero lo conseguiremos..., a su debido tiempo.

-Al paso que vamos, antes te morirás.

Tom suspiró.

-Sí, me temo que será así. Las cosas marchan despacio.

Suspiró nuevamente. Saxon observó la mirada cansada y paciente que había en su rostro, los hombros caídos, las manos curtidas por el trabajo, todo lo que había en su apariencia y que parecía proclamar la inutilidad de su credo social.

IX

Aquello comenzó lleno de quietud, pero después las cosas se produjeron inesperadamente, como si estuvieran señaladas de antemano por el destino. Mientras niños de distinta edad jugaban en la calle, Saxon, a través de la ventana abierta, los contemplaba y soñaba con ese ser suyo que pronto llegaría a la vida. El brillo del sol se dulcificaba al caer la tarde, y el ligero viento de la bahía refrescaba el aire y le otorgaba un olor salino y fuerte. Uno de los niños señaló hacia la calle Pine, hacia la calle Siete. Todos dejaron de jugar y miraron asombrados en la misma dirección. Los muchachos mayores de diez o doce años se agrupaban, mientras que las niñas apretaban contra sí a las criaturas menores y las levantaban en brazos.

Saxon no sabía la causa de todo eso, pero lo suponía al ver que los muchachos más grandes corrían hacia los canalones y recogían piedras y penetraban en los espacios que había entre casa y casa. Los menores trataban de imitarlos. Las niñas, con las criaturas levantadas, corrieron hacia las puertas y llenaron con su rumor las entradas de las casas. Se oyeron los portazos y entonces la calle quedó desierta, aunque en las ventanas se veían sombras de rostros femeninos que atisbaban llenas de ansiedad. Saxon oyó como el tren resoplaba y rechinaba en la parte alta de la ciudad al salir de la calle Center. Después, desde la calle Siete, llegó un rugido estentóreo y gigantesco que salía de gargantas masculinas. Sin embargo, Saxon no podía ver qué pasaba, y justamente en ese instante recordaba las palabras de Mercedes Higgins: "Son como perros que se pelean por huesos. Y los puestos son como huesos, usted lo sabe."

El rumor se hacía cada vez más cercano y Saxon, inclinándose hacia afuera, vio a una docena de "tiñosos" escoltados por unos guardias de policía especial que caminaban por la acera. Formaban un grupo compacto, disciplinado, y detrás, en desorden, gritando confusamente y deteniéndose para recoger piedras, marchaba un grupo de aproximadamente cien obreros huelguistas. Saxon comenzó a temblar de miedo, pero luego se dio cuenta de que no debía sentir eso y se dominó. En cierto modo, imitaba la conducta de Mercedes Higgins. La vieja había salido a la puerta de calle y se había sentado en una silla, tranquilamente, cerca del último de los peldaños de la entrada.

Los policías especiales llevaban garrotes. Los otros guardias que iban con ellos no tenían ningún arma. Los huelguistas que marchaban detrás parecían conformarse con gritar desaforadamente, y fue por causa de los chicos que el conflicto se precipitó. Desde el otro lado de la calle, entre las casas de Olzen e Isham, llovió una descarga de piedras. La mayoría no dieron en el blanco, aunque una de ellas alcanzó la cabeza de un "tiñoso". Ese hombre se hallaba sólo a veinte pasos de Saxon. El individuo retrocedió hasta la verja de la casa de Saxon y extrajo un revólver. Mientras que con una mano se limpiaba la sangre que se deslizaba sobre sus ojos, con la otra hizo fuego contra la casa de Isham. Uno de los agentes uniformados le tomó de la mano para impedir un segundo disparo y le arrastró consigo. Al mismo tiempo un rugido más salvaje todavía surgió entre los huelguistas, y una lluvia de cascotes se precipitó desde un lugar situado entre las casas de Saxon y de Maggie Donahue. Los "tiñosos" y sus protectores se detuvieron y extrajeron sus pistolas. En sus rostros duros y resueltos eran peleadores de profesión- Saxon adivinó que sólo habría sangre y muerte. Un hombre de edad avanzada que parecía el jefe levantó un sombrero blando de fieltro y se enjugó el sudor de la cabeza calva. Era un individuo corpulento, de vientre prominente y mirada desesperada. La barba gris estaba manchada de nicotina y fumaba un cigarro. Tenía hombros imponentes. Saxon notó la suciedad de la caspa sobre la solapa del saco.

Uno de los hombres señaló hacia la calle y varios de sus compañeros rieron: el pequeño varón de los Olsen, de cuatro años de edad solamente, había huido de la madre y se acercaba a sus enemigos sociales. Llevaba en su mano derecha una piedra tan pesada que apenas si podía levantarla. Y con ésta en alto les amenazaba débilmente. Su carita pequeña y rosada estaba convulsionada por el rencor y gritaba repetidamente:

-¡Malditos "tiñosos", malditos "tiñosos"!

Las risas que escuchó solo sirvieron para aumentar su furia. Cerca de ellos se tambaleó y, en un supremo esfuerzo, les arrojó la piedra.

Saxon vio toda la escena, y también a la señora Olsen que corría por la calle detrás del niño. Los huelguistas efectuaron una descarga con sus armas, y Saxon se fijó en los que estaban casi debajo suyo. Uno de ellos blasfemaba fuertemente y se palpaba el brazo

izquierdo, que le colgaba. Vio la sangre que chorreaba a la altura de la mano. Saxon sabía que no debía quedarse mirando ahí, pero recordó a sus abuelos belicosos y sólo sintió el temor normal y humano que producía la escena. Y en ese momento se olvidó, no supo cómo, de aquel niño que había participado en la gresca callejera, de los huelguistas y de todo lo demás. Estaba asombrada por lo que le había ocurrido al jefe del grupo, el que tenía un vientre prominente y el cigarro metido entre los labios. La cabeza de aquél estaba encajada de una manera muy curiosa en la parte alta de la verja de su propia casa. El cuerpo colgaba hacía afuera, y las rodillas no llegaban hasta el suelo. El sombrero se le había caído, y el sol se reflejaba extrañamente en la calva de su cabeza. El cigarro también había desaparecido. Saxon creyó que la miraba. Tenía una mano agarrada de la verja y parecía que se agitaba hacia ella, que le guiñaba jocosamente. Pero se dio cuenta que eran las contorsiones de un dolor mortal lo que le aquejaba. Unos segundos más tarde, mientras contemplaba aún ese espectáculo, fue conmovida por la voz de Bert. Corría por la vereda, frente a su propia casa, seguido de otros huelguistas. Gritaba:

-¡Vengan mohicanos, los clavaremos en la cruz!

En su mano derecha llevaba un mango en forma de pico, y en la izquierda un revólver que estaba descargado, ya que hacía girar inútilmente el tambor del arma. Bruscamente se detuvo, dejó caer el mango que llevaba, dio media vuelta y se enfrentó con la puerta de la casa de Saxon. Iba a penetrar en ella inclinándose, pero se enderezó de pronto para arrojar el revólver contra un "tiñoso", que en ese momento saltaba sobre él. Después se tambaleó mientras cedían sus rodillas y su cintura. Lenta y esforzadamente se a la manija de la puerta con la mano derecha y, más lentamente aún, como si descendiera dentro de sí mismo, se desplomó sobre el suelo mientras era pisoteado por la multitud de huelguistas que el mismo había encabezado. fue una batalla sin cuartel; una masacre. Tanto los "tiñosos" como sus guardianes fueron rodeados y acorralados contra la verja de la casa de Saxon. Lucharon como ratas atrapadas pero no pudieron resistir el empuje de aquellos cien hombres. Garrotes, mangos en forma de picos volaban contra ellos mientras los revólveres. seguían disparando. Saxon vio cómo el joven Frank Davis, que era amigo de Bert y padre desde hacía pocos meses, hundía su revólver contra el vientre de un rompehuelga y disparaba el arma. Hubo insultos, rugidos coléricos, gritos salvajes de terror y de dolor. Mercedes estaba en lo cierto. Esos no eran hombres, eran bestias que se disputaban huesos y que se destruían recíprocamente para b hacerlo.

"Los puestos son como huesos, como huesos..." La frase bailaba constantemente dentro de la cabeza de Saxon. Y a pesar de que quiso hacerlo no pudo alejarse de la ventana. Era como si estuviera paralizada. Su cabeza ya no funcionaba. Quedó atontada, absorta, incapaz de otra cosa salvo quedarse ahí viendo cómo se desarrollaba el horror, como si fuera un film de enloquecidos. Vio cómo los guardianes del ferrocarril, la policía especial y los huelguistas entraban en la pelea. Un "tiñoso", que parecía terriblemente herido, se sostenía sobre las rodillas e imploraba piedad, pero fue pateado en pleno rostro. Al caer hacia atrás otro huelguista, que estaba de pie junto a él, le disparó su revolver directamente al pecho, rápida y deliberadamente una y otra vez hasta que no le quedaron más proyectiles. Otro "tiñoso" estaba arrinconado contra la verja por una mano que le apretaba la garganta, mientras que su cara era azotada por la culata de un revólver. Saxon conocía al hombre que empuñaba el arma y que la elevaba y bajaba rítmicamente: era Chester Johnson. Lo había conocido en los bailes, y pocos días antes de su casamiento inclusive había danzado con él. Siempre había sido amable y de buen carácter. Recordó la noche de aquel viernes, después que terminó el concierto de la banda de música en el Parque Municipal. Junto con otras dos jóvenes la condujo hasta la Tamale Grotto de Tony, en la calle Trece. Y después todos fueron al café Pabst y bebieron un vaso de cerveza antes de retirarse a sus casas. Casi era imposible que fuese el mismo Chester Johnson. Y mientras lo observaba vio al jefe de los "tiñosos", el de vientre pronunciado, que aún tenía la garganta metida en la verja, que extraía un revólver, se volvía de lado, horriblemente, .y martillaba el revólver apuntando contra Chester Johnson quiso gritar para advertirle. Y gritó. Chester levantó la vista para mirarla. En ese momento el revólver disparó y Chester se desplomó cayendo sobre el cuerpo del rompehuelga. Los cuerpos de tres hombres colgaban sobre la verja de su casa.

Y ahora podía ocurrir cualquier cosa. Sin ninguna sorpresa vio cómo los huelguistas saltaban la verja, pisoteaban sus escasos, pequeños geranios y pensamientos mientras se dirigían hacia su casa y la de Mercedes. Por la calle Pine, y desde las playas del ferrocarril, la policía especial del ferrocarril y los custodios de la empresa corrían disparando sus armas mientras avanzaban. Bajando por la calle Pine, con las campanas que aullaban y los caballos a

todo escape, aparecieron tres carros de patrullaje llenos de policías. Los huelguistas estaban acorralados en una trampa. El único camino para la huída estaba en los espacios que había entre casa y casa, saltando por las verjas traseras de aquéllas. La aglomeración que se produjo en esos lugares fu¿ un impedimento para que todos pudieran escapar. Cerca de una docena fueron arrinconados en un ángulo formado por el frente de la casa de Saxon y los peldaños de la entrada. Y ahora eran tratados de la misma manera como ellos habían procedido antes. No se hizo ningún esfuerzo por arrestarlos. Fueron acorralados y muertos a tiros por los guardianes, furiosos por lo que les había sucedido a los suyos.

Ya todo había pasado. Saxon se movió como en un sueño, apretando la balaustrada con fuerza, y apareció sobre los escalones del frente de su casa. El jefe de los rompehuelgas, el de vientre abultado, seguía inclinado, como si la mirara obstinadamente, y agitaba una mano, aunque ya los policías habían comenzado a extraerle de donde se encontraba. La puerta había saltado de las visagras. Eso le pareció raro, ya que no había advertido como había sucedido a pesar de que estuvo mirando durante todo el tiempo.

Los ojos de Bert estaban cerrados, los labios tintos en sangre, y se escuchaba un murmullo en su garganta, como si intentara decir algo. Se detuvo junto a él, con el pañuelo enjugó la sangre de su mejilla que alguien había pisoteado, y entonces sus ojos se abrieron. Tenían el antiguo brillo. No la reconoció. Los labios se movieron desmayados y, luego de un instante murmuró, como si la recordase:

-El último de los mohicanos, el último de los mohicanos, el último de los mohicanos...

Después gruñó algo y los párpados se le cerraron nuevamente. Sabía que no estaba muerto. Su pecho subía y bajaba y el murmullo apagado aún se escuchaba emergiendo de su garganta.

Saxon miró a su alrededor. Mercedes se hallaba a su lado. Los ojos de la vieja parecían encendidos, y sus mejillas habitualmente pálidas estaban llenas de color.

-¿Me ayudaría a llevarlo hasta el interior de la casa? -le preguntó Saxon.

Mercedes asintió, se volvió hacia el sargento de policía y le solicitó ayuda. El hombre le echó una rápida mirada a Bert. Su mirada era dura y feroz. Por último, se negó.

-¡Al diablo con él! Nos preocupamos por los nuestros.

-Tal vez solas podríamos hacerlo -dijo Saxon.

-No seas tonta -Mercedes le hizo una señal con la cabeza a la señora de Olsen, que estaba enfrente-. Usted métase en su casa, madrecita futura. Esto es malo para usted. Lo llevaremos nosotras. Ahí viene la señora Olsen y le pediremos ayuda a Maggie Donahue.

Saxon encabezó la marcha hacia la habitación del fondo, que Billy había insistido tanto en amueblar. Al abrir la puerta, la alfombra le saltó a la cara con la fuerza de un golpe, y recordó que Bert la había colocado allí. Mientras las otras mujeres lo depositaban en la cama, también recordó que un domingo por la mañana junto con Bert habían instalado esa cama.

Y entonces sintió algo extraño. Se sorprendió al ver que Mercedes la miraba interrogante. Después, su extrañeza se transformó en el infierno de dolor que sólo las mujeres podían conocer. Fue sostenida y llevada hasta el dormitorio. Había muchos rostros alrededor suyo: Mercedes, Maggie Donahue, la señora Olsen. Quiso preguntarle a la señora Olsen si había salvado al pequeño Emilio de los líos de la calle, pero Mercedes la hizo salir para que atendiera a Bert, y Maggie Donahue se encaminó hacia la puerta. para atender un llamado. Desde la calle llegaba un fuerte rumor de voces entrecortadas por los aullidos de las ambulancias y de los vehículos de la patrulla policial. Después apareció la cara redonda y agradable de Marta Skelton y, más tarde, el doctor Hentley. De pronto, durante un intervalo, Saxon escuchó a través de la pared delgada los gritos agudos y desesperados de Mary y, después, también, cómo aquélla repetía una y otra vez:

-¡Jamás volveré al lavadero, jamás, jamás!

X

Durante ese período Billy nunca pudo sobreponerse a la impresión que le causaba el aspecto de Saxon. Cada mañana Y cada anochecer, cuando regresaba del trabajo, entraba en la habitación donde ella estaba recostada sobre el lecho y libraba una lucha enorme por ocultar sus sentimientos y mostrarse alegre y contento. Allí, acostada, parecía más pequeña, encogida, cansada, y sin embargo daba una sensación de infancia. Con ternura se sentaba a su lado, le tomaba la mano pálida y frotaba el brazo delgado y transparente, maravillado ante la delgadez y la delicadeza de sus huesos.

Una de las primeras cosas que preguntó, y que dejaron maravillados tanto a Billy como a Mary, fue:

-¿Salvaron a Emilio Olsen?

Y cuando ella les contó como el chico había atacado, sosteniendo en su mano una piedra enorme., al grupo formado por veinticuatro hombres de combate, el rostro de Billy se iluminó lleno de aprecio.

-¡El cachorro! -dijo-. Es como para enorgullecerse de él. Se detuvo tímidamente, y el temor que mostró fue suficiente como para herir a Saxon. Ella extendió la mano hasta tocar las de Billy.

-Billy -dijo, pero aguardó hasta que Mary se fue de la habitación, -no te lo pregunté antes..., y no es que me ... importe..., ahora... Pero aguardaba que me lo dijeras... ¿Fue. . . ?

Billy meneó la cabeza.

-No, fue una niña. Una niña perfecta. Sólo... que sucedió demasiado pronto.

Saxon le apretó la mano. Parecía condolida por la aflicción de su esposo.

-Nunca te lo dije, Billy . . . , pero es que estabas tan hecho a la idea de un muchacho. Pero yo tenía el propósito de llamarla Margarita, si era niña. ¿Recuerdas?, fue el nombre de mi madre.

Billy inclinó la cabeza y asintió.

-Tú sabes, Saxon, que deseaba un niño con locura. . ., bueno, pero ahora no importa. Creo que ahora quiero con todas mis fuerzas una niña, pero tengo la esperanza de que sea para otra vez... No lo tomas a mal ¿verdad?

-¿Qué?

-¿Si le damos el mismo nombre: Margarita? -¡Oh, Billy, yo pensaba de la misma manera!

Su rostro se puso grave cuando él prosiguió:

-Sólo que no sucederá nuevamente. Antes no sabía qué era dar a luz. No puedes correr otra vez un riesgo semejante. -¡Oigan a este hombre fuerte y grande de qué manera habla! -se burló ella con una sonrisa desmayada-. ¿Qué sabes de eso? ¿Y cómo puede conocerlo un hombre? Soy una mujer naturalmente sana. Todo hubiera sucedido bien... , si no hubiese ocurrido esa pelea. ¿Dónde enterraron a Bert?

-¿Lo sabías?

-Sí, siempre lo supe. ¿Y dónde está Mercedes? Hace dos días que no viene.

-El viejo Barry está enfermo. Está junto a él.

No agregó que el viejo sereno estaba agonizando a una docena de pasos de ella, con dos delgadas paredes de por medio. Los labios de Saxon temblaron y comenzó a sollozar lenta. mente, apretando una mano de Billy con las suyas.

-Yo...no pude... evitarlo.. . -dijo en medio de su llanto-. Todo estará bien dentro de un minuto... ¡Era nuestra pequeña criatura, Billy! ¡Piensa en eso! ¡Y nunca llegué a verla!

***

Aun se encontraba en cama cuando, durante un anochecer, Mary apareció en su casa para hacerle una visita en cierto modo amarga: venía a felicitarla por el riesgo que había salvado, después de lo que le había ocurrido a ella misma.

-¡Oh, por qué habla así! -exclamó Billy-. Usted se casará nuevamente, y esto es tan cierto como que las habichuelas son habichuelas.

-Ni aun con el mejor hombre del mundo -respondió ella-. Ya no tiene ningún sentido. Hay demasiada gente en la tierra. Es así, porque sino ¿cómo se explica que haya dos o tres hombres para cada puesto? Además, eso de tener chicos es demasiado terrible.

Saxon, mientras tanto, tenía en su rostro una expresión de paciente sabiduría, una expresión que parecía más gloriosa a medida que la otra hablaba. Y, finalmente, le respondió:

-Deberías saber lo que eso significa. He pasado por la situación y, en verdad, aún estoy en medio de ella, y en el acto quiero decirte que a pesar de todo el dolor, el sufrimiento y la pena, a pesar de todo es lo más hermoso, la cosa más maravillosa del mundo..

***

Saxon fue recobrando fuerzas, y cuando el doctor Hentley le dijo, a solas, a Billy que estaba completamente repuesta, entonces fue enterada de la tragedia obrera que se había desarrollado delante de su misma puerta. Billy le dijo que las milicias habían sido llamadas de inmediato, y habían acampado al pie de la calle Pine, sobre los vastos terrenos de las playas ferroviarias. Quince de los huelguistas estaban encarcelados. La policía, haciendo una requisa casa por casa, logró capturar a esos hombres, en su mayoría heridos. Billy pensó tristemente que les esperaban cosas feas y malas. La prensa reclamaba sangre, y los sacerdotes de Oakland habían pronunciado agrios sermones contra los huelguistas. El ferrocarril ya había llenado todas las vacantes, y todo el mundo sabía perfectamente que los obreros huelguistas no sólo no volverían más al trabajo, sino que también eran anotados en las listas negras de todos los ferrocarriles. Ya había comenzado el desbande. Algunos habían partido hacia Panamá, y cuatro de ellos hablaban de marcharse hacia el Ecuador para trabajar en los talleres del ferrocarril de Los Andes a Quito.

Con una ansiedad oculta Saxon trató de saber la opinión de Billy acerca de lo que había sucedido.

-Esto demuestra a dónde llevan los métodos violentos de Bert -dijo Saxon.

Billy meneó la cabeza lenta y gravemente.

-De cualquier manera colgarán a Chester Johnson -respondió él indirectamente-. Tú lo conoces. Me has dicho que bailabas con él. Fue apresado con las manos tintas de sangre

de un "tiñoso", a quien golpeó hasta matar. El viejo Jelly Vientre recibió tres balas pero no falleció, y lo denunció a Chester. Lo colgarán por la denuncia de Jelly. Todo eso apareció en los diarios. También Jelly le hizo un disparo.

Saxon sintió que temblaba. Jelly Vientre era tal vez aquel hombre calvo de vientre prominente, que tenía las barbas manchadas de nicotina.

-Sí -dijo ella-. Lo vi todo Billy. Parecía que estaba colgado desde hacía horas. En cambio, todo se desarrolló en cinco minutos.

-Sospecho que le debió parecer así a Jelly Vientre, que permanecía colgado de la verja -sonrió Billy sombrío-. Pero es de los que no se dejan matar tan fácilmente. Fue atacado a balazos y herido en varias partes del cuerpo en muchas ocasiones. Pero ahora dicen que va a quedar inválido para siempre..., y tendrá que andar con muletas o en un sillón de ruedas. Eso impedirá que trabaje suciamente para el ferrocarril. Era uno de sus pistoleros más bravos, y siempre estaba del lado de los patrones, cualquiera que fuese. Hay que reconocer que nunca retrocedía ante nadie que caminase sobre dos pies.

-¿Dónde vive? -le preguntó Saxon.

-En Adeline, allá arriba, cerca de la calle Diez, en un lindo barrio. Tiene una linda casa de dos pisos. Debe pagar un alquiler mensual de treinta dólares. Supongo que el ferrocarril le pagará bastante bien.

-Entonces debe estar casado.

-Sí, aunque nunca vi a la mujer. Pero tiene un hijo, Jack, que es maquinista de trenes de pasajeros. A veces lo trataba. Era un boxeador discreto, aunque nunca peleó en público. Y tiene otro hijo, que era maestro de la escuela intermedia. Se llama Pablo. Le conozco desde que éramos muy chicos. Tres veces me hizo caer mientras corríamos, cuando los de la Durant jugábamos en la escuela Cole.

Saxon se recostó sobre los brazos del sillón bajo. Descansaba y pensaba. El problema cada vez se hacía más complicado. Y ahora resultaba que ese pistolero de edad, de vientre prominente y cabeza pelada, tenía mujer e hijos. Y allí estaba Frank Davis, que hacía apenas un año que se había casado y que tenía un varoncito de poco tiempo de edad. Quizás el "tiñoso" contra quien había disparado su arma también tuviese mujer y chicos. Todos parecían relacionados, como si fuesen miembros de una gran familia, pero justamente por sus familias se batían y asesinaban entre sí. Saxon lo había visto a Chester Johnson, que se había casado con Kitty Brady, en el momento que daba muerte a un rompehuelga, y ella y Kitty habían trabajado juntas años atrás en la fábrica de cajas de cartón.

Saxon aguardó en vano a que Billy dijera algo que le demostrara que él no estaba de acuerdo con la muerte de los rompehuelgas.

-Está mal -se aventuró a decir finalmente Saxon.

-Mataron a Bert -respondió Billy-. Y también a otros más. A Frank Davis. ¿Acaso no sabes que está muerto? Tenía la mandíbula inferior enteramente deshecha..., y falleció mientras lo llevaban en la ambulancia, justamente antes de llegar al hospital. Nunca se vieron anteriormente en Oakland tantos muertos juntos.

-Pero la culpa fue de ellos -afirmó Saxon-. Ellos empezaron con un asesinato.

Billy no respondió pero en vez masculló terriblemente. Oyó cómo él murmuraba "¡Que Dios los condene!", pero cuando le preguntó: "¿Qué?", Billy no le respondió. Los ojos estaban hundidos como debajo de nubes perturbadoras, mientras la boca permanecía dura, el rostro ensombrecido.

Para Saxon eso era como una puñalada en el corazón. ¿Acaso también él era como los otros? ¿Sería capaz de matar a otros hombres que tuviesen familia, de la misma manera que lo habían hecho Bert, Frank Davis y Chester Johnson? ¿Es que también él era una bestia salvaje, un perro que peleaba por un hueso?

Suspiró profundamente. La vida se le presentaba como un enigma extraño. Tal vez Mercedes Higgins tuviese razón con lo que había dicho tan cruelmente sobre las condiciones de la existencia.

-Y bueno, ¿qué hay con eso? -rió alegremente, como si respondiese a preguntas que en verdad no habían sido formuladas por ella-. Supongo que es como un perro que se devora a otro perro, y siempre ocurrirá así. Mira las señales que quedaron ahí afuera. Se mataron entre sí de la misma manera que al Norte y el Sur en la guerra civil.

-Pero los trabajadores no pueden triunfar así, Billy. Tú mismo has dicho que ellos echaron a perder la única posibilidad que tenían para vencer.

-Supongo que fue así -admitió él a regañadientes-. Pero no veo qué otra posibilidad tienen para vencer. Mira nuestra situación, por ejemplo. Pronto estaremos alineados.

-¿Los entrenadores?, no... -exclamó ella. Billy asintió sombríamente con la cabeza.

-Los patrones están descargando los golpes contra nuestras rodillas. Dicen que nos arrastraremos para pedirles nuevamente que nos dejen en los antiguos puestos. Se han preparado mucho para conseguir esto. Como las tropas están de su lado ya tienen la mitad de la partida ganada, y como el clero y la prensa también estarán de su parte, entonces eso hará que el público esté a su favor. Ya están gritando y diciendo qué es lo que harán. Si hay alguna dificultad es casi seguro que harán fuego. Primero colgarán a Chester y a todos los que puedan culpar de los quince. Ya lo dicen directamente. "Tribune", "Enquirer" y "Times" lo repiten todos los días. Tratan de dirigir la opinión pública contra la unión obrera. No quieren admitir el contrato colectivo de trabajo. Están realmente enfurecidos contra los obreros organizados. Esta misma mañana en el pequeño "Inteligencer" apareció que todo dirigente de la unión obrera deberá ser sacado de Oakland o sino descuartizado. Te parece lindo ¿eh?, muy lindo... Y mira cómo estamos nosotros. Ya no se trata de un caso de huelga en solidaridad con los obreros de las fábricas. Ya tenemos nuestras propias preocupaciones. Despidieron a los cuatro mejores hombres, los que estaban siempre en las conferencias de las comisiones. Y lo hicieron sin ningún motivo. Como te dije, andan buscando líos, y seguramente que lo conseguirán si es que no andan con cuidado. Hemos recibido la promesa de apoyo de la Confederación Portuaria de San Francisco, y respaldados por ella podremos hacer algo.

-¿Quieres decir que... irán a la... huelga? -preguntó Saxon.

Billy asintió en silencio.

-¿Pero acaso no es precisamente esto lo que ellos quieren que ustedes hagan? . . .¿No es un intento de provocarlos?

-¿Y qué más da? -Billy se encogió de hombros y prosiguió-: Es mejor declararse en huelga que ser despedidos. Los madrugaremos antes de que estén listos. ¿Acaso no sabemos qué están buscando? Andan detrás de conductores libres del campo y de despellejadores de mulas a todo lo largo del Estado. Ya concentraron cuarenta en un hospedaje de Stockton. Están listos para lanzarlos contra nosotros, y también tienen otros cien en las mismas condiciones. Por eso creo que este sábado traeré mi última paga durante algún tiempo.

Saxon cerró los ojos y pensó con tranquilidad durante cinco minutos. No tenía la costumbre de tomar las cosas con nerviosidad. Billy admiraba la frialdad de su actitud, que nunca abandonaba en los instantes de prueba. Comprendía que ella era sólo una parte de ese

conflicto confuso e incomprensible.

-Tendremos que sacar dinero de nuestros depósitos en el Banco para pagar el alquiler de este mes –dijo con resolución.

Billy inclinó la cabeza.

-No tenemos tanto dinero en el Banco como tú crees -confesó él-. Ya sabes que tuvimos que enterrar a Bert, y yo cubrí lo que no pudo conseguirse con la colecta.

-¿Cuánto fue?

-Cuarenta dólares. Voy a tener que prescindir del carnicero y de otros durante algún tiempo. Sabían que era un buen pagador, pero me lo plantearon directamente. En todo momento apoyaron a los huelguistas de los talleres y eso los perjudicó. Y como la huelga ha fracasado han salido perdiendo. Por eso saqué todo el dinero del Banco. Sabía que no te opondrías, ¿no es cierto?

Sonrió con valentía y se sobrepuso a la sensación de abatimiento que pesaba sobre su corazón.

-Era eso lo que debía hacerse, Billy. Hubiese procedido de la misma manera si tú hubieses permanecido enfermo en cama, y Bert se hubiera comportado recíprocamente si la cosa habría sido al revés.

El rostro de Billy se iluminó.

-Oh, Saxon, un muchacho siempre puede contar contigo. Eres mi mano derecha. Por eso es que no quiero más bebés. Si te pierdo quedaré inválido para siempre.

-Debemos hacer economías -murmuró Saxon con un gesto lleno de aprecio-. ¿Cuánto hay en el Banco?

-Alrededor de treinta dólares, apenas. Sabes que debo pagarle a Marta Skelton..., y algunas otras pocas cosas. Y la unión nos ha agarrotado, porque implantó una cuota extraordinaria de cuatro dólares por cabeza para el caso extremo de que estalle la huelga. Pero el doctor Hentley puede esperar. El mismo me lo dijo. Es de los buenos, por si alguien te lo pregunta. ¿Qué te parece?

-Me agrada, pero no entiendo nada de médicos. Fue el primero que me atendió; salvo cuando me tuve que vacunar, y eso lo hizo la municipalidad.

-Parece que también pararán los tranviarios. Dan Fallon llegó a la ciudad. Vino directamente de Nueva York. Trató de colarse, pero los muchachos le siguieron la pista durante todo el camino, ya que sabían cuándo había dejado Nueva York. Y tenían que hacerlo, porque él se encarga de las cosas cuando los patrones tranviarios quieren hacer algo. Acabó con muchas huelgas tranviarias en favor de los patrones. Mantiene un verdadero ejército de rompehuelgas, y los despacha a cualquier lugar del país en trenes especiales cuando los patrones lo necesitan. Oakland nunca presenció tantos conflictos obreros como ahora, y como los que vendrán más tarde. Parece que se desatará un verdadero infierno.

-Cuídate, Billy, no quiero perderte.

-Oh, bueno, lo haré. Y además todo no se presenta de manera que pueda decirse que ya hemos sido vencidos. Aun tenemos buenas posibilidades.

-Pero si se produce alguna muerte, perderán.

-Sí, debemos cuidarnos para que eso no ocurra.

-No debe haber violencia.

-Sí, nada de pistolas o dinamita -asintió él-. Pero un montón de "tiñosos" puede acabar con los cabezas rotas. Eso puede suceder.

-Pero tú no te embarcarás en algo semejante, Billy.

-Sí, trataré de que nadie pueda acusarme delante de ningún tribunal y declarar que fui visto en esa actitud -y después, rápidamente, cambió de conversación-. El viejo Barry Higgins falleció. No quería decírtelo hasta que dejases la cama. Fue enterrado hace una semana. Y la vieja se muda a San Francisco. Me dijo que vendría a despedirse. Constantemente estuvo a tu lado durante el primer par de días. Y le mostró a Marta Skelton algunas cosas que le hicieron poner los pelos de punta. La hizo saltar durante un buen rato.

XI

Saxon se encontró muy sola, y esto, aun en las personas de mente bien sana, no podía sino producir un efecto enfermizo: Billy estaba en huelga, siempre lejos de la casa y haciendo tareas de proselitismo referente al movimiento. Mercedes se había alejado del lugar, Bert había muerto y Mary también se había marchado y le había hablado muy vagamente de hacerse cargo de tareas domésticas en una casa de Piedmont

Poco podía hacer Billy para remediar la situación en que se hallaba Saxon. Comprendía vagamente lo que ella sufría, pero no llegaba a entender con profundidad la vastedad e intensidad de sus sentimientos. Billy era muy práctico y, además, era hombre, y por todo eso estaba bastante alejado de la tragedia íntima de ella. Cuanto más, era uno de afuera, un observador amistoso a quien veía muy poco 'SS últimos tiempos. Para Saxon la criatura perdida había sido fugaz pero real, y esa sensación persistía. Ese era el mal que la aquejaba. No podía llenar mediante ningún esfuerzo conciente el vacío que la aquejaba. Y a veces esa realidad se transformaba en algo alucinante. Aquel ser debía encontrarse aún en alguna parte, y ella debía comunicarse con ese mundo. A veces se sorprendía a sí misma aguzando el oído para escuchar el llanto que no había sido real, pero que creyó oír durante aquellos largos meses de espera. Dos veces dejó el lecho para buscarlo, durante el sueño, y cada vez se recobraba junto a la cómoda de la madre donde había guardado las ropitas de la criatura. En tales tía a sí misma: "Tuve una criatura", y lo hacía en voz alta mirando a los niños que jugaban en la calle.

Un día, viajando en un tranvía que recorría la calle Ocho, una joven madre con un soberbio niño en sus brazos se sentó a su lado, y Saxon le dijo:

-Yo tuve una criatura. Murió.

La madre la miró asombrada, luego hizo un movimiento para apretar más estrechamente a la criatura que llevaba en los brazos, como si tuviese miedo. Más tarde se dominó y le dijo:

-¡ Oh, pobre!

-Sí -afirmó Saxon-. Murió.

Las lágrimas afluyeron a sus ojos, y la confesión de su pena pareció que la aliviaba. Pero durante el resto del día tuvo la necesidad abrumadora de transmitir su dolor a todo el mundo. . ., al pagador del Banco, al anciano empleado de Salinger, a la mujer ciega que era guiada por un niño que tocaba la flauta ..., en fin, a todos, salvo al agente de policía. Ahora, los agentes de policía se habían convertido en seres terribles. Los había visto asesinando sin piedad a los huelguistas, y los consideraba verdaderos profesionales del crimen. No peleaban por puestos. Lo hacían porque era su oficio. Ese día, en el ángulo de su casa, podían haberlos detenido y encarcelado, pero no procedieron de esa manera. Al aproximarse a 'uno de ellos, inconscientemente doblaba en dirección contraria y se. alejaba. No era algo racional, consciente, sino un sentimiento más profundo que le decía que aquéllos eran los enemigos de ella y de los suyos.

En la Octava y Broadway, mientras esperaba el tranvía que la llevaría de vuelta a su casa, el agente que estaba de facción en la esquina la reconoció y la saludó. Sus labios palidecieron y su corazón latió apresuradamente, dolorido. Era Ned Hermann, aquel obeso de cara ancha, que parecía estar más contento que nunca. Durante tres años, en la escuela, se había sentado frente a su rincón. Y ambos habían sido durante todo el año los monitores de los cuadernos de composición. Cuando voló la fábrica de pólvora de Pínole y deshizo todas las ventanas de la escuela, ninguno de los dos se dejó arrastrar por el pánico que se había apoderado de los otros. Ambos habían permanecido en el aula, y después, el director colérico los había presentado de aula en aula a los alumnos acobardados como ejemplo de comportamiento en aquella situación, y finalmente fueron recompensados con un mes de vacaciones. Y más tarde Ned se convirtió en agente de policía, se casó con Lena Highland, y Saxon había escuchado decir que tenían cinco chicos.

Sin embargo, a pesar de todo eso pertenecía a la policía, y Billy ahora era un huelguista. ¿Acaso no podía suceder que Ned acorralara y asesinara a Billy, de la misma manera que había pasado con los huelguistas, frente a los escalones de su propia casa?

-¿Qué sucede, Saxon? -le preguntó-. ¿Estás enferma?

Hizo una señal afirmativa con la cabeza, impedida de decir una sola palabra, y comenzó a avanzar hacia su tranvía que va se detenía.

-Te ayudaré a subir -se ofreció él.

Se encogió ante el ofrecimiento.

-No. estoy bien -murmuró apresurada-. No lo tomaré. Me olvidé de algo.

Se alejó por Broadway como mareada, en dirección a la calle Nueve. Avanzó dos cuadras y dio vuelta en la calle Clay, y después regresó a la calle Ocho para esperar otro tranvía.

***

A medida que se deslizaban los meses del verano la situación del trabajo en Oakland se hacía cada vez peor. Parecía que en todas partes el capital había elegido a esa ciudad para la lucha contra los trabajadores organizados. Muchos hombres de Oakland se encontraban en huelga, o sino sucedía que las fábricas estaban clausuradas, o imposibilitadas de trabajar por la paralización de otras industrias vinculadas a aquéllas, y era bastante difícil encontrar basta ocupaciones de simples jornaleros. De vez en cuando Billy lograba trabajar durante un día entero, pero no lograba ganar lo suficiente, a pesar de los subsidios de huelga que recibió en un principio y de la rígida economía que tanto Saxon como él practicaban.

La mesa que ahora ponía ella apenas si tenía algo de semejante con la de su primer año de casados. Todo era de inferior calidad, y además faltaban muchas cosas. La carne, hasta la más barata, sólo la veían de vez en cuando. La leche fresca había sido reemplazada por la condensada, pero también ésta había sido suprimida. Cuando tenían un paquete de manteca duraba seis veces más que antes. Billy, que antes gustaba de tomar hasta tres tazas de café durante el desayuno, ahora se conformaba con una sola. Saxon hacía durar el café mucho, mucho tiempo, y lo compraba a veinte centavos la libra.

La dureza de los tiempos era sentida en todo el vecindario. Aun las familias cuyos hombres no estaban en huelga, eran tocadas por la situación general, porque a veces aquéllos trabajaban en establecimientos que habían paralizado sus actividades y que estaban vinculados, por su producción, a otros que se encontraban realmente en huelga. Muchos hombres solteros que vivían en pensión se habían marchado, y esto agravaba el problema del pago del alquiler para aquellas familias que los alojaban.

-Así es, no más -le dijo el carnicero a Saxon-. Nosotros, los trabajadores, siempre sufrimos juntos. Ahora mi mujer no puede arreglarse la dentadura. Y hasta quizás muy pronto yo mismo quedaré en la miseria.

Cierta vez que Billy se disponía a empeñar su reloj, Saxon le sugirió que le pidiera a Billy Murphy la devolución del préstamo.

-Tenía pensado hacer eso -le dijo-, pero sucede que ahora no puede ser. ¿No te dije lo que sucedió el martes por la noche en el Sporting Life Club? ¿Te acuerdas de ese cabeza cuadrada, del campeón de la Armada de los Estados Unidos? Billy estaba programado para pelear frente a él, y era dinero seguro. Ya lo tenía listo en la sexta vuelta, y pensaba que en la siguiente podría terminar con él. Y entonces..., bueno..., fue mala suerte..., se recalcó el brazo derecho. Por cierto que el cabeza cuadrada se rehizo en el acto..., y Billy pasó una linda noche, entonces... Oh, nosotros los mohicanos tenemos una suerte tan mala que ya es el colmo.

-¡Oh, no! -dijo Saxon sin querer, temblorosa.

-¿Qué sucede? -le preguntó Billy con la boca abierta, sorprendido.

-Por favor, no pronuncies más esa palabra. Bert la tenía siempre en la boca.

-Ah, mohicanos... ¡Muy bien, no la diré más! No eres supersticiosa, ¿verdad?

-No, pero hay mucho de cierto en la palabra para que cause agrado. A veces me da la impresión de que él tenía razón y que lo presintió todo. Los tiempos han cambiado, y siempre ha sucedido eso desde que era pequeña. Cruzamos las llanuras y levantamos este país, y ahora hasta estamos perdiendo la posibilidad de trabajar y de vivir aquí. Y la falta no es mía ni tuya. Parece que tenemos que vivir bien o mal, ayudados sólo por la suerte. No hay otra explicación posible.

-Es algo que me pone mal -estuvo de acuerdo Billy-. Por ejemplo, mira cómo trabajé durante el año pasado. Nunca perdí un día. Desearía no perder un solo día durante este año, y aquí estoy sin hacer nada durante semanas y semanas. ¿Dime una cosa, Saxon, quién manda en este país, de cualquier manera?

Saxon suspendió el diario de la mañana, pero frecuentemente el muchacho de Maggie Donahue, que tenía a su cargo el reparto del "Tribune", arrojaba la edición extra a la entrada de la casa. A través de los editoriales se enteró de que en esos instantes la organización

obrera estaba tratando de obtener el control del país y por eso era la situación tan confusa. Todo sucedía por culpa de la dominación obrera..., eso es lo que decía día a día la columna editorial. Y Saxon parecía convencida, aunque no se entregaba del todo a la argumentación. En verdad, el enigma de vivir le resultaba demasiado intrincado.

La huelga de los obreros del transporte a sangre, que eran respaldados financieramente por los compañeros de San Francisco y por las uniones obreras portuarias y unidas de la misma ciudad, parecía que se prolongaría durante mucho tiempo, tuviera éxito o no. Tanto los lavadores de monturas como los hombres del establo, salvo pocas excepciones, abandonaron el trabajo junto con los entrenadores de caballos. Las firmas que debían entregar los caballos adiestrados no cumplían totalmente con sus contratos, pero la asociación patronal los ayudaba. En realidad, la mitad de las asociaciones patronales de la costa del Pacífico ayudaba a la asociación correspondiente de Oakland.

Saxon estaba atrasada en un mes en el arriendo y, teniendo en cuenta que siempre lo pagaba por adelantado, significaba un atraso de dos meses. Lo mismo sucedía con los muebles. Sin embargo, no se dejó sentir muy fuertemente la presión de la firma Salinger, que les había vendido los muebles a plazos.

-Le daremos todo el plazo que sea posible -dijo el cobrador-. Tengo la orden de cobrar lo que pueda, pero al mismo tiempo de no ser muy duro. Salinger trata de hacer lo que

puede, pero a veces se ve precisado a cambiar sus decisiones por las circunstancias. Usted no tiene idea del número de cuentas semejantes a las suyas con las que debe cargar. Tarde o temprano tendrán que dar un salto, porque sino se romperán la cabeza ellos mismos. Y, mientras tanto, a ver si consigue rascar cinco dólares de alguna parte para la semana que viene, tan sólo para darles ánimo...

Uno de los peones de establo que no había abandonado el trabajo y que se llamaba Henderson, pertenecía a los establos de Billy. A pesar de la insistencia patronal para que se quedara a comer y dormir allí mismo como lo hacían los otros hombres, insistió en ir a su casita todas las mañanas. Estaba en la calle Cinco, cerca de la de Saxon. Varias veces le vio avanzar desafiante llevando la caja para la merienda, mientras que los muchachos de la vecindad le seguían vociferando a coro y le llamaban "tiñoso". Pero durante un anochecer, se le ocurrió entrar con aire desafiante -en el Hogar de los Conductores de Pile, que era una taberna que quedaba en la esquina de la calle Siete y Pine. Tuvo la desgracia de encontrarse allí con Otto Frank, un huelguista que trabajaba en el mismo establo. Pocos minutos después de que se encontraron, una ambulancia llegó rápidamente al lugar para llevarse a Henderson al hospital con una fractura en el cráneo. Por su parte el vehículo de la patrulla policial condujo con la misma velocidad a Otto Frank a la prisión de la ciudad.

Con los ojos encendidos de satisfacción Maggie Donahue le contó a Saxon lo que había sucedido.

-Eso le vendrá bien por ser un sucio "tiñoso" -terminó diciendo Maggie.

-Pero ¿y su pobre mujer? -respondió Saxon-. Ella no es fuerte. Y también están los niños. Nunca podrá cargar con ellos si se le muere el marido.

-Y lo tendrá bien merecido, esa maldita mugrienta ...

Saxon estaba asombrada y herida al mismo tiempo por' la brutalidad que demostraba la irlandesa. Pero Maggie era implacable.

-Eso es lo que se merece por establecerse y vivir con un "tiñoso". ¿Los niños? Bueno, deje que se mueran como el padre, que arrancó el pan de la boca de otros chicos.

En cambio la actitud de la señora Olsen era diferente. Salvo un sentimentalismo pasivo y piadoso por la mujer y los hijos de Henderson, no se interesó más en el asunto pero, en cambio, su preocupación se dirigía hacia Otto Frank, hacia la esposa y los niños de ambos . . ., ya que era hermana de la mujer de Frank.

-Si se muere el otro lo colgarán a Otto -dijo-. ¿Y entonces qué hará la pobre Hilda? Tiene várices en las dos piernas, y nunca puede aguantar de pie un día entero de trabajo. Y yo no puedo ayudarla. ¿Acaso Carl no está sin trabajo?

Billy tenía otro punto de vista en esa cuestión.

-Eso será un manchón para la huelga, especialmente si Henderson se muere -dijo inquieto al regresar a su casa-. Colgarán a Frank en tiempo récord. Además, debemos nombrar a sus defensores y los abogados hoy cuestan como el diablo. Nos comerán más que todos los caballos de tiro de Oakland juntos. Y si Frank no hubiese bebido whisky nunca hubiera sucedido eso. Es un hombre sobrio, suave, de buen carácter. Nunca conocí a nadie semejante.

Por dos veces Billy dejó su casa esa noche para saber si Henderson había muerto o no. Por la mañana los diarios hablaban de muy pocas esperanzas, y los de la tarde dieron la noticia de su fallecimiento. Otto Frank estaba en la cárcel y no había ninguna posibilidad de sacarlo mediante una fianza. El "Tribune" pedía un procesamiento rápido y una ejecución sumaria, e incitaba al jurado a cumplir virilmente con su deber, urgiéndolo para que así lo hiciera y teniendo en cuenta, además, el efecto moral que tendría sobre la masa obrera que estaba fuera de la ley. Fue más lejos aún: puso de relieve la saludable influencia que se conseguiría usando las ametralladoras contra las multitudes que le apretaban la garganta a la hermosa ciudad de Oakland.

Todo eso conmovió íntimamente a Saxon. Estaba prácticamente sola en el mundo y, a excepción de Billy, no tenía a nadie con quien contar, y era su vida en común con aquel hombre lo que se hallaba prácticamente amenazada. Mientras él permanecía fuera de casa, Saxon no conocía la tranquilidad. Se desarrollaban cosas muy importantes de las que nada le comunicaba, sabiendo, por otra parte, que Billy desempeñaba un papel importante en todo el asunto. Más de una vez se fijó en las heridas recientes que había en sus nudillos. En esos momentos se mantenía completamente reservado, se sentaba en silencio sin comentar nada y, al rato, se dirigía al lecho. Saxon temía que esa reticencia creciera con el tiempo, y con valentía buscaba su confidencia. Se sentaba sobre sus rodillas, con un brazo le rodeaba el cuello, mientras que con la otra mano le alisaba los cabellos y las sienes.

-Escúchame, muchacho Billy -comenzaba con un tono que quería ser ligero y alegre-. Tú no juegas limpio y eso no me gusta nada. ¡No! -intentaba interrumpirla, pero Saxon apretaba sus labios con los dedos-. Ahora me toca hablar a mí, ya que tú lo hiciste durante un buen rato. Recuerda que desde un comienzo convinimos en aclarar todas las cosas. Yo fui la primera en no cumplir ese trato cuando le vendí cosas de lujo a la señora Higgins sin decirte nada. Y me sentí muy apenada, y aún lo siento mucho. Pero nunca lo volví a hacer. Ahora te toca a ti. Tú no me cuentas las cosas que suceden, y haces una vida de la que nada me dices. Billy, tú eres más importante para mí que cualquier otra cosa en el mundo. Compartimos nuestras vidas ¿verdad?, pero ahora, justamente, hay algo que no vivimos en común. Y si no puedes confiar en mí no lo puedes hacer con nadie. Y además te quiero tanto que no me importa nada de lo que hagas: siempre te querré.

Billy la contempló lleno de incredulidad, cariñosamente.

-No seas reservado -le mimó ella-. Recuerda que siempre estaré de tu lado cualquiera sea la cosa que hagas.

-¿Y no te molestarás, no te volverás contra mí, Saxon? -le preguntó.

-¿Cómo podría hacerlo? No soy tu patrón, Billy. No te amonestaría por nada en el mundo. Y si tú permitieras hacer eso te querría la mitad de lo que ahora te quiero.

Billy tragó lentamente algo y por fin asintió.

-¿No te enojarás?

-¿Contigo? Aún no me has visto enojada. Bueno, sé generoso y dime cómo te hiciste daño en los nudillos. Es reciente, de hoy. Cualquiera podría adivinarlo.

-Muy bien, te diré cómo ocurrió -se detuvo y sonrió con una expresión sinceramente juvenil, como si estuviera recordando algo-. Se trata de ... ¿no te enojarás? ... Debemos hacer esas cosas para mantener nuestras posiciones. Bueno, el espectáculo se parece a un verdadero film, menos las palabras. Llega un "pesado" muy grande que tiene manos como jamones y pies que se parecen a cañoneras del Mississipi. Tiene el doble de mi estatura y también es joven. Sólo que no busca camorra y es inocente. .., bueno, es un "tiñoso" inocente que se encuentra frente a un par de los nuestros. No es un rompehuelgas vulgar, ¿comprendes?, sino que se trata simplemente de un gran papanatas que lee los avisos que publican los patrones, y que se viene por la ciudad boquiabierto, esperando ganar un gran salario. Y en eso llegamos Bud Strothers y yo. Siempre vamos juntos, y otras veces formamos un grupo más grande. Le digo al papanatas: "Hola, ¿anda en busca de un puerto; eh?" "Ha acertado", me dice él. "¿Sabe manejar?". "Sí". "¿Cuatro caballos?" "Muéstremelos", dice él. "Y ahora nada de bromas", le digo: "¿está seguro de que quiere trabajar?" "Para eso vine a ¡a ciudad", me responde. "Usted es el hombre que andamos buscando", le digo. "Venga y le daremos ocupación en el acto". Comprenderás, Saxon, que no podíamos resolver nada allí, ya que en el lugar se encontraba Tom Scanlon, tú ya conoces a ese guardia de cabeza colorada.. ., y estaba a un par de cuadras, y nos observaba aunque sin reconocernos. Y así fue que comenzamos a caminar los tres, Bud y yo adelantándonos a ese bobo que venía a arrebatarnos los puestos y que nada sospechaba. Dimos vuelta por el fondo del almacén de Campwell. No

había nadie a la vista. De pronto Bub se detiene en seco, y el papanatas y yo también lo hacemos. "No creo que él quiera conducir un carro", dijo Bud con toda consideración. "Puedo apostar la vida que no quiero otra cosa". "¿Está completamente seguro de que quiere el puesto?", le interroga él. Sí, estaba completamente seguro, y nada iba a detenerlo para conseguirlo. Había llegado a la ciudad para ese puesto, y no podíamos resolverlo tan rápidamente. "Bueno, amigo, mi triste obligación es decirle que usted ha sufrido un terrible error", le dije yo. "¿Cómo?", dice él. "Vamos", le digo. "Se le ve en los pies que miente". Y sinceramente, Saxon, ese torpe se miró los pies. "No comprendo", dice él. "Vamos a ver si se lo hacemos entender", le digo yo. Y, entonces.. ., ¡pim, pam, pum! Fu¿ el Cuatro de Julio, fuegos artificiales, luces azules, disparos al cielo, fue un infierno de fuego . .., exactamente. Y no se necesita mucho tiempo cuando uno está entrenado científicamente para ese trabajo del diablo. Por supuesto que resulta penoso para los nudillos. Pero, Saxon, si a ese papanatas lo hubieras visto antes y después hubieses creído que se trataba de un artista prestidigitador. ¿Te ríes? Realmente hubieras estallado.

Billy se detuvo para dejar escapar sus propias carcajadas. Saxon se contagió, pero por dentro estaba horrorizada. Mercedes tenía razón. Los trabajadores estúpidos se debatían y se peleaban por puestos. Los amos inteligentes viajaban en automóvil y no se debatían ni peleaban por nada. Alquilaban a otros hombres para que lo hicieran en su reemplazo. Eran hombres como Bert y Frank Davis, como Chester Johnson y Otto Frank, como Jelly Vientre y los guardias especiales de la policía, como Henderson y los otros "tiñosos", y todos ellos eran azotados, agarrotados, colgados. Oh, sí, los patrones eran muy inteligentes. A ellos nada les ocurría. Sólo andaban en automóviles.

-¡Eh, grandes "duros"!, grita el' bobalicón mientras trastabillaba y se venía abajo -siguió diciendo Billy-. "¿Está seguro de que todavía quiere ese puesto?", le pregunté. Sacudió la cabeza. Y entonces lo enteré de todos los bochinches. "Solamente le queda una cosa que hacer, viejo carcamal, y debe hacerla, ¿me entiende?, debe hacerla, debe volver a la granja, ¿comprende?, y si se aparece nuevamente por la ciudad para hacerse el mono lo volveremos loco de verdad. Esta vez sólo hemos jugado. Pero la próxima, si lo encontramos, va a quedar de tal manera que ni su propia madre lo reconocería." Y ... debías verle obedeciendo .. . Apostaría algo a que aún está corriendo. Y cuando llegue a Milpitas, o a Hoyo Dormido, o a cualquier lugar que sea, y cuente de qué manera los muchachos de Oakland acostumbran hacer las cosas, apostaría dólares contra buñuelos que no habrá un solo papanatas que venga a la ciudad para conducir un carro, aunque le ofrezcan diez dólares por hora.

-Es algo horrible -dijo Saxon riendo con aprecio, pero simulando en el fondo que estaba de acuerdo:

-Pero eso no fue nada -siguió diciendo Billy-. Un grupo de muchachos se encontró esta mañana con otro. No le hicieron nada, bendito sea el cielo, nada. En menos de dos minutos se convirtió en la ruina más lamentable que jamás fue descargada en la guardia de un hospital. Los diarios de la tarde publicaron los resultados: nariz rota, tres heridas profundas en el cuero cabelludo, un diente delantero desaparecido y fractura de un hueso del cuello, además de dos costillas rotas. Oh, por supuesto que recibió todo lo que se le dio. Pero eso no es nada aún. ¿Quieres saber qué hizo la gente de las caballerizas durante la gran huelga, antes del terremoto? Se apoderaron de todos los "tiñosos" que pudieron y les rompieron ambos brazos con una barra. Era para que no pudieran conducir ¿comprendes?

La verdad era que los hospitales estaban repletos de ellos. Y la gente de los establos ganó la huelga, naturalmente.

-Pero, Billy ¿es necesario llegar a cosas tan terribles? Sé que son "tiñosos" y que sacan el pan de la boca de los niños de los huelguistas para llevarlo a los suyos y que eso no está bien, y todo lo que quieras, es cierto, pero, aun así, ¿es necesario tanta violencia?

-Sin duda -respondió firmemente él-. Es necesario que le metamos miedo hasta a Dios. .., si podemos hacerlo sin ser apresados.

-¿Y si son capturados?

-Entonces la unión obrera acude a los abogados para que nos defiendan, aunque eso ahora no nos sirve de mucho, ya que los jueces están en contra nuestro y los diarios siguen golpeando para que las sentencias sean cada vez más duras. De todos modos, antes de que termine esta huelga habrá un montón de individuos que se lamentarán de haber sido "tiñosos" alguna vez.

Media hora después, de una manera muy cauta, Saxon trató de adivinar el estado de ánimo de su marido, de saber si él dudaba o no de su propio y violento comportamiento. Pero las

convicciones éticas de Billy eran profundas y tenían la solidez de la roca. Nunca se le ocurría pensar que no había estado completamente en lo cierto. El juego se presentaba de esa manera. Envuelto en toda aquella confusión, no veía otra manera de actuar que la que se presentaba. Sin embargo, no estaba por la dinamita ni por el asesinato. Además, por aquel entonces las uniones obreras no eran partidarias de esa conducta. La manera cómo explicaba la inconveniencia de estos últimos métodos resultaba candorosa: esa manera de actuar siempre traía la condenación por parte del público y además rompía con las huelgas. Pero el castigo saludable a un "tiñoso", sostenía, "infundir el miedo a Dios en un rompehuelgas", corno decía textualmente..., era lo apropiado, lo que debía hacerse normalmente.

-Nuestras gentes nunca tuvieron que hacer estas cosas -dijo

Saxon por último-. Nunca hubo huelgas ni "tiñosos" en aquellos tiempos.

-Puedes apostar con toda seguridad a que nunca lo hicieron -Billy estuvo de acuerdo-. Aquellos fueron los buenos tiempos, que ya han pasado. Me hubiese gustado vivir en ese entonces -aspiró largamente y suspiró-: Pero esos tiempos ya no volverán.

-¿Te hubiese gustado vivir en el campo? -preguntó Saxon.

-Seguramente.

-Hay mucha gente que ahora vive en el campo -sugirió ella.

-Es lo mismo. Se acercan a la ciudad buscando nuestros puestos.

XII

Cuando Billy consiguió un puesto de conductor de una yunta, en las excavaciones de los contratistas del gran puente que por aquel entonces se construía en Niles, fue como si apareciese un rayo de luz. Antes de aceptarlo se cercioró de que era un trabajo de acuerdo a las reglas de la unión obrera. Y este puesto duró dos días, hasta que los trabajadores del cemento arrojaron sus herramientas. Los contratistas, que evidentemente estaban preparados para cualquier contingencia, de inmediato llenaron los puestos con italianos que no se hallaban agremiados, y en seguida se unieron al paro los carpinteros, los obreros envarilladores de hierro y los conductores de vehículos. Y Billy, que carecía de dinero para pagarse el viaje de vuelta, pasó el resto del día caminando para llegar a su casa.

-No puedo trabajar como "tiñoso" -terminó diciendo al final de su relato.

-No -confirmó Saxon-, no puedes trabajar como "tiñoso".

Sin embargo estaba sorprendida porque a veces había trabajo y se pedían hombres, pero, no se podía trabajar porque la unión obrera negaba el permiso. ¿Para qué existían las uniones? Y si debían existir ¿por qué no estaban en aquéllas todos los trabajadores? De esa manera no habría "tiñosos" y él podría trabajar todos los días, ininterrumpidamente. También se preguntaba de dónde sacaría una bolsa de harina, pues hacía tiempo que habían terminado de consumir el pan que había comprado en la panadería. Y de la misma manera ocurría con las otras mujeres del vecindario, de tal modo que el pequeño panadero galense se vio en la necesidad de cerrar su negocio y se marchó del lugar, llevándose consigo a su mujer y a sus pequeñas niñas. En cierta medida a todos les tocaba en algo la tragedia de la falta de trabajo.

Cierta tarde llegó a su casa un visitante, y al anochecer Billy regresó con el rostro lleno de incertidumbre. Ese día había sido apalabrado. Le dijo a Saxon que todo lo que tenía que hacer era dar su palabra y entonces podría entrar en los establos en calidad de capataz, con un sueldo de cien dólares.

La posibilidad de que eso se produjera era casi un sueño asombroso para Saxon, sobre todo estando sentada frente a una cena de patatas hervidas, porotos recalentados y una pequeña cebolla seca que comía cruda. No tenían pan, café ni manteca. Billy había sacado la cebolla de su bolsillo después de haberla recogido en la calle. "¡Cien dólares al mes!" Ella se humedeció los labios y trató de dominarse.

-¿Por qué quieren ofrecerte eso? -le preguntó.

-La respuesta es fácil -respondió él-. Tienen unas cuantas razones. El tipo que estuvo manejando a Prince y a King es un torpe. King está delicado del lomo. Además, creo que sospechan que yo puse fuera de acción a unos cuantos "tiñosos". Macklin fue el capataz durante años y años, recuerdo que yo usaba pantalones cortos y en aquel entonces ya lo era. Bueno, resulta que ahora está enfermo y acabado. Necesitan alguien que lo reemplace. Además, también estuve trabajando para ellos durante bastante tiempo. Y, por sobre todas las cosas, soy el hombre indicado para el puesto. Saben que conozco los caballos como la palma de mi mano. ¡Diablos, soy bueno para todo menos para detener el trabajo!

-¡Piénsalo bien, Billy! -dijo ella ansiosa, conteniendo el aliento-. ¡Son cien dólares al mes! ¡Cien dólares al mes!

-¡Y dejar de lado a los compañeros! -respondió Billy.

No preguntaba ni afirmaba. Ella prefería que sucediese así, simplemente. Se miraron. Saxon aguardó a que hablara, pero la siguió mirando, simplemente. Se le ocurrió que ése era uno de los momentos más importantes de su existencia y trató de hacer un esfuerzo para encararlo con la más absoluta frialdad. Tampoco quería que Billy la ayudara en ese trance. Si tenía alguna opinión al respecto, Billy la ocultaba celosamente detrás de su cara inexpresiva. Sus ojos no dejaban entrever nada. Miró y aguardó la decisión de su esposo.

-Tú.. ., tú no puedes hacer eso, Billy -dijo ella por último-. No puedes dejar a tus compañeros.

El rostro de Billy se iluminó y extendió rápidamente la mano, radiante de alegría.

-¡Estréchala! -dijo mientras sus manos se entrecruzaban-. Tú eres la esposa más leal y angelical que jamás tuvo hombre alguno. Si los otros tuvieran compañeras como tú, podríamos vencer en cualquier huelga.

-Si no hubieses estado casado ¿qué hubieras hecho, Billy? -Los habría mandado al infierno antes de aceptar eso. -Entonces el hecho de estar casado no produce ninguna variante. Yo

estaré de tu lado, siempre. Si no lo hiciera no sería una buena mujer.

Saxon recordó al visitante que había Venido durante la tarde y le pareció que era el momento más propicio para hablar de ese asunto.

-Esta tarde un hombre estuvo aquí, Billy. Desea alquilar un cuarto. Le dije que conversara contigo. Me dijo que pagaría hasta seis dólares al mes por la habitación del fondo. Serviría para abonar la mitad de la cuota de los muebles, y también para comprar una bolsa de harina, ya que estamos sin harina.

Inmediatamente observó que Billy se oponía como antes. Saxon le observaba llena de ansiedad.

-¿Supongo que será algún "tiñoso" de los talleres?

-No, es fogonero de los trenes de carga que corren a San José. Dijo que se llama Harmon, James Harmon. Acaban de transferirle desde la seccional de Truckee. Dice que casi siempre duerme de día, y por eso quiere vivir en una casa tranquila, sin chicos.

Finalmente, aunque lleno de aprehensión, y después que Saxon insistiera mucho que eso le demandaría poco trabajo, Billy consintió, aunque se mostró arrepentido y después siguió protestando.

-Pero no quiero que hagas la cama de ningún hombre. Eso no me gusta, Saxon. Yo debería encargarme de ti.

-Y lo harías -respondió ella inmediatamente- si aceptases el puesto de capataz. Pero no puedes consentir. No estaría bien. Y yo pienso de la misma manera que tú: que me dejes hacer lo que puedo, lo correcto.

James Harmon era menos fastidioso de lo que Saxon había pensado. Como era fogonero resultó ser un hombre muy aseado, y antes de regresar a la casa se lavaba en el depósito de máquinas. Usaba la llave de la puerta de la cocina, entrando en la casa por atrás. Sólo le dirigía la palabra a Saxon para preguntarle: "¿Cómo está usted?", o sino le daba los buenos días, y después se pasaba la vida durmiendo de día y trabajando por las noches. Llevaba una semana de pensionista cuando Billy le vio por primera vez.

Billy comenzó a llegar cada vez más tarde al hogar, y después de cenar salía nuevamente. Parecía que no quería decirle a Saxon dónde iba. Ella tampoco se lo preguntaba. Pero era necesaria muy poca imaginación para adivinarlo. Percibía claramente el aliento a whisky en sus labios. Sus maneras; naturalmente lentas y reflexivas, se habían acentuado más que nunca. La bebida no le afectaba las piernas, y caminaba derecho como cualquier hombre sereno. Tampoco había vacilación ni desfallecimiento en sus movimientos musculares. El licor se le subía a la cabeza, entornando sus párpados y haciendo más vacilantes sus pupilas ya naturalmente nebulosas de por sí. No era huidizo, precipitado ni irritable. Al contrario, la bebida daba a sus procesos una gravedad honda y una solemnidad meditativa. Hablaba poco, pero cuando lo hacía era de mal presagio, como un oráculo aciago. En esos casos era inútil apelar o discutir ante sus juicios. Era tan sabio como Dios. Y cuando se decidía a expresarse rudamente, lo hacía con una dureza diez veces mayor que de costumbre, aunque parecía que esa actitud surgía de cavilaciones muy profundas, como si fuese producto de algo surgido de su misma reflexión, de su misma formación mental.

Y lo que mostraba delante de Saxon no era nada agradable. Era como si fuera casi una persona extraña que apareciese para vivir junto con ella. Y a pesar de sí misma se encontró cohibida delante de él. Y no podía hallar consuelo al pensar que ese ser era el mismo que en el pasado se había mostrado amable y delicado. Ante esa situación realizó un verdadero esfuerzo para evitar que se produjesen choques y disputas. Y entonces, precisamente, Billy trató de crear una situación agresiva, lleno de gozo y de petulancia. Todo eso estaba escrito en su cara. Ya no era aquel muchacho sonriente de rostro placentero. Ahora sonreía raramente. Tenía la cara de un hombre. Los labios, los ojos, los rasgos denotaban dureza, de la misma manera que sus pensamientos.

No se mostraba desatento con Saxon, salvo en alguna ocasión muy rara. Pero tampoco era muy amable. Su actitud para con ella era cada vez más negativa. No se interesaba por su mujer. A pesar de la lucha en la unión obrera, Saxon había permanecido a su lado y padecido todo. Sin embargo, parecía que ocupaba muy poco lugar en los pensamientos de Billy. Cuando había suavidad en sus maneras podía adivinar que lo hacía de un modo mecánico, como si fuese consciente de que los términos cariñosos que empleaba, las caricias llenas de ternura que le hacía, fuesen solamente cosas impuestas por la costumbre. Todo lo que partía de él había perdido espontaneidad y calor. A menudo, cuando no había bebido, resurgía

nuevamente el antiguo Billy, pero esos destellos eran mucho menos frecuentes. Billy mostraba una actitud cada vez más preocupada. Los tiempos duros y la intensidad amarga de los conflictos del trabajo lo habían convertido en una persona que estaba constantemente en tensión. Eso era más notorio durante el sueño, cuando tenía paroxismos llenos de terribles pesadillas, cuando gruñía y murmuraba, apretaba los puños, hacía crujir los dientes, se revolvía y distorsionaba sus músculos, empalidecía su rostro lleno de pasión y de violencia, y su garganta vomitaba maldiciones horribles que aparecían y luego se desvanecían de la superficie de sus labios. Y mientras tanto Saxon, que permanecía acostada a su lado, sentía miedo de ese visitante que no terminaba de reconocer, y recordaba lo que Mary le había contado de Bert. También éste había maldecido y apretado los puños durante aquellas noches de huelga en las que se vio envuelto.

Pero a pesar de todo Saxon veía con claridad una cosa. Billy no se convertía deliberadamente en ese otro ser desagradable. Si la huelga no hubiese existido, de la misma manera que la riña o la disputa por los puestos, ella poseería entonces al antiguo Billy que tanto había amado. Y aquel terror colmado de pesadillas sólo hubiese sido un sueño sencillo. Es que había algo que irrumpía en él, una imagen que emergía de las circunstancias exteriores, cruel, fea y tan malvada como esas mismas condiciones exteriores. Pero si la huelga continuaba, Saxon temía, y con razón, que este Billy siguiera creciendo lleno de vigor, y alcanzara una estatura mayor, más terrible. Y si eso se producía, Saxon sabía que significaría la ruina del más grande amor de su vida. A un Billy así no podría amarle; un Billy transformado de esa manera no merecería ser amado ni podría dar amor. Y entonces temblaba al pensar en lo que ocurriría si esas circunstancias se daban. Sería demasiado terrible. Y en esos momentos de íntima introspección se repetía incansable la eterna queja humana: "¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

También Billy se preguntaba y no encontraba respuestas.

-¿Por qué no daban un paso adelante las industrias de la construcción? -pedía iracundo en medio de las tinieblas que rodeaban a la vida y al mundo que habitaba-. Pero no: O'Brien no sería partidario de una huelga, y él tiene al Consejo de los Gremios de la Construcción debajo de su pulgar. Pero ¿por qué no lo apartan violentamente y acuden, de todos modos? Hubiéramos ganado en toda la línea desde el primer momento, y sin movernos para nada. Pero no, O'Brien los tiene bien sujetos de los pies, los tiene hundidos hasta su sucia garganta en medio de la coima y de la politiquería. ¡Maldita sea la Federación del Trabajo! ¿Acaso no se hubiera ganado la huelga en los talleres y no hubiese quedado aniquilada si hubiesen avanzado todos los muchachos del ferrocarril? . . . ¡Señor!, hace mucho que no tengo una bocanada de humo de un tabaco decente, o una taza de café mediano ... Ya le perdí el gusto a una comida de verdad. Ayer me pesé. Tengo quince libras menos que cuando empezó la huelga. Y si esto sigue durante mucho tiempo, podré pelear en la categoría de peso mediano. Y eso fue lo que conseguí por pagar cuotas a la unión obrera durante años. No puedo comer en forma y mi mujer se ve obligada a hacerle la cama a otros hombres. Esto me cansa y me duele. Algún día ya no aguantaré más y voy a expulsar a ese inquilino.

-Pero él no tiene la culpa -protestaba Saxon.

-¿Y acaso soy yo el culpable? -respondió agriamente-. ¿No puedo patalear si es que se me da la santa gana? El resultado es siempre el mismo: me enferma. ¿Qué objeto tiene la organización obrera si no puede mantenerse unida? Por el valor de dos centavos podría renunciar a todo y pasarme del lado de los patrones. Pero no lo haré. ¡Malditos sean! Y si creen que pueden hacernos arrodillar, déjenlos que sigan creyendo eso y veremos qué resulta. Pero así mismo me tiene mal, enfermo. Todo el mundo está hundido. No tienen el menor sentido de nada. ¿Qué objeto tiene sostener una unión obrera que no puede ganar la huelga? ¿Qué se gana con romper piedras sobre las cabezas de los "tiñosos" si siguen afluyendo en mayor cantidad que nunca? Todo eso huele muy mal, y creo que yo también hiedo.

Esos estallidos de Billy eran poco comunes, y Saxon sabía que era la primera vez que se producían en él. Siempre estaba malhumorado, se mostraba terco y caprichoso en todo, mientras que el whisky sólo servía para que sus veleidades aumentaran y se arrastraran en su mente como si fueran gusanos.

Cierta vez Billy llegó a su casa ya pasada la medianoche. La ansiedad que Saxon sintió crecía cada momento, porque se habían anunciado choques con la policía y luchas callejeras. Cuando Billy llegó, el aspecto que tenía no hizo otra cosa que confirmar las versiones que circulaban en la ciudad. Las mangas del saco estaban semidesgarradas. El moñito que usaba como corbata había desaparecido debajo del cuello blando de la camisa, de la cual habían

desaparecido todos los botones de la pechera. Cuando se quitó el sombrero, Saxon se asustó por el tremendo moretón casi del tamaño de una manzana que tenía en la cabeza.

-¿Sabes quién me hizo eso? ... Hermann, ese holandés baboso, y se sirvió del garrote que se usa en los disturbios. Y algún día le devolveré algo de lo que me dio, y con creces. Y hay otro sujeto que ya he marcado y que me alimentará cuando haya terminado la huelga y las cosas se tranquilicen. Se llama Blanchard, Roy Blanchard.

-¿No es Blanchard, el de Perkins y Cía.? -preguntó Saxon mientras seguía atareada lavando la herida de Billy y luchando por mantenerlo en calma.

-Sí, pero es el hijo del viejo. ¿Acaso él ha hecho algo durante toda su vida, salvo tirar el dinero del padre? Se dedica a hacer de rompehuelgas. Desarrolla un gran juego espectacular de escenario, creo que así hay que llamarlo. Se ingenia para que su nombre aparezca en los diarios, y consigue que todas las faldas con las que anda repitan: "¡Oh, ese Roy Blanchard es un oso!" Un oso ... ¡Es un comilón de pasteles, eso es lo que es! Y algún día se convertirá en carne de oso para mí. Nunca sentí en mi vida tantos deseos de aniquilar a un hombre. Y me parece que me olvidaré del guardia holandés. Ya recibió lo que le corresponde. Alguien le rompió la cabeza con un trozo de carbón del tamaño de un balde. Sucedió cuando los carros doblaban en la calle Franklin, justamente en la esquina de la Ocho, cerca del Hotel Galindo. Allí tuvo lugar una lucha muy dura y algún muchacho del hotel le tiró un pedazo de carbón desde una ventana del segundo piso... Estaban peleando en cada cuadra del camino, se tiraban ladrillos, piedras, y la policía enarbolaba garrotes para atajarlos. No se atrevieron a llamar a las tropas. Y también temían disparar. Conseguimos hacer unos claros en las fuerzas de la policía, y las ambulancias y los carros de patrullaje tuvieron que trabajar fuera de horario. Pero interrumpimos el tránsito en la esquina de la 'calle Catorce y Broadway, justamente en las puertas del Palacio Municipal, y nos corrimos hacia el fondo, detrás de aquél, desatamos los caballos de cinco carros, y de paso les dimos algo a los muchachos de los colegios para que tuvieran un recuerdo nuestro. Las reservas policiales los salvaron de ir al hospital. Y sin embargo estuvieron merodeando por allí durante una hora. Hubieses visto también los tranvías bloqueados a lo largo de Broadway, de la Catorce, de San Pablo, hasta donde alcanzaba la vista.

-¿Pero Blanchard qué hizo? -le recordó Saxon.

-Encabezaba el desfile de los carros y manejaba mi yunta. Todas las yuntas pertenecían a mi establo. Consiguió reunir a un montón de escolares. . ., muchachos de las sociedades deportivas y estudiantiles, creo que así se los llama, cachorros que en realidad viven del dinero de sus padres. Llegaron hasta los establos en grandes automóviles de paseo y engancharon los carros siendo ayudados por la mitad de la policía de Oakland. Sí, puede decirse que hoy fue un día de mucho trabajo. . . Les llovían las piedras del cielo, y debieran oír el ruido de los garrotes al golpear sobre sus cabezas... ¡Ba, ra, ha, ra, ha! Y mientras el jefe de policía estaba sentado en su camión como si fuese un Dios Todopoderoso..., hasta que llegamos a la calle Peralta. Ellos estaban a una cuadra de distancia y en ese momento la policía cargaba contra nosotros. Una mujer vieja le arrojó al jefe de policía en plena cara un gato muerto. ¡Uff! Se pudo escuchar bien claramente cómo les gritaba a los guardias mientras sacaba su pañuelo! "¡Arresten a esa mujer!" Pero los muchachos azotaron a los guardias y entonces la vieja pudo seguir su camino. ¿Pero se hizo algo? Sí, creo que sí. El hospital de emergencia donde se los atendió bruscamente quedó repleto de gente, y los que sobraban fueron llevados al de Santa María, al Fabiola y a algún otro más. Fueron apresados ocho de nuestros hombres, y también doce conductores de San Francisco que llegaron para reforzarnos. Daba la impresión de que la mitad de los trabajadores de Oakland estaban de parte nuestra, y ahora debe haber en la cárcel un ejército entero. Nuestros abogados tendrán que atender sus casos. Pero juro que es la última vez que se los ve a Roy Blanchard y a babosos de semejante riñón entremetiéndose en nuestros asuntos. Creo que les enseñamos algo de fútbol. ¿Viste ese edificio de ladrillos que están haciendo en la calle Bay? Allí empezamos, y los pescantes de los carros quedaron ocultos por la cantidad de ladrillos que les arrojamos cuando salían de los corralones. Blanchard iba a la cabeza manejando el primer carro. En cierto momento fue despedido del pescante donde se sentaba, pero insistió en volver al mismo sitio.

-Debe ser un hombre bravo ... -dijo Saxon.

-¿Bravo, te parece? -dijo Billy encendido-. Cualquiera puede serlo con la policía, el ejército y la armada detrás. Supongo que estarás de su parte en la próxima ocasión que se presente. ¿Bravo, uno que arranca-el pan de la boca de nuestras mujeres y niños ... ? ¿Acaso anoche no

murió el pequeño Curley Jones? La leche de la madre no conseguía nutrirlo porque no comía lo suficiente. Y sé, y tú también estás enterada, de una docena de tías viejas y de cuñadas que tuvieron que montar a caballo para llegar hasta el asilo porque sus gentes no podían cargar con ellos en esos momentos.

En el diario de la mañana Saxon pudo leer la fútil tentativa que se hizo para romper la huelga de los conductores de carros. Roy Blanchard aparecía allí como un héroe, y era presentado como modelo de los ciudadanos acaudalados. Y, a pesar de sí misma, no pudo dejar de admirarlo por su valentía. Había algo de hermoso en su actitud de enfrentar a aquella manada que vociferaba. Se citaba la opinión de un brigadier general del ejército, que se lamentaba del hecho de que no se pudieran apelar a las tropas para atrapar a esa multitud de la garganta, para aplicarles la ley y el orden dentro de sus cuerpos. "Este es el momento indicado para un saludable derramamiento de sangre", eran las palabras con que concluía sus declaraciones, después de lamentar los métodos pacíficos empleados por la policía, "ya que hasta que la turba no haya sido completamente vencida y acorralada, no habrá tranquilidad para el trabajo".

Ese atardecer Saxon y Billy llegaron hasta el centro de la ciudad. Al regresar a su casa, y como no encontraron nada para comer, él la tomó de un brazo, colgó su sobretodo del otro, y fue a lo del tío Sam para empeñarlo. Luego fueron a un restaurante japonés, donde comieron algo seco que, milagrosamente, satisfacía a medias el apetito por la módica suma de diez centavos. Y después se dirigieron a un cine, donde gastaron cinco centavos más cada uno.

En el edificio del Central Bank se encontraron con dos carreros en huelga que les hicieron seña y lo cargaron a él sólo. Saxon le esperó en la esquina durante tres cuartos de hora. Cuando regresó se dio cuenta de que él había estado bebiendo.

Media cuadra más lejos, al pasar cerca del café Forum, se detuvo bruscamente. En el recodo había una "limousine" y un hombre joven ayudaba a subir a varias mujeres maravillosamente vestidas. Un chófer estaba adelante, esperando solícito alguna orden. Billy rozó el brazo del joven. Como Billy, tenía hombros amplios, pero era ligeramente más alto. Tenía ojos azules y facciones firmes. A Saxon le pareció muy simpático.

-Quiero decirle una sola palabra, compañerito -le dijo Billy con una voz baja y lenta.

El joven los miró a Saxon y a Billy e, impaciente, preguntó:

-Bueno ¿de qué se trata?

-Usted es Blanchard -comenzó a decir Billy-. Ayer le vi encabezando el grupo de carros.

-¿Acaso no hice lo que debía? -preguntó Blanchard alegremente al mismo tiempo que miraba de una manera resplandeciente hacia Saxon.

-Seguramente, pero no quiero hablarle de esto.

-¿Y usted quién es? -le preguntó suspicaz, 'bruscamente.

-Un huelguista. Lo que ocurrió, simplemente, es que usted manejaba mi yunta de caballos, eso es todo... No, no haga nada para sacar su pistola -Blanchard ya había metido la mano en el bolsillo en busca del arma-. No deseo comenzar ningún lío aquí. Sólo quería decirle algo.

-Apúrese, entonces.

Blanchard dio un paso adelante como para entrar en el coche.

-Sucede -continuó Billy sin apuro, desesperadamente lento- que quiero decirle que lo tengo marcado. Pero ahora no va a suceder nada, sino después, cuando la huelga haya terminado. Entonces le voy a dar la paliza más grande de su vida.

Blanchard lo miró a Billy con una curiosidad renovada. Sus ojos lo medían con chispeante desprecio.

-Soy bastante grande, también -le dijo-. ¿Le parece que podría hacer eso?

-Claro. Su carne me pertenece.

-Perfectamente, amigo. Véame cuando haya terminado la huelga y le ofreceré una oportunidad.

-Recuérdalo -agregó Billy-, lo voy a tender a lo largo.

Blanchard hizo una inclinación de cabeza, les sonrió alegremente, saludó a Saxon con el sombrero y entró en el automóvil.

XIII

Desde ese momento la vida no tenía ningún sentido para Saxon, ninguna razón de ser. Fue algo vacío, como una pesadilla. Todo lo que era irracional podía ser posible. No había nada estable en el fluir anárquico de los acontecimientos que la arrastraban, y sólo Dios podía vislumbrar el fin catastrófico que tendría todo. Si aún hubiese podido confiar en Billy, todo se habría desarrollado bien. Si él le servía de protección se habría enfrentado sin temor ante la realidad. Pero Billy se había alejado de ella hundido dentro de un vértigo, enajenado. El cambio que se había operado en él era tan notable que casi parecía un intruso en la casa. En sus ojos había otro hombre que la miraba lleno de violencia y de odio, alguien que no servía para hacer nada bueno y que se había convertido en `un ardiente protagonista del mal universal. Aquel ser ya no condenaba la actitud que en un tiempo había adoptado Bert. Ahora él mismo hablaba vagamente de dinamita, sabotaje y revolución. Saxon luchó por mantenerse dentro de aquella dulzura, de la aparente frialdad de temperamento que Billy había admirado en otros tiempos. Durante una sola ocasión llegó a perder el dominio de sí misma. Billy se hallaba en un estado de ánimo particularmente desagradable, y por último una acción .ruda e incorrecta la sacó de sus casillas.

-¿Pero a quién le estás hablando así? -le gritó.

Billy quedó mudo, avergonzado, y la miraba lleno de estupefacción, con una cara pálida y colérica.

-Por favor, no vuelvas a hablarme de esa manera, Billy -le pidió ella.

-¿No puedes perdonar un acceso de malhumor? -dijo disculpándose pero sin dejar de ser desafiante-. Dios sabe perfectamente que tengo más de un motivo para volverme maniático.

Cuando Billy abandonó rápidamente la casa, ella corrió hacia el dormitorio y sollozó con el corazón destrozado. Conocía en toda su plenitud la humildad del amor pero al mismo tiempo estaba llena de orgullo. Sólo los orgullosos podían ser realmente humildes, los fuertes verdaderamente amables. Pero se preguntaba qué objeto tenía ser digna y considerada cuando la única persona en el mundo que le interesaba perdía su amor propio, su amabilidad y su corrección, y hacía que todo fuera más dificultoso.

Sola había enfrentado la honda lesión que le había producido la pérdida de la criatura, y ahora tenía que hacer frente a un contraste. mayor e íntimo. No amaba menos a su Billy, pero quizás sucedía que su cariño era menos orgulloso, menos confiado, menos cierto, y en aquel se mezclaban la piedad y hasta el desdén. Su propia lealtad se veía amenazada por la debilidad, y temblaba y se cohibía ante el temor de ver crecer la indiferencia en sí misma.

Trató de afirmarse ante esa situación. El perdón se infiltró en su alma y se sintió aliviada, hasta que supo que en el amor más verdadero y alto el perdón tampoco debía inmiscuirse. Y nuevamente lloró presa de aquel combate que se libraba en su alma. Porque después de todo había una cosa que era muy cierta para ella: "este Billy no era el que ella había amado", era otro hombre, un individuo enfermo, y debía ser considerado tan responsable como alguien preso de una fiebre, de un delirio enloquecedor. Debía, por lo tanto, convertirse en su enfermera, sin ninguna vanidad ni desdén y sin nada que perdonar. Además, en verdad era el que cargaba con la parte más agobiadora de la lucha porque estaba en el centro de ella, anonadado por las series sucesivas de golpes que recibía. Si realmente había alguna culpa, ésta se encontraba en otra parte, en otro lugar, confundida con la maraña de los acontecimientos que hacían que los hombres riñesen por los puestos, de la misma manera que los perros por sus huesos.

Así fue que Saxon levantó su espíritu y se armó de un escudo para combatir en la pelea más dura que se desarrollaba en la arena del mundo: la lucha de la mujer. Desalojó de su alma cualquier duda o desconfianza, y no perdonó nada porque no había necesidad de conceder perdón. Se convenció y creyó absolutamente que su amor y el de Billy no había sido rozado ni perturbado, y se mantuvo serena como siempre lo había sido, como sería nuevamente cuando el mundo se pacificara sobre bases racionales.

Cuando esa noche Billy regresó a su casa, Saxon le propuso como medida de emergencia que podría reanudar el trabajo de aguja para mantener hirviendo el caldero, por lo menos hasta que la huelga terminara y pasara. Pero Billy no quería escuchar nada de eso.

-Está muy bien -le repitió-, pero no hay ninguna necesidad de que trabajes. Antes de fin de semana voy a conseguir algún dinero y te lo entregaré. El sábado por la noche asistiremos a un espectáculo, un verdadero espectáculo distinto del cinematógrafo. Están llegando los

menestrales negros de Harvey. El sábado por la noche iremos a verlos. Y tendré el dinero antes, tan cierto como que los porotos son porotos.

El viernes por la noche Billy no vino a su casa a cenar. Saxon lo lamentó ya que Maggie Donahue le había devuelto una sartén con papas y medio kilo de harina, en reciprocidad de las facilidades que ella le había concedido la semana anterior, y una reconfortante cena le esperaba. Saxon mantuvo encendida la estufa hasta las nueve de la noche, y a pesar de que no que. ría hacerlo, poco después se marchó a la cama. Quería aguardarle despierta, pero no se atrevía a hacerlo porque podía suceder que él regresase bebido, como tantas otras veces, y eso producía efectos desastrosos.

El reloj acababa de dar la una de la madrugada cuando escuchó que la puerta de calle rechinaba. Escuchó cómo subía los escalones de la entrada lenta, pesada, siniestramente, y también el ruido que hacía con las llaves. Penetró en el dormitorio y le oyó suspirar cuando se sentaba. Permaneció tranquila, pues ya sabía lo quisquilloso que le volvía la bebida, y se preocupaba hasta el fastidio de n_ o herirle ni dejarle entrever que había permanecido despierta esperándole. Eso no era fácil. Sus manos estaban apretadas y se clavaba las uñas en las palmas, y su cuerpo se mantenía rígido en un supremo esfuerzo por controlarse a sí misma. Nunca había sucedido que llegara a la casa en el estado en que lo hacía ahora.

Billy se desperezó y bostezó.

-Saxon -la llamó con una voz llena de cansancio-, Saxon.

-¿Qué hay? -le preguntó.

-¿No podrías encender un fósforo? Tengo los dedos deshechos.

Lo hizo sin mirarle. Pero sus manos temblaban tan nerviosa y violentamente que hizo ruido dentro del tubo de la lámpara y entonces el fósforo se le apagó.

-No estoy borracho, Saxon -le dijo él en medio de la oscuridad, con cierta entonación irónica a pesar de su voz cansada-. Sucede que sólo he recibido dos o tres golpes...

Cuando lo intentó por segunda vez, Saxon logró encender , la lámpara. Se volvió para mirarle y gritó asustada. Aunque había escuchado su voz y sabía que era Billy quien le hablaba, no le reconoció al instante. Su cara estaba irreconocible: hinchada, desfigurada, llena de equimosis, descolorida, sin sus rasgos habituales. Tenía un ojo completamente cerrado, y el otro, apenas abierto, estaba congestionado por la sangre. Una de las orejas parecía despellejada. Todo el rostro era una masa deforme e hinchada. El lado derecho de su mandíbula era doble del de la izquierda. No había nada de sorpresivo en su manera cansada de' hablar, pensó ella, y vio que sus labios abultados y partidos todavía estaban sangrando. Quedó aterrada ante el espectáculo que tenía delante, y se sintió invadida por una ola de ternura. Quería abrazarle y acariciar, aplacarle, pero su manera de ser práctica le aconsejó otro proceder.

-¡Oh pobre muchacho! -exclamó-. Dime qué quieres que haga primero. No sé nada de estas cosas.

-Si me pudieras ayudar a quitarme la ropa -sugirió con una voz débil y cansada-. Recibí el castigo antes de ponerme en guardia.

-Y luego te traeré agua caliente..., te hará bien -dijo ella mientras comenzaba a despojarle suavemente el saco a través de uno de los brazos, que tenía la mano endurecida e inútil

-Ya te dije que están como muertas- hizo una mueca levantó el brazo y se contempló la mano con la escasa vista que le quedaba.

-Quédate aquí y espera -le dijo Saxon-. Encenderé e fuego y tendremos agua caliente. No tardará ni un minuto Después terminaré de quitarte la ropa.

Desde la cocina pudo escuchar cómo mascullaba, y cuando regresó Billy repetía continuamente:

-Necesitábamos el dinero, Saxon, lo necesitábamos...

Ella se daba cuenta de que el no estaba bebido, y por lo que decía comprendió que de a ratos deliraba.

-fue una pelea sorpresiva -divagó él mientras procedía a desvestirle, y después, lentamente, pudo ensamblar las palabras hasta explicar lo ocurrido en su totalidad.

-Era un desconocido, de Chicago, y lo tiraron contra mí.. El secretario del Acme Club me previno que debía tener las manos bien duras. Y de estar en condiciones hubiese vencido. Pero con quince libras de menos y sin entrenamiento fue imposible. Además, he bebido bastante a menudo y no me encontraba en mi verdadero punto.

Pero cuando Saxon le quitó la camisa ya no le escuchó más. Le era imposible reconocer sus espaldas magníficas y musculosas, de la misma manera que el rostro. La sedosidad blanca de su piel estaba desgarrada y ensangrentada. Las heridas eran numerosas, tanto horizontales como verticales, siendo más abundantes las primeras.

-¿Cómo te hiciste todo eso? -le preguntó ella.

-Con las cuerdas. Estuve pegado a ellas más tiempo del que quisiera recordar. Oh, por cierto que él me dio lo que me correspondía. Pero le escapé. No pudo dejarme knock-out. Pude resistir las veinte vueltas, y te puedo asegurar que le dejé algunas marcas que le harán recordar de mí. Y si no se rompió un par de nudillos de la mano izquierda, soy un verdadero ganso... Siento algo en la cabeza, aquí. Está hinchada ¿no? Seguramente. Me golpeó más de lo que quisiera recordar. Le llaman "El Terror de Chicago". Me descubro respetuosamente ante él. Verdaderamente es un oso. Pero si mi seda hubiese estado en condiciones podría haberle hecho besar la lona durante diez segundos. ¡Parece que tengo fuego! ¡Cuidado!

Saxon estaba temblando. A la altura de la cintura había tocado una superficie inflamada del tamaño de un plato de sopa. -Eso es consecuencia de los golpes que me dio en el riñón le explicó Billy-. Era un verdadero demonio por lo insistente. Golpeaba con regularidad, como un cronómetro, como un hacha que subiese y bajase constantemente..., hasta que quedé "groggy" y ya no tuve noción de nada. No me dejó knock-out, ¿sabes?, pero es terrible si hay que soportarlo durante todo el combate. Le arrancan el almidón que uno lleva adentro.

Cuando las piernas quedaron desnudas, Saxon observó que la piel, a la altura de sus rodillas, había desaparecido.

-Es que la piel no fu¿ hecha para resistir a un muchacho pesado como yo e, inclinado sobre las rodillas -se adelantó a decirle-. Y cuando me levantaba, la lona cortaba como un verdadero infierno.

Los ojos de Saxon estaban llenos de lágrimas, y hubiese querido sollozar fuertemente ahí mismo, sobre el cuerpo zarandeado de su muchacho hermoso y malherido.

Cuando llevaba los pantalones para colgarlos, percibió el tintineo de plata en los bolsillos. La llamó y sacó del pantalón un puñado de monedas.

-Necesitábamos el dinero -agregó-, lo necesitábamos -repitió mientras trataba de contar las monedas inútilmente. Saxon se dio cuenta de que los pensamientos de Billy volvían a ser inconexos, vagos.

Todo eso le hacía doler el corazón, porque ahora recordaba los desagradables pensamientos que había tenido y amenazado la lealtad hacia su hombre durante la semana anterior. Después de todo, Billy, ese muchacho maravilloso, no era otra cosa que un niño, dotado físicamente de una manera espléndida, pero sólo un niño, su niño. Y había enfrentado y sufrido aquel castigo sólo por ella, por la casa y los muebles de Saxon, que al final eran de ambos. Eso era lo que quería explicar cuando decía: "Necesitábamos ese dinero". No era como ella había imaginado; sí, había estado bien en los pensamientos de Billy. Y allí dentro, en medio de su alma desnuda y triste, había seguido pensando en ella, en nosotros por encima de todo.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras se inclinaba sobre él, y creyó que nunca le había amado tanto como en ese instante.

-Toma, cuéntalo -dijo renunciando al esfuerzo y entregándole el dinero-. ¿Cuánto es?

-Diecinueve dólares con treinta y cinco centavos.

-Está bien..., es el pucho del perdedor... Veinte dólares. Tomé algunos tragos, invité a un par de muchachos y después pagué los boletos del tranvía. Si hubiese ganado tendría cien dólares. Por eso fue que peleé. Hubiéramos estado en situación cómoda durante algún tiempo. Tómalo, guárdalo, eso es mejor que no tener nada.

Cuando se acostó no logró dormir por el dolor que sufría, y a cada momento ella se encontraba a su lado para cambiarle las compresas calientes que tenía sobre las heridas, para suavizar los rasguños con agua de castañas y colocarle "cold cream" en las yemas de los dedos más doloridos. Y mientras tanto gruñía a intervalos, tartamudeaba, hablaba de la pelea, trataba de aliviarse, refería sus percances, expresaba su tristeza porque no había ganado y en cambio había perdido dinero, y daba a entender que su amor propio estaba lesionado; y esto último era lo peor de todo, peor aún que su estado físico y el dinero que pudo haber ganado si hubiese vencido.

-Pero de todas maneras no consiguió voltearme. Sólo se descargó completamente en los instantes en que estaba tan maltrecho que ya levantaba los brazos en alto. La multitud estaba

como enloquecida. Les mostré la fibra que tenía. A veces él me acunaba, pero le hice evaporar muchos de los humos que tenía en las primeras vueltas... No sé cuantas veces me hizo caer. De pronto todo se puso muy nebuloso... Hacia el final, hubo un momento en que lo veía repetido tres veces sobre el cuadrado, y no sabía a cuál de ellos golpear y de cuál defenderme... Pero lo burlaba, sin embargo. Cuando no veía ni sentía, cuando mis rodillas estaban deshechas y mi cabeza bailaba como una calesita, asimismo caía con seguridad entre sus tenazas. Apostaría algo a que las manos del árbitro estaban cansadas de tanto separarnos... ¡Pero qué manera de disparar golpes!...

Dime, Saxon, ¿dónde estás? Oh, aquí, ¿eh? Bueno, esto te puede servir de lección. No cumplí mi palabra y me puse a pelear para ver qué sacaba. Mírame. Tal vez puedas aprender algo y no caer en el mismo error, quiero decir, trabajando y vendiendo otra vez esos artículos de lujo... Pero lo burlé, y con todos sucedió lo mismo. Al principio las apuestas eran parejas. Pero a la sexta vuelta, ya hasta los más incrédulos ofrecían dos por uno en contra de mí. Estaba liquidado desde el principio..., era bien evidente. Pero no pudo tenderme y dejarme knock-out. Cuando estábamos en la décima vuelta ya apostaban que no resistiría hasta la decimoquinta. Y duré las veinte enteras. Pero recibí cierto castigo, verdaderamente, cierto castigo que... Porque hubo cuatro vueltas que me pareció que estaba soñando durante todo el tiempo..., sólo que me mantuve de pie, peleé, o me tiraba y me quedaba tendido hasta ocho, y me levantaba de nuevo y daba vueltas, y rehuía la pelea y me defendía. No sé lo que hice en realidad, sólo sentía que me encontraba allí y que debía seguir adelante. No recuerdo nada desde la vuelta trece, cuando me zambulló en la lona, hasta la décimo octava ... ¿Dónde estaba? Ah, sí.!. Abrí los ojos, mejor dicho uno sólo, porque el otro lo tenía completamente cerrado. Y me encontré en mi rincón, con las toallas empapadas de amoníaco sobre la nariz, mientras que Billy sostenía un pedazo de hielo en la parte posterior de mi cuello: Y a través del cuadrado podía ver al "Terror de Chicago", y debía esforzarme para pensar que estaba peleando con él. Era como si hubiese estado en otra parte y recién regresase. "¿En qué vuelta estamos?" le pregunté a Billy "Va a empezar la decimoctava", me dijo. "¡Diablos!", le dije. "¿Y qué pasó en todas estas vueltas? La última que recuerdo es la trece". "Eres estupendo", me dijo Billy. "Estuviste afuera durante cuatro vueltas, y el único que lo sabe soy yo. Durante todo el tiempo traté de hacerte abandonar la lucha". Y en ese preciso momento sonó la campana y pude ver cómo el Terror avanzaba hacia mí. "¡Abandona!", me gritó Billy haciendo el gesto de tirar la toalla. "¡Jamás en mi vida!", le contesté. "¡Abandona, Billy!" siguió diciéndome. En ese instante "Terror" se había acercado a mi rincón y estaba con la guardia baja, y me miraba. El referee también me miraba, así como también el público entero, que estaba tan silencioso como todo el local. Si hubiese caído un alfiler se habría escuchado perfectamente. Entonces dentro de mi cabeza algo se aclaró, aunque no mucho. "No puedes vencer', me dijo Billy. "Mírame", le dije. Y entonces embestí a "Terror", tomándole de sorpresa. Estaba tan groggy que no podía sostenerme en pie, pero a pesar de todo aún no sé cómo me mantuve firme y le di duro a "Terror" en medio del cuadrado y lo llevé hasta su rincón, y resbaló y cayó, y yo encima de él. El público estaba verdaderamente enloquecido ... ¿Dónde estaba? ... , mi cabeza daba vueltas, creo.. . Zumbaba como si tuviera adentro un enjambre de abejas.

-Decías que caíste sobre él, en un rincón -dijo Saxon rápidamente.

-Ah, sí, bueno, antes de estar otra vez de pie lo embisto de la misma manera a través del cuadrado, a pesar de que no podía mantenerme de pie, y vamos en dirección a mi rincón y

caigo sobre él, nuevamente. Eso fue suerte. Nos levantamos y yo caí en seguida, pero me apreté contra él y me sostuve de esa manera. "Me he apoderado de tu vida -le dije-, y ahora te voy a comer". No era dueño de su vida, pero me jugaba para quitarle aunque sólo fuera una parte, y lo conseguí embistiéndolo tan pronto como el referee nos apartó, y le descargué mi derecha justamente en el estómago, y eso lo calmó y lo volvió muy cauteloso, tal vez demasiado. Sentía miedo de trabarse conmigo. Pensaba que todavía yo era capaz de pelear. Como ves, de cualquier manera le atemoricé. Y no pudo doblegarme, no me venció. Y cuando empezamos el vigésimo nos hallábamos en medio del cuadrado y cambiamos golpes de igual a igual. Hice una buena exhibición, teniendo en cuenta que era hombre al agua, y él consiguió la decisión, que era lo que correspondía. Pero le burlé. No pudo voltearme definitivamente. Y también me burlé de los tontos que apostaron a que yo quedaría fuera de combate.

Finalmente, cuando el alba invadió el aire, Billy se durmió.

Gruñía y se quejaba en sueños, su rostro se retorcía por el dolor y el cuerpo buscaba en vano una posición cómoda para reposar.

"Así es el pugilismo", pensó Saxon. Era mucho peor de lo que había imaginado. No se le

había ocurrido que unos guantes de box causaran tantos estragos. Billy no debería pelear nunca más. Hasta los tumultos callejeros eran preferibles a eso. Se preguntaba cuánto habría sufrido su seda, cuando él murmuró abriendo los ojos.

-¿Qué es esto? -le preguntó ella al instante, pensando que sus ojos no veían y que era prisionero de su propio delirio.

-¡Saxon, Saxon…! -la llamó Billy.

-Sí..., Billy. ¿Qué sucede?

Su mano hurgaba sobre la cama. En otra ocasión la hubiera encontrado.

La llamó nuevamente, y ella sollozó fuertemente en su presencia. Suspiró aliviado y murmuró entrecortadamente:

-Tuve que hacerlo. Necesitábamos dinero.

Los ojos se le cerraron y durmió profundamente, aunque no dejó de murmurar. Cierta vez Saxon había oído hablar de congestión cerebral y se hallaba asustada. Entonces recordó que le había escuchado decir que Billy Murphy le había colocado hielo detrás del cuello, cerca de la cabeza.

Se puso una pañoleta sobre la cabeza y corrió hasta la taberna "El Hogar de los Conductores de Pile", en la calle Siete. El tabernero acababa de abrir el negocio y barría la vereda. De la heladera sacó el hielo y lo rompió en trozos. De regreso se lo aplicó a Billy en la base del cráneo, después colocó compresas calientes sobre sus pies y roció su cabeza con agua de castañas, enfriada con lo que le quedaba del hielo.

De esa manera durmió en medio de la penumbra hasta muy avanzada la tarde, y entonces, ante la desesperación de Saxon, insistió en levantarse.

-Tengo que demostrarle algo -le dijo-. No quiero que se rían de mí.

Estaba atormentado. Le ayudó a vestirse y salió a la calle para que todo el mundo viera que el castigo que había recibido no le obligaba a permanecer en la cama.

Era otra clase de orgullo, ciertamente, y diferente al de las mujeres. Pero Saxon se preguntaba si por esa causa era menos digno de admiración.

XIV

Después de unos días las inflamaciones y equimosis desaparecieron con sorprendente rapidez. La curación de sus heridas era un testimonio evidente de la calidad de su sangre. Sólo quedaban sus ojos ennegrecidos, detalle llamativo considerando que su rostro era muy blanco. El color de los moretones se fue perdiendo lentamente luego de medio mes, y en ese lapso se produjeron diversos acontecimientos de importancia.

El proceso de Otto Frank llegó a su fin. fue considerado culpable por un notable jurado formado por hombres de negocios y profesionales, y fue condenado a la pena de muerte. Se le condujo a San Quintín para llevar a cabo la ejecución.

El caso de Chester Johnson, así como los de los otros catorce, llevó más tiempo, pero de la misma manera también fue sentenciado. Chester fue condenado a la horca. Dos recibieron prisión perpetua, tres veinte años de cárcel y los otros entre dos y diez años de prisión.

Eso hundió a Saxon en la depresión más profunda. Billy se ensombreció pero su espíritu combativo no disminuyó.

-Siempre sucede que algunos hombres caen muertos en la batalla -dijo-. Eso podía darse por descontado. Pero el modo como los condenaron es lo que me subleva. Todos los culpables son responsables de la matanza, o sino ninguno tiene la culpa. Y si es así todos debieron recibir el mismo castigo. Deberían colgarlos como a Chester Johnson, o sino no deberían hacer nada con ninguno. Me gustaría saber simplemente de qué manera el juez forma sus ideas al respecto. Debe ser algo semejante a llenar los cartones con los números de la lotería. Se juega como a los codazos. Lo mira a un muchacho y espera a que se le ocurra un número. Si no fuera de ese modo ¿cómo se las arregló para meterle cuatro años a Juancito Black, y veinte a Carl Hutchins? Como juega a la lotería pudo ser tan justo precisamente al revés: Carl Hutchins hubiese podido ser condenado a cuatro años y Juancito Black a veinte. Conozco bien a los dos muchachos. Siempre andaban con el grupo de la calle Diez y Kirkham, aunque a veces se juntaban con nosotros. Siempre íbamos a nadar después de terminar las clases hasta las marismas de Sandy Beach, en Transit Slip, donde se dice que las aguas tienen sesenta pies de profundidad, sólo que no es así. Y cierta vez, un jueves, pescamos una cantidad de almejas y jugamos al hockey con ellas, y después las llevamos a la ciudad. Y también solíamos ir hasta Rock Wall para pescar. Cierto día, recuerdo que había eclipse, Carl sacó una perca grande como media puerta. Jamás había visto un pez así. Y ahora deberá vestir a rayas durante veinte años. Pero tiene la suerte de ser soltero. Si no se muere antes, cuando salga de la cárcel será un hombre viejo. La madre de Carl no quería que fuera a nadar, y cada vez que sospechaba que eso había ocurrido le lamía los pelos con la lengua. Si tenían un gusto salado recibía unos cuantos cintazos. Pero él se dio cuenta. Antes de entrar en su casa saltaba la verja de otra y metía la cabeza debajo de la canilla.

-Yo acostumbraba bailar con Chester Johnson -dijo Saxon-, y conozco a su mujer, a Kittie Brady, desde hace mucho tiempo. Trabajaba conmigo en la fábrica de cajas de cartón. Se marchó a San Francisco con sus hermanas casadas. Creo que también va a tener un bebé. Era muy bonita y siempre tenía un montón de muchachos que la querían.

La declaración de culpabilidad y las condenas severas produjeron el peor de los efectos entre los hombres de la unión obrera. No hubo desaliento, sino que se intensificó la amargura reinante. El arrepentimiento que demostró Billy por haber peleado, el afecto y la dulzura que sintió mientras Saxon le curaba las heridas, todo eso quedó olvidado. Meditaba y refunfuñaba mientras estaba en casa, y al mismo tiempo sus palabras tenían el mismo tono que las de Bert cuando aquel mohicano fue muerto. Así mismo, permanecía alejado de la casa más tiempo y nuevamente bebía en abundancia.

Saxon creyó que perdía todas las esperanzas. Estaba a punto de creer inevitable la tragedia que su fantasía enferma le pintaba de mil maneras diversas. Muy frecuentemente se le había ocurrido pensar que Billy era traído hasta su casa sobre una camilla. A veces se imaginaba que la llamaban del almacén de la esquina: era una comunicación telefónica, entonces escuchaba distintamente una voz de hombre que le decía que su marido estaba muerto en el hospital o en la morgue. Y cuando se produjeron los misteriosos envenenamientos de caballos v la residencia de uno de los dueños de carros fue semidestrozada por la dinamita, ya imaginaba que Billy estaba en prisión, que usaba el traje a rayas, o que ascendía al cadalso de San Quintín y, al mismo tiempo, veía su casita de la calle Pine asediada por reporteros y fotógrafos.

Sin embargo, su imaginación vivaz no logró intuir la verdadera catástrofe. Harmon, el fogonero que se hospedaba en su casa, al ir a su trabajo y pasar frente a la cocina, se detuvo para contarle a Saxon el descarrilamiento de un tren del día anterior en los pantanos de Alviso, y de qué manera el maquinista, aplastado debajo de la máquina pero que había resultado ileso, fue arrastrado y ahogado por una ola que se lo llevó. Billy llegó cuando el hombre terminaba de contarle lo sucedido, y Saxon se dio cuenta por el sombrío reflejo que había en sus ojos que había bebido nuevamente. Billy miró a Harmon con descaro, no lo saludó, tampoco lo hizo con Saxon, y se apoyó contra una pared.

Harmon sintió que la escena era desagradable e hizo lo imposible por aparentar despreocupación.

-Le estaba contando a su esposa... -comenzó diciendo, pero fue bruscamente interrumpido.

-No me interesa lo que le estaba contando. Pero tengo algo que decirle, señor. Mi esposa le hizo demasiadas veces la cama para que sea de mi agrado.

-¡Billy! -exclamó Saxon con el rostro enrojecido por el resentimiento, la ofensa y la vergüenza.

Billy no le hizo caso. Harmon decía: -No comprendo ...

-Bueno, usted no me agrada -le dijo Billy-. Usted me obstruye el camino. Salga del paso. Salga, ¡diablos! ¿No entiende lo que le digo?

-No sé lo que le pasa -le dijo Saxon apresuradamente al fogonero-. No es el mismo de antes. ¡Estoy avergonzada, tan avergonzada!

Billy se volvió hacia ella.

-Cierra la boca y no te metas en esto.

-Pero Billy... -protestó ella.

-¡Sal de aquí! Dirígete a la otra habitación.

-Yo... -intervino- debo decirle que... ¡esa no es la manera de comportarse de un hombre! .. .

-¡Ya he perdido bastante tiempo con usted! -le respondió Billy.

-Pagué regularmente mi alquiler ¿no es cierto?

-Debería hacerle saltar la cabeza. No veo ninguna razón para dejarlo de hacer.

-Si llegas a hacer eso .. ., Billy -comenzó diciendo Saxon.

-¿Todavía sigues aquí? Bueno, si no te vas a la otra habitación te obligaré a que lo hagas.

Con la mano le apretó el brazo. Por un instante ella se resistió. Pero la carne quedó como aplastada debajo de sus dedos, y entonces comprendió la enorme fuerza que tenía.

Se encaminó a la sala y se recostó en el sillón bajo, y comenzó a sollozar pero prestando atención a lo que se desarrollaba en la cocina.

-Me quedaré hasta fin de semana -decía el fogonero-. Pagué por adelantado.

-Creo que se equivoca -escuchó que decía en un tono apagado la voz de Billy. Las palabras parecían un susurro pero sin embargo podía adivinarse que temblaban coléricamente-. No podrá marcharse muy rápidamente si es que quiere salir sano y salvo..., usted o los individuos como usted. En cualquier momento me siento dispuesto a hacer algo.

-Sé qué usted es un gran pegador . . . -empezó a decir el fogonero.

De pronto se oyó el impacto inconfundible de un golpe, el choque de copas que se rompían, el bochinche de una pelea que se desarrollaba en el porche de atrás. Por último se escuchó la caída de un cuerpo sobre los peldaños. También se dio cuenta que Billy volvía a la cocina, que andaba de un lado a otro y que barría los vidrios rotos de la puerta. Después, se lavó en la pileta y silbaba mientras se secaba la cara y las manos hasta que por fin se dirigió hacia la sala. Saxon le miró. Estaba aplastada, muy triste. Billy se detuvo indeciso, como si estuviera pensando algo.

-Me voy al centro -dijo-. Tengo una asamblea en la unión. Si no regreso es porque ese marmota me hizo arrestar.

Abrió la puerta y se detuvo. Saxon sabía que la estaba mirando. Luego cerró la puerta y escuchó cómo sus pisadas se alejaban después de descender los escalones.

Saxon estaba estupefacta. No podía pensar, no sabía qué pensar. Todo era incomprensible, increíble. Siguió recostada en el sillón con los ojos cerrados. Se sentía vacía, como aplastada por un peso de plomo, ligo así como si sintiera que había llegado hasta el final de los sucesos y de las cosas.

Oyó voces de niños jugando en la calle y entonces salió de su ensimismamiento. Ya la

noche había descendido sobre las cosas. Avanzó hacia la lámpara y la encendió. fue a la cocina y contempló asombrada, con los labios temblorosos, la escasa comida qué había quedado a medio hacer. El fuego se había extinguido y el agua se había evaporado de la ollita que contenía las patatas. Cuando levantó la tapa sintió el olor a quemado. Restregó y limpió la ollita meticulosamente, ordenó las cosas y peló y cortó las patatas para freírlas al día siguiente. Y de la misma manera se marchó inmediatamente a la cama. No sentía nerviosidad sino algo plácido pero que era anormal, tan anormal que cuando cerró los ojos se quedó profundamente dormida, y no despertó hasta que los rayos de sol penetraron en la habitación.

fue la primera noche que Saxon y Billy durmieron separados. Se sentía asombrada de no haber permanecido despierta e inquieta por él. Se mantuvo acostada con los ojos muy abiertos, sin pensar en nada, hasta que le llamó la atención el dolor que sentía en el brazo, en el lugar donde Billy la había apretado. Lo examinó y percibió que la carne tenía un color negro y azulado en ese sitio. Realmente estaba perpleja, y no porque esa lesión fuera producida por el ser a quien amaba en el mundo, sino por el simple hecho de que una presión tan instantánea produjera un efecto semejante. La fuerza de un hombre es, algo terrible, y de pronto se encontró interrogándose a sí misma si Charley Long sería tan fuerte como Billy.

Recién cuando terminó de vestirse y encendió el fuego comenzó a preocuparse de cosas más inmediatas. Billy no había regresado, y ella pensó que había sido arrestado. ¿Qué haría? ..., ¿dejarle en la prisión, alejarse y comenzar nuevamente otra vida distinta? Ciertamente que era imposible vivir con un hombre que se había comportado de esa manera, pero, inmediatamente, acudió a su mente otro pensamiento: ¿es posible que sea así? Porque después de todo era su esposo, para bien o para mal, y la frase se repetía continuamente dentro de ella, como si fuese un sonsonete que acompañara a otros pensamientos que surgían en su conciencia. Abandonarle era confesarse derrotada. De pronto apeló al recuerdo de su madre. No, Margarita no se hubiese rendido jamás. Había luchado, y ella, Saxon, también debía hacer lo mismo. Y además, aunque lo reconoció fríamente, Billy era mejor que la mayoría de los maridos, mejor aún que cualquier marido de que ella tuviese noticia, volvió a decirse a sí misma, recordando muchas de sus delicadezas y atenciones y sobre todo aquella frase que él solía repetir: "Nada es demasiado bueno para nosotros. Los Roberts no sirven para lo barato".

A las once recibió una visita. Era Bud Strothers, compañero de Billy en los trabajos de la huelga. Le contó que Billy se negó a aceptar lana fianza o un abogado, y solicitó ser juzgado por el tribunal, habiéndose declarado culpable previamente y hallándose dispuesto a sufrir una multa de sesenta dólares o sino treinta días de prisión. También se había negado a aceptar que los muchachos le pagaran la multa.

-Está completamente loco -le dijo Strothers-. No quiere saber nada de razones. Dice que cumplirá su condena en la cárcel. Creo que bebió mucho últimamente, supongo. Las ruedas se le escapaban. Aquí tiene una nota que me entregó para usted. Si le hace falta algo en cualquier momento, no tiene nada más que mandarme llamar. Los muchachos siempre estarán junto a la esposa de Billy. Usted es de las nuestras, ya lo sabe. ¿Qué tal se encuentra de fondos?

Orgullosamente rechazó la idea de que le hacía falta dinero, y sólo cuando el hombre se fue decidió leer la nota de Billy.

"*Querida Saxon:*

"*Bub Strothers te va a entregar esto. No te inquietes por mí. Voy a tomar mi remedio. Ya sabes que me lo merezco. Creo que me volví loco. Me apena lo que hice, de cualquier modo. No quiero que vengas a verme, no deseo que lo hagas. Si necesitas dinero la unión te entregará algo. El agente del negocio está bien. Saldré dentro de un mes.*

"*Saxon, sabes bien que te amo, y por esta vez perdóname, ya que nunca deberás perdonarme nuevamente*".

"*Billy*".

Después de Bud Strothers vinieron Maggie Donahue y Maggie Olsen, que se le acercaron para reanimarla, y se mostraron cautamente tímidas en sus ofrecimientos de ayuda, y también evitaron cuidadosamente cualquier alusión sobre la conducta de Billy.

Durante la tarde la visitó James Harmon. Cojeaba un poco y trataba de mostrarse bien,

evitando de que ella viera los efectos que la gresca habían causado en su cuerpo. Trató de decirle algo a modo de disculpa pero él no quiso escuchar.

-No la culpo a usted, señora Roberts -dijo-. Sé que no fue cosa suya. Pero sospecho que su marido se hallaba algo excitado. En general estaba un poco desvariado y tuve mala suerte de que me enfrentara encontrándose en tan mal momento. Eso fue todo.

-Pero, aún así ...

El fogonero meneó la cabeza.

-Lo sé todo. También yo acostumbraba a castigarme con la bebida, y por eso hice algunas cosas bastante cómicas durante esos días. Y siento haberle denunciado y prestado declaración. Pero sentía calor en el cuello. Ahora estoy más fresco y me pesa de verdad haber hecho eso.

-Usted es muy bueno y muy amable -dijo ella, y en seguida comenzó a balbucear las cosas que le preocupaban-. Usted. . ., ahora... no podrá quedarse... aquí, estando él afuera...

-Sí, no quedaría bien, ¿eso es lo que quiere decirme? Bueno, en seguida empaquetaré y ataré mis cosas, y a las seis de la tarde vendrá un carro para buscarlas. Aquí tiene la llave de la puerta de la cocina.

A pesar de que se resistió, Saxon insistió en devolverle parte del dinero que había pagado por adelantado, pues el tiempo aún no se había cumplido. Cuando se dispuso a partir le estrechó la mano cordialmente y le hizo prometer que si llegaba a necesitar algo acudiría en su busca.

-Bueno -dijo-. Estoy casado y tengo dos muchachos. Uno de ellos está afectado de los pulmones y mi mujer los acompaña viviendo al aire libre, en Arizona. A mí las cosas se me facilitaron por los traslados que conseguí en el ferrocarril.

Cuando terminó de bajar los peldaños, Saxon se preguntó cómo podía ser que un hombre tan atento y bueno viviera en un mundo loco y cruel como éste.

El muchacho de los Donahue arrojó ante su puerta un ejemplar del diario de la noche que le sobraba, y Saxon se encontró con que allí había media columna dedicada a Billy. Eso no era muy lindo, que digamos. El hecho de haber sido conducido ante el tribunal con los ojos ennegrecidos a golpes había sido bien notado. Se le trataba como un canalla, como un haragán, un pegador rudo, cuya presencia en las filas obreras constituía una verdadera vergüenza para el movimiento de los trabajadores organizados. El había confesado que el ataque de que era culpable había sido hecho sin ninguna provocación, algo realmente atroz, y si ése era un representante genuino de los huelguistas de los corralones, lo único que quedaba por hacer era acabar sin ningún miramiento con la unión a que pertenecían, y expulsar, inmediatamente de Oakland a todos sus componentes. Finalmente el diario se lamentaba de la benevolencia de la condena. Decía que por lo menos le correspondían seis meses de prisión, y se citaba la declaración del juez en el sentido de que también lamentaba una sanción tan suave, lo que se hizo teniendo en cuenta las condiciones de la prisión, que ya estaba atestada más allá de su capacidad de alojamiento por las numerosas detenciones ocurridas en las distintas huelgas.

Esa noche, recostada en el lecho, Saxon se sintió por primera vez muy sola en su vida. Dentro de su alma tenía un verdadero torbellino de cosas, y su descanso fue repetidamente interrumpido por las apariciones de Billy al lado suyo. Finalmente encendió la lámpara y se quedó mirando fijamente hacia el cielo raso con los ojos muy abiertos, mientras pasaba revista a los detalles del desastre que había caído sobre ella. Podía perdonar y también podía negarse a hacerlo. Ese golpe contra el amor de su vida había sido demasiado salvaje, brutal. Su orgullo estaba muy herido como para volver al recuerdo de aquel Billy que había amado antes. La comprensión desaparecía como si fuera un vino dentro del cuerpo: se evaporaba, se dijo para sí misma. Pero la frase no era suficiente para absolver al hombre que había dormido a su lado y a quien se había consagrado por entero. En la soledad de su lecho lloró mucho tratando de olvidar la crueldad incomprensible de Billy, y hasta apoyó la mejilla en la parte del brazo que le había herido, pero sin embargo el resentimiento la seguía quemando por dentro, y era como una llama constante de protesta contra Billy y contra todo lo que él había hecho. Tenía la garganta reseca y dentro de su pecho la oprimía un dolor incesante ante lo que había perdido. ¿Por qué, por qué sucedía todo eso ... ? Pero no obtuvo ninguna respuesta en aquel enigma.

Durante la mañana recibió la visita de Sara, la segunda desde que se había casado, y en seguida supuso cuál era el motivo diabólico que la movía a hacerlo. No se requería mucho

esfuerzo para sacar a flor de piel todas las reservas de amor propio que Saxon guardaba aún dentro de sí misma. Se negó completamente a defenderse. No había nada que defender ni explicar. Todo estaba bien, y aquello no debía interesarle a nadie, de cualquier manera. Eso no hizo otra cosa que ofender más a Sara.

-Ya te lo había advertido, y no podrás negar que procedió de esa manera -estalló Sara-. Siempre estuve convencida de que no era bueno, sólo un pájaro de cárcel, un canalla haragán. Mi alma se me fue al suelo cuando me enteré de que andabas con un boxeador. Siempre te lo dije. Pero nunca quisiste escucharme con tus manías de grandeza y tu apetencia por esos tres pares de zapatos, que están más allá de toda decencia. Creías saber más que yo. Y entonces le dije a Tom: "Todo se terminó con Saxon". Aquéllas fueron las palabras que dije. Y quien juega con el alquitrán termina por ensuciarse ¡Si al menos te hubieses casado con Charley Long! Entonces la familia no se hubiese avergonzado. Y esto es sólo el comienzo, escucha bien lo que te digo. Y sólo Dios sabe cómo terminará este asunto. Todavía ese bravucón será capaz de matar a alguien e irá a la horca. Espera y lo verás, y entonces te acordarás bien de mis palabras. Así como te hagas la cama, de la misma manera te acotarás.. .

-Esta es la mejor cama que jamás tuve le dijo Saxon.

-¡Y todavía tienes el valor de hablar así! -se mofó Sara.

-No la cambiaría ni por la cama de una reina -le dijo Saxon.

-Es la cama de un pájaro de la cárcel -le contestó Sara palideciendo.

-Oh, depende del punto de vista -respondió Saxon moleste-. Todo el mundo termina por tomarle el sabor a la cárcel. ¿Acaso Tom no fue arrestado en una reunión callejera de socialistas? En estos tiempos casi nadie se salva de la cárcel.

La flecha dio en el blanco.

-Pero Tom fu¿ absuelto -se apresuró a decir Sara.

-Pero estuvo una noche entera encerrado y sin fianza.

Era imposible responder a eso, y entonces Sara optó por su

táctica favorita de atacar por el flanco.

-Es una linda salida de tu parte, pero seguramente tiene algo que ver con los líos que tuviste con el inquilino.

-¿Quién es el que anda diciendo eso? -le dijo Saxon encendida y no pudiendo disimular la indignación.

-¡Oh, hasta un ciego sería capaz de leerlo entre líneas! Todo está bien claro: un inquilino..., una mujer que no se respeta a sí misma..., y el marido que es boxeador ... ¿Acaso pudo haber otro motivo para la riña?

-¿Cómo si fuese una riña de familia, no es así? -dijo Saxon dejando caer las palabras con cierto placer.

Sara enmudeció bruscamente, asombrada.

-Y deseo que lo entiendas de una vez por todas -siguió diciendo la más joven-. Las mujeres se ponen orgullosas cuando los hombres pelean por ellas. Y yo soy orgullosa ¿lo oyes? Deseo que se lo cuentes a todas tus vecinas, a todos. No soy una vaca, agrado a los hombres, y éstos se pelean por mí. ¿Y qué valor tiene una mujer en el mundo si no agrada a los hombres? Bueno, ahora márchate, Sara, márchate inmediatamente y cuéntale a todos qué es lo que has leído entre líneas. Diles que Billy es un pájaro de cárcel y yo una mala mujer que es deseada por todos los hombres. Grítalo a los cuatro vientos, y que te vaya bien. Y sal de mi casa y nunca vuelvas a poner los pies aquí. Eres demasiado decente para venir aquí, y podrías perder tu reputación. Y además piensa en tus chicos. Y ahora vete, andando.

Sólo después que Sara se marchó asombrada y horrorizada al mismo tiempo, Saxon se arrojó sobre el lecho con los ojos inundados de lágrimas. Siempre se había sentido avergonzada por la conducta de Billy, pero ahora veía claramente el sentido que los demás le daban a lo que había ocurrido, porque antes en ningún momento se le había cruzado la idea de pensarlo de esa manera. También permaneció confiada en que todo eso no había invadido la mente de Billy. Desde un comienzo había conocido su opinión al respecto, su oposición a una situación de tal naturaleza, pero porque pensaba que su mujer no debía trabajar. Y sólo consintió en ello por la dureza de las circunstancias, pero ahora, al mirar hacia atrás, casi le recriminaba que hubiese consentido.

Pero aquello no modificaba el punto de vista del vecindario, que pesaba cada uno de los hechos que habían conocido. Y en ese sentido él era el culpable, y era más terrible que todas

las cosas juntas que había hecho. Ya no podría mirar a nadie a la cara, de frente. Maggie Donahue y la señora de Olsen se habían mostrado muy atentas, pero ¿qué habían pensado durante todo el tiempo que habían estado conversando con ella? ¿Y qué se habrían dicho entre sí? ¿Y qué era todo lo que los otros decían, tanto en las puertas de calle como en las ventanas? ¿Y los hombres que conversaban detenidos en las esquinas, y los de las tabernas?

Después, agobiada por el dolor y con los ojos secos a causa de verter tantas lágrimas, de una manera más fría e impersonal comenzó a pensar en lo que les había ocurrido a muchas mujeres durante los acontecimientos turbulentos: la esposa de Otto Frank, la hermosa Kitty Brady que ahora era viuda de Handerson, y Mary, y todas las mujeres de los trabajadores cuyos hombres estaban vistiendo trajes a rayas en San Quintín. El mundo crujía a sus oídos. Nadie le escapaba a los acontecimientos. Y ella tampoco se había zafado, ya que además sufría la peor de las desdichas. Desesperadamente trató de creer que había estado dormida, que todo había sido como una pesadilla, y que inmediatamente de sonar el despertador se levantaría y le prepararía el desayuno a Billy para que pudiera ir al trabajo.

Durante todo ese día no dejó la cama. Tampoco pudo dormir. Sus pensamientos giraban vertiginosamente mientras consideraba sus desgracias, las fantásticas derivaciones de su desventura, hasta que al fin retrocedía hasta su infancia y se perdía en detalles interminables y triviales. En su imaginación se veía trabajando en todas las tareas en que en algún momento había estado ocupada, haciendo los miles de movimientos particulares de cada trabajo, por ejemplo, dando forma y pegando el cartón en la fábrica de cajas, planchando en el lavadero, tejiendo en la fábrica de yute, pelando frutas y un gran número de tomates cocidos en el establecimiento de envasado. Y también, en su imaginación, volvía a asistir a todos sus bailes y a las fiestas campestres, revivía sus días escolares, recordaba el nombre y el rostro de cada uno de sus compañeros de clase y padecía la amargura gris del orfelinato, cada uno de los recuerdos de su madre, reviviéndolos como cada relato que le había contado, como la existencia que había transcurrido junto a Billy. Pero siempre sufría porque era arrancada y alejada de esas divagaciones por las dificultades actuales que le resecaban la garganta, le hacían doler el pecho al sentar esa sensación de que todo estaba irremediablemente perdido.

XV

Durante toda esa noche Saxon permaneció desvelada, sin desvestirse, y cuando se levantó por la mañana se lavó la cara y se peinó, pero tenía la sensación de hallarse extrañamente embotada, como si tuviera la cabeza duramente apretada por una pesada chapa de hierro. Y aquello parecía ejercer una presión constante sobre su cerebro. No se daba cuenta de que era el comienzo de una dolencia. Lo único que percibía era que se sentía muy rara. No tenía fiebre ni frío. La salud de su cuerpo marchaba de la manera que debía ser, y atribuyó su malestar a los nervios, que estaban de acuerdo con sus pensamientos y creyendo, como toda la gente que la rodeaba, que los pensamientos no tenían ninguna relación con las enfermedades.

Tuvo la extraña sensación de sentirse perdida, extraña para sí misma, y el mundo entero en el que se movía le parecía vago; amortajado. Carecía de la agudeza para precisar todo. Había sido abandonada por su vivacidad habitual. Tenía frecuentes olvidos y a veces hacía cosas que no se había propuesto. Así fue que en una ocasión se sintió asombrada de estar colgando la ropa de una semana entera. Y no recordaba haberla lavado, aunque eso había sucedido. Había hervido las sábanas y las fundas de los manteles, así como la mantelería. La ropa interior de lana de Billy la lavó sólo con agua caliente y con jabón hecho en casa, siguiendo la receta que le había dado Mercedes. También se dio cuenta que había comido una costilla de cordero durante el desayuno, lo que quería decir que había estado en la carnicería, pero sin embargo no podía recordarlo. Llena de curiosidad se acercó al dormitorio. La cama estaba hecha y todo en orden.

Cuando oscureció volvió algo en sí. Estaba en la sala, sentada junto a la ventana, y sollozaba sumida en un éxtasis de gozo. Al principio no sabía a qué atribuir su alegría, pero después comprendió que era por la pérdida de la criatura: "Fue una bendición, una bendición", se decía en voz alta al mismo tiempo que se retorcía las manos, pero llena de gozo, como si se apretara los dedos con placer.

Los días pasaron. Tenía escasa noción del tiempo. A veces le parecía que ya habían transcurrido siglos desde que Billy había entrado en la cárcel, y otras creía que aquello había ocurrido la noche anterior, pero a pesar de todo había dos cosas que persistían: que no debía ver a Billy en la cárcel y que era una suerte que hubiese perdido a su criaturita.

Cierta vez vino a visitarla Bud Strothers. Se sentaron en la sala y se pusieron a conversar, y observó fascinada que sus pantalones tenían botamangas. Al día siguiente fue visitada por el representante de la unión obrera. Le respondió de la misma manera que a Bud Strothers, que todo estaba bien, que no necesitaba nada y que podía seguir así, cómodamente, hasta el día en que Billy saliera del encerramiento.

De pronto, se sintió atemorizada. Cuando Billy saliera . . ., no, no debía ser. . ., no podía tener otra criatura porque podría vivir, y eso no debía ocurrir, no y mil veces no. Antes escaparía y no volvería a ver a Billy. Cualquier cosa antes que eso sucediera, cualquier cosa.

Pero su temor persistía. Durante una pesadilla aquello se convirtió en un hecho consumado, y despertó sobresaltada, temblando, empapada de sudor frío, gritando. Su sueño había sido muy angustioso. A veces creía no haber dormido en ningún momento, porque padecía de insomnio, que también había sido la causa de la muerte de la madre.

De buenas a primeras un día se encontró en el consultorio del doctor Hentley. El la miró sorprendido.

-¿Come bien? -le preguntó.

Saxon asintió.

-¿Padece de algún mal serio?

Movió la cabeza negando.

-Todo está en orden, doctor. . ., sólo que. . .

-Sí, sí -la alentó el facultativo para que hablase.

Y entonces recordó por qué había venido. Se lo dijo simplemente, explícita. El médico meneó lentamente la cabeza. -Eso no puede hacerse,. pequeña mujer.

-¡Oh, sí que se puede! ¡Sé que se puede! -exclamó ella-. Lo sé, lo sé.

-No me refiero a eso -le respondió-. Quiero decirle que no se lo puedo decir, que no me atrevo. Es contrario a la ley. Actualmente en la cárcel de Leavenworth hay un médico por esa causa.

Ella le rogó en vano. El médico le dio el ejemplo de su propia mujer e hijos, cuyas vidas no tenía derecho a arriesgar.

-Además -agregó-, ahora no hay ninguna probabilidad.

-Pero debe haberla, es seguro que debe ser así -insistió ella.

Entonces Saxon le abrió su alma, le contó su primer año de dicha con Billy, los tiempos duros que habían llegado junto con las dificultades obreras, el cambio que se había producido en Billy, el amor que había cesado y el profundo horror que sentía. Concluyó diciendo que sería otra cosa bien distinta si la criatura muriese. Podría sufrirlo nuevamente. Pero, en vez, si el niño vivía ... Billy saldría en seguida de la cárcel y el peligro recomenzaría. Sólo eran unas pocas palabras, pero no se lo diría a nadie, ni aun siendo arrastrada por el empuje de potros salvajes.

El médico terminó agitando la cabeza.

-No se lo puedo decir, pequeña mujer. Es una vergüenza pero no puedo arriesgarme. Tengo las manos sujetadas. Nuestras leyes están completamente equivocadas, pero debo tener en cuenta a los que me son queridos.

Cuando ella se levantó el médico pareció que desfallecía.

-Venga aquí -le dijo-. Siéntese más cerca.

Se disponía a hablarle al oído cuando, bruscamente, con súbita cautela, cruzó rápidamente la sala, abrió la puerta y miró hacia afuera. Se sentó nuevamente y acercó tanto su silla que casi le tocaba los brazos a Saxon. Cuando se aproximó para hablarle la barba casi le hacía cosquillas en la oreja.

-No, no… -la detuvo cuando Saxon quiso agradecerle-. No le he dicho nada. Usted vino para consultarme sobre su salud en general, y se encuentra mal, abatida.. .

Y al mismo tiempo que le hablaba la acompañó hasta la puerta. Cuando la abrió se encontró con un paciente para el dentista, que atendía en consultorio contiguo y que esperaba en el vestíbulo. El doctor Hentley levantó la voz:

Lo que usted necesita es el tónico que le receté. No lo olvide. Y no duerma mucho cuando tenga apetito otra vez. Coma muchos alimentos nutritivos, carne de vaca, mucha carne de vaca pero no asada. Buenos días.

A veces, cuando la casita silenciosa se le hacía insufrible, Saxon se echaba una pañoleta sobre la cabeza y caminaba hasta el muelle de Oakland, o sino cruzaba las playas del ferrocarril y las marismas hasta llegar a Sandy Beach, donde Billy le dijera que había nadado. También, saliendo de Transit, ascendía los escalones de una escalera precaria de hierro y cruzaba por encima de montones de tarugos y llegaba hasta Rock Wall, que se hundía profundamente en la bahía, y que era como una valla entre la parte llana, pantanosa, y el canal azotado por las correntadas del estuario Oakland. Allí sentía las brisas frescas del mar y Oakland quedaba detrás en medio del humo, mientras que a través de la bahía se podía divisar la humareda que anunciaba la presencia de San Francisco. Grandes barcos iban y venían por el estuario, y buques con grandes mástiles eran arrastrados por remolcadores de chimeneas rojas.

Observó a los marineros de aquellos buques y se preguntó sobre los viajes largos y las tierras lejanas hacia las que se dirigían, y también qué libertad era la que aquéllos gozaban. ¿O acaso vivían dentro dé un mundo cruel, sin arrepentimientos, como los habitantes de Oakland? ¿Y eran tan incorrectos, injustos y brutales en su trato con sus compañeros como los habitantes de aquella ciudad? Parecía que no era así, y a veces deseó subir a bordo, viajar e ir a cualquier parte sin importarle el destino, sólo para alejarse del mundo al que le había entregado todo lo que tenía y que tan mal la había retribuido.

No siempre sabía exactamente cuándo dejaba la casa y hacia dónde la llevaban sus piernas. Cierta vez se encontró en una parte extraña de Oakland. La calle era ancha y a los costados había hileras de árboles que daban sombra. El césped era aterciopelado, interrumpido sólo por una acera de cemento, y llegaba hasta la acequia. Las casas estaban situadas más hacia adentro y eran grandes. Se decía que aquéllas eran mansiones. Algo se agitó dentro de ella al ver a un joven sentado en el asiento delantero de un automóvil de turismo que estaba detenido en un recodo. La miraba con curiosidad. Saxon lo reconoció: era Roy Blanchard, aquél a quien Billy había amenazado con zurrar frente al café Forum. Junto al vehículo, sin sombrero, había otro joven de pie. También lo recordaba. Era el que en la fiesta donde había conocido a Billy, había arrojado el bastoncillo a las piernas del corredor, lo que finalmente precipitó la gresca general. La miraba con curiosidad de la misma manera que

Blanchard, y Saxon se dio cuenta de que ambos estaban hablando de ella. Los labios de los jóvenes aún se movían. Se sintió invadida por una violenta ola de rubor y apresuró el paso. Blanchard saltó del vehículo, se le acercó y se quitó el sombrero.

-¿Le sucede algo? -le preguntó.

Agitó la cabeza negando. Se detuvo pero manifestó el deseo de seguir adelante.

-Yo la conozco -dijo mientras observaba su rostro-. Usted estaba con el huelguista que prometió liquidarme.

-Es mi esposo -dijo ella.

-Oh, usted tiene suerte -la miró complacido, lleno de franqueza-. ¿Pero a usted no le puedo ser útil en algo? Le sucede algo...

-No, estoy muy bien -dijo Saxon-. Estuve enferma -mintió porque nunca se le había ocurrido pensar que su estado de ánimo se debía a una enfermedad.

-Pero parece enferma -insistió él-. Puedo llevarla en el auto hasta donde lo desee. No me producirá ninguna molestia. Me sobra tiempo.

Saxon negó con la cabeza.

-Sólo ,. . quería saber. . . dónde tengo que tomar ... el tranvía para la calle Ocho... No vengo con frecuencia hacia esta parte de la ciudad.

El joven le indicó dónde debía tomar el tranvía eléctrico y .cómo tenía que hacer para trasbordar, y entonces Saxon se sorprendió de la distancia que había recorrido.

-Gracias le respondió-. Adiós.

-¿Está segura de que no puedo servirla en algo?

-Completamente segura.

-Bueno, adiós -sonrió con buen humor-. Y dígale a su marido que se mantenga en buenas. condiciones. Es posible que le exija mucho cuando se enfrente conmigo.

-Oh, pero no podrá pelear con él -le advirtió Saxon-. No debe hacerlo. No tendría fuerzas ni para empezar.

-Eso está muy bien de su parte -le respondió admirado-. Es lo que le corresponde hacer a una mujer por su hombre. La mayoría de las mujeres se asustarían de que él pudiera ser aniquilado.

-Pero no estoy asustada por él, sino por usted. Es un boxeador terrible. Usted no tendría ninguna esperanza, porque sería como..., como…

-¿Cómo robarle el caramelo a un chico? -terminó de decir Blanchard.

-Sí -asintió con un movimiento de cabeza-. Habría que llamarlo de esa manera. Y le digo que se ponga en guardia, que tenga cuidado con él. Ahora debo irme. Adiós, y gracias otra vez.

Saxon avanzó por la vereda, escuchando aún en sus oídos el alegre saludo con que la había despedido. Reconocía honradamente que era amable, pero sin embargo era de esos "diablos", uno de los patrones que según Billy eran los responsables de todas las crueldades sufridas por los trabajadores, de las penurias de las mujeres, del castigo soportado por los asalariados que llevaban los trajes rayados de San Quintín, o que se encontraban en la capilla aguardando la hora de la muerte. Sin embargo era amable, simpático, limpio, bueno. Hasta podía leer su interior en el rostro. Pero ¿cómo podía ser así si era responsable de tantas maldades? Agitó la cabeza, cansada. No había comprensión ni explicación en este mundo, en este maldito mundo que destruía a las pequeñas criaturas y que secaba los pechos de las mujeres.

No se sintió sorprendida por haberse encontrado en ese barrio de residencias hermosas. Eso formaba parte de sus rarezas, como muchas otras cosas que hacía sin darse cuenta. Pero debía tener cuidado. Era mejor caminar por las marismas y por Rock Wall.

Este último lugar le gustaba especialmente. Allí había como una libertad absoluta, una vastedad sin fin que la hacía respirar libremente y extender las manos hacia adelante para abrazarla e incorporarla a sí misma. Era un mundo más natural, racional. Podía comprender a los cangrejos verdes con garfios blancuzcos que se deslizaban frente a ella y que veía encima de las rocas cuando el mar se retiraba. Allí todo era sin esperanza, como la enorme muralla, pero nada parecía artificial. No había gente, leyes ni conflictos entre los hombres. La marea ascendía y descendía; el sol salía y se ponía; y cada tarde, con regularidad, el fuerte viento del Oeste llegaba e irrumpía a través de la Puerta de Oro, oscurecía y rizaba el agua, hacía marchar los veleros. En todo había orden sin rozamientos, todo era gratuito. La leña estaba al alcance de la mano y nadie la vendía en bolsas. Los niños pescaban con cañas sobre las rocas

y nadie podía alejarlos por haber saltado el cerco, de la misma manera que había sucedido con Billy y Carlt Hutchins cuando fueron chicos. Billy le había contado de la perca grande pescada por Carl durante un día de eclipse, cuando ni siquiera podía imaginar que un día se vería encerrado, vistiendo el uniforme de presidiario.

Y allí también había alimento gratis. Un día que contemplaba a los chicos y que no había probado bocado, los imitó y recogió almejas debajo de las rocas cuando las aguas se retiraban, y las cocinó sobre un fuego que encendió entre las rocas. Tenían un sabor magnífico. Aprendió a arrancar las pequeñas ostras adheridas a las piedras, y cierta vez se encontró con un montón de peces recién sacados del agua que habían sido olvidados por los chicos.

Allí, a la distancia, en las ciudades, estaban las pruebas de la obra siniestra del hombre. La corriente le trajo meloncitos. Flotaban y eran arrastrados por el estuario en gran cantidad. Podía recogerlos al quedar enganchados sobre las rocas, y con paciencia recogió más de una veintena de ellos, pero habían quedado inutilizados mediante un corte muy agudo que permitía que el agua salada entrara en su interior. No podía comprender eso. Le preguntó a una mujer vieja y portuguesa que recogía ramas.

-Es la gente que tiene demasiado quien se encarga de hacer eso -le explicó la anciana, irguiéndose con tanto esfuerzo que casi creyó que la oía crujir. Sus ojos negros se encendieron de rabia, sus labios agrietados, cerrados y apretados sobre las encías, se retorcieron amargamente-. Es la gente que tiene demasiado. Lo hacen para mantener los precios. Los arrojan por la borda en San Francisco.

-¿Pero por qué no los regalan a las gentes pobres? -le preguntó Saxon.

-Porque deben mantener los precios.

-Pero la gente pobre no los puede comprar, de cualquier manera -dijo Saxon-. Eso no podría perjudicar los precios. La anciana se encogió de hombros.

-No sé. Así acostumbran a hacerlo. Calan los melones para que la gente no pueda recogerlos y comerlos de ninguna manera. Lo mismo sucede con las naranjas y las manzanas. Ah, y los pescadores. . . Existe un trust. Cuando recogen mucha pesca el trust la arroja por la borda en el Muelle de los Pescadores, y son botes enteros de hermosos pescados que se hunden y desaparecen, y nadie los recoge, nadie, y sin embargo están muertos y son muy buenos para comer.

Y Saxon no podía comprender un mundo así..., donde algunos hombres tenían tanto alimento que lo arrojaban y hasta pagaban a otros por el trabajo de inutilizarlo antes de ser arrojado. Y en ese mundo había gente que carecía del alimentó suficiente, y cuyas criaturas se morían precisamente porque la leche de las madres no servía para alimentarlas, y los hombres jóvenes se mataban entre sí para conseguir una posibilidad de trabajar, y los hombres y mujeres ancianos debían marchar y encerrarse en asilos porque no había alimentos para ellos en las pequeñas chozas que tuvieron que abandonar llorando. Se preguntaba si todo el mundo era así, y recordó lo que Mercedes le había contado. Sí, el mundo entero era así. ¿Acaso Mercedes no había visto a diez mil familias padeciendo de hambre en la India milenaria y lejana, y no le había dicho que sus propias joyas hubiesen servido para alimentar y salvarlos? Sí, el asilo y la cuba con salmuera para los estúpidos, las joyas y los automóviles para los inteligentes.

Y ella era uno de esos seres estúpidos. Debía ser así, porque todas las apariencias se lo demostraban. Sin embargo, tuvo resistencias a reconocerlo de esa manera. No era estúpida, como tampoco su madre y aquellos pioneers anteriores a ella. Y sin embargo no podía ser de otra manera. Allí permanecía sentada sin nada en la casa para comer, y su marido encerrado en la cárcel y convertido en una bestia bruta, y ella, también, con los brazos y el corazón vacíos, sin la criaturita que ahora viviría de no ser por aquellos estúpidos que armaron una batahola frente a su casa, cuando reñían por aquellos malditos puestos.

Permanecía sentada allí, y por detrás estaba el humo de Oakland y, hacia adelante, a través de la bahía que contemplaba, el humo de San Francisco. Y sin embargo el sol, el viento eran buenos, como el penetrante aire salino que podía oler. Y también el cielo azul, con sus nubes que se arremolinaban, era algo bueno. Toda la naturaleza era buena, sensible, beneficiosa. El mundo de los hombres era lo malo, lo terrible, lo enloquecido. ¿Por qué los estúpidos eran estúpidos? ¿Acaso ésa era una ley de Dios? No, no podía ser así. Dios había hecho el viento, el aire y el sol. En vez, el mundo del hombre había sido hecho por el hombre, y aquélla había sido una tarea nauseabunda. Y sin embargo, recordaba perfectamente que en el orfelinato le habían enseñado que Dios lo había hecho todo. También su madre había creído en eso, en

aquel Dios. Y las cosas no podían ser diferentes porque todo estaba establecido.

Durante un instante Saxon quedó irremediablemente aplastada, pero después se rebeló, encendida por la protesta. Y en vano se preguntaba por qué Dios le había deparado eso. ¿Qué había hecho para merecer tal suerte? Rápidamente revisó su existencia tratando de hallar los pecados que podría haber cometido, pero no los encontró. Siempre había obedecido: a su m madre, a Cady, el tabernero, a la esposa de Cady, a la superiora y a las otras mujeres cuando estuvo en el asilo de huérfanos, a Tom cuando vivió en su casa, y nunca se dedicó a dar vueltas por las caves porque él no lo quería. Y en la escuela siempre había ascendido por su propio esfuerzo, honorablemente, y jamás su conducta dejó de ser la mejor de todas. Y había trabajado desde que dejó la escuela hasta que se casó, y también había sido una buena obrera. El pequeño hebreo, encargado de la fábrica de cajas de cartón, casi lloró el día que abandonó el taller. Lo mismo sucedió en el establecimiento de envasado. Era una de las mejores de la fábrica de yute cuando ésta cerró sus puertas. Y siempre se mantuvo en el camino recto. Y no era fea y tampoco carecía de atractivos. Había conocido las tentaciones y los peligros. Algunos hasta habían enloquecido por ella. La habían perseguido y se habían peleado entre sí de una manera tal que cualquier muchacha hubiese perdido la cabeza. Y después había aparecido Billy, que fue como su recompensa. Y se había entregado a él, a su casa, a todo aquello que acrecentaría su amor. Pero ahora ambos se hundían profundamente en medio de la vorágine sin sentido, de la miseria y de la desolación de este mundo construído por el hombre.

No, Dios no era responsable. Ella misma hubiese podido hacer un mundo mejor . . ., más hermoso y correcto. Y como las cosas se desarrollaban de esa manera, Dios no tenía la culpa, no podía hacer ninguna chapucería. La superiora, su madre habían estado equivocadas. Entonces sucedía que la inmortalidad no existía, y Bert, desaforado y loco, Bert cayendo frente a su propia casa y gritando locamente su muerte, había tenido razón, sólo que ya estaba muerto.

Y ahora, contemplando la vida desde ese otro punto de vista, ya despojada de todo lo sobrenatural, Saxon se hundía en el pesimismo. No tenía ningún objeto mantener una conducta recta en el mundo y tampoco existía un trato correcto para ella que ya se había ganado una recompensa, ni para los millones de otros seres que trabajaban y morían como animales. Como muchos pensadores antes que ella, Saxon llegó a la conclusión de que el mundo era inmoral y que no tenía interés para el hombre.

Y ahora se encontraba sentada, pero más aplastada y desesperanzada que cuando incluyó a Dios en el universo de la injusticia. Mientras existiera Dios, había la posibilidad de un milagro, de alguna intervención sobrenatural, de alguna recompensa bendita e inefable. Pero si Dios faltaba el mundo era una trampa sin remedio. Se sentía como un pajarillo atrapado por los chicos y encerrado en una jaula. Y eso sucedía porque el pajarillo era estúpido. Pero se rebeló. Se había agitado y revoloteado y había estrellado su alma contra la dura realidad de las cosas, de la misma manera que la avecilla contra las varillas de alambre. Pero no se sentía estúpida, y asimismo la trampa no le pertenecía. Debía existir alguna puerta de salida. Si los muchachos que hacían el dragado de los canales y los que fabricaban los durmientes para el ferrocarril, que era como decir los seres más inferiores de la tierra, habían encontrado el camino de salida y podían llegar a ser presidentes de la nación, según le habían enseñado a ella en la escuela, gobernando por encima de aquéllos que se consideraban inteligentes, de la misma manera podría encontrar su puerta de escape y lograría la modesta recompensa que anhelaba: Billy, sólo un poco de amor y de felicidad. Y le importaría poco que el mundo fuera inmoral, que Dios o la inmortalidad existieran. Estaba dispuesta a encaminarse a la tumba, permanecer en sus tinieblas eternamente, caer en los cubos de salmuera y permitir que los jóvenes cortaran su carne muerta para. . ., estaba dispuesta a todo si obtenía solamente una pequeña recompensa de dicha en esta vida.

¡Y cómo trabajaría para ser feliz! ¡Y cómo valoraría la dicha, hasta en sus mínimas partículas! ¿Pero de qué manera conseguirla? ¿Cuál era el camino que conducía a ella? No lo podía adivinar. Sus ojos sólo veían el humo de San Francisco, el de Oakland, el lugar donde los hombres se rompían la cabeza y se mataban unos a otros, el sitio donde perecían las criaturas ya vivientes y aquellas otras que estaban por nacer, y donde las mujeres lloraban con los pechos lacerados.

XVI

Continuó viviendo en medio de ese estado vago, irreal. Le parecía que Billy había desaparecido durante el curso de otra vida anterior, y que era necesario vivir un nuevo período de vida para que retornara. Continuó sufriendo de insomnio, y durante muchas noches no pudo cerrar los ojos. Otras veces dormitaba pesadamente, llena de estupor, y deambulaba de un lado a otro con los ojos entrecerrados y sintiendo todo su cuerpo como si fuese de plomo. Esa presión, semejante a una chapa de hierro que le apretara la cabeza, nunca cesaba. Se alimentaba escasamente y casi no tenía dinero. Frecuentemente pasaba un largo día sin probar ningún bocado, y en cierta ocasión transcurrieron setenta y dos horas sin que llevase nada a la boca. Extraía almejas de las marismas, arrancaba pequeñas ostras de las rocas y también recogía mariscos.

Pero cuando Bud Strothers la visitó para ver cómo la trataba la vida, le comunicó que todo le iba perfectamente bien. Durante un anochecer, después de volver del trabajo, la visitó Tom, quien la forzó para que aceptara dos dólares. Tom estaba terriblemente preocupado, y le hubiera gustado poder ayudarla más, pero sucedía que Sara estaba esperando otro crío. Y su trabajo andaba algo flojo por las huelgas que afectaban a otros gremios. Y sin embargo todo tenía una solución tan simple, y lo que se necesitaba era una visión parecida a la suya con respecto a las cosas, y que además votaran de la misma manera que lo hacía él. Si sucedía de esa manera todos recibirían un trato correcto. Le dijo a Saxon que Cristo también había sido socialista.

-Pero Cristo murió hace dos mil años -respondió Saxon.

-¿Y qué dificultad hay en eso? -preguntó Tom sin penetrar el sentido de las palabras de su hermana.

-Piensa -le dijo Saxon-, piensa en todos los hombres y las mujeres que han muerto durante todo este tiempo y el

socialismo aún no ha llegado. Y dentro de dos mil años estaremos en las mismas condiciones. Tom, tu socialismo nunca hizo ningún bien. Es un sueño.

-No sucedería eso... -comenzó a decir un poco resentido.

-...Si los demás pensaran de la misma manera que tú. Pero no sucede así. Nunca lograremos convertirlos.

-Pero cada año somos más -argumentó él.

-Sí, pero dos mil años es un lapso terriblemente largo -declaró tranquilamente ella.

La cara cansada de su hermano se llenó de pesadumbre mientras asentía. Después suspiró:

-Bueno, Saxon, si es un sueño de cualquier manera es un buen sueño.

-Yo no quiero soñar -le respondió ella-. Deseo cosas reales, concretas, y las quiero ahora.

Y bruscamente, vio en su imaginación las legiones de aquella gente estúpida que en algo se parecía a los Billy, a ella misma, a Bert, a Mary, a Tom y a Sara. ¿Y todo para qué? El único fin eran los cubos de salmuera y la tumba. Tal vez Mercedes fuera una mujer dura y pervertida, pero indudablemente estaba en lo cierto. Y los estúpidos siempre estarían debajo de los talones de los inteligentes. Pero ella, Saxon, hija de Margarita, la mujer que había escrito maravillosos poemas, hija de un pobre soldado, ella, descendiente de generaciones fuertes que habían conquistado casi medio mundo en lucha contra la naturaleza salvaje y contra los indios..., no, ella no era una mujer estúpida. Se sentía prisionera, pero injustamente aprisionada. Sin embargo, debía de haber alguna. equivocación. Sí, hallaría la puerta de salida.

Con aquellos dos dólares que le prestara Tom, se compró un saco de harina y medio de patatas. Eso hizo que saliera de la monotonía de las almejas y de los mariscos. Como las mujeres italianas y portuguesas, recogía ramas y las llevaba a su casa, aunque siempre lo hacía con su orgullo bastante herido, y siempre trataba de llegar a su hogar cuando ya había oscurecido bastante. Cierto día, mientras se hallaba sobre el costado liso y lleno de lodo de Rock Wall, un bote pesquero repleto de italianos llegó a la playa hasta ser arrastrado sobre la arena. Colocada en un alto lugar, Saxon vio a los hombres acomodados alrededor de un brasero de carbón de leña, que comían pan casero italiano, que cocían- un guiso de hortalizas y carne y que rociaban la comida con un vino clarete. Y les envidió esa libertad que demostraban el género de vida que estaban haciendo, la comida, las voces, aquel bote que les pertenecía y que los llevaba a donde quisieran. Después, ellos mismos extendieron una red

sobre el suelo lodoso y la arena y eligieron los peces más grandes y mejores. Una enorme cantidad de peces más chicos que parecían sardinas, fueron abandonados sobre la arena cuando partieron. Saxon llenó una bolsa con aquéllos, pero tuvo que hacer dos viajes para llevarlos hasta su casa, y allí los saló dentro de una tina.

Pero sus estados llenos de irrealidad aún continuaban. Hizo algo muy extraño una vez que se encontraba en Sandy Beach. Cierta tarde ventosa se sorprendió al sentirse dentro de un hoyo que ella misma había cavado, cubriéndose con arpilleras en lugar de mantas. Hasta había llegado a techar el hoyo con ramas y con la vegetación que crecía en la arena.

Otra vez volvió en sí mientras caminaba a través de las marismas, cargando sobre sus hombros un bulto de ramas con una soga. Charley Long caminaba junto a ella. Podía verle la cara a la luz de las estrellas, y se preguntó cuánto tiempo hacía que él le estaba hablando y qué habría dicho. Después sintió curiosidad por saber qué le decía en ese momento. No tenía miedo a pesar de su fuerza y de su naturaleza malvada, de la soledad y de la oscuridad de los pantanos.

-Es una vergüenza que una joven como tú deba hacer eso -le dijo repitiéndole aparentemente lo que ya había dicho-. Vamos, prométemelo, Saxon, vamos, empeña tu palabra.

Saxon se detuvo y lo miró tranquilamente.

-Escúcheme, Charley Long, Billy sólo está cumpliendo treinta días, y ya casi han pasado. Y cuando salga su vida no va a valer ni una pizca de sal si le digo que usted me ha estado fastidiando. Pero si se manda mudar de aquí y se aleja yo no le diré nada. Eso es todo.

El enorme herrero quedó perplejo e indeciso, y en su rostro había como un patético sentimiento de rencor, al mismo tiempo que se apretaba las manos involuntariamente.

-Tú, pequeña... -dijo con cierta desesperación-, podría deshacerte con una sola mano, podría. .. podría hacer lo que quisiera, pero sabes, Saxon, que no deseo hacerte daño, y basta con que tú me prometas.. .

-Ya le he dicho la única palabra que tengo.

-¡Dios! -dijo él lleno de admiración-. No sientes temor, ningún temor.

Se miraron cara a cara, en silencio, durante largos minutos.

-¿Por qué no sientes miedo? -le preguntó después de echar una mirada alrededor suyo, en medio de la oscuridad, como si buscara la complicidad de aliados ocultos.

-Porque estoy casada con un hombre -dijo Saxon con brevedad-. Y ahora creo que haría mejor si se marchara.

Cuando el otro se fue, cargó el fardo de ramas sobre el otro hombro, y avanzó nuevamente pero llena de un sentimiento de orgullo por Billy. Estaba encerrado en la prisión, pero aún desde allí su fuerza influía sobre aquel individuo, y el solo hecho de nombrarlo bastaba para detener y alejar a un bruto como Charley Long.

El día que Otto Frank fu¿ colgado ella permaneció encerrada. Los diarios de la tarde publicaron la noticia con amplitud. No hubo conmutación de la pena. En Sacramento se encontraba un gobernador que era amigo de los patronos de los ferrocarriles y que estaba en condiciones de conmutar la pena, y hasta estaba facultado para perdonar a asaltantes de bancos y estafadores, pero que no se atrevía a levantar el dedo en favor de un obrero. De todo esto se hablaba en el vecindario. Y eso ya se lo habían dicho a ella tanto Billy como Bert.

Al día siguiente Saxon se dirigió hacia Rock Wall, pero no se sintió sola sino acompañada como por la misteriosa presencia de Otto Frank, y, también, aunque algo más apagada y nebulosa, por la de Billy. ¿Acaso también él estaba destinado a seguir las negras huellas de Otto? Sí, seguramente eso ocurriría si se continuaba con la lucha y el derramamiento de sangre. Billy era un peleador, y se sentía con derecho a luchar. Además, era muy fácil matar a un hombre, y aunque no se lo propusiera, podía suceder que en cualquier momento, cuando se enfrentara con un "tiñoso", le fracturaría el cráneo con el filo de una piedra o con una baldosa de la vereda. Y si eso sucedía Billy sería col-. gado. Por esa causa habían colgado a Otto Frank, ya que éste no se había propuesto matar a Henderson, y sólo fue por accidente que Henderson se fracturó el cráneo. Y sin embargo Frank había sido colgado.

Mientras caminaba y tropezaba con las piedras del suelo rocoso, se retorció las manos al mismo tiempo que lloraba. Las horas fueron pasando una después de otra y se encontró profundamente sumergida en su pena. Cuando volvió en sí se encontró en el otro extremo del muro, en la saliente que había entre Oakland y Alameda Moles. Pero no podía ver el muro. Como era una noche de luna llena, la marea alta cubría las rocas. Tenía el agua hasta las

rodillas, y muy cerca de ella se agitaban `% una veintena de grandes ratas de roca, que chillaban, nadaban ` y chocaban entre sí para subirse a las rocas y escapar a la inundación. Les aplicó muchos puntapiés, pero estaba completa- ' mente aterrorizada. Algunas nadaron debajo de las aguas v se alejaron, otras comenzaron a describir círculos a su alrededor llenas de cautela, alejándose. Una se le acercó mucho y le mordió un zapato. La pisoteó con el pie que le quedaba libre. Temblaba en esos momentos, pero pudo guardar la suficiente serenidad como para considerar fríamente la situación. Avanzó por el agua hasta llegar a un bulto muy grande de ramas, y entonces despejó rápidamente el camino que se extendía delante.

Un muchacho sonriente, que iba sobre un bote que tenía una media vela pintada con brillantes colores, avanzaba pegado al muro dejando que la lona se hinchara al viento.

-¿Quiere subir? -le gritó.

-Sí -respondió ella-. Hay muchas ratas grandes por aquí. Me dan miedo.

El asintió, apretó la vela y se acercó más, y el bote avanzó suavemente en su dirección.

-Suba por aquí -le dijo el muchacho-. Bueno, así, porque no quiero romper la tabla del medio. .., y ahora salte hacia adelante, ¡rápido!, junto a mí.

Saxon obedeció llegando rápidamente hasta su lado. El muchacho sujetaba con el codo, hacia arriba, la caña del timón, y tironeó de la lona, y cuando la vela se hinchó de viento el bote fue empujado hacia adelante sobre las aguas espumosas.

-Veo que usted entiende de botes -le dijo el muchacho.

Era delgado, de doce a trece años, aparentemente débil aunque parecía tener bastante salud, con una cara pecosa quemada por el sol y grandes ojos grises, claros, vivaces. A pesar de poseer ese lindo bote, Saxon comprendió que aquel muchacho era uno de los suyos, que pertenecía al pueblo.

-Esta es la primera embarcación que piso, salvo los ferry-boats -dijo ella riendo.

El la miró atentamente.

-Bueno, puedo decirle que usted parece un pato en el agua, eso es todo. ¿Dónde quiere que la deje?

-En cualquier parte.

El muchacho abrió la boca como para hablar, le dirigió una larga mirada y después le preguntó súbitamente:

-¿Tiene bastante tiempo libre?

Saxon asintió con un movimiento de cabeza.

-Todo el día -le dijo.

El muchacho inclinó la cabeza nuevamente.

-Dígame -comenzó a decirle-, voy a seguir por esta corriente hasta la isla Goat, donde pescaré mucho y después regresaré con la marea de esta noche. Tengo muchos cebos y líneas. ¿Quiere venir conmigo? Podemos pescar juntos. Y tendrá los pescados que usted consiga sacar.

Saxon titubeó durante un instante. La libertad y el movimiento de este pequeño bote la seducían, de la misma manera que aquellos grandes navíos que había divisado cuando se alejaba de ese lugar.

-Quizás suceda algo peligroso –murmuró ella.

Con orgullo el muchacho echó la cabeza hacia atrás.

-He navegado más de una vez yo solo y nunca me ha pasado nada.

-Bueno -dijo ella-, pero recuerde que no entiendo nada de botes.

-Oh, perfectamente, yo me voy a encargar de todo. Cuando yo le grite "¡duro, inclínese!", o algo semejante, usted agacha la cabeza para que la ola no la alcance y pase hacia el otro lado.

El muchacho empezó a maniobrar, Saxon le obedeció y entonces se encontró sentada enfrente de él, en el lado opuesto, mientras que el bote enfilaba en dirección a Long Island, donde se encontraban las chatas carboneras. Estaba asombrada y admirada, sobre todo porque el mecanismo de la navegación a vela le parecía algo complicado y hasta misterioso.

-¿Y dónde aprendió todo eso? -le preguntó Saxon.

-Solo, fue la cosa más natural del mundo. Me gustaba, y lo que gusta se aprende a hacer solo. Es el segundo bote que tengo. El primero no tenía tabla en el centro. Lo compré por dos dólares y aprendí mucho navegando en él, aunque nunca dejó de filtrarse agua. ¿Y cuánto cree que pagué por éste? Ahora mismo vale veinticinco dólares. ¿Cuánto cree que pagué por

él? -repitió.

-No puedo adivinarlo -dijo ella-. ¿Cuánto pagó?

-Seis dólares. ¡Imagínese! Un bote como éste. Por supuesto que trabajé mucho en él, y la vela me costó dos dólares y los remos cuarenta. La pintura me costó unos setenta y cinco. Pero aunque fuesen once dólares y quince centavos es una verdadera pichincha. Tardé mucho tiempo para ahorrar el dinero. Vendo diarios por la mañana y por la tarde, esta tarde el recorrido lo hace un amigo, y le doy diez centavos además de todo lo que venda fuera de mi clientela. Y hubiera tenido mi bote antes sino hubiese sido por las lecciones de taquigrafía que pagué. Mi madre quiere que sea reportero en los tribunales. Llegan a ganar hasta veinte dólares por día. Pero no me gusta. Es una lástima tirar dinero en las lecciones.

-¿Y qué es lo que quieres hacer? -le preguntó Saxon sin saber que decir, pero también intensamente curiosa por ese muchacho de pantalones cortos tan confiado y tan vivaz.

-¿Qué es lo que quiero? -repitió el muchacho.

Volvió lentamente la cabeza, miró hacia los altos edificios, se detuvo con preferencia en las colinas pardas de la Contra Costa, y luego miró en dirección al mar, a través del Alcatraz, hacia la Puerta de Oro. La vivacidad que había en sus ojos la abrumaba y llegó hasta su corazón.

-Eso -dijo haciendo con el brazo un gesto que parecía abarcar todo el mundo.

-¿Eso? -le preguntó ella.

El muchacho la miró confuso, como si temiera no haberse expresado claramente.

-¿Nunca sintió usted algo así? -le preguntó como pidiendo cierta complacencia para su ensueño-. ¿No le parece a veces que se morirá si no llega a saber qué es lo que hay detrás de esas montañas, lo que existe detrás de aquéllas que están más allá, por detrás de las primeras? ¡Y detrás de la Puerta de Oro! Más allá está el océano Pacífico, y China, Japón y la India..., y todas las islas de Coral. Se puede ir a cualquier parte atravesando la Puerta de Oro..., a Austria, África, las islas de las morsas, al Polo Norte, al Cabo de Hornos. Y todos esos lugares están esperando para que uno los vea. He vivido toda mi vida en Oakland, pero no pasaré el resto de mis días en el mismo sitio, no, de ninguna manera. Me iré ... lejos. ..

Y nuevamente, como las palabras no le alcanzaban para describir la amplitud de sus deseos, extendió el brazo con el gesto de abarcar el círculo del mundo entero.

Saxon se sentía emocionada. También ella, salvo en los primeros años de su vida, había vivido siempre en Oakland. Y hasta hacía poco tiempo había sido un buen lugar para vivir. Y ahora, en medio de la pesadilla, sentía la necesidad ineludible de abandonarlo, de la misma manera que su gente, tiempo antes, encontró que aquél era un lugar que había que dejar. ¿Y por qué no hacerlo? El mundo le pedía cosas y sintió que estaba de acuerdo con los deseos de aquel muchachito. Pensó que su gente no estaba acostumbrada a quedarse durante mucho tiempo en un mismo lugar. Siempre se habían trasladado de un sitio a otro. Nuevamente recordó los relatos de su madre y los -grabados en madera de su álbum de recortes, donde estaban sus antepasados casi semidesnudos, armados con una espada, dispuestos a saltar encima de embarcaciones débiles y combatir sobre las arenas ensangrentadas de Inglaterra.

-¿Alguna vez oyó hablar de los anglosajones? -le preguntó al muchacho.

-¡Claro que sí! -sus ojos relucieron y nuevamente la miró muy interesado.

-Soy anglosajón en cada pulgada de mi cuerpo. Vea el color de mis ojos y de mi piel. Soy muy blanco en las partes del cuerpo en las que el sol no me quemó. Y cuando era pequeño mis cabellos eran muy amarillos. Y mi madre me dice que a medida que pase el tiempo serán más y más oscuros. ¡Mala suerte! Pero igualmente soy anglosajón. Pertenezco a una raza de peleadores. ¡No le tenemos miedo a nadie! Por ejemplo, esa bahía ¿usted cree que me da miedo? -miró hacia las aguas con los ojos llenos de burla-. Si la crucé cuando rugía, a pesar de que los marineros de los balandros de exploración me decían que mentía y que no lo había hecho nunca. Uff, son unas cabezas cuadradas. Bah, si hemos vencido a su raza hace mil años atrás. Nos llevamos por delante todo lo que se nos opuso. Derrotamos al mundo, lo vencimos enteramente. En el mar, en tierra, en cualquier parte. Fíjese en Lord Nelson, en Davy Crockett, en Pablo Jones, mire a Clice, y a Kitchner, y a Fremont y a Kit Carson, a todos ellos.

Saxon asentía mientras él continuaba hablando con los ojos encendidos, y entonces de pronto se le ocurrió pensar que sería una verdadera dicha, una gloria, tener por hijo a un muchacho como ése. Y su cuerpo ya le dolía pensando en la imaginaria carga que nacería. Sería una buena y nueva estirpe, se dijo, y después pensó en ella, en Billy, en los fuertes vástagos que podrían dar al mundo, pero, sin embargo, se hallaban condenados a vivir sin

niños por esa trampa que los hombres habían hecho del mundo, por esa maldición de tener que vivir junto a seres estúpidos.

Se volvió hacia el muchacho.

-Mi padre fu¿ soldado durante la guerra civil -siguió diciéndole el muchacho-, y actuaba tanto en la avanzada como de espía. Los rebeldes estuvieron a punto de colgarlo por espía en dos ocasiones. En la batalla de Arroyo Wilson corrió media milla con su capitán herido a cuestas. Entonces recibió una herida de bala en la pierna derecha, justamente encima de la rodilla. Estuvo allí durante tres años. Y me lo hizo sentir una vez. Antes de la guerra había sido cazador de búfalos y trampero. Cuando tenía veinte años fue "sheriff" de su condado, y después de la guerra, representando a la autoridad en Silver City, barrió con la gente mala y con los pistoleros. Estuvo en casi todos los Estados de la Unión. En su tiempo podía luchar contra cualquier hombre, y era un verdadero as entre los que manejaban las balsas del Susquehanna, cuando apenas era un muchacho. Su padre mató a un hombre, luchando a brazo partido, cuando tenía sesenta años de edad, y de un solo puñetazo. Y cuando tenía setenta y cuatro, su segunda mujer tuvo mellizos, y se murió mientras estaba arando el campo con bueyes cuando tenía noventa y nueve años. Acababa de desenganchar los bueyes, se sentó debajo de un árbol y murió así, sentado,. Y mi padre se le parece mucho. Ahora es bastante viejo, pero no le teme a nada. Es un verdadero anglosajón ¿entiende? Trabaja de policía especial, pero no le hizo nada a los huelguistas durante algunas de las riñas. Tiene la cara completamente deshecha gracias a una piedra, pero antes le rompió la cabeza a una canalla con un garrote.

Hizo una pausa para tomar un poco de aliento y la miró.

-¡Oh! –dijo-, no me hubiera gustado estar dentro de la piel de ese tipo.

-¡Mi primer nombre es Saxon! -exclamó ella entusiasmada.

-¿Su nombre?

-Es mi primer nombre.

-¡Oh! -exclamó él-. Usted tiene suerte. Si el mío hubiese sido tan sólo Earling…, usted ya sabe..., Earling el Audaz..., o sino Lobo, o Swen..., o Jarl…

-¿Pero cuál es su nombre? -le preguntó ella.

-Sólo Juan -dijo tristemente-. Pero no permito que me llamen Juanito. ¿No la enfermaría que la llamaran de esa manera? .. . ¡Juanito!

En ese instante se encontraban lejos de los depósitos de carbón de Long Wharf y el muchacho colocó el barco a media vela, en dirección a San Francisco. Se encontraban bien adentro de la bahía. El viento Oeste era cada vez más fuerte y hacía espumear fuertemente las aguas de la marea que crecía a cada instante. El bote se deslizaba plácidamente sobre las aguas. Cuando las gotas de agua le salpicaron las ropas, Saxon rió abiertamente, y el muchacho la miraba complacido. Pasaron delante de un ferry-boat, y los pasajeros que iban en aquél se aglomeraron sobre la cubierta para observarlos. Ante la correntada producida por el paso de la embarcación, el fondo del bote se llenó de agua. Saxon levantó un recipiente de lata vacío y miró al muchacho.

-Está bien -le dijo éste-, puede sacar el agua.

Y cuando ella terminó de hacer esa tarea, agregó:

-Nos instalaremos en la isla Got, justamente fuera de Torpedo Station, donde pescaremos con quince pies de agua, mientras la correntada golpea en la banda. ¿Se halla muy empapada? ¡Oh, usted es como su nombre! Es Saxon, de pies a cabeza. ¿Es casada ?

Asintió en silencio y el muchacho frunció el ceño.

-¡Qué se le va a hacer! Ahora ya no puede andar dando vueltas por el mundo como lo haré yo. Está atada, anclada para siempre.

-Sin embargo es bastante bueno estar casado -dijo ella sonriendo.

-Seguramente debe de ser así, porque todos se casan. Pero no hay ninguna razón para que yo me apure a hacerlo ¿y acaso usted no esperó algo, como yo? También me casaré pero no antes de que sea viejo y haya estado en todas partes.

La isla de Goat se hallaba a sotavento mientras ella seguía sentada, obediente. Recogió una media vela y el bote tomó la posición que al muchacho le agradaba, y poco después dejó caer un ancla pequeña. Extrajo las líneas de pesca y le enseñó a Saxon cómo debía colocar el cebo en los ganchos. Después arrojó las líneas al fondo y entonces quedaron vibrando y moviéndose por la fuerza de la rápida corriente, mientras esperaban que los peces picaran.

-Morderán muy pronto -le dijo alentándola-. Sólo en dos ocasiones no pude extraer mucho de este lugar. ¿Qué le parece si comemos algo mientras aguardamos?

Saxon protestó en vano diciendo que no tenía hambre. Pero él hizo que compartiera la merienda con esa estricta equidad que tienen los muchachos, y hasta partió en dos, exactamente, un huevo duro y una manzana roja que llevaba consigo.

Sin embargo, los peces no picaban. Extrajo de la proa un libro encuadernado en tela.

-La Biblioteca Pública los presta -le dijo comenzando a leer un poco después, sosteniendo el libro con una mano mientras que con la otra asía fuertemente la línea que le anunciaría la presencia de alguna pesca.

Saxon leyó el título. Se trataba de "A flote en medio de la selva".

-Escuche esto -le dijo después de varios minutos de leer algunas páginas, que describían las grandes selvas anegadas por las inundaciones, en las regiones tropicales, sitios que eran explorados por muchachos por medio de balsas.

-¡Imagínese esto! -decía-. Este es el río Amazonas, en Sud América, cuando se está desbordando. Y en el mundo hay muchos lugares como ése, sí, en todas partes, menos en Oakland, probablemente, y creo que éste es tal vez uno de los sitios que sirven para partir hacia allí, supongo. Y sobre todo ahora que se habla de las aventuras... ¡Piense en la suerte de esos muchachos! Yo también algún día cruzaré los Andes y llegaré hasta la desembocadura del Amazonas, y pasaré por la zona de las caucheras en canoa, atravesando todo el Amazonas hasta llegar a su desembocadura, que es tan ancha que no se puede ver nada del otro lado ...

Pero Saxon no escuchaba. Una frase se le había pegado, contagiándola: "Oakland es justamente un lugar para partir". Nunca había pensado en esa ciudad de una manera parecida. La había aceptado como un lugar constante para vivir y hasta como el fin en sí mismo de su existencia. Pero, como el sitio para comenzar algo, para partir hacia lo lejos... ¿Y por qué no? ¿Acaso no era igual a cualquier otra estación de ferrocarril o de ferry-boat? Sí, ciertamente, por lo menos tal cual se desarrollaban los hechos Oakland no servía para vivir permanentemente allí. El muchacho tenía razón. Era un punto de partida. Pero ¿para ir hacia dónde? Se detuvo bruscamente en la asociación de sus pensamientos ante los tironeos de la línea que tenía sujeta de la mano. Comenzó a sacarla con ambas manos rápida, diestramente, alentada por el muchacho, hasta que el anzuelo, el flotador y un gran pescado fueron a parar al fondo del bote. El pescado ya estaba libre del gancho. El muchacho lo acomodó a su lado con vida, mientras cerraba el libro.

-Picarán tan rápidamente como los podamos extraer -dijo el muchacho.

Pero la pesca no fue tan inmediata como ellos creían.

-¿Leyó alguna vez al capitán Mayne Reid? -le preguntó-. ¿O al capitán Harryant? ¿O a Ballantyne?

Saxon meneó la cabeza.

-¡Y usted dice que es anglosajona! -exclamó con desdén-. ¿Por qué asegura eso? Hay repisas llenas de libros así en la Biblioteca Pública. Tengo dos tarjetas para retirar libros y llevarlos a casa. Una es de mi madre y la otra es mía. Continuamente me llevo alguno, ya sea dentro de la camisa, o sobre el pecho, o debajo de los tiradores. Estos los sujetan bien. Cierta vez estaba repartiendo periódicos en Market y la calle Dos, y por allí se estaciona una banda de muchachos terribles, y entonces me trabé en una gresca con el cabecilla. Me golpeaba como si quisiera hacerme expulsar todo el aire que guardaba adentro, pero dio justo en un libro. Debía de haber visto la cara que puso. Entonces toda la banda ya se iba a abalanzar sobre mí, pero fue impedida por un grupo de fundidores que estaban cerca y que querían ver una pelea limpia.

-¿Y quién venció? -le preguntó Saxon.

-Nadie -respondió el muchacho con reticencia-. Creí que le ganaba, pero los fundidores dijeron que había empate, y de pronto apareció un policía cuando apenas llevábamos media hora de pelea. Pero usted debía de haber visto la multitud que nos rodeaba. Apostaría a que eran como quinientos . . .

Bruscamente interrumpió sus palabras para levantar la línea. Saxon también levantó la suya. Y durante las dos horas que siguieron, entre ambos pescaron un total de piezas que pesaban cerca de veinte libras.

Esa noche, mucho después de haber oscurecido completamente, el pequeño bote se encontraba de regreso hacia el estuario de Oakland. El viento era bueno pero no muy abundante, y el bote avanzaba con lentitud, arrastrando un montón de ramas que había

recogido el muchacho, pues había dicho que todo eso valdría por lo menos tres dólares si se lo vendía como leña. La marea crecía suavemente bajo la luna llena, y Saxon se dio perfecta cuenta de los lugares ante los cuales pasaban: TansitSandy Beach, los astilleros, la fábrica de clavos, los muelles de la calle Market. El muchacho dirigió la embarcación hacia un embarcadero semiderruído que estaba sobre la calle Castro, y lo amarró junto a los otros balandros colocados en fila, cerca de la piedra y de la arena. Después insistió en que se repartieran equitativamente el resultado de la pesca, ya que Saxon le había ayudado en la tarea, aunque en lo referente a la leña le explicó que ésta le pertenecía' por entero, de acuerdo con las normas que se estilaban en esa clase de cosas.

En el cruce de la calle Siete y Poplar se separaron, y Saxon se dirigió sola, a pie, hasta Pine, cargando con su parte de los peces. A pesar de lo cansada que se sentía por las andanzas de todo el día, tenía una agradable sensación de bienestar. Después limpió el pescado y, más tarde, se durmió preguntándose si cuando volvieran los días felices sería capaz de convencerlo a Billy para que consiguiera un bote y salieran los domingos, de la misma manera que acababa de hacerlo.

XVII

Saxon durmió durante toda la noche sin la más mínima interrupción, y tampoco soñó, y se despertó de la manera más natural del mundo, sintiéndose muy descansada por primera vez desde hacía mucho tiempo. Creyó que era la misma de antes, como si una opresión le fuera quitada de encima, o como si la sombra que se interponía siempre entre ella y el sol hubiera desaparecido enteramente. Sentía la mente clara, despejada. Aquella chapa de hierro imaginaria que la oprimiera antes ya no existía más. Se sintió contenta, y comenzó a canturrear mientras dividía el montón de pescados para repartirlos entre la señora Olsen, Maggie Donahue y ella misma. Le gustó quedarse charlando con las vecinas, y al regresar a su casita se entregó gozosamente a la tarea de arreglarla, ya que estaba bastante descuidada. Mientras trabajaba canturreaba algo muy por lo bajo y, constantemente, tenía ante sus ojos aquellas palabras mágicas y refulgentes que el muchacho había pronunciado: "Oakland es justamente un lugar para la partida, para..."

Y todo parecía muy claro, como si estuviese impreso. Su problema y el de Billy era, al fin de cuentas, tan simple como uno de aritmética de los que enseñaban en la escuela, o tanto como alfombrar una habitación de determinadas dimensiones, o como empapelar una habitación de tantos pies de alto y de largo. Reconocía que había estado mal de la cabeza, que había sufrido extraños lapsus; que había sido irresponsable, sí, eso era cierto; y todo se había producido por las dificultades que no trató de buscar sino que se presentaron contra su propia voluntad. Y el caso de Billy era precisamente el suyo. También el se había conducido de una manera extraña porque no era responsable. Y todas las dificultades se producían porque había trampa en el mundo. Sí, Oakland era un buen lugar para la partida ...

De pronto pasó revista a todos los acontecimientos que se habían sucedido durante su vida matrimonial. Las huelgas y los tiempos difíciles eran los responsables de todo. Por ejemplo; si no hubiese sido por la huelga de los obreros del ferrocarril y por esa riña que hubo frente a su casa, no hubiese perdido a su bebe. Y Billy tampoco hubiese comenzado a beber si no hubiera caído en la desesperación producida por la desocupación y la huelga de los corralones. Y si las apreturas no se hubiesen producido, tampoco hubieran tenido necesidad de un inquilino y Billy entonces no estaría en la cárcel.

De pronto tomó una resolución. Aquella ciudad no era un lugar para ellos, para que creciera el amor ni para tener niños. Y el camino que llevaba a la solución era simple. Se marcharían de Oakland. Sólo los estúpidos se quedaban e inclinaban la frente delante del destino. Pero ellos dos no eran estúpidos ni inclinarían la frente, sino que marcharían a enfrentarse con el destino. Pero aun no sabía hacia dónde marcharían .. . Pero ya verían. El mundo era grande. Más allá de las montañas que rodeaban a la ciudad, más allá de la Puerta de Oro, encontrarían lo que buscaban. El muchacho se había equivocado en algo, porque no estaba atada a pesar de ser casada. El mundo era un camino abierto tanto para ella como para Billy, de la misma manera que lo había sido para sus antepasados nómades. Sólo los estúpidos se quedaban atrás en la carrera de emigrar. Los fuertes ya se habían marchado. Bueno, ella y Billy eran bien fuertes. Se encaminarían hacia las pardas colinas de la Contra Costa, o sino más allá de la Puerta de Oro.

Durante el día anterior a la salida de Billy de la prisión, terminó de hacer los modestos preparativos para recibirle. No tenía dinero, pero Billy se ofendería si pidiese prestadas unas cuantas monedas para tomar el ferry-boat y dirigirse a San Francisco para vender algunas de sus chucherías. En su casa tenía pan, patatas y sardinas saladas, y entonces, al atardecer, durante la hora de la marea baja, salió de su casa para recoger algunas almejas y hacer una sopa con ellas. También llevó un montón de ramas, y cuando dejó las marismas ya eran las nueve de la noche: sobre sus hombros cargaba con un hato de pequeñas leñas, y en la mano llevaba un cubo lleno de almejas. Al llegar a la esquina avanzó por el lado más oscuro de la calle y cruzó rápidamente la parte iluminada para escapar a las miradas indiscretas de los vecinos. Pero una mujer se le acercó y la miró fijamente deteniéndose en frente de ella: era Mary.

-¡Dios mío, Saxon! -exclamó ella-, ¿estás tan mal que has tenido que llegar a esto?

Saxon contempló a su antigua amiga con curiosidad, y des. pues de una rápida mirada se dio cuenta de toda la tragedia. Mary parecía más delgada, pero en sus mejillas había color. .., aunque tenía cierta duda de la autenticidad del mismo. Los brillantes ojos de Mary parecían más simpáticos, más grandes, tal vez demasiado grandes y exaltados en su brillo, demasiado

inquietos. Y estaba bien vestida.. ., demasiado bien vestida. Y parecía nerviosa. De pronto volvió la cabeza para mirar aprensivamente detrás suyo, hacia la oscuridad.

-¡Dios! -dijo Saxon respirando angustiada-, tú... -apretó los labios y en seguida dijo-: Ven conmigo a casa.

-Si tienes vergüenza de que te vean conmigo...

-Mary enrojeció. Estaba airada momentáneamente, como le sucedía con frecuencia.

-No, no -dijo Saxon-. Es por la leña y las almejas. No quiero que los vecinos se enteren. Vamos.

-No, no puedo ir, Saxon. Me agradaría pero no puedo hacerlo. Debo alcanzar el próximo tren que parte para San Francisco. Te estuve esperando aquí y golpee en la puerta del fondo. La casa estaba oscura. Billy sigue todavía encerrado ¿no es cierto?

-Sí, pero sale mañana.

-Lo leí en los diarios -siguió diciendo Mary con apresuramiento, al mismo tiempo que miraba repetidamente hacia atrás-. Cuando ocurrió eso estaba en Stockton -y se volvió hacia Saxon casi salvajemente-. No me lo reprocharás ¿eh? No podía trabajar otra vez después de haberme casado. Es muy simple. Estaba harta del trabajo. Creo que me he jugado mi suerte, supongo, y de todos modos no soy buena. Pero si pudieras comprender el hartazgo que tenía del lavadero, aún antes de casarme. . . Este es un mundo sucio. No te imaginas, Saxon, la centésima parte de suciedad que encierra. ¡Oh, quisiera estar muerta, muerta y libre de todo esto! Escucha. .., no, ahora no puedo. Ya oigo rezongar el tren en Adeline. Deberé correr para alcanzarlo. ¿Puedo venir ...?

-Oh, ¿no puedes moverte, eh? -la interrumpió una voz masculina.

El que hablaba apareció parcialmente detrás de ella, entre las sombras. No era un obrero, pensó Saxon, sino algo más bajo que un trabajador, a pesar de la excelente ropa que llevaba puesta.

-Iré si sólo aguarda un segundo -trató de aplacarle Mary.

Por la manera de responder y el tono de su voz Saxon comprendió que Mary sentía miedo de ese hombre que se agazapaba lejos de la luz.

Mary se volvió hacia ella.

-Tengo que someterme a esto, adiós -dijo contrayendo su mano enguantada.

Mary apretó la mano libre de Saxon, y esta sintió en su palma una pequeña moneda caliente. Trató de resistirse, de devolvérsela.

-No, no -le pidió Mary-. Que sea en recuerdo de los viejos tiempos. . ., tal vez puedas devolverme el favor algún día, adiós.

Bruscamente, se arrojó sollozando con los brazos extendidos alrededor del cuello de Saxon, y aplastó las plumas de su sombrero contra el bulto de ramas mientras hundía su cabeza en el pecho de su antigua compañera e hizo un esfuerzo para alejarse un poco, emocionada, temblorosa, contemplándola.

-¡Apúrate, apúrate! -se escuchó imperiosa la voz del hombre que estaba en la oscuridad.

-¡Oh, Saxon! -dijo Mary estallando. Y se marchó.

Ya dentro de su casa Saxon encendió la lámpara y miró la moneda. Eran cinco dólares, una verdadera fortuna. Y después pensó en Mary, y en el hombre del que sentía tanto miedo. Saxon. pensó que esa era otra mancha negra para la historia de Oakland. Mary estaba aniquilada. Por lo general, sólo duraban cinco años, según había escuchado decir en alguna parte. Miró la moneda otra vez y la arrojó dentro de la pileta de la cocina. Al limpiar las almejas oyó el retintín que hacía la moneda al deslizarse por la cañería.

Pero a la mañana siguiente pensó en Billy, y entonces se metió debajo de la pileta y destornilló la tapa de la cloaca para rescatar la moneda de cinco dólares. Le habían dicho que los presos estaban mal alimentados, y el hecho de ofrecerle sólo almejas y pan seco después de treinta días de encierro la afligió mucho. Sabía perfectamente cómo le gustaba a Billy untar el pan con mucha manteca, comer gruesas chuletas preparadas en una sartén seca y beber de un buen café en cantidad.

Recién a las nueve apareció Billy, y ya se encontraba arreglada con su mejor ropa de entre casa. Vio cómo ascendía los escalones de la entrada de la casa, y se hubiera lanzado a su encuentro si no fuese por los chicos que se agrupaban mirando desde la vereda de enfrente. Mientras el adelantaba la mano hacia el picaporte, la puerta de calle se abrió, y una vez adentro la cerró empujándola con la espalda, mientras sus manos la buscaban. No, todavía no

había tomado el desayuno, pero no deseaba nada ahora que la tenía cerca. Se había demorado porque quiso afeitarse. Había quedado en deuda con el barbero, y caminó desde el Palacio Municipal, pues no le quedaba nada para el tranvía. Pero sobre todo quería bañarse y cambiarse de ropa, y le dijo a Saxon que no debía acercársele hasta que no se hubiese aseado.

Una vez que estuvo listo, se sentó en la cocina y se quedó contemplándola mientras cocinaba, y como viera las ramas que había colocado en la estufa le preguntó sobre eso. Mientras seguía atareada, Saxon le contó cómo había recogido la leña, cómo se había ingeniado para vivir sin depender de la unión obrera, y cuando se sentaron a la mesa se puso a contarle el encuentro que había tenido la noche anterior con Mary, pero se cuidó de mencionar los cinco dólares.

Billy dejó de masticar el primer bocado de la chuleta que se había llevado a la boca. La expresión que tenía en el rostro la asustó. Escupió la carne en el plato.

-Conseguiste de ella el dinero para comprar la carne -le dijo lentamente-. No tenías dinero ni cuenta con el carnicero, y sin embargo esto es carne. ¿Es cierto o no?

Saxon sólo pudo inclinar la frente. Esa terrible mirada que desmentía su edad había regresado a su cara, y la vidriosidad dura y ennegrecida volvía a sus ojos como aquel día del Weasel Park, cuando se enfrentó con los tres irlandeses.

-¿Que más compraste? -le preguntó sin rudeza y sin cólera, pero lleno de una furia terrible y fría que no tenía palabras para expresarse.

Ante su propia sorpresa, ella se tranquilizó. ¿Que importaba todo? Eso era lo que cabía esperar viviendo en Oakland, y había que dejarlo atrás porque era un punto de partida.

-El café -respondió ella-, y la mantequilla.

Limpió la carne de ambos platos, la echó en la sartén, así como la mantequilla y la rebanada de pan que había untado, y encima de esto vació el contenido de la cafetera. Llevó todo hasta el fondo y lo tiró al tacho de basura.

-¿Cuánto dinero te queda? -le preguntó inmediatamente.

Saxon fue en busca de su cartera y lo sacó.

-Tres dólares con ochenta centavos -los contó y se los entregó-. Pague cuarenta y cinco centavos por la carne.

Billy miró el dinero, lo contó nuevamente y se dirigió hacia la puerta de calle. Saxon oyó cómo la puerta se abría y se cerraba, y se dio cuenta que el dinero había sido arrojado en medio del arroyo. Cuando regresó a la cocina, Saxon ya le había servido patatas fritas en un plato limpio.

-Nada es demasiado bueno para los Roberts -dijo Billy-, pero, ¡por la gracia de Dios!, esta clase de porquería es muy fuerte para mi estómago. Huele mucho y mal.

Después miró las patatas fritas, la rebanada de pan seco recién cortada y el vaso de agua que le había colocado junto al plato.

-Bueno está muy bien -sonrió Saxon vacilando. No queda nada que este contaminado.

La miró rápidamente al rostro, con cierto dejo de sarcasmo, y después suspiró y se sentó. Casi inmediatamente estaba de pie otra vez y extendía sus manos hacia ella.

-Comeré en seguida, pero antes quiero hablar contigo -le dijo sentándose nuevamente y estrechándola entre sus brazos-. Además, este agua no es café y si se enfría no sucederá nada. Escúchame. Tú eres lo único que tengo en el mundo. No te asustaste de mí ni de lo que hice, y por eso estoy muy contento. Y ahora olvidaremos todo lo que se refiera a Mary. Tengo bastante piedad, y siento por ella tanta pena como la que tú puedes sentir. Lo haría todo por ayudarla, y hasta le lavaría los pies, como lo hizo Cristo. También le permitiría comer en mi mesa y dormir debajo de mi techo. Pero todo eso no justifica que yo toque nada de lo que haya ganado. Y ahora olvídate de Mary. Sólo somos tú y yo, Saxon, sólo tú y yo, y el resto del mundo que se vaya al diablo. Nada debe importarnos fuera de eso. Nunca deberás temerme nuevamente. El whisky y yo no congeniamos y por eso voy a terminar con el. Se que me salí de la vaina y que no te trate bien, pero todo eso ya ha pasado y no volverá a ocurrir, y comenzaré de nuevo. Y ahora acepta esta explicación, si quieres: no debí proceder con tanta precipitación, pero lo hice. Debí haberlo aclarado antes y no lo hice. Mi maldito temperamento me manejó como en mis mejores tiempos, y tú ya sabes que era bravo. Si uno puede guardarse el temperamento en el box ¿por que razón no hacerlo también en la vida de matrimonio? Sólo que todo ocurrió muy bruscamente. Era-algo que no podía digerir, y nunca podría hacerlo. Y tú nunca pretenderás que lo haga, y no me darás ocasión para ello, y me

comportare de la misma manera.

Ella se levantó de sus rodillas y le miró. Tenía' la cara encendida por lo que estaba pensando.

-¿Lo dices en serio, Billy?

-Claro que sí.

-Bueno, entonces te diré algo que me es imposible guardar por más tiempo. Me moriría si no pudiera hacerlo.

-¿Que ... ? -la interrogó después de una pausa llena de interrogaciones.

-Depende de ti.

-Dímelo entonces.

-No se que sucederá si te lo digo -le dijo ella-. Quizás sería mejor que te desdijeses antes de que sea demasiado tarde.

Billy agitó la cabeza. Estaba desconcertado.

-No debes guardarlo que no quieres. Dímelo.

-Antes que todo -comenzó a decir ella-, basta de perseguir a los "tiñosos".

El quiso abrir la boca pero dominó la protesta.

-Y en segundo lugar, basta de Oakland.

-No entiendo que quieres decir con eso.

-No quiero saber nada más, no quiero vivir más en Oakland. Me moriría si tuviera que hacerlo. Hay que recoger las estacas y salir de aquí.

Todo esto Billy lo rumiaba lentamente.

-¿Y a dónde iríamos?

-A cualquier parte, a todas partes. Fuma un cigarrillo y piénsalo despacio.

El meneó la cabeza. La observaba fijamente.

-¿Hablas en serio? -le dijo por fin.

-Sí, me gustaría arrojarlo todo, de la misma manera que tú lo hiciste con la chuleta, con el café y la manteca.

Saxon se dio cuenta que Billy luchaba consigo mismo. Podía ver cómo se estremecía mientras le respondía:

-Muy bien, si tú lo quieres así, abandonaremos Oakland. Lo dejaremos con toda tranquilidad. Dios lo maldiga, de cualquier manera. Jamás me dio nada bueno, y creo tener la suficiente capacidad para rasguñar algo en cualquier parte. Y ahora que estamos de acuerdo, cuéntame que es lo que te hizo decidir.

Entonces ella le contó todo lo que había pensado, y le presentó todas las acusaciones que tenía contra Oakland sin omitir nada, ni siquiera su última visita al doctor Hentley, como tampoco sus borracheras. Billy la estrechó más fuertemente y se afirmó la resolución de Saxon. El tiempo transcurría. Las patatas fritas se enfriaban y el fuego de la estufa se apagó.

Después, Billy se levantó teniéndola siempre muy apretada. Miró las patatas fritas.

-Están frías como piedras -le dijo volviéndose hacia su mujer-. Vamos, engalánate. Vamos 'al centro y comeremos para celebrarlo. Supongo que debemos celebrar la mudanza de las estacas y de la carga del viejo barrio. Y no iremos a pie. Puedo pedirle prestados diez centavos al barbero, y tengo bastantes reservas como para pagar una celebración como esta.

Sus reservas eran varias medallas de oro ganadas durante sus tiempos de aficionado al box, en los campeonatos. Cuando estuvieron en el centro se dirigieron a la casa de empeños del tío Sam, quien pareció valorar debidamente las medallas que Billy le mostró. Cuando salieron del establecimiento Billy hizo sonar en sus bolsillos un puñado de monedas de plata.

Billy estaba contento como un chico, y Saxon participaba de su alegría. También se detuvo en la cigarrería de la esquina para comprar tabaco, pero luego se decidió por cigarros.

-¡Oh, soy un verdadero diablo! -rió-. Hoy nada es demasiado bueno para mí, ni siquiera los cigarros. Y nada de frituras ni cosas baratas o japonesas. Iremos a lo de Barnum.

Se acercaron al restorán de la calle Siete y Broadway, donde habían celebrado su cena de bodas.

-Hagamos como si no estuviésemos casados -le sugirió Saxon.

-Bueno -dijo el-, y tomaremos un compartimiento reservado para que el camarero tenga que golpear cada vez que quiera entrar.

Ella se mostró algo reticente ante esa proposición.

-Será demasiado caro, Billy. Hasta tendrás que darle propina por los golpes. Iremos al comedor común.

-Pide lo que quieras -dijo Billy una vez que se sentaron-. Aquí hay una chuleta de las grandes con guarniciones, y vale dólar y medio. ¿Que te parece?

-Bueno, pero que este bien cocinada -asintió ella-, y después café extra, aunque antes quisiera comer algunas ostras..., quiero compararlas con las del murallón.

Billy aprobó con un movimiento de cabeza y después se fijó en la lista.

-Aquí tenemos almejas a la burdalesa. Prueba y verás si son mejores que las del murallón.

-No se por que siento que el mundo es nuestro -exclamó Saxon. Los ojos le bailaban-. Simplemente, sucede que somos viajeros de paso por esta ciudad.

-Sí, así debe ser -murmuró Billy abstraído, mientras contemplaba la columna de los espectáculos teatrales. Levantó los ojos del diario-. Matinée en el Bell. Podemos hacer reservar asientos por un cuarto de dólar... ¡De cualquier manera la suerte está echada!

Su exclamación fue tan violenta y dolorosa que ' Saxon se alarmó.

-Si se me hubiese ocurrido antes -se lamentó- podríamos haber ido al Forum por una bagatela. Ese es el sitio de lujo donde se reúnen los muchachos como Roy Blanchard, donde tiran el dinero que nosotros sudamos para ellos.

Compraron asientos reservados en el teatro Bell, pero como aún era -demasiado temprano para la función se dirigieron por Broadway hacia el Electric, y para matar el tiempo vieron un film hasta que llegara la hora. Pasaban un film de vaqueros y una película cómica francesa. Después vieron un drama rural que transcurría en algún lugar del Medio Oeste. El film comenzaba con una escena de granja. El sol quemaba en un extremo del corral, que estaba cercado de postes y sombreado por altos árboles. Había gallinas, patos y pavos que rebuscaban sobre el suelo, que se zambullían y daban vueltas. Una marrana muy grande, seguida de siete lechones rechonchos, marchaba majestuosamente y ahuyentaba a los pollos. A su vez, las gallinas se encarnizaron con los chanchitos y les dieron picotazos cuando se encontraban alejados de la madre. Y por encima del cerco había un caballo que miraba somnoliento, constante y regularmente, con intervalos casi matemáticos, y perezosamente agitaba la cola que relucía muy brillante debajo de la luz del sol.

-Es un día caluroso y hay moscas . . ., ¿no te parece que es así? -le murmuró Saxon.

-Sí. ¡Y la cola del caballo! Es el animal más noble y natural.. . Oh, apostaría que se sabe de memoria las mañas para tironear de las riendas, y que se llama Cola de Hierro.

Después, un perro apareció en la escena. La marrana movió la cola, dio saltos ridículos seguida de su. prole, perseguida por el perro, y desapareció del cuadro. Luego una jovencita que llevaba un sombrero para protegerse del sol, echado hacia atrás, y un delantal recogido en un extremo y colmado de granos que echaba a las aves ansiosas. Desde lo. alto descendieron palomas y participaron del festín. El perro volvió, y apenas si fue notado por las aves. Empezó a mover la cola y parecía contento delante de la muchacha. Detrás, el caballo inclinó el hocico sobre los postes y cambió de posición.

Luego apareció un joven, que fue inmediatamente reconocido por el público aficionado al cine. Pero Saxon no se fijaba en el festejo amoroso, en el ruego apasionado, en la tímida reticencia que mostraban tanto el hombre como la mujer. Su mirada estaba en los pollos, en las franjas de sombra que había en el corral, y en el somnoliento caballo que agitaba la cola acompasadamente.

Saxon se acercó más a Billy, y su mano le apretó el brazo buscando la de Billy.

-Oh, Billy -suspiró ella-, me moriría de dicha en un lugar como ese-, y al terminar la película agregó-. Nos sobra el tiempo para ir al Bell. Quedémonos para ver nuevamente esta.

Se quedaron sentados para ver el film otra vez, y cuando comenzó la escena del corral Saxon se sentía cada vez más impresionada a medida que la miraba y remiraba. Pero también se dio cuenta de otros detalles que se le habían escapado antes.

Vio los campos que estaban a lo lejos, terca de las colinas, y el cielo donde se desplazaban las densas nubes blancas. Se fijó sobre todo en una gallina que parecía irritada por las pisadas insolentes de la marrana, y que con especial encono picoteaba a los pequeños chanchitos cuando les arrojaron el grano. Saxon miró nuevamente a través de los sembrados la amplitud de aquel cielo, la libertad, la alegría que había en todo aquello. Sus ojos quedaron velados por las lágrimas y sollozó dichosa, en silencio.

-Ahora ya se a dónde iremos cuando salgamos de Oakland -le dijo a el.

-¿A dónde?

-Hacia allí.

La miró y después siguió la mirada de ella que estaba dirigida a la pantalla.

-Oh -exclamó Billy pensativo-. ¿Y por que no?

-Oh, Billy, ¿lo querrás?

Sus labios temblaban de ansiedad, murmurando entrecortadamente, en una forma casi inaudible.

-Seguramente -le respondió. Era un día magnífico, digno de un rey-. Lo que tú quieras será tuyo, y me romperé los dedos hasta conseguirlo. Yo siempre tuve debilidad por el campo. ¡Oh!, he visto caballos como ese vendidos a mitad de precio, y yo podría sacarle todos los vicios

XVIII

Ya estaba el anochecer en el cielo pero aún era temprano cuando descendieron del tranvía en la calle Siete y Pine, regresando de la función del teatro Bell. Saxon y Billy hicieron juntos unas cuantas compras pequeñas, y después se separaron en la esquina. Saxon se fue a su casa para preparar la cena, en cambio Billy se encaminó al encuentro de los muchachos..., los compañeros de los establos que habían sostenido la huelga durante el tiempo que el estuvo en la cárcel.

-Cuídate, Billy -le recomendó ella cuando se alejaba.

-Ciertamente -le respondió volviendo la cabeza, sonriendo. Su corazón brincó al verle sonreír. Era aquella sonrisa antigua, sin pizca de malhumor, que siempre hubiese deseado ver en su rostro, y decidió, gracias a los consejos de Mercedes, que con su inteligencia y su sabiduría femeninas haría lo posible para conseguirlo. Al pensar en eso algo se iluminó dentro suyo, y entonces recordó con una leve sonrisa de orgullo todas las cosas bonitas que guardaba en el armario y en la cómoda.

Tres cuartos de hora más tarde no le quedaba nada por hacer, ya que la cena estaba casi lista, y decidió comenzar el asado de las costillas de cordero cuando escuchaba el ruido de los pasos que se acercaban. Saxon aguardó un instante. Oyó el ruido de la puerta, pero en vez de los pasos conocidos percibió como un tropel de pisadas raras. Rápidamente abrió la puerta. Allí estaba Billy, pero ahora era un hombre muy distinto al que había dejado hacía sólo unos instantes. Un muchacho pequeño, que estaba a su lado, le llevaba el sombrero en la mano. Su rostro acababa de ser lavado o, mejor dicho, humedecido, ya que la camisa y los hombros estaban mojados. Los pálidos cabellos estaban mojados y aplastados contra la frente oscura por la sangre que manaba. Los brazos le colgaban blandamente a los costados. Pero 'la cara no estaba descompuesta, ya que hasta fruncía el entrecejo.

-Todo está en orden -la tranquilizó-. Tengo el triunfo conmigo. Estoy algo dañado, pero el otro todavía está en el cuadrado -avanzó tímidamente-. Entren muchachos, así estaremos juntos...

Fue seguido por el muchacho que le llevaba el sombrero, por Bud Strothers y por otro hombre de los establos que ella también conocía, pero además había dos extraños. Eran altos, de facciones duras, pero mansas, y que la miraban como si estuvieran atemorizados.

-Está muy bien, Saxon -la tranquilizó Billy, pero sus palabras fueron interrumpidas por Bud.

-Lo que hay que hacer en primer lugar es acostarle en la cama y desvestirlo. Tiene los dos brazos rotos y se ve bien claramente lo que le han hecho.

Les hizo una seña a los individuos que arrastraban los pies como avergonzados, y que parecían más mansos que nunca.

Billy se había sentado en la cama. Saxon levantó la lámpara y los dos desconocidos comenzaron a quitarle el saco, la camisa y la camiseta.

-No quiso ir al hospital de emergencia -le dijo Bud a Saxon.

-Jamás en la vida -asintió Billy-. Hice que llamaran al doctor Hentley. Dentro de un minuto estará aquí. Y me lastimaron en los brazos, en lo único que tengo. Y no quiero que ningún practicante de medicina ensaye con ellos.

-¿Pero cómo ocurrió? -preguntó Saxon, desviando la mirada de los dos extraños para dirigirla hacia su marido, perpleja por la amistad que evidentemente tenía con aquellos.

-¡Oh, todo está bien! -exclamó Billy-. Lo hicieron por equivocación. Son hombres de los establos de San Francisco y llegaron para ayudarnos.. ., algunos de ellos.

Los desconocidos parecieron sentir alegría por estas palabras e inclinaron las cabezas.

-Sí, señora -dijo uno con una voz que parecía un rugido. Todo fue una confusión, y nosotros tenemos la culpa.

-O en el peor de los casos, las bebidas -dijo Billy haciendo una mueca.

Saxon no estaba nerviosa, sino apenas perturbada. Eso que ocurría era lo que debía esperarse. Estaba de acuerdo con todo lo que Oakland le había hecho a ella o a los suyos, pero por suerte Billy no estaba gravemente herido. Los brazos y la cabeza se curarían con el tiempo. Trajo unas sillas y todos se sentaron.

-Ahora, díganme lo que sucedió -les rogó ella-. Estoy completamente en el aire. Traen a mi marido con los brazos lastimados, y aquí lo tengo delante de mí, y parece muy amigo de los

que le hirieron.

-Sí, tiene derecho a no entenderlo -le dijo Bud Strothers-. Se produjo, usted comprende....

Saxon clavó la mirada en los carreteros de San Francisco.

-Vinimos para darle una manito a los muchachos de Oakland -dijo uno de ellos-, ya que se nos dijo que algunos "tiñosos" de aquí andaban manejando el asunto. Bueno, Jackson y yo andábamos mirando por los alrededores para ver que pasaba, cuando en ese momento llegó su marido mirando hacia todos lados. Y cuando el...

-A ver si hablas menos -le dijo Jackson-. Habla directamente, todo quedará aclarado. Creíamos que podíamos reconocer a los muchachos sólo con verlos. Pero nunca habíamos visto a su marido por allí.

-Déjame que le cuente -intervino el otro continuando con el relato que había interrumpido-. Así sucede que cuando vemos a algún sospechoso, que nos parece un "tiñoso", y que trata de escabullirse tomando el camino de la cortada...

-Se refiere a la cortada que está detrás del almacén Campbell -dijo Billy, aclarando.

-Sí, la que está al fondo del almacén -dijo el primer individuo retomando el hilo de la narración-. Estábamos seguros de que el era un "tiñoso" de cabeza cuadrada, de esos que toma a sueldo Murray y Ready, y que trataba de espiar en los establos por la parte de atrás.

-Allí Billy y yo atrapamos a uno -dijo Bud.

-Por eso no perdimos el tiempo -dijo Jackson dirigiéndose a Saxon-. Ya antes lo habíamos hecho y sabíamos de que manera ponerlo negro y fajarlo como a una criatura de pocos meses. Y fue justamente de esa manera que detuvimos a su esposo, precisamente en la cortada.

-Yo lo estaba buscando a Bud -dijo Billy-. Los muchachos me habían dicho que lo encontraría en un rincón, por allí, en el fondo de la cortada. Y lo primero que recuerdo es que Jackson me pidió un fósforo.

Y entonces, en ese momento, comencé a portarme bien -dijo el primero de los atacantes.

-¿Cómo? -exclamó Saxon.

-Sí -el carretero señaló la herida de la cabeza de Billy-, lo puse fuera de combate. Quedó aplastado como un ternero, v se dobló sobre sus rodillas como si le molestara algo debajo de los pies. No sabía dónde estaba, pero, como comprenderá, lo que sucedía era que estaba bien mareado. Y entonces lo rematamos.

Una vez que contaron ese suceso, el que hablaba hizo una pausa.

-Le rompieron los dos brazos con la barra -dijo Bud completando la explicación.

-Eso sucedió cuando quise reaccionar -asintió Billy-. Entonces los dos me dieron el salvoconducto. "Esto te servirá por algún tiempo", me decía Jackson. "Y ahora algo más para que tenga suerte", agregó, y me descargó un golpe en el mentón...

-No -dijo Anson, el otro de los desconocidos-. Ese golpe se lo di yo.

-Es lo mismo. Volví a soñar nuevamente -suspiró Billy-. Y cuando me recobre, Bud Anson y Jackson estaban atareados para hacerme volver en mí. Entonces fue que tuvimos que esquivar a un reportero y regresamos juntos a casa.

Bud Strothers tenía el puño en alto, y con eso quería indicar que Billy no había sido el único que había sentido los golpes en ese lugar.

-Ese tipo, el reportero, insistió en armar escándalo con el asunto -dijo, y luego dirigiéndose a Bill, agregó-: Por eso fue que di un rodeo por la calle Nueve y me reuní con ustedes en la Seis.

Poco tiempo después llegó el doctor Hentley e hizo que todos los hombres salieran de la pieza. Aguardaron hasta que el médico terminó de examinar a Billy, para asegurarse por sí mismos de su estado, y después partieron. Ya en la cocina el doctor se lavó las manos y le dio a Saxon las instrucciones finales. Mientras se secaba, aspiró fuertemente con la nariz e hizo un gesto

mirando hacia la estufa donde humeaba un pote.

-Almejas -dijo-. ¿Dónde las compró.

-No las compre. Las recogí yo misma.

-¿En las marismas? -preguntó súbitamente interesado.

-Sí.

-Arrójelas inmediatamente a la basura, arrójelas, porque son la peste y la muerte. Traen la tifoidea ... Ya tengo tres casos, y parece que se deben a las almejas de las marismas.

Cuando el medico se marchó le obedeció. Sí, ese era otro motivo para tenerle odio a Oakland, pensó Saxon: Oakland era la trampa de los hombres, y a los que no hacía perecer de hambre los envenenaba.

-Es como para llevar a la bebida a cualquier hombre -gruñó Billy cuando su mujer volvió a su lado-. ¿Soñaste alguna vez una muerte semejante? Y pensar que en todos mis matches nunca me rompí un brazo, y ahora, aquí, y en un abrir y cerrar los ojos, me quedo con los dos brazos completamente deshechos.

-¡Oh, pudo haber sido peor! -le dijo Saxon llena de aliento.

-Desearía saber cuánto peor.

-Pudo ser el fin de todo, por ejemplo.

-Pero fue un lindo trabajo. Saxon, insisto en que debes decirme de que manera pudo ser peor.

-Bueno, lo haré -respondió ella segura de sí misma.

-¿Entonces?

-Sería peor si tuvieses la intención de quedarte en Oakland, donde esto podría repetirse.

-Puedo imaginarme convertido en un agricultor y arando con un par de animales como esos dos -dijo el.

-El doctor Hentley aseguró que los brazos van a quedar más fuertes que antes. Y sabe perfectamente que eso es cierto con los huesos que se fracturan completamente. Y ahora tienes que cerrar los ojos y dormir. Estás agotado y tienes que descansar de la cabeza, dejar de pensar.

Billy cerró los ojos obediente. Saxon colocó su mano fresca en la nuca del herido y la mantuvo en ese sitio.

-Esto me hace bien -murmuró Billy-. Estás llena de frescura, Saxon, tú, y tu mano, y todo. Estar contigo es como salir a la brisa de una noche templada después de estar bailando en una sala cargada de calor.

Después de varios minutos de quedarse tranquilo, el comenzó a sonreír.

-¿Que pasa? -preguntó ella.

-Oh, nada, estaba pensando, simplemente, en esos animalotes que me pegaron, y justamente a mí, que hice lo mismo con muchos "tiñosos", y son tantos que no los puedo recordar.

Billy despertó a la mañana siguiente sin ninguna señal en la cabeza. Desde la cocina Saxon le escuchó cantar algo de una manera bastante extraña.

-Tengo una canción que no conoces -le dijo a su mujer cuando ella entró con una taza de café en las manos-. Sin embargo, sólo recuerdo lo que repite el coro. Se trata de un hombre viejo que conversa con un vagabundo y que cuenta de un peón que quiere casarse con su hija. Billy Murphy la cantaba antes de casarse. Es una especie de canción llorosa. Y eso le hacía poner pucheros a ella. El coro empieza así.. ., pero recuerda que habla el viejo:

"*Oh, trate bien a mi hija*
y júreme que no le hará daño;
cuando muera le dejaré
mi granja y mi casita. . .,
mi caballo, mi arado, mi oveja y mi vaca
y todas las gallinas de mi corral".

-Son esas gallinas las que me llaman la atención -le explicó Billy-. Las recuerdo por las aves que vimos ayer en el cine. Y algún día tendremos gallinas en el corral, ¿no es cierto, muchacha?

-Y también una hija -dijo Saxon.

-Y yo me convertiré en el boyero que le dice esas mismas palabras a su peón -dijo el fantaseando-. ¡Y no lleva tiempo criar una hija aunque uno no se apure!

Saxon trajo el ukelele que tenía olvidado y acompañó con una melodía aquella canción.

-También yo tengo una canción que tú nunca oíste, Billy -le dijo-. Siempre la canta Tom. Está loco de deseo por con. seguir uno de esos campos que otorga el gobierno, y quiere dedicarse a la agricultura, pero Sara no quiere saber nada de nada. Canta algo que se parece

a esto:

"*Tendremos una pequeña granja,*
un lechón, un caballo y una vaca,
y tú guiarás la carreta,
y yo manejaré el arado".

-Pero supongo que en ese caso seré yo quien maneje el arado -dijo Billy-. Saxon, canta "Dios de la cosecha". Es una canción de campesinos.

Después, ella temió que el café se le enfriara y le obligó a beberlo. Como estaba inválido, con los dos brazos imposibilitados, tenía que ser alimentado como un bebe, y mientras conversaban ella le llevaba la taza a los labios.

-Te diré una cosa -le dijo Billy entre sorbo y sorbo-. Una vez que estemos en el campo tendrás ese caballo que tanto deseabas. Y será completamente tuyo, y podrás montarlo, manejarlo, venderlo o hacer lo que quieras con el -siguió diciendo-. En el campo, el entender de caballos me servirá de mucho. En eso siempre puedo conseguir algún trabajo, aunque no tenga el salario que fija la unión de aquí ... Y las otras tareas de la granja las aprendería rápidamente. ¿Recuerdas ese día que me dijiste por primera vez que querías tener un caballo que fuera tuyo para toda la vida?

Saxon lo recordaba perfectamente, y sólo después de una lucha ruda logró contener el llanto que asomaba a sus ojos. Desbordaba de dicha al recordar muchas cosas..., toda aquella cálida promesa de felicidad que había tenido junto a Billy en los días anteriores a las penurias. Y ahora aquella promesa se renovaba. Pero como no se cumplía, se alejarían para realizarla y conseguir que ese film fuese una realidad concreta.

Llevada por un temor casi inconsciente se alejó hacia el dormitorio que estaba cerca de la cocina, donde Bert había fallecido, y se miró en el espejo que estaba sobre la mesa. Llegó a la conclusión que no estaba muy cambiada. Todavía se encontraba bien para las lides del amor. Sabía que no era precisamente hermosa pero ¿acaso Mercedes no le había dicho que las mujeres grandes de las historias, aquellas que habían dominado a los hombres, no habían sido bellas? Y, sin embargo, mirándose en el espejo, insistía en que podía ser todo, pero que aún así era encantadora. Se fijó en sus grandes ojos grises, animados siempre con una luz viva, y , en cuya superficie y profundidad había siempre pensamientos inexpresados que se hundían y desaparecían para dejar paso a otros que aguardaban. Se dio cuenta que las cejas estaban bien modeladas, levemente dibujadas con un tono de lápiz algo más oscuro que sus cabellos castaño claros, pero que hacían un juego armónica con la irregularidad de su nariz, que era femenina pero no insignificante, ya que todo lo que era llamativo en el fondo resultaba insolente.

Se dio cuenta que su rostro estaba más delgado, que el rojo de los labios era más pálido y que había perdido algo de sus colores. Pero todo aquello volvería. Su boca no tenía la forma de pimpollo de aquellas que aparecían en las revistas. Se fijó atentamente en esto. Era una boca plácida pero capaz de expresar alegría, una boca para reír y contagiar la risa. Con intención movió sus labios, sonriendo hasta que los extremos de los mismos se hundieron más hacia adentro. Sabía que cuando sonreía los otros inmediatamente hacían lo mismo. Después rió sólo con los ojos e, inmediatamente, hizo uno de sus trucos: echó la cabeza hacia atrás y rió con la boca y los ojos a un tiempo, con los labios abiertos, mostrando las hileras de dientes uniformes, blancos y fuertes.

Y recordó el elogio que Billy había hecho de su dentadura aquella noche en el Germanía Hall, después que le dijo a Charley Long que dejara el paso libre. "No son grandes, pero tampoco pequeños como los dientes de un bebe", había dicho el, "...simplemente son los que le corresponden". Y también dijo que al mirarlos sentía hambre, y que debían ser muy buenos para comer.

Recordaba, uno a uno, los cumplidos que le había hecho alguna vez. Esos eran sus tesoros, por encima de todo: las frases de amor, de elogio y de admiración hacia ella. Había dicho que la piel era fresca, suave como el terciopelo y lisa como la seda. Se arremangó hasta el codo, se frotó la piel blanca de la mejilla y examinó muy interesada la fina textura de su granulado. Y Billy también le había dicho que era dulce, y que no supo hasta conocerla que era lo que se quería decir cuando se afirmaba que una muchacha era dulce. Y también le había dicho que su voz era como un bálsamo, y que le hacía tanto bien como cuando posaba la mano sobre su

frente. Su voz le penetraba enteramente, bella y fresca, como un viento que sosegaba. Y al principio Billy la había comparado con la brisa del mar después de un día muy caluroso. También había afirmado que cuando hablaba en voz baja, tenía un acento rotundo pero dulce como el violoncello del teatro Macdonough.

Billy dijo que era su criatura saludable, que pertenecía a la masa verdadera, espiritual, llena de una sensibilidad nerviosa, delicada, bondadosa. Y también le agradaba la manera cómo ella vestía, como si fuese un sueño. Y eso formaba parte de ella, de la misma manera que la frescura de su voz, de la piel, como el perfume de sus cabellos.

¡Y sus líneas! Se trepó a una silla y se movió delante del espejo para poder verse enteramente desde las caderas hasta los pies. Se recogió la falda hacia atrás y hacia adelante. El tobillo era fino, sencillamente. El nacimiento del pie no había perdido nada de su morbidez delicada y madura. Contempló sus caderas, el busto, la garganta, la agitación de la cabeza, y suspiró llena de alegría. Billy debía tener razón, ya que su cuerpo tenía las formas de una mujer francesa, y agregó que en cuanto a formas podía desafiarla a Anita Kellerman.

Pero fueron tantas cosas que ahora recordaba al mismo tiempo..- ¡Y sus labios! Aquel domingo cuando se le declaró,)e dijo: "Me gusta mirarla mientras habla. Parece cómico, pero cada movimiento de sus labios es como una cosquilla, un beso . . ." Y luego, aquel mismo día, agregó: "Desde el primer día que te vi me encantaste". Y también la había elogiado como dueña de casa. Y le dijo que comía mejor, que vivía cómodamente, que seguía viéndose con los amigos y que ahorraba dinero. Y recordó aquel día que la apretó entre sus brazos y expresó que era lo más grande que viera en el mundo entre todas las mujeres.

Otra vez se contempló ante el espejo, enteramente. Se dijo que aquello era algo delicioso, que podía mirarse. Sí, lograría hacerlo. Billy era el hombre de su destino, y ella sería digna de el, porque se había conducido bien con Billy. Y merecía todo lo que el pudiera ofrecerle y darle. Pero no se sentía erróneamente egoísta. Se valoraba francamente y sabía lo que valía su esposo. Cuando Billy era realmente el, el verdadero, y no el perturbado y enloquecido por los tropiezos, por la necesidad y por el alcohol, entonces Saxon sentía que era digno de todo lo que hacía por el, de todo lo que pudiese concederle.

Saxon se despidió del espejo con una mirada. No, no estaba muerta, y tampoco sucedía eso con el amor de Billy, el amor de toda su vida. Todo lo que necesitaba era un terreno apropiado, y entonces su amor crecería y florecería. Si eso sucedía volverían la espalda a Oakland y buscarían el terreno verdadero, el apropiado.

-¡Oh, Billy! -le gritó fuertemente aun de pie sobre la silla. Adelantó la mano para sostenerse, volverse y contemplar más cómodamente sus tobillos y el nacimiento de las piernas. Tenía la cara encendida de colores, llena de vida.

-Sí.. . -oyó que le respondía.

-Estoy enamorada de mí misma -le contestó gritando.

-¿Que quieres decir? -el tono de la voz era perplejo-. ¿Que es lo que has visto de pronto en ti misma?

-No, no se trata precisamente de eso, sino que es porque tú me quieres -dijo elevando nuevamente la voz-. Amo todas mis pequeñas partes.. ., porque, bueno . . ., porque tú las amas.

XIX

Los días pasaron dichosamente para Saxon mientras preparaba la comida para Billy, efectuaba las compras para la casa, hacía proyectos y vendía en la tienda su labor de aguja. Resultó difícil conseguir que Billy consintiese en la venta de esas cosas, pero finalmente lo logró gracias a sus mimos.

-Esas son las cosas que no use nunca -insistió-. Y podré hacer otras iguales cuando ya estemos instalados en otra parte.

Todo lo que no había vendido, la ropa de la casa y las prendas de vestir que usaba menos frecuentemente, estuvo de acuerdo en dejarlas al cuidado de Tom.

-Adelante, son tus cosas -le dijo Billy-. Haz lo que quieras. Eres Robinson Crusoe y yo soy tu fiel Viernes. ¿Ya decidiste el camino que seguiremos durante nuestra marcha?

Saxon negó con un movimiento de cabeza.

-¿O de que manera lo haremos?

Saxon levantó un pie y después el otro. Estaban calzados con unos zapatos fuertes para andar al aire libre, y los usaba desde esa mañana para andar por toda la casa.

-Pezuñitas de jaca ¿eh?

-Calzada de esa manera nuestra gente llegó al Oeste -declaró ella con orgullo.

-Fue un vagabundeo bastante regular -dijo el-. Pero nunca escuche hablar de una mujer vagabunda.

-Entonces aquí tienes una. ¿Por que te preocupas, Billy? Vagabundear no es vergonzoso. Mi madre hizo casi todo el trayecto a pie para atravesar las llanuras. Y casi todas las madres cruzaron las planicies a pie durante aquellos días. No me importa lo que la gente piense. Creo que nuestra raza se encuentra en movimiento casi desde el comienzo de la creación, de la misma manera que nosotros cuando busquemos un pedazo de suelo para establecernos.

Después de unos días, cuando ya la herida de su cabeza estaba bastante bien, y sus brazos enyesados parecía que volverían a ser lo que fueron anteriormente, entonces Billy pudo levantarse del lecho y dar vueltas por la casa. Estaba aun bastante inválido teniendo los dos brazos entablillados.

El doctor Hentley aceptó la situación, y hasta lo sugirió el mismo, de que sus honorarios podrían esperar a una mejor oportunidad para ser saldados. Saxon le hizo una pregunta ansiosa sobre las tierras del Estado, pero para el todo aquello constituía un verdadero misterio, y además tenía una idea muy brumosa, en el sentido de que los tiempos de las concesiones de tierras fiscales ya habían pasado.

Por el contrario, Tom tenía la esperanza de que aún quedaban grandes extensiones del gobierno que se podían colonizar. Le había hablado del Lago Honey y del condado de Shasta, así como del de Humboldt.

-Pero ustedes no pueden intentarlo en esta época del año, con el invierno que ya se viene encima -le advirtió a Saxon-. En vez, les conviene dirigirse hacia el Sur en busca de climas más amables..., por ejemplo, cerca de la costa. Allí no cae nieve, y les diré que es lo que tienen que hacer. Bajen por San José, por Salinas, y salgan a la costa en Monterrey. Al sur de ese lugar encontrarán tierras del gobierno entre reservas forestales y rancherías mejicanas. Es una zona bastante primitiva, y no hay ningún camino. Allí sólo se ocupan de criar ganado. Pero entre los árboles de madera roja hay algunas picadas, buenas franjas de suelo para cultivo que llegan directamente hasta el océano. El año pasado hablé con un amigo que se recorrió casi todo eso. Yo también desearía ir hasta allí, como tú y como Billy, pero Sara no quiere saber nada de la cuestión. Creo que también hay oro por allí. Cierta cantidad de gente estaba trabajando en eso, y ya comenzaron las extracciones en dos o tres minas buenas. Pero eso queda más alejado, hacia el lado de la costa. Podrían echar un vistazo.

Saxon agitó la cabeza.

-No buscamos oro sino aves de corral, un espacio para cultivar hortalizas. A nuestra gente se le presentaron muchas oportunidades para encontrar oro durante los primeros tiempos ¿pero han obtenido algo de todo eso?

-Sospecho que estás en lo cierto -le dijo Tom-. Ellos siempre iban a las cosas grandes pero dejaban escapar las mil pequeñas posibilidades que se les presentaban delante de sus propias narices. Mira a tu papá, por ejemplo. Le oí decir que vendió tres lotes de la calle Market, en

San Francisco, por cincuenta dólares cada uno. Y hoy valen quinientos mil. Y mira a tío Guillermo. Tenía campos con ganado que llegaba hasta llenarle la casa. ¿Pero encontró alguna satisfacción? No, porque quería ser un rey del ganado, un verdadero Miller y Lux. Y cuando murió era sereno nocturno en Los Angeles, y ganaba cuarenta dólares por mes. Es cierto que cada época tiene su espíritu, pero ahora ha cambiado. Ahora todo se hace en grande y nosotros somos unos porotos. He oído a nuestra gente hablar de la Reserva del Oeste. Comprendía todo lo que ahora rodea a Ohio. Cualquiera podía conseguir una granja por aquel entonces. Lo único que tenían que hacer era uncir sus bueyes y andar millas y millas hacia el Oeste, en su busca, hacia el Pacífico, y allí los esperaban millones de granjas donde hubiesen podido afincarse. ¿Ciento sesenta acres? ¡Tontería! En los primeros tiempos de Oregón se hablaba de seiscientos cuarenta acres. Ese era el espíritu de la época..., mucha tierra, tierra libre. Pero cuando nosotros llegamos al océano Pacífico aquella época ya había terminado. Entonces comenzaron las grandes empresas, lo que quería decir que también debían existir grandes hombres de empresa, y cada uno de ellos debía tener a su disposición miles de hombres sin aspiración que trabajaran para cada uno de ellos. Y estos últimos eran los que perdían ¿entiendes? Si no les agradaba la situación podían largarse, aunque eso no les servía de nada. No podían enganchar sus bueyes y seguir adelante. No había lugar hacia donde ir. China está enfrente y en el medio hay una cantidad terrible de agua salada que no sirve para la agricultura.

-Todo eso lo veo claro -le dijo Saxon.

-Sí -continuó diciendo el hermano-, sólo podemos verlo después que ha ocurrido, cuando ya es demasiado tarde.

-Pero los grandes hombres de empresa fueron mejores que los otros -observó ella.

-Tuvieron más suerte -le dijo Tom-. Algunos vencieron, pero eso no le sucedió a la mayoría. Todo ocurrió como si fueran un grupo de muchachos que se arrojaran a la calle para disputar un puñado de moneditas. Y algunos lo adivinaron. Por ejemplo, toma a tu padre, simplemente. Era de una familia del Este que tenía buen instinto para los negocios, para saber aumentar lo que tenían. Pero ahora imagina que tu padre sufre del corazón, o se enferma de los riñones, o tiene reumatismo, de manera que no puede hacer nada extraordinario ni cazar, ni explorar o pelear por el Oeste... ¿Que sucede entonces? Lo más probable es que se quedase en San Francisco y que retuviese los tres lotes de la calle Market, y que por cierto tratase de adquirir más lotes, y que se dedicase a las compañías de navegación, al juego de la bolsa, o a la construcción de ferrocarriles y de túneles. El mismo podría haber llegado a ser un gran hombre de empresa. Lo conocí. Era un hombre muy enérgico, lo comprendía todo con la rapidez de la luz, y era frío como un témpano y salvaje como ningún otro. Y también tenía una influencia enorme sobre los hombres que se dedicaban a los negocios fáciles, sobre los piratas y agiotistas de aquel tiempo ... Los impresionaba mucho, de la misma manera que producía sensación entre las mujeres cuando andaba montado en ese caballo que le pertenecía, cuando hacía sonar su sable y las espuelas, con la gran cabellera al viento, permaneciendo tieso como un indio y agradable como un príncipe de ojos azules de esos libros de cuentos de hadas, o sino asemejándose a un caballero mejicano. Y de la misma manera impresionó mucho durante los días de la guerra civil entre las filas de los rebeldes, cuando se lanzó a la carga, al frente de sus hombres, permaneciendo junto a ellos durante todo el tiempo, y gritándoles a sus soldados como si fuesen indios salvajes. Cady, ese hombre que ayudó a criarte, me contó todo eso. Cady iba junto con tu papá. Y si tu papá se hubiese establecido en San Francisco ahora sería uno de los grandes hombres del Oeste. Y si todo hubiese sido de esa manera, en estos momentos tú serías una mujer rica que estarías viajando por Europa, y tendrías una mansión en la Colina Nob cerca de las señoritas de los Flood, de los Crocker, y serías dueña de la mayoría de las acciones del Fairmount Hotel y de algunas otras empresas semejantes. ¿Y por que razón todo no fue de esa- manera? ¿Por que tu padre no fue de la clase de los mejores? No. Su mente era como una punta afilada de acero. La explicación es otra: estaba lleno, hasta explotar y desparramarse, del espíritu de la época, y además porque todo era fuego y vinagre y no había que quedarse en un mismo lugar. Esa es toda la diferencia que existe entre tú y la familia de los Crocker. Lo que sucedió fue que tu padre no se enfermó de reumatismo a su debido tiempo.

Saxon suspiró y en seguida sonrió.

-Da lo mismo, porque las vencí -dijo. ella-. Las señoritas Flood y las Crocker no pueden casarse con boxeadores pero yo sí que lo hice.

Tom la miró sorprendido, pero lleno de una admiración que no se trasparentó de

inmediato, sino que sólo más tarde se fue acentuando lentamente.

-Bueno, todo lo que puedo decirte -dijo Tom con solemnidad- es que no creo que Billy sepa toda lo afortunado que es.

***

Billy sólo se despojó de las tablillas que tenía en los brazos cuando fue autorizado por el doctor Hentley, pero Saxon insistió en esperar dos semanas para que no hubiese riesgo alguno. Con esas dos semanas se cumplía un mes más de alquiler adeudado, y el dueño de la casa había' aceptado aguardar el pago de los dos últimos meses, hasta que Billy se encontrara bien nuevamente para trabajar.

La casa Salinger esperó hasta el día indicado por Saxon para el retiro de los muebles, y entonces le devolvió a Billy setenta y cinco dólares.

-Lo que resta del pago de ustedes es en concepto de alquiler por el tiempo que han usado los muebles -le dijo el cobrador a Saxon-. Y ahora los muebles son de segunda mano. Usted sabe que la operación es una perdida para la casa, y además no estaba en obligación de hacerla. Debe recordar que nos hemos portado muy correctamente con ustedes, y no deben olvidarnos si llegan a instalarse nuevamente.

Mediante esa suma, y lo que reunieron con las cosas que pudieron vender, estuvieron en condiciones de saldar todas las pequeñas cuentas 'y aún les quedaron algunos dólares.

-Lo que más detesto en el mundo es quedar con alguna deuda pendiente -le dijo Billy a Saxon-. Y ahora no debemos nada a nadie en el mundo, salvo al dueño de casa y al doctor Hentley.

-Y a ninguno hay que hacerlo esperar más de lo que corresponde -dijo ella.

-Y no esperarán -respondió tranquilamente el marido.

Ella sonreía y aprobaba, porque tenía el mismo horror que Billy por las deudas, cosa que era natural en ambos, y que tal vez era influjo de la primitiva ética de los pioneers puritanos que se habían establecido en el Oeste.

Mientras Billy se encontraba fuera de casa, Saxon se entretuvo embalando la cómoda que había cruzado el Atlántico en una embarcación a vela y las llanuras sobre una carreta tirada por bueyes. Emocionada, besó la perforación de bala que había recibido en Little Meadow, y también la espada de su padre, al que siempre imaginaba montado en su caballo de guerra ruano. Con un respeto casi religioso sacó el álbum donde estaban pegados los poemas de amor de su madre, y apretó contra su pecho el corpiño rojo y español de satén en un verdadero abrazo de despedida. Desató el paquete que tenía el libro de los recortes para mirarlo por última vez, y contemplar los grabados en madera de los vikings, que aparecían espada en mano, saltando sobre las arenas inglesas. Otra vez imaginó que Billy era uno de ellos, y se quedó pensando en las extrañas andanzas de sus antepasados. Siempre habían estado sedientos de la tierra, y pensó con deleite que les había sido fiel. ¿Acaso no había sentido siempre, a pesar de vivir en la ciudad, la añoranza de la tierra? ¿Y acaso no partía ahora para satisfacer esa añoranza, de la misma manera que sus antepasados, que sus padres antes que ella? Recordaba cuando su madre le había contado cómo divisaban la tierra prometida que estaba delante de ellos, mientras las desvencijadas carretas se detenían y los bueyes eran desenganchados y luego, cansados, se tiraban sobre la tierra, que comenzaba a cubrirse con las primeras nevadas invernales en la región de las Sierras, en el camino que llevaba a las extensiones vastas, florecientes y soleadas de California. Se veía a sí misma como una niña de nueve años de edad mirando hacia abajo desde las alturas nevadas que su madre debió ver. Y recordó y repitió una de las estrofas de algún poema de Margarita:

"*Dulces como laúdes al viento en aéreo estilo. . .*"

Sonrió llena de dicha y se secó los ojos. Tal vez los días de amargura ya habían pasado, y entonces ellos habían encontrado sus llanuras, y junto con Billy habían llegado a salvo después de la travesía, y ahora ascendían por las sierras y penetraban inmediatamente en un valle encantador.

***

El carro de los Salinger apareció frente a la casita y después se llevó los muebles durante la mañana que partieron. El dueño del inmueble estaba de pie en la entrada de la casa, recibió las llaves, les estrechó las manos y les deseó muy buena suerte.

-Ustedes marchan por el buen camino -les dijo-. ¿Acaso yo mismo no anduve envuelto en frazadas cuando vagabundeaba por Oakland, hace cuarenta años atrás? Compren tierra si es barata, como lo hice yo. Los salvará del asilo de pobres durante la vejez. Hay numerosas poblaciones nuevas que están surgiendo. Desciendan a la tierra. El trabajo les dará techo y alimento, y la tierra posición. Ya conocen cuál es mi dirección, y cuando tengan algo de dinero me saldan lo que me deben de los alquileres. Y buena suerte. Y no se preocupen de lo que piensa la gente. Sólo el que busca encuentra.

Los curiosos los espiaron por las ventanas mientras avanzaban por la acera, y los chicos los contemplaron asombrados. En un saco de lona pintada que Billy llevaba a cuestas estaban las ropas de cama, y dentro de estas las ropas interiores y los objetos más indispensables. De la bolsa sobresalían los mangos de una sartén y de una olla. La cafetera la llevaban en la mano. Saxon cargaba con una pequeña cesta protegida por una funda de hule negro, y sobre su espalda cargaba la caja con el ukelele.

-Debemos parecer algo terrible -gruñó Billy impresionado por las miradas que les echaban.

-Todo estaría muy bien si saliéramos al campo de excursión -dijo Saxon.

-Sólo que no es así.

-Pero no lo saben -continuó ella-. Sólo tú lo sabes, y no es tal lo que a ti te parece que ellos piensan, y en realidad lo más probable es que crean que salimos de excursión al campo. ¡Vamos, vamos hacia allí!

Billy se alegró al oír estas palabras y proclamó su firme intención de volarle la cabeza al primero que se mostrara insolente con ellos. De soslayo le echó una mirada a Saxon. Sus mejillas estaban enrojecidas y los ojos le brillaban.

-¡Oh! -dijo Billy-, cierta vez vi una ópera en la que los hombres andaban por el campo con guitarras sobre la espalda, de la misma manera que tú en estos momentos. Me los recuerdas. Y siempre entonaban canciones.

-Con ese fin lo traje conmigo -le respondió Saxon-. Mientras andemos por los caminos rurales lo haremos cantando, y también delante de cada fuego donde descansemos y acampemos. Vamos a hacer una excursión campestre, eso es todo. Estamos de vacaciones para visitar el campo. ¿Acaso de esa manera no pasaremos un buen rato? Será divertido, porque siquiera sabemos dónde dormiremos esta noche, o cualquier otra noche.

-Sí, es divertido, muy divertido -dijo Billy-. Pero de cualquier modo demos la vuelta por aquí. En la otra esquina hay unos cuantos individuos que conozco, y no tengo ningún propósito de volarles las cabezas.

LIBRO TERCERO

I

El tranvía eléctrico llegaba hasta Haywards, pero Saxon propuso que descendieran en San Leandro.

-No importa si comenzamos a caminar desde aquí -dijo ella-, ya que debemos empezar en alguna parte. Y como buscamos tierra y estamos averiguando dónde se encuentra, será mejor si empezamos antes. Además, necesitamos saber de todo sobre cualquier clase de tierra, las que están cerca de las grandes ciudades como las alejadas, en las regiones montañosas. -Oh..., debe ser el centro de los prochugueses -era la observación constante que hacía Billy mientras andaban por San Leandro.

-Sí, parecería que hubiesen desalojado a los nuestros - estuvo de acuerdo Saxon.

-Supongo que se trata de una aglomeración -refunfuñó Billy-. Parecería que los hombres libres nacidos en los Estados Unidos ya no encuentran lugar ni en su propia tierra.

-La culpa es sólo de ellos -dijo Saxon con cierta aspereza, molesta ante las cosas que comenzaba a entrever.

-Oh, no se. Reconozco que los yanquis pueden hacer lo mismo que los prochugueses si es que lo desean. Pero sucede que no lo quieren hacer, gracias a Dios. No quieren vivir como los cerdos.

-Tal vez no en el campo -opuso ella-. Pero en las ciudades he visto a muchos yanquis viviendo como cerdos.

Billy asintió y gruñó contrariado.

-Supongo que habrán abandonado las granjas y marchado a las ciudades para conseguir algo mejor, y que se golpearon la cabeza contra el suelo.

-¡Fíjate en los chicos! -exclamó Saxon-. Están saliendo de las escuelas. Y casi todos son portugueses, Billy, y no prochugueses. Mercedes me enseñó a decirlo correctamente.

-Nunca vistieron bien en otro país -se burló Billy-. Tuvieron que llegar aquí para tener ropa decente y comer bien. Están gordos como bolas de sebo.

Saxon inclinaba la cabeza y asentía, y súbitamente sus ojos se iluminaron al comprender.

-Ahí está la explicación, Billy..., y es que también trabajan el campo. A ellos las huelgas no les fastidian.

-Espero que no llamarás agricultura a esos cultivos de azotea -dijo el señalando una granja de terreno de apenas un acre de extensión, delante de la cual pasaban.

-Oh, tus ideas siempre son a lo grande -rió ella-. Eres como tío Guillermo, que tenía miles de acres y quería tener un millón. Y terminó como sereno nocturno. Esto es lo malo que tenemos los yanquis. Lo quieren todo en gran escala. No quieren saber nada de cien o ciento sesenta acres. Es poco para ellos.

-Es lo mismo -dijo Billy obstinado-. Trabajar en gran escala es mejor que hacerlo en pequeña, como en esos jardines de azotea.

Saxon suspiró.

-Pero no es menos -declaró ella finalmente-: ser dueños de unos pocos acres y de la yunta que se guía es mejor que no tener ningún acre y conducir por un salario la yunta de algún otro.

Billy se dio por vencido.

-Adelante, Robinson Crusoe -murmuró de buen humor-. Insistes, y mucho. Y lo peor de todo es que tienes razón. Una cantidad infernal de yanquis libres hemos manejado los caballos de otros para vivir, azotar y obstaculizar a los "tiñosos", y ni siquiera hemos podido pagar las cuotas de unos pocos muebles. Sólo me apena una cosa. Lamente como el diablo ver cómo se llevaban ese sillón bajo de brazos..., que tanto te gustaba. Buena parte de nuestra luna de miel la pasamos sentados ahí.

Ya estaban bien en los afueras de San Leandro, y caminaban en medio de una zona formada por pequeñas propiedades agrícolas, que Billy llamaba "granjitas", mientras Saxon hacía oír su ukelele y alegraba la marcha con una canción. La primera que entonó fue "Trate bien a mi hija", y después cantó antiguas tonadas religiosas, comenzando con una que decía así:

"*Oh, el día del Juicio se desliza alrededor*
sí, se desliza, se desliza,
y oigo el terrible son de la trompeta
que se desliza, sí, que se desliza."

Un gran auto de excursión pasó rápidamente, trepidante, levantando una gran cantidad de polvo y obligándola a interrumpir su canto. Saxon se aferró a su última idea:

-Billy, recuerda que no debemos ocupar el primer terreno que veamos. Debemos tener los ojos bien abiertos...

-Sí, pero aún no están bien abiertos -dijo el.

-Pero debemos hacer que lo estén. Sólo el que busca encuentra. Hay tiempo para aprender cosas. No debemos preocuparnos si tardamos meses y meses para hacerlo. Somos gente de mucho aguante. Un buen comienzo vale más que una docena de malos. Debemos hablar y averiguar. Hablaremos con todos los que encontremos en el camino. Les preguntaremos. Es la única manera de enterarse de las cosas.

-No soy partidario de hacer preguntas -confesó Billy.

-Entonces yo me encargare. Debemos vencer en este asunto, y la única manera de conseguirlo es preguntando. Mira a todos esos portugueses. ¿Y dónde están los yanquis? ¿Y cómo consiguieron los portugueses que las cosas marcharan? ¿Ves? Tenemos millones de preguntas para hacer.

Saxon deslizó los dedos sobre las cuerdas de su ukelele y entonces se escuchó su voz clara y dulce que decía:

"*La alegría le volvió a Dixie,*
la alegría le volvió a Dixie,
y hay alegría donde florece el naranjo,
pues oigo las voces de los niños
y veo cómo caen las lágrimas de tristeza…
Mi corazón nuevamente se vuelve a Dixie
y tengo que andar."

Ella se detuvo para exclamar:

-¡Oh, que lugar más hermoso! ¡Mira ese parral..., está cubierto de uvas!

Constantemente le llamaba la atención la pequeña granja ante la cual desfilaban, y repetidamente exclamaba "¡Mira esas flores!", o sino "¡Que huerta", o, por ejemplo, "¡Mira cómo consiguieron esa vaca!".

Había hombres, seguramente yanquis, que viajaban en birloches o en sulkys y que contemplaban a Saxon y a Billy con verdadera curiosidad. Saxon sabía cómo abordar a las gentes, y lo hacía mucho más fácilmente que Billy, que sólo gruñía en el fondo de sí mismo.

Por el camino se encontraron con un obrero telefónico que masticaba su merienda.

-¡Hay que detenerlo para conversar! -le murmuró ella.

-¿Para que? Trabaja con los hilos telefónicos y seguramente no entiende nada de agricultura.

-Nunca se sabe. Al menos es de nuestra clase. Vamos, Billy, háblale simplemente. De cualquier manera ahora no trabaja y es más probable que hable en estos momentos y no cuando este ocupado. ¿Ves ese árbol que está ahí, detrás de las ramas, y cómo crecen las ramas pegadas? Es algo curioso. Pregúntale acerca de eso. Es una buena excusa para comenzar la charla.

Billy se detuvo cuando estuvieron muy cerca de el.

-¿Cómo le va? -le dijo con cierta rudeza.

El alambrador telefónico se detuvo bruscamente para contemplar a la pareja, como si hubiese estado a punto de romper la cáscara de un huevo duro que llevaba.

-¿Que tal? -respondió.

Billy descolgó el saco que llevaba sobre el hombro y Saxon dejó la cesta sobre el suelo.

-¿Venden algo? -dijo el joven con discreción, como si no quisiera preguntarle directamente a Saxon, y sin embargo se dirigía a ambos a la vez y clavaba la mirada en la cesta que estaba

dentro del bolso de hule.

-No -dijo ella con tranquilidad-, estamos buscando tierra. ¿Sabe de alguna por aquí?

Nuevamente el joven desistió en sus intentos de comer el huevo, y les observó con una mirada penetrante como si quisiese averiguar cuánto dinero tenían.

-¿Saben ustedes a cuánto se vende la tierra por acá? -les preguntó.

-No -respondió ella-. ¿Y usted lo sabe?

-Creo que debo saberlo porque nací por estos pagos. Tierras como estas se venden a doscientos, trescientos, cuatrocientos y hasta quinientos dólares el acre.

-¡Uh! -silbó Billy-. Me parece que no necesitamos nada de esto.

-¿Pero por qué está tan cara? ¿Por el loteo? -le preguntó Saxon con interés.

-No, supongo que son los prochugueses que elevan los precios.

-Creía que podía alquilarse una tierra muy buena a cien pesos por acre -declaró Billy.

-Sí, pero eso era antes. En un tiempo se regalaba la tierra, y si era buena arrojaban el ganado en ella.

-¿Y se sabe algo de la tierra fiscal por estos lugares?

-No hay ninguna. Nunca la hubo. Eran antiguas concesiones mejicanas. Mi abuelo compró ciento sesenta de los mejores acres por mil quinientos dólares, con quinientos dólares al contado y el resto a cinco años y sin interés. Pero eso era antes, en los viejos tiempos. Llegó al Oeste en el cuarenta y ocho buscando una tierra que no resfriara y no produjera fiebres.

-Y la encontró -dijo Billy.

-Es cierto. Y si el y papá se hubiesen quedado con la tierra les hubiera valido más que una mina de oro, y entonces yo ahora no trabajaría para vivir. ¿Y ustedes de que se ocupan? -Soy entrenador de caballos.

-¿Estuvieron en la huelga de Oakland?

-Sí, entrene caballos casi durante toda mi vida.

Después, los dos hombres comenzaron a discutir sobre las cuestiones obreras y la situación que había creado la huelga. Pero Saxon se negó a ser llevada a otro asunto y volvió a hablar de la tierra.

-¿De que manera los portugueses elevan el precio de la tierra? -le preguntó.

Con esfuerzo el joven abandonó el tema de las uniones obreras, y por un instante la miró con ojos apagados, pero la pregunta de Saxon pareció que le volvía a la realidad.

-Porque trabajan la tierra fuera de hora, y porque trabajan durante la mañana, la tarde y la noche, todos, hasta las mujeres y los niños. Porque ellos sacan más con veinte acres de tierra que nosotros con sesenta. Por ejemplo, Silva, el viejo Antonio Silva. Le conozco desde que yo era pequeño. Cuando llegó por acá no tenía ni el dinero suficiente para pagarse una mala comida, y comenzó por arrendar tierra de mi gente ... Y ahora véanlo. . ., tiene unos doscientos cincuenta mil dólares en firme, y dispone de crédito por un millón, y sin contar lo que tiene el resto de su familia.

-¿Y todo lo hizo con la tierra de sus gentes? -le preguntó Saxon.

El joven asintió con la cabeza, pesaroso.

-¿Y por que su familia no hizo lo mismo? -insistió ella.

El alambrador se encogió de hombros.

-¡Que se yo! -exclamó.

-El dinero estaba en la tierra -continuó Saxon.

-Demasiado -respondió el otro con la voz velada por el remordimiento-. Nunca habíamos visto que la gente se apegara a ella, como usted lo puede ver ahora. Supongo que el dinero estaba constantemente en la cabeza de los prochugueses. Sabían más que nosotros, eso es todo.

Saxon se sentía insatisfecha con las explicaciones del joven, y el joven se vio obligado a explayarse más. Y algo irritado comenzó a caminar.

-Vengan conmigo y se los mostrare -dijo-. Les enseñare por que estoy trabajando por un salario cuando debería ser millonario si mis gentes no hubiesen sido cabezas duras. Eso es lo que somos los yanquis viejos: adoquines pero con A mayúscula.

Hizo que atravesaran el portón y que se acercaran al árbol que había llamado la atención de Saxon. Desde el centro del árbol se apartaban las cuatro ramas principales. A dos pies del

centro las ramas estaban sujetas entre sí a ambos lados por medio de gajos de ramas vivas.

-Creían que crecía de esta manera ¿eh? Bueno, sí, pero de cualquier manera es el viejo Silva quien lo hizo, tomó dos vástagos cuando el árbol era joven y sujetó las ramas entre sí. Es bastante curioso ¿verdad? Usted tiene razón. Este árbol nunca se vendrá abajo. Vea todas las hileras que hay de los mismos. Todos los árboles están dispuestos de la misma manera. Y fu¿ una idea que se le ocurrió a los prochugueses. Tienen millones dispuestos de este modo. Como se comprende fácilmente, esto hace innecesario colocar puntales debajo de las ramas cuando están cargados. Cuando teníamos una cosecha abundante había que colocar hasta cinco puntales por cada árbol. Eso costaba dinero y trabajo, y debía hacerse todos los años. ¡E imaginen el trabajo que había que hacer en diez acres completamente cubiertos de árboles! Pero así el trabajo se ahorra por entero. Los prochugueses nos sacaron una milla de ventaja. Vengan, les enseñare cómo es Billy, que estaba habituado a las costumbres de la ciudad en lo que se refería a la casa de otra persona, se mostró confundido por la libertad que se tomaban dentro de la granja.

-¡Oh, todo andará muy bien con tal de no aplastar nada con el pie! -le tranquilizó el alambrador-. Además, el propietario de todo esto fue mi abuelo. Y me conocen. El viejo Silva vino de las Azores hace cuarenta años. Se dedicó a apacentar ovejas en las montañas durante un par de años, y luego . se vino para San Leandro. Y estos cinco acres fueron los primeros que alquiló. Y ese fue el comienzo. Después arrendó tierra por cientos de acres, y hasta ciento sesenta. Y entonces comenzaron a llegar de las Azores sus hermanas, tíos y tías ... Todos están emparentados de alguna manera, ¿se da cuenta?, y en seguida San Leandro se convirtió en un verdadero pueblo de prochugueses. El viejo Silva se consolidó comprando estos cinco acres de mi abuelo. Y muy pronto-le compraron la tierra a mi padre, ya que este estaba hundido hasta la garganta: le compraron ciento sesenta acres. Y el resto de sus parientes hacía lo mismo. Mi padre siempre buscaba de enriquecerse rápidamente, y se endeudaba hasta la coronilla. Pero el viejo Silva nunca dejaba de comprar un terreno, por chico que fuese. Y los demás también son como él. Mire allí, sobre el cerco, justo sobre el camino para los carros, esas plantas de porotos gigantes. Nos burlábamos de algo tan ridículo. Pero Silva no. Y ahora tiene una casa en el centro mismo de San Leandro. Y se pasea en un auto de cuatro mil dólares. Y a pesar de esto sigue plantando cebollas hasta en el borde mismo del caminito. Y saca trescientos dólares netos sólo de ese sitio. Se de diez acres que compró el año pasado. Tampoco hubiera pestañeado si le hubiesen pedido mil dólares. Sabía lo que valía, eso es todo. Y también sabía que podría hacerlos producir. Allí, en las colinas, compró un campo de quinientos ochenta acres, y también lo compró a un precio tirado. Y hasta les diría que podría pasear todos los días de la semana en un automóvil diferente con las ganancias que el obtiene de ese campo con toda clase de caballos, desde los de tiro pesado hasta los de silla.

-¿Pero de que manera . . . consiguió todo eso? -exclamó Saxon.

-Sabiendo cómo cultivar el suelo. Porque trabaja toda la familia entera. No tienen ninguna vergüenza y se arremangan para cavar y cavar, tanto hijas como hijos, viejos como viejas, y hasta criaturas. Tienen un refrán que dice que una criatura de cuatro años que puede hacer pastar a una vaca sobre el camino del campo y la mantiene gorda, vale la sal que come. Oh, toda la tribu de los Silva cultiva cien acres de lentejas, ochenta de tomates, treinta de espárragos, diez de ruibarbo, cuarenta de meloncitos. . ., y montones de otras cosas.

-¿Pero cómo lo hacen? -siguió preguntando Saxon-. Nosotros no nos avergonzaremos si tenemos que trabajar. Siempre trabajamos duramente. Yo podría superar el rendimiento de cualquier mujer portuguesa. Y lo hice en las fábricas de yute. Allí, alrededor de mí, había muchas muchachas portuguesas, y todos los días les ganaba. La explicación no está en trabajar más. Debe haber alguna otra cosa. ¿Que es?

El alambrador la miró perturbado.

-Muchas veces me hice la pregunta a mí mismo. Me dije que valemos más que esos vulgares inmigrantes. Llegamos primero y fuimos los dueños de la tierra. Yo puedo vencer a cualquier gringo "llovido" de las Azores. Tengo una educación mejor, ¿entonces por que diablos nos ganan, se quedan con nuestra tierra y tienen cuenta en los barcos? La única respuesta que tengo es que nosotros no hemos dado con la clave, no usamos la cabeza como es debido, y hay algo que debe de andar mal. De cualquier manera nosotros no nos ingeniábamos con los cultivos, jugábamos, más bien. ¿Acaso se necesita una demostración? Para eso les hice entrar aquí, para hacerles ver de que manera cultiva el viejo Silva y su familia. Miren ese lugar. Algún primo recién llegado de las Azores comenzó con esto y le paga

un buen arrendamiento al viejo Silva. Muy pronto el recién llegado habrá hecho lo suyo, y le comprará tierra a algún granjero yanqui que este por agonizar. Y miren esto, aunque deberían verlo durante el verano. No se ha desperdiciado ni una pulgada. Donde nosotros tendríamos una cosecha magra, ellos consiguen una abundante. Y fíjense cómo aprovechan el suelo: acequias entre las hileras de árboles, y una fila de plantas de porotos entre cada hilera de árboles, hasta el fin de las mismas. Silva no vendería estos acres ni a quinientos cada uno, ni aunque se le pagaran al contado. Le pagó a mi abuelo cincuenta por acre hace ya mucho tiempo, y aquí estoy yo trabajando para la compañía de teléfonos e instalando un aparato para el primo del viejo Silva, que recién llegó de las Azores y que todavía no sabe hablar nuestro idioma. Sí, porotos gigantes a lo largo del camino, y cuando al viejo Silva se le ocurrió hacerlo no lo hizo para engordar cerdos, como lo hacía mi abuelo con lo que cultivaba. Mi abuelo se tapaba las narices con los porotos gigantes. Y así murió con más hipotecas sobre la tierra que le pertenecía que los pelos que yo tengo en la cabeza .. . Protegen los tomates con papel de envolver ... ¿Oyeron ustedes algo semejante? Mi padre se rió cuando los vio por primera vez haciendo eso. Y siguió riéndose. Pero de la misma manera obtuvieron- unas cosechas soberbias, mientras que las plantas de mi padre fueron devoradas por los escarabajos. No teníamos la clave, o el empuje, o cualquier otra cosa que se le parezca. Miren ahí, en el suelo: cuatro recolecciones por año y trabajando en cada pulgada horas extras. Detrás de la ciudad hay acres que producen cada uno más de cincuenta veces que los nuestros, en los viejos tiempos. El prochugués es un cultivador instintivo del suelo, esa es la explicación, y nosotros no sabemos nada ni nunca supimos nada de cultivos.

Saxon conversó con el alambrador hasta la una de la tarde, y entonces aquel sacó su reloj, miró la hora, se despidió y volvió a la tarea de instalar un teléfono para el más nuevo de los inmigrantes que había llegado de las Azores.

En la ciudad Saxon llevaba su cesta dentro del hule negro pero, como tenía orejas amplias, en el campo la llevaba atravesándolas, cargándola en el brazo. Entonces colocaba el pequeño ukelele debajo del brazo izquierdo.

A una milla de distancia de donde habían dejado al alambrador, se detuvieron delante de un arroyuelo bordeado de malezas y que atravesaba el camino del condado. Billy quería comer la merienda fría, que era la última que Saxon había cocinado en la casita de la calle Pine. Pero ella estaba resuelta a hacer fuego para calentar café. No es que lo deseara para sí misma, sino que estaba convencida que todo debía ser confortable para su Billy desde que habían comenzado aquel extraño vagabundeo, y quería entusiasmarle de la misma manera que lo estaba ella, y tampoco quería que el empuje amenguara con una comida fría.

-Quiero que te quites en seguida de la cabeza la idea de que estamos apurados. Tampoco nos preocupa la idea de si llegamos o no a tiempo para la clase. Estamos pasando un rato amable, es una aventura como esas que se cuentan en los libros.. . Oh, quisiera que ese muchacho que me llevó a la isla Goat me viera ahora. Oakland fue exactamente el lugar de partida. Y nosotros partimos ¿verdad? Y ahora nos detendremos aquí para calentar el café. Mantén el fuego encendido Billy, que yo buscare el agua y las cosas para que podamos descansar sobre el suelo.

-¿Sabes -dijo Billy mientras aguardaba a que el agua hirviera- lo que me recuerda esto?

Saxon sabía con certeza lo que iba a decir, pero meneó la cabeza. Quería que el lo dijese.

-Al segundo domingo de conocerte, cuando fuimos al valle de Moraga arrastrados por Prince y King, tú también hiciste los preparativos de la merienda.

-Sólo que aquella fue más suntuosa -agregó ella dichosa.

-Pero no se por que causa ese día no tuvimos café -continuó diciendo el.

-Quizás porque sería demasiado casero -rió ella-. Mary lo hubiese llamado poco delicado ...

-O sino ordinario -la interrumpió Billy-. Siempre estaba diciendo esa palabra.

-Y hay que ver en que acabó.

-Así terminan todas ellas -gruñó el sombríamente-. Siempre supe que las que tienen muchos melindres terminan por ser las peores. Son como los caballos que se encabritan por cosas que no tienen por que causar temor.

Saxon guardaba silencio. Estaba oprimida por una tristeza vaga y lejana, producida por la mención del nombre de la viuda de Bert.

-Se algo que ocurrió ese día y que nunca te imaginarás -recordó Billy-. Apuesto a que no lo sabes.

-Me sorprendería si fuese así -dijo ella tratando de adivinar que había detrás de su mirada.

Los ojos de Billy le respondieron bastante espontáneamente, y luego se le acercó, la tomó de la mano y la apretó al mismo tiempo que le acariciaba una mejilla.

-Es pequeña, pero…-le dijo mientras seguía aprisionando la mano. Luego la miró y Saxon pareció que se encendía al escuchar sus palabras-. ¿Quieres que comencemos otra vez a noviar?

Ambos comieron con apetito, y Billy bebió tres tazas de café.

-Este lugar da apetito -dijo Billy mientras hundía los dientes en el quinto emparedado de pan y carne-. Podría comerme un caballo y después ahogar la cabeza en el café.

Los pensamientos de Saxon volaban lejos, hacia el alambrador, e hizo como un resumen de las informaciones que les había proporcionado.

-¡Oh, -exclamó-, realmente hemos aprendido mucho?

-Sí, que no hay lugar para nosotros costando mil dólares cada acre y teniendo sólo veinte en los bolsillos.

-No nos detendremos aquí -se apresuró a decir ella-. Pero lo mismo da, porque son los portugueses los que hacen que las cosas marchen, los que mandan a sus chicos a la escuela..., y los que los tienen. Y, como tú lo dijiste, son gordos como bolas de sebo.

-Me descubro ante ellos -respondió Billy-. Pero prefiero tener cuarenta acres a cien, cuatro a mil. Aunque en cierto modo me parece muy duro moverme en sólo cuarto…, me asustaría fracasar ¿sabes?

Saxon lo comprendía y simpatizaba con el. En el fondo de su corazón los cuarenta acres tenían mucha más fuerza. A diferencia de su generación, había en ella un deseo de espacio, de la misma manera que su tío Guillermo.

-Bueno, no nos detendremos aquí -le aseguró Saxon-. E iremos en busca no de cuarenta acres, sino de ciento sesenta de tierras libres que sean propiedad del Estado. Y creo que el gobierno nos las debe por lo que hicieron nuestros padres. Saxon, cuando una mujer cruza las llanuras de la manera que lo hizo tu madre, y cuando un hombre y su mujer caen masacrados por los indios como mi abuelo y mi madre, te digo que el gobierno les debe, algo.

-Bueno, entonces a nosotros nos toca cobrarlo.

-Y lo cobraremos en algún lugar de las montañas que tenga árboles de madera roja, al sur de Monterrey.

II

Aquella fue una buena tarde de vagabundeo en dirección hacia Niles, pasando antes por la población de Haywards. Pero encontraron tiempo para apartarse del camino principal del condado y seguir por rutas paralelas y atravesar extensiones de cultivos intensivos, donde las tierras habían sido trabajadas hasta el borde del camino. Saxon miraba asombrada a esos inmigrantes de piel oscura, de cuerpos pequeños, que habían llegado sin nada y que sin embargo lograron que la tierra se pagase a doscientos, quinientos y hasta mil dólares por acre.

Trabajaban todos, las mujeres, los niños y los hombres. La tierra era removida interminable, continuamente. Parecía que no le daban reposo. Y ella les recompensaba. Y debía ser así porque si no sus chicos no podrían asistir a la escuela, ni ellos mismos podrían viajar en carritos, sulkys de segunda mano o carros livianos y fuertes.

-Mira sus caras -dijo Saxon-. Son dichosos, están contentos. No tienen la cara de la gente de nuestro barrio desde que comenzaron la huelga.

-Sí, parecen poseer algo bueno -estuvo de acuerdo el-. Es gente terca, y trabajan juntos para sacar lo que les corresponde. Pero en el fondo no simpatizo con ellos, porque fueron los que nos arrebataron nuestra tierra.

-Pero ellos no parecen malos -murmuró Saxon.

-No, pensándolo bien no es así. Pero de cualquier manera no son tan inteligentes. Apostaría que podría enseñarles algo sobre caballos.

Cuando se ponía el sol entraron en la pequeña población de Niles. Billy, que se había mantenido en silencio durante la última media milla, titubeando ligeramente se atrevió a decir:

-Dime, ¿que te parece si tomamos una habitación en el hotel ?

Saxon movió enérgicamente la cabeza, negándose.

-¿Cuánto crees que te durarán tus veinte dólares de esa manera? Además, la única manera es comenzar por el principio. No habíamos pensado en dormir en hoteles.

-Bueno -dijo el-, de acuerdo, sólo que estaba pensando en eso.

-Entonces harías bien si creyeses que también yo estoy en el mismo juego -le dijo ella con una voz que parecía disculparle-. Y ahora debemos ver cómo conseguimos lo necesario para cenar.

Compraron un trozo de carne gruesa, patatas, cebollas y una docena de manzanas, y salieron del pueblo y caminaron hasta llegar a un grupo de árboles y malezas que demostraban la proximidad de un arroyo. Cerca de los árboles, sobre la margen arenosa, establecieron el campamento. Por allí había leña seca en abundancia, y Billy silbaba mientras la reunía y partía.. Saxon, que quería seguirlo en todo, se reía ante el desafinamiento que salía de sus labios. Sonrió cuando desplegaba las mantas sobre la lona, como mesa de comedor. Antes había arrancado todas las hierbas del suelo. Tenía mucho que aprender para cocinar en un campamento al aire libre, y adelantaba bastante, sabiendo, por ejemplo, que importaba más la conservación del fuego que la extensión del mismo. Cuando hirvió el café, le agregó parte de una taza de agua fría, y colocó el recipiente sobre los tizones donde se mantendría caliente sin llegar a hervir. Frió patatas y cebollas en la misma sartén, pero por separado, y luego las colocó sobre la cafetera, en un plato de hierro enlozado que ella misma usaba para comer, y cubrió la comida con el plato de Billy. Y en la sartén caliente y seca, como le gustaba a Billy, comenzó a freír la carne. Una vez que hizo todo esto, y mientras Billy servía el café, distribuyó la carne pero colocando las patatas fritas y la cebolla en la sartén durante un instante, de manera de hacerlas humear nuevamente.

-¿Que más se puede desear? -dijo Billy en un tono desafiante y lleno de honda satisfacción, mientras hacía una pausa para tomar el café y terminaba de liar un cigarrillo. Estaba echado de lado y descansaba sobre el codo. El fuego ardía brillantemente y los colores de Saxon estaban realzados por las llamas que vacilaban-. Nuestros antepasados debieron sentir temor de los indios, de las bestias salvajes y de todas esas cosas. Y ahora nosotros estamos aquí y nos sentimos tan seguros como si fuésemos polillas de una alfombra. Mira esa arena. ¿Acaso puede pedirse una cama mejor? Es suave como si fuese de plumas. Y tú tienes muy buen aspecto, pequeña indiecita. Apostaría a que no tienes más que dieciséis años ahora, criatura de los Bosques.

-¿Yo? -dijo ella balanceando la cabeza hacia un lado y mostrando los dientes-. Si no estuvieras fumando te preguntaría si tu madre te dio permiso para salir, criatura de las Márgenes Arenosas.

-Dime un poco -comenzó a decir el con una seriedad bien fingida-. Quiero preguntarte algo, si es que no lo tomas a mal. No quiero herir tus sentimientos ni nada semejante, pero de cualquier manera quiero conocer algo importante.

-Bueno ¿de que se trata? -le preguntó ella después de esperar infructuosamente.

-Lo que sucede es esto simplemente, Saxon: te quiero de cualquier manera y totalmente, pero ahora cae la noche y estamos como a mil millas de cualquier parte..., y, bueno, deseo saber. . . si tú y yo estamos realmente casados ...

-Sí, verdaderamente casados -le aseguró ella-. ¿Por que?

-Oh, por nada, pero sucede que a veces yo' soy un poco olvidadizo, y ahora me siento algo confundido, ya que no puedo recordar cómo te traje hasta aquí, y no siendo este un lugar . . . -Eso te servirá de lección -le dijo ella con severidad-. Y ahora debes conseguir la leña para la mañana mientras que yo lavo las cosas y pongo en orden la cocina.

Billy se levantó y obedeció, pero bruscamente se detuvo, regresó y le echó los brazos al cuelo, estrechándola contra sí. Ninguno de los dos dijo nada, pero cuando Billy desapareció el pecho de Saxon estaba agitado y colmado de dicha.

La noche se hizo más densa, pero apenas si era oscura debajo de la luz de las estrellas desmayadas, que después quedaron ocultas detrás de las nubes que aparecieron sorpresivamente. Comenzaba el verano indio de California. El aire era cálido. Había pequeños indicios del frescor del anochecer, pero no soplaba viento.

-Tengo la sensación de que recién comenzamos a vivir -dijo Saxon cuando Billy regresó con la leña. Se le reunió sobre las mantas, cerca del fuego-. Hoy aprendí más cosas que durante diez años en Oakland -dejó escapar un suspiro moviendo lentamente las espaldas-. La agricultura es más seria de lo que imaginaba.

Billy no hablaba. Tenía los ojos constantemente fijos en el fuego y parecía meditar, tener algo dentro de la cabeza que le preocupaba.

-¿Que sucede? -le preguntó ella cuando vio que se movía como si hubiese legado a alguna determinación, al mismo tiempo que colocaba su mano sobre la espalda.

-Estaba proyectando nuestra propiedad rural, simplemente -respondió-. Estas granjitas están bastante bien, pero para los extranjeros. Nosotros los yanquis debemos tener espacio. Quiero mirar la cima de una montaña y saber que esa tierra que se extiende hasta los límites de la otra montaña es mía, y que son. mis animales los que están pastando detrás, cerca del arroyuelo.. Sabes que se puede ganar dinero con la cría de caballos ..., especialmente con los animales grandes de trabajo, por los cuales se llega a pagar hasta mil ochocientas y dos mil libras. Todos los días del año se paga por ellos setecientos y ochocientos por una yunta que tenga cuatro años. Sólo necesitan, en esta clase de clima, buenos pastos y muy abundantes, y además algunos refugios con un poco de paja para los largos períodos de tiempo malo. Nunca se me había ocurrido antes, pero esa idea de tener un campo mío me parece muy bien.

Saxon estaba muy emocionada. Tenía una nueva información sobre el asunto que la interesaba, pero era mejor aún porque la autoridad en materia era Billy.

-Habrá bastante espacio para otras cosas en una región alejada -dijo ella con optimismo.

-Sí, alrededor de la casa tendremos hortalizas, frutas y pollos y todo lo demás, de la misma manera que los portugueses, y mucho espacio para amaestrar caballos.

-¿Pero los potros no cuestan dinero, Billy?

-No mucho. Las piedras del pavimento acaban muy rápidamente con los caballos. Por eso buscaría las yeguas entre las que fueron desechadas de la ciudad. Se como acaban. Las venden en los remates pero aún pueden servir durante muchos años, sólo que no sirven para andar sobre el pavimento.

Después se produjo una pausa larga. Dentro del fuego agonizante ambos veían, imaginativamente, la futura granja.

-Esto es bastante callado ¿no es cierto? -dijo Billy incorporándose finalmente, mirando a su alrededor-. Y todo está tan oscuro como si estuviésemos debajo de una montaña de gatos negros -tiritó apenas y se abotonó el saco. Después tiró unas cuantas ramas al fuego-. Pero aun así es el mejor clima del mundo. Cuando era pequeño le escuche a mi padre elogiar muchas veces el clima de California. El decía que era insuperable.

Pasó un verano y un invierno enteros en el Este y sabía que era eso. No quiso repetir la prueba nunca más.

-Mi madre me decía que no había ningún otro lugar en la tierra con un clima como el de California. Debió de ser maravilloso después de la travesía por desiertos y montañas. Decían que era la tierra de la leche y de la miel. Cady solía decirme que el suelo era tan fértil que sólo bastaba con rasguñar su superficie.

-Y también hay mucha caza por todas partes -asintió el-. El señor Roberts, el que me adoptó, llevaba ganado de San Joaquín al río Columbia. Tenía cuarenta hombres que le ayudaban y todo lo que llevaban era pólvora y sal, porque vivían de lo que cazaban.

-Las montañas estaban repletas de ciervos y mi madre vio grandes manadas de alces cerca de Santa Rosa. Alguna vez iremos allí, Billy, porque siempre quise ver cómo es eso.

-Y cuando mi padre era joven, al norte de Sacramento había un arroyo llamado Cache Slough, que estaba lleno de aves silvestres. Acostumbraba a cazarlas cerca de allí. Sí, algún día viajaremos hasta Santa Rosa. Quizá no nos agrade la tierra que está cercana a la costa y deberemos seguir andando.

En ese instante el fuego se apagó y Saxon terminó de alisarse y trenzarse el cabello. Los preparativos para dormir fueron simples, y al rato estaban uno junto al otro debajo de las mantas.

Saxon cerró los ojos pero no podía dormir. Nunca se había encontrado tan despabilada como en ese momento. Jamás había dormido al aire libre, y a pesar de sus esfuerzos no lograba sobreponerse a esa sensación nueva. También se encontraba entumecida por la caminata que habían hecho, y ante su sorpresa la arena que sentía debajo de su cuerpo no era precisamente suave. Transcurrió una hora. Ella trataba de convencerse de que Billy dormía, pero estaba segura de que no era así. Se sobresaltó ante los ruidos que producían los rescoldos del fuego, que se deshacían lentamente. Al ver que Billy se movía ligeramente Saxon sintió alguna esperanza.

-Billy -le murmuró- ¿estás despierto?

-Sí -respondió-, y me parece que esta arena es más dura que un piso de cemento. Esto me pone mal, ¿pero quien lo hubiera imaginado?

Cambiaron de posición, pero todo intento de escapar al duro contacto de la arena fue vano.

Saxon volvió a sobresaltarse al escuchar el inesperado chillido metálico de un grillo. Guardó su impresión durante varios minutos, hasta que Billy le habló

-Quisiera saber que es eso.

-¿No será una víbora de cascabel? -preguntó ella manteniendo una calma que no sentía en su fuero interno.

-Eso mismo me estaba preguntando.

-Vi dos en la vidriera de la farmacia de Bowman. Y tienen un garfio hueco, Billy, y cuando atacan el veneno sale por la parte hueca.

-¡Brr! -tiritó Billy, con verdadero temor de que todo eso no fuera sólo una broma-. Todos dicen que se trata de una muerte segura, a menos que se sea un Bosco. ¿Te acuerdas?

-Sí, el se las come vivas, ¡vivas! ¡Bosco! ¡Bosco! -respondió Saxon imitando la voz del pregonero de un teatrillo de feria.

-De todas maneras las víboras de cascabel que come Bosco deben de haber perdido el veneno. Creo que es así. Oh, es curioso que no pueda dormir. Desearía que se callara ese bicho maldito. ¿Será una víbora de cascabel?

-No, no puede ser -dijo ella-. Todas las víboras de cascabel fueron muertas hace mucho tiempo.

-¿Entonces de dónde saca Bosco las suyas? -le preguntó Billy razonablemente.- ¿Y por que no te duermes?

-Porque todo esto es nuevo para mí -dijo Saxon-. Nunca en mi vida dormí al aire libre.

-Yo tampoco, y hasta ahora creía que era una diversión -cambió de posición sobre la arena incómoda y suspiró pesadamente-. Pero supongo que con el tiempo nos acostumbraremos. Si puede hacerlo otro también lo haremos nosotros, y mucha gente ha vivido al aire libre. Esto es muy bueno. Somos libres e independientes aquí, y no tenemos que pagar alquiler, y somos nuestros propios amos ...

Se detuvo bruscamente. De entre los arbustos llegó un crujido intermitente. Quisieron localizarlo pero- cesó misteriosamente, y cuando ya empezaban a dormirse volvió a

escucharse el extraño ruido.

-Suena como algo que se arrastrara en dirección a nosotros -dijo Saxon, que se pegaba estrechamente junto a Billy. -Bueno, de cualquier manera no se trata de un indio salvaje -fue lo único que pudo decir en su estado de ánimo y para su tranquilidad. Billy bostezó a propósito-. Oh, diablos, ¿acaso hay algo en esto que pueda asustar? Piensa en lo que tuvieron que pasar los pioneers.

Varios minutos después los hombros de Billy se agitaban y Saxon comprendió que se estaba riendo.

-Estaba pensando, simplemente, en algo que mi padre solía contar -dijo-. Era sobre la vieja Susan Klekhorn, una mujer de los pioneers de Oregón. La llamaban Susan la de Ojos de

Pared. Ella sabía tirar y dispersar a la banda. Una vez la cara. vana de carretas fue atacada por los indios mientras atravesaban las llanuras. Con las carretas hicieron un círculo y metieron todo adentro, hasta los bueyes, y rechazaron a los indios y mataron a muchos. De esta manera eran muy fuertes, y para hacerlos salir los indios les pusieron delante a dos muchachas blancas que habían capturado de otra caravana, y comenzaron a torturarlas. Eso lo hicieron precisamente a una distancia de tiro de escopeta, de manera que todos pudieran verlo. Pensaban que los blancos no podrían soportar ese espectáculo, y entonces saldrían a campo abierto, que era precisamente lo que querían los indios. Los hombres blancos se sentían impotentes, porque si se precipitaban para salvar a las muchachas entonces estaban listos, y después los indios se lanzarían sobre la caravana. Eso significaba el fin de todos. Y entonces la vieja Susan extrajo un viejo rifle con tambor largo, de Kentucky. Cargó el rifle con triple carga y apuntó al indiote que estaba atareado torturando a las muchachas, y disparó. Al descargar se vino al suelo como una pelota y la espalda le quedó molida para todo el resto del viaje, hasta que llegaron a Oregón, pero el indio quedó muerto sobre el suelo. Pero esto no es lo que te quería contar. Parece que la vieja Susan simpatizaba con John Barleycorn. Se agarraba de cualquier' excusa para estar cerca de el y echarle mano. Y los hijos e hijas de ella, así como el viejo, debían tener cuidado de no dejar nada de el cerca de allí, porque lo atrapaba sin ningún miramiento.

-¿De quien? -preguntó Saxon.

-De John Barleycorn .. ., ¿no lo sabías? Es el viejo sobrenombre que se le daba al whisky. Bueno, un día todo el mundo se alejó.. ., cerca de un lugar llamado Bodega, donde se establecieron después de llegar a Oregón. Y la vieja Susan comenzó a decir que su viejo reumatismo no la dejaba en paz y que no podía seguir. Pero la familia ya estaba en marcha. En la casa había una damajuana con dos galones de whisky. Dijeron que estaban de acuerdo, pero antes de partir mandaron a uno de los nietos, que se trepó a uno de los árboles del fondo y dejó la damajuana colgada allí, a sesenta pies del suelo. Pero cuando volvieron a la casa durante la noche, encontraron que Susan estaba tendida sobre el suelo de la cocina y que parecía muerta.

-¿A pesar de todo habría trepado al árbol? -se aventuró a preguntar Saxon, al ver que Billy no mostraba deseos de seguir con el relato.

-Jamás en su vida -rió el estrepitosamente-. Colocó una bañadera debajo de la damajuana, después buscó su viejo rifle y disparó contra la damajuana, y todo lo que tuvo que hacer después fue extraer el whisky de la bañadera.

Saxon se hallaba nuevamente a punto de dormirse, cuando el crujido se oyó otra vez, pero más cercano. Como estaba muy nerviosa creyó que en todo esto había algo de misterioso, y febril imaginó que un animal de presa se abalanzaba sobre ellos.

-Billy -murmuró.

-Sí, yo también lo escuche -le contestó la voz bien despierta.

-¿Podría ser una pantera..., o quizás un gato montes?

-No, eso no puede ser. Todas las fieras de estos pagos fue. ron eliminadas hace mucho tiempo. Esta es una zona agrícola y pacífica.

A través de los árboles soplaba una brisa ligera y Saxon tembló levemente. El misterioso chillido del grillo cesó rápida y misteriosamente. Luego el crujido, y más tarde un golpe seco, hizo que se incorporaran de golpe sobre las mantas. Más tarde no se produjeron otros ruidos y se acostaron nuevamente aunque hasta el mismo silencio parecía siniestro.

-¡Uff! -exclamó Billy algo aliviado-. Ahora me doy cuenta que se trata de un conejo. Escuche más de una vez a los conejos domesticados golpeando con las patas traseras sobre el suelo de esa manera.

Saxon trataba de dormir en vano. A medida que transcurría el tiempo la arena se hacía más y más dura. La carne y los huesos estaban doloridos. Y aunque comprendía perfectamente que no podían existir grandes peligros, su imaginación los creaba.

Escucharon un ruido nuevo. No se trataba de un crujido o un chirrido, sino que parecía el paso de un cuerpo pesado que se desplazaba entre los arbustos. Escucharon desde algún sitio ramas que se rompían, y también el ruido de las ramas de los arbustos que se inclinaban hacia un lado y que luego volvían a su posición inicial.

-Si aquello era una pantera, esto se parece a un elefante -fue la opinión poco alentadora de Billy-. Debe tener un buen paso. Escucha: se acerca más aún.

Se oían detenciones frecuentes, y después el ruido recomenzaba más fuerte y cercano. Billy se incorporó nuevamente sobre las mantas, y pasó un brazo alrededor de Saxon, que también se incorporó.

-No dormí ni un segundo --se lamentó el-. Y ahora empieza otra vez. Si pudiese ver ...

-Hace ruido como si fuera una fiera -la voz le tembló a Saxon porque se sentía nerviosa y tiritaba con el fresco de la noche.

-Con seguridad que no se trata de una langosta.

Billy quiso dejar las frazadas, pero Saxon le agarró de un brazo.

-¿Que vas a hacer?

-Oh, no estoy asustado pero esto me pone los nervios de punta. Si no descubro que es explotare. Voy a ver de que se trata, simplemente. No me alejare mucho.

La noche era tan cerrada y oscura que, ni bien le soltó de la mano, lo perdió de vista. Quedó sentada, aguardando. El ruido había cesado pero podía seguir claramente los pasos de Billy gracias al ruido que hacían las ramas secas al ser pisoteadas. En seguida regresó y se deslizó debajo de las frazadas.

-Creo que lo asuste y se alejó. Tiene buenos oídos y cuan- ' do me oyó llegar se escapó del lugar seguramente. Hice todo lo posible para no producir ningún ruido.. . Oh, Dios, ahora empieza otra vez.

Se sentaron. Saxon le tocó con uno de sus codos.

-Allí -le dijo con un murmullo muy apagado-. Puedo escuchar cómo respira. Parece un ronquido.

Una rama seca crujió fuertemente muy cerca de ellos, y entonces dieron un brinco instantáneo.

-No sufriré más esa broma -declaró irritado Billy-. Si no lo hago se nos vendrá encima.

-¿Que harás, entonces? -preguntó ella con ansiedad.

-Hasta me haría saltar la cabeza. Tratare de ver que es.

Inhaló una bocanada de aire y gritó salvajemente.

Lo que sucedió inmediatamente superó cualquier expectativa posible, y Saxon sintió realmente el pánico. Inmediatamente, en la oscuridad, se oyó cómo las ramas eran aplastadas, cómo caían y rodaban cuerpos pesados en distintas direcciones. Pero por suerte para su ánimo todos esos ruidos se alejaban y apagaban cada vez más.

-¿Y que pensarán ellos de esto? -Billy rompió el silencio-. Todos los aficionados al box decían que yo no le tenía miedo a nadie. Y me alegro de que no me vean esta noche -gruñó-. Ya tuve todo lo que podía desear de esta maldita arena. Y ahora voy a levantarme para hacer fuego.

Eso era cosa fácil, porque entre las cenizas aún había restos de tizones que ardían destacándose en medio del color gris del rescoldo. Los contempló fijamente y comenzó a caminar.

-¿Y ahora a dónde vas? -le gritó Saxon.

-Se me ocurrió una idea -respondió sin decir nada más, y avanzó más allá del círculo que iluminaba el fuego.

Saxon se sentó y se cubrió hasta la barbilla con la frazada, admirando el valor de su hombre. No había llevado consigo ni siquiera el hacha, y se encaminaba directamente hacia el lugar donde se había desvanecido el ruido.

Diez minutos después regresó riendo.

-¡Hijos del diablo! Me sacaron bastarte de mis casillas. La próxima vez voy a asustarme hasta de mi propia sombra ... ¿Sabes que era? Podrías pensarlo mil años y no lo averiguarías.

Eran unos cuantos terneritos, y estaban más asustados que nosotros.

Fumó un cigarrillo cerca del fuego y luego se acercó a Saxon, debajo de las frazadas.

-Sería un buen granjero ¿eh? -dijo bromeando-, si un montón de terneritos puede asustarme y sacarme fuera de quicio. Apostaría algo a que tu padre o el mío no hubieran movido ni un párpado. Esa raza se ha extinguido, eso es lo que pasa.

-No, no se ha extinguido -dijo Saxon-. La estirpe permanece. Somos tan capaces como nuestros antepasados lo fueron siempre, y sobre todo somos más sanos. Fuimos criados de manera distinta, eso es todo. Siempre hemos vivido en ciudades. Conocemos los ruidos y las cosas de la ciudad, pero no los del campo. Nuestra vida no ha sido natural, y nos hemos pasado los días dentro de una cáscara de nuez. Y ahora vamos a ser más naturales. Sólo necesitamos un poco de tiempo para dormir a la intemperie con la misma facilidad que lo hicieron tu padre o el mío.

-Pero no sobre la arena -refunfuñó Billy.

-También probaremos eso. Sólo lo ensayamos por primera vez. Y ahora pórtate bien y duerme.

Sus temores se habían desvanecido, pero la arena, que merecía toda su atención, aumentaba su inflexibilidad. Al principio Billy dormitó un poco, y los gallos cantaban en la lejanía cuando Saxon cerró los ojos. Pero no podrían escapar de aquel lecho de arena, y durmieron en la medida que aquella se los permitió.

Cuando el gris del amanecer apareció en el aire, Billy se levantó del lecho y preparó un fuego gigantesco. Saxon se incorporó temblando de frío. Ambos tenían los ojos hundidos y estaban muy cansados. Saxon comenzó a reír. Billy al principio se le unió con malhumor, pero luego le brillaron los ojos al encontrar la cafetera que inmediatamente colocó sobre el fuego.

III

Entre San José y Oakland hay una distancia de cuarenta millas, que fueron cómodamente recorridas por Saxon y Billy en tres días. No tuvieron ocasión de encontrar a otros alambradores atentos y conversadores por el camino. Tropezaron con numerosos vagabundos que llevaban mantas e' iban del norte al sur, en sentido contrario, sobre la ruta de la zona. A través de lo que conversaron con aquellos Saxon se dio cuenta que poco o nada sabían acerca del trabajo de la tierra. En su mayoría eran hombres viejos, débiles o atontados, y lo único que conocían era de trabajar en las ciudades..., donde decían que había buenos puestos. Los sitios que mencionaban eran siempre muy lejanos. Sólo consiguió saber de ellos que en el distrito en que se encontraban, en las extensiones cultivadas y no muy grandes, rara vez se tomaba un bracero, y si alguna vez ocurría por lo común se trataba de un portugués.

Los mismos granjeros no eran amables. Frecuentemente pasaban junto a Saxon y a Billy en carros vacíos pero no los invitaban a subir. Cuando se presentaba la oportunidad, por ejemplo cuando Saxon les hacía preguntas, los miraban llenos de curiosidad o de sospecha, ofreciendo sólo respuestas ambiguas o burlonas.

-Esos, malditos sean, no son yanquis -le hizo una mueca al marido-. En los viejos tiempos todo el mundo era amigo de todo el mundo.

Pero Saxon recordó la última conversación que había tenido con su hermano.

-Es la época, Billy. Su espíritu ha cambiado. Además, esa gente está muy cerca. Verás que cuando nos alejemos más de las ciudades serán más atentas.

-Esta es una raza confusa -murmuró el.

-Tal vez tengan razón en ser así -rió ella-. Por lo que has averiguado más de uno de los "tiñosos" a quien le pegaste es hijo de ellos.

-Quisiera creerlo -dijo cálidamente Billy-. Pero estoy seguro de que aun siendo dueño de diez mil acres cualquier hombre que arrastre su frazada por el camino sería igual a mí mismo, y tal vez mejor. Al menos le ofrecería la ventaja y el beneficio de que dude.

Billy preguntó por trabajo en cualquier parte, y después en las grandes granjas. La respuesta invariable era negativa. En algunos lugares le dijeron que después de las lluvias tal vez habría trabajo de arado. En alguno que otro sitio se araba la tierra seca, pero en pequeñas extensiones. Pero generalmente los granjeros esperaban.

-¿Pero tú sabes arar? -le preguntó Saxon.

-No, pero supongo que no hay que estudiar mucho para hacerlo. Además, al próximo que vea arando le pediré que me enseñe.

Al mediodía siguiente se le presentó una oportunidad. Por encima del cercado de una pequeña granja contempló a un anciano que araba una y otra vez la tierra.

-Oh, es lo más fácil que hay -dijo Billy desdeñosamente-. Si un viejo cascote como ese puede manejar un arado, yo puedo con dos.

-Prueba -dijo Saxon.

-¿Con que objeto?

-Te falta decisión -bromeó ella risueñamente-. Todo lo que tienes que hacer es pedírselo, y lo único que cabe esperar es que se niegue. ¿Y que sucederá si te dice que no? Tú ya enfrentaste al "Terror de Chicago" durante veinte vueltas sin ceder ni una pulgada.

-Oh, eso es distinto -dijo Billy algo cohibido, y en seguida saltó el cerco-. Te apuesto dos contra uno a que el viejo no me toma en serio para nada.

-No, no hará eso. Simplemente le dices que quieres aprender y te permitirá dar un par de vueltas con el arado. Dile que no le costará nada.

-Uff, y si es avaro le arrancare su maldito arado de las manos.

Desde el cerco, demasiado alejada para escuchar, Saxon los contemplaba mientras hablaban. En seguida tuvo las cuerdas en el cuello y tomó las manijas con sus manos. La yunta partió inmediatamente, y el anciano marchaba junto al joven haciéndole una serie de indicaciones. Una vez que Billy dio algunas vueltas, el anciano atravesó los surcos abiertos en dirección a Saxon y se detuvo delante del cerco.

-Antes aró algo ¿no es cierto?

Saxon movió la cabeza negando.

-Nunca en su vida, pero sabe manejar caballos.

-No me parece un principiante y aprende muy rápidamente -rió el granjero sacando de una cajita un poco de tabaco para masticar-. Reconozco que no me cansare si lo dejo trabajar.

La tierra que faltaba arar se hacía cada vez más escasa, pero Billy parecía que no mostraba el propósito de abandonar la tarea, y las personas que estaban junto al cerco se hallaban muy entretenidas en la conversación. Las preguntas de Saxon eran rápidas, enconadas, y no tardó mucho en llegar a la conclusión de que el anciano se parecía mucho a la persona que el alambrador había descripto como su padre.

Billy siguió en su trabajo hasta que todo el terreno quedó arado, y el anciano los invitó a pernoctar allí. Les dijo que tenía una construcción que no usaba, y allí encontrarían una pequeña estufa para cocinar. Además les daría leche fresca, y si Saxon quería probar sus aptitudes en la agricultura le permitiría ensayar la mano en el ordeñe.

El ordeñe de la vaca no fue tan exitoso como el trabajo de Billy con el arado. Pero como el se burlara bastante de ella, Saxon le desafió a que probase, y fracasó tan lamentablemente como ella; Saxon veía y preguntaba por todo, y en seguida se dio cuenta de que casi todas las cosas estaban fuera de sitio. Tanto la granja como el granjero eran anticuados. No se había desarrollado el cultivo intensivo. Había mucha tierra y estaba poco trabajada. Todo se hacía descuidadamente. La casa, el corral, las otras construcciones se estaban convirtiendo rápidamente en ruinas. En el frente de la casa crecían malezas y tampoco había huerta. El pequeño plantío de árboles era viejo, con ejemplares enfermos y poco cuidados, y estaban retorcidos, eran sarmentosos, cubiertos de una especie de moho grisáceo. Saxon supo que los hijos e hijas del granjero se hallaban lejos, en las ciudades. Una de las hijas se había casado con un medico, la otra era maestra en la escuela normal del Estado. Un hijo era maquinista de locomotoras, el segundo era arquitecto y decía que el tercero era cronista de policía en San Francisco. El anciano también . le contó que en los momentos de apuro venían para ayudar a sus mayores.

-¿Que te parece? -le preguntó Saxon a Billy mientras fumaba. un cigarrillo después de la cena.

Los hombros de Billy se encogieron mucho.

-Oh, es muy fácil de entender. Al viejo cascote le gusta su plantío pero lleno de moho .. ., y es evidente, tan evidente como la nariz en tu cara, que no comprende nada de nada. Y fíjate en los caballos que tiene . . ., y hasta sería un acto de caridad y le ahorraría dinero, si se los sacara de aquí para meterles unos tiros de gracia. Podrías apostar con seguridad a que no verías a los portugueses con caballos como éstos. Y no es cosa de amor propio, ni de dejar de ver la realidad, eso de tener buenos caballos. Es algo que conviene de cualquier manera porque compensa. Así es la cosa. Cuesta más mantener en buenas condiciones a los caballos viejos que a los jóvenes, y además no pueden hacer el mismo trabajo, pero en cambio cuesta lo mismo herrarlos a los dos. Y por encima de todo está el rasqueteo. Cada minuto en la manutención de esos caballos se está perdiendo dinero. Deberías ver cómo se trabaja y se sacan las cuentas con los caballos de la ciudad.

Durmieron mucho y después de desayunarse temprano se dispusieron a partir.

-Me gustaría que trabajasen un par de días aquí -se lamentó el anciano cuando se despedían-, pero no se me ocurre en que. El campo apenas si da para mí y para la vieja, ahora que los muchachos se fueron. Aunque esto no sucede siempre, parece que los tiempos malos durarán mucho. Nunca sucedió lo mismo desde Grover Cleveland.

Era muy temprano, por la tarde, y estaban en las afueras de San José, cuando Saxon pidió que hicieran un alto.

-Voy a entrar aquí inmediatamente, a menos que me lo impidan los perros. Este es el lugar más bonito que he visto.

Billy, que siempre se la pasaba imaginando colinas y amplias extensiones para sus caballos, asintió pero sin mucho entusiasmo.

-¡Y mira que hortalizas! ¡Y las flores que hay en el borde! Esto supera las plantas de tomates envueltas en papeles.

-No veo que sentido tiene -dijo el-. ¿Para que cultivarán flores si las hortalizas dejan buena ganancia?"

-Eso es lo que averiguare -dijo Saxon señalando en dirección a una mujer, de pie en medio del terreno, que trabajaba con la podadora frente a una casa pequeña-. No se cómo será ella pero en el peor de los casos se tratará de una mal educada. Mira, ahora dirige sus ojos hacia nosotros. Arroja tu carga al lado de la mía y ven.

Billy descargó el bulto de las frazadas pero prefirió aguardar. Mientras Saxon avanzaba por el angosto caminito bordeado de flores, se fijó en dos hombres que había entre las plantas.

Uno era un viejo chino, y el otro, también anciano, era de ojos negros y de procedencia extranjera. Allí verdaderamente realizaban cultivos extensivos, eficaces, y casi trabajaban la tierra de una manera enconada. La mujer se incorporó y desvió la mirada de las flores, y Saxon pudo ver que se trataba de una mujer de edad mediana, delgada, simple pero agradablemente vestida. Llevaba lentes, tenía una expresión amable pero parecía nerviosa.

-Hoy no necesito nada -dijo sonriendo antes de que Saxon comenzara a hablar.

Saxon refunfuñó para sus adentros llevando siempre la cesta con la protección de hule.

-No somos vendedores ambulantes -le explicó con rapidez.

-Oh, perdóneme, me confundí.

La sonrisa de la mujer se hizo más agradable y se mantuvo a la expectativa de lo que la otra diría.

Con rapidez Saxon encontró el momento oportuno.

-Estamos buscando tierra. Queremos ser granjeros y antes deseamos saber que tierra nos conviene. Y como vi su bonito rincón, sentí curiosidad y quisiera hacerle algunas preguntas. Como usted puede darse cuenta, no entendemos nada de cultivos. Siempre vivimos en la ciudad y ahora la abandonamos para irnos al campo y ser más felices.

Hizo una pausa. El rostro de esa mujer parecía cada vez más perplejo, aunque no dejaba de ser amable.

-¿Pero cómo saben que serán felices en el campo? -le preguntó.

-No se, pero la única seguridad que tengo es que la gente pobre no puede ser dichosa en la ciudad, donde siempre hay conflictos obreros. Y si no puede ser feliz en el campo, la felicidad entonces no existe en ninguna parte. Y eso no estaría bien ¿no le parece?

-Eso que dice es bastante lógico, querida. Pero no olvide que en el campo también hay mucha gente pobre y desdichada.

-Al menos usted no lo parece -le dijo Saxon con franqueza.

-Usted es un encanto.

El rostro de la otra estaba sonrojado, demasiado confundida como para responderle. Por último dijo:

-Tal vez tenga condiciones muy especiales para vivir y tener éxito en el campo. Usted dijo que siempre vivió en la ciudad, y no sabe nada de la vida campesina. Eso podría destrozar su alma completamente.

El pensamiento de Saxon voló hacia aquellos terribles meses pasados en la casita de la calle Pine.

-Estoy segura de que es la ciudad la que me destroza completamente el alma. Quizás también eso ocurriera en el campo, pero de todas maneras es la única posibilidad que tenemos. Esto o nada. Además, todos nuestros antepasados fueron campesinos. Me parece que es la única manera natural de vivir. Y, más aun, aquí me tiene, como si hubiera una fuerza, una ocasión que me arrastrara. Si no lo sintiese no estaría aquí.

La otra mujer asentía y aprobaba con la cabeza, mirándola con creciente interés.

-Ese joven... -comenzó a decir

-Es mi esposo. Era adiestrador de caballos hasta que se produjo la gran huelga. Mi apellido es Roberts, Saxon Roberts, y el se llama Guillermo Roberts.

-Y yo soy la señora Mortimer -dijo la otra inclinando la cabeza-. Soy viuda. Y si usted invita ahora a su marido para que se acerque, podría responder a algunas de las cosas que le interesan mucho. Dígale que deje los bultos detrás de la entrada... Bueno ¿que es lo que querría saber?

-Oh, muchas cosas... ¿Nos convendría hacer lo mismo que usted hace? ¿Y de qué manera dirige esto? ¿Y cuánto cuesta la tierra? ¿Usted misma hizo construir esta casa? ¿Cuánto les paga a los hombres que trabajan para usted? ¿Cómo aprendió todas esas cosas diferentes, cuáles son las que se dan mejor y cuáles las que convienen más? ¿Y cómo las vende? -Saxon se detuvo y rió-. Oh, y aún no empede a preguntarle. ¿Por que cultiva por todos lados flores en los bordes del camino? En San Leandro vimos las huertas de los portugueses, y ellos nunca mezclan flores con hortalizas.

La señora Mortimer levantó la mano.

-Primero le responderé a esto último, Y allí encontrará la explicación de casi todo.Pero en ese momento llegó Billy y todo quedó diferido para un poco más tarde.

-Son las flores las que llamaron su atención ¿no es cierto? -dijo la dueña de casa-. Y eso fue lo que hizo que traspusiera la entrada y se acercase hasta mí. Y 'esa es la razón verdadera por la cual son cultivadas entre las verduras. Usted no se puede imaginar cuántos se han sentido atraídos o fueron empujados a dejar atrás la verja. Este camino es muy bueno, bien transitado por los turistas de las ciudades. Pero nunca tuve suerte con los que viajan en autos, porque sólo ven polvo y más polvo. Pero empecé a hacer esto cuando casi todo el mundo andaba en vehículos tirados por caballos. Y la gente de las ciudades pasaba por aquí. Mis flores y mi casa les llamaban la atención. Entonces les decían a sus conductores que se detuvieran. Y... casi siempre, los mantenía a distancia y conversaba con ellos. Generalmente los invitaba a entrar para que viesen mis flores, y también las verduras... naturalmente. Todo era amable, limpio, bonito, llamaba la atención, v... -la señora Mortimer se encogió de hombros-. Es bien sabido que el estómago ve a través de los ojos. El hecho de cultivar flores entre hortalizas despertaba la curiosidad de ellos. Y entonces deseaban más verduras, y se las llevaban pagando el doble que en el mercado, y estaban muy contentos. Es verdad que las verduras eran tan buenas como las del mercado, y casi siempre más frescas. Además, mis clientes mataban dos pájaros de un solo tiro, porque también se sentían satisfechos por razones filantrópicas. No sólo llevaban las verduras más frescas, las mejores, sino que se sentían satisfechos de poder mudar a una viuda que trabajaba. Y se daban cierto tono diciendo que habían comprado las verduras en lo de la Mortimer. Esto ya es muy largo para que pueda ser analizado rápidamente. En resumen, mi pequeño rincón se convirtió en un sitio de visita... a donde había que ir cuando era necesario matar el tiempo, o algo semejante. Y se comentaba mucho sobre quien era yo, quien había sido mi marido, y que era anteriormente. De eso se encargaron algunas damas de la ciudad que yo había conocido anteriormente, en los viejos tiempos. Trabajaron para mi éxito. Entonces, también, acostumbraba a servir un te. En aquel tiempo mis clientes también eran visitas. Y sigo haciendo lo mismo cuando llegan acompañadas de sus amistades y quieren mostrarles este lugar. Como usted se da cuenta, las flores me sirvieron para tener éxito.

La mirada de Saxon brillaba de admiración, pero la dueña de casa observó que Billy sentía algo que no le gustaba del todo. Sus ojos azules estaban nublados.

-Vamos -le alentó la señora Mortimer-, ¿dígame que piensa?

Ante la sorpresa de Saxon e1 respondió directamente y sus observaciones fueron de un carácter que nunca se le hubiese ocurrido a ella.

-Creo que es un truco, simplemente -dijo Billy-, al menos me parece...

-Pero un truco muy conveniente -interrumpió la dueña de casa mientras le bailaban los ojos detrás de los lentes.

-Sí ..., y no -dijo Billy obstinado, hablando de una manera deliberadamente lenta-. Si cada granjero mezclase las flores con las hortalizas obtendrían los mismos precios y en el mercado no se conseguiría ningún doble precio. Entonces todo estaría como antes.

-Usted supone más una teoría que un hecho -dijo la señora Mortimer-. El caso es que todos los granjeros no lo hacen y que yo cobro el doble precio. Eso no puede dejar de verlo.

Billy no 'estaba convencido aunque no respondió.

-Pero es lo mismo -murmuró moviendo lentamente la cabeza-. No doy con la clave de esto. No nos conviene, quiero decir, para mí y para mi mujer. Quizás lo entienda dentro de un tiempo.

-Mientras tanto vamos a mirar un poco por acá -les invitó la señora Mortimer-. Quiero mostrarles todo y decirles cómo hago para que marche. Después nos sentaremos y les explicaré cómo comencé. Como usted lo ve -se inclinó hacia Saxon quiero que ustedes lo comprendan todo para que tengan éxito, si es que van por buen camino. Cuando comencé no sabía nada de nada, y tampoco tenía a mi lado a un joven simpático como el suyo. Estaba sola. Pero ya se los contare.

Durante la hora siguiente anduvieron entre hortalizas, zarzamoras y árboles frutales, y Saxon se atiborró de un cúmulo de informaciones que se propuso digerir en los momentos de descanso. También Billy estaba interesado en todo, pero dejaba que su mujer mantuviera la conversación, y preguntó muy pocas cosas. En el fondo de la casita todo estaba limpio y ordenado como en el frente. Vieron el corral de las aves. En diferentes secciones se criaban allí cientos de gallinas pequeñas y blancas como nieve.

-Son las Leghorn blancas -dijo la señora Mortimer-. No se imaginan lo que produjeron este año. Nunca conservo una gallina después del período de la puesta de huevos…

-Lo mismo que yo te decía de los caballos, Saxon -dijo Billy.

-Y con un método muy simple, después de que empollan, en el momento propicio, cosa que ni en sueños se le ocurriría a un granjero entre diez mil, logre que produjeran durante el invierno, que es cuando las gallinas dejan de dar huevos y estos están más caros. Además, hay otra cosa: tengo mis clientes especiales. Me pagan diez centavos más por docena de lo que se acostumbra en el mercado, porque los que les, vendo son del día.

En ese momento le dirigió una mirada a Billy, sospechando que aquel aun seguía cavilando.

-¿Y esto también es lo mismo? -le preguntó.

Billy afirmó con una inclinación de cabeza.

-Sí, es lo mismo. Si cada granjero entregara los huevos del día, no los encarecería diez centavos por docena.

-Pero no debe olvidar que debe ser todos los días -le hizo notar la señora Mortimer.

-Pero en una cosa así nosotros no nos podríamos ganar el pan ni la manteca. Y eso es lo que queremos descubrir. Usted habla de teoría y práctica. Y diez centavos más que el precio habitual es teoría para Saxon y para mí. El hecho es que no tenemos aves de corral ni tierra donde puedan poner sus huevos.

La dueña de casa asentía, comprensiva.

-Y además hay otra cosa en esta instalación que no comprendo -continuó diciendo el-. No puedo comprenderlo a pesar de que lo tengo delante de mis propios ojos.

También les mostró los ejemplares vacunos, la porqueriza, la cremería, las casetas de los perros, es decir, lo que la señora Mortimer llamaba sus secciones de animales en pie. Y ninguna era muy grande. Y les aseguró que todas producían dinero y que de esa manera aumentaba sus ingresos cómodamente. Les quitó el aliento al citar los precios pagados y recibidos por unos perros persas de raza; por cerdo Chesters mejorados y de buena raza, procedente de Ohio; por perritos escoceses de raza y vacas Jersey. Para la leche producida por estas últimas también tenía compradores especiales, que pagaban cinco centavos más por litro comparándola con la mejor de cualquier tambo. Billy estaba ansioso por demostrar la diferencia que había entre ese plantío y los que habían visto la tarde anterior, y la señora Mortimer le mostró muchas otras cosas existentes entre lo suyo y lo de los demás, y que el se vio-en la obligación de reconocer que eran mejores.

Después les habló de otra industria, de sus dulces y conservas caseros, que siempre vendía con anticipación y a precios muy superiores a los del mercado. Se sentaron en la terraza sobre cómodos sillones de bambú y les contó cómo había formado su comercio de dulces y conservas, tratando sólo con uno de los mejores restaurantes de San José y con el mejor club del mismo pueblo. Había presentado sus muestras al propietario del restaurante y al mayordomo del club, y después de largas discusiones consiguió vencer la oposición y habituarlos a sus "especialidades", y también agitar la opinión de los clientes en el sentido de que aumentaran el precio de los platos que se preparaban con sus productos.

Durante el relato los ojos de Billy demostraban bien claramente su insatisfacción. La señora Mortimer se dio cuenta pero aguardó.

-Bueno, y ahora relátenos cómo empezó -le rogó Saxon.

Pero la dueña de casa se negó a hacerlo si no le prometían que se quedarían a comer con ella. Saxon dejó de lado la reticencia de Billy y aceptó en nombre de los dos.

-Bueno, entonces -dijo la señora Mortimer-, en un comienzo yo no entendía nada, en absoluto, de eso, porque había nacido y fui criada en la ciudad. Todo lo que sabía del campo era que servía para pasar las vacaciones, y siempre iba a las termas, las montañas o a las playas marinas. Casi había pasado mi vida entera entre libros. Durante años fui la empleada principal de la Biblioteca Doncaster. Después me case con Mortimer. El estaba habituado a los libros, y era profesor de la Universidad de San Miguel. Sufrió una larga dolencia y cuando falleció no me quedó nada. Hasta el seguro de vida fue devorado antes de que pudiera librarme de los acreedores. Y en cuanto a mi madre estaba agotada, casi enferma de los nervios, incapaz de hacer nada. Sin embargo me quedaban cinco mil dólares, y, sin entrar en detalles, resolví dedicarme a la industria de la granja. Una vez decidida a eso, busque un clima delicioso cerca de San José..., el punto terminal de la línea de tranvías eléctricos está apenas a un cuarto de milla... y compre este terreno. Pague dos mil dólares al contado y tome una hipoteca por otros dos mil. Cada acre costó doscientos dólares, como se dará cuenta. -

¡Veinte acres! -exclamó Saxon.

-¿Pero no era muy poco? -se aventuró a preguntar Billy.

-Demasiado grande, era un verdadero océano. Lo primero que hice fue arrendar diez acres. Y desde entonces siguen de la misma manera. Y hasta los diez acres que me quedaron eran demasiados. Recién ahora comienzo a sentirme en un lugar un poco estrecho.

-¿Y los diez acres la han mantenido a usted y a los dos peones? -preguntó asombrado Billy.

La señora Mortimer palmoteó encantada ante la sorpresa del joven.

-Escúcheme, fui bibliotecaria, y lo aprendí todo de los libros. Antes que nada leí todo lo que había sobre el tema, y me suscribí a algunas de las mejores revistas agrícolas. Y usted pregunta si mis diez acres pudieron mantenerme a mí y a los dos hombres. Permítame decirle que tengo cuatro peones. Los diez acres deben mantenerlos, de la misma manera que a Hanuah. . . , una viuda sueca que maneja la casa y se convierte en una verdadera troyana cuando llega el tiempo de preparar los dulces y las conservas . . ., y a la hija de Hanuah, que va a la escuela y a veces ayuda..., y a mi sobrina, a quien tome a mi cargo para criar y educar. Y también los diez acres sirvieron para terminar de pagar los veinte, de la misma manera que lo que costó esta casa y las otras construcciones y los animales de raza.

Saxon recordaba lo que el joven alambrador le había dicho de los portugueses.

-Los diez acres no hicieron nada -dijo Saxon-. Fue su cabeza la que hizo todo, y usted sabe mejor que nadie que es así.

-Sí, esa es la clave, querida. Eso demuestra que una persona con cierta disposición puede triunfar en el campo. Recuerde que la tierra es generosa, pero debe ser tratada como tal, y eso es algo que los granjeros yanquis a la antigua no comprenden. La cabeza es lo que tiene importancia en esto. Hasta en los casos que están convencidos que sus tierras agotadas necesitan de fertilizantes, no encuentran ninguna diferencia entre abonos baratos y de los buenos.

-Eso es algo que me gustaría saber -dijo Saxon.

-Les diré todo lo que se, pero ustedes estarán muy fatigados. He notado que se caen de cansancio. Déjenme que les haga entrar..., y no se preocupen por sus cosas. Mandare a Chang por ellas.

Para Saxon, que tenía un amor innato hacia lo bello y lo encantador, que se manifestaba en todas sus cosas personales, el interior de la casita fue una revelación. Nunca había estado antes en una casa de la clase media, y lo que veía ahora excedía con mucho lo que había imaginado, y también era muy diferente. La señora Mortimer se dio cuenta del brillo que tenía la mirada de Saxon al posarse sobre todas las cosas, y avanzó mostrándole todo ante los sorprendidos elogios de la joven, y le dijo el valor de lo que estaba viendo, y le explicó que mucho de lo que veía allí lo había hecho con sus propias manos, por ejemplo dar el color a los pisos, confeccionar las repisas de los libros, ensamblar las piezas de maderas con las cuales había hecho los sillones bajos de brazos. Billy caminaba muy tímidamente detrás de ellas, y aunque su manera de ser no era imitar simiescamente los modales de los otros, consiguió dominar su evidente timidez hasta cuando se sentaron a la mesa, donde Saxon por primera vez se sintió como servida por una criada en una casa particular.

-Si regresaran el año que viene -dijo con pesar la señora Mortimer- tendrían la habitación que he proyectado . . .

-Oh, todo esto está muy bien -dijo Billy-, y muchas gracias lo mismo, pero tomaremos el tranvía eléctrico para ir hasta San José, y allí alquilaremos un cuarto.

Sin embargo la señora Mortimer se sentía molesta por no poder alojarlos en un cuarto para pasar la noche, y Saxon cambió de tema tratando de saber más cosas de la granja.

-Ya les dije que sólo pague dos mil dólares al contado por la tierra -dijo la dueña de casa accediendo al pedido-. Me quedaban tres mil dólares para llevar a cabo el proyecto. Por supuesto que todas mis amistades y parientes me profetizaron un rotundo fracaso. Y cometí muchos errores, pero me salve de otros por el constante estudio que hice de la situación, y que seguí haciendo sin descanso. Estaba completamente resuelta a ponerme al día -dijo señalando con un gesto la repisa con las publicaciones agrícolas-, y mande pedir todas las revistas de las reparticiones agrícolas del Estado. Siempre partía de la idea de que los antiguos agricultores hacían mal las cosas, y ustedes saben que al pensar de esa manera no estaba tan equivocada. Es casi increíble la estupidez de los antiguos granjeros ... Oh, también consulte y converse con ellos sobre distintos tópicos, discutí acerca de sus rutinas, les pedí pruebas sobre sus ideas dogmáticas y los prejuicios que tenían sobre la producción del

campo, y conseguí convencerlos bastante de que yo era una loca y que estaba condenada a lamentar más tarde todas mis ocurrencias.

-¡Pero no resultó así!

La señora Mortimer sonrió evidentemente agradecida ante esa opinión.

-A veces, hasta ahora mismo, me asombro de no haber fracasado. Pero desciendo de gente terca que estuvo mucho tiempo alejada de la tierra, fue que conseguí ver las cosas desde otro punto de vista. Si algo satisfacía mi criterio no me detenía ante nada, aunque pareciera muy extravagante. Por ejemplo, miren el viejo plantío de árboles. Carecía de valor, ¡de todo valor! El viejo Calkins casi se muere de un ataque al corazón al ver la devastación que hice allí. Y fíjense en que se ha convertido. Y esto era una ratonera en ruinas cuando ocupaba el lugar que tiene ahora la casita. Me instale en la ruina pero inmediatamente proyecte el corral de las vacas, la orqueriza, los gallineros, todo lo demás..., e hice una limpieza general. Y la gente meneaba la cabeza y murmuraba cuando asistían al desenfreno de una viuda que luchaba para subsistir. Sin embargo todavía no había llegado lo peor. Se quedaron como paralizados cuando les comuniqué el precio que había pagado por tres cerdos reproductores, tres Chesters que compre por sesenta dólares, y recién acaba de ser sacrificado uno de ellos porque está muy viejo. Después vendí en el mercado la mezcla de gallinas que había, y las suplante por las Leghorn blancas Las dos vacas que había en el campo cuando lo compre, se las vendí al carnicero a treinta dólares cada una, y pague doscientos cincuenta por dos vaquillonas Jersey de sangre azul..., y además gane platita con el cambio, mientras que Calkins y los otros seguían utilizando sus ruinas, que jamás dieron leche suficiente para costear el forraje que ellas mismas se comían.

Billy asentía con la cabeza.

-Recuerdas lo que te dije de los caballos -le dijo a Saxon, y alentado por la dueña de casa comenzó a hablar amenamente sobre los caballos y su explotación.

Cuando el salió un momento para fumar un cigarrillo, la señora Mortimer llevó la conversación hacia la vida que llevaban ellos dos, y no se mostró nada impresionada cuando supo que Billy había sido pugilista y había castigado duramente a muchos "tiñosos".

-Es un hombre magnífico. Y es bueno -le aseguró a Saxon-. Eso se le ve en la cara. Y de cualquier manera la quiere y está orgulloso de usted. No se imagina cuánto me encantó ver la manera cómo se fija en usted, especialmente cuando habla. Respeta sus ideas. Y debe hacerlo ya que se encuentra haciendo esta peregrinación, que es una idea enteramente suya -suspiró la señora Mortimer-. Usted es muy afortunada, querida, muy afortunada. Y todavía no sabe bien que es la mente de un hombre. Espere a que se encienda de entusiasmo por su proyecto. Se asombrará al ver de que manera toma cuerpo en el. Y tendrá que esforzarse por contenerle. Pero mientras tanto usted deberá encargarse de guiarle. Recuerde que se crió en la ciudad. Será una verdadera lucha matar en el lo único de la vida que conoció.

-¡Oh, pero el también está disgustado con la ciudad! -comenzó diciendo Saxon.

-Pero no tanto como le sucede a usted. En el hombre el amor no lo es todo, a la inversa de la mujer. La ciudad le produce más daño a usted que a el. Y usted fue quien perdió la criatura. El interés de él es casual, incidental, comparado con el que usted tuvo en la criatura.

En ese momento Billy penetraba nuevamente en la habitación, y la señora Mortimer volvió su mirada en dirección a el.

-¿Ya encontró la explicación de lo que le preocupaba? -le preguntó ella.

-Casi -dijo acercándose al sillón bajo de brazos-. Es...

-Un momento... -le interrumpió la dueña de casa-. Ese sillón es muy hermoso y sólido, y su esposa está cansada, muy cansada..., no, no, siéntese. Lo que ella necesita es su fuerza. Sí, abra los brazos, le digo...

Y la llevó a Saxon hasta Billy, que la tomó entre sus brazos.

-Señores, ustedes dos son encantadores... Y, ahora, dígame que piensa de mi manera de ganarme la vida.

-No se trata de su manera -se excusó rápidamente Billy-. Eso está muy bien y es magnífico. Lo que quiero hacerle comprender es precisamente que su manera no se adapta a nosotros. No podemos comenzar de la misma manera que usted lo hizo. Usted tenía recursos..., y amistades de buena posición que la conocieron como bibliotecaria y después como esposa de un profesor. Y usted también tenía... -vaciló un instante como si tratara de hallar la palabra exacta para decir lo que quería-. Bueno, usted poseía los medios y nosotros no. Usted es culta y... y yo no se... Supongo que usted conocería las cosas de la sociedad, las comerciales, que

nosotros no hemos podido conocer.

-¡Pero, muchacho, usted puede aprender todo lo que sea necesario! -le respondió.

Billy movió la cabeza agitándola.

-No, no es eso lo que quiero decir. Hay que mirarlo de esta manera: supongan que soy yo el que tiene que entrar en ese restorán de lujo con las conservas y los dulces, de la misma manera que lo hizo usted, y habla con el encargado principal. Yo me sentiría fuera de lugar desde el primer instante ,que me hallara dentro de su despacho. Peor aún, me sentiría cohibido antes de llegar allí. Esa manera de ser me hace sentir algo en la espalda, una sensación de dificultad, y ese es un mal modo de hacer negocios. Entonces se me ocurriría pensar que el otro tiene en la cabeza las mismas ideas que tengo yo, es decir que soy bastante grandote para andar ofreciendo conservas y dulces. ¿Y que ocurriría entonces? Todo quedaría empantanado desde el primer momento en que me quito el sombrero. Pensaría que el cree que le estorbo el paso, y me esforzaría por convencerle que es el quien me lo estorba. ¿Se da cuenta? Es que fui hecho de esa manera y no de otra. Hay que tomar el asunto tal como es, y así no se vendería ni una conserva.

-Lo que usted dice es verdad -aceptó alegremente la señora Mortimer-. Pero aquí tiene usted a su mujer. Impresionará a cualquier hombre de negocios y mostrarán mucho interés por escucharla.

El rostro de Billy se endureció. Había una mirada negativa en sus ojos.

-¿Dije algo malo? .-rió la dueña de casa.

-Aún no quiero explotar la apariencia de mi mujer -dijo él malhumorado.

-Tiene razón. La dificultad estriba en que ustedes están atrasados casi en cincuenta años. Son yanquis de viejo cuño. Y es un milagro que sobrevivan en medio de la confusión de las costumbres modernas. Son como Rip Van Winkle ¿Cuándo se ha escuchado en estos tiempos de descomposición que dos muchachos jóvenes carguen sobre sus espaldas con las frazadas y viajen en busca de tierra? Ese es el antiguo espíritu de los argo. nautas. Son iguales, como porotos dentro de un envase, a aquéllos que uncieron los bueyes y se encaminaron hacia el Oeste, hacia las tierras que estaban más allá de donde se pone el sol. Y apostaría que vuestros antepasados, vuestros padres eran de la misma pasta.

Los ojos de Saxon brillaron y Bill se sintió nuevamente amable.

-Yo misma pertenezco a la vieja estirpe -continuó orgullosa la señora Mortimer-. Mi abuela fue una de las sobrevivientes de la expedición Donner. Y mi abuelo, Jason Withney,

dio la vuelta al Cabo de Hornos y tomó parte activa en el levantamiento de la Bear Flag, en Sodoma. Y se encontraba en Monterrey cuando John Marshall descubrió oro, e hizo la carrera de Sutter para encontrarlo. Una de las cales de San Francisco lleva su nombre.

-Sí, lo se -dijo Billy-, la calle Withney. Está cerca de Russian Hill. La madre de Saxon atravesó a pie las llanuras.

-Y los abuelos de Billy fueron masacrados por los indios -agregó Saxon-. Su padre era un niño de aorta edad cuando fue capturado por los indios, y luego fue rescatado por los blancos. No sabía su nombre y fue adoptado por el señor Roberts.

-Oh, somos casi parientes -sonrió la señora Mortimer-. Esto es como recibir una brisa de los tiempos viejos, completamente olvidados en estos días vertiginosos. Esto me interesa de una manera especial, ya que he catalogado y leído todo lo referente a aquella época. Usted -señaló en dirección a Billy casi es algo histórico, o al menos su padre lo fue. Lo recuerdo perfectamente porque está relatado en la historia que escribió Bancroft. Eso. ocurrió con los indios modoc. Ustedes iban en dieciocho carretas. Y su padre fue el único sobreviviente, una simple criatura que fue adoptada por el jefe de los blancos.

-Exacto -dijo Billy-, fue con los modoc. La caravana se dirigía hacia Oregón y fue completamente destrozada. Tal vez usted conozca algo de la madre de Saxon. Acostumbraba a escribir versos cuando era joven.

-¿Publicó algo?

-Sí -respondió Saxon.

-¿Recuerda alguno?

-Sí, uno comenzaba así: "Dulce como laúdes al viento..."

-Me suena como algo familiar -dijo la dueña de casa pensando.

-Y hay otro que comienza de esta manera: "Me he ocultado de la multitud en los boscajes", o algo por el estilo, pero no lo comprendo muy bien. Fu¿ dedicado a mi padre...

-Un poema de amor -la interrumpió la señora Mortimer-. Creo que lo recuerdo. Espere un segundo... i Oh, oh, ya lo tengo! "En el chisporroteo de la fuente..." Nunca me olvide del murmullo de la fuente, aunque no recuerdo el nombre de su madre.

-Margarita... -comenzó a decir Saxon.

-. . . Dayelle -agregó sin demora la dueña de casa.

-Oh, pero nadie la llamaba de esa manera.

-Pero firmaba así ¿Cómo la llamaban los otros?

-Margarita Willey Brown.

La señora Mortimer se levantó y se dirigió hacia las repisas cargadas de libros, y extrajo con rapidez un volumen grande sobriamente encuadernado.

-Esto es la "Historia en Recortes" -dijo explicando-. Entre las cosas que tengo están los buenos versos recortados de los diarios -sus ojos recorrían el índice y de pronto se detuvieron-. Exacto. Dayelle Willey Brown. Sí, aquí está. Y también diez de sus poemas: "La busca del Wikingo", "Días de Oro", "Constancia", "El Caballero", "Tumba de Little Meadow"...

-Allí luchamos contra los indios -la interrumpió Saxon muy emocionada-. Y mamá, que por aquel entonces era una niña pequeña, salió en busca de agua para los heridos. Y los indios no. dispararon contra ella- Todo el mundo dijo que fue un milagro -se apartó de los brazos de Billy para ir en busca del volumen, y exclamó-: ¡Oh, déjeme verlo, déjeme verlo! Nunca los vi, no conozco todos esos poemas. ¡Y pensar que son de mi madre!

La señora Mortimer tuvo que limpiar con su pañuelito los anteojos que se habían empañado, y durante media hora, junto con Billy, permanecieron en silencio observando cómo Saxon devoraba las líneas escritas por su madre. Por último, sin dejar de mirar el libro que había cerrado y, colocando un dedo entre sus páginas, repetía con un asombro casi supersticioso:

-Y yo no lo supe nunca, nunca.

Pero durante esa media hora la mente de la señora Mortimer no permaneció ociosa- En seguida les contó su plan- Creía en la explotación intensiva del tambo como en la de la agricultura, y tenía la intención, ni bien terminara el plazo del arrendamiento de los otros diez acres, de establecer un tambo de vacas Jersey en ese terreno- Pero como todo lo que hacía sería llevado a la práctica de una manera modelo, necesitaría la ayuda de gente. Billy y Saxon eran precisamente las personas que le convenían, y para el verano entrante los podría instalar en la casita que iba a construir. Mientras tanto, de alguna manera conseguiría que Billy tuviera trabajo durante el invierno- Le garantizaba esa ocupación, y sabía de una casita que podían alquilar y que estaba al final de la línea de los tranvías eléctricos- Y bajo su control, Billy se haría cargo desde el comienzo de la construcción de la casita destinada para ellos- De esa manera ganarían dinero y se prepararían para una vida campesina independiente, y también tendrían la oportunidad de ver por sí mismos el ambiente.

Pero sus consejos fueron vanos- Al final, Saxon resumió el punto de vista de ellos-

-En primer lugar no podemos detenernos, a pesar de lo magnífica que es usted y lo agradable de este valle- Tampoco sabemos lo que queremos- Debemos marchar más lejos para conocer toda clase de lugares y entonces saber a que atenernos..- -vaciló durante un instante-, además no nos gusta la tierra llana. Billy quiere que sea montañosa, y si es posible con una colina en el medio. Y yo también deseo lo mismo.

Cuando estuvieron listos para partir, la señora Mortimer le ofreció a Saxon, a manera de obsequio, la "Historia de Re. cortes", pero Saxon se negó con un movimiento de cabeza y le pidió dinero a Billy.

-Dice que cuesta dos dólares -le dijo- ¿Me lo comprará y guardará hasta que estemos instalados? Cuando esto se produzca le escribiremos y nos lo enviará.

-¡Oh, yanquis! -rió la dueña de casa aceptando el dinero-. Pero deben escribirme de tanto en tanto hasta que consigan instalarse- Y les acompañó hasta el camino del condado.

-Ustedes dos son bravos -les dijo al despedirse-. Quisiera marchar junto con ustedes, con mi bulto a cuestas. Si alguna vez puede ayudarles, háganmelo saber. Están predestinados a triunfar y quiero tener que ver algo en esto- Comuníquenme cómo se consiguen las tierras del Estado, aunque no tengo mucha confianza en eso. Es casi seguro que deben estar muy lejos de los mercados-

Estrechó la mano de Billy. Saxon la atrajo hacia sí y la besó.

-Sea valiente -le dijo la mujer al oído-. Ustedes triunfarán porque parten de principios

acertados, y también estuvieron bien al no aceptar mi proposición. Pero recuerden que siempre estaré al servicio de ustedes. Aún son jóvenes y no tienen ningún apuro. Cada vez que se detengan en alguna parte por un tiempo, comuníquenme la nueva, y les haré llegar montones de publicaciones con informes oficiales y revistas agrícolas. Adiós, , y mucha, pero mucha suerte.

IV

Esa noche, sentado al borde de la cama, en la pequeña habitación que tomaron en San José, Billy permanecía inmóvil, con una expresión abismada en el fondo de sus ojos.

-Bueno -declaró al fin, respirando profundamente-, des. pues de todo se puede decir que en este mundo hay algunas personas admirables. Mira a la señora Mortimer, realmente es de las buenas..., una verdadera yanqui a la manera antigua.

-Es una dama delicada y culta -estuvo de acuerdo Saxon-, y no se avergüenza de trabajar la tierra por sí misma, e hizo marchar las cosas adelante.

-Y con veinte acres y no con diez... Y lo pagó todo consiguiendo mejorar las cosas al mismo tiempo, y se sostenía a sí misma y a cuatro personas más que estaban a su servicio, aparte de la mujer sueca y de su hija, y sin contar a su propia sobrina. Eso es lo que no puedo comprender. ¡Diez acres! Mi padre nunca hablaba de menos de ciento sesenta acres. Y hasta tu hermano Tom sigue hablando de grandes extensiones... Y ella no es más que una mujer. Tuvimos suerte al encontrarla.

-¿Acaso esto no es una aventura? -exclamó Saxon-. Y sólo se consigue viajando. Nunca se sabe lo que se hallará más tarde. Y la encontramos justamente delante de nosotros cuando ya estábamos cansados y nos preguntábamos cuánto faltaría para llegar hasta San José. No esperábamos eso para nada. Y no nos trató como si fuésemos vagabundos. Y esa casa que tiene.. ., tan linda y limpia. Hasta podría comerse en el suelo. Nunca soñé que hubiera algo tan amable y encantador dentro de una casa.

-Sí, tenía muy buen olor -corroboró Billy.

-Sí, exactamente eso. Es lo que las mujeres llaman "atmósfera", según decía la revista... No sabía lo que significaba. En esa casa reina una atmósfera dulce y hermosa...

-Como todas las cosas hermosas que tú sabes bordar - dijo Billy.

-Y es lo más importante después de mantener el cuerpo sano, limpio y con buen aspecto.

-Pero no podemos alquilar algo semejante, Saxon. Hay que ser propietario de algo así. Los que arriendan campos no construyen casas como ésas. También se ve claramente una cosa: que esa casa no es cara. Y lo más notable de todo es cómo la hizo. La madera es de clase común, y puede comprarse en cualquier corralón de materiales. La casita que teníamos en la calle Pine en parte fue construida con la misma clase de madera, pero la forma es diferente. No sé si me explico, pero creo que te das cuenta a dónde quiero llegar.

Pero Saxon, que aún tenía en la mente la imagen de aquella casa que recién habían abandonado, repetía como abstraída:

-Esa es... la manera.

A la mañana siguiente se levantaron bien temprano, y trataron de hallar, a través de los suburbios de San José, el camino que conducía a San Juan y Monterrey. La cojera de Saxon aumentó. Comenzó con la aparición de una ampolla y su talón se despellejaba rápidamente. Billy recordó los consejos de su padre para el cuidado de los pies, y entró en una carnicería para comprar cinco centavos de grasa de carnero.

-Hay que hacerlo así -le dijo a su mujer-: limpiar y engrasar bien el pie, para que su mecánica no se resienta. Te pondré un poco -de esto cuando hayamos salido del pueblo. Y podríamos marchar despacio por un par de días. Y si pudiera conseguir algún trabajo, mientras descansas unos días, sería mejor. Veremos y tendré el ojo bien abierto.

En las afueras del pueblo la dejó a Saxon reposando cerca del camino del condado, y se internó por un sendero lateral que llevaba hasta algo semejante a una granja. Volvió sonriente.

-¡Magnífico! -le dijo mientras se acercaba nuevamente-. No tenemos más que ir hasta ese grupo de árboles que está cerca del arroyo, y allí estableceremos nuestro campamento. Comienzo a trabajar por la mañana: dos dólares y el almuerzo incluido para mí. Sería dólar y medio contando con el cuarto. Le dije que prefería lo otro y que tenía mi campamento al lado. El tiempo se anuncia bueno y podremos permanecer aquí unos cuantos días hasta que el pie se mejore. Vamos, instalaremos un campamento decente, normal.

-¿Cómo conseguiste ese trabajo? -le preguntó Saxon cuando casi estaban por decidir el lugar de la instalación del campamento.

-Espera a que nos instalemos y te lo diré. Realmente ocurrió como en un sueño, fue algo

sorpresivo.

Recién cuando estuvo tendida la cama, encendido el fuego hasta con la última rama seca que Billy encontró, y cuando ya estaba hirviendo la ollita con los porotos, entonces él comenzó a referirle todo.

-En primer lugar, Benson no es un brujo chapado a la antigua. Si le vieses no te darías cuenta de que es granjero. Está muy al día en todo, afilado como la punta de un clavo, y habla y se comporta como si fuera un hombre de negocios. Me di cuenta de eso sólo con echar una mirada sobre el lugar, aún antes de verle. Tardó como quince segundos en estudiarme. "¿Sabe arar?", me preguntó.

"Seguramente", le dije.

"¿Entiende de caballos?".

"Domé una caballeriza entera", le respondí.

Y justamente entonces aparecieron cuatro caballos que arrastraban una maquinaria que venía detrás nuestro, ¿no los viste? ...

"¿Y que tal se siente usted para manejar cuatro caballos?", me pregunta como de casualidad.

"Esa es mi especialidad, precisamente. Puedo manejarlos atados a un arado, a una máquina de coser o a un tiovivo".

"Salte y tome las riendas, entonces", me dijo rápidamente sin desperdiciar ni un instante. "¿Ve ese cobertizo? Vaya por la derecha para descargar, directamente hacia el corral". Pero te diré que lo que deseaba era algo realmente peliagudo. Por las huellas que habían dejado las carretas, me di cuenta de que siempre habían marchado por la izquierda. Quería un trabajo demasiado apretado y muy poco cómodo..., había qué dar una doble vuelta, una S, en un rincón, cerca de la pared del corral, y había que pasarla raspando. Y para colmo en el espacio pequeño había montones de forraje que no permitían hacer ningún movimiento. Pero decidí que no me dejaría vencer por ningún impedimento. El conductor me entregó las riendas e hizo una mueca, como queriendo decir que estaba seguro de que yo iba a hacer un tío con todo eso. Apostaría algo a que él mismo no lo podía hacer. Y no me intranquilicé, ni siquiera por el hecho de que desconocía los caballos... Y si hubieses visto de qué manera conduje a los animales sin el menor inconveniente hasta el tope del forraje, atravesando la entrada del corral con un espacio que apenas tenía seis pulgadas... Esa era la única manera de hacerlo. Los caballos eran animales seguros. Los de adelante aflojaron como si quisiesen retroceder, y casi se echan sobre las patas traseras cuando eché el cuerpo hacia atrás para tirar de las riendas, y los detuve en el lugar preciso.

"Usted lo hizo", me dijo Benson, "fue un buen trabajo".

"Oh, tonterías", le dije fingiendo indiferencia.

"Déme algo que sea realmente duro".

El sonrió como si comprendiese.

"Usted hizo muy bien eso", me dijo.

"Y soy muy exigente en lo que respecta a mis caballos. El camino no es lugar que le corresponde. Seguramente algo le anda mal a usted. Pero lo mismo me da. Puede arar con mis caballos, si quiere, y comenzar desde mañana por la mañana". Y eso demuestra que no era muy inteligente porque yo no demostré que sabía arar.

Saxon sirvió los porotos y Billy hizo lo mismo con el café. Durante un instante ella permaneció aún de pie, y contempló la comida que estaba servida sobre las mantas...: el tarro con el azúcar, la lata de leche condensada, las rajas de carne envasada, la ensalada de lechuga y los tomates cortados, las rebanadas frescas de pan francés, los platos humeantes con porotos, colocados frente a los recipientes para el café.

-¡Qué diferente a lo que teníamos anoche! -exclamó Saxon palmoteando apenas-. Es como si fuera una aventura de algún libro. Piensa en la hermosa mesa que teníamos anoche y en la casa tan linda, y después mira esto. Hubiéramos podido vivir mil años en Oakland y nunca hubiéramos conocido a una mujer como la señora Mortimer, nunca, ni en sueños hubiésemos sospechado la existencia de una casa semejante. Y piensa, Billy; que recién hemos partido.

Billy trabajó durante tres días en esa ocupación, y aunque insistía que le iba muy bien, llegó a admitir sin recato que eso de arar era algo más serio de lo que había supuesto. Saxon se sintió complacida al saber que le agradaba.

-Nunca creí que me gustaría arar... tanto -dijo é-. Es bueno para los músculos de las

piernas. No hacen mucho ejercicio atando caballos. Si alguna vez vuelvo a hacer box, me entrenaré arando. ¿Y sabes que la tierra despide un lindo perfume mientras se la da vuelta? Es un aroma tan bueno que puede competir con el de las comidas. Y simplemente se da vueltas y se vuelve sobre la tierra densa, fresca y buena. Los caballos son una maravilla. Y saben su oficio como si fueran hombres. Te diré que Benson no tiene ni un solo caballo en malas condiciones.

Cuando al día siguiente terminó su trabajo, el cielo comenzó a nublarse, el aire se cargó de humedad y el viento sopló desde el sureste, presentando todo el aspecto de una lluvia de invierno. Billy regresó al anochecer con un pequeño envoltorio de lonas viejas que le prestaron, e inmediatamente procedió a colocarlas por encima de la cama para protegerse de la lluvia. Se lamentó varias veces por su dedo meñique de la mano izquierda. Dijo que le había molestado durante todo el día, aunque lo había sentido levemente días antes, y creía que estaba inflamado, o probablemente se tratara de una fractura, aunque en verdad no había podido localizarla.

Billy siguió en sus preparativos para enfrentar la tormenta, colocó la cama sobre tablas viejas que estaban en el corral y que se hallaban fuera de uso. Sobre los tablones, como si fuera un colchón, echó una cantidad de hojas secas. Por último reforzó la lona protectora con trozos adicionales de cuerda y alambres para enfardar pasto.

Cuando cayeron los primeros chubascos Saxon se sintió deleitada. Parecía que Billy no mostraba 'mucho interés en eso. Dijo que su dedo le dolía demasiado. Y ni él ni Saxon podían hacer nada para remediarlo, rechazando la idea de que fuera un panadizo.

-Debe ser una especie de "dado vuelta" -se aventuró a decir Saxon.

-¿Y eso qué es?

-No lo sé bien. Recuerdo que la señora Cady tuvo uno pero era muy pequeño, también en el meñique. Creo que se puso un fomento. Y creo que después le puso un emplasto y le dolió mucho, y terminó por perder la uña. Pero después se curó bien y la uña le creció nuevamente. ¿Qué te parece si te preparo un emplasto de pan caliente?

Billy se negó y le dijo que creía qué para el día siguiente estaría mejor. Saxon apenas si dormitaba, llena de preocupación, porque sabía que estaba muy nervioso y desvelado. Poco después, al despertarse por un golpe de viento y agua que azotó la lona, escuchó un leve quejido de Billy. Se incorporó acodándose en la cama, y en seguida le acarició la frente y los ojos como si quisiera adormecerle.

Saxon se durmió nuevamente, pero fue despertada otra vez, no por la tormenta sino por Billy. No podía verle, pero por el tacto se dio cuenta de la extraña posición en que se hallaba.

No estaba sobre las mantas, se apoyaba en las rodillas y su frente descansaba en los tablones, mientras que sus hombros se agitaban contenidos. por una especie de angustia.

-Tira como si quisiese acabar con una banda entera -le dijo cuando ella le preguntó-. Es peor que mil dolores de muela juntos. Pero no es nada... si es que la lona no se vuela. Piensa en la resistencia que tuvieron nuestras gentes -murmuró entre quejidos intermitentes-. Mi padre fue maltratado por un oso pardo..., que le clavó las uñas hasta los huesos. Y en ese estado tuvieron que seguir viaje. Cuando mi padre subía al caballo se desmayaba a cada instante. Lo ataron para que no cayese. El viaje duró cinco semanas pero las resistió. Allí también estaba Jack Quigley. Tenía toda la mano derecha destrozada porque su escopeta estalló, y el perro de caza que llevaba le comió tres de los dedos. Y se hallaba completamente solo en la marisma, y...

Pero Saxon ya no pudo escuchar nada más de las aventuras de Jack Quigley, porque un viento terrible hizo saltar varias de las estacas y la instalación se desplomó, y por unos momentos quedaron sepultados debajo de la lona. En seguida la lona y las estacas, la instalación entera, fue barrida en medio de la oscuridad, y Saxon y Billy quedaron completamente empapados por la lluvia.

-Sólo tenemos una salida -le dijo gritándole al oído-. Recoger las cosas y guarecernos en el corral abandonado.

Hicieron todo esto en medio de la oscuridad cerrada, recorrieron dos veces ida y vuelta las piedritas del caminito, cruzaron el arroyuelo que a cada instante aumentaba su caudal y se mojaron hasta las rodillas. El agua se filtraba en el viejo corral como si fuese un colador, pero descubrieron un rincón seco sobre el que Billy extendió ropas que estaban muy mojadas. El dolor de Billy la dejaba completamente desolada. Durante una hora le acarició la frente para ayudarle a dormitar, y sólo de esa manera pudo dormirse. Tiritando, de buen grado aceptó esa

noche de vigilia sabiendo que de esa manera hacía que olvidara su dolor.

En cierto momento, pensó que ya había pasado la medianoche, se produjo como una interrupción en su estado de ánimo. Por la puerta que había quedado abierta vieron rápidamente el foco de una luz eléctrica, como si fuese una pequeña linterna que quisiera localizar algo por allí, y que terminó por dirigirse sobre ella y Billy. Desde allí partió una voz áspera que dijo:

-¡Ja, ja! ¡Ya los tengo! ¡Salgan!

Billy se sentó con los ojos parpadeantes por la luz. Y la voz que estaba detrás de la linterna se hizo cada vez más cercana y repetía su demanda.

-¿Quién es? -preguntó Billy.

-Yo -fue la respuesta-, y estoy bastante despierto, cierta. mente.

Ahora la voz se escuchaba a su lado, apenas a una yarda de distancia, y sin embargo no podía ver nada porque la luz, que aparecía de a intervalos, se apagaba al instante, como si el dedo del que manejaba la linterna estuviese ya cansado de apretar.

-Vamos, muévanse -siguió diciendo la voz-. Envuelvan sus frazadas y apúrense. Los andaba buscando.

-¿Pero quién diablos es usted? -1e preguntó Billy.

-El condestable. Vamos.

-¿Y a quién busca?

-A los dos, a ustedes dos.

-¿Pero, por qué?.

-Por vagancia. Ahora muévanse. No me quedaré parado aquí la noche entera.

-¡Oh, mándese mudar! -le aconsejó Billy-. No soy un vagabundo sino un trabajador.

-Quizá lo sea y quizá no -dijo el condestable-. Pero eso se lo podrá decir por la mañana al juez Neusbaumer.

-Pero usted, perro roñoso, ¿cree que podrá arrastrarme? -comenzó a decir Billy-. Ilumínese. Quiero verle la cara mugrienta que tiene. ¿Llevarme a mí, eh, llevarme? En menos de un abrir y cerrar los ojos estoy de pie y lo hago papilla.

-No, no -le rogó Saxon-, no hagas nada. Significaría la cárcel.

-Eso es muy cuerdo -dijo el condestable-. Haría mejor si escuchara a su mujer.

-Es mi esposa y trate de hablarle como tal -le previno Billy-. Y ahora salga de aquí si es que sabe lo que le conviene.

-Ya he visto antes a gente de su clase -respondió el otro-. Y tome nota que llevo conmigo un elemento para persuadirlo.

La luz de la linterna apareció nuevamente iluminando una mano que apretaba el revólver. Esa mano parecía algo fantástico, como una cosa aparte que existiera por sí misma y que no estuviera vinculada a ningún cuerpo, que aparecía y desaparecía de la vista cuando el otro encendía o apagaba la luz. Por un instante contemplaron asombrados la mano y el revólver, e inmediatamente se encontraron sumidos dentro de una oscuridad impenetrable, y en seguida la mano y el revólver aparecieron nuevamente.

-Supongo que ahora vendrán -murmuró con jactancia el condestable.

-Creo que tendrá que suponer otra cosa distinta -comenzó a decir Billy.

Y en ese momento la luz se apagó. Escucharon al funcionario que hacía un rápido movimiento y también un golpe metálico sobre el suelo. Billy y el condestable titubearon ante eso, pero el joven iluminaba en ese momento el rostro del otro. El matrimonio vio entonces a un hombre de edad avanzada, que le recordaba a Saxon esa clase de gente que solía ver en las procesiones de veteranos del Gran Ejército, durante el Día de la Condecoración.

-Déme esa luz -le amenazó el otro.

Billy se negó murmurando.

-Le meteré una bala por criminal.

Con el revólver apuntó directamente hacia Billy sin que le temblase el dedo que tenía en el gatillo, y ambos jóvenes pudieron ver el brillo de las puntas de las balas en el interior del tambor.

-¡Eh, viejo barbudo! Usted no tiene pasta para tirar contra manzanas agrias -le respondió Billy-. Conozco a la gente que se le parece: bravos como leones cuando se trata de arrastrar a pobres de espíritu, a inválidos, pero mansos como perros amarillos cuando se enfrentan con

un hombre 'de verdad. Apriete el gatillo, mugriento, ¡cobarde! Si digo ¡uuu! empezará a correr con el rabo entre las patas.

Y haciendo lo que decía, Billy dejó escapar un fuerte ¡uuu!, mientras que Saxon sonrió involuntariamente ante la sorpresa que experimentó el condestable.

-Le di una última oportunidad -dijo el otro entre dientes-. Entrégueme esa linterna y venga conmigo pacíficamente, o de lo contrario lo pondré afuera.

Saxon sentía temor por Billy, aunque sólo a medias. Tenía la certeza de que ese hombre no se atrevería a disparar el arma, y experimentaba aquellas viejas sensaciones de su raza ante el valor que demostraba su esposo. En ese instante no le podía ver el rostro, pero sabía con toda seguridad que estaba ensombrecido, frío, de la misma manera aterradora que le había visto cuando luchaba contra los tres irlandeses.

-No sería el primer hombre que mato -le amenazó el condestable-. Soy un viejo soldado y no me desmayo ante la presencia de la sangre . . .

-Entonces debería tener vergüenza de sí mismo -le interrumpió Saxon- por tratar de amedrentar y dañar a gente pacífica que no han hecho mal alguno.

-Al dormir aquí incurrieron en delito -se justificó-. Esto no les pertenece y está en contra de la ley. Y la gente que va en contra de la ley tiene un solo destino: la cárcel, y allí irán ustedes dos. Ya mandé a muchos vagabundos treinta días a la sombra por hacer lo mismo que ustedes. Y ése es el lugar que les corresponde. Y ya les vi la cara y puedo darme cuenta que son gente de mala facha -se volvió hacia Billy-. Y ya perdí bastante tiempo con usted. ¿Se entregará y marchará tranquilamente ?

-Ahora le diré un par de cosas, viejo calamitoso -le respondió Billy-. En primer lugar, usted no nos arrestará, y en segundo, esta noche seguiremos durmiendo aquí.

-Déme la linterna -exclamó autoritariamente el condestable.

-¡Cola. . . de barbas! Vamos,despeje que molesta, salga de aquí. Y en cuanto a su antorcha la irá a buscar dentro del barro.

Billy arrojó la linterna de la misma manera que una pelota de baseball, y la puerta se iluminó brevemente. Ahora se encontraban en la oscuridad más completa y podían escuchar perfectamente el crujido de la dentadura del colérico visitante.

-Y ahora empiece a disparar y veremos qué sucede -le dijo amenazándole Billy.

Saxon buscó la mano de su marido y la apretó con orgullo. El condestable profirió una amenaza.

-¿Pero qué sucede? -dijo Billy con energía- ¿Todavía no se marchó? Escuche, señor de las barbas, no tendré ningún miramiento con usted. ¡Salga o si no lo echaré de aquí! Y tendrá lo que se merece si vuelve a fastidiar. ¡Largo de aquí!

El estrépito producido por la tempestad era tan grande que no podían escuchar nada. Billy lió un cigarrillo. Cuando lo encendió vio que no había nadie en el corral fuera de ellos dos. Rió.

-Estaba tan enloquecido que me olvidé de mi "dado vuelta". Y recién ahora comienza a hacerse escuchar nuevamente.

Saxon hizo que se acostara y le acarició otra vez para que se durmiera.

-No tiene ningún objeto marcharse antes de la mañana -le dijo ella-. Entonces, ni bien haya luz de día, tomaremos el tranvía para San José, comerás una chuleta caliente e irás a una farmacia para que te pongan un emplasto o cualquier cosa necesaria que te cure el dedo.

-Pero Benson. . . -murmuró Billy.

-Le hablaré por teléfono desde la ciudad. Costará sólo cinco centavos. Vi que la línea llega hasta su casa. Y no podrías arar por la lluvia aunque tu dedo estuviese bien. Además, yo también aprovecharé para curarme. Mi talón estará en condiciones cuando se componga el tiempo y entonces podremos seguir el viaje.

V

Tres días después, el lunes, a una hora muy temprana, Saxon y- Billy subieron a un coche del tranvía eléctrico en el extremo de la línea y partieron por segunda vez en dirección hacia San Juan. El camino estaba cubierto de charcos pero el sol brillaba en medio de un cielo muy azul, y sobre el terreno, en todas partes, había el indicio leve de una germinación de color verde. Saxon esperó en lo de Benson hasta que a Billy le pagaron los seis dólares por tres días de trabajo con el arado.

-Está furioso como un cabrito porque le planto -dijo cuando volvió-. En un principio no me quería escuchar, me dijo que dentro de pocos días me pondría a manejar y que no había muchos conductores buenos para dejarme marchar tan fácilmente.

-¿Y tú qué le dijiste?

-Oh, que nos marchábamos, simplemente. Y cuando trató de discutir le dije que mi mujer estaba conmigo y que estaba muy ansiosa por marcharse.

-¿Siempre eres así, Billy?

-Seguro, pequeña. Pero de todos modos no soy tan atento como tú. Con este trabajo que terminé me parece que ahora me agradará el trabajo con el arado. Y nunca más tendré miedo de solicitar esa clase de trabajo. Resistí como un burro y puedes jurar que sé arar mejor que muchos de ellos.

Una hora después habían recorrido tres millas por el camino que llevaban, y se sentaron al borde de la carretera, y vieron que un automóvil venía detrás. Pero el vehículo no pasó de largo. Benson era la única persona que iba en su interior y se detuvo unto a ellos.

-¿A dónde van? -le preguntó a Billy al tiempo que le echaba a Saxon una mirada rápida y escrutadora.

-A Monterrey..., y si usted va tan lejos... -respondió Billy un poco burlonamente.

-Puedo llevarlos hasta Watsonville. Ese trayecto les llevaría varios días a lomo de caballo con las cargas que soportan. Suban -se dirigió a Saxon- ¿Quiere ir adelante?

Saxon miró a su esposo.

-Ve adelante -dijo él-. Ir al frente es lindo . .. Es mi es. posa, señor Benson . . ., la señora Roberts.

-Ah, ¿es usted la que arrebata a su marido de mi lado? -le dijo con buen humor el dueño del vehículo, mientras arreglaba la funda del asiento que quedaría debajo de ella.

Saxon se decidió a hacerse cargo de toda la responsabilidad pero se quedó mirando atentamente cómo ponía en marcha el automóvil.

-Sería un granjero terriblemente pobre si no tuviera más tierra que la aró antes de llegar a mi campo -dijo Benson al mismo tiempo que guiñaba el ojo y volvía la cabeza para hablarle a Billy.

-Salvo una sola vez, nunca tomé un arado entre mis manos -confesó Billy-. Pero tenía que aprenderlo.

-¿A dos dólares por día?

-Si es que puedo encontrar a algún romántico de la alfalfa que acepte -le respondió Billy risueñamente.

Benson rió complacido.

-Usted es rápido para darse cuenta de las cosas -le dijo cumplimentándolo-. Noté que usted y el arado no son amigos desde hace mucho tiempo. Pero de cualquier manera lo hizo muy bien. No hay uno solo de cada diez que se elija por los caminos que pueda desempeñarse tan bien como lo hizo usted al tercer día. Pero su especialidad son los caballos. Lo que le, dije esa mañana de tomar las riendas, fue medio en broma. Usted es realmente un caballerizo y un jinete nato.

-Es muy aficionado a los caballos -dijo Saxon.

-Pero hay aún algo más que eso -le respondió Benson-. Su marido tiene adentro de sí mismo el modo de hacer las cosas. Eso es difícil de explicar, pero es así no más..., el modo...

la manera... Casi se trata de un instinto. La bondad es necesaria pero el dominio hace más falta. Y su marido domina a los caballos. Por ejemplo, ahí está la prueba a que lo sometí con el carro de cuatro caballos, cargado de maquinaria. Era muy difícil y complicado. La bondad solamente no serviría, también se requería dominio. Me di cuenta cuando comenzó, porque no

tuvo la menor vacilación. Los caballos tenían la sensación de que era él quien los manejaba. Los animales, simplemente, sabían qué se haría y qué era lo que les correspondía hacer. No sentían ningún temor, porque sabían, como algo natural, que el que mandaba estaba en su puesto. Ni bien tomó las riendas dominó a los animales. Los dominó completamente ¿entiende eso? Los guió llevándolos hacia donde él quería, hacia atrás y hacia adelante, a la derecha y a la izquierda, los hizo tirar, aflojar y retroceder..., y los animales sabían instintivamente que todo iba a salir bien. ¡Oh, los caballos! Serán estúpidos pero no locos. Se dan cuenta cuando los maneja el hombre apropiado, aunque ciertamente no me doy cuenta cómo pueden saberlo.

Benson se detuvo algo molesto por el desborde de palabras que había hecho, y la contempló atentamente a Saxon para ver si le había escuchado bien durante todo el tiempo. Lo que adivinó en su rostro y en sus ojos le satisfizo, y agregó con una breve sonrisa:

-Mi debilidad es la carne de equino. No tiene por qué suponer otra cosa al ver que manejo una máquina maloliente. Preferiría andar manejando una buena yunta de animales rápidos. Pero perdería tiempo y, peor todavía, siempre pasaría malos momentos con ellos. Y en cuanto a este armatoste es algo que no tiene nervios, coyunturas delicadas ni tendones. Lo único que hay que hacer es dejarlo roncar.

Las millas volaron delante de ellos y Saxon rápidamente se encontró conversando con el dueño del vehículo. Inmediatamente ella se dio cuenta de que se trataba de un nuevo tipo de granjero. Los conocimientos que había recogido le permitían comprenderlo perfectamente, y cuando Benson habló se sorprendió de que estuviera al tanto de muchas cosas. En respuesta a las preguntas que él le hizo, le dio a conocer los planes de ella y de Billy, y

esbozó muy vagamente la vida que habían llevado en Oakland pero más bien se ciñó a los proyectos que tenían para el futuro. Le pareció un sueño cuando, pasando frente a la maternidad de Morhan Hill, supo que habían recorrido veinte millas y que ellos se habían propuesto recorrer ese día una distancia mayor a pie. Y la máquina, mientras tanto, echaba humo y seguía devorando las distancias de la misma manera.

-Me preguntaba qué es lo que podía estar haciendo por los caminos un hombre tan excelente como su marido -dijo Benson.

-Sí -sonrió ella-, me dijo que usted creyó que debía tener algo pendiente con la ley.

-Pero no conocía a su mujer. Y ahora lo entiendo todo. Pero sin embargo debo decirle que es algo extraordinario en estos días ver a una pareja como ustedes, con sus bultos al hombro, yendo en busca de tierra para cultivar. Y antes de que me olvide quiero decirles una cosa -se volvió hacia Billy-. Le estaba diciendo a su mujer, que en mi campo hay trabajo para usted para todo el año, y que siempre lo estará esperando. Y también tengo una pequeña casa de tres habitaciones que podrían habitar y cuidar, no lo olvide.

Saxon supo entre otras cosas que Benson había seguido los cursos de la Escuela de Agricultura de la Universidad de California, una rama de la enseñanza que ella ignoraba que existiera. Les dijo que no tuvieran muchas esperanzas de conseguir tierras del Estado.

-La única tierra del Gobierno que aún queda libre -agregó- no conviene por una u otra causa. Si la tierra es buena, el mercado es inaccesible. No conozco la existencia de vía férrea por ese lado.

-Deje que lleguemos hasta Pájaro Valle -dijo cuando pasaron por Gilroy y se dirigían velozmente hacia Sargent-. Eso le demostrará qué es lo que se puede hacer con el suelo . . ., y no es una obra de graduados de la Universidad sino de extranjeros sin ninguna dedicación, de los que siempre se rieron los yanquis más poderosos y encumbrados. Se los mostraré. Es uno de los ejemplos más asombrosos de ese Estado.

En Sargent abandonó el auto por unos instantes para arreglar unas cuantas cosas pendientes.

-Uff, esto le gana lejos a los caballos. Apenas si comienza el día y cuando bajemos todavía estaremos en condiciones de hacer unas pocas millas por nuestra propia cuenta -dijo Billy-. Pero lo mismo da. Si nos establecemos, asimismo insistiré en los caballos. Siempre me servirán a mí.

-Un auto sirve para andar de un lado a otro en caso de apuro -estuvo de acuerdo Saxon-. Aunque si llegamos a ser muy, pero muy ricos...

-Dime, Saxon -le interrumpió Billy. Se le había ocurrido una idea -¿Acaso no aprendí algo? Ya no siento miedo al pedir trabajo en el campo. Al principio sucedió, pero no te dije nada. Y no por eso me sentía menos confuso cuando pasamos frente al mojón de San Leandro. Y ahora ya tenemos dos puertas abiertas: la de la señora Mortimer y la de Benson, y con ocupaciones

fijas. Sí, un hombre puede encontrar trabajo en el campo.

-Oh -le corrigió Saxon con una ligera sonrisa que tenía algo de envanecimiento--, no lo has dicho con exactitud. Cualquier hombre apto puede encontrar trabajo en el campo. Los grandes granjeros no son filántropos.

-Seguramente que no se pasan el tiempo velando por la salud de los otros -dijo él haciendo una mueca.

-Y si se aferran a ti es porque consideran que eres un hombre apto. Hasta lo pueden ver con los ojos medio cerrados. Por ejemplo, fíjate en los que andan por los caminos y con quienes nos hemos encontrado. Ninguno de ellos puede compararse contigo. Los he observado bien . .., son débiles, débiles de cuerpo, débiles mentales, débiles en todo.

-Sí, forman un conjunto bastante raro -reconoció Billy con modestia.

-Este es el peor momento del año para echar una mirada a Pájaro Valle -dijo Benson cuando se sentó nuevamente junto a Saxon. Sargent ya se perdía a la distancia-. De todos modos es interesante verlo en cualquier época. ¡Imagínense! ¡Doce mil acres de manzanos! ¿Sabe cómo se le llama ahora a Pájaro Valle? La Nueva Dalmacia. Nos comienzan a exprimir. Los yanquis creíamos que éramos muy eficaces, y bueno, llegaron los dalmantinos y demostraron que eran más eficaces que nosotros. Eran inmigrantes que estaban en la miseria y más pobres, que ratas. Primeramente trabajaron como jornaleros en la recolección de la fruta. Luego, en pequeña escala, comenzaron a comprar las manzanas ya en el árbol. Y a medida que hacían más dinero sus transacciones eran más y más grandes. En seguida arrendaron los plantíos a largos plazos. Y ahora comienzan a comprar la tierra. No pasará mucho tiempo y serán dueños del valle y entonces habrá desaparecido de allí hasta el último yanqui. ¡Oh, nuestros yanquis eficaces! Bah..., esos primeros eslavos harapientos, en sus operaciones iniciales y pequeñas con los nuestros, obtuvieron ganancias que oscilaron alrededor del doscientos o el trescientos por ciento. Si las ganancias descienden al veinticinco o al cincuenta por ciento, entonces les resulta una catástrofe.

-Lo mismo que en San Leandro -dijo Saxon-. Los primeros propietarios de la tierra casi han desaparecido completamente. Es el cultivo intensivo -la frase le agradaba mucho-. No se trata de tener muchos acres, sino de lo que se puede sacar de uno solo.

-Sí, y más aún -dijo Benson inclinando la cabeza con solemnidad-. Hay muchos como Lucas Scurich que trabajan en una escala muy grande. Varios son dueños ya de más de un

cuarto de millón de dólares, y sé de diez que tienen cada uno entre cien y ciento cincuenta mil dólares. Poseen algún instinto especial con las manzanas, es casi un don. Conocen de árboles casi tanto como su marido de caballos. Cada árbol es tan definido para ellos como un caballo para mí. Conocen la historia de cada árbol, todo lo que pudo haberle ocurrido, y hasta su misma idiosincrasia. Saben cómo tomarle el pulso, y pueden afirmar de qué manera se sienten cada día. Y si hay alguna falla, saben por qué se produce y se afanan por remediarlo. Ven un árbol en flor, y sólo con ese dato pueden afirmar cuántos cajones de manzana producirán, y además saben cuál será la cantidad de las manzanas una vez que las recojan. Conocen manzana por manzana, las escogen con ternura, no las dañan jamás, las empaquetan y las despachan con delicadeza, y cuando llegan al mercado no están machucadas o descompuestas y alcanzan los precios más altos. Es algo más que cultivo intensivo. Esos eslavos del Adriático son unas águilas para los negocios. Y no sólo saben producir la fruta sino que también las venden muy bien. Si no hay mercado se lo crea, por ejemplo. Así proceden, mientras que los nuestros dejan que la producción se pudra al pie del árbol hasta llegar a la altura de la rodilla. Miren por ejemplo a Pedro Mengol. Todos los años se va para Inglaterra y se lleva cien vagones de manzana tipo Newton. Esos dalmantinos están mostrando en estos momentos la fruta de Pájaro Valle hasta en el mercado sudafricano, y de paso acumulan dinero hasta los codos.

-¿Y qué hacen con todo ese dinero? -preguntó Saxon.

-Compran la tierra de los yanquis de Pájaro Valle, y hace a tiempo que lo vienen haciendo.

-¿Y después?

Benson la miró con agudeza.

-Después comprarán la tierra de los yanquis en algún otro valle. Y los yanquis se gastarán la plata, y la segunda generación e pudrirá en las ciudades de la misma manera que lo hubiesen hecho ustedes de no haber salido al campo.

Saxon no pudo evitar de sentirse estremecida al pensar cómo se había podrido Mary, cómo se habían perdido Bert y otros muchos, y cómo se estaban perdiendo Tom y todos los demás.

-¡Oh, éste es un gran país! -continuó diciendo Benson-, pero no somos un gran pueblo. Kipling tiene razón. Estamos aglomerados, detenidos en el principio. Y lo peor de todo el asunto es que no hay ninguna razón para que no entendamos las cosas de mejor manera. Impartimos demostraciones en todas nuestras escuelas agrícolas. Y estaciones experimentales, y también por medio de trenes. Pero la gente no lleva el apunte a esas cosas, y los inmigrantes los superan porque todo lo aprendieron en la escuela de la penuria y del sufrimiento. Ni bien me gradué. y antes de que falleciera mi padre, que era de la vieja escuela, él se reía de lo que llamaba mis "teorías".. ., porque yo viajé durante un par de años para saber cómo se trabajaba el suelo en los países antiguos. ¡Y claro que lo vi! ... Pronto entraremos en el valle. Se quedarán asombrados de lo que vi. En el Japón, por ejemplo, las laderas de las montañas están cubiertas de terrazas, donde no se podría ascender montado a caballo. Pero eso no es ningún inconveniente para ellos porque igual construyen terrazas..., un muro de piedra y buena mampostería de seis pies de alto, y una terraza a nivel de seis pies de ancho. Y arriba, siempre arriba, muros y terrazas, siempre, sin interrupción, y hasta se da el caso de ver muros de diez pies levantados para sostener terrazas de tres pies, y otros de veinticinco pies para cuatro o cinco pies de suelo donde es posible el cultivo. Y de las laderas de esas montañas descienden con las cestas cargadas a la espalda! Y lo mismo ocurre en todas las partes donde estuve, en Grecia, en Irlanda, en Dinamarca... , porque también estuve allí. Marchan hacia cualquier pañuelo de tierra que encuentran y lo hacen útil con la pala en la mano, y a veces sin ninguna herramienta de trabajo, con las mismas manos, y trepan las montañas para establecer huertas, y las construyen, las hacen hasta sobre la roca desnuda. En Francia he visto campesinos de las montañas cavando en las corrientes de agua para sacar tierra, de la misma manera que lo hicieron nuestros antepasados para extraer el oro de California. Con la diferencia que nuestro oro desapareció pero la tierra de los campesinos permanece y es roturada una y otra vez y siempre está produciendo algo. Creo que hablé bastante.

-¡Cielos! -dijo Billy con una voz llena de espanto-. Nuestra gente nunca hizo eso. Y no es de extrañar que de esa manera sean vencidas.

-¡Aquí está el valle! -exclamó Benson-. ¡Miren esos árboles! Eso es la nueva Dalmacia. ¡Miren, es el paraíso de las manzanas! ¡Miren ese suelo y vean cómo trabajan!

Saxon vio que no se trataba de un valle muy grande. Pero hacia todos los costados, tanto a través de la tierra llana como hacia arriba, en las sierras bajas que se elevaban a poca altura, se hacía bien evidente la laboriosidad de aquellos extranjeros. Y mientras miraba seguía escuchando a Benson.

-¿Saben ustedes qué hacían los que estuvieron antiguamente establecidos sobre este suelo magnífico? Plantaban cereales en la llanura y echaban a pastar el ganado en las laderas de las montañas. Y en la actualidad doce mil acres de estas tierras están cubiertas de manzanos. Habitualmente es un lugar pintoresco para la gente que vive en el Este del país, en Del Monte, y en general se llegan en sus automóviles para ver los árboles en flor o ya con

sus frutos. Tomemos, por ejemplo, a Mateo Lettunich, que fue uno de los primeros. Llegó a Castle Garden y comenzó de lavaplatos. Puso la mirada en este valle y comprendió al instante que era su mina de oro. Hoy en día arrienda setecientos acres y es dueño de ciento cincuenta, y es el plantío más admirable de la zona, y cada año llena de cuarenta a cincuenta mil cajones de manzanas y las exporta. Y no permitirá que nadie, salvo que sea un dalmantino, recoja sus manzanas. Bromeando le pregunté un día en cuánto vendería sus ciento treinta acres. Me respondió seriamente y me dijo la ganancia que le producía año tras año, e hizo el promedio. Me dijo que yo le dijera el interés del valor total al seis por ciento. Lo hice. Y sacamos la conclusión de que cada acre valía tres mil dólares.

-¿Y los chinos qué hacen en el valle? -preguntó Billy-. ¿También cultivan manzanas?

Benson agitó la cabeza.

-Esa es otra cuestión en la que los yanquis nos quedamos a la zaga. En este valle nada se pierde, ni una semilla, ni una cáscara. Pero los yanquis no se ocupan de esto. Aquí hay cincuenta y siete hornos para preparar las manzanas, sin contar los establecimientos de envasado y los que producen sidra y vinagre. Y el propietario de todo eso es Don Juan Chino. Despachan por año cerca de quince mil barriles de sidra y de vinagre.

-Pero fue nuestra gente la que hizo este país -dijo Billy pensativo-, pelearon por él, abrieron los caminos, lo hicieron todo ...

-Pero no lo desarrollaron -le cortó Benson-. Hicimos todo lo posible por destruirlo, de la misma manera que destruímos el suelo de Nueva Inglaterra -agitó la mano como si quisiera

indicar algún lugar que estaba situado más allá de las colinas. Salinas queda hacia aquel lado. Si pesan por allí creerán que están en el Japón. Y más de un valle pequeño y suculento de California ha pasado a manos de los japoneses. El método que emplean es un poco distinto al de los dalmantinos. Comienzan siendo jornaleros en la recolección de fruta, y cobran a tanto por día. También resultan más eficaces que el recolector del país, y el productor está satisfecho con ellos. Más tarde, cuando se hacen fuertes, forman uniones exclusivas de japoneses y apartan a los trabajadores yanquis. Los productores aún siguen satisfechos con la situación. Pero el paso siguiente consiste en que los japoneses se rehúsan a recoger la fruta. La mano de obra yanqui ya desapareció y entonces el productor se encuentra indefenso. Y se pierde la cosecha. Después empiezan a actuar los jerarcas japoneses de la mano de obra. Ya son los amos de la situación y contratan la recolección. Como se dan cuenta los productores están atados de manos y pies, y a su merced. En seguida los japoneses son los que realmente dominan el valle. Los productores yanquis pasan a ser terratenientes ausentes, y están muy ocupados en las ciudades disfrutando regiamente de la vida o sino haciendo viajes a Europa. Sólo es necesario un paso más, entonces. Los japoneses compran sus propiedades, y están obligados a vender porque aquéllos dominan la mano de obra y pueden llevarlos a la bancarrota si es que se empeñan.

-Pero si todo sigue de la misma manera ¿qué será de nosotros? -preguntó Saxon.

-Y... lo que está ocurriendo ahora. Aquellos yanquis que no tienen nada se pudren en las ciudades, y los que tienen tierra la venden y se van a las ciudades. Algunos se convierten en grandes capitalistas, otros entran en la vida profesional, y el resto gasta el dinero y comienza a pudrirse cuando se le acaba, y si llega a durarles toda la vida, entonces son sus hijos los que se pudren una vez que sus padres han desaparecido.

El largo viaje en automóvil estaba por terminar, y cuando se disponía a partir Benson le recordó a Billy acerca del trabajo fijo que tendrían disponible en cualquier momento, si sólo le hacía saber lo que quería.

-Me parece que primero echaremos una mirada sobre esas tierras del Gobierno -le respondió Billy-. Ya sabemos a ciencia cierta dónde nos estableceremos, pero hay algo que no intentaremos con toda seguridad.

-¿Y es... ?

-El cultivo de manzanos en tierras que valen tres mil dólares el acre.

-Billy y Saxon cargaron con los bultos y avanzaron un trecho de cien yardas. Billy fue. el primero que rompió el silencio.

-Te diré una cosa, Saxon. Nunca daremos vueltas olfateando pisadas que conducen a lugares pequeños, ni subiremos laderas cargados con canastas. Estados Unidos todavía es un país grande, y no me interesa lo que Benson o cualquiera pueda decirnos: este país no está agotado aún. Existen millones de acres que no fueron agotados y que están esperando quién los descubra.

-Y yo también te diré algo -dijo Saxon -. Nos estamos educando. Tom, que se crió en el campo, no conoce en estos momentos todo lo que sabemos nosotros. Pero cada vez que pienso en el asunto me parece. que esas tierras del Estado serán una verdadera decepción

-No tenemos por qué creer en lo que dice el mundo -protestó Billy.

-¡Oh, no se trata de eso! Es que lo temo. Si es que esa tierra vale tres mil dólares el acre, ¿por qué la del gobierno, si existe alguna que sea buena de verdad, espera apenas a un paso de aquí para ser ocupada con sólo pedirla?

Billy se quedó pensando en esas palabras durante un cuarto de milla, pero no podía llegar a nada definitivo. Finalmente se aclaró la garganta para hablar y dijo:

-Bueno, de cualquier manera podemos esperar hasta que la veamos ¿no te parece?

-Muy bien -estuvo de acuerdo ella-, esperaremos hasta verla.

VI

Tomaron el camino directo del condado, que partía de Monterrey y atravesaba las colinas, en vez de seguir la ruta costera de Seventeen Mile. Por eso fue que la bahía de Carmel se les presentó súbitamente, sin estar prevenidos de su belleza. Descendieron entre pinos que tenían un aroma embalsamador, caminaron entre casitas extrañas y rústicas que estaban rodeadas de árboles y habitadas por artistas y escritores, y avanzaron sobre colinas arenosas azotadas por el viento y cubiertas de plantas gigantes, adornadas con geranios pálidos, californianos. Una exclamación de asombro y de deleite se escapó de los labios de Saxon, e inmediatamente contuvo la respiración y se quedó contemplando aquel maravilloso color azul de pavo real que se avistaba debajo del oro del sol casi en una milla de extensión, y finalmente se estrellaba en la blanca espuma de una playa en forma de media luna, sobre una arena quizá tan blanca.

Ella no supo cuánto tiempo permanecieron allí contemplando el espectáculo imponente de aquellas olas que se elevaban desde las profundidades de un mar agitado por el viento, que formaban espuma y que atronaban incesantemente a sus pies. Saxon volvió en sí cuando Billy, riendo, trató de librarla del peso de la cesta enfundada en el hule que aún cargaba sobre sus espaldas sin darse cuenta.

-Te quedas mirando como si quisieras permanecer un rato -dijo él-. Si es así podríamos acomodarnos.

-Nunca soñé con nada semejante -repetía al mismo tiempo que se apretaba las manos con pasión-. Yo... yo creía que la playa de Cliff House era magnífica, pero no sabía nada de esto. . -¡Oh mira, mira, mira! ¿Alguna vez viste un color tan hermoso e indescriptible? ¡Y la luz del sol reverbera sobre todo! ¡Oh!

Finalmente desvió la mirada de la playa y se fijó en el horizonte marino de un profundo color azul de pavo real, que estaba cargado de masas de nubes hacia el sur, hacia la curva de la playa, y que hacía un recodo donde sobresalían las rocas en punta. También se fijó en las montañas escarpadas y azuladas, que emergían por encima de las colinas suaves del Valle Carmel.

-Podríamos sentarnos' y tener más calma -le dijo Billy-. Esto es demasiado bueno como para abandonarlo inmediatamente.

Saxon asintió en silencio, e inmediatamente comenzó a desatarse los cordones del calzado.

-¿No tienes apuro, eh? -le preguntó Billy sorprendido y deleitado, y en el acto comenzó a desanudarse los suyos.

Pero antes de estar listos para poder correr descalzos sobre el borde peligroso, que limitaba la arena humedecida de color crema junto al agua del océano, algo nuevo y maravilloso les llamó la atención. Hacia abajo, donde estaban los pinos oscuros, atravesando las colinas arenosas, corría un hombre que sólo vestía unos pantalones cortos. Era de piel suave y rosada, con un rostro infantil y un mechón de pelo rubio y ensortijado, pero su cuerpo era enorme, hercúleo, musculoso.

-¡Oh... debe ser Sandow! -le murmuró Billy a su mujer por lo bajo.

Pero ella pensaba en los grabados del libro de recortes de su madre, en los Vikings llegando a las arenas húmedas de Inglaterra.

El que corría pasó muy cerca de allí y se alejó unos diez pies, cruzó la arena sin detenerse hasta que la espuma de las olas le llegó hasta las rodillas, mientras que por encima de él, más o menos a unos diez pies, se elevaba un muro de contención formado por las aguas. A pesar de que su cuerpo parecía enorme y poderoso, ante la inminente bofetada del mar se asemejaba a algo pálido y frágil.

Saxon observaba la escena con ansiedad y después, por un instante, clavó sus ojos en Billy, que contemplaba todo enteramente tenso.

Pero el extraño individuo saltó para evitar el golpe de la ola, y cuando parecía que había quedado aplastado, reapareció nadando hacia adelante y desapareció. La acumulación enorme de las aguas se descargó como un trueno sobre la playa, pero más allá apareció una cabeza rubia, un brazo extendido y parte de un hombro. Consiguió dar algunas brazadas, pero inmediatamente se vio precisado a nadar en medio de otra ola. Ese era el combate que había que enfrentar: era necesario vencer la fuerza impetuosa del mar que avanzaba en dirección a la playa. Cada vez que se perdía nadando más allá, a Saxon se le cortaba la respiración e

inconscientemente se apretaba la manos. A veces no podían avistarle ante la llegada de una nueva ola, y cuando lo hacían aquél ya se encontraba alejado, a una veintena de pies, y saltaba como una astilla, bamboleado por las olas. A veces parecía que sería vencido y arrojado por las aguas sobre la playa, pero después de haber transcurrido media hora se encontraba nadando firmemente en el otro extremo, elevándose por encima de las olas. Muy pronto estuvo tan lejos que sólo de a ratos podían ver su sombra. Y finalmente ésta también se desvaneció. Saxon y Billy se miraron admirados del coraje del nadador. Los ojos azules de él relucían.

-Sabe nadar algo ¿eh? -dijo Billy-. No tiene carne de gallina... Yo sólo sé nadar en el tanque y en la bahía, pero ahora se presenta la ocasión de hacerlo en el mar. Si lo consigo estaré tan orgulloso que sólo podrás permanecer a cuarenta pies de distancia de mí. Francamente, Saxon, prefiero hacer lo que él hizo antes de ser dueño de mil granjas. Oh, te digo que también puedo nadar como un pez... Un domingo nadé desde el muelle de Narrow Gauge hasta la dársena Sessions, a millas de distancia, pero nunca vi nada semejante en natación a lo que hizo ese muchacho. Y no me iré de esta playa hasta que él haya vuelto ... Y solo, solo junto a esta montaña que está al pie del mar. ¡Realmente tiene temple!

Saxon y Billy corrieron descalzos sobre la playa y se persiguieron con ramas retorcidas de arbustos de la costa, y durante una hora jugaron como si fuesen niños. Cuando se estaban calzando avistaron a aquel hombre que regresaba hacia la playa. Billy se dirigió hacia el borde de las aguas para recibirle cuando apareciese, y no con la piel blanca como cuando se había arrojado al mar sino con el cuerpo enrojecido por los embates de las manos enormes del océano.

-Realmente usted es algo asombroso y quiero estrecharle la mano -le dijo Billy saludándole desbordante de admiración.

-Hoy hubo una gran marejada -respondió el joven inclinando la cabeza para agradecerle sus palabras.

-¿Acaso no será usted algún boxeador del que nunca oí hablar? -le preguntó Billy tratando de saber algo de ese prodigio.

El otro rió y agitó la cabeza, y Billy no pudo adivinar que se trataba del ex capitán de un equipo atlético universitario, que era padre de familia y que había escrito muchos libros. Lo miró a Billy con ojos escrutadores, como acostumbrado a calificar a los deportistas aspirantes.

-Usted es poseedor de un buen cuerpo -le dijo el nadador-. Podría medirse con los mejores boxeadores. ¿Estoy acertado, verdad, pensando que sabe hacer cosas sobre el cuadrado? Billy asintió.

-Me llamo Billy Roberts - dijo.

El nadador hizo un esfuerzo como si quisiese recordar.

-Billy Roberts -repitió el ex pugilista.

-¿Oh, usted acaso no es el "Gran Billy" Roberts? Antes del terremoto le vi pelear en el Pabellón Mecánico. Hubo una preliminar entre Eddie Hanlon y algún otro muchacho. Recuerdo perfectamente que usted peleaba con las dos manos, y que tenía un golpe terrible por lento. Sí, recuerdo que esa noche fue bastante lento pero así y todo pudo vencer a su adversario -extendió su mano húmeda-. Me llamo Hazard... liras Hazard.

-Entonces usted es el entrenador de fútbol del cual, hace un par de años leí algo en los diarios. ¿Estoy acertado?

Se estrecharon alegremente las manos y Saxon fue presentada. Se sentía empequeñecida junto a esos jóvenes gigantes, pero a pesar de todo estaba orgullosa de pertenecer a la raza de la que provenían aquellos hombres. Y escuchaba en silencio lo que decían.

-Cualquier día me gustaría cruzar guantes con usted durante una media hora -dijo Hazard-. Podría enseñarme mucho. ¿Se quedarán por acá?

-No, andamos por la costa en busca de tierra. Pero puedo enseñarle igualmente, y usted podría adiestrarme para nadar en el mar.

-Cambiaría lecciones en cualquier momento -se ofreció Hazard. Se volvió hacia Saxon-. ¿Por qué no se quedan durante un tiempo en Carmel? Esto no es tan malo.

-Es maravilloso -reconoció ella con una sonrisa complaciente-, pero... se volvió para señalar los bultos que llevaban consigo y que yacían al pie de los arbustos-. Estamos vagando en procura de tierra del gobierno para trabajarla.

-Si buscan más hacia el sur la encontrarán -rió él-. Bueno, tengo que correr para buscar

alguna ropa. Si es que vuelven por aquí, búsquenme. Cualquiera podrá decirles dónde vivo. Adiós.

Billy le siguió con una mirada llena de admiración.

-Realmente, este muchacho tiene pasta -murmuró-. Es famoso. Una vez le vi fotografiado en los diarios. Le vi mil veces. Y no parece engreído. Me habló simplemente de hombre a hombre. Nuevamente comienzo a tener fe en la gente de la vieja raza.

Volvieron las espaldas al mar, y en una pequeña calle del pueblo compraron carne, verduras y media docena de huevos. Billy casi tuvo que arrastrar a Saxon, que se quedó ensimismada frente al escaparate de un negocio que exhibía perlas resplandecientes.

-Por aquí, en esta costa, hay muchas perlas -le aseguró Billy-, y tendrás las que quieras. Se encuentran dentro de las conchas que la marejada deja en la playa.

-Mi padre tenía un juego de gemelos adornados con perlas -dijo Saxon-. Y estaban incrustadas en un oro puro y pálido. No me acordaba de esto desde hacía mucho tiempo, y no sé quién los tendrá ahora.

Se volvieron hacia el sur. Entre los pinos se veían casitas bonitas y muy singulares habitadas por artistas, y se sorprendieron cuando se encontraron frente a un edificio raro, en el lugar en que el camino descendía hacia el río Carmel.

-Sé de qué se trata -casi murmuró Saxon-. Es una de las antiguas misiones españolas. Es la misión de Carmel, por supuesto.

Los españoles se establecieron de esta manera al llegar a Méjico, y levantaron misiones para convertir a los indios.

-Y después nosotros expulsamos a ambos con violín y caja =dijo Billy satisfecho y tranquilo.

-Pero de cualquier manera esto es magnífico -dijo Saxon mientras contemplaba la gran estructura de adobe casi en ruinas-. En San Francisco está la Misión Dolores, pero es más pequeña y menos antigua que ésta.

Oculta del mar por los cerros bajos, olvidada por los seres humanos en calidad de habitación y albergue, la iglesia de barro cocido, paja y greda rocosa permanecía erguida, como si le faltara aliento, en medio de las ruinas de adobe que en un tiempo habían alojado a miles de devotos. Saxon y Billy sintieron profundamente el espíritu del lugar, y avanzaron muy despacio, hablando en voz baja, casi temerosos de cruzar el portal que estaba abierto. No había sacerdotes ni fieles, aunque descubrieron que había sido utilizada por alguna congregación religiosa, que según Billy debía ser reducida a juzgar por el número de bancos que vieron. Luego subieron al campanario, agrietado por el reciente terremoto, y vieron las vigas cortadas a mano, descubriendo en la galería la pura calidad de sus voces. Saxon, temblando ante la temeridad de que hacía gala, cantó suavemente los primeros versos de "Jesús, amante de mi alma", y deleitada por los resultados que obtuviera, se inclinó sobre la balaustrada y fue aumentando gradualmente su voz hasta entonar con todo su volumen:

"*Jesús, amante de mi alma.*
Permite que acuda a tu pecho,
mientras circulan las aguas cercanas
y sigue rugiendo la tempestad.
Ocúltame, ¡oh, mi Salvador!, ocúltame
hasta que la tormenta de la vida pase;
guíame firmemente hacia el cielo
y finalmente recibe mi alma."

Billy se reclinó contra los muros antiguos y miró a Saxon con adoración, y al terminar murmuró de una manera casi inaudible:

-Esto es hermoso, sencillamente hermoso. Deberías verte el rostro cuando cantas. Es tan bello como tu voz. ¿Es curioso, verdad... ? Sólo pienso en Dios cuando pienso en ti.

Acamparon al pie de un sauce, prepararon la cena y pasaron el resto de la tarde en una saliente de rocas bajas que se hallaba al norte de la boca del río. No pensaban pasar la tarde en esos lugares, pero el sitio era tan encantador que les fue imposible, alejarse de aquellas olas que se acercaban y estrellaban entre las rocas, de los elementos coloridos de la vida marina: estrellas marinas, cangrejos, mariscos y también, en el interior de una pileta natural formada entre las rocas, un pequeño pez-diablo que les congeló la sangre al ver que la red de

su capucha rodeaba a unos cangrejos, encima de los cuales la arrojó. Cuando la marea descendió recogieron una enorme cantidad de almejas y de ostras enormes. Mientras Billy buscaba en vano las ostras que encerraban perlas, Saxon se introdujo en la pileta natural de aguas claras y transparentes y recogió puñados de piedrecitas y de conchas con colores resplandecientes, azules, rosas, verdes y violetas. Billy regresó y se extendió junto a ella, y permanecieron tendidos perezosamente debajo del brillo del sol, bañados por la brisa marina, contemplando el sol que se hundía en el horizonte en momentos en que el océano tenía un color aún más intensamente azul.

Saxon extendió su mano hacia Billy y suspiró: desbordaba de alegría. Tenía la sensación de que nunca había pasado un día tan maravilloso. Era como decir que todos sus antiguos ensueños se habían convertido en realidad. Ni aún en sus arrebatos más prodigiosos e imaginativos pudo adivinar que existiera tanta belleza en el mundo. Billy le apretó la mano con ternura.

-¿Qué piensas? -le preguntó mientras se levantaba para marchar otra vez.

-¡Oh, no sé, Billy! Quizás que es preferible un solo día como el de hoy, en vez de diez mil años en Oakland.

VII

Dejaron atrás el río y el valle de Carmel y marcharon hacia el sur con el sol naciente, atravesando los cerros entre las montañas y el mar.. El camino estaba lleno de barrancos y mostraba escasas señales de tránsito.

-La carretera se esfuma en ese punto, dijo el marido-. De ahora en adelante sólo se verán huellas de cascos de caballos. Pero no veo indicaciones de árboles por aquí, y este suelo no me parece nada bueno. Sólo lo utilizan para pastar. Es como si dijéramos que no hay agricultura.

Las colinas estaban desnudas o cubiertas de hierba, pero sólo había árboles entre los desfiladeros mientras que las montañas, más altas y distantes estaban tapizadas por espesuras de arbustos. En cierta ocasión vieron deslizarse un coyote, y Billy se lamentaba de no tener una escopeta a mano cuando, de pronto, un gato montés le clavó su maligna mirada, como si estuviera resuelto a no huir, y entonces una masa de tierra se deshizo sobre sus rejas como una granada.

Saxon se quejó de la sed a lo largo de varias millas. Billy buscó agua en un punto del camino en que éste se hundía casi hasta el nivel del mar, cruzado por un arroyuelo. El pecho del mismo estaba lleno de pedruscos arrastrados desde las colinas, y dejó que su mujer descansara allí mientras trataba de hallar el manantial.

-¡Oh! -le gritó pocos instantes más tarde-. Vamos, baja, tienes que ver esto. Te quitará la respiración.

Saxon avanzó con el paso desmayado y descendió entre la espesura. En la mitad del camino había un cerco de alambre de púas que se dirigía hacia lo alto desde la boca del arroyuelo, que se afirmaba sobre grandes rocas, y en ese sitio tuvo la primera imagen de la reducida playa. Sólo mirando desde el mar se podía sospechar su existencia, porque estaba completamente replegada sobre los tres lados empinados de la tierra, oculta por la vegetación. Más lejos de la playa servía de entrada a una estrecha cueva rocosa, que tenía un cuarto de milla de largo, y sobre cuya parte exterior el mar se estrellaba con verdadero estruendo, dominado finalmente cuando las aguas se extendían sobre la arena suave. Detrás de la boca del arroyuelo había muchas rocas aisladas contra las cuales chocaban las olas con toda su fuerza, rompiéndose hacia lo alto, en el aire. Y al pie de esas rocas, cuando las olas retrocedían podían verse las almejas pegadas a la piedra, ennegreciéndola. Encima de aquéllas había focas enormes de color oscuro que chorreaban agua y que bramaban debajo del sol, mientras que una multitud de aves marinas volaban por encima y chillaban agudamente.

Lo último que quedaba por atravesar desde el alambrado de púas era una pendiente de doce pies, y Saxon se acercó a la arena suave y seca y, luego de dejarse caer, se sentó.

-Te digo que esto es grandioso -murmuró Billy-. ¿Qué te parece como lugar para acampar? Y allí, entre los árboles, existe el más bonito de los manantiales que jamás hayas visto. Y mira la cantidad de leña buena y... -miró hacia el mar como si quisiese decir que ningún apresuramiento para, describirlo podría estar a la altura de lo que veían-. Podemos vivir aquí. Y mira las almejas que hay allí. Apostaría que sería posible la pesca. ¿Qué te parece si nos detenemos un par de días? De todos modos se trata de una temporada de vacaciones, y podría regresar a Carmel para buscar anzuelos y líneas.

Con la mirada penetrante y el rostro resplandeciente, Saxon se dio cuenta que Billy ya se había curado de la ciudad.

-Y no hay nada de viento -comenzó a decir otra vez-, ni un hálito. Y mira qué natural es todo. Es como si nos encontrásemos a mil millas de cualquier parte.

El viento soplaba ligeramente y no penetraba en la cueva. La playa era cálida y balsámica. La atmósfera era endulzada por el aroma de los arbustos. Y en la espesura, por aquí y por allá, había pequeños robles y otros árboles de poco desarrollo cuyos nombres Saxon ignoraba. Su entusiasmo alcanzaba ahora el nivel del de Billy, y tomados de las manos comenzaron a explorar.

-Aquí realmente podemos jugar a ser Robinson Crusoe -dijo él mientras pisaban la arena dura y se acercaban al borde del mar-. Vamos, Robinson, soy tu Viernes y se hará lo que tú digas.

-¿Pero qué haremos con Sábado? -dijo ella fingiendo consternación, y señaló la huella de

una pisada en la arena. Tal vez sea de un caníbal.

-No hay tal cosa. No se trata de un pie descalzo sino de una zapatilla de tenis.

-¿Pero acaso no podría ser que un caníbal haya robado una zapatilla de tenis a algún ahogado o a un marino al que se haya devorado? -respondió ella.

-Los marinos no usan zapatillas de tenis -1e refutó Billy rápidamente.

-Sabes demasiado para ser Viernes -bromeó ella-, pero estableceremos igualmente el campamento aquí si abres los bultos. Además, sino es un marino lo que el salvaje ha devorado, tal vez sea un pasajero de barco.

Al cabo de una hora el campamento improvisado quedó instalado. Extendieron las mantas, partieron cierta cantidad de leña con las ramas caídas que recogieron y la cafetera comenzó a cantar sobre el fuego. Saxon llamó a Billy, que estableció la mesa sobre una tabla arrancada a la plataforma de la playa y que había sido humedecida por las aguas del mar. Ella señaló hacia el océano. En el sitio más alejado, sobre las rocas; casi desnudo, sólo vestido con un pantalón de baño, se hallaba de pie un hombre. Los miraba y podían ver cómo su larga cabellera negra era agitada por el viento. Cuando comenzó a descender por las rocas para dirigirse a tierra, Billy le hizo notar a su mujer que el extraño personaje usaba zapatillas de tenis. En seguida saltaba desde las rocas y caminaba hacia tierra.

-¡Uff! -exclamó Billy-. Es muy flaco pero mira qué músculos tiene. Parece que todos los de este lugar son aficionados a la cultura física.

Cuando el recién llegado se acercó, Saxon se fijó con atención en su cara, que le hizo recordar la de los antiguos pioneers, cierto tipo de rostro muy frecuente, entre los viejos soldados. Ese hombre era joven, y Saxon pensó que no tendría más que treinta años, y tenía el rostro largo, angosto, los pómulos y la frente altos, la nariz grande y delgada, casi en forma de pico. Los labios eran finos, sensibles, pero los ojos eran distintos a los que ella había visto en pioneers, veteranos o cualquier otra clase de hombres. Tenían un color gris muy oscuro que casi era castaño, y su mirada parecía lejana y alerta.

-¡Hola! -exclamó el recién llegado-. Ustedes se sentirán cómodos aquí -agregó arrojando al suelo una bolsa medio llena-. Son almejas, y es todo lo que pude conseguir. La corriente todavía no es lo suficientemente baja.

Saxon vio que Billy sofocaba una exclamación y que en su cara se pintaba con gran asombro.

-¡Oh!, sinceramente me siento muy orgulloso de encontrarme con usted -dijo dominado por su emoción-. Estrechemos las manos. Siempre me dije que si alguna vez le veía se la estrecharía… ¡Oh!

Pero era evidente que los sentimientos le dominaban, porque Billy comenzó a reírse con una risita muy breve para terminar en: una gran carcajada.

-Debe perdonarme -siguió riéndose Billy mientras sacudía la mano del otro-. Pero no puedo hacer otra cosa que reírme. Sinceramente, a veces me despertaba durante la noche y me reía antes de poder dormir nuevamente. ¿No lo reconoces, Saxon? Es aquel elegante..., aquel amigo diremos, que hizo que alguien saltara cien yardas en aquella carrera, ¿no es así?

Entonces le reconoció rápidamente. Era el que había permanecido junto a Roy Blanchard, cerca del automóvil, aquel día que ella había vagado enferma y desmemoriada por las calles de unos barrios desconocidos. Además, esa no había sido la primera vez que le había visto.

-¿Recuerda la fiesta campestre de los albañiles en el Weasel Park? -le dijo Billy-. ¿Y la carrera pedestre? Podría distinguir su nariz entre un millón. Usted fue quien arrojó un bastoncillo entre las piernas de Timothy McManus, y fue el causante de la gresca más grande que haya ocurrido en el Weasel Park o en cualquier otro parque. Nunca se vio algo semejante. Ahora el visitante se estaba riendo. Se apoyaba sobre una pierna, luego en otra y continuaba riéndose con más fuerza. Por último se sentó sobre el tronco de un árbol caído.

-Usted estaba allí -pudo decir por último-. Usted lo vio, lo vio -se volvió hacia Saxon-. ¿Y usted ... ?

Ella afirmó con un movimiento de cabeza.

-Dígame -insistió Billy cuando el otro dejó de reír-. Lo que realmente me interesa es saber por qué lo hizo. ¿Qué fue lo que le llevó a hacer eso? Siempre me he preguntado lo mismo.

-Yo también. . . -respondió el otro.

-Usted conocía a Timothy McManus ¿eh?

-Nunca le había visto antes, ni le vi después.

-¿Y por qué lo hizo? -insistió Billy.

El joven rió pero en seguida se dominó.

-En verdad no lo sé. Tengo un amigo inteligente que escribe sobrios libros de ciencia y que siempre se le ocurre arrojar un huevo contra una pantalla de luz eléctrica para ver qué sucede. Tal vez me ocurre lo mismo a mí, a pesar de que no estoy enfermo de nada. Simplemente le arrojé el bastoncillo cuando vi que esas piernas volaban delante de mí. Timothy McManus no pudo sorprenderse más que yo ante ese hecho.

-¿Esa gente lo agarró? -preguntó Billy.

-¿Le parece que hay algún indicio que le haga creer eso? Nunca me sentí más asustado. El mismo Timothy McManus pudo haberme atrapado ese día. ¿Pero después qué pasó? Oí decir que allí hubo una gresca terrible, y no pude quedarme para verla.

Sólo después de un cuarto de hora, tiempo que Billy empleó en describir lo que había pasado, se hicieron las presentaciones. El hombre se llamaba Mark Hall, y vivía en una casita cerca de los pinares de Carmel.

-¿Pero de qué manera descubrieron el camino que llevaba a la Cueva Bierce? -preguntó curioso-. Ninguno de los que cruzan el camino adivinan ni en sueños la existencia de ese lugar.

-¿Así se llama? -preguntó Saxon.

-Ese nombre se lo dimos nosotros. Durante el verano pasado uno de nuestro grupo acampó aquí, y lo bautizamos de esa manera en su honor. Si no tienen inconvenientes tomaré una taza ' de ese café -le dijo a Saxon-. Después le mostraré a su esposo los alrededores. Estamos bastante orgullosos de esta cueva. : Fuera de nosotros nadie viene por aquí.

-¿Logró formar esos músculos huyendo de McManus? -dijo Billy echando una mirada por encima de la cafetera.

-Masaje con tensión -fue la respuesta sintética.

-Sí -dijo Billy abstraído, meditando-. ¿Eso se come con cuchara?

Hall rió.

-Se lo demostraré. Tome cualquier músculo, lo pone tenso y lo masajea con los dedos, así, de esta manera.

-¿Y de ese modo lo consigue? -preguntó Billy escépticamente.

-Completamente -se burló el otro envanecido-. Con un solo músculo se pliegan cinco en la misma dirección. Coloque un dedo en cualquier parte de mi cuerpo y se dará cuenta.

Billy le hizo caso y colocó su mano en la parte derecha del pecho del joven.

-Veo que algo sabe de anatomía. Eligió un lugar sin músculos -protestó Hall.

Billy hizo una mueca triunfal, pero en seguida sintió asombrado que un músculo se formaba debajo de su dedo. Hundió el dedo y descubrió que de verdad estaba duro.

-¡Masaje' con tensión! -exclamó Hall envanecido-. Siga adelante. Toque la parte que quiera.

Y en cualquier parte que tocaba Billy se levantaban músculos grandes y pequeños, que temblaban y se abatían hasta que todo el cuerpo se convertía en algo que cobraba relieve a voluntad.

-Nunca vi nada semejante -dijo finalmente Billy muy sorprendido-. Y he visto en condiciones a más de un hombre. Usted es una verdadera seda viviente.

-Masaje bajo tensión, amigo mío. Los médicos habían renunciado a tratarme. Mis amigos me llamaban rata enferma, poeta escuálido y muchas cosas más. Entonces me fui de la ciudad y me vine a Carmel para vivir al aire libre ... con masajes bajo tensión.

-Jim Hazard no logró hacer sus músculos de esa manera -declaró Billy.

-Ciertamente que no, porque tuvo suerte y nació con ellos. Los míos los hice yo. Ahí está la diferencia. Trabajo en cosas de arte, mientras que él es un oso de las cavernas. Vamos. Le mostraré todo lo que haya por aquí. Haría mejor si se quitase la ropa y si se quedara sólo con los zapatos y los pantalones, salvo que tenga pantaloncitos de baño.

-Mi madre escribió versos -dijo Saxon mientras Billy se preparaba para alejarse entre los arbustos. Había escuchado lo que Hall había dicho de sí mismo.

No parecía curioso, y entonces ella se aventuró más.

-Algo de lo que escribió está impreso.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó el otro sin ningún interés.

-Dayelle Willey Brown. Escribió "El vikingo", "Días de oro", "Constancia", "El Caballero",

"Tumbas en Little Meadow" y muchos poemas más. Diez de ellos están en "La Historia en Recortes".

-Tengo el libro en casa -dijo interesado por primera vez-. Pertenecía a los pioneers, ciertamente, era anterior a mi tiempo. Cuando vuelva a casa lo veré. Mi gente también fue pioneer. Por el año cincuenta llegaron desde Long Island por la ruta de Panamá. Mi padre era médico, pero en San Francisco robó lo suficiente para mantenernos durante mucho tiempo. Dígame ¿hacia dónde se dirigen ustedes?

Saxon le contó lo que intentaban hacer. Querían alejarse de Oakland y andaban en busca de tierra. El joven simpatizó con la primera idea pero meneó la cabeza ante la segunda empresa.

-Más allá, hacia el sur, es más hermoso -le dijo-. Anduve entre todas esas picadas de árboles de madera roja, y el lugar está lleno de piezas de caza. Allí también hay tierra del Gobierno. Pero cometerían un disparate si se instalan en es¿ lugar. Es demasiado lejos. Y no es buena tierra para trabajar, salvo la que se encuentra cerca de las picadas. Conozco a un mejicano que está loco por vender sus quinientos acres en mil quinientos dólares. Sí, a tres dólares el acre. Y eso significa que no valen más, y no lo valen ya que no puede encontrar compradores. Usted sabe que la tierra vale lo que se paga al comprarla y venderla.

Billy, que apareció desde la espesura sólo vestido con el pantalón arremangado y los zapatos, puso fin a esa conversación, y mientras ascendían por las rocas hacia el lado sur de la cueva, Saxon contempló a ambos hombres tan diferentes físicamente. En un comienzo había pereza en su mirada, pero súbitamente se sintió preocupada e interesada. Hall conducía a Billy hacia algo que parecía un muro perpendicular, con el fin de alcanzar el centro de la roca. Billy caminaba muy lentamente y parecía tener la cautela más extremada, pero a pesar de todo le vio resbalar dos veces y rodar sobre la roca desgastada, que por debajo de él llegaba hasta la cueva. Cuando Hall llegó hasta lo alto, a unos cien pies sobre el nivel del mar, vio que permanecía erguido y que se movía sobre el borde filoso, y Saxon se dio cuenta de que se inclinaba mucho hacia el otro lado. Cuando Billy llegó a lo alto se contuvo con las manos y los pies. El otro siguió hacia adelante tan fácilmente como si caminara sobre un suelo liso. Billy dejó de gatear pero sin embargo se inclinaba mucho y frecuentemente se ayudaba con las manos.

El borde filoso era muy dentado, y los hombres desaparecieron por una de las esquinas, mientras que el fuerte viento ponía a prueba sus nervios. En seguida se colocó del lado opuesto a ambos hombres. Habían saltado por encima de un estrecho abismo y llegaron hasta otro sitio dentado sobre las rocas. Billy parecía avanzar más cansado, pero el que le precedía se detenía y le aguardaba. El camino cada vez se hacía más difícil y las salientes, que trataron de salvar en varias ocasiones, se extendían hacia abajo, hacia el nivel del mar, y se prolongaban más allá de las olas ruidosas que se estrellaban contra aquéllas. En otras ocasiones, ya erectas, saltaban por encima de espacios pequeños o grandes, hasta que alcanzaban el lado contrario con las palmas. Entonces forcejeaban, escalaban las rocas y reaparecían.

Hacia el final Hall y Billy desaparecieron completamente de la vista, y cuando Saxon los vio nuevamente daban vuelta por el extremo de la sucesión de rocas, regresando hacia el lado de la cueva. Pero en ese sitio el camino parecía cerrado. Una grieta ancha, cuyos lados verticales no permitían abrigar ninguna esperanza, bostezaba hacia el cielo su extremidad llena de espuma blanca, y en ese lugar las aguas enloquecidas saltaban hasta una docena de pies por encima de su nivel, hacia lo alto para caer luego bruscamente hacia las profundidades negras de la roca batida y de las hierbas agitadas.

Los dos hombres se agarraron precariamente de las rocas y descendieron por ese lado hasta que la espuma casi los alcanzaba. Se detuvieron allí. Saxon se dio cuenta de que Hall le señalaba la grieta e imaginó que le hacía ver algo curioso. Y no se encontró preparada para lo que siguió a continuación. La superficie de la playa era lamida por el agua que aparecía y se retraía, y Hall saltó por encima de aquélla, hacia abajo, hasta caer sobre una pequeña base que había sido barrida por yardas de agua momentos antes. Y sin ninguna pausa, ya que las aguas volvían nueva v violentamente, se encontró en lo alto de la roca, aferrándose hacia arriba con manos y pies para escapar del peligro. Billy se había quedado solo. No podía ver dónde estaba Hall, y tampoco ser aconsejado por éste, y Saxon estaba tan ansiosa que comenzó a dolerle una mano mientras apretaba una piedra. Billy esperó una oportunidad, por dos veces consecutivas se preparó para retroceder y saltar, después lo hizo hacia abajo, sobre la base que durante un instante quedó libre de las aguas, y dobló por el extremo de la misma

y se agarró de la parte alta, y se unió a Hall que estaba empapado hasta la cintura pero de ninguna manera desalentado.

Saxon sólo respiró con tranquilidad cuando regresaron a su lado, junto al fuego. Al mirar a Billy se dio cuenta de que él estaba muy disgustado consigo mismo.

-Usted lo hizo muy bien a pesar de ser un novicio -le dijo Hall palmeándole alegremente la espalda desnuda-. Esta subida es una proeza que me corresponde. Muchos de los muchachos más bravos que salieron conmigo quedaban desarticulados antes de llegar a la mitad del camino. Ya he gritado más de una docena de veces acerca de este gran salto. Sólo los atletas lo hacen.

-No siento vergüenza de reconocer que estoy rendido -dijo Billy-. Usted es un verdadero cabrito y casi me hace salir las entrañas media docena de veces. Quedé como enloquecido. Sólo hace falta entrenarse, y acamparé aquí y me prepararé hasta que le pueda desafiar a correr ida y vuelta desde allí hasta la playa.

-De acuerdo -le dijo Hall mientras extendía la mano para ratificar el convenio-. Y alguna vez, cuando esté en San Francisco, le llevaré hasta lo de Bierce..., cuyo nombre lleva la cueva. Es su proeza favorita, cuando no colecciona víboras. Y si el viento tiene una velocidad de cuarenta millas por hora, entonces se pone de pie y camina por la cornisa de un rascacielos…, casi sobre el borde, de manera que la más mínima sacudida impide cualquier contención, salvo la de la calzada. En una ocasión me desafió a hacerlo.

-¿Y usted lo hizo? -le preguntó Billy con ansiedad.

-No lo hubiera hecho si no hubiese estado en esto. Durante una semana lo practiqué en secreto. Y le gané veinte dólares en la apuesta.

La marea estaba baja y se podían recolectar las almejas, y Saxon los acompañó hacia el muro del lado norte. Hall tenía varias bolsas para llenar. Le dijo que por la tarde vendría un hombre para cargar las almejas hasta Carmel. Cuando los sacos estuvieron repletos, avanzaron todavía más allá entre las rocas y tuvieron la recompensa de tres ostras, una de las cuales tenía una perla. También Hall los inició en los misterios de la preparación del conocimiento de las ostras.

En esos momentos a Saxon le pareció que se conocían desde hacía largo tiempo. Aquello le recordaba los días en que Bert había estado junto a ellos, entonando sus canciones o charlando sobre los últimos mohicanos.

-Ahora escuchen una cosa, les voy a enseñar algo -dijo Hall mientras se erguía sobre una roca-. Nadie debe recoger ostras si no canta esta canción. Pero tampoco debe ser cantada en cualquier momento. Sería el más incalificable de los sacrilegios. Las ostras son el alimento de los dioses, y su preparación es como un rito religioso. Ahora bien, escuchen y repitan, y recuerden que ésta es una ocasión muy solemne.

Cuando arrojó la ostra contra la piedra, que se deshizo y mostró la blancura de su carne, el poeta comenzó a decir:

"*¡Oh! algunas gentes al brindar se jactan porque se inclinan,*
pues creen que es de muy buen tono;
pero yo me contento con deber el alquiler
y vivir de las ostras.

"*¡Oh! Punta Misión, amable juntura,*
donde cada cangrejo es un amigo
leal y amable, y siempre hallaréis allí
a la ostra aferrada.

"*Vaga libre junto al mar*
donde la costa es de piedra,
abre las alas y canta locamente. . .
la quejumbrosa ostra.

"*Alguien insiste en un bis, alguien flirtea con lis,*
allí en las arenas de Coney,
pero nosotros, ¡diablos!, seguimos en Carmel

y enarbolamos la ostra."

Hizo una pausa con la boca abierta, sosteniendo una piedra con la mano en alió. Se escuchó un ruido de ruedas y una voz que llamaba desde arriba, donde habían sido transportados los sacos llenos de almejas. Finalmente arrojó la piedra y dijo:

-Hay mil versos más como éste, pero siento no tener tiempo para enseñárselos -y extendió la mano con la palma vuelta hacia abajo-. Y ahora, niños, ya estáis bendecidos y sois miembros perpetuos del clan de comedores de ostras, y os conjuro para que nunca, jamás, cualesquiera que puedan ser la circunstancias, dejéis de entonar estas palabras que os revelé cada vez que toquéis carne de ostra.

-Pero no recordaremos las palabras con una sola lección - dijo Saxon.

-También debe tenerse en cuenta eso. El próximo domingo la tribu de los comedores de ostras descenderá hasta vosotros y la Cueva Bierce, y tendréis la oportunidad de asistir a los ritos, y conoceréis a los escribas y, entre los escribas, al hombre que tiene ojos basiliscos y que desde la edad de hierro es conocido como el Lagarto Sacerdotal.

-¿Y Jim Hazard vendrá? -gritó Billy mientras se alejaba entre la espesura de los arbustos.

-Sí, vendrá, ciertamente. ¿Acaso no es el Sacudidor de Ollas y el Asador de la Cueva de Oro, el más temible y exaltado de todos los devoradores de ostras después de mí?

Saxon y Billy quedaron mirándose hasta que oyeron el ruido producido por el vehículo que se alejaba

-Bueno, quedaré condenado -confesó Billy-. Eso es lo que se llama un muchacho. No es engreído. Es exactamente igual a Jim Hazard. Sencillamente, uno llega solo y se siente como en su casa, y uno vale tanto como él, o recíprocamente, y todos somos amigos.

-Pertenece a la antigua raza -dijo Saxon-. Me lo dijo mientras tú te cambiabas. Sus antepasados dieron la vuelta por Panamá antes de que se construyera el ferrocarril, y por lo que declaró creo que tiene bastante dinero.

-Pero no se conduce como si lo tuviera.

-¿Y no parece la encarnación misma de la alegría? -exclamó Saxon.

-Sí, es un verdadero humorista. ¡Es un poeta!..., si uno fuese como él...

-Oh, no sé, Billy... He oído que muchos poetas son gente muy curiosa.

-Es cierto. Uno llega a pensar de esa manera. Por ejemplo, allí está Joaquín Miller, que vive en las montañas detrás de Fruitvale. Es un hombre raro, ciertamente. Vive muy cerca del lugar donde me declaré a ti. También creía que los poetas llevaban barbas y gafas, pero nunca que acostumbraban a usar tan poca ropa que casi se hallan fuera de la ley, o que recogiesen almejas y treparan a las rocas como si fueran cabritos.

Cuando esa noche se acostaron debajo de las frazadas, Saxon permaneció despierta contemplando las estrellas y escuchando el sordo rumor que llegaba desde la playa, el murmullo de las burbujas cuando las olas se deshacían.

-¿Estás contento de haber abandonado Oakland, Billy? - le preguntó ella en voz baja.

-¡Uff ! -le respondió él-. ¿Acaso una ostra puede ser feliz ?

VIII

Cada vez que la marea bajaba Billy corría hacia el lado del muro, arriesgándose en la ruta que él y Hall habían transitado, y cada tentativa la hacía más rápidamente.

-Espera al domingo -dijo a Saxon-. Le voy a apostar dinero a ese poeta en una corrida. Ya no me molestará. Me siento muy confiado. En cualquier lugar corro sobre manos y rodillas.

Y todo lo imaginé de esta manera: supongamos que uno tiene un pie a cada lado y que el sitio está lleno de pasto fresco. No habrá nada que le detenga, no caerá y se deslizará como por encanto. Y sucede lo mismo si a cada lado, hacia abajo, hay una milla. Eso no le interesa a uno. La cuestión está en mantenerse erguido y marchar como si fuese un sueño. Y sabes, Saxon, que cuando camino así nadie me molesta en absoluto. Espera a que el domingo llegue con su turba. Estoy listo para recibirlo.

-No me imagino a qué podrá parecerse esa turba -dijo Saxon pensativa.

-Se tratará de gente parecida a él, seguramente. Pájaros del mismo plumaje siempre andan juntos. Me parece que ninguno de ellos será engreído.

Hall ya había enviado líneas para la pesca y un traje para nadar por intermedio de un vaquero mejicano que se dirigía hacia su propiedad del sur, y por éste supieron muchas cosas acerca de tierras del Estado, y cómo obtenerlas. El tiempo transcurría rápidamente, y cada día que pasaba, Saxon suspiraba dichosa en dirección al sol, y cada mañana ambos saludaban al nuevo día que comenzaba con risas llenas de gozo. No hacían planes pero pescaban, recogían almejas, ostras, y escalaban las rocas si se les antojaba. La carne de ostra era saludada reverentemente con unas coplas que Saxon había improvisado. Billy estaba a sus anchas, y ella nunca le había visto con un aspecto tan saludable. Y en cuanto a sí misma sabía que sólo hacía falta el testigo del espejito para certificar que, desde que había sido una muchachita, nunca había tenido en el rostro unos colores semejantes ni un espíritu tan vivaz.

-Esta es la primera vez en mi vida que jugué de verdad -declaró Billy-. Y nosotros verdaderamente nunca hemos jugado desde el tiempo que llevamos casados. Y esto que estamos haciendo realmente es algo de millonarios.

-Y el silbato de las siete de la mañana no existe -exclamó gozosa Saxon-. Sólo por ese hecho me quedo tendida en la cama y no me levanto, aunque todo lo que hay alrededor es demasiado maravilloso como para no levantarse y verlo. Y ahora anda y juega a hachar leña y a conseguir una buena pesca, mi querido Viernes, si es que deseas comer algo.

Billy, abandonando su cómoda posición horizontal, lo que no le había impedido cavar huecos en la arena con los pies desnudos se puso de pie hacha en mano.

-Pero esto no durará mucho -dijo suspirando hondamente-. En cualquier momento comenzarán las lluvias. El buen tiempo que tuvimos es realmente maravilloso.

El sábado por la mañana, cuando regresó de su carrera hasta el lado sur del muro, notó que Saxon no se hallaba allí. Después de llamarla en voz alta sin ningún resultado comenzó a escalar el camino. A media milla de distancia la vio montada sobre un caballo en pelo que marchaba de mala gana, lentamente, sobre el pastizal.

-Tienes suerte..., porque es una vieja yegua que antes fue utilizada para la equitación, y mira las marcas que las monturas le dejaron -murmuró Billy cuando ella detuvo al animal, y entonces la ayudó a apearse.

-¡Oh, Billy! -exclamó ella-. Nunca había estado hasta ahora sobre un caballo. Es algo magnífico. Me sentía valiente e indefensa a un mismo tiempo ...

-De cualquier manera estoy orgulloso de ti -le dijo Billy en un tono aun más gruñón-. Cualquier mujer casada es incapaz de montar de esa manera sobre un caballo desconocido, y sobre todo si antes no lo ha hecho sobre algún otro. Y no olvides que algún día tendrás un caballo ensillado para ti sola..., un verdadero caballito de raza.

***

Los comedores de ostras llegaron en dos vehículos y descendieron en masa sobre la Cueva Bierce. Eran como veinte personas entre hombres y mujeres. Era gente joven, entre los veinticinco y los cuarenta años de edad, y todos parecían buenos amigos. La mayor parte de ellos estaban casados. Se acercaron en medio de una alegre jarana, empujándose sobre el camino resbaladizo y rodeando a Saxon y a Billy en la camaradería general, y todo esto sin ningún artificio, bajo el cálido brillo del sol. Saxon fue secuestrada por las muchachas. .. Ella no podía imaginar cómo se comportarían. La elogiaron mucho, de la misma manera que el

campamento y el equipo que llevaban para vagar, en insistieron en escuchar su relato. Ellas también eran excursionistas experimentadas, y estaban acostumbradas a levantar campamento, conclusión a la que llegó al descubrir las ollas y las sartenes, así como también los recipientes que habían traído consigo para hervir las almejas.

Mientras tanto Billy y los demás hombres se despojaron de las ropas inútiles y salieron en busca de almejas y de ostras. Las muchachas encontraron el ukelele de Saxon y ésta se vio obligada a tocarlo y a cantar. Algunas habían estado en Honolulu y confirmaron la versión que le había dado Mercedes sobre el instrumento. También conocían las canciones hawaianas que le había enseñado aquella extraña mujer, y juntas cantaron "ALCA oo", "Loca de Honolulu" y "Dulce Lei Leua". Saxon quedó muy sorprendida cuando algunas bailaron ulas sobre la arena, hasta las que tenían aspecto de matronas.

Cuando los hombres regresaron con las bolsas repletas de ostras y mejillones, Mark Hall, en calidad de gran sacerdote, comenzó a cumplir los solemnes ritos de la tribu. Al hacer un gesto con la mano, numerosas piedras de color cayeron sobre la carne blanca y sabrosa, y todas las voces se elevaron cantando el himno dedicado a la ostra. Cantaron viejas canciones, a veces uno solo entonaba una canción nueva que después era coreada por todo el mundo. Billy le hizo traición a Saxon al pedirle muy por lo bajo que cantara el verso que había compuesto, y su hermosa voz se elevó tímidamente:

"*Sentados. alrededor y pensando alegremente*
lo pasamos sin nada de acritud
porque nuestro placer
es apoderarnos de ostras."

-¡Es grande! -exclamó el poeta-. Realmente habla el idioma de la tribu. ¡Vamos, niños, ahora!

Y todos cantaron los versos de Saxon. Después Jim Hazard dio a conocer un nuevo verso, de la misma manera que una de las muchachas y aquel hombre de hierro con ojos de basilisco, verdigrises, al que Saxon reconoció por la descripción que había hecho Hall. Parecía tener el rostro de un cura.

"*Oh, a algunos les gusta el jamón y a otros el cordero,*
mientras que a otros les agradan los macarones;
pero traedme un cubo de ginebra
y una bañadera llena de ostras.

"Oh, algunos beben lluvia y otros champaña,
o aguardiente en vasitos;
pero a mí traedme un poco de whisky de centeno
junto con un alud de ostras.

"Algunos viven con esperanzas y otros con narcóticos,
y otros con una pensión,
pero nuestro gato gordo come grasa y vive de las ostras."

Un hombre de ojos y cabellos negros que tenía aspecto de canalla y de sátiro, y que, según le habían dicho a Saxon, era un pintor que vendía cada una de sus telas a quinientos dólares, se ganó el desprecio general cuando cantó:

"*Cuando más bebemos, más hacen en el connubio, en el fondo del mar.*
El suicidio de la especie no puede doblegar a la ostra fecunda."

Y de esa manera transcurrió el tiempo: versos nuevos y viejos que no tenían fin eran cantados en honor del suculento manjar de Carmel. La alegría que sentía Saxon era enorme, y casi llegaba al éxtasis, y hasta encontraba dificultad en convencerse de que aquello era cierto. A veces le parecía que se encontraba en el escenario de un teatro, y que esos eran actores, y

que tanto ella como Billy habían entrado como por error en el escenario. Muchas cosas las adivinaba pero no las comprendía, pero, a pesar dé todo, algo llegaba a entender. Y se daba cuenta de que en todo eso había un gran despliegue mental que nunca había conocido anteriormente. Los cimientos puritanos de su educación parecían conmoverse ante las exteriorizaciones que escuchaba allí y que no quería juzgar. Esos jóvenes alegres, de corazón ligero, parecían buenos. Es cierto que no eran rudos ni groseros, como mucha gente que había conocido en las fiestas campestres y domingueras. Ninguno de ellos se embriagó aunque se sirvieron cocktails en termos que habían traído consigo, además de beber vino tinto de una damajuana enorme.

Lo que más le impresionó a Saxon era su gran jovialidad; la alegría infantil que había en todo lo que hacían. Y ese efecto era producido porque se trataba de novelistas, pintores, poetas, críticos, escultores y músicos. Un hombre que tenía un rostro expresivo, refinado y delicado, y que ella supo que se trataba de un crítico teatral de un gran diario de San Francisco, inventó una prueba que todos los demás trataron de realizar, pero en la cual fracasaron escandalosamente. Sobre la playa, a trechos más o menos regulares, se colocaron tablones como si fuesen obstáculos. Después, ese crítico teatral, poniéndose sobre manos y rodillas, se precipitó a lo largo de la arena y, de la misma manera que un equino, comenzó a saltar vallas y salvó todos los obstáculos hasta llegar al final de la curiosa pista.

Los visitantes habían traído discos y durante un buen rato se dedicaron a lanzarlos. Después se entretuvieron en las pruebas de salto, y un juego era seguido de otro. Billy tomó parte de todos, pero no pudo vencer tan fácilmente en aquéllos como había supuesto en un comienzo. Por ejemplo, un escritor inglés le superó en el lanzamiento del disco en una docena de pies. Mark Hall le ganó el salto en alto y en largo. Pero Billy ganó el salto en alto hacia atrás. A pesar de la desventaja de su peso, pudo vencer gracias a su magnífica espalda y al desarrollo de sus músculos abdominales. Sin embargo, poco después se vio en apuros ante la hermana de Mark Hall, una amazona vivaracha y joven que llevaba una indumentaria femenina de equitación y que lo tumbó cabeza abajo ignominiosamente, tres veces seguidas durante un encuentro de lucha india.

-Usted es asunto fácil -se burló el hombre de hierro, y que según le dijo se llamaba Peter Bidaux-. Hasta yo mismo puedo tumbarlo al "catch as catch can".

Billy aceptó el desafío y se dio cuenta que el mote del otro era muy apropiado. En los campos de entrenamiento se había adiestrado con campeones gigantes de la talla de un Jim Jeffries o de un Jack Johnson, y se había enfrentado correctamente con la enorme magnitud de dichas fuerzas, pero nunca había luchado con una fortaleza semejante a la del hombre de hierro. Se sentía impotente a pesar de que hacía lo que podía, y en dos ocasiones se encontró vencido, de espaldas sobre el suelo.

-Pero usted tiene aún una posibilidad frente a él -le dijo por lo bajo Hazard-. Traje los guantes conmigo. Ciertamente que no tiene ninguna ventaja en el juego que él puede desarrollar. Luchó contra Hackenshmidt en teatros de Londres. Pero quédese tranquilo hasta que, como por casualidad, lleguemos a los guantes. No sabe quién es usted.

En seguida, el inglés que había arrojado el disco, se encontró haciendo fintas con el crítico teatral. Hazard y Hall hacían una fantástica pantomima de boxeo, y después, con los guantes en la mano, trataron de descubrir quienes serían los mejores adversarios en un encuentro de pugilismo. Era evidente que la elección recaería sobre Bidaux y Billy.

-Si es lesionado es capaz de perder el sentido -le advirtió Hazard mientras le colocaba los guantes-. Es de vieja ascendencia franco-yanqui, y tiene un temperamento del diablo. Pero esté atento, simplemente, y arrincónelo, y péguele seguido.

-Eh, juego suave, hombre de hierro, nada de cosas violentas, Bidaux. Juego flojo simplemente, Bidaux, ¿entiendes? -fueron las recomendaciones que se le dirigieron en el primer instante.

-Un momento -le dijo a Billy dejando caer las manos-. Si soy sacudido no me molesto por eso, pero usted tampoco se moleste por lo que yo haga. No puedo evitarlo. Se trata sólo de este instante, y no lleva ninguna otra intención.

En ese momento Saxon se sintió nerviosa porque reaparecían aquellas visiones de los sangrientos encuentros de Billy con los "tiñosos", pero nunca le había visto en un match de box, y sólo debía esperar unos pocos momentos para que la tranquilidad volviera a su ánimo. El hombre de hierro no tenía ninguna posibilidad. Billy dominaba la situación, estaba en guardia contra cualquier eventualidad, y siempre estuvo golpéandole continuamente a la cara y al cuerpo, casi a voluntad. Los golpes de Billy no tenían fuerza, apenas si lo rozaban al otro,

pero la incesante repetición de los mismos sacó de sus casillas al hombre de hierro. Su rostro se tiñó de cólera, y arremetió ferozmente a pesar de las advertencias de los espectadores. Y se volvió salvaje, pero Billy seguía pausada e incesantemente repartiendo sus golpes de una manera suave. Por último el hombre de hierro perdió el dominio, y comenzó a despachar grandes golpes que se perdían en el vacío, "ganchos" capaces de matar a cualquiera. Billy lo bloqueaba, esquivaba, lo hacía trastabillar y escapaba completamente ileso. Durante los inevitables "clinches" le sujetó los brazos al hombre de hierro, y entonces éste se reía y pedía disculpas, pero inmediatamente perdía la cabeza al primer golpe, cuando se separaban, y se le veía más enfurecido que antes.

Cuando el combate terminó, y fue revelada la identidad de Billy, el otro aceptó la broma con muestras de muy buen humor. Había sido una magnífica demostración de la habilidad de Billy. Su dominio de la técnica y de sí mismo impresionó muy bien a los presentes, y Saxon se sintió orgullosa y admirada de su hombre-muchacho.

Y ella tampoco resultó un fracaso desde el punto de vista social. Cuando los boxeadores cansados y sudorosos se tiraron sobre la arena para refrescarse, fue persuadida para que pulsara el ukelele y los acompañara en sus incesantes cantos. Tampoco fue lenta para adivinar el espíritu de la letra de esas canciones, y en seguida cantaba para ellos extrañas canciones que había aprendido junto a Cady, el tabernero, pioneer y soldado de caballería, que había sido picaneador de bueyes sobre la huella de Salt Lake.

City durante los días anteriores al ferrocarril. La canción que resultó inmediatamente favorita fue:

"*¡Oh!, ¡tiempos de Arroyo Amargo: nunca podrán ser vencidos;*
criar cerdos o perecer a cada paso de carreta;
la arena en la garganta, el polvo en los ojos,
la espalda inclinada, y resistir: criar cerdos o morir".

Después de una docena de versos de aquel "Criar cerdos o morir", Mark Hall manifestó que se sentía especialmente inspirado con:

"*Obadier, el que soñó un sueño;*
soñó que guiaba diez mulas en un grupo,
pero al despertar echó un suspiro;
la mula delantera le dio una coz a otra en un ojo".

Fue Mark Hall quien recordó el desafío de Billy referente a la carrera, teniendo como punto de partida el lado sur de la cueva, aunque lo mencionó como algo impreciso que se efectuaría en el futuro. Billy le sorprendió al decir que estaba pronto en ese mismo momento. En el acto Hall apostó a su favor, y no hubo nadie que apostara en contra. Le ofreció dos contra uno. a Jim Hazaid, quien agitó la cabeza y dijo que sólo aceptaría tres contra uno. Billy oyó esto y apretó los dientes.

-Acepto por cinco dólares -le dijo a Hall-, pero de ninguna manera en esas condiciones. Debemos ir a la par.

-No quiero su dinero sino el de Hazard -dijo Hall-. Pero con usted jugaré en la proporción de tres contra uno.

-A la par o nada -dijo Billy con terquedad.

Finalmente Hall cerró ambas apuestas: a la par con Billy y tres contra uno con Hazard.

El paso a lo largo del borde filoso fue tan angosto que casi era imposible que los corredores se adelantaran entre sí, y entonces se convino en tomar el tiempo a los participantes de la prueba, y Hall partió primero seguido de Billy con medio minuto de intervalo.

Mark Hall se colocó en la raya de partida, y se lanzó adelante en tal forma que todos estuvieron de acuerdo en calificarlo como un "sprinter". Saxon sintió su corazón apretado. Sabía que Billy nunca había cruzado la arena a esa velocidad. Billy largó treinta segundos después y llegó al pie de la roca cuando Hall se encontraba en la mitad de la ascensión. Cuando llegaron arriba estaban muy cerca entre sí, y el hombre de hierro anunció que y los

dos habían escalado el muro en "el tiempo exacto de un segundo.

-Aun tengo esperanzas por mi dinero -dijo Hazard-, aunque confío que ninguno de ellos se romperá la cabeza. No me gustaría una carrera semejante ni por la cueva llena de oro.

-Pero te arriesgas más nadando en medio de la tormenta en la playa de Carmel -se burló su esposa.

-¡Oh, no sé! -le respondió-. Nadando no hay una altura tan grande para caerse.

Billy y Hall se habían perdido de vista y describían el círculo para el regreso. Los que se encontraban en la playa estaban seguros de que el poeta había sacado ventaja en los lugares vertiginosos y altos, y sobre todo en el borde filoso de la roca. Hazard también lo admitía.

-¿Qué será de mi dinero? -gritaba excitado mientras se movía de un sitio a otro.

Hall reapareció y saltó corriendo hacia la playa. No había ningún claro entre ambos. Billy le pisaba los talones y de esa manera atravesó la arena y se acercó al muro, sobre la misma raya que había en la playa. Billy había vencido por medio minuto.

-Pero eso es sólo por reloj -dijo con el aliento entrecortado-. Hall me llevaba más de medio minuto hasta que nos acercamos al final. No soy tan lento como creía, pero él es más rápido. Es un "sprinter", realmente. En diez pruebas me vencería diez veces, salvo en caso de accidente. En el borde del mar se demoró al dar el gran salto. Por eso fue que le alcancé. Después de él salté directamente hacia el mar, y no hice más que seguirle el ritmo de la carrera.

-Eso fue bueno -dijo Hall-. Usted hizo algo más que vencerme. Es la primera vez en la historia de la Cueva Bierce que un hombre salta directamente hacia el mar. Y como venía atrás todo el riesgo lo corría usted.

-Pero fue una casualidad -insistió Billy.

Saxon resolvió la discusión pulsando el ukelele, y eso provocó la carcajada general. Parodiaba una canción antigua de un negro menestral

"*La ley sigue su malicioso curso*
y realiza sus errores".

Durante la tarde Jim Hazard y Hall nadaron hasta las rompientes, y llegaron hasta las rocas que estaban más alejadas en el interior del mar, sembrando la confusión entre las focas y tomando posesión del lugar batido por las olas donde se asentaban. Billy seguía a los nadadores con la mirada tan anhelante que la señora de Hazard le dijo:

-¿Por qué no se quedan este invierno en Carmel? Jim le enseñará todo lo que conoce de la costa. Está loco por boxear con usted. Trabaja durante muchas horas en el escritorio y realmente necesita hacer ejercicios.

***

Sólo cuando el sol se puso la alegre multitud cargó con sus ollas y sartenes y arrojó las almejas por el camino cuando partían. Saxon y Billy les vieron desaparecer a caballo y fueron detrás de ellos hasta llegar a la primera colina, luego descendieron unidos de la mano en medio de la espesura del lugar. Billy se arrojó sobre la arena y se desperezó.

-Nunca me sentí tan cansado -bostezó-. Y tampoco nunca tuve un día como éste. Vale la pena vivir veinte años para una cosa semejante.

Alcanzó la mano de Saxon que estaba extendida a su lado.

-¡Oh, estoy orgullosa de ti, Billy! -dijo ella-. Antes nunca te había visto boxear, y no sabía de qué se trataba. Durante

todo el tiempo estuvo a tu merced y lo conseguiste sin ponerte violento o terrible. Todos lo veían y se divirtieron.

-También te diré que tú tienes personalidad. Quedaron en. cantados de ti, simplemente. Sinceramente, Saxon, con el ukelele lo eras todo. Todas las mujeres simpatizaron contigo, y eso es lo que cuenta.

Había sido el primer triunfo social, y el sabor que dejaba era muy agradable.

-El señor Hall me dijo que había ojeado "La Historia en Recortes" -le contó ella-. Y también me dijo que mamá fue una verdadera poetisa, y que realmente es asombrosa la cantidad de gente notable que cruzó las llanuras. Me contó muchas cosas de aquellos tiempos, y de las que realmente no estaba enterada. Ha leído algo sobre la lucha en Little Meadow de un libro

que tiene en su casa, y si regresamos a Carmel me lo mostrará.

-Quiere que volvamos, ciertamente. ¿Sabes lo que me dijo? Me dio una carta para una persona que está instalada en tierras del Estado. Es un poeta que tiene a su cargo cierta extensión de terreno, y entonces podremos detenernos allí, lo que por otra parte nos vendría muy bien si nos agarra el período de las grandes lluvias. Y, ah, me olvidaba, me dijo que tiene una choza donde vivía mientras construía la casa. El hombre de hierro vive allí, pero se marchará a un colegio católico para ordenarse sacerdote, y Hall me dijo que la choza podrá ser nuestra durante el tiempo que lo queramos, y también que puedo hacer lo que hacía el hombre de hierro para ganarme-la vida. Hall se mostró un poco tímido al ofrecerme trabajo. Dijo que serían trabajos algo raros, pero que nos iría bien. Por ejemplo, podría ayudarle a plantar patatas. Y se enojó un poco cuando le manifesté que no sabía hachar leña. Me aseguró que ése era su trabajo y se veía que estaba orgulloso de eso.

-Y la señora de Hall me habló de algo semejante., Billy. Carmel no sería un lugar del todo malo para pasar la época de las lluvias. Y podrías nadar con el señor Hazard.

-Parece que podemos instalarnos donde nos da la gana -asintió Billy-. Carmel es el tercer lugar que nos ofrecen. Bueno, después de esta experiencia ningún hombre debe temer que le vaya mal fuera de la ciudad.

-Ningún hombre que realmente sea tal -le corrigió ella.

-Creo que-tienes razón -pensó Billy durante un momento-. Pero hasta a un individuo torpe se le presentan mejores oportunidades fuera de la ciudad.

-¿Acaso alguna vez supusimos que pudiera existir gente tan admirable? -dijo Saxon pensativa-. Es maravilloso encontrarse con algo así.

-Es todo lo que puede esperarse de un poeta rico que hace volar a un corredor en una fiesta campestre de irlandeses -sostuvo Billy-. Sólo la gente semejante puede marchar bien a su lado, o, sino, hará la multitud a su semejanza. No me sorprendería nada si fuese él quien creó el grupo. La verdad es que tiene una hermana que vale lo que pesa. Si alguien te lo pregunta, te diré que fue ella la que se metió con las focas. ¿Y la mujer que tiene no es una belleza?

Poco tiempo después descansaban sobre la cálida arena. Billy fue el primero en romper el silencio, y dijo algo que parecía resultado de una profunda meditación:

-Te diré una cosa, Saxon; ¿Sabes que no me importaría nada si no volviera a ver nunca más un film?

IX

Transcurrieron semanas en su viaje hacia el sur antes de que Saxon y Bill regresaron a Carmel. Vivieron en la casa de Hafler, el poeta de la residencia de mármol, que la había levantado con sus propias manos. Esa curiosa morada consistía en una sola habitación construida enteramente de mármol blanco. Hafler cocinaba como si estuviera en un campamento, sobre la enorme estufa de mármol. Había varias repisas con libros, pero los sólidos muebles que había hecho con madera roja se destacaban notablemente; y de la misma manera había confeccionado con idéntico material los tirantes del techo. Una frazada colgaba de un ángulo y formaba como una separación para Saxon. El poeta se disponía a partir para San Francisco y Nueva York, pero aun permaneció un día más con ellos para aleccionarlos acerca de la región y llegar con Billy hasta las tierras del Estado. Saxon esa mañana quiso ir con ellos, pero Hafler rechazó burlonamente el pedido diciéndole que sus piernas eran muy cortas para esa empresa. Esa noche, cuando los hombres regresaron, Billy se sentía exhausto. Reconocía francamente que Hafler lo había vencido en ese terreno, y que tuvo que sacar la lengua después de la primera hora de marcha. El poeta calculó que habían cubierto una distancia de cincuenta y cinco millas.

-¡Pero qué millas! -exclamó Billy-. Casi la mitad del trayecto ascendíamos o descendíamos sin encontrar ninguna huella de camino. ¡Y a qué paso! Tenía mucha razón cuando dijo que tus piernas serían muy cortas. No hubieras resistido ni una milla. ¡Y qué región! No hemos visto nada parecido hasta ahora. Hafler partió al día siguiente hacia Monterrey para tomar el tren allí. Les entregó la casa de mármol y les invitó a quedarse durante todo el invierno si es que así lo querían. Billy descansó durante ese día, dando vueltas y más vueltas. Se sentía entumecido y dolorido, y estupefacto ante la capacidad de resistencia del poeta.

-Cada cual es capaz de hacer algo extraordinario en su país -decía maravillado-. Toma por ejemplo a ese Hafler. Es más alto y pesado que yo. Y el peso del cuerpo hace la marcha muy difícil. Pero para él no hay ninguna traba. Me dijo que cubrió ochenta millas en veinticuatro horas, y ciento sesenta en tres días. Sí, me hizo una demostración real y estoy avergonzado como un chico.

-Recuerda, Billy -le dijo ella-, que cada hombre tiene su propio juego. Y eres extraordinario en tu juego, y nadie te puede vencer por aquí con los guantes en las manos.

-Supongo que eso es cierto -le respondió él-. Pero igualmente me molesta sólo de pensar que fui superado por un poeta . . ., por un poeta, ¿te das cuenta?

Dedicaron varios días para recorrer las tierras del gobierno, y después, a regañadientes, decidieron no instalarse en aquéllas. Las picadas entre los árboles de madera roja y las grandes rocas de las montañas de Santa Lucía fascinaron a Saxon, que recordó lo que Hafler les había dicho de las nieblas de verano, que a veces solían ocultar el sol durante una semana o dos, y que durante algunos años se habían prolongado durante meses. Y tampoco había manera de llegar hasta los mercados. Había muchas millas hasta el más cercano de los caminos de carretas, en Post, y desde allí, pasando por Punta Sur y hasta Carmel, había un camino agotador y peligroso. Billy, que sustentaba el criterio del conductor de caballos, manifestó que eso era un verdadero impedimento para el transporte de cargas pesadas. En la zona de Hafler había una cantera de mármol perfecto. Y él decía que si estuviera cerca de un ferrocarril valdría una fortuna. Pero tal cual estaban las cosas, la regalaría a sus visitantes si la deseaban.

Billy se imaginó las lomas verdeantes con los equinos que pastaban, con el ganado, y le resultaba difícil abandonar el lugar, pero escuchó bien dispuesto lo que Saxon decía en favor de una granja hogareña como la que habían visto en el cine de Oakland. Sí, querían una granja completa y la tendrían aunque tuviesen que luchar durante cuarenta años para conseguirlo.

-Pero deberá tener árboles de madera roja -se apresuró a decir Saxon-. Me enamoré de ellos. Y no tendremos las nieblas. Además, estará cerca de buenos caminos y el ferrocarril no deberá hallarse a más de mil millas de distancia.

Las fuertes lluvias invernales los mantuvieron encerrados en la casa de mármol durante dos semanas. Saxon pensaba sobre los libros de Hafler, mientras que Billy cazaba con las escopetas del poeta. Tenía mala puntería y era un pésimo cazador. Sólo conseguía algún éxito con los conejos, que lograba alcanzar con sus disparos cuando se quedaban quietos. No consiguió nada con el rifle, aunque le disparó a media docena de ciervos, y también una vez a

un animal que tenía apariencias de gato y una larga cola, y que creyó que se trataba de una fiera. A pesar de que refunfuñaba contra sí mismo, Saxon estaba segura de que todo eso le era gozoso. El tardío despertar del instinto del cazador casi le convertía en otro hombre. Estaba fuera de la casa muy temprano y hasta tarde no regresaba, hacía prodigiosas ascensiones y vagabundeaba mucho.. ., y una vez llegó hasta las minas de oro de las que Tom le había hablado, permaneciendo ausente durante dos días.

-¡ Y hablan de tener un puesto en la ciudad, de ir al cine y a los picnics para divertirse los domingos! -estallaba él-. No puedo darme cuenta qué fue lo que hizo que persistiera en esa clase de vida. Aquí, o en algún lugar como este, es donde debí haber permanecido todo el tiempo.

Se sentía entusiasmado con esta vida nueva, y continuamente recordaba los antiguos relatos de caza que su padre le había contado, y se los trasmitía a Saxon.

-¿Sabes?, ahora, después de vagar todo el día, ya no me siento tan entumecido -declaró alegremente-. Ya estoy curtido por dentro, y si algún día me encuentro con ese Hafler le desafiaré a una marcha que le destrozará el corazón.

-Eres un muchacho, tonto porque siempre quieres hacer el juego de los demás y, a pesar de eso, vencer -rió Saxon gozosa.

-Creo que tienes razón -masculló Billy-. Hafler siempre me superará. Está hecho para eso. Pero, igualmente, si algún día le veo lo invitaré a cruzar guantes . . ., aunque no seré tan tonto para no aprovechar la oportunidad y dejarle tan apesadumbrado como él a mí.

Al dejar Post, ya de regreso hacia Carmel, el estado del camino los confirmó en el acierto que habían tenido al rechazar la tierra del Gobierno. Vieron una carreta de campesino volcada, y otra que tenía un eje roto; y también, en la parte baja de la montaña, cien yardas más allá, el sitio donde había caído y se había destrozado un vehículo junto con los caballos y los pasajeros que llevaba en su interior.

-Debe ser algo terrible utilizar un camino como éste durante todo el invierno -dijo Billy-. Termina con los caballos y los hombres, y no puedo comprender de qué manera despachan ese mármol que tienen ahí.

***

Establecerse en Carmel fue cosa fácil. El-hombre de hierro ya había partido para el colegio católico, y la "choza" resultó una casita de tres habitaciones cómodamente amueblada que tenían que cuidar. Hall hizo que Billy trabajara en su cultivo de patatas, una extensión de tres acres que el poeta cultivaba a su capricho para diversión de la gente. Sembraba durante todas las estaciones, y la comunidad había aceptado que aquello qué no se pudría sobre el suelo debía ser repartido equitativamente entre las ardillas y las vacas que cruzaban el cerco. Consiguió un arado prestado, alquiló una yunta de caballos y entonces Billy tomó posesión del suelo. También levantó un nuevo cerco alrededor de la extensión cultivada, y después le dio una mano de pintura al tejado de la casita. Hall se trepó a una de las vigas que sobresalían en el frente de la pequeña casa, y desde esa altura le previno a Billy que debía permanecer apartado de su depósito de leña. Una mañana, mientras hachaba leña para Saxon, llegó Hall. El poeta miraba muy atentamente pero logró contenerse.

-Es bien evidente que usted no sabe manejar el hacha -se burló-. Deje que le haga ver cómo hay que hacerlo.

Trabajó cerca de una hora, y durante ese tiempo expuso sus ideas sobre el modo de cortar la leña.

-Y ahora me toca a mí -le dijo Billy por último, v se posesionó del hacha-. Creo que tendré que hachar una cuerda suya para que lo entienda.

Hall le entregó el hacha con muy pocos deseos.

-Tenga cuidado y no se acerque a mi depósito de leña, eso es todo -le amenazó-. La pila de leña es mi castillo y usted debe entenderlo de esa manera.

Saxon y Billy ahorraban mucho dinero. No pagaban alquiler., llevaban una vida simple que era barata, y él tenía todo el trabajo que quería. Los diversos miembros de aquella comunidad parecía que se habían confabulado para tenerlo siempre ocupado.

Eran tareas muy curiosas, pero las prefería así porque de esa manera podía amoldar su tiempo al de Jim Hazard. Hacían box todos los días y nadaban mucho en el mar. Cuando Hazard terminaba de escribir, por las mañanas, aparecía entre los pinos en busca de Billy, que entonces abandonaba cualquier trabajo que estuviera haciendo en ese instante. Después de nadar, Billy se daba una ducha fría en la casa de Hazard, se secaban como se hace en los

campos de entrenamiento, y estaban listos para almorzar. Durante la tarde, Hazard volvía a su mesa de trabajo y Billy a sus tareas al aire libre, aunque solían reunirse más tarde para correr un par de millas por las colinas. El entrenamiento era una costumbre para ambos. Cuando Hazard terminó sus siete años de fútbol, comprendió inmediatamente la triste suerte que le espera al atleta de grandes músculos que de pronto no se adiestra más, y por eso se vio en la obligación de seguir practicando esa clase de vida. No sólo era una necesidad sino que lo hacía con placer. Y eso también le agradaba a Billy, que sentía enorme gozo al velar por su propio cuerpo.

A la mañana temprano muy frecuentemente salía, escopeta en mano, con Mark Hall, que le había enseñado a tirar y cazar. Hall había manejado la escopeta desde que tenía pantalones cortos, y su ojo atento, sus conocimientos, fueron una verdadera revelación para Billy. En esa región no había mucha caza grande, pero Billy abasteció bastante frecuentemente a Saxon de ardillas, codornices, conejos, martinetas y patos silvestres. Y aprendieron a asar patos silvestres en dieciséis minutos, al estilo californiano, sobre un horno que tenía un fuego enorme. Cuando se hizo experto con la escopeta y el rifle, comenzó a lamentarse de los ciervos y los animales montañeses que podía haber cazado por allá, en el sur. Y entonces sucedía que además de lo que recogían con el cultivo del suelo, y que consumían, también contaban con los productos abundantes de la caza.

Pero no todo era diversión en Carmel. Esa parte de la comunidad, que Saxon y Billy conocían con el nombre de "multitud", trabajaba duramente. Algunos lo hacían regularmente por las mañanas, o sino por la tarde hasta muy entrada la noche. Otros estaban ocupados por temporadas, como ese salvaje autor teatral irlandés, que se encerraba durante una semana entera, reaparecía luego pálido y desencajado y se entregaba a sus diversiones como si estuviera enloquecido, hasta que nuevamente se confinaba. También había un pálido padre de familia, con un rostro muy parecido al de Shelley, que para ganarse la vida escribía pasajes de vodevil, y también tragedias en verso libre y numerosos sonetos que eran la desesperación de los administradores de teatro y de los editores. Se ocultaba dentro de una celda de cemento armado con paredes de tres pies de espesor, y tan bien defendida que con sólo mover un gancho ese sólido conjunto comenzaba a arrojar agua sobre el intruso que amenazaba la tranquilidad del retiro. Pero en general todo el mundo se respetaba con respecto a las horas de trabajo. Entraban en la casa del vecino, pero si le veían ocupado seguían su camino. Eso rezaba para todos, salvo para Mark Hall, que no necesitaba trabajar para poder vivir, y entonces él se trepaba a los árboles para huir de la celebridad y escribir versos en paz.

Esa multitud era única por sus maneras democráticas y su espíritu de solidaridad, y tenía escasa vinculación con la clase más sobria y convencional que habitaba Carmel. Esa parte era considerada como la aristocracia del arte y de las letras, y era objeto de burla por sus costumbres burguesas. Y a su vez, estos últimos miraban de soslayo a la multitud que hacía gala de una bohemia rampante. Y el "tabú" se hacía extensivo a Saxon y a Billy. Billy adoptó la misma actitud de su clan con respecto de aquéllos, y no trató de obtener trabajo de los que vivían "del otro lado", ni tampoco se lo ofrecieron.

Hall mantenía abiertas las puertas de su casa. La gran sala era el centro de las cosas con su enorme fuego, divanes, repisas y mesas llenas de libros y de revistas. Saxon y Billy eran esperados en ese lugar, y en verdad se sentían tan cómodos como los demás. Cuando no se sumergían en discusiones interminables sobre todos los temas que había en el mundo, Billy jugaba fieras partidas a las cartas, y Saxon, que era la preferida entre las mujeres jóvenes, cosía junto con ellas y les enseñaba a hacer cosas bonitas, y a la vez era retribuida con otras enseñanzas.

Antes de transcurrir una semana, cuando regresaron a Carmel, Billy le dijo tímidamente a Saxon:

-No sabes cuánto extraño todas tus cosas bonitas. ¿Qué te parece si le escribes a Tom y le dices que te mande eso? Cuando comencemos a vagar nuevamente se las enviaremos.

Saxon escribió la carta y su corazón se sintió alegre durante todo el día. Su hombre seguía enamorado, y en sus ojos aparecían ahora aquellas antiguas luces que habían huido durante el período lleno de pesadillas de la huelga.

-Aquí hay algunas hermosas faldas, pero las vencerás o yo francamente no entiendo de nada -le dijo, y agregó-: Y de cualquier manera te quiero hasta la muerte. Pero si esas cosas no llegan todo esto permanecerá muy triste.

Hall y su mujer eran los dueños de un par de caballos de silla, que estaban alojados en un establo donde se alquilaban equinos, y en esta cuestión Billy ejercía urca gravitación natural.

El establo se encargaba de las diligencias y de la correspondencia entre Carmel y Monterrey. De la misma manera alquilaba carruajes y carros para trasladarse a las montañas, donde podían caber hasta nueve personas. A veces uno de éstos faltaba y Billy era llamado de inmediato. De esta manera se convirtió en el conductor extra del establo. Cuando se requerían sus servicios recibía hasta tres dólares por día y se encargaba de conducir a muchos grupos a lo largo del paseo de Seventeen Mile y hacia el valle de Carmel, y hacia abajo, sobre la costa, hasta varios sitios y playas.

-Pero esa gente es bastante engreída -le decía a su mujer refiriéndose a las personas que conducía-. Siempre con señor Roberts por aquí y señor Roberts por allá..., y son muy ceremoniosos, como si quisieran que no me olvide de ellos y para eso aparentan colocarse por encima de uno. ¿Te das cuenta? No soy precisamente un sirviente, pero sin embargo no valgo lo suficiente para ellos. Soy un conductor . .., un hombre con un jornal y un chofer, mitad y mitad. ¡Uff!, por ejemplo, cuando comen me pasan la merienda y se alejan, o sigo me dan de comer después que ellos. No se trata de fiestas en familia, como sucede con Hall y su gente. Y la gente que llevé hoy no había traído merienda para mí. Después de eso, siempre me prepararé la merienda. No quiero depender de ellos en absoluto, son unos brujos del demonio. Y te hubieses muerto si vieses a uno de ellos cuando intentaba darme una... propina. No me dijo nada, y yo simplemente le miré y me volví como si no le hubiese visto, y me alejé como si tal cosa. Se quedó confundido como el mismo infierno.

Sin embargo a Billy le gustaba manejar esos vehículos, más aún que otros carromatos y caballos de arar, colocando el pie en una poderosa palanca, dando ,vuelta con violencia las curvas en las alturas que mareaban, para susto de las mujeres que estaban muertas de miedo. Y cuando se trataba de atender a los caballos enfermos o heridos, hasta el mismo dueño del establo cedía su lugar a Billy.

-Puedo obtener un puesto fijo en cualquier momento -le decía envanecido a Saxon-. El campo está lleno de empleos semejantes para cualquier muchacho de mi clase. Apuesto cualquier cosa que si le digo al patrón que consiento por sesenta dólares al mes para trabajar regularmente, daría un salto y aceptaría de inmediato. Ya me lo ha dado a entender ... ¿Y te diste cuenta que en realidad tu hombre ya ha aprendido un nuevo oficio? Bueno, es así no más. En cualquier parte podría ocupar un puesto de conductor de diligencias. Hasta seis caballos se enganchan en las que se dirigen al condado de Lake. Si alguna vez me acerco allí, trataré qué uno de los conductores me permita ensayar con seis caballos. Y te llevaré a mi lado sobre el pescante. Eso será algo muy bueno, realmente.

Billy no se sentía muy interesado por las numerosas discusiones que había en la gran sala de la casa de Hall. El decía que eso era "mascar viento". Se perdían momentos deliciosos que podrían haberse aprovechado en luchas cuerpo a cuerpo, o nadando, o jugando a las cartas. Pero por el contrario Saxon se deleitaba con aquello, y aunque no entendía mucho, seguía las discusiones instintivamente y aun algunas veces llegaba a penetrarlas.

Pero lo que de ninguna manera podía entender era el pesimismo que muy frecuentemente aparecía en el ambiente. El autor teatral irlandés era el que más influía en ese sentido. El "Shelley" que escribía piezas de vodevil en una celda de cemento armado era un pesimista crónico. St. John, un joven que redactaba artículos en revistas, era un discípulo anárquico de Nietzsche. Masson, un pintor, sostenía la teoría del eterno no retorno, y eso petrificaba. Y Hall, que por lo general era tan alegre, conseguía superarlos a todos cuando comenzaba a hablar de la emoción cósmica de la religión y de la pretensión ridícula de aquéllos que no querían morir. En esos instantes, Saxon se sentía muy deprimida ante los entristecidos hijos del arte. Y hasta le resultaba inconcebible que gente como aquélla tuviera un desamparo tan inmenso en el alma.

Cierta noche Hall se volvió de pronto hacia Billy, que apenas si había seguido lo que allí se hablaba, y que vagamente había sacado la conclusión de que en la vida todo era error y estaba mal.

-¡Oh, tú pagano, buey estólido recubierto de carnes, resurrecto monstruoso del sacrificio, hombre de eterna salud y alegría!, ¿qué piensas de todo esto?

-Oh, yo también tuve mis dificultades -le respondió Billy hablando de una manera desganada y lenta-. He tenido tiempos duros, luché por una huelga que se perdió, empeñé mi reloj para pagar el alquiler o comprar alimento, azoté a unos cuantos "tiñosos", y a mi vez fui azotado y fui a parar a la cárcel por portarme como un necio. Y si es que los comprendo a ustedes, parece que sería mucho mejor ser un cerdo al que se ceba para el mercado, y al que sólo le inquieta ser un individuo enfermo hasta el estómago, y eso por no entender de qué

manera está hecho el mundo, o sino porque se pregunta para qué sirve todo eso.

-Eso del cerdo cebado está muy bien -rió el poeta-. La menor irritación, el menor esfuerzo..., un compromiso entre el nirvana y la vida. Sí, la menor irritación, el menor esfuerzo, la existencia ideal: una medusa que flota en medio de un mar denso, sin olas, de color indefinido.

-Pero ustedes se olvidan de las cosas buenas que existen -respondió Billy.

-Dígannos cuáles son -le pidieron.

Billy permaneció silencioso por un momento. La vida le parecía algo grande y generoso. Y hasta creía que sufría porque no podía colocarse al unísono con aquélla, y al principio comenzó a tartamudear, buscando las palabras que pudiesen expresar sus ideas.

-Si alguna vez se hubiesen encontrado sobre un cuadrado, enfrentando durante veinte vueltas a un hombre que es tan bueno como uno, y le hubiesen derrotado y superado, entonces comprenderían qué es lo que quiero decir. Jim Hazard y yo lo comprendemos cuando nos alejamos nadando en medio de las olas, y nos reímos en las barbas de las mismas que castigan constantemente la playa, y después, cuando estamos debajo de la ducha y nos masajeamos y vestimos, tenemos los músculos y la piel como una seda, y también el alma y el cuerpo que cruje como una seda...

Se detuvo y renunció a seguir hablando, como si se sintiese incapaz de expresar ideas que hasta para él mismo eran nebulosas, y que sólo en realidad eran el recuerdo de sensaciones que había experimentado.

-¿Ustedes pueden superar la seda del cuerpo? -terminó de decir tranquilamente comprendiendo que no había conseguido aclarar lo que quería, embarazado por aquellas personas que le escuchaban.

-Todo eso lo sabemos -respondió Hall-. Son las mentiras de la carne. Pero después vienen el reumatismo y la diabetes. El vino de la vida asciende, pero después se convierte en ...

-Ácido úrico -agregó el autor teatral irlandés.

-Hay muchas cosas que también son buenas -dijo Billy ante una repentina afluencia de palabras-, sí, muchas cosas buenas, desde la chuleta jugosa y el buen café que prepara la señora Hall ... -vaciló ante lo que iba a agregar, pero después prosiguió como si embistiese-, y una mujer a la que se puede amar, y que lo ame a uno. Mire, simplemente, a Saxon que ahora tiene el ukelele sobre el regazo. Ahí estoy yo como la medusa en el agua de lavar platos, o como el cerdo cebado y sacrificado.

Las mujeres aprobaron con un coro de exclamaciones y de aplausos, y Billy pareció que se encontraba en una situación bastante incómoda.

-¿Pero supongamos que su cuerpo pierde esa seda que usted dice, hasta que cruje como el eje herrumbrado de un carro? -prosiguió Hall-. Suponga sólo por un momento que Saxon se marcha con otro hombre. ¿Y entonces qué sucedería?

Billy se quedó pensativo durante un segundo.

-Entonces supongo que estaría con el agua de lavar platos y con la medusa -se irguió en la silla y después se recostó en el respaldo tan inconscientemente como si se acariciase los bíceps abultados. Luego la miró a Saxon-. Pero, a Dios gracias, tengo mucha fuerza en cada brazo y una esposa que los colma de amor. Las mujeres aplaudieron nuevamente y la señora Hall exclamó:

-¡Miren cómo se sonroja Saxon! ¿Y por su parte qué dice?

-Que ninguna mujer podría ser más dichosa -tartamudeó-, y que ninguna reina podría sentirse tan orgullosa como yo. Y eso...

Completó su pensamiento pulsando el ukelele y cantando:

"La ley sigue su malicioso curso

y realiza sus errores".

-Le demostraré lo contrario -le dijo Hall a Billy haciendo una mueca.

-Oh, tal vez sea así... -dijo Billy con modestia-, y es que usted ha leído tanto que supongo que sabe más que yo de todo.

-¡Oh, oh, traidor, se desdice! -exclamaron varias mujeres jóvenes.

Billy tomó aliento y las tranquilizó con una leve sonrisa.

-Pero lo mismo da. Prefiero ser yo, tener mis propias ideas antes que sufrir una indigestión de libros. Y en cuanto a Saxon les diré que un beso suyo vale más que todas las bibliotecas del

mundo.

X

-Por allí deberá haber colinas y valles, tierras ricas y corrientes de agua clara, buenos caminos carreteros y un ferrocarril que no se encuentre muy alejado, y mucho sol, y bastante frío durante las noches para que las frazadas sean necesarias, y no sólo pinos, sino cantidades y cantidades de árboles de muchas clases, y espacios abiertos para que pasten los caballos y el ganado de Billy, y ciervos y conejos para que él pueda cazar, y muchos árboles de madera roja y ... y, bueno, no habrá niebla

-Saxon terminó su descripción de la granja que ella y Billy deseaban.

Mark Hall rió gozoso.

-Y también ruiseñores que asen en los árboles -dijo el poeta-, y flores que no se deshojen ni marchiten, abejas que no piquen, rocío como miel todas las mañanas, fuentes de juvencia y canteras de piedra filosofal... Oh, yo conozco el sitio preciso, permítame que se los muestre.

Saxon aguardó mientras él descargaba mapas de los caminos del Estado. Pero como no encontró nada en ellos, buscó en un gran atlas, y aunque ahí estaban todos los países del mundo tampoco pudo hallar nada.

-No se inquiete -agregó-. Venga esta noche y se lo mostraré.

Esa noche la condujo afuera, sobre la terraza alta, hacia el telescopio, y a través del lente ella se quedó mirando la luna llena.

-En algún lugar de allí arriba usted podrá encontrar esa granja -bromeó él.

La señora Hall les miraba interrogante cuando regresaron al interior de la casa.

-Le estuve mostrando el valle de la luna, donde espera dedicarse a la agricultura -rió el poeta.

-Estamos dispuestos a recorrer cualquier distancia -dijo Saxon-. Y si eso que buscamos está en la luna, espero que podremos llegar hasta allí.

-Pero, criatura, usted no podrá encontrar un paraíso semejante en la tierra -le dijo Hall-. Por ejemplo, no podrá tener árboles californianos de madera roja sin niebla. Son consubstanciales. Sólo crecen en la zona donde hay niebla.

Saxon se quedó pensando un rato.

-Bueno, podríamos soportar un poco de niebla..., la necesaria como para tener árboles de madera roja -concedió ella-. No sé qué podrá ser una cantera de piedra filosofal, pero si es algo semejante a la cantera de mármol del señor Hafler, y por allí hay un ferrocarril cerca, supongo que podríamos arreglarnos e ir en busca de eso. Y no hay necesidad de llegar a la luna para poseer un rocío que se parezca a la miel. Se lo encuentra en las hojas de los arbustos, en el condado de Nevada. Lo sé porque mi padre se lo contó a mamá y ella me lo dijo.

Ya más tarde, durante la noche, después de seguir con el mismo tema de la agricultura, Hall se desató contra el "paraíso de los tahúres", como llamaba a los Estados Unidos.

-Y cuando uno piensa en la gloriosa oportunidad que se perdió .. . -dijo-. Un país nuevo, rodeado por dos océanos, situado en la latitud preciosa, con la mejor tierra y los más

grandes recursos naturales, superiores a cualquier otro país del mundo, colonizado por inmigrantes de Europa que rompieron todos los lazos con sus países de origen, gente que estaba entusiasmada con la democracia... Sólo había una cosa que podía impedir el perfeccionamiento de la democracia que habían iniciado y que querían, y era la voracidad. Comenzaron a comerse todo lo que veían, de la misma manera que una piara de cerdos, y mientras lo hacían la democracia se hizo pedazos. Y después la voracidad los llevó al juego de azar. Era una nación de jugadores y cuando un hombre perdía una apuesta, sólo le quedaba avanzar hasta el límite del desierto y apostar allí nuevamente. Se movían hasta la superficie de la tierra como si fuesen langostas. Y lo destruyeron todo: los indios, el suelo, los bosques, de la misma manera que el búfalo y a la paloma mensajera. Tenían la moral del tahur para la política y los negocios. Las leyes eran las, del juego, y siempre establecían ... cómo hacer el juego.

Y como todos jugaban, por lo tanto ¡Viva el juego! Y nadie ponía ningún impedimento porque a nadie se le impedía jugar. Como ya dije, los que perdían se dirigían hacia las fronteras del desierto y allí hacían nuevas apuestas. El que ganaba hoy, si mañana era arruinado podía al día siguiente si tenía suerte, llegar hasta el máximo que permiten las

cartas. Y de esa manera devoraron sin saciarse jamás desde el Atlántico hasta el Pacífico, y emporcaron todo el continente. Y cuando liquidaron tierras, bosques y minas, empezaron a apostar con cualquier cosa pequeña que habían dejado pasar por descuido, y jugaron por concesiones y monopolios, utilizaron la política para proteger sus manejos canallescos y sus juegos de asalto. Y así fue que la democracia quedó destrozada. Y entonces llegó el momento más divertido de todos: los perdedores ya no podían hacer más apuestas, mientras que los que habían ganado comenzaron a desplumarse entre sí. A los perdedores sólo les restaba quedarse mirando con las manos metidas en los bolsillos, y cuando se sintieron hambrientos fueron en busca, rogando sombrero en mano, de un puesto hacia los que habían ganado. Y los perdedores comenzaron a trabajar para los ganadores, y desde entonces continúa la misma situación, y la democracia se descarriló en Salt Creek. Usted, Billy Roberts, seguramente nunca hizo una apuesta en su vida, y eso es seguramente porque los suyos pertenecieron a la clase de los vencidos.

-¿Y qué le sucedió a usted? -le preguntó Billy-. Aún nunca le vi hacer apuestas.

-No necesito hacer eso. No me tienen en cuenta. Soy un parásito.

-¿Y eso qué es.

-Un mosquito, un insecto, un sujeto que consigue algo y no da nada. Pico en la miel sudorosa de la gente que trabaja. No tengo necesidad de jugar. Mi padre me dejó bastante de sus ganancia... ¡Oh, no se envanezca de sí mismo, amigo! Su gente era exactamente tan mala como la mía. Pero la suya perdió y la mía ganó, y es por eso que usted trabaja mi tierra para la siembra de patatas.

-No le entiendo -le dijo Billy con energía-. Un hombre que está resuelto puede vencer hoy . . .

-¿Trabajando la tierra del gobierno? -le interrumpió con rapidez el otro.

Billy vaciló. Había sentido la puñalada.

-Se puede vencer, así mismo . .. -insistió.

-Sí, tal vez se consiga un puesto trabajando para otros, ¿no? Un joven fuerte como usted, que tenga buena cabeza, puede conseguir puestos en cualquier parte. Pero piense en la desventaja de los que son ¡perdedores. ¿Cuántos vagabundos encontró por los caminos que podrán obtener un puesto en el establo de Carmel? Y seguramente de jóvenes eran tan fuertes como usted. Y, sobre todo, usted no puede elegir en este asunto. Se trata de un descenso terrible en todo el continente, y ahora el asunto se ha desplazado a apostar por un puesto.

-Pero de la misma manera. .. -comenzó a decir Billy.

-Lo que sucede es que usted lo lleva en la, sangre -le interrumpió con cortesía-. ¿Por qué no? En este país todos han estado entregados al juego durante generaciones. Eso ya estaba en el aire cuando usted nació. Y lo ha respirado toda su vida. Y usted, que nunca tuvo entre sus dedos ni una sola ficha blanca de juego, todavía sigue gritando y, defendiendo eso.

-¿Pero qué debemos hacer los perdedores? -preguntó Saxon.

-Llamar a la policía para que suspenda el juego -respondió Hall-, porque es un juego sucio.

Saxon frunció el ceño.

-Tienen que hacer lo que no hicieron sus antepasados -prosiguió-. Sigan adelante, perfeccionando la democracia.

Saxon recordó entonces una observación de Mercedes.

-Una amiga mía me dijo que la democracia es una artimaña.

-Lo es ... en medio de tahúres. Y ahora tenemos en las escuelas a un millón de muchachos que se tragan la píldora del niño que comienza trabajando en el canal y que llega a presidente, y millones de ciudadanos duermen profundamente durante la noche creyendo que su palabra pesa en la conducción del país.

-Usted habla de la misma manera que mi hermano Tom -dijo Saxon sin poder comprender del ;todo-. Si nos metemos en la política todos, y trabajamos seriamente por algo mejor, podremos conseguirlo dentro de mil años, o cosa así. Pero yo lo quiero ahora, en este momento -se apretó las manos con pasión-. No puedo esperar, lo quiero ahora mismo.

-Pero eso es justamente lo que le estaba diciendo. Esa es la dificultad que tienen todos los perdedores, que no pueden esperar. Quieren ahora mismo una pila alta de fichas. . ., y suerte en el juego. Bueno, pero ahora no lo conseguirán. Y eso es lo que le sucede a usted, que quiere un valle en la luna, y también a Billy, que sufre ante la posibilidad de ganar diez

centavos a las cartas y agita dentro del pecho el viento que está masticando.

-Usted sería un buen orador de barricada -dijo Billy.

-Sí, lo sería sino tuviese para malgastar las ganancias mal habidas de mi padre. Eso no, me interesa. ¡Que los demás se pudran! Si estuvieran en lo alto serían tan malos, exactamente. Y todo es un lío. .., mordiscos en la oscuridad, cerdos hambrientos y babosas sucias. . .

En ese momento intervino la señora Hall.

-Vamos, Mark, cállate porque sino tendrás que escuchar algo.

El hombre agitó su mechón de pelos y rió esforzándose por hacerlo.

-No, no cederé -dijo-- Le ganaré a Billy diez centavos con las cartas porque él no podrá vencer.

***

Saxon y Billy se sentían dichosos en la atmósfera alegre y humana de Carmel, y casi se estimaban más a sí mismos. Saxon tenía la sensación de ser algo más que una muchacha de lavadero, que la esposa de un hombre que trabajaba en los establos. Ahora no se encontraba asfixiada en el sórdido ambiente obrero de la calle Pine. La vida le desbordaba. Les iba mejor física, material y espiritualmente. Y todo se reflejaba en sus rostros y sus cuerpos. Billy nunca le había parecido tan simpático, ni su salud más espléndida. Y él juraba que tenía un harén, y que ella era su segunda esposa, una mujer el doble de bella de aquella con quien se había casado. Saxon, tímidamente, le confesó que la señora de Hall y otras señoras habían quedado admiradas cuando se dio un baño en el río Carmel. La rodearon y la llamaron Venus, y la hicieron inclinar para que tomara distintas posiciones.

Billy comprendió la alusión a Venus por una estatua de mármol que había en la sala de Hall, y el poeta le había dicho que, el mundo adoraba en ese modelo la perfección de las formas de la mujer.

-Siempre te he dicho que podías darle hasta una milla de ventaja a Anita Kellerman -dijo Billy, y él parecía tan orgulloso de ser dueño de ella que Saxon se sonrojó temblorosa y ocultó su rostro en el pecho de su esposo.

Los hombres también expresaban abierta y francamente su admiración por Saxon. Pero ella no caía en errores ni perdía la cabeza, y no había posibilidad de que sucediera nada porque su amor por Billy latía más fuertemente que nunca. Tampoco ella era culpable ante un excesivo aprecio de parte de él. Sabía cómo era y le amaba con los ojos bien abiertos. Billy no había aprendido de libros, y tampoco sabía nada de arte como otros hombres. Su lenguaje era malo, y lo sabía, pero también se daba cuenta de que nunca podría remediarlo. Y sin embargo no lo cambiaría por ninguno de los otros, ni siquiera por Mark Hall con su corazón de oro, al que quería de la misma manera que a su esposa.

Es que Saxon encontraba en Billy cierta fuerza., cierta integridad esenciales que apreciaba más que todas las enseñanzas de los libros y todas las cuentas bancarias. Y por esas razones había vencido a Hall en la discusión, aquella noche que el poeta parecía aprisionado dentro de un pesimismo muy violento. Y Billy lo había vencido no por tener más cultura sino porque había sido más el mismo, y porque había dicho lo que llevaba en su alma.. Y hasta ignoró que había vencido, y creyó que los aplausos eran consecuencia de la alegría de gente de buen humor. Y en vez Saxon lo sabía, aunque no tenía ninguna razón para afirmarlo . . ., pero siempre recordaría cómo la mujer de "Shelley" le había murmurado con los ojos brillantes:

-¡Oh, Saxon, usted debe ser muy dichosa!

Si hubiese tenido necesidad de decir qué era lo que Billy significaba para ella, hubiera pronunciado una sola palabra "Hombre". Siempre había sido eso para ella. Siempre lo sentía de esa manera magnífica y esplendorosa. .., como un hombre. A veces, a solas, sollozaba de dicha al recordar de qué manera le había hablado a cierto personaje masculino, truculento: "Salga del paso. Estorba", había dicho. ¡Y era Billy! Era Billy, el magnífico. Y este Billy era quien la amaba, y lo sabía, lo sabía por la sangre que sentía latir en su pulso, como sólo una mujer puede saberlo. Ahora era cierto que la amaba menos salvaje. mente, pero era más cariñoso y maduro. Y este amor era el que duraba, si es que no volvían a la ciudad donde perecían las cosas bellas del espíritu y donde la bestia hincaba sus colmillos.

***

En los comienzos de la primavera Mark Hall y su esposa se dirigieron hacia Nueva York, y los dos criados japoneses de la casa fueron despedidos. Saxon y Billy quedaron a cargo de la misma. Jim Hazard partió también para París, como lo hacía anualmente, y aunque Billy le extrañó de la misma manera continuó con sus ejercicios de natación en el mar. Los dos

caballos de silla de Hall también quedaron a su cargo, y Saxon se confeccionó un bonito traje de mutar de piel de cordero, de un color marrón muy oscuro que hacía juego con los reflejos de su cabello. Billy ya no trabajaba más en ocupaciones raras. Como conductor del establo ganaba más de lo que gastaban, y como prefería esto a ganar más dinero, dedicó su tiempo enseñándole a Saxon a montar a caballo, y entonces juntos hicieron excursiones que a veces duraban el día entero. Uno de los paseos favoritos era el que hacían hacia la costa de Monterrey, y allí él le enseñó a nadar en la gran pileta de Del Monte. Y regresaban a la casa al anochecer, después de atravesar colinas. Saxon también comenzó a seguirle en sus excursiones matinales de caza, y entonces la existencia se asemejaba mucho a una vacación muy prolongada.

-Te diré una cosa -le dijo a Saxon cierta vez que hacían un alto con los caballos y contemplaban el paisaje en dirección hacia el valle de Carmel-, nunca más en mi vida trabajaré en un puesto fijo por un salario y para otro individuo ...

-El trabajo no es todo -dijo ella.

-Sospecho que no. Por ejemplo ¿qué objeto tendría si trabajase como adiestrador en Oakland por un millón de pesos por día, durante un millón de años, si en vez tendría que seguir allí y vivir de la manera que lo hicimos antes? Eso significa que tendría que trabajar todo el día, o sino las tres cuartas partes de la jornada, y la única diversión sería ir al cine. ¡Uff!, hoy día nosotros mismos somos films vivientes. Prefiero un año de vida como el que hemos tenido en Carmel y después morir, en vez de mil millones de años como los de la calle Pine.

Saxon le escribió al matrimonio Hall que ellos emprenderían la búsqueda del valle de la luna cuando llegasen los primeros días del verano. Por suerte, al poeta no se le presentó ningún inconveniente, ya que Bidaux, el hombre de hierro que tenía ojos de ' basilisco, había resuelto abandonar sus afanes sacerdotales y convertirse en autor teatral. Llegó a Carmel desde el colegio católico justo a tiempo para hacerse cargo de la casa.

Saxon se sintió muy satisfecha cuando se dio cuenta de que la gente sentía verlos alejarse. El dueño del establo de Carmel le ofreció a Billy un empleo fijo con un sueldo de noventa dólares al mes. Igualmente recibió un ofrecimiento parecido del establo de la Gruta del Pacífico.

-¿Por qué razón se van? -exclamó el desorbitado autor de teatro irlandés cuando los saludaba desde la plataforma de la estación, en Monterrey. Terminaba de llegar de Nueva York. -Vamos al valle de la luna -le respondió alegremente Saxon.

-¡Por Juno! -exclamó él-. ¡Yo también voy! ¡Por Juno! ¡Permítame ir con ustedes! -pero después bajó la cabeza-. Firmé el contrato -refunfuñó-. ¡Tres actos!... ¡Ustedes tienen suerte! . .. ¡Y en esta época del año!

XI

-El invierno pasado nos arrastramos a pie hasta Monterrey, pero hoy lo hacemos sobre ruedas, ¡gran Dios! -exclamó Billy cuando el tren se ponía en movimiento y ambos se reclinaban en los asientos.

Habían decidido no recorrer nuevamente el mismo camino y tomaron el tren que los llevaría hacia San Francisco. Mark Hall les había advertido la depresión de ánimo que producía el Sur, y se dirigían hacia el Norte, durante una estación en que se necesitaban frazadas para abrigarse. Tenían la intención de cruzar la bahía hasta llegar a Sausalito, y avanzar a través de los condados costeros. Hall les había dicho que allí encontrarían al verdadero árbol californiano de madera roja. Pero cuando Billy fue al coche fumador para encender un cigarrillo, se sentó junto a un hombre que después le desviaría de su itinerario. Era una persona de mirada alerta, de ojos oscuros, que indudablemente parecía de origen judío, y como recordara en ese momento los reproches que constantemente le había hecho Saxon con respecto a su timidez para hacer preguntas, se decidió a trabar conversación con el otro. No tardó mucho tiempo en saber que Gunston era comisionista, y comprendió que sus palabras eran demasiado valiosas como para pasarlas por alto, y que también Saxon se daría cuenta de eso. Cuando el otro terminó de fumar, le invitó a pasar al vagón próximo donde se encontraba su esposa. Billy hubiese sido incapaz de algo semejante antes de su estadía en Carmel. Por lo menos allí había adelantado bastante en materia de sociabilidad.

-Me acaba de hablar de los reyes de las patatas y quería que también te lo contará a ti -le explicó Saxon después de presentárselo-. Señor Gunston dígale algo sobre la sanguijuela de abanico que el año pasado obtuvo diecinueve mil dólares con el apio y los espárragos.

-Le contaba a su esposo como los chinos hacen las cosas allí arriba del río San Joaquín. Valdría la pena que ustedes se acercaran y dieran un vistazo al sitio. Ahora estamos en la buena estación. . . , es muy temprano para los mosquitos. Pueden viajar en el Black Diamond o en el Antioch, y viajar alrededor de las granjas de las islas con vaporcitos y lanchas. Los pasajes son baratos y podrán disponer de una de las tantas gasolineras que hay por allí; por ejemplo la "Duchess" y la "Princesa".

-Háblele sobre Chow Lam -le pidió Billy.

El comisionista se reclinó sobre el asiento y rió.

-Hace varios años Chow Lam era un tahur chino que estaba arruinado. No tenía un céntimo y estaba perdiendo la salud. Tenía la espalda completamente deshecha por haber trabajado durante veinte años en las minas de oro, lavando los restos de lo que habían dejado los mineros primitivos. Y todo lo que ganaba se le esfumaba en el juego. Además le debía a seis compañías más de trescientos dólares. . . , cosas de chinos, ustedes se dan cuenta. Pero recuerde que esto era hace sólo siete años atrás: tenía la salud a la miseria, la espalda destrozada, debía trescientos dólares y estaba sin trabajo. Entonces Chow Lam se presentó a Stockton y consiguió un puesto en las tierras pantanosas, trabajando a tanto por día. Era una compañía china que cultivaba apio y espárragos sobre el río Middle. Tuvo buen tino en esa ocasión y adquirió algunas acciones. Ya llevaba más de un cuarto de siglo en los Estados Unidos, las espaldas pesaban cada día más y no tenía ni un céntimo ahorrado si quería regresar a China. Vio cómo hacían los chinos de esa empresa . . ., y ahorró algo sobre el salario y compró una acción. Durante dos años hizo lo mismo y compró una acción en una compañía con treinta de esos títulos. Eso fue apenas hace cinco años. Esa compañía arrendó trescientos acres de tierras pantanosas que eran de un hombre blanco que prefería viajar por Europa. Y con los beneficios que le produjo la acción durante el primer año, compró dos acciones de otra compañía. Y al cabo de un año, con lo que obtuvo de las transacciones, organizó una compañía por su cuenta. Al año casi se arruina, y sólo por tener mala suerte. De esto hace tres años. Al año siguiente las recolecciones fueron muy buenas y ganó cuatro mil dólares, y al otro ganó cinco mil. Durante el último año embolsó diecinueve mil dólares. ¿Bastante bien, no le parece, para el viejo Chow Lam que estaba en la ruina?

-¡Cielos! -fue todo lo que se le ocurrió decir a Saxon.

Pero ella tenía tanto interés que el comisionista prosiguió. -Por ejemplo, fíjense en Sing Kee, el rey de las patatas de Stockton. Lo conozco bien. Hice muchos negocios con él y siempre he ganado menos dinero que con cualquier otro hombre. Era un simple "coolie" y entró clandestinamente a los Estados Unidos, de esto hace veinte años. Comenzó trabajando a jornal, después vendió verduras dentro de dos cestas que colgaban a cada extremo de un

palo, y más tarde abrió una verdulería en el barrio chino de San Francisco. Pero era inteligente y en seguida se encontró con los cultivadores chinos que abastecían su establecimiento. El negocio que tenía no le daba con rapidez todo el dinero que quería. Se fue a San Joaquín y durante dos años no hizo otra cosa que observar el ambiente con atención. Luego pegó el salto y arrendó mil doscientos acres a siete dólares cada acre...

-¡Gran Dios! -exclamó Billy lleno de asombro-. Ocho mil cuatrocientos dólares sólo de arrendamiento durante el primer año! Conozco quinientos acres que puedo comprar a tres dólares cada uno.

-¿Es buena tierra para patatas? -le preguntó Gunston.

Billy meneó la cabeza en silencio.

-Supongo que no sirve para nada.

Los tres estallaron en una carcajada y el comisionista continuó.

-Esos siete dólares por acre eran sólo por la tierra, y posiblemente usted sepa lo que cuesta arar mil doscientos acres, ¿no es cierto?

Billy asintió solemnemente.

-Y durante ese año obtuvo ciento sesenta bolsas por acre - prosiguió Gunston-. Las patatas se vendieron a cincuenta centavos. Por aquel entonces mi padre se encontraba al frente del negocio, y es por eso que estoy al tanto de todo. Y Sink Kee vendió a cincuenta centavos y todavía ganó dinero. ''-Pero acaso lo hizo? Puedo asegurarle que un chino sabe cómo anda el mercado. Saben cómo despellejar la ganancia de un comisionista. Y Sing Kee retuvo su producto. Cuando casi todos habían vendido su producción, comenzó a hacer subir el precio de las patatas. Se rió de nuestros compradores cuando le ofrecimos sesenta centavos, un dólar. ¿Y quieren saber a qué precio vendió finalmente? Un dólar setenta y cinco centavos por bolsa. Supongan que en realidad le costó cuarenta centavos cada una. Mil doscientos por ciento setenta. . . , a ver, déjeme calcular. . ., ciento noventa y dos mil bolsas a dólar y cuarto, neto..., cuatro en ciento noventa y dos hacen cuarenta y ocho más, son doscientos cuarenta. . ., sí, dos. cientos cuarenta mil dólares de ganancia limpia en los negocios de ese año.

-¡Y es un chino! -dijo Billy desolado. Se volvió hacia Saxon-. Debería existir algún país a donde pudiéramos ir nosotros, la gente blanca. ¡Recórcholis!..., estamos completamente clava- dos en medio de esto.

-Ciertamente que esto es algo muy poco común -se apresuró a advertirles Gunston-. En otros lugares se perdió la recolección de la cosecha de patatas, y si los precios hubiesen caído más Sing Kee sería un cadáver. Jamás volvió a tener una ganancia semejante. Pero siempre marchaba hacia adelante. El año pasado tenía cuatro mil acres de patatas, mil de espárragos, quinientos de apio y quinientos de porotos. Y seiscientos los cultiva con semillas. Y no le importa lo que pueda ocurrirle con uno o dos cultivos, es imposible que pierda en todos.

-He visto doce mil acres de manzanos -dijo Saxon-, y me gustaría mucho ver cuatro mil acres sembrados de patatas.

-Y los veremos -afirmó Billy completamente seguro-. Iremos a San Joaquín. No sabemos nada de lo que ocurre en nuestro país, y de esa manera no es extraño que estemos empantanados en medio del camino.

-Encontrarán muchos reyes por allí -dijo Gunston-. Sí, a Hong Lee... le llaman el "Gran Jim", lo mismo que a Ah Pock y a Ah Wang.. . , y también allí está Shima, el japonés que es otro rey de las patatas... Es dueño de varios millones y vive como un príncipe.

-¿Y por qué los yanquis no tiene lo mismos éxitos? -le preguntó ella.

-Supongo que porque no quieren. No hay nada que les detenga, salvo ellos mismos. Pero sin embargo le confesaré una cosa: prefiero tratar con los chinos. Su palabra es firme como una estaca. Si prometen que harán una cosa la hacen. Y de cualquier manera el hombre blanco no sabe cultivar el suelo. Hasta el granjero más adelantado se conforma con una recolección anual y la rotación de los cultivos, pero el señor Juan Chino le supera en un cien por ciento, porque consigue dos recolecciones sobre el mismo terreno. Yo mismo lo he visto: dos recolecciones de rábanos y zanahorias y una siembra simultánea.

-Pero eso es descabellado -dijo Billy-, así sólo lograrán media docena de cada especie.

-Pero la verdad es otra -rió Gunston-. Las zanahorias, de la misma manera que los rábanos, tienen que ser plantadas con mucho espacio de por medio. Las primeras crecen lentamente mientras los últimos lo hacen con mucha rapidez. Y las zanahorias de crecimiento lento mientras tanto le prestan el suelo a los rábanos, y cuando estos últimos son recogidos y están

listos para ser transportados al mercado, entonces las zanahorias comienzan a crecer. Nadie es capaz de superar al chino.

-No veo por qué un blanco no puede hacer lo mismo que un chino -dijo Billy.

-Eso tal vez sea cierto -respondió Gunston-, pero la verdad es que no lo hace. El chino siempre está ocupado y mantiene el suelo de la misma manera, porque tiene organización, sistema. ¿Acaso usted oyó alguna vez de un agricultor blanco que lleve contabilidad? Y el chino lo hace. No se fía para nada en el azar.

Sabe en cualquier momento dónde se encuentra exactamente, y también está perfectamente al tanto del mercado. Es decir, que juega a ambas puntas. ¿De qué manera lo hace?, eso sí qué no lo sé, pero se conoce el mercado mejor que nosotros, los comisionistas. Además es un individuo paciente, pero no cabeza dura. Supongamos por un momento que comete algún error y se encuentra con su cultivo listo cuando el mercado está mal; en las mismas circunstancias, el blanco se empecina como una mula, se pone recalcitrante, se aferra a las cosas; pero eso no sucede con el chino. Trata de que las pérdidas producidas por su error sean reducidas al mínimo. La tierra debe trabajar y producir dinero y entonces, sin ninguna vacilación y sin lamentarse, en el preciso momento que se da cuenta del error cometido vuelve a arar el suelo que cultivó erróneamente, remueve la tierra y planta alguna otra cosa. Es un hombre íntegro. Sabe, al ver un brote que recién asoma a la tierra, cómo será la futura planta: si crecerá bien o mal, si será mediocre o buena. Eso desde un, punto de vista, y desde otro lado fíjese que se trata de un hombre que domina el mercado: se impone en el mercado, o se queda con sus cosas y mira fijamente los precios. Y, simplemente, cuando el mercado está otra vez en condiciones, presenta sus productos que siempre están listos para ser despachados en cualquier momento.

La charla de Gunston se prolongó durante horas, y cuanto más hablaba de los chinos crecía la insatisfacción de Saxon. No discutía los hechos, porque en verdad no eran seductores. Y es que no veía la manera de aprovechar esos datos en el valle de la luna. Sólo cuando el hebreo tan comunicativo dejó el tren, entonces Billy concretó de una manera bien distinta aquello que vagamente le desagradaba a Saxon.

-Uff, no somos chinos sino gente blanca. ¿Y acaso alguna vez quiere un chino montar un potro por su propia decisión hasta el infierno, y se complace en ello? ¿Viste alguna vez a un chino nadando contra la corriente de Carmel?..., ¿o sino boxeando, luchando cuerpo a cuerpo, corriendo o saltando sólo por el placer de hacerlo?, ¿o cargando la escopeta y recorrer seis millas a pie para-regresar con un conejo flaco? ¿Qué hace un chino? Trabaja con su maldita cabeza, y para éso sí que es bueno. Al diablo con el trabajo si para hacerlo sólo se necesitan esas condiciones. Ya hice mi parte de trabajo, y además puedo trabajar como cual. quiera de ellos. ¿Pero qué objeto tiene vivir-de esa manera? Mira, Saxon, si hay algo que he aprendido desde que nos lanzamos al camino, es que el trabajo es la parte menos importante de la vida. Dios mío . . ., si eso es todo entonces podría cortarme la garganta en este mismo instante y desaparecer en el acto. Quiero escopetas y rifles y un caballo debajo de mis piernas, y no quiero sentir cansancio durante todo el tiempo y carecer de tiempo para querer a mi mujer. ¿Con qué objeto ser rico y ganar dos. cientos cuarenta mil dólares en un negocio de patatas? Mira a Rockefeller. Tiene que vivir sólo a leche. Yo, en vez, quiero una chuleta grande y un estómago que pueda digerir hasta la suela dura. Te quiero a ti, deseo tener mucho tiempo libre para estar junto a ti, y que todo sea sano y ameno. ¿De qué sirve la vida si no hay alegría?

-Oh, Billy -dijo ella- justamente era eso lo que estaba tratando de aclarar dentro de mi cabeza, y era lo que me inquietada desde hacía un tiempo. Y hasta temo que haya algo que ande mal dentro de mí, y que después de todo no este preparada o hecha para la vida del campo. Nunca sentí envidia por los portugueses de San Leandro, ni quiero ser como ellos, o como una dalmantina de Pájaro Valle, y ni siquiera parecerme a la señora Mortimer. Y creo que tú tampoco lo deseas. Lo que queremos sinceramente es un valle de la luna, que nos dé un poco trabajo y toda la diversión que sea posible. Y lo buscaremos hasta encontrarlo. Y si no lo encontramos, seguiremos amenamente en la misma forma que ahora, desde que partimos de Oakland. Nunca nos torturaremos la cabeza ¿no es cierto, Billy?

-Jamás en la vida -gruñó Billy con una expresión llena de fiereza.

***

Descendieron en Black Diamond con los bultos a cuesta. Era una aldea formada por casas pequeñas, sórdidas y desparramadas, que tenía una calle principal que se había convertido en una ciénaga de barro negro desde que había caído la última lluvia de primavera. La calzada

era accidentada por los numerosos pasos y los descansos desiguales que había frente a los portales. Todo eso parecía no ser yanqui. Los nombres de los comercios sucios y extraños eran extranjeros, muy difíciles de pronunciar. El único hotel miserable que había estaba a cargo de un griego. Esos griegos aparecían por todas partes. Eran hombres de tez negruzca, calzados con botas de mar y que llevaban gorras con visera, y las mujeres iban sin sombrero, vestían ropas de colores vivos. También había montones de niños mal educados que hablaban en una lengua extranjera, que chillaban agudamente y hacían gestos procaces propios de una volubilidad mediterránea.

-Uff. . ., esto no son los Estados Unidos -dijo Billy.

Más lejos, frente al murallón, estaba el edificio donde se procedía al envase del pescado, como así también el establecimiento dedicado al empaque de los espárragos. En vano buscaron entre los que trabajaban a alguien que pudiese tener un rostro yanqui. Los tenedores de libros y los capataces eran hijos de esa tierra, pero el resto, mucho más numeroso, estaba compuesto por griegos, italianos y chinos.

En el muelle vieron los buques griegos pintados con colores muy llamativos, que descargaban el glorioso salmón y que después partían nuevamente. Un pesquero que se llamaba "New York Cut-Off" dio vuelta hacia el Oeste y el Norte, y enfiló hacia la vasta masa de agua que unía a los ríos Sacramento y San Joaquín.

Más allá de este muelle estaban los de los pescadores, encima de los cuales se veían redes que habían sido extendidas para que se secasen. Y allí, alejados del ruido y del rumor de aquella localidad tan extraña, Saxon y Billy descolgaron sus bultos y descansaron. Altas plantas se elevaban desde las aguas, cerca del apeadero de los botes. Frente al pueblo se veía una isla de forma alargada, de suelo llano, donde crecía una fila de álamos delgaduchos que parecía que pretendían alcanzar el cielo con sus copas.

-Eso es igual al cuadro holandés con el molino que tiene Mark Hall -dijo Saxon.

Billy señaló hacia la entrada del fangal, a través de la extensión amplia de las aguas, frente a la cual se extendían las colinas bajas de Montezuma, como si fueran producidas por un espejismo reverberante.

-Esas casas forman Collinsville -le dijo ella-. Hasta allí llega el río Sacramento, y en esa dirección se toca Río Vista, Isleton y Walnut Grove, lugares de los que nos habló el señor Gunston. Son islas y fangales que se comunican entre sí, a espaldas del San Joaquín.

-El sol no es bueno -bostezó Saxon-, pero qué bien se está aquí, alejado de esos extranjeros curiosos. ¡Y pensar que ahora mismo . .., en la ciudad, se golpean y se matan por puestos de trabajo!

Varias veces escucharon el estrépito producido por los trenes de pasajeros que pasaban a la distancia, y el eco que producían se agigantaba al pie de las colinas de Monte Diablo, que a su vez se erguía hacia el cielo con sus dos picos verdosos. Después se formaba como una quietud adormecedora, que en seguida era destrozada por voces extranjeras o por el ronroneo de una gasolinera de pesca que se sofocaba al avanzar en medio de las aguas lodosas.

Sólo había cien pies de distancia hasta el sitio donde había anclado un yate hermoso y blanco. Era pequeño pero limpio, cómodo. El humo se elevaba emergiendo de la chimenea. En la popa, en letras doradas, leyeron "Roamer". Sobre la cabina, sentados, se balanceaban al sol un hombre y una mujer, que tenía una cinta encarnada que le sujetaba los cabellos. Mientras ella cosía el hombre leía un libro en voz alta. Delante de ambos estaba recostado un fox-terrier.

-¡Diablos…!, esa gente no necesita dar vueltas por las ciudades para ser felices -dijo Billy.

Un japonés apareció desde el interior de la cabina, se sentó en la parte delantera de la embarcación y comenzó a desplumar

una gallina. Las plumas arrojadas flotaban lejos, en dirección a la boca de entrada del lodazal.

-¡Mira! -exclamó Saxon con sorpresa-. Está pescando, y tiene la línea atada al dedo gordo del pie.

El hombre colocó el libro sobre la cubierta de la cabina y tomó la línea, mientras que la mujer dejaba de mirar a su costura y el fox-terrier comenzaba a ladrar. Finalmente la línea fue recogida y entonces apareció un pescado de grandes dimensiones. Cuando el pez fue sacado la línea fue cebada nuevamente, luego la arrojaron por la borda después de que el hombre le dio una vuelta alrededor de su dedo, y continuó leyendo.

Un japonés llegó remando en un bote hasta la escalerilla de desembarco, cerca de Billy y

de Saxon, y alcanzó el yate. Cargaba con paquetes de carne y hortalizas, en uno de los bolsillos traía cartas y en el otro periódicos. Para responder a su saludo, el japonés que estaba arriba se puso de pie con el ave parcialmente desplumada. El hombre le dijo algo después de dejar el libro por un momento, y en seguida se acercó hasta el esquife blanco y remó hacia el apeadero. Al llegar al descansillo recogió los remos y les dijo alegremente buenos días.

-¡Oh, yo le conozco a usted! -dijo Saxon impulsivamente, ante el asombro de Billy-. Usted es ...

En ese momento Saxon quedó como confusa.

-Estoy segura de que usted es Jack Hastings. Durante la guerra ruso-japonesa acostumbraba a ver su retrato en los diarios. Y escribió montones de libros aunque no leí ninguno.

-Es cierto -dijo él-. ¿Y usted cómo se llama?

Saxon se presentó, lo mismo que Billy, y al ver que el escritor miraba de una manera curiosa los bultos que estaban junto a ellos, comenzó a contarle la peregrinación que habían hecho. Indudablemente que la granja del valle de la luna había suscitado su curiosidad, y aunque había otros envoltorios encima del esquife, Hastings estaba demorado. Cuando Saxon nombró a Carmel, el escritor dio la impresión de conocer a todos los miembros de la comunidad de Hall, y cuando escuchó que se proponían llegar hasta Río Vista de inmediato les invitó.

-Cuando crezcan las aguas seguiremos ese camino dentro de una hora -dijo-. No tienen que hacer otra cosa que subir a bordo. Si hoy tenemos algún viento a favor estaremos allí a las cuatro de la tarde. Vengan. Mi mujer está a bordo, y es una de las mejores amigas de la señora Hall. Nosotros estuvimos viajando por Sud América y recién regresamos. Si no, nos hubieran visto en Carmel. Hall nos lo contó todo acerca de ustedes.

Era la segunda vez en su vida que Saxon subía a una pequeña embarcación, y el "Roamer" era el primer yate que pisaban sus pies. La mujer del escritor, que éste llamaba Clara, los acogió muy cordialmente y en seguida Saxon se sintió atraída hacia ella. Ambas se parecían mucho entre sí, y Hastings bien pronto lo hizo notar. Las enfrentó y comparó cada uno de los rasgos de los rostros y las diversas partes de los cuerpos, y juró que acababa de deshacerse de uno de sus sueños más preciados, ya que cuando Clara había nacido quedó destrozado el molde que había servido para modelarla.

Clara sugirió que muy bien podía ser que el mismo molde hubiera sido utilizado para hacerlas a las dos, pues comparó sus historias. Las dos tenían ascendientes entre los pionners. Las madres de ambas habían cruzado las planicies sobre carretas tiradas por bueyes, y habían pasado el invierno en Salt Lake City; y, en realidad, la madre de Clara, junto con dos hermanas, habían abierto la primera escuela laica en ese baluarte de los mormones. El padre de Saxon había ayudado en la rebelión de la Bear Flag, cerca de Sonoma, y fue allí mismo donde aquél organizó fuerzas para participar en la guerra contra los secesionistas, y después avanzó más lejos, hacia el Este, hasta llegar a Salt Lake City, donde fue preboste cuando estalló el conflicto con los mormones. Y para completar el cuadro, Clara sacó de su equipaje un ukelele parecido al que llevaba Saxon y juntas cantaron "Muchachas de Honolulu".

Hastings decidió que antes de partir era necesario comer algo, y Saxon quedó sorprendida ante las comodidades que podían ser posibles en una cabina de dimensiones tan reducidas. Había sólo el espacio suficiente como para que Billy permaneciera de pie.

Una mesa que estaba fijada al suelo dividía el compartimento longitudinalmente, y a aquélla se le agregaban tablas sujetas con visagras que se elevaban cada vez que comían. Bancos bajos en abundancia, tapizados de un, alegre color verde, servían de asiento. Una cortina, fácilmente sujeta con ganchos entre la mesa del centro y el techo, separaba al dormitorio del comedor del yate. Hacia el lado opuesto se alojaban los japoneses, y adelante, debajo de la cubierta, se encontraba la cocina. Era muy pequeña, y apenas si contaba con lugar para que entrara el cocinero, que por esa causa chocaba continuamente con los jamones que colgaban del techo. El japonés que había conducido los paquetes a bordo aguardaba junto a la mesa.

-Buscan un campo en el valle de la luna -dijo Hastings terminándole de contar a Clara la peregrinación que habían hecho sus huéspedes.

-¡Oh..., no hables de eso! -exclamó la esposa.

Pero su marido la interrumpió.

-¡Bah! -dijo con severidad y se volvió hacia sus invitados-. Escucha: hay algo..., en esa idea del valle de la luna, pero no te diré nada. Se trata de un secreto. Tenemos un campo en el valle de Sonoma, a unas ochenta millas del mismo pueblo de Sonoma, donde vuestros padres comenzaron esa vida de soldados. Y si alguna vez llegan hasta nuestro campo sabrán el secreto. Y créanme que se encuentra relacionado con vuestro valle de la luna . . ., ¿no es así, querida consorte? -así se llamaban mutuamente marido y mujer.

Clara primero sonrió, después rió y por fin hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Se darán cuenta que nuestro valle es el mismo, exactamente, que el que andan buscando.

Pero Hastings hizo un movimiento de cabeza en dirección a ella para que no siguiera hablando. La mujer entonces se volvió hacia el perrito y lo hizo correr detrás de un trozo de carne.

-Se llama Peggy -le dijo a Saxon-. En los mares del Sur teníamos dos "terriers" irlandeses que eran hermano y hermana,

pero murieron. Los llamábamos Peggy y Possum. Y este animalito lleva el nombre de la anterior Peggy.

Billy se sentía impresionado ante la facilidad con que el yate era manejado. Cuando estaban sentados a la mesa, después de que Hastings pronunció una palabra, los dos japoneses subieron a cubierta. Billy podía escuchar cómo tiraban de las velas y subían el ancla con una pequeña cabria. En seguida uno de ellos avisó que todo estaba listo y se marcharon a cubierta. La elevación de la vela principal y de los aparejos se hizo en muy breve tiempo. Después el mozo del comedor y el cocinero se encargaron de acondicionar el ancla sobre la embarcación. En la rueda, Hastings enderezaba la lona. El "Roamer" partió con las velas hinchadas por la brisa, y se deslizó lentamente sobre las tranquilas aguas hasta salir de la boca del lodazal. Los japoneses fijaron bien las velas y descendieron para comer.

-Recién comienza la marea -dijo Hastings señalando hacia una boya flotante que oscilaba apenas sobre la corriente, hacia el límite del canal.

Las casas blancas y pequeñas de Collinsville, a las que se aproximaban, desaparecieron ocultas por una isla baja, aunque las colinas de Montezuma con sus largas líneas borrosas se avistaban hacia el horizonte, aparentemente tan lejanas como siempre.

Cuando el "Roamer" pasó frente a la desembocadura de acceso a Montezuma y penetró en Sacramento, se encontraron muy cerca de Collinsville. Saxon palmoteaba de contenta.

-Son como casitas de juguetes -dijo- recortadas en cartulinas. Y los campos de serranía que hay detrás parecen pintados.

Pasaron debajo de muchos arcos y de casas flotantes de pescadores, que estaban amarradas cerca de plantas acuáticas, y vieron que la gente que había a bordo, mujeres, niños y hombres, eran de piel oscura y de ojos negros, extranjeros. A medida que avanzaron en el río se encontraban con dragas en pleno trabajo, que mordían con la boca muy abierta el lecho del río y arrojaban lo extraído sobre grandes amontonamientos de troncos, que yacían en terrenos ganados a las aguas, tierra que era defendida por cables de acero y por miles de cubos de cemento que los sujetaban. Allí habían sido plantados sauces que muy pronto brotarían, como les dijo Hastings, y cuando los troncos desaparecieran la arena ya estaría firmemente fijada por las raíces de los árboles pintados.

-Es algo que debe costar mucho -dijo Billy.

-Pero la tierra ganada lo recompensa -le explicó Hastings-. Esta tierra insular es la más productiva del mundo. Esa parte de California es como Holanda. Usted no lo creerá, pero el agua sobre la que navegamos es más alta que la superficie de las islas. Se parecen a barcos que hacen agua, calafateados y remendados noche y día, siempre. Pero eso compensa, conviene.

No se veía otra cosa que las dragas, la arena recién amontonada, el conjunto de los sauces y Monte Diablo. A veces se enfrentaban con un vapor de río y se veían garzas azuladas que volaban hacia los árboles.

-Este debe ser un lugar muy solitario -dijo Saxon.

Hastings rió y le dijo que más adelante sería de opinión diferente. Les dijo muchas cosas de las tierras que estaban alrededor del río, y después entró en el tema de las tierras arrendadas. Saxon le sorprendió cuando le habló del hambre de tierra que tenían los anglosajones.

-Hambre de cerdos -le respondió él-. Eso es lo que nos caracteriza. Como lo dijera un viejo

Reuben al profesor de una estación de experimentación agrícola: "No tiene sentido que quieran enseñarme a cultivar. Lo sé todo. ¿Acaso ya no be agotado tres campos?" Esos son los que han destruido a Nueva Inglaterra. Grandes zonas vuelven a ser desiertos nuevamente. Por lo menos en un Estado el ciervo ha aumentado de número otra vez y se ha convertido en una plaga. Hay decenas de miles de granjas abandonadas. Tengo una lista de ellas: están en Nueva York, Nueva Jersey, Massachussets y Connecticut. Y se ofrecen en venta en cuotas fáciles de pagar. Los precios que piden no compensan ni las mejoras que se han hecho allí, mientras que la tierra prácticamente es vendida gratis. Y de una u otra manera lo mismo está sucediendo en todo el resto del país: se despoja y se rebaja el suelo de la misma manera: en Tejas, Missouri y Kansas, y también aquí mismo, en California. Tomemos el caso de la agricultura bajo arrendamiento. Sé de una zona de mi condado donde la tierra valía a razón de ciento veinticinco dólares el acre. Y producía de acuerdo con ese precio. Cuando el viejo murió, el hijo lo arrendó a los portugueses y se marchó hacia la ciudad. En cinco años los portugueses la hicieron producir basta la última gota. El segundo arrendamiento, ya con otro portugués, sólo se hizo a una tercera parte del precio anterior, y rindió apenas una cuarta parte que anteriormente. No quedaba nada. Cuando murió el viejo el campo valía cincuenta mil dólares, y el hijo lo vendió en once mil. He visto campos que daban hasta el doce por ciento, y después de cinco años de arriendo apenas si producen el uno por ciento, y a veces basta un cuarto por ciento.

-Lo mismo sucede en nuestro valle -agregó la señora Hastings-. Todas las antiguas granjas se están arruinando. Tome el caso de la consorte de Ebell Place -el marido asintió, convencido-. Cuando la conocimos la granja era un paraíso perfecto. Tenía riego, lagos, praderas magníficas, pastizales maravillosos, pinares y robledales estupendos, una bodega de piedra, corrales también de piedra..., ¡oh, necesitaría horas para describirla! Cuando falleció la señora Bell, la familia se desparramó y comenzó el arrendamiento. Y hoy es una verdadera ruina. Los árboles han sido cortados y vendidos como leña. Queda muy poco del viñedo que no se baya perdido del todo. . ., y apenas si produce el vino que consumen los arrendatarios, unos italianos que se limitan a conservar algo de lo que aún puede dar el suelo. El año pasado pasé por allí y lloré. El hermoso plantío de árboles está convertido en un horror. El suelo se ha transformado nuevamente en un desierto. Porque os desagües no se limpiaron, las aguas de la lluvia se estancaron y se pudrieron los árboles, y el gran corral de piedra se hundió. Y, en parte, lo mismo ocurre con la bodega .. ., y lo que queda es utilizado para el corral de las vacas. ¡Y la casa...! ¡Casi es imposible describirla!

-Han creado otra profesión -dijo Hastings-, la de los que "se mudan". Arriendan, despojan y secan el suelo y se mudan nuevamente. No son como los extranjeros, chinos, japoneses o los otros. En general son haraganes vagabundos, gente blanca y pobre que no hace otra cosa que exprimir el suelo y que cambia de lugar después de empobrecerlo. Ahora bien, fíjense en los italianos o portugueses que hay en nuestro país. Son diferentes. Llegan al país sin un centavo y trabajan para alguno de sus paisanos hasta que saben el idioma y qué deben hacer. Bueno, y esa gente no es de la que se muda. Quieren tierra propia que aman y se afanan por conservar. Pero, mientras tanto, ¿de qué manera conseguirla? Ahorrando sobre los salarios se tarda mucho tiempo. Pero encuentran un medio más rápido para hacer lo que quieren. Arriendan tierra. En tres años extraen lo suficiente de la tierra de otro y se establecen en un campo propio durante toda su vida. Es un sacrilegio, un atraco a la tierra, pero ¿qué delito hay con eso? Es la manera como se trabaja en los Estados Unidos. Bruscamente se volvió hacia Billy.

-Escuche bien lo que le digo, Roberts. Usted y su mujer andan buscando un pedazo de tierra, y lo quieren con toda la pasión del alma. Bueno, siga mi consejo, un consejo tal vez duro, frío. Arriende tierra, algún campo cuyos antiguos dueños han muerto y que ya no es tan agradable para sus hijos. Después, dedíquese a exprimir el suelo. Retuérzalo y sáquele hasta el último dólar, y sin hacer ninguna reparación, y a los tres años tendrá su propio campo completamente pago. Y cuando lo tenga, dé vuelta la hoja y ame a su tierra, enriquézcala. Por cada dólar que invierta para nutrirla le devolverá dos. No posea nada de inferior calidad en su propiedad. Procure que todo sea de lo mejor: una vaca, un caballo, un cerdo, un ave de corral o una planta de frambuesa.

-Pero eso sería un delito -le interrumpió Saxon con una exclamación-. Es un consejo perverso.

-Vivimos en una época perversa -respondió, Hastings sonriéndole con una mueca-. Este agotamiento al por mayor del suelo en la actualidad es el crimen nacional de los Estados Unidos. No le daría ese consejo a su marido si no estuviera absolutamente seguro de que la

tierra que él agote también será chupada por algún portugués o italiano. Ni bien llegan y se establecen, mandan traer a sus hermanas, primos y tías. ¿Si tienen sed, y una bodega de un precioso vino del Rhin está en llamas, retendrá su mano y no se permitirá a sí mismo tomar un sorbo? Bueno, la bodega nacional se está incendiando en muchas partes y se están perdiendo infinidad de cosas buenas. Hagan las cosas por su cuenta, y si ustedes no lo hacen lo harán los inmigrantes.

-¡Oh, usted no lo conoce! -se apresuró a decir la señora Hastings-. Cuando está en el campo se pasa todo el tiempo enriqueciendo el suelo. Hay más de mil acres plantados sólo con árboles, y aunque los corta y reforesta como si fuese un cirujano, no permitiría nunca que un árbol fuese volteado sin su permiso. Ha llegado a plantar hasta cien mil árboles, y siempre está desecando y haciendo zanjas para evitar la erosión del suelo, y realiza experimentos con plantas forrajeras, y muy frecuentemente compra algún campo próximo que esté exhausto y comienza a revivirlo.

-Por lo tanto sé de lo que hablo -é1 la interrumpió nuevamente-. Y mi consejo sigue firme. Amo el suelo, y, sin embargo, si mañana fuese pobre otra vez exprimiría quinientos acres de tierra con el objeto de ser dueño de veinticinco. Cuando vayan al valle de Sonoma búsquenme, y les haré conocer todos los secretos del juego. Les enseñaré cómo se destruye y construye. Si encuentran una granja que está condenada al agotamiento de cualquier manera .¿por qué razón no se adueñarán de ella y lo hacen ustedes mismos?

-Sí, pero está hipotecado hasta el cuello -rió la señora Hastings- por el solo hecho de querer conservar quinientos acres de bosque fuera del alcance de los productores de carbón de leña.

Precisamente frente a ellos, sobre la margen izquierda del Sacramento, cerca del extremo esfumado de las colinas Montezuma, apareció el Río Vista. El "Roamer" se deslizó plácidamente sobre las aguas dejando atrás muelles, apeaderos y depósitos. Los dos japoneses se adelantaron sobre la cubierta. A una orden que dio Hastings los cabos de vela fueron corridos, y la embarcación perdió velocidad, hasta que se dio el grito de "¡el gancho!" Cayó el ancla y el yate quedó tan cerca de tierra que el bote de a bordo estaba debajo de las ramas de un sauce muy alto.

-Más arriba amarraremos a la costa -declaró la señora Hastings-, y por la mañana, cuando despertemos, tendremos las ramas de los árboles penetrando dentro de la cabina.

-¡Oh! -dijo Saxon señalando una roncha que tenía en su puño-. Vean, ha sido un mosquito.

-Aún es demasiado temprano para ellos -dijo el señor Hastings-, pero más adelante serán terribles. A veces formaban nubes tan densas que casi no podía mover las velas.

Saxon se dio cuenta de que la frase tenía algo de hiperbólico, aunque Billy se limitó a hacer una mueca.

-En el valle de la luna no hay mosquitos -dijo ella.

-No, jamás -dijo la señora Hastings. De inmediato su esposo comenzó a lamentarse de la pequeñez de la cabina, lo que impedía que les ofrecieran comodidades para dormir.

Un automóvil fue elevado por encima de la cubierta y descargado sobre el esquife junto con los niños y niñas que llevaba en su interior, y que exclamaron en dirección a Saxon, Billy y Hastings, que en ese momento remaban en dirección a tierra:

-¡Oh, qué criaturas que son ustedes!

-¡Criaturitas! -les respondió Hastings, y Saxon, complacida ante el aspecto de su rostro tostado por el sol, recordó la juvenil expresión de Mark Hall y aquella multitud de Carmel.

XII

Saxon y Billy se internaron en las aguas cruzando el Sacramento en un viejo "ferry-boat", muy cerca del Río Vista. Debajo del nivel de las aguas la tierra ancha y llana se extendía mucho más allá de lo que alcanzaba la vista. Los caminos llevaban hacia todas las direcciones, y entonces vieron numerosas granjas que nunca hubiesen podido imaginar cuando navegaban por el río solitario, muy cerca del bosque de sauces.

Pasaron tres semanas en las ricas islas agrícolas que amontonaban hojas y remiendos durante el día y la noche para poder mantenerse en su lugar. Era un suelo monótono de una invariable riqueza productiva, y que sólo tenía algo que lo distinguía: Monte Diablo, que se hallaba siempre visible dormitando en el azul del mediodía, acariciando con su mole rugosa el cielo lleno de sol, o sino destacándose como un ensueño en medio del amanecer plateado. Cruzaron la región a pie en todas direcciones y otras veces en lancha, llegaron hasta la zona pantanosa del río Middle, descendieron por el San Joaquín arribando a Antoch, subieron por las aguas lodosas del Georgiana hasta que llegaron a Walnut Grove, en el Sacramento. Era tierra extranjera. El suelo era trabajado por miles de personas, y a veces Billy y Saxon vagaban todo el día sin encontrar a un solo ser que hablara inglés. En algunos poblachos encontraron chinos, japoneses, italianos, portugueses, suizos, hindúes, coreanos, noruegos, daneses, franceses, armenios, eslavos, gente de casi todas las nacionalidades menos yanquis. En la parte más baja del Georgiana se encontraron con un yanqui que vivía ilícitamente pescando con trampas. Otro yanqui, que cuando hablaba de temas políticos echaba sapos y culebras por la boca, se dedicaba a criador viajero de abejas. En Walnut Grove, que era un lugar lleno de vida, los pocos yanquis que encontraron eran el encargado del depósito, el tabernero, el carnicero, el pontonero y el encargado del "ferry-boat", y sin embargo allí mismo había dos poblaciones muy laboriosas, una formada por chinos y otra por japoneses. La mayor parte de la tierra era de propiedad de naturales del país, que vivían lejos de allí y que lentamente la iban vendiendo a los extranjeros.

En la zona japonesa de la localidad se estaba desarrollando un-tumulto ó una fiesta -no podían saber con precisión de qué se trataba-, y Saxon y Billy se embarcaron en el "Apache` en dirección a Sacramento.

-Vamos a instalarnos en el extremo -dijo Billy-, y también pronto nos desalojarán de este lugar.

-En el valle de la luna no habrá ningún extremo -le dijo alegremente Saxon.

Pero Billy se mostraba inconsolable, amargado.

-Y entre esos malditos extranjeros no hay ni uno sólo que sepa manejar cuatro caballos como yo.... pero en vez pueden hacer producir eternamente a las granjas -agregó.

Y mientras Saxon observaba su rostro malhumorado, de pronto recordó una litografía que había visto durante su niñez. Era un indio de las llanuras, pintado, con plumas, que parecía abstraído, montado en su caballo, que contemplaba con una mirada llena -de asombro el paso de un tren que corría sobre los rieles recién colocados en una vía férrea. Y entonces se preguntó si Billy y sus semejantes estarían condenados a quedar atrás ante esa nueva oleada de vida asombrosamente industriosa que desbordaba de Asia y de Europa.

En Sacramento se detuvieron durante dos semanas, y allí Billy condujo unas cuantas yuntas y_ ganó algún dinero que les sirvió para poder continuar adelante. La vida en Oakland y Carmel, sitios muy cercanos a las aguas saladas, les hacía imposible vivir , en lugares situados tierra adentro. Sacramento les pareció demasiado caluroso y, atravesando una región pantanosa, tomaron el ferrocarril hacia el Oeste y llegaron a Davisville. Desde allí continuaron hacia el norte, hasta llegar al bonito Woodland, donde Billy condujo caballos para una plantación de frutales, consintiendo que Saxon trabajase unos, cuantos días en la recolección de frutas. Ella mantuvo en secreto lo que haría con lo que ganase, y Billy bromeó con ella durante un tiempo hasta que se olvidó del asunto. Tampoco Saxon le dijo nada de cierta hoja de papel azul que iba dentro de una carta dirigida a Bud Strothers.

Cuando comenzaron a sufrir el calor, Billy le dijo que extrañaba el clima que hacía necesarias las frazadas.

-Por aquí no hay árboles de madera roja -dijo Saxon-, tendremos que marchar por el oeste hacia la costa. Allí encontraremos el valle de la luna.

Desde Woodland se encaminaron hacia el oeste y el sur a lo largo de los caminos de

condados, llegando hasta el paraíso de frutas de Vacaville. En ese lugar, Billy trabajó en la cosecha de la fruta, después condujo carros. Allí fue que Saxon recibió una carta junto con un pequeño paquete postal que le envió Bud Strothers. Cuando Billy, después del trabajo, llegó hasta el sitio que habían elegido para levantar el campamento, Saxon le invitó a que cerrase la boca y los ojos. Ella titubeó durante algunos segundos y después hizo algo sobre la camisa de algodón de Billy, a la altura del pecho. En cierto momento Billy sintió un pequeño dolor, como por algo producido con la punta de un alfiler, y protestó, pero ella le pidió que siguiera con los ojos cerrados.

-Cierra bien los ojos y dame un beso- le dijo ella-, y después te mostraré de qué se trata.

Saxon lo besó, y cuando Billy miró hacia abajo vio sobre su camisa las medallas de oro que había empeñado aquel día que fueron al cinematógrafo, cuando se les ocurrió encaminarse en busca de la tierra.

-¡Criatura bendita! -exclamó su esposo mientras la acercaba-. ¿De modo que en esto has tirado el dinero que ganaste con la recolección de la fruta? ¡Nunca lo hubiese imaginado! Ven...

Y Saxon, con agrado, recibió toda la presión de su fuerza mientras la levantaba y bajaba varias veces, pero como el café estaba hirviendo escapó para salvar el contenido del recipiente.

-Siempre me sentí un poco orgulloso por esto -dijo mientras liaba un cigarrillo, después de la cena-. Me hace retroceder a los días de la niñez, cuando trataba de ganar la cinta de aficionado. Puedes creer que era muy chico en aquellos días.. : , pero aquello ya había sido olvidado. Oakland parecía que estuviese a mil años, a diez mil millas de nosotros.

-Entonces esto te refrescará la memoria -dijo Saxon sacando, la carta de Bud y leyéndola en voz alta.

Aquel daba por descontado que Billy conocía cómo había sido liquidada la huelga, y por eso no mencionaba los detalles sobre la vuelta al trabajo de la gente, pero mencionaba a los que estaban en la lista negra. Ante su asombro había sido aceptado y ahora manejaba los caballos de Billy. Pero la noticia que venía a continuación era aún más asombrosa. El viejo capataz de los establos de West Oakland había dejado de existir, y desde entonces los dos capataces que quedaron habían cometido disparate tras disparate. Y el caso era que, precisamente ese día, el patrón le había hablado a Bud lamentando el alejamiento de Billy. "No quiero que te equivoques -escribía Bud-, porque el patrón está en todos los rincones. Apostaría algo a que sabe de todos los "tiñosos" que golpeaste. Pero, aún así, me dijo: "Strothers, si usted no está autorizado para darme su dirección, escríbale que venga corriendo. Le daré ciento veinticinco por mes para que se haga cargo de los establos".

Saxon aguardaba con una ansiedad muy reprimida cuando terminó de leer la carta. Billy se desperezó, apoyó la cabeza sobre su codo y despidió una bocanada de humo. Su camisa ordinaria de trabajo estaba inconcebiblemente adornada con el oro de las medallas que relucían frente al fuego, y como estaba entreabierta mostraba la piel suave y el pecho amplio y magnífico. Miró a su alrededor: allí estaba la frazada que colgaba de un árbol verde y, sobre el „fuego, le esperaba la cafetera ennegrecida y llena. También se fijó en el hacha desgastada que estaba clavada en el tronco de un árbol, y por último levantó los ojos hacia Saxon envolviéndola en una expresión interrogante. Pero ella no le ofreció ninguna ayuda.

-Bueno -dijo después de un instante-, lo que debes hacer es escribirle a Bud Strothers y decirle que ya no estoy en la caja de sellos del patrón . .. Y mientras lo haces le enviaré el dinero para rescatar mi reloj. Tú harás la cuenta del interés que hay que pagar. El abrigo puede quedar allí hasta que se pudra.

Pero el clima caluroso de la zona interior no les sentaba bien. Perdían peso, huía de sus mentes y cuerpos esa capacidad de resistencia que tenían y, como decía Billy, "se les ajaba la seda".

Entonces cargaron con sus bultos y se dirigieron hacia el oeste, en dirección a las montañas solitarias. Cuando llegaron al valle de Barryessa las abrasadoras oleadas de calor les hacían doler los ojos y la cabeza. Por eso avanzaban durante las horas de la mañana, o sino cuando la tarde estaba muy avanzada. Siguieron aún más hacia el oeste, en dirección al hermoso valle Napa. El valle siguiente era el de Sonoma, donde Hasting les había invitado para visitar el campo. Y se hubieran dirigido hacia allí, si Billy no hubiese leído por casualidad en un periódico que el escritor había partido hacia Méjico para ocuparse de una revolución que recién había estallado en algún lugar del citado país.

-Bueno, los veremos más tarde -dijo Billy. Y regresaron hacia el noroeste y desfilaron ante los viñedos y los frutales del valle de Napa. Somos como el millonario aquel sobre quien acostumbraba a cantar Bert, y ahora es el momento en que debemos acercarnos al fuego. Cualquier dirección es tan buena como la otra, sólo que la del oeste es la mejor.

En tres oportunidades Billy rechazó trabajo en el valle de Napa. Después de pasar Santa Helena, Saxon saludó jubilosa a los inconfundibles árboles californianos de madera roja que se elevaban al pie de los desfiladeros estrechos, que se internaban hacia el lado occidental del valle. En Calistoga, punto terminal del ferrocarril, vieron diligencias arrastradas por seis caballos que se dirigían hacia Middletown y Lower Drake. Discutieron sobre la ruta que debían tomar. Ese camino llevaba hacia el condado de Lake y no hacia la costa, y entonces tomaron hacia el oeste, hacia el valle del río Russian y salieron por Healdsburg. Se detuvieron delante de los campos cultivados de lúpulo, situados sobre los suelos ricos del fondo de esa zona. Allí Billy se burló ante la posibilidad de recoger ese producto junto a hindúes, chinos y japoneses.

-No podría trabajar ni una hora con ellos sin que me salta. ra la cabeza -dijo-. Pero aparte de esa cuestión, el río Russian es bonito. Hagamos el campamento por aquí y vayamos a nadar.

De esa manera descansada hicieron el trayecto atravesando el valle fértil y amplio, pero tan a capricho que hasta olvidaron que era necesario trabajar mientras el valle de la luna fuera un sueño dorado, remoto, pero que seguramente algún día se materializaría. En Cloverdale, la suerte se acordó de Billy. La enfermedad y la casualidad se confabularon para que el servicio de diligencias 'se encontrara sin personal suficiente de conductores. Todos los días el ferrocarril vomitaba cierta cantidad de gente que se dirigía a las termas, y Billy, como si hubiese hecho ese trabajo toda su vida, tomó las riendas y conducía los vehículos a través de las montañas en el tiempo fijado por los horarios. Durante el segundo viaje, Saxon fue con él en el pescante. Al cabo de dos semanas regresó el conductor titular. Billy declinó aceptar un puesto en el establo, cobró lo que se le debía y continuaron en dirección al norte.

Saxon adoptó un cachorro fox-terrier, y lo llamó Possum en homenaje al animal muerto del que le había hablado la señora Hastings. Era muy pequeño e inmediatamente se lastimó las patas, y entonces Saxon tuvo que cargarlo en brazos hasta que Billy lo colocó encima de todas las cosas que cargaba en el saco que llevaba a la espalda. Gruñía y se lamentaba de que Possum acabaría por destrozar su melena.

Se acercaron a los encantadores viñedos de Asti cuando ya terminaba la vendimia, y entraron en Ukiah calados hasta los huesos por la primera lluvia del invierno.

-Saxon -dijo Billy-, recuerdas cómo se deslizaba el "Roamer" ¿no es cierto? Bueno, durante este verano hemos hecho algo semejante, porque marchamos como sobre ruedas. Ahora debemos encontrar algún lugar para pasar el invierno. Ukiah parece un villorrio bastarte aceptable. Para esta noche alquilaremos una habitación y nos secaremos las ropas. Mañana andaré por los establos para ver si encuentro algún trabajo,.y así podremos alquilar alguna casilla y meditar todo el invierno hacia qué lugar nos encaminaremos el año que viene.

XIII

El invierno fue mucho menos agradable que aquel que pasaron en Carmel, y si antes habían apreciado mucho a la gente de aquel sitio, ahora la querían mucho más. Saxon estableció en Ukiah sólo relaciones superficiales. Ahí las gentes se parecían más a la población que formaba la ciudad de Oakland, o sino se trataba de gente acaudalada que se reunía y que lo único que había era viajar en sus automóviles. Allí no existía una colonia democrática de artistas que llevara una camaradería sin prejuicios de casta o de fortuna.

Sin embargo, este invierno era más agradable que todos los que habían pasado en Oakland. Billy no consiguió trabajo regular, y por eso estaban mucho tiempo juntos viviendo dichosamente, completamente al día en sus recursos, dentro de aquella casita que alquilaron. Como tenía un puesto extra en el establo más grande del lugar, le quedaba mucho tiempo libre y se dedicaba al trato de los caballos. Era algo realmente azaroso, y a veces las cosas no marchaban del todo bien, pero en su mesa nunca faltaba una chuleta o café, y siempre tuvieron ropa para vestirse.

-Esos malditos granjeros... , ya me la pagarán -dijo Billy haciendo una mueca en cierta ocasión que fue superado en la compra de un caballo-. No se les cae nada de debajo del ala, ¡hijos de escopeta! Durante el verano toman pensionistas, mientras que en el invierno las pasan perfectamente traficando con caballos. Sólo quiero decirte, Saxon, que me enseñaron algo. Y hasta yo mismo siento que las alas se me endurecen. Te aseguro que nunca se me caerá nada de ellas. Ahora podría ganarme la vida en cualquier parte con el comercio de caballos.

Muy a menudo Billy hacía que Saxon paseara sobre un caballo de silla que se encontraba desocupado en el establo, y por esa razón consiguieron hacer muchos viajes hacia los alrededores del lugar. De la misma manera Saxon estaba a su lado cuando él tenía que conducir caballos que compraba en comisión. Independientemente, en cada uno de ellos surgió una idea con respecto al peregrinaje. Billy fue el primero en decirla:

-El otro día vi algo que se guarda en el pueblo y que desde entonces me hizo pensar continuamente. No trates de adivinar de qué se trata porque será imposible. Te lo diré: es el medio más perfecto de que se tenga noticia para vivir en el campo permanentemente. Ante todo, tiene compartimentos de cualquier clase. Fue hecho de encargo y es tan fuerte como sea posible. Ninguna carga, ningún camino puede producirle nada. El tipo que lo construyó debió quedar completamente deshecho. Cuando llegaron aquí, de esto hace dos años, viajaban dentro de él un médico y su cocinero. ¡Si pudieras verlo!, tiene todos los adelantos posibles, un lugar para cada cosa, y en realidad es una verdadera casa montada sobre ruedas. Si lo consiguiéramos, además de unas cuantas piezas de repuesto, podríamos viajar como reyes-y nos reiríamos del tiempo.

-Oh, Billy, yo también estuve soñando con eso durante todo el invierno. Sería ideal. Y. . ., bueno; algunas veces, cuando estábamos en el camino, existía la posibilidad de que te olvidaras de la linda mujer que tenías..., y con un vehículo así podría llevar conmigo cualquier clase de ropas bonitas.

Los ojos azules de Billy despidieron una caricia nebulosa mientras decía tranquilamente

-Estuve pensando en ese asunto.

-Y tú podrías llevar un rifle y una escopeta, cañas de pescar y todo -dijo ella atropellándose-. Y hasta un hacha de tamaño de un hombre y no esa hachita de la que siempre te quejas. Y Possum podría levantar las patas y descansar, pero... ¿y si no lo puedes comprar? ¿Cuánto quieren?

-Ciento cincuenta de los billetes grandes -dijo él-, pero aún así es muy barato. Es regalado. Te aseguro que ese carromato debe de haber costado más de cuatrocientos dólares, v podría reconocer su calidad aun en la oscuridad. Bueno, si pudiese llegar a un arreglo con Caswell sobre ese conjunto de seis caballos... Te diré una cosa, hoy fui a ver a ese comprador de animales. Si los compra ¿a quién te imaginas que los despachará? Al patrón, directamente a los establos de West Oakland. Debes escribirle. De la manera que viajamos es fácil que me encuentre con gangas. Y si el patrón responde, podría ganarme las comisiones del comprador. Tendrá que confiarme cierta cantidad de dinero, pero no lo hará teniendo en cuenta el buen número de "tiñosos" que golpeé.

-Si te tiene confianza para manejar los establos, supongo que hará lo mismo con esa cantidad de dinero -le respondió ella.

Billy se encogió de hombros dudando.

-Bueno, de cualquier manera, si, como te decía, puedo venderle los seis caballos a Caswell ¿por qué no podríamos aplazar el alquiler de la casa por un mes y comprar el vehículo?

-¿Y los caballos? -preguntó Saxon con ansiedad.

-Vendrán luego, cuando tenga una ocupación fija, a los dos o tres meses. La única dificultad está en que nos encontraremos con el verano muy adelantado cuando podamos partir. Pero vayamos a la parte baja de la población y te mostraré el vehículo inmediatamente.

Saxon vio el carromato y quedó tan impresionada que no pudo dormir por la excitación que le produjo el gozo anticipado. Los seis caballos de Caswell fueron vendidos, el pago del alquiler fue diferido y el carromato pasó a pertenecerles. Dos semanas después, durante una mañana lluviosa, abandonó la casa para realizar un viaje que duró todo el día por los alrededores, en busca de caballos. Al regresar le gritó a Saxon:

-Vamos -estaba en la puerta de calle-. Colócate tus cosas y vamos. Quiero mostrarte algo.

Se dirigieron hacia la parte baja de la ciudad y llegaron a un establo donde había animales en pensión, y la condujo hacia el fondo, atravesando un gran terreno techado. Allí le mostró un par de recios caballos color castaño, herrados, que tenían crines y colas de color crema.

-¡Qué hermosos, qué hermosos! -exclamó ella acercando su mejilla al hocico aterciopelado de uno, mientras que el otro animal adelantaba el suyo como si quisiera compartir la caricia.

-¿Acaso no son magníficos? -parecía que Billy soñaba mientras los exhibía ante una Saxon llena de admiración-. Mil trescientos cincuenta libras cada uno, y no parecen tener ese peso, y cuando se encuentran juntos dan impresión de limpieza y de pulidez. No podía creerlo hasta que los puse sobre la balanza. Los dos juntos dan dos mil setecientas siete libras. Y hace un par de días los puse a prueba. Tienen buena disposición, no hay ninguna falla y son de tiro, realmente. Son como los mejores de su peso que he visto alguna vez. ¿Qué te parecería si los vieras enganchados en ese carromato nuestro?

Saxon pareció tener una imagen de la escena, y sacudió la cabeza pesarosa.

-Con trescientos en efectivo se compran en el acto -siguió diciendo él-. Y aquí viene el lecho de roca. El propietario necesita el dinero muy urgentemente y por eso los malbarata. Tiene que venderlos, simplemente, y muy rápido. Y sinceramente, Saxon, pueden llegar hasta quinientos pesos si se rematan en el pueblo. Ambas son hermanas y yeguas, tienen de cinco a seis años de edad, descienden de un padrillo belga registrado, son de una raza de yeguas pesadas que conozco bien. Y con trescientos dólares se compran. Y hay tres días de plazo para adquirirlos antes del remate.

Saxon se indignó finalmente.

-¿Oh, para qué me los enseñaste? Sabes perfectamente que no tenemos ese dinero. Todo lo que hay en casa son seis dólares, y tú no tienes tanto contigo.

-Quizás supongas que sólo te traje acá para esto -respondió Billy de una manera misteriosa-. Bueno, pero no es así.

Se detuvo, apretó los labios y dio media vuelta.

-Ahora escúchame hasta que haya terminado y no digas una sola palabra. ¿Estás lista?

Inclinó la cabeza y asintió.

-¿No abrirás la boca para nada?

Saxon inclinó la cabeza, obediente.

-Bueno, sucede que... -comenzó 'tartamudeando- hay un joven que recién llegó de San Francisco, se llama Sandow y le dicen el "Orgullo de la Montaña Telegraph". Dentro del peso

pesado es de los realmente buenos, y tiene que enfrentar a Montana Rojo el sábado por la noche, pero ocurre que éste último se rompió el antebrazo ayer, en una sesión de adiestramiento. Los "managers" han ocultado el asunto, y ahora viene la proposición. Ya se han vendido muchas entradas y concurrirá una gran multitud el sábado por la noche. Para no decepcionar, a último momento me harían aparecer en vez de Montana Rojo. Soy un desconocido, nadie me conoce, ni siquiera el joven Sandow. Pertenece a una época posterior a la mía. Se trata de un peleador impulsivo. Pelearía como "Caballo Roberts". Aguarda un minuto... El vencedor recogerá trescientos dólares fuertes ... Espera un minuto ...

Sería como coser y cantar, desvalijar a un cadáver. Sandow tiene el mejor corazón del mundo, posee un golpe regular y la resistencia de un verdadero boxeador. Lo he seguido en los periódicos. Pero no es inteligente, y yo soy lento, muy bien, pero más inteligente, y en cada brazo tengo una horquilla para emparvar. Sé que le pondré la boleta a Sandow. Bueno, y

ahora tienes la palabra, y si dices que sí-los caballos serán nuestros, pero si no quieres es lo mismo, y haz de cuenta que no te dije nada, y me dedicaré a lavar monturas en el establo para comprar un par de mancarrones, pero sin embargo recuerda que no podrán ser otra cosa que eso, mancarrones. Y no me mires mientras lo decides, fíjate en los caballos.

,Saxon los contempló llena de una dolorosa indecisión.

-Se llaman Hazel y Hattie -le dijo Billy-, y si los conseguimos los llamaremos "La yunta doble H".

Pero se olvidó de la yunta, y lo único que podía ver era el cuerpo maltrecho de Billy, como en aquella noche que había enfrentado a "Terror de Chicago". Ya casi iba a hablar cuando Billy; que estaba pendiente de sus labios, dijo:

-Atalos simplemente a nuestro carromato e imagina cómo queda el conjunto. Habrá que vencer a alguno para conseguirlo.

-Pero no estás entrenado, Billy -le dijo ella de pronto, sin proponérselo.

-Uff -se mordió-, el año pasado estuve medio entrenado, y mis piernas son de hierro. Me sostendrán si tengo fuerzas en los '' brazos, y siempre la tuve. Además no permitiré que la lucha sea larga. Se trata de un devorador de hombres, y gente así son como una vianda para mí. Me los como vivos. Son los diablos, que tienen pasta y resistencia dentro del cuerpo, a los que puedo poner de lado. Pero ese Sandow es como una vianda para mí. Quizás acabe con él en la tercera vuelta o en la cuarta..., ¿entiendes?, me largaré encima después de dar un envión, y con bastante facilidad. Te digo que es algo que vale la pena. Sinceramente, Saxon, sería una vergüenza no tener ese dinero.

-Pero no quiero verte machucado -le dijo ella suavemente-. Sería diferente si no te quisiera. Y además podrías lesionarte.

Billy rió con el orgullo de los jóvenes aguerridos.

-No reconocerás que participé en una pelea hasta que tengamos los animales. Y además, Saxon, tengo que pegarle con mi puño a alguien de vez en cuando. Me pasé meses amable y pacíficamente, viviendo como un corderito, y mis nudillos tienen ganas de descargarse en alguna parte. Por eso lo más lógico es desentumecerlos sobre Sandow y además ganar los trescientos dólares, en vez de hacerlo sobre cualquier idiota y luego ser esposado y pagar una multa encima por orden del juez. Fíjate otra vez en Hazel y Hattie. Son animales de granja, de buena raza, y tal vez los utilicemos cuando lleguemos al valle de la luna. Son bastante pesados para el arado.

***

Saxon se separó de Billy la noche de la pelea quince minutos antes de las ocho. Un cuarto de hora después de las nueve lo esperaba con agua caliente, hielo y todo dispuesto por anticipado, cuando oyó que la puerta se abría y que Billy penetraba en el porch. A pesar suyo había aceptado todo, pero durante la hora de espera había lamentado su consentimiento, y por eso, cuando se abrió la puerta de la habitación, temía encontrarse con su marido convertido en ruinas. Pero el Billy que veía era exactamente idéntico al que había dejado momentos antes.

-¿La pelea no se hizo? -exclamó ella tan decepcionada que Billy sólo atinó a reírse.

-Todo el mundo gritaba que había habido mula cuando me marché, y exigían la devolución del dinero.

-Bueno, lo importante es que te tengo conmigo -rió ella aunque íntimamente les decía adiós a las yeguas.

-Me detuve en el camino para traerte algo que puedes necesitar en cualquier fomento -dijo Billy como aparentando indiferencia-. Cierra los ojos y abre la mano, y cuando lo hagas encontrarás algo grande. .

En su mano sintió una cosa pesada y fría, y cuando abrió los ojos vio una pila de quince monedas de oro de veinte dólares cada una.

-Ya te había dicho que se trataba de desvalijar a un cadáver -estaba fuera de sí, contento, mientras contemplaba los preparativos de primeros auxilios que ella había efectuado con previsión-. No fue una pelea en ningún sentido. ¿Quieres saber cuánto duró? Justo veintisiete segundos..., menos de medio minuto. ¿Y sabes cuántos golpes nos cambiamos? Uno, el mío. Fue en esta forma..., te lo demostraré aquí mismo, algo así como esto . . .

Billy se había colocado en el centro de la habitación, ligeramente agachado, protegiéndose el mentón con el puño izquierdo, las manos apretadas, los codos protegiendo el lado izquierdo

y el estómago, los antebrazos pegados al cuerpo.

-Estamos en la primera vuelta -dijo él-. Suena la campana y nos damos las manos. Imaginando que iba a ser una pelea larga, y como nunca nos habíamos observado mutuamente en acción, no nos apresurábamos. Nos estudiábamos, simplemente, y hacíamos fintas. Pasaron diecisiete segundos y no se cambió un solo golpe, nada. Y entonces acabó todo para el gran sueco. Contarlo lleva un poco de tiempo pero sucedió como un relámpago, en menos de un décimo de segundo. Yo mismo no lo esperaba. Estábamos terriblemente pegados. Nuestros guantes estaban a menos de un pie de distancia de los respectivos mentones. Hace una finta con su derecha, yo lo presentía, levanto mi hombro izquierdo y hago otra finta con la derecha. Aproximó su guardia como una pulgada, y veo que llega mi oportunidad. Mi izquierda tiene que recorrer menos de una pulgada. Y no la hago retroceder y la despacho desde allí mismo, haciendo un tirabuzón sobre el costado derecho de su guardia, y me afirmo en la cintura para poner el peso del golpe en mi hombro: ¡Y la conexión se hizo! Le di justo en la punta del mentón, de costado, y cae como muerto. Me voy a mi rincón y yo mismo me siento confundido de que todo haya resultado tan fácil. El árbitro está contando casi encima del hombre. El tipo no se mueve. El público no sabe qué hacer y permanece paralizado. Sus segundos lo llevan al rincón y lo sientan en el banquito, pero tienen que sostenerle, y sólo cinco minutos después abre los ojos... pero sin ver nada, porque están vidriosos. Un poco después quiere ponerse de pie pero tienen que ayudarle porque se le doblan las rodillas, y para atravesar las cuerdas e ir a su vestuario también necesita de ayuda. Y entonces el público comenzó a ladrar, a gritar que hubo "tongo" y que le devuelvan el dinero. Veintisiete segundos, un golpe y un par de animales estupendos para la mejor de las esposas que jamás tuvo Billy Roberts en su larga experiencia.

La adoración física que Saxon había sentido en otro tiempo por Billy revivió y se multiplicó dentro de sí misma. Evidentemente era un héroe que podía pertenecer dignamente a la legión de los que habían abordado las arenas de Inglaterra, saltando desde botes que tenían la proa en forma de pico de ave. A la mañana siguiente Billy sintió sobre su mano izquierda el roce y la presión de los labios de Saxon.

-¿'Qué haces? -le preguntó Billy.

-Estoy besando a Hazel y a Hattie -le respondió lentamente-. Y ahora te daré el beso matinal..., y muéstrame dónde descargaste el golpe.

Señaló la punta de su mentón con los nudillos. Con ambas manos trató de imitar la descarga de un golpe sobre su propio mentón,,pero Billy la detuvo.

-Espera -le dijo-, no necesitas deshacer tu mandíbula. Te lo demostraré, con un cuarto de pulgada es suficiente, y desde esa distancia ella le envió el más suave de los golpes que nunca recibiera.

De pronto Saxon vio como un resplandor de luz blanca, mientras su cuerpo se venía abajo, atontada y débil, casi desvanecida, como si todo lo que había a su alrededor diera vueltas borrosamente. Al instante siguiente se recobraba con los ojos llenos de terror y de comprensión al mismo tiempo.

-Y le golpeaste desde la distancia de un pie... -dijo Saxon llena de pavor.

-Sí, y también se descargó el peso de mi hombro -Billy rió-, oh, no es nada, pero deja que te muestre otra cosa.

Buscó un lugar en el plexo solar de ella, y con un dedo la tocó ligeramente. Saxon, ahora, se sentía paralizada, sin respiración, pero con la mente y los ojos perfectamente claros. Sin embargo, al instante la sensación desagradable había desaparecido.

-Es el plexo solar -le aclaró Billy-. Imagínate cuando el otro te descarga un mazazo con toda su fuerza desde las rodillas. Ese golpe le valió el campeonato mundial a Bob Fitzsimons.

Saxon tembló pero después se resignó a que Billy le hiciera una demostración juguetona sobre los puntos más débiles del cuerpo humano. Billy presionó con la yema de un dedo en medio de su antebrazo, y Saxon sufrió una agonía casi anonadadora. Le apretó suavemente con los pulgares a ambos lados de la base de la garganta, y sintió que perdía rápidamente el conocimiento.

-Este es uno de los trucos mortales de los japonesitos -le dijo-. Y se movió apretando más y sujetándola para hacer más precisa la demostración. Aquí fue donde Gotch le apretó con el dedo gordo del pie a Hackenschmidt y lo venció. Lo supe por Farner Burns .... y esto es una media Nelson ... Armas una gresca en un baile, y yo, que soy el encargado de la sala, tengo que ponerte de patitas en la calle... Y esto se llama "Vamos". .. Y aquí está el brazo fuerte ...

Un muchacho puede derribar hasta a un hombre haciendo esto ... Y si alguna vez tienes que enfrentarte a una persona, coloca tu nariz entre sus dientes. . . , pero no debes perder tu nariz ¿no es así? Bueno, entonces, rápidamente haces esto en tiempo relámpago...

Ella cerró los ojos sin querer, y los extremos de los pulgares de Billy los apretaron. Sintió un fuerte dolor, como si fuese una herida terrible y desagradable.

-Y si es que no cede, presiona simplemente con fuerza sobre las órbitas y quedará ciego como un murciélago para el resto de su vida. ¡Pero cederá perfectamente!

La soltó y riendo se echó atrás.

-¿Cómo te sientes? -le preguntó-. No son trucos del boa pero están dentro del juego de las grescas.

-Siento deseos de vengarme -dijo Saxon tratando de aplicarle el "Vamos" a su brazo.

Pero cuando trató de presionar dio un grito de dolor, pues sólo había logrado dañarse a sí misma. Billy hizo una mueca ante lo que sucedía. Saxon hundió los pulgares en la garganta de su marido, imitando el golpe japonés, y llena de pena vio que la extremidad de sus uñas estaban torcidas. Le golpeó apenas en la punta del mentón, pero volvió a gritar porque sintió que sus nudillos estaban doloridos.

-Bueno, pero esto no me dolerá -dijo apretando los dientes mientras golpeaba con el puño cerrado sobre el plexo solar de Billy.

Billy estalló en carcajadas. Debajo de la capa del músculo se había formado como una coraza, y de esa manera el centro nervioso permanecía a salvo.

-Continúa, ensaya algo más -insistió Billy al ver que Saxon renunciaba y respiraba con dificultad-. Es muy lindo, tengo la sensación de que me haces cosquillas con una pluma.

-Muy bien, señor Hombre -le amenazó Saxon dolorida-. Puedes seguir hablando de tus recursos para apretar, de los golpes mortales y de todo lo demás, pero eso es un juego de hombres. Pero yo conozco algo que puede vencerlos a todos , y convertiría al más fuerte en algo tan indefenso como un lactante. Espera un minuto. Cierra los ojos ahora. ¿Listo? No tardará ni un segundo.

Billy aguardó con los ojos cerrados y luego, como pétalos de rosa que cayeran desde lo alto, sintió sobre sus labios los de Saxon.

-Has ganado -le dijo Billy lleno de un solemne éxtasis, y la rodeó con un abrazo.

XIV

Durante la mañana Billy ser dirigió hacia la parte baja de la ciudad para hacer efectivo el pago de la compra de Hazel y Hattie. La impaciencia que Saxon sentía le hizo pensar que se demoraba demasiado por una transacción tan simple. Pero le perdonó todo cuando llegó con los animales enganchados a un carromato .de excursión.

-Tuve que pedir prestados los arneses -le dijo-. Pasa por encima de Possum, acércate y te mostraré los adornos de la "Doble H", que realmente son dignos de verse.

El deleite que sentía Saxon casi no tenía límites, era algo inexpresable, mientras se encaminaban campo afuera, arrastrados por los animales relucientes y castaños que tenían la crin y la cola de un color crema. El asiento, tapizado y con un respaldo alto, era muy cómodo. Y Billy estaba maravillado por la eficacia del palafrén. Hizo que los animales trotaran a lo largo del camino endurecido del condado para demostrarle a Saxon la manera habitual cómo andaban las bestias, y luego enfilaron hacia un camino de tierra blanda, casi barroso, donde el carromato se hundía pero donde las yeguas andaban perfectamente, con lo que le demostró que podían hacer frente a cualquier situación.

Finalmente, Saxon se hundió en un silencio muy cerrado, y entonces él la observó ansiosamente, mirándola de reojo. Saxon suspiró y preguntó:

-¿Cuándo crees que podremos partir?

-Quizás dentro de dos semanas .... o sino dentro de dos o tres meses -Billy suspiró de una manera deliberada. y solemne-. Nos parecemos al irlandés: tenemos el baúl pero nada para poner adentro. Aquí está el carromato, los animales, pero nada en el interior para ser arrastrado. Sé de una escopeta que vale una ganga: dieciocho dólares..., pero no, piensa en las cuentas que tenemos que pagar. Además allí mismo hay un nuevo automático que vale veintidós y que quiero que sea para ti, y también un treinta-treinta que tuve delante de mis ojos y que puede servir para los ciervos. Y tanto tú como yo queremos unas varas que sean buenas, y las monturas cuestan como el diablo. Los arneses que realmente me gustan costarían así, fríamente, cincuenta dólares redondos. Y el carromato debe ser pintado. Y asimismo hay que pensar en esas sogas para el pasto, en los bozales y los envoltorios para los arneses, y en todas esas cosas. Y Hazel y Hattie se comerán los hocicos entre sí mientras esperamos. Realmente, me salgo de la vaina por partir.

De pronto se detuvo confundido.

-Bueno, Billy, dime qué tienes escondido en la manga ... Lo puedo leer en tus ojos -le preguntó Saxon, acusándolo en cierto modo.

-Bueno, te lo diré: Sandow no está satisfecho. Me odia y anda como loco por lo ocurrido. Es que no pudo ni tocarme durante la pelea. No tuvo oportunidad de hacer ninguna demostración de lo que vale, y quiere una revancha. Anda gritando por la ciudad que puede vencerme con una mano atada a la espalda y con otras ventajas más inclusive. Se llenará el local y los managers ya me han entrevistado. Por eso fue que me demoré tanto. Si lo apruebas hay trescientos dólares más que me esperan para que los recoja, dentro de dos semanas a contar desde anoche. Es exactamente como te dije antes. Es una vianda para mí. Cree que soy un párvulo y que todo fu¿ debido a un golpe casual.

-Pero, Billy, hace mucho tiempo atrás me dijiste que el box abandonaste y te convertiste en adiestrador.

-Pero en esta clase de pelea no hay peligro ninguno -le respondió-. Lo tengo bien estudiado. Apenas si durará hasta la séptima vuelta. Sólo es necesario para que el público disfrute de un espectáculo por el dinero que ha pagado. Por supuesto que recibiré alguno que otro impacto y perderé algo de mi seda, pero cuando llegue la ocasión le daré en ese mentón de vidrio que tiene y lo haré rodar por la cuenta entera. Y a la mañana siguiente podremos estar listos, tener todo empaquetado partir. ¿Qué dices? ¡Oh, aceptas!

***

Dos semanas después, un sábado por la noche, Saxon corrió cuando oyó que la puerta rechinaba al abrirse. Billy parecía cansado. Tenía los cabellos húmedos, la nariz hinchada y una mejilla parecía amoratada. Faltaba algo de piel en sus orejas y tenía los ojos inyectados en sangre.

-Que me cuelguen si ese muchacho no me engañó -dijo mientras colocaba sobre la mano de Saxon una pila de monedas de oro y después la sentaba sobre sus rodillas-. Realmente es

alguien cuando se agranda. En la séptima lo empecé a apurar y duró hasta la catorce. Entonces le pegué como te había explicado. Lástima que tenga un mentón de vidrio, porque es de imaginación rapidísima y tiene un golpe que me hizo tenerle respeto desde la segunda vuelta... , un golpe bonito, corto, de hachador, que nunca había visto antes. Pero ese mentón tan frágil... lo tuvo entre algodones hasta la catorce, cuando logré alcanzarlo . . . Y te diré que estoy contento de que haya durado catorce rounds. Y aún soy dueño de mi seda. Me di cuenta en seguida porque no tenía resuello y las vueltas fueron rápidas. Mis piernas parecían de hierro. Hubiera podido pelear durante cuarenta vueltas. Como ves nunca afirmo nada, pero desde el castigo que me propinó el "Terror de Chicago" siempre me muestro caviloso.

-Es una insensatez..., porque lo hubieras sentido antes, mucho antes -exclamó Saxon-. Recuerda el box, las luchas y las carreras que practicaste en Carmel.

-Nada de eso -Billy agitó la cabeza como si conociera mejor el asunto. Aquello era diferente porque no lo saca a uno de sus casillas. En vez, cuando uno se encuentra ante algo verdaderamente serio, peleando por la vida misma vuelta tres vuelta, contra un sujeto enorme que uno no sabe que todavía no ha perdido ni un solo hilo de su seda ..., entonces si no se vuela, si las piernas no son firmes y el corazón no estalla, si no se titubea un poco o se le aparece algo raro en la cabeza, entonces uno sabe que todavía se es dueño de su propia seda. Y la tengo, ¿oyes?, me pertenece por completo, y no la pondré en peligro con ninguna nueva pelea. Es definitivo. Al final el dinero fácil es el más duro. Desde ahora en adelante tengo la compra de caballos a comisión, y tú y yo nos iremos por los caminos hasta encontrar el valle de la luna.

***

Partieron a la mañana siguiente dirigiéndose hacia Ukiah. A Possum lo sentaron sobre el pescante y parecía que su rosado hocico estaba emocionado. En un principio pensaron que se dirigirían hacia la costa desde Ukiah, pero aún era demasiado temprano para transitar por los caminos blandos después de las lluvias invernales. Por eso fue que tomaron hacia el este, en dirección al condado de Lake, sobre una ruta que se extendía hacia el este atravesando el alto valle de Sacramento y las montañas hasta llegar a Oregón. Luego harían un rodeo hacia el oeste y la costa, y en ese entonces los caminos ya estarían en buenas condiciones y descenderían a lo largo de la Puerta de Oro.

La tierra entera estaba verde y salpicada de pequeñas flores, y cuando atravesaban las colinas cada pequeño valle parecía un jardín.

-¡Uff! -se burló Billy mientras miraba el paisaje-. Dicen que una piedra que rueda no tiene moho. Eso me recuerda lo que conseguimos reunir. Nunca en mi vida fui propietario de

tantas cosas al mismo tiempo .... y sin embargo antes no rodaba. Diablos. . ., ni siquiera los muebles eran nuestros. Sólo poseíamos las ropas que llevábamos, unas medias viejas y alguna otra cosa así.

Saxon le tomó de la mano y se la apretó, y Billy sintió que esa mano amaba la suya.

-Solamente siento una pena -dijo ella-. Lo tuviste que ganar todo y yo no hice nada para ayudarte en la empresa. -¡Si tú lo hiciste todo! Eres como mi segundo en una pelea. Me has mantenido dichoso y en perfectas condiciones. Un hombre no puede pelear sin tener un buen segundo que vele por él... ¡Diablos!, no andaría por aquí si no fuese por ti. Me hiciste recoger las estacas y andar hacia adelante. Si no fuera por tu ayuda en estos momentos sería un borracho perdido, y estaría completamente podrido, o tendría la garganta apretada en San Quintón por haber golpeado a algún "tiñoso" demasiado violentamente, o sino por cualquier otra causa. Y ahora mírame. Aquí está el fajo de billetes verdes -se golpeó en el pecho- para comprar algunos caballos para el patrón. Disfrutaremos de una vacación eterna y al mismo tiempo llevamos una buena vida. Y ahora tengo un oficio más: comprador de caballos para Oakland. Te demostraré que soy capaz, y que todas las firmas de San Francisco me encargarán que les compre caballos. Y todo esto también es por culpa tuya. Eres mi criatura tónica y ... y ... si Possum no mirase... ¿pero quién se preocupa de él?

Billy se inclinó hacia Saxon y la besó.

Cuando comenzaron a marchar cuesta arriba el camino se hacía duro y rocoso, pero el descenso era fácil y en seguida dejaron atrás el desfiladero de Blue Lakes, pasando delante de

campos lujuriantes llenos de florecillas amarillas. En el fondo de la garganta vieron una sábana rizada de agua y de un color azul muy intenso. Hacia adelante los pliegues de las colinas se entrelazaban a la distancia, y en medio del espectáculo se elevaba una montaña azul, remota.

Le preguntaron a un hombre simpático de ojos negros y de cabellos ensortijados, que les respondió con acento alemán, mientras una mujer que tenía un rostro muy alegre les sonreía desde la ventana de una casita de estilo suizo, que estaba enclavada entre las piedras. Un poco más adelante, Billy le dio agua a los caballos delante de un hotel muy bonito, y el propietario del establecimiento apareció en la puerta de entrada y conversó con ellos. Les dijo que ese edificio lo había construido con sus propias manos, de acuerdo con los planos del hombre que tenía los ojos negros y los cabellos rizados, y que era un arquitecto de San Francisco.

-Seguimos subiendo y bajando -dijo Billy cuando desfilaban delante de otros cerros y entonces descubrieron un nuevo lago de un color muy intensamente azul. ¿Te has dado cuenta del trato que nos dispensan ahora, comparado con el que recibimos cuando andábamos con los bultos a cuesta? Con Hazel y Hattie y Possum, y contigo particularmente, Saxon, y al ver este carromato bien arreglado, es posible que nos confundan con millonarios que están de vacaciones.

El camino se ensanchaba delante de ellos. A cada lado había hileras de robles que delimitaban los pastizales en donde se veía ganado. Más tarde Clear Lake se abrió delante de ellos como un mar interior levemente agitado por la brisa que llegaba desde las montañas altas, de las pendientes del norte, sobre las cuales aún resplandecían las franjas de nieve blanca.

-Le escuché a la señora Hazard hablar del lago de Ginebra, como si fuese un sueño -recordó Saxon-, pero dudo de que sea más hermoso que éste.

-¿Recuerdas que ese arquitecto dijo que éstos eran los Alpes californianos? -dijo Billy-. Y si no me equivoco lo que se ve a lo lejos es Lakeport. Es una zona primitiva que no tiene ferrocarriles.

-Y aquí tampoco hay valles de la luna -dijo Saxon un poco decepcionada-. Pero esto es hermoso, muy hermoso.

-Te apostaría que durante el verano hace un calor del infierno -dijo Billy-. No es lo que buscamos, eso debe encontrarse más cercano a la costa. Pero es hermosísimo, igualmente..., como si fuese un cuadro pintado. ¿Qué te parece si nos detenemos esta tarde para nadar un rato?

***

Diez días después llegaron a Williams, en el condado de Colusa, y por primera vez desde que habían partido se encontraron nuevamente con el ferrocarril. Billy quería encontrarlo, ya que necesitaba despachar hacia Oakland dos magníficos caballos de tiro que arrastraba detrás de su vehículo.

-Hace mucho calor aquí -fue el veredicto de Saxon mientras contemplaban el paisaje reverberante que ofrecía el valle Sacramento-. Aquí tampoco hay árboles de madera roja ni colinas. No hay bosques, manzanilla ni madroño. Todo es solitario y triste. . .

-Se parece a las islas del río -la interrumpió Billy-. Son productivas como el mismo infierno pero dan la impresión de que hay que hacer un trabajo muy duro. Por aquí no hay nada que le haga pensar a una persona que puede entregarse durante un rato a la diversión. Y no hay pesca, caza, no hay nada, sólo trabajo. Y hasta yo mismo tendría que trabajar si me quedase por aquí.

Marchando hacia el norte en medio del calor y del polvo, atravesando las llanuras de California, se hacía evidente en todas

partes la presencia de la "nueva" agricultura...: había grandes acequias de irrigación ya excavadas o que se estaban construyendo, tierra atravesada por cables eléctricos que descendían desde las montañas, y muchas casitas nuevas y recién cercadas de granjeros que estaban instaladas sobre extensiones muy reducidas, tierras que pertenecían a los tiempos de las grandes. ganancias eran aparceladas. Sin embargo, muchas de las grandes posesiones rurales de cinco mil a diez mil acres de extensión seguían sin dividir, y se prolongaban desde las márgenes del Sacramento hasta perderse en el horizonte inundado por las olas de calor, siendo limitadas solamente por los grandes árboles del valle.

-Se necesita un suelo muy rico para cultivar esos árboles - les dijo un granjero que trabajaba en una extensión de diez acres.

Se habían alejado cien pies del camino para llegar hasta ese corral pequeño con el fin de que las yeguas pudiesen saciar su sed. Había un plantío denso de árboles, aunque parte del suelo estaba destinado a gallineros encalados, separados por alambrados, que contenían

cientos de aves de corral. El hombre recién comenzaba el trabajo de una pequeña casilla que quería levantar.

-Cuando compré esto me tomé unas vacaciones -dijo-, y planté los árboles. Luego regresé a mi trabajo y después me quedé aquí hasta que todo quedó despejado. Lo cuidaré y ni bien la casita esté terminada mandaré por mi mujer. No se encuentra bien pero esto la mejorará. Habíamos hecho proyectos y trabajamos durante años para alejarnos de la ciudad -se detuvo y dejó escapar un suspiro de satisfacción-. Y ahora somos libres.

El agua del tanque se había calentado por efectos del sol.

-Un momento -dijo el hombre-, no deje que tomen eso. Les daré agua fresca.

Se acercó hasta un cobertizo muy pequeño, dio vuelta una llave eléctrica y el motor, que era del tamaño de un cajón de frutas, y comenzó a marchar murmurando. Una corriente de agua de unas cinco pulgadas de espesor cayó en la acequia principal del sistema de irrigación, y anegó el plantío en varios lados.

-¿Es bonito, eh?..., ¡es hermoso, hermoso! -dijo el hombre como embargado por el éxtasis-. Es el germen y el fruto, la sangre y la vida. ¡Vean! con esto hasta una mina de oro parece desdeñable, y la taberna es una lejana pesadilla. Lo sé muy bien. Fui... tabernero casi toda mi vida. De esa manera pude pagar todo esto. Pero siempre sentí odio por el negocio. Siendo muchacho me crié en una granja y durante toda mi vida no deseaba otra cosa que volver al campo. Y por fin estoy aquí.

Se limpió los vidrios de los anteojos para tratar de ver mejor el agua, y después tomó una hoz y se dirigió hacia la acequia principal para abrir más vías laterales de irrigación.

-Este es el más ameno de los taberneros que he conocido - comentó Billy-. Hubiese creído que se trataba de un comerciante cualquiera. Creo que ha trabajado en un hotel tranquilo.

-No te apures para marchar - dijo Saxon-. Tengo interés en hablar con él.

El dueño de la granja regresó mientras seguía limpiando sus anteojos. Tenía el rostro como transportado mientras contemplaba el agua, parecía fascinado. Y Saxon no necesitó mucho esfuerzo para que el otro comenzara a hablar.

-Los pioneers ya habían colonizado todo esto por el cincuenta -dijo-. Los mejicanos nunca se acercaron por estos lados porque se trataba de tierra del Gobierno. Todo el mundo consiguió sesenta acres. ¡Y qué acres! Es algo increíble escuchar los relatos que cuentan cuánto trigo se obtenía por acre. Después sucedieron unas cuantas cosas: los pioneers más activos y másfirmes se quedaron con lo que poseían y aumentaron lo suyo con lo que pertenecía a otros. Se necesitan grandes extensiones aquí para hacer un campo, tal como son las grandes extensiones rurales..

-Fueron los jugadores que ganaron -dijo Saxon recordando las palabras de Mark Hall.

El hombre asintió, comprensivo, y prosiguió:

-La gente de antes hizo los planes, concentró los trabajos y agregó acre tras acre a sus grandes posesiones, levantó los corrales grandes y las mansiones, plantó los frutales y los jardines que rodeaban a las casas. Y la gente joven se pervirtió con tanta riqueza y se marchó a las ciudades para gastarla. Y los viejos se les unieron sólo para hacer una cosa: para empobrecer la tierra. Año tras año la exprimieron y agotaron el suelo. Lo extraían todo y no plantaban nada. Sólo dejaron tierra arada y exhausta. Abandonaron zonas enteras, agotadas, convertidas en eriales. Gracias a Dios los grandes cultivadores han desaparecido completamente hoy, y aquí estamos los pequeños irguiéndonos, de pie. No creo que pasen muchos años y todo el valle estará cultivado en franjas semejantes a la mía ¡Miren lo que estamos haciendo! ¡A esta tierra cansada que había dejado de dar trigo le echamos agua, la tratamos decentemente, y vean ahora qué plantíos! Hemos con. seguido toda el agua de las montañas y de debajo del suelo. El otro día leí un artículo. Toda la vida depende del alimento, y éste del agua. Se necesitan mil libras de agua para producir una de alimento, diez mil de agua para conseguir una de carne. ¿Cuánta agua beben ustedes durante el año? Cerca de una tonelada, pero comen alrededor de doscientas libras de vegetales y otras doscientas de carne por año..., lo que quiere. decir que cada uno de ustedes .consume cien toneladas de agua con los vegetales y mil con la carne…, es decir que son mil ciento una toneladas de agua por año para una mujer que es más bien pequeña como la señora.

-¡Recórcholis! -fue todo lo que se le ocurrió decir a Billy.

-¿Comprenden ustedes ahora de qué manera la población depende del agua? -siguió diciendo el ex-tabernero-. Bueno, hemos conseguido el agua, incluyendo los abastecimientos subterráneos, y dentro de no muchos años este valle estará tan densamente poblado como

Bélgica.

Pero de pronto quedó fascinado por el chorro de agua que tenía cinco pulgadas de espesor, que había sido extraída de la tierra y que nuevamente era derramada en aquélla gracias al motor ruidoso, y entonces dejó de hablar y se quedó inmóvil mirando extasiado, abstraído, mientras sus visitantes comenzaban a marcharse.

-¡Y fue despachante de bebidas alcohólicas! -dijo Billy completamente sorprendido-- Si alguien se lo pide podría administrar la dosis de la templanza.

-Me encanta al pensar... todo el agua y toda la gente dichosa que vivirá por aquí...

-Pero no es el valle de la luna -rió Billy.

-No -respondió ella-, en el valle de la luna no será necesaria la irrigación, o tal vez sólo para la alfalfa y cosas semejantes. Lo que queremos es que el agua aparezca espontáneamente sobre el suelo, que cruce la granja en arroyuelos pequeños y que tenga en el extremo un lindo riacho ...

-¡Y que haya truchas! -agregó Billy-. Y sauces y toda especie de árboles que crezcan en los límites del campo, y tener siempre un rifle a mano para disparar, y una pileta grande y honda donde te podrías bañar y nadar, y acudirían allí en busca de agua muchos animales de caza, conejos, y hasta quizá algún ciervo.

-Y también alondras sobre el pasto -agregó Saxon-, y palomas oscuras en los árboles, porque deberemos tener palomas oscuras .... y las grandes ardillas grises que viven en los árboles.

-Oh .... ese valle de la luna debe ser algo grande -dijo pensativo mientras alejaba con un fuerte latigazo una mosca que molestaba a Hattie-. ¿Crees que alguna vez lo encontraremos?

Saxon movió la cabeza como si estuviese completamente segura.

-Sí, de la misma manera que los judíos encontraron la Tierra Prometida, como los mormones hallaron Utah y los pioneers California. ¿Recuerdas el último consejo que nos dieron cuando abandonamos Oakland?: "Sólo el que busca encuentra".

XV

El carromato de pinotea, arrastrado por la yunta de yeguas castañas con colas y crines de color crema, se dirigía siempre hacia el norte atravesando una tierra rica y floreciente y rejuvenecida; y se detuvieron en las localidades de Willows, Red Bluff y Redding, cruzaron los condados de Colusa, Glenn, Tehama y Shasta. Billy sólo reunió tres caballos para ser despachados, aunque visitó muchas granjas donde Saxon conversaba con las mujeres mientras su esposo observaba los animales juntamente con los dueños de los campos. Y Saxon se convenció más aún que el valle que buscaban no se hallaba por esos lugares.

Cerca de Redding cruzaron el Sacramento en alambre carril, hicieron una travesía sofocante al pie de los cerros y de las tierras llanas. El calor se hacía cada vez más insoportable y los árboles y arbustos parecían quemados y muertos. Alcanzaron nuevamente el Sacramento en el lugar donde las grandes fundiciones de Kennet habían destruído toda la vegetación.

Ascendieron y salieron de esa población, completamente entregada a la fundición de metales, donde las casas pendían como nidos de las alturas, muy cerca de abismos insondables. El camino que llevó hacia arriba era amplio y bien proyectado, estaba escalonado durante muchas millas, y finalmente entraron al valle del Sacramento. El camino, que era de roca y de piedrecillas, llevaba más allá de los muros del desfiladero, y en algunas partes se hacía tan angosto que Billy llegó hasta temer el encuentro con otro vehículo que viniera en dirección contraria. A lo lejos y hacia abajo el río fluía sobre un fondo de piedrecillas de colores, o sino chocaba tumultuosamente contra los murallones, formaba cascadas en medio de su carrera loca.

En las partes más anchas del camino a veces Saxon guiaba el vehículo y Billy marchaba a pie para aligerar la carga. Saxon insistió también en andar, y cierta vez que él detuvo las yeguas fatigadas, ella se le acercó, les acarició las cabezas y murmuró frases amables. Entonces el placer que sentía Billy era demasiado grande para poder expresarlo con palabras, y lo único que hacía era contemplar los hermosos ejemplares, su magnífica muchacha acicalada, con su traje juvenil lleno de colorido y confeccionado en un corderoy oro oscuro, con falda corta. Pero cuando recibió en respuesta una mirada llena de dicha, como un súbito apaciguamiento de sus ojos grises y claros, Billy sintió que tenía que decir algo porque si no estallaría.

-¡Criatura! -exclamó.

Saxon también le respondió con el rostro radiante:

-¡Criatura!

Durante una noche acamparon en una profunda saliente del desfiladero, y allí cerca había una población que trabajaba para una fábrica de cajones. Un anciano desdentado que los contemplaba con ojos absortos les preguntó:

-¿Pertenecen a algún circo?

Pasaron por Castle Crags, que se hallaba poderosamente enclavado en una elevación de un color rojo encendido y que se elevaba hacia el cielo azul. Entonces vieron por primera vez al Monte Shasta, que era un pico nevado de un color rosado, algo así como una puesta de sol visto desde el interior, saliendo de los muros del desfiladero..., algo que estaba destinado a per. durar en sus recuerdos durante muchos días. La reaparición del Shasta, después de seguir con la ascensión, resultaba algo inesperado, y más aún a la distancia: ahora se ofrecía con dos picos, con una sábana glacial que era de una blancura casi embriagadora. Durante millas y millas siguieron ascendiendo, y siempre se encontraban con el Monte Shasta que constantemente exhibía formas y aspectos nuevos en sus nieves de verano.

-Parece un film que se desarrolla en el cielo -dijo Billy por fin.

-¡Oh . . ., es que todo es tan bello! -suspiró Saxon-. Pero por aquí tampoco está el valle de la luna.

Se encontraron con nubes de mariposas, y durante días viajaron en medio de inenarrables multitudes de maravillas que volaban y adornaban el suelo con un terciopelo oscuro y uniforme. Y el camino siempre parecía que se elevaba ante los resoplidos de las yeguas que tiraban del carromato, llenando el aire con algo que se parecía al murmullo de un vuelo silencioso, respirando la brisa formada como por nubes de un color amarillo, pardo suave, mientras los insectos alados se aglomeraban sobre los cercados y a veces hasta flotaban

indefensos sobre las acequias de irrigación, a lo largo de los caminos. Hazel y Hattie pronto se acostumbraron a las mariposas, aunque Possum seguía mostrándose irascible con aquéllas.

-¿Cuándo se vio que mariposas vencieran a caballos? -dijo Billy bromeando-. Esto hace que su valor suba en cincuenta dólares.

Les dijeron que aguardaran hasta cruzar la línea del río Oregón y penetrar en el valle River, y allí encontrarían un paraíso de Dios: clima, ambiente y plantaciones de frutales que rendían el doscientos por ciento, y cada acre estaba avaluado en quinientos dólares.

-Eso es demasiado substancioso para nosotros -dijo Billy cuando los otros ya no podían escucharle.

Y Saxon dijo:

-No sé nada sobre el valle de la luna; pero sí que la recolección alcanza a un diez mil por ciento de dicha para un Billy, una Saxon, una Hazel, una Hattie y un Possum.

Atravesando el condado de Siskiyou y cruzando altas montañas llegaron hasta Ashland y Medford, y acamparon cerca del turbulento río Rogue.

-Esto es maravilloso y glorioso -dijo Saxon-, pero tampoco es el valle de la luna.

-No, es cierto, no es el valle de la luna -asintió Billy. Al anochecer pescó una gigantesca "cabeza de acero" en las aguas heladas del Rogue. Durante cuarenta minutos la pieza trató de luchar para escapar, y finalmente cayó sobre la ribera, y Billy le saltó encima con la presteza de un comanche y la sujetó de las braquias.

-El que busca encuentra -repitió Saxon cuando se encaminaban al norte, ya fuera del Grant Pass, avanzando en esa dirección por caminos montañosos y por los ricos valles de Oregón.

Un día, mientras acampaban ante el río Umpqua, Billy se encontraba desollando el primer ciervo que había cazado. Levantó la mirada hacia Saxon y dijo:

-Si no conociera California creo que Oregón me sentaría muy bien.

Y durante la noche, ya completamente satisfecho de carne de ciervo, reclinado sobre el codo, fumando un cigarrillo después de haber cenado, dijo

-Tal vez no exista el valle de la luna. ¿Y si no existe, qué? Siempre seguiremos de esta manera. No puedo pedir nada mejor.

-Pero hay un valle de la luna -le respondió Saxon completamente segura-. Y lo encontraremos porque debemos hacerlo. No estaría bien si no sucediera nunca. Y allí no existirán las pequeñas Hazel o Hattie, ni los pequeños Billy . . .

-Ni las pequeñas Saxon -agregó él.

-Ni pequeños Possum -asintió ella con un movimiento de cabeza mientras extendía la mano para acariciar al perrito que clavaba sus colmillos en una costilla de ciervo. Tuvo la recompensa de un gruñido y el intento de un mordisco del que a duras penas se salvó.

-¡Possum! -gritó amonestándolo, y nuevamente extendió la mano.

-No lo hagas -le advirtió Billy-. Eso no se puede remediar y es probable que te muerda la próxima vez que lo intentes.

La actitud de Possum fue más amenazadora mientras guardaba celosamente el hueso con los ojos ardientes y enloquecidos.

-Es buen perro que se aferra a su hueso -le defendió Billy-. No sentiría interés por uno que no lo supiera hacer.

-Pero se trata de mi Possum -protestó Saxon-. Y me quiere, y además tiene que quererme más que a un hueso viejo. Y debería tenerme en cuenta. ¡Ven aquí, Possum, dame ese hueso!

Su mano se adelantó vacilando y el gruñido se elevó tanto que finalmente se convirtió en un mordisco.

-Es el instinto -repetía Billy-. Te quiere pero no puede remediarlo.

-Tiene derecho a salvar sus huesos de un extraño pero no de su madre -le respondió Saxon-. Conseguiré que me deje ese hueso.

-Los fox-terriers tienen un temperamento un tanto subido, Saxon. Lo sacarás de sus casillas.

Pero tercamente Saxon insistía en sus propósitos. Recogió un trozo de leña.

-Bueno, señor, déme ese hueso.

Lo amenazó con el palo y entonces el gruñido del perro fue feroz. Comenzó a mordisquear otra vez y se apretaba contra el hueso. Saxon levantó el leño como si quisiera descargarlo y el perro bruscamente abandonó el hueso, y se echó de espaldas a sus pies con una elocuente

expresión de sumisión y de solicitud en sus ojos.

-Dios mío -respiró Billy casi aterrorizado-. Fíjate en eso..., te muestra su plexo solar, lo más vital que tiene, como si te dijera: "Aquí estoy, aplástame, acaba de una vez con mi vida, te quiero y soy tu esclavo, pero no puedo dejar de defender mi hueso. Mátame pero no puedo remediarlo".

Parecía que Saxon se enternecía, al menos en sus ojos había lágrimas cuando se detuvo para alzar al animal en sus brazos. Possum estaba muy agitado, temblaba, tiritaba, se retorcía, mascullaba y se lamía la cara, como si-todo fuese un ruego para que lo perdonaran.

-Corazón de oro con una rosa en la boca -canturreó Saxon mientras sepultaba su rostro en el suave montón de carne sensible-. Tu mamá está apenada. Aquí, aquí, pequeño amor. ¿Ves?, aquí tienes tu hueso, tómalo.

Lo colocó nuevamente sobre el suelo, pero ahora el animal vacilaba entre ella y el hueso, como si evidentemente la mirara para conseguir un seguro permiso, y sin embargo seguía temblando por la terrible lucha que se había entablado entre el deber y el deseo, que lo deshacían por dentro. Sólo cuando ella repitió que todo estaba muy bien e inclinó la cabeza consintiendo, el perro volvió a tomar el hueso. Y un poco después levantaba los ojos interrogantes y la miraba muy sorprendido. Saxon volvió a asentir sonriendo, y Possum, después de un suspiro de satisfacción, agachó la cabeza sobre la preciosa costilla de ciervo.

-Mercedes estaba en lo cierto cuando decía que los hombres luchan por los puestos de la misma manera que los perros por sus huesos -dijo lentamente Billy-. Es el instinto. Yo no podía hacer otra cosa que golpear con mi puño en la mandíbula de un "tiñoso", de la misma manera que Possum te quiere mordisquear cuando le arrebatas el hueso. No existe ninguna razón para explicarlo. Un hombre hace una cosa porque debe hacerlo. Y el hecho de que haga una cosa porque así es su deber, vale aunque exista o no alguna explicación. Recuerda que Hall tampoco pudo explicar por qué arrojó el bastoncillo entre las piernas de Timothy McManus durante la carrera. Todo lo que sé sobre el asunto es que si un hombre quiere hacer algo debe hacerlo. Nunca tuve ninguna razón valedera para golpear a ese inquilino que tuvimos, a ese Harmon. Era un buen tipo, correcto y derecho. Pero simplemente tuve que hacerlo porque mientras la huelga se venía abajo, dentro de mí crecía una amargura tan grande que no podía sufrirla. Nunca te dije nada, pero después que salí de la prisión le vi una vez..., cuando me estaba curando los brazos. Fui al depósito de locomotoras y esperé hasta que saliera y le pedí disculpas. ¿Y acaso sé por qué le di explicaciones? No, como tampoco ignoro por qué le golpeé ... Tenía que hacerlo, simplemente.

Y de esa manera más real, concreta, fue que Billy aclaró la semejanza que había entre él y el animal. Estaba reclinado en su campamento improvisado junto al río Umpqua, mientras que Possum se inclinaba hambriento hincando sus colmillos sobre la costilla de ciervo.

XVI

Possum estaba sentado junto a Saxon, y ésta guiaba el carromato al entrar en la localidad de Roseburg. Las bestias avanzaban lentamente. Detrás del vehículo estaban atados dos pesados animales de trabajo. Más atrás iban sueltos media docena de equinos, y detrás de todos Billy cabalgaba en otro caballo. El joven despachó a todos los animales desde Roseburg hacia los establos de West Oakland.

Fue en la calle de Umpqua donde escuchó la parábola del gorrión blanco. El granjero que se la contó era un hombre de edad avanzada, próspero. Su granja era un modelo de orden y de trabajo sistemáticos. Billy averiguó después entre los vecinos que se le consideraba poseedor de una fortuna de alrededor de doscientos cincuenta mil dólares.

-¿Usted oyó alguna vez la historia del granjero y del gorrión blanco? -le pregunto a Billy durante el almuerzo.

-No, nunca escuché hablar de ningún gorrión blanco.

-Son muy raros -dijo el granjero-. Pero la historia es ésta: una vez había un granjero al que las cosas no le marchaban de una manera muy brillante. Simplemente, sucedía que las cosas no andaban bien, y entonces fue que oyó hablar del maravilloso gorrión blanco. Parece que el gorrión sólo llega con las primeras horas del día, cuando el amanecer irrumpe en el cielo, y acarrea inmensos parabienes al granjero afortunado que logra atraparlo. A la mañana siguiente nuestro granjero estaba de pie muy temprano, aún antes de que amaneciese, para buscar al pájaro. Lo había buscado durante meses y meses y nunca pudo verlo -en ese instante sus invitados menearon la cabeza-. No, nunca pudo encontrarlo, pero descubrió que en su granja había muchas cosas que necesitaba, y que subsanaba antes de tomar el desayuno, y antes de que se diese cuenta se encontró en plena prosperidad y no pasó mucho tiempo y ya había pagado la hipoteca y había abierto una cuenta en el banco.

Cuando esa tarde se marcharon, Billy pareció sumergido dentro de una ensoñación muy profunda.

-¡Oh, creo que he acertado perfectamente con la cosa! -dijo finalmente-, y sin embargo no estoy satisfecho. Por cierto que no se trata de un gorrión blanco, pero al levantarse temprano y atender a las cosas consiguió remediar su anterior negligencia y de esa manera corrigió muchas cosas y le fue muy bien. Y, sin embargo, Saxon, si eso sólo es lo que significa la vida del granjero, francamente no tengo el menor interés en encontrar el valle de la luna. La vida no es un trabajo duro, andar de un lado a otro desde que amanece hasta que oscurece . . . Eso se podría hacer en la ciudad y, entonces, ¿cuál es la diferencia? El único tiempo que le quedaría a uno sería para dormir, y cuando uno duerme no se divierte sino que está muerto. Hasta podría quedarse muerto, liquidado por trabajar de esa manera. Antes preferiría viajar por los caminos, cazar ciervos y pescar truchas de vez en cuando, estar echado de espaldas a la sombra de un árbol, reír y pasar el rato contigo y nadar... Soy un trabajador voluntarioso, pero existe una diferencia entre el trabajo decente y romperse la cabeza trabajando.

Saxon estaba completamente de acuerdo. De pronto se sumergía en aquellos años de fatiga y los comparaba con la gozosa existencia que llevaba vagando por los caminos.

-No queremos ser ricos -dijo la joven-. Deja que cacen sus gorriones blancos en las islas del Sacramento y en los valles bien irrigados. Nosotros, en vez, nos levantaremos temprano en el valle de la luna, pero sólo con el canto de los pájaros, y cantaremos junto con ellos. Y si a veces trabajaremos duro y parejo sólo será para tener después algún tiempo de esparcimiento. Y cuando tú vayas a nadar iré contigo. Y' nos divertiremos tanto que sentiremos alegría de trabajar nuevamente para conseguir un nuevo descanso.

-Me estoy quedando más seco que el plomo -dijo Billy enjugándose el sudor que corría por su frente expuesta al sol-. ¿Qué te parece si nos dirigimos a la costa?

Se encaminaron hacia el oeste, descendieron por gargantas montañosas en medio del ambiente más primitivo y dejaron atrás las alturas de los valles interiores. El camino era tan peligroso que, en un trayecto de siete millas, se encontraron con diez automóviles destrozados. Billy no urgía el paso de los animales, y poco después acamparon ante una corriente de agua bastante revuelta, donde pudo pescar dos truchas al mismo tiempo. Ahí fue donde Saxon apresó su primera trucha gigante. Estaba acostumbrada a recoger piezas de nueve a diez pulgadas, pero cuando pescó esa presa el tironeo que sintió en el carril la hizo gritar llena de sorpresa. Billy se le acercó en seguida y la aconsejó mientras maniobraba. Pocos minutos después, con las mejillas acaloradas y los ojos brillantes de emoción, con

mucho cuidado extrajo el pez del agua y lo colocó sobre la arena seca. Dejó el aparato de pesca mientras aquél se revolvía y saltaba, hasta que pudo atraparlo.

-Dieciséis pulgadas -dijo Billy mientras ella lo levantaba orgullosa-. Eh ... , ¿qué vas a hacer?

-Limpiarle la arena -respondió Saxon.

-Sería mejor que lo echaras en la canasta -le dijo Billy mientras apretaba los labios muy seriamente.

Saxon se detuvo al borde del agua y sumergió al pescado. El ejemplar se agitó; ella tuvo un movimiento convulsivo y el pez desapareció.

-¡Oh! -exclamó despechada.

-Quien encuentra algo debe saber conservarlo -murmuró Billy.

-No me importa -le respondió-, de cualquier manera es más grande que todos los que pescaste.

-No niego que seas una maravilla pescando -bromeó Billy-. ¿Acaso no me has pescado a mí?

-Oh, no sé tanto como eso -respondió Saxon-. Quizá fue algo semejante a lo que le ocurrió al hombre que fue arrestado por pescar truchas durante la temporada prohibida. Alegó defensa propia.

Billy se quedó pensando pero no terminaba de entender.

-La trucha atacó al hombre -dijo ella explicativa.

Billy hizo una mueca y quince minutos después agregaba: -Me presentaste un caso muy difícil, ciertamente.

***

El cielo se nubló, y mientras avanzaban a lo largo de la margen del río Coquille, la niebla los envolvió repentinamente.

-Uff -dijo Billy con alivio-. ¿Acaso esto no es grande? Ya me siento empapado, convertido en una esponja. Nunca aprecié tanto la niebla.

Saxon extendió los brazos como para recoger la humedad que había alrededor suyo, realizando movimientos como si se estuviera bañando debajo de la bruma gris.

-Nunca creí que me cansaría del sol -dijo ella-. Pero en las últimas semanas nos tocó más de lo que correspondía.

-Y siempre sucedió lo mismo desde que llegamos al valle del Sacramento -afirmó Billy-. Mucho sol no es bueno. Al fin lo he comprendido. El sol se parece a un licor. ¿Te diste cuenta lo bien que uno se siente cuando sale el sol después de una semana de mal tiempo? Bueno, el sol, de esa manera, hace el efecto de un buen whisky, y le hace sentirse bien a uno. Es algo semejante a echar un .trago de "cocktail" de sol. Pero supongamos que te estiras sobre la arena un buen par de horas. De esa manera no te sentirás bien. Te moverás tan lentamente que tardarías mucho en vestirte. y llegarás hasta tu casa completamente deshecha, sin ninguna vitalidad, arrastrando los pies. ¿Y a qué se debe eso? Al agarrotamiento. Los oídos te zumbarán a causa del sol, como si se tratara de un exceso de whisky, y tarde o temprano tendrías que pagarlo. Así son las cosas. Por eso la niebla es lo mejor que podemos tener.

-Entonces hemos estado embriagados durante meses -dijo Saxon-, y ahora tenemos que morigerarnos.

-Sí, así es, Saxon, y en este clima puedo hacer en un día el trabajo de dos ... Mira las yeguas . . ., parecería que tienen necesidad de correr, y que me cuelguen si no es así.

En vano Saxon trataba de descubrir sus amados árboles californianos de madera roja en medio de la floresta. Les habían dicho que los encontrarían en la misma California, al atravesar la localidad de Bandom.

-Entonces estamos demasiado hacia el norte -dijo la mujer-, y debemos marchar al sur para encontrar nuestro valle de la luna.

Y se encaminaron al sur, a lo largo de caminos que cada vez eran peores, y atravesaron el condado que se dedicaba a la producción lechera de Langleis y los bosques de pinos de Port Oxford, donde Saxon recogió ágatas maravillosas sobre la playa, mientras que Billy encontró un pez enorme. El ferrocarril aún no había penetrado en esa región primitiva, y la ruta hacia el sur se hacía más desierta. En Gold Beach encontraron a un viejo amigo, al río Rogue, y lo cruzaron en ferry-boat llegando hasta el Pacífico. La zona donde arribaron era aún más desierta y el camino más terrible, y escaseaban mucho más las granjas y los claros entre árboles.

Allí no había asiáticos ni europeos. La escasa población estaba compuesta por los primeros colonizadores y sus descendientes. Más de un hombre o mujer ancianos que hablaron con Saxon pudieron recordar aquellas travesías de las planicies en carretas arrastradas por bueyes lentos. Habían llegado hasta el Pacífico hasta que el mar los detuvo, y entonces se abrieron paso entre los claros de bosques y levantaron sus viviendas rústicas en esos lugares. Habían alcanzado el extremo Oeste en su peregrinación. Las antiguas costumbres habían cambiado poco. No existía ferrocarril por esos sitios, y el automóvil tampoco se había aventurado a través de aquellos caminos arriesgados. Entre esa gente y los valles populosos e interiores se encontraba la selva de Costa Range..., que Billy había escuchado decir que era un verdadero paraíso para la caza, aunque el mismo camino que cruzaba le parecía que era bueno para aquella actividad. ¿Acaso- no había detenido a los animales en medio del camino, le había entregado las riendas a Saxon y había cazado ocho piezas con la escopeta sin abandonar el pescante del vehículo?

Al sur de Gold Beach, mientras ascendían por un angosto sendero en medio de la selva virgen, oyeron hacia lo alto el tañido de campanillas. Cien yardas más adelante Billy encontró un lugar bastante amplio como para acampar. Esperaron en ese sitio, mientras las alegres campanillas descendían desde la montaña y se aproximaban con rapidez. Escucharon el ruido de los frenos, el golpeteo suave de los cascos de caballos sobre la tierra y, en determinado momento, el fuerte grito del conductor y la risa de una mujer.

-Debe ser un buen conductor -dijo Billy-. Me descubro ante cualquiera que se aventure a apresurar la marcha en un camino como éste ... Escucha. . . Debe tener buenos frenos ... ¡Recórcholis!, ¡y también debe tener buenos elásticos por el modo como salta!

En ese sitio el camino zigzagueaba hacia lo alto, y a través de un claro entre los árboles vieron cuatro caballos alazanes que trotaban velozmente, las ruedas volanderas de un coche con equipajes que estaba pintado de color marrón.

En el recodo del camino reaparecieron los primeros caballos al describir una curva amplia, y los rayos de las ruedas y el pescante de dos asientos relucieron debajo del sol. Luego todo se hizo más nítido al marchar hacia abajo y al atravesar un puente de tablones. En el asiento delantero había un hombre y una mujer y, en el trasero, un japonés que iba apretado entre cajas de ropas, aparatos de pesca, escopetas, monturas y una caja con una máquina de escribir, mientras que alrededor y por encima del mismo se destacaba claramente un montón fabuloso de astas de ciervo y de alce.

-¡Son el señor y la señora Hastings! -exclamó Saxon.

-¡Hola! -gritó Hastings mientras frenaba. y detenía el vehículo hasta colocarse junto al camino. Se saludaron efusivamente, y también con el japonés, a quien habían conocido a bordo del "Roamer".

-¿Esto es distinto a las islas del Sacramento, eh? -le dijo Hastings a Saxon-. En estas montañas sólo hay viejos yanquis. Y no han cambiado nada. Como dijera el joven John Fox: se trata de antecesores pero al mismo tiempo contemporáneos. Nuestros antepasados eran exactamente como ellos.

Los esposos Hastings les contaron el largo viaje que habían efectuado. Hacía dos meses que deambulaban de un lado a otro y se proponían continuar hacia el norte, atravesando Oregón y el Estado de Washington y llegar a la frontera canadiense.

-Allí despacharemos los caballos y regresaremos a casa en tren -terminó de decir Hastings.

-Pero por la manera cómo usted conduce debería estar mucho más adelantado -le dijo Billy.

-Es que nos detenemos en todas partes -le respondió la señora Hastings.

-Y también fuimos a las reservas de Hoopa -añadió él-, y viajamos en canoa por el Trinity y el Klamath hasta llegar al océano. Y recién terminamos de pasar dos semanas en la selva verdadera del condado de Curry. Deben ir allí -les aconsejó-. Esta misma noche llegarían a Mountain Ranch. Y podrían partir desde aquí mismo. No hay caminos, sin embargo. Tendrían que cargar a los animales, pero, en vez, abunda la caza. Maté cinco fieras y dos osos, sin contar los ciervos. También hay pequeñas manadas de alces..., pero no pude matar uno solo. Las astas que ustedes ven nos las regalaron viejos cazadores del lugar. Ya les contaré acerca de todo esto.

Y mientras los hombres hablaban, Saxon y la señora Hastings no permanecieron ociosas.

-¿Todavía no han encontrado su valle de la luna? -les preguntó la esposa del escritor cuando se despedían.

Saxon negó con la cabeza.

-Pero si van bastante lejos lo encontrarán. Pero antes deben cerciorarse de que se encaminan hacia el valle de Sonoma, hacia nuestro campo. Si por ese entonces no lo han descubierto, veremos qué se puede hacer.

***

Tres semanas después, llevando una colección de fieras y de osos mucho mayor que la que había cazado Hastings, Billy se alejó del condado de Curry y cruzó la línea fronteriza penetrando en California. Inmediatamente, Saxon se encontró delante de altos árboles de madera roja. Se trataba de ejemplares inverosímiles. Billy detuvo el vehículo y comenzó a dar zancadas alrededor de uno de ellos.

-Tiene cerca de cuarenta y cinco pies -dijo -. Y éste tiene quince de diámetro, y todos parecen iguales, aunque éste es más alto…, pero no…, allí hay uno que es enano. Sólo tendrá unos nueve pies. Y hay algunos que poseen una altura de cientos de pies.

-Prométeme, Billy, que cuando muera me sepultarás en una plantación de árboles californianos de madera roja -le dijo Saxon.

-No permitiré que te mueras antes que yo -le respondió Billy-. Y ambos estableceremos en nuestros testamentos que deben sepultarnos de esa manera.

XVII

Siguieron avanzando a lo largo de la costa en dirección al sur, cazando, pescando y comprando caballos, que Billy despachaba en los vapores costeros. Continuaron la marcha atravesando los condados de Del Norte y de Humbolt, y avanzaron en los de Mendocino y Sonoma, que eran más extensos que algunos estados del este del país, y vieron los árboles gigantes, pescaron en innumerables corrientes de agua llenas de truchas y cruzaron muchos valles fértiles. Y Saxon siempre buscaba el valle de la luna. A veces todo parecía perfecto pero faltaba el ferrocarril, o sino la manzanilla o el madroño, o el inconveniente estaba en la presencia de la niebla.

-De vez en cuando nos hará falta un "cocktail" de sol -le dijo a Billy.

-Sí -le respondió éste-, el exceso de niebla nos haría mal. Lo que queremos se halla escondido, en el medio de todo esto, y deberemos retroceder desde la costa para encontrarlo.

Eso ocurrió durante el otoño, cuando volvieron la espalda al Pacífico viniendo desde el antiguo Fuerte Ross, penetrando en el valle del río Russian, más hacia abajo de Ukiah, yendo en camino a Cazadero y Guerneville. Billy se demoro en Santa Rosa ante la necesidad de despachar varios caballos, y por eso recién hacia el atardecer tomaron en dirección al sur y al este, rumbo al valle de Sonoma.

-Creo que llegaremos al valle de Sonoma cuando sea precisamente el tiempo de acampar -dijo Billy echando una mirada al sol-. Este lugar se llama valle de Bennett. Ahora cruzamos un límite, y detrás se encuentra Glen Ellen. Por si alguien llega a preguntarte, este vale es bastante extenso. Y por allí cerca hay una montaña más o menos grande.

-Esa montaña está muy bien -dijo Saxon-, pero todas las otras colinas parecen desnudas, y tampoco veo ningún árbol que sea grande. Es necesario un suelo rico para producir grandes árboles.

-No quiero decir que éste sea el valle de la luna. Pero así mismo ésta es una montaña verdadera. Mira los árboles que se ven. Apostaría algo que allí hay ciervos.

-Me pregunto donde pasaremos el invierno -dijo Saxon.

-Estaba pensando lo mismo. Podríamos hacerlo en Carmel. Mark Hall ya está de regreso allí, de la misma manera que Jim Hazard. ¿Qué te parece?

Saxon afirmo en silencio.

-Pero esta vez tú no serás el hombre de los oficios raros.

-No. Durante los días hermosos podríamos hacer viajes para comprar caballos -dijo Billy con el rostro radiante de satisfacción-. Y si ese poeta andariego que vive en la casa de mármol se encuentra por allí, seguramente cambiaré guantes con él para resarcirme de las piernas que me hizo doblar en aquellas largas caminatas.

-¡Oh, Billy, mira! -exclamo ella.

En un recodo del camino se encontraron con un hombre que iba en un sulky arrastrado por un pesado padrillo. El animal era un magnífico alazán que tiraba a castaño, con cola y crines de color crema. La cola casi barría el suelo, mientras que las crines eran tan espesas que sobresalían por encima de los arneses y caían hacia abajo largas y agitadas. El animal pareció oler la presencia de las yeguas y se detuvo bruscamente sacudiendo la cabeza, haciendo flotar las crines al viento. Después inclino el hocico impaciente y lo restregó contra una rodilla, y entre sus hermosas orejas puntiagudas se podía ver la curva poderosa y casi increíble del cuello. Sacudió la cabeza nuevamente y se agito ante el tironeo del conductor, que lo mantenía de; lado para permitir el paso del otro vehículo. Pudieron ver el color azulado y pleno de reflejos de los ojos del animal. Parecía excitado, fuera de sí. Billy hizo con las riendas un lento movimiento. y dio una vuelta amplia. Levanto una mano para hacer una señal, y el conductor del padrillo detuvo su marcha cuando ya le habían dejado atrás, y desde sus respectivos lugares conversaron sobre caballos de tiro.

Billy supo entre otras cosas que el padrillo se llamaba Barbarossa, que era propiedad de su conductor y que vivía en Santa Rosa.

-Desde aquí hay dos caminos para llegar hasta el valle de Sonoma -le dijo ese hombre-. Cuando llegue al cruce, el que toma a la izquierda lo llevará a Glen Ellen, y hacia el lado de Pico Bennett ... el que está allí.

Sobre los rastrojos del campo ondulante se alineaban altas colinas, pero éstas y las montañas aparecían desnudas, aunque eran hermosas por el color pardo que tenían, gracias

al sol de California.

-La vuelta que hay hacia la derecha también les llevará a Glen Ellen, pero es un trayecto más largo y de ascenso más difícil. Pero me parece que sus yeguas no se fastidiarán por cosas como ésas.

-¿Pero cuál es el camino más lindo? -le preguntó Saxon.

-No hay duda que el` camino de la derecha -respondió el hombre-. Allí está la montaña Sonoma, y el camino serpentea y asciende cruzando frente a la gruta de Cooper.

Billy no partió en seguida de despedirse de aquel hombre, y junto con Saxon se quedaron mirando a Barba-rosca que saltaba agitado mientras se dirigía hacia Santa Rosa.

-Me gustaría estar allí arriba durante la primavera próxima -dijo Billy.

Cuando llegaron al cruce de los caminos, Billy vaciló y la miró a Saxon.

-¿Y qué dificultad hay en que sea el más largo? -dijo-. Mira qué lindo es..., está completamente cubierto de árboles verdes. Son árboles de madera roja de los desfiladeros. El valle de la luna tal vez se encuentra en algún lugar, en esa dirección: eso nunca puede saberse con seguridad. No importaría que perdiéramos media hora, pero aquello sí.

Tomaron por la derecha y cruzaron un camino que ascendía al pie de las colinas. Cuando se aproximaban a la montaña comenzaron a aparecer indicios de mayor abundancia de agua Corrían junto a una corriente de agua, y aunque las enredaderas

parecían resecas por el calor del verano, las casas de los granjeros, situadas en las hondonadas y a nivel del suelo, estaban rodeadas de espléndidas arboledas.

-Tal vez sea cómico, pero la montaña comienza a gustarme -dijo ella-. Me resulta tan agradable que casi me párete que la conozco de antes.

Al cruzar un puente, y después de dar una vuelta muy difícil, de pronto se encontraron envueltos en un frescor misterioso, en una bruma. Alrededor se elevaban árboles de madera roja. El suelo parecía una alfombra rosada de hojas otoñales. Ocasionales reflejos de sol penetraban entre las sombras profundas y daban calor a la gruta sombría. Había caminitos llenos de seducción que llevaban a través del bosque a rincones encantadores, que estaban formados por círculos de árboles de madera roja que crecían sobre el mismo polvo de sus antepasados.. ., y que testificaban las dimensiones titánicas de aquéllos por la amplitud del círculo donde se levantaban.

Atravesando la gruta llegaron a un paso divisorio, que era una estribación de la montaña Sonoma. El camino recorría pasos altos y ondulados y hondonadas pequeñas y gargantas de montaña, y todas estaban densamente pobladas de árboles y humedecidas por las aguas. En ciertas partes el suelo casi era fangoso por el agua que llegaba de los manantiales cercanos.

-La montaña es como una esponja -dijo Billy-. Esta es la cola del verano seco, y el suelo está abriendo sus goteras en todas partes.

-Sé con seguridad que nunca estuve antes aquí -dijo Saxon en voz alta-. ¡Pero sin embargo me es tan familiar! Me parece que he soñado con esto ... ¡Y aquí hay toda una plantación de madroños! ¡Y manzanilla! ¡me parece que estuviera volviendo al hogar..., como si fuese cierto que éste es nuestro valle!

-¿Aplastado contra la ladera de una montaña? -le preguntó él con una risita escéptica.

-No, no quiero decir nada semejante, sino que está en el camino de nuestro valle, y porque el camino o los caminos que conducen a él deben ser hermosos. Y éste, antes lo he visto, parece de ensueño.

-Es magnífico -dijo Billy con mucha simpatía en la voz-. No cambiaría una milla cuadrada de aquí por todo el valle del Sacramento junto con las islas y buena parte del río Middle. Y si no me equivoco allí arriba hay ciervos, y donde hay corrientes de agua se encuentran truchas...

Pasaron delante de una casa de campo grande, cómoda, rodeada de corrales aislados y de cobertizos para vacas, luego caminaron debajo de arcadas formadas por las ramas de los árboles y llegaron a un campo abierto que al instante encantó a Saxon. Allí el suelo tenía forma cóncava y hacia el otro lado se elevaba, en dirección a la montaña, que era su límite más lejano rodeado de una línea ininterrumpida de árboles. El suelo brillaba como si fuese oro sin pulir al acercarse la puesta del sol, y casi en el centro del campo se levantaba un árbol de madera roja que tenía la copa quemada por los calores y que daba la impresión de ser un nido de águilas. Por detrás, los árboles envolvían a la montaña en un verde muy tupido y casi llegaban hasta lo alto. Y al seguir avanzando, en un momento determinado Saxon echó una

mirada hacia lo que llamaba "su" campo, y vio la cima verdadera del Sonoma que se elevaba por detrás, mientras que las montañas que se alzaban en el mismo terreno sólo parecían simples estribaciones del macizo grande.

Enfrente, hacia la derecha, a través de los espinazos de las montañas, que estaban separados por desfiladeros profundos y verdes, y que más tarde se ensanchaban hasta aparecer cubiertos de plantíos y árboles y de viñedos, vieron por primera vez el valle de Sonoma y las montañas desiertas que lo enmarcaban hacia el este. A la izquierda lo avistaron en medio de una dorada extensión de cerros bajos y de valles. Hacia el norte había otra parte del valle, y más allá aún el muro opuesto..., una cadena de montañas altas que escondían su cráter rojo contra un cielo rosado, de un color muy tierno. Desde el norte hasta el sureste el marco de la montaña se curvaba debajo del brillo del sol. Saxon y Billy lo contemplaban en medio de la sombra desfalleciente de la tarde. Miró a Saxon y se dio cuenta que ella estaba extasiada, transportada, y entonces detuvo la marcha de los animales. Hacia el este el cielo entero estaba encendido con tintes rosáceos que descendían sobre las montañas y le daban tonalidades vivas, de rubí. El valle de Sonoma comenzaba a desbordar un color púrpura que caía prodigiosamente a los pies de la montaña, que se elevaba, los inundaba y ahogaba en la intensidad del mismo color. Saxon hizo una señal silenciosa para indicar que el color se debía a la sombra de la Montaña Sonoma durante la puesta de sol. Billy inclinó la cabeza y asintió, azuzó las yeguas y comenzó el descenso en medio de un crepúsculo cálido y lleno de colorido.

En las partes elevadas del camino tuvieron frío, recibiendo la brisa deliciosa del Pacífico que llegaba desde cincuenta millas de distancia. En cada hondonada y ondulación del terreno sentían los leves hálitos otoñales, y olían las hierbas quemadas por el sol, las hojas caídas y las flores agostadas.

Llegaron al borde del desfiladero que parecía que se internaba en el corazón de la Montaña Sonoma. Sin decirse palabra detuvieron el vehículo y se quedaron contemplando el espectáculo que tenían delante de sus ojos. El desfiladero era de una belleza incomparable, agreste. En el sitio más alejado de la entrada había estribaciones densamente cubiertas de árboles de pino y de roble. Y entre aquéllas, como un afluente del desfiladero principal rodeado a su vez de árboles de madera roja, partía otra garganta. Billy señaló en dirección del campo ondulado que se veía al pie de las estribaciones.

-Es en campos así que tengo que dejar pastar a mis yeguas-dijo.

Descendieron por el desfiladero, junto a una corriente de agua que canturreaba entre arces y pinos. El fuego de la puesta de sol se refractaba en las nubes que se deslizaban en el cielo otoñal, y bañaba al desfiladero en un color carmesí, achaparrando los modroños y la manzanilla. El aire estaba embalsamado con el laurel. Plantas trepadoras y silvestres formaban puentes sobre la corriente de agua, entre árbol y árbol. Diversas clases de robles estaban como ocultos por los entrelazamientos de las enredaderas: Helechos lujuriantes adornaban el borde dé la corriente. Desde algún lugar llegó el lamento triste de un ave. Casi a cincuenta pies por encima de ellos una ardilla se arrojó sobre el camino.. ., como un relámpago gris entre dos árboles, pero pudieron seguirla en su fuga gracias al lugar donde se encontraban.

-Tengo un secreto -dijo Billy.

-Primero déjame decirlo a mí -le rogó Saxon.

La miraba atentamente mientras Saxon, transportada, observaba a su alrededor. -Hemos descubierto nuestro valle -dijo ella-. Es esto ¿no

es verdad?

Billy inclinó la cabeza asintiendo pero no dijo nada al ver que un muchacho pequeño aparecía conduciendo a una vaca por el camino. Llevaba una enorme escopeta de caza en una de las manos y en la otra un conejo, también bastante grande para la edad del chico.

-¿Cuánto hay de aquí a Glen Ellen? -le preguntó Billy. .

-Una milla y media -le respondió.

-¿Y qué arroyo es éste? -le preguntó Saxon.

-Wild Water. Desemboca en el arroyo Sonoma, que está media milla más abajo.

-¿Hay truchas? -dijo Billy.

-Sí, si saben cómo pescarlas -dijo el muchacho haciendo una mueca.

-¿Y hay ciervos en la montaña, arriba?

-La temporada todavía no comenzó -respondió el niño evasivamente.

-Sospecho que tú nunca mataste un ciervo -le dijo Billy con el propósito de conseguir que fuera más locuaz. Fue recompensado de una manera muy curiosa.

-Aquí le traigo unas astas para mostrárselas.

-Los ciervos muertos pierden sus astas con facilidad -dijo Billy bromeando-. Cualquiera puede encontrar eso.

-Pero también me llevé la carne del mío, y aun no está seca. . .

El muchacho estaba azorado, como si temiese caer en una trampa.

-Está muy bien, hijo -rió Billy mientras avanzaba-. No soy un guardián de caza, compro caballos.

Encontraron más ardillas que siempre se largaban desde lo alto, y también madroños rubicundos y robles majestuosos, y círculos encantadores de árboles de madera roja. junto a las aguas cantarinas, cerca del camino, pasaron frente a un portón. Cerca de éste había un buzón rural que tenía la inscripción: "Edmund Hale". De pie, debajo de un arco rústico, inclinados sobre el portón, un hombre y una mujer componían un cuadro tan impresionante y hermoso que Saxon sintió que la respiración se le cortaba. Estaban uno junto al otro. La mano delicada de ella descansaba sobre la del hombre, como si fuera a impartir la bendición. Su rostro, al menos, daba esa impresión. El tenía una actitud altamente meditativa, y sus grandes ojos grises parecían llenos de benevolencia debajo de los cabellos abundantes y encanecidos, que relucían como si tuviesen la consistencia y el brillo del vidrio. El hombre era simpático y alto, y la mujer pequeña se hallaba impecablemente vestida. Tenía la piel oscura y azafranada de una mujer blanca, y sus ojos sonrientes eran de un azul muy puro. Parecía una flor envuelta en telas ligeras de color verde. Su cara pequeña era vivaz, irresistible, y Saxon recordó inmediatamente la cabeza de un petirrojo.

Tal vez ellos mismos, Saxon y Billy, ofrecían una hermosa imagen acercándose en medio del color dorado de la tarde que terminaba. Cada pareja sólo tenía ojos para la otra. La pequeña mujer sonrió con placer. La cara del hombre la imitó como al conjuro de la bendición que parecía que se estaba impartiendo allí. Y Saxon, de la misma manera que en el campo, o arriba, en la montaña, tuvo la sensación de que los conocía desde siempre, que sabía que siempre los había querido.

-¿Cómo están ustedes? -dijo Billy.

-Benditas criaturas -dijo el hombre-. No sé si se dan cuenta cuán encantadores parecen sentados así.

No se dijeron nada más, eso fue todo. El carromato ya había avanzado crujiendo sobre el camino tapizado por las hojas caídas de los arces, de los robles y de los alisos. Más tarde se acercaron al lugar donde ambos arroyos se unían.

-¡Qué hermoso sitio para un hogar! -exclamó Saxon señalando más allá de Wild Water-. Mira allí, en esa margen, sobre el prado.

-La tierra es rica, Saxon, y el lugar también es rico. Mira los grandes árboles. Y es casi seguro que existen manantiales. -Vamos hacia allí -dijo Saxon.

Dejaron el camino principal y cruzaron el arroyo de Wild Water por un estrecho puente, y siguieron a lo largo de un camino antiguo y descuidado que se extendía junto a un cerco igualmente desgastado por el tiempo, fabricado con durmientes de madera roja, californiana. Llegaron al portón, lo abrieron y avanzaron por ese lugar hasta salir de allí.

-Es esto, estoy segura . .. -dijo Saxon convencida-. Sigue adelante, Billy.

Entre los árboles apareció una casita campesina, enjalbegada, con los vidrios rotos.

-Parece como si hablase de tus madroños. . .

Billy señaló uno que parecía el padre de todos los madroños. Tenía seis pies de diámetro en la base del tronco enorme y recio que se elevaba frente a la casita.

Mientras caminaban alrededor de la casa hablaban en voz baja debajo de los grandes robles. Se detuvieron delante del pequeño corral. No desengancharon los animales, sino que los ataron y comenzaron a explorar. El suelo ondulado estaba densamente cubierto con robles desde la margen hasta el prado. Mientras caminaban entre los arbustos asustaron a una veintena de codornices que levantaron vuelo.

-¿Y qué hay de la caza? -le preguntó Saxon.

Billy hizo una mueca y se inclinó para examinar un manantial de agua clara y burbujeante que formaba una corriente sobre el prado. El terreno parecía quemado y agrietado por el sol.

Saxon se sintió decepcionada, pero Billy hizo sonar los dedos sin emitir ningún juicio

definitivo.

-El suelo es rico -dijo-. Es la crema del suelo, que ha sido, lavado por las lluvias, por el agua de las colinas-desde hace diez mil años. Pero . . .

Miró a su alrededor observando la topografía del prado. Avanzó hacia los árboles de madera roja que se hallaban por detrás y en seguida regresó.

-Tal como está no es bueno -dijo-, pero será mejor si se lo trabaja. Es necesario un poco de sentido común y bastante desecamiento: Este prado es una cuenca creada por la naturaleza que aun no ha sido nivelada. Tiene una pendiente pronunciada que cruza los árboles hasta el arroyo. Ven y te lo mostraré.

Pasaron entre árboles de madera roja y llegaron al arroyo Sonoma. No se escuchaba ningún canturreo. Las aguas fluían hacia un estanque tranquilo. Los sauces caían blandamente hacia uno de los costados y acariciaban el remanso. Enfrente se veía una orilla elevada. Billy midió con la mirada la altura de la margen y la profundidad de las aguas con la rama seca de un árbol.

-Quince pies -dijo-. Esto permite nadar desde la orilla. Hay cerca de cien yardas ida y vuelta.

Continuaron caminando al pie del estanque natural, que se vaciaba en un zanjón después de surcar un lecho rocoso, y terminaba estancándose en otra pileta natural. Mientras miraban, una trucha saltó sobre el agua y cayó nuevamente dibujando un amplio círculo sobre la superficie de las aguas mansas.

-Sospecho que nos pasaremos el invierno en Caimel -dijo Billy-. Este lugar ha sido especialmente creado para nosotros. Mañana temprano averiguaré a quién le pertenece.

Mientras daba de comer a los animales, media hora después, le llamó la atención a Saxon el silbato de una locomotora que distinguió perfectamente.

-Y ahí tienes tu ferrocarril. Ese tren está entrando en Glen Ellen, sólo a una milla de aquí.

Saxon estaba dormitando debajo de las frazadas cuando Billy la sacó de su adormecimiento.

-¿Y si el dueño de esto no quiere venderlo?

-No tengo la menor duda en ese sentido -respondió Saxon con un tono muy firme-. Este es nuestro lugar. Tengo una certeza absoluta.

XVIII

Fueron despertados por los ladridos de Possum que, indignado, le reprochaba a tres ardillas que no quisieron descender del lugar donde estaban, con el evidente fin de darles muerte. Las ardillas parloteaban tranquilamente en su misterioso e incomprensible idioma, cosa que exasperó más a Possum, que a toda costa quería saltar al árbol. Billy y Saxon rieron ante la ira del perro.

-Si éste será nuestro lugar, la muerte no existirá para las tres ardillas -dijo el marido.

Saxon le apretó la mano, como diciéndole que estaba de acuerdo, y se sentó. Desde la orilla del arroyo llegaba el canto de una alondra.

-No nos queda nada por desear -dijo ella suspirando dichosamente.

-Sí, salvo los hechos -la corrigió Billy.

Después de un desayuno apresurado comenzaron a explorar el lugar, recorrieron sus límites irregulares y lo cruzaron en diversas direcciones, desde el cerco de durmientes hasta el arroyuelo y viceversa. En el extremo del prado, sobre la margen del agua encontraron siete manantiales.

-Aquí tienes el abastecimiento de agua -le dijo Billy-. Deseca el prado, trabaja el suelo, y por medio de fertilizantes y de riego se podrán obtener recolecciones durante todo el año. Debe haber unos cinco acres, y no los cambiaría por los de la señora Mortimer.

Sobre la margen encontraron el antiguo plantío, donde llegaron a contar hasta veintisiete árboles descuidados pero de amplios troncos.

-Detrás de la casa, sobre lo alto de la estribación, podríamos cultivar fresas -Saxon se detuvo para considerar otra idea que había acudido a su mente-. Si la señora Mortimer viniera para darnos consejos ... ¿Crees que lo haría, Billy?

-Creo que sí. Desde San José sólo hay cuatro horas de viaje. Pero antes debemos asentarnos aquí, y luego podrías escribirle.

El arroyo Sonoma limitaba en una extensión bastante considerable con la pequeña granja por dos de sus costados de los cercos desgastados, y el cuarto límite era el Wild Water.

-¡Tendríamos por vecinos a ese hombre y esa mujer tan encantadores! -exclamó Saxon-. Wild Water sería el límite entre ellos y nosotros.

-Pero esto todavía no es nuestro -dijo él-. Vamos a visitarlos. Creo que algo podrán decirnos acerca de todo esto.

-Es tan bueno como puede serlo -respondió ella-. Lo más difícil fue encontrarlo. Y quien quiera que sea su propietario parece que no se preocupa mucho por su inmueble. Da la impresión que no hace mucho tiempo que vive por aquí. ¿Estás contento?

-Absolutamente -respondió con franqueza el marido-. El único inconveniente es que no se encuentra bastante alejado.

Hubo decepción en el rostro de Saxon, y por un momento renunció a ese sueño.

-Lo compraremos ..., ya está resuelto -dijo-. Pero más allá del prado hay poco pasto y demasiados árboles.... apenas para un par de caballos y una vaca. Pero eso no me preocupa. No podemos tenerlo todo, y así como está es muy bueno.

-Lo llamaremos "el comienzo" -le dijo ella consolándole-. Luego podremos ampliarlo..., quizás con el campo que corre ascendiendo sobre Wild Water y que se extiende hasta los árboles que vimos ayer...

-Allí donde hice pastar a los animales -agregó Billy con un relampagueo en sus ojos-. ¿Por qué no? Muchas cosas se han convertido en realidad desde que comenzamos a andar por los caminos. Tal vez eso también se convierta en una realidad.

-Nos esforzaremos en conseguirlo, Billy.

-Sí, trabajaremos como el mismo diablo -e hizo una mueca.

Atravesaron el portón rústico y avanzaron por un camino que estaba bordeado de árboles silvestres. No había ningún indicio de vida hasta que bruscamente se encontraron frente a la casa, que estaba oculta en la arboleda. Era octogonal y de proporciones tan ajustadas que sus dos pisos no daban la impresión de ser muy altos. En ese lugar la casa estaba bien ubicada. Podía suponerse que había surgido del suelo, de la misma manera que los árboles. No había ningún terreno recortado. Las malezas crecían hasta llegar a la misma puerta. El porche, bajo la entrada principal, sólo se elevaba un escalón por encima del suelo. Sobre la cornisa del

porche leyeron en letras curiosamente labradas "Trillium Covert".

-Suban directamente, buena gente -les gritó una voz desde arriba, como respuesta ante el golpe que Saxon había dado. Retrocedieron un poco y miraron hacia arriba. Una señora pequeña les sonreía desde el descansillo de una terraza alta. Vestida de entrecana, con ropas rosadas, Saxon volvió a encontrarla muy semejante a una flor.

-Empujen simplemente la puerta del frente y encontrarán el camino -dijo la dueña de casa.

Saxon inició la marcha seguida de su esposo. Llegaron hasta una habitación llena de luz y con muchas ventanas, donde había un gran tronco que se quemaba en el interior de una estufa de piedra sin labrar. Sobre la piedra había un enorme cacharro mejicano lleno de ramillas y flores otoñales, veteadas pero sin pulir. El aire parecía embalsamado por el olor -a madera limpia. En un rincón de la estancia, un poco más lejos, se veía un órgano de nogal. Todos los rincones eran amplios y daban al ambiente una configuración octogonal. En otro sitio había muchas repisas con libros. A través de la ventana, y por encima de un diván bajo, se veía un tranquilo paisaje otoñal con árboles y hierbas amarillentas, caminitos con el césped pisoteado que conducían a los distintos lugares dentro de la finca. Por una encantadora escalera interior se ascendía hasta el piso alto. Allí los recibió la pequeña dueña de casa y los condujo hasta un lugar, que Saxon adivinó en el acto que se trataba de la habitación de la señora. Los dos lados octogonales de la casa, que convergían en ese aposento amplio, estaban llenos de ventanas. Desde el techo hasta el suelo había repisas con libros. Los libros pululaban por todos lados, sobre la mesa, en el diván, encima del escritorio. Desde el marco de una ventana abierta un florero con ramitas de plantas otoñales embalsamaba la habitación con un aroma suave. La mujer se sentó en una pequeña silla esmaltada de un color rojo guinda, como ésas que hacen las delicias de los chicos, y comenzó a balancearse en el asiento.

-Es una casa rara -dijo riendo con expresión juvenil la señora Hale-. Pero nos gusta de esta manera. Edmund la hizo él mismo..., hasta en el lugar donde tuvo que utilizar plomo, y en verdad pasamos momentos terribles antes de lograrlo todo.

-¿Y esa madera dura de los pisos inferiores?, ¿y la estufa? -le preguntó Billy.

-Todo, todo -dijo ella con orgullo-. Y también la mitad de los muebles, y el escritorio de cedro, y la mesa : . . , todo lo hizo con sus propias manos.

-Son manos gentiles -dijo impulsivamente Saxon.

La señora Hale la miró rápidamente. El rostro estaba encendido de gratitud.

-Son las manos más gentiles que conocí en mi vida -respondió suavemente-. Y usted es encantadora por haberlo observado sólo con pasar por aquí.

-No pude dejar de hacerlo -dijo la visitante con sencillez.

Su mirada se dirigió más allá de la señora Hale, atraída por la pared que se parecía a los panales de miel salpicados con abejas doradas. En las paredes había unos pocos cuadros.

-Todos son de personas -dijo Saxon recordando las bellas telas que había en la casa de Mark Hall.

-Las ventanas son los marcos de mi paisaje -dijo la dueña de casa señalando hacia afuera-. Aquí adentro sólo deseo tener los rostros de las personas que estimo, y a las que no siempre puedo tener cerca de mí. Algunos son terribles corsarios.

-Oh -dijo Saxon de pie, delante de una fotografía-. ¿Usted conoce a Clara Hastings!

-Creo que debería conocerla. Lo hice todo por ella, menos tenerla en mi regazo. Llegó hasta mí cuando era una criatura. Su madre era mi hermana. ¿Sabe que usted se le parece mucho? Ayer se lo dije a Edmund, quien ya lo había observado. Por eso no es sorprendente que su corazón se alegrara al verla conducir el carromato y los hermosos caballos.

De manera que la señora Hale era tía de Clara..., gente de raza antigua que había cruzado las llanuras. Y ahora Saxon sabía por qué le recordaba tanto a su madre.

Durante la conversación que sostuvieron ambos, Billy parecía bastante alejado, mientras observaba el minucioso trabajo en la madera de cedro. Saxon le contó el encuentro con los Hastings en el yate, durante el viaje hacia Oregón. La señora Hale dijo que habían partido nuevamente despachando sus caballos desde Vancouver, y luego tomaron el ferrocarril Canadian Pacific, en camino a Inglaterra. La señora Hale había conocido los poemas de la madre de Saxon, y le dio a conocer no sólo la "Historia en Recortes" sino también una antología muy seria que contenía poemas que Saxon desconocía en absoluto. La dueña de casa le dijo que se trataba de un dulce canto, y muchos de los poemas habían sido recitados en la época de oro pero ahora estaban olvidados. Por aquel entonces no se conocían las

grandes revistas y los poemas languidecían dentro de las páginas de los periódicos lugareños.

La conversación se deslizaba ahora acerca de cómo Jack Hastings se había enamorado de Clara. Y después, cuando visitó Trillum Covert, se enamoró del valle de Sonoma y compró una magnífica propiedad campesina, aunque poco sabía de esa vida, ya que frecuentemente deambulaba de un lado para otro por todo el mundo. La señora Hale le contó de su propia travesía de las llanuras cuando todavía era muy pequeña, alrededor del año cincuenta, y que conocía, de la misma manera que la señora Mortimer, todo lo referente a la lucha en Little Meadow y a la masacre del convoy de carretas, del cual el padre de Billy fue el único sobreviviente.

-Y de esta manera sucede -dijo Saxon después de una hora de conversación -que hemos estado tres años entregados a la búsqueda del valle de la luna, y ahora por fin lo hemos encontrado.

-¿El Valle de la Luna? -le preguntó la señora Hale-. Entonces ustedes conocían esto desde el primer momento. ¿Y por qué tardaron tanto en llegar?

-No, no sabíamos nada. Emprendimos su búsqueda a ciegas, simplemente. Mark Hall decía que se trataba de una peregrinación y siempre nos hacía bromas, y agregaba que deberíamos llevar grandes postes, ya que florecerían cuando llegásemos al lugar, y entonces nos sería fácil reconocerlo. Se reía de todas las cosas que esperábamos encontrar en nuestro valle, y una noche me llevó hasta su telescopio para que mirara la luna, donde hallaría un lugar tan estupendo. Se refería al brillo que tenía la luna, pero adoptamos ese nombre y seguimos buscándolo.

-Qué coincidencia -exclamó la señora Hale-, porque éste es el Valle de la Luna.

-Lo sabía -dijo Saxon con tranquilidad y confianza-. Tiene todo lo que queremos.

-Oh, usted no me entiende, querida. Este es el Valle de la Luna. Se llama el Valle de Sonoma, y Sonoma es una palabra india que quiere decir valle de la luna. Así lo llamaron los indios, mucho tiempo antes de que los primeros hombres blancos llegaran hasta aquí. Los que aman el lugar todavía lo nombran de esta manera.

Entonces Saxon recordó las misteriosas alusiones que Jack Hastings y su esposa le habían hecho respecto de eso, y la conversación siguió en el mismo tono hasta que Billy se sintió inquieto. Tosió de una manera significativa e interrumpió la charla. -Necesitamos informaciones de la propiedad que está del otro lado del arroyo. . . , queremos saber quién es el propietario, si la venden, dónde encontrarle y todas esas cosas.

La señora Hale ya estaba de pie.

-Vamos al encuentro de Edmund -dijo tomando a Saxon de la mano y abriendo la marcha.

-Oh -dijo Billy-, creía que Saxon era pequeña, pero haría dos como usted.

-Y usted es alto -sonrió la pequeña mujer-, pero Edmund es más alto y de espaldas más anchas.

Cruzaron el vestíbulo brillantemente iluminado y encontraron al encantador dueño de casa reclinado sobre un sillón hamaca y leyendo. Junto a él había una silla pequeña esmaltada en rojo. Recostado con la cabeza sobre las rodillas, mirando en dirección al fuego encendido, se hallaba un gato muy grande que tenía franjas grandes en la piel. De la misma manera que su amo miro a los recién llegados. Saxon experimento nuevamente la agradable sensación de su rostro, ojos y manos.. . , a los que había mirado sin querer. Quedo impresionada otra vez por la delicadeza de las manos. Eran manos para el amor, de una especie de hombre que ni en sueños había imaginado que existiera.

Ninguno de aquel alegre grupo de Carmel se le parecía. Aquéllos eran artistas, éste era un filosofo, un estudioso. Tenía la benevolencia de la sabiduría en vez de la pasión y rebelión alocada de la juventud. Aquellas manos habían conocido todas las amarguras de la vida, pero solo habían extraído de entre aquéllas las dulzuras de la existencia. Apreciaba mucho a esa gente, pero temblaba al pensar que cuando llegaran a la edad que tenía ese hombre se convertirían en carmelitanos .... especialmente el crítico teatral y el hombre de hierro.

-¡Aquí están las buenas criaturas, Edmund! -dijo la señora Hale-. ¿Sabes qué quieren? Comprar el campo de Madroño. Lo han buscado durante tres años. Olvidé de decirles que nosotros buscamos durante diez años antes de encontrar el Trillium Covert. Cuéntales todo. Tal vez el señor Naismith sigue dispuesto a vender.

Se sentaron en sillas sólidas, sencillas, mientras que la señora lo hizo en el pequeño asiento esmaltado de rojo, junto al gran sillón que ocupaba Edmund. Mientras Saxon escuchaba la conversación se fijaba con atención en la sobria habitación llena de libros.

Comprendía ahora de qué manera una simple estructura de madera y de piedra podía trasmitir el espíritu de quien la había concebido y construido. Esas manos delicadas lo habían hecho todo…, hasta los muebles, sospechaba, y sus ojos vagaban desde la mesa de trabajo hasta el lugar de lectura, cerca de la cama, en la habitación contigua, donde había una lámpara de pantalla verde, libros y revistas, apilados y ordenados.

El les dijo que la cuestión del campo del Madroño sería bastante fácil porque Niasmith vendería. Había deseado vender desde hacía cinco años, cuando comenzó a dedicarse al embotellamiento de agua mineral en los manantiales, en la parte baja del valle. Era algo bueno que él fuese el dueño, porque el resto de las tierras pertenecían a un francés, que fue de los primeros en establecerse allí y que no se desprendería ni de un pie de terreno. Era un campesino que sentía un gran amor por la tierra, sentimiento que se había transformado en una enfermedad, casi una obsesión. Era un avaro de la tierra. No tenía capacidad para los negocios, era viejo y estaba lleno de prejuicios, y a pesar de toda su tierra era muy pobre, no sabiendo si primero le llegaría la muerte o la bancarrota.

Ahora bien, en cuanto al campo del Madroño era de propiedad de Naismith, que pedía cincuenta dólares por acre. Harían en total unos mil dólares, porque tenía una extensión de veinte acres. Si seguían los métodos antiguos la inversión en el trabajo agrícola no sería compensatoria. Pero desde el punto de vista comercial sería conveniente porque el lugar se hallaba a punto de ser descubierto y no se encontraría mejor sitio para una residencia de verano. Y por el clima y la belleza valía mil veces el precio anterior. Y también sabía que el dueño haría la venta a plazos casi por la totalidad de su valor. Edmund les aconsejaba que lo arrendaran por dos años con una opción a comprarlo, y lo que obtuvieran del trabajo del suelo podrían destinarlo a la adquisición del mismo, si es que deseaban hacerlo. También Naismith había llegado a un acuerdo semejante con un suizo que pagaba un alquiler mensual de diez dólares. Pero la mujer del mismo había fallecido y entonces se había marchado.

Edmund adivino inmediatamente el sacrificio que comportaría para Billy, aunque no se dio perfecta cuenta de la naturaleza del mismo, pero todo se aclaro gracias a varias preguntas: Billy tenía el deseo del pioneer que necesita mucho espacio, terreno ganado a las colinas y ciento sesenta acres con la extensión más reducida que era posible concebir.

-Pero no necesitan tanta tierra, querido amigo -dijo con suavidad el dueño de casa -. Creo que comprende lo que es el cultivo intensivo. ¿Pero sabe algo de la cría intensiva de caballos?

Billy agachó la cabeza ante la novedad de la idea. Lo pensó pero no encontró ninguna similitud entre ambos procesos. En sus ojos apareció el descreimiento.

-¡Debería demostrármelo! -le dijo.

El hombre más viejo sonrió con amabilidad.

-Analicemos un poco. En primer lugar usted no necesita esos veinte acres, salvo por su belleza. En el prado hay cinco acres. No necesita más que dos para ganarse la vida cultivando hortalizas. Y en realidad, trabajando ambos hasta que anochece no podrían cultivar muy bien ni esos dos acres. Le quedan tres acres, pues. En los manantiales tiene abundante agua para ellos. No tiene que contentarse con una cosecha por año como los otros agricultores de este valle. Trabájelos durante todo el año como si se tratase del huerto del fondo de su casa, intensivamente, con cultivos que alimentarán a los caballos, irrigando, fertilizando el suelo y efectuando la rotación de las siembras. Esos tres acres mantendrán muchos caballos si los comparamos con grandes extensiones de tierra que no se cultivan, descuidadas, que tienen los pastos echados a perder. Vuelva a pensarlo y le prestaré libros sobre la materia. No sé cuán abundantes serán sus recolecciones ni tampoco lo que come un caballo, pero eso es cosa suya. Pero estoy seguro de que con un peón que tomara para ayudar a su mujer en la huerta de las hortalizas contará con todo lo que necesita, en el instante que sea dueño de los caballos. Entonces sí que será el momento de conseguir más tierra, de tener más caballos, de ser más rico, si es que para usted ésa es la felicidad.

Billy comprendió. Exclamó entusiasmado:

-¡Usted sí que es granjero!

Edmund sonrió y miró en dirección a su esposa.

-Dale tu opinión sobre este asunto, Anita.

Mientras hablaba los ojos le guiñaban.

-Nunca se dedicó a la tierra pero sabe -agitó la mano señalando las paredes recubiertas con libros-. Es un estudioso, y de los buenos. Estudia todas las cosas que se han hecho bajo el sol, las cosas de los hombres buenos. Su placer está en los libros y en las tallas de madera.

-Pero no te olvides de Dulcie -protestó amablemente el hombre.

-Sí, y también en Dulcie -rió Anita-. Dulcie es la vaca que tenemos. Uno de los más grandes problemas que se ha planteado Hastings, es saber quién ama más a quién: Edmund a la vaca, o Dulcie a Edmund. Cuando se va a San Francisco, el animal se siente desdichado. Y lo mismo le pasa a Edmund, y tanto que regresa precipitadamente. Oh, Dulcie me dio muchos disgustos, celos. Pero debo confesar que Edmund la comprende como nadie.

-Es que es algo que siento por experiencia -dijo Edmund-. Soy muy entendido en vacas Jersey. Véame si necesita consejo sobre el particular.

Se levantó y se dirigió hacia las repisas de libros. Era magníficamente alto. Se detuvo con un libro en las manos para responder a una pregunta de Saxon. No, allí no había mosquitos, salvo en el verano, cuando soplaba el viento del sur durante diez días seguidos, cosa que por otra parte era desusada, y entonces sí que llegaban algunos pocos mosquitos desde la bahía de San Pablo. En cuanto a la niebla era algo natural del valle. En el lugar donde se hallaban, protegidos por la montaña Sonoma, las nieblas casi siempre eran altas. Avanzaban unas cuantas millas desde el océano pero eran desviadas por la Montaña Sonoma, rechazadas hacia lo alto, hacia el aire. Además, Trillium Covert y el campo del Madroño felizmente estaban unidos por un estrecho cinturón termal, de manera que durante las mañanas heladas del invierno la temperatura era en unos grados más alta que en el resto del valle. En realidad, las heladas eran muy raras allí, lo que se probaba por el éxito en el cultivo de naranjos y limoneros.

Edmund siguió seleccionando títulos hasta extraer un buen número de libros. Abrió uno que estaba encima de todos: "Tres acres y la libertad", de Bolton Hall, y les leyó algo acerca de un hombre que recorría anualmente seiscientas cincuenta millas y cultivaba veinte acres a la antigua, lo que le producía tres mil bushels de malas patatas. Y después leyó algo de otro hombre, un granjero de la nueva generación, que sólo cultivaba cinco acres y recorría doscientas millas por año y producía tres mil bushels de patatas tempranas, escogidas, que vendía a un precio unas cuantas veces superior al que percibía el granjero anterior.

Saxon tomó los libros y, mientras los colocaba en los brazos de Billy, fu¿ leyendo los títulos: "Frutas de California", de Wickson; "Hortalizas de California", también de Wickson; "Fertilizantes", de Brooks; "Aves de corral", de Watson; "Irrigación y desecamiento", de Kings; "Campos, fábricas y talleres", de Kropotkine, y el N 22 del "Boletín del Granjero", que estaba dedicado a "La alimentación de los animales de granja".

-Cuando quiera más libros venga por aquí -le dijo Edmund-. Tengo cientos de libros sobre agricultura, y además todas las publicaciones oficiales sobre esos temas. . . Y tiene que conocer a Dulcie cuando tenga un momento libre -agregó ya desde la puerta, levantando la voz para ser escuchado.

XIX

Cuando la señora Moitimer llegó con los catálogos de semillas y los libros de agricultura, se encontró con que Saxon estaba enfrascada en la lectura de libros sobre temas rurales que le había prestado Edmund. Saxon le mostró los contornos del lugar donde se encontraban y la visita quedó prendada de todo, inclusive de las condiciones del contrato de arrendamiento con opción de compra. .

-Y ahora -dijo- ¿qué van a hacer? Siéntense ambos. Esto será un consejo de guerra, y soy la única persona en el mundo ' que puede decirles lo que deben hacer. Y tenía que ser yo, porque cualquier persona que ha reorganizado y catalogado una gran biblioteca de ciudad podría asombrarlos a ustedes, que son gente joven, en muy pocos instantes. Ahora bien, ¿por dónde empiezo? Antes que nada hay que decir que el campo del Madroño es una ganga. Conozco suelos y climas, y sé lo que es hermoso. El campo del Madroño es una mina de oro. En ese prado hay una fortuna. Trabájenlo bien .... y luego les hablaré de eso. Antes que todo, aquí está la tierra, pero, en segundo lugar, ¿qué harán con ella? ¿Ganarse la vida? Por supuesto. ¿Con hortalizas? Naturalmente. ¿Pero qué harán una vez que las hayan recogido? Venderlas, por cierto. ¿Pero dónde? ... Bueno, ahora escúchenme ... Deben hacer de la misma manera que yo, evitar el intermediario, vender directamente al consumidor. Hay que crearse su propio mercado. ¿Saben qué vi por la ventanilla del vagón del ferrocarril, viajando por el valle, sólo a pocas millas de aquí? Hoteles, termas, recreos de verano, de invierno . . ., en fin, poblaciones, bocas para comer, un mercado ... ¿Y cómo se abastece ese mercado? Busqué en vano sin encontrar los carros de los hortelanos ... Billy, enganche sus animales y esté listo para conducirnos a Saxon y a mí después de comer. No se inquiete por otra cosa. Deje las cosas tal cual están. ¿Qué fin tiene el partir hacia un lugar si carecen de dirección? Pero en la tarde de hoy trataremos de encontrarla, y de esa manera sabremos dónde nos hallamos . . . , y entonces. . . -le miró a Billy sonriendo.

Pero Saxon no los acompañó. Había mucho que limpiar dentro de la casa, ya que hacía mucho tiempo que había sido abandonada, y también prepararlo todo para que la señora Mortimer pudiese hospedarse allí. La señora y Billy regresaron mucho después de la hora fijada para la cena.

-Son las criaturas más afortunadas que conozco -comenzó a decir ella inmediatamente-. Precisamente, este valle está despertando. Aquí tienen su mercado. No hay ni un competidor en el valle. Me pareció que esos recreos eran nuevos. Caliente, Aguas Calientes de Boyes, el Verano y los otros. Además están los pequeños hoteles de Glen Ellen, casi en la puerta de al lado. Conversé con todos los propietarios y gerentes.

-Es una maga - dijo Billy admirado-. Dios la hizo con vocación comercial. ¡La hubieses visto!

La señora Mortimer agradeció el cumplido y entró de lleno en el asunto:

-¿De dónde vienen todos los vegetales? Los carros tienen que recorrer de doce a quince millas desde Santa Rosa y desde lo alto de Sonoma. Allí están las granjas más cercanas que acarrean sus productos por los caminos y me dijeron que cuando éstas no pueden satisfacer las grandes necesidades, entonces hay que traer las cosas desde San Francisco por ferrocarril. Les presenté a Billy y estuvieron de acuerdo en ayudar la producción del lugar. Además les resultará mejor a ellos mismos. Ustedes les entregarán hortalizas más frescas y baratas que los otros. Y deberán esforzarse por entregar vegetales en esas condiciones. Y no olviden que la entrega les resultará a ustedes menos onerosa, por la proximidad en que se hallan. Así no tendrán que hacer prodigios con los huevos del día. Tampoco habrá nada de conservas y dulces, pero tienen un espacio considerable sobre la margen para cultivar hortalizas. Mañana por la mañana les ayudaré a instalar los gallineros con sus provisiones. Además, están los pollos capones para el mercado de San Francisco. Primero comenzarán en escala reducida, como si fuera un renglón secundario. También les aconsejaré sobre el asunto y les mandaré lo que se ha publicado sobre la materia. Tienen que pensar con la cabeza y dejen que los otros trabajen. Esto es necesario entenderlo bien. Las recompensas que se obtienen por la dirección siempre son superiores a las de los jornaleros. Deberán llevar libros de contabilidad, porque tienen que saber siempre el suelo que están pisando. Tienen que conocer qué compensa y qué no, y cuáles son las cosas que convienen. Eso se los dirán los libros. Se los demostraré en muy poco tiempo.

-¡Y pensar que todo se puede hacer en dos acres! -dijo Billy.

La señora Mortimer le clavó una mirada penetrante.

-Dos acres para empezar le dijo ella un poco ásperamente-. Después serán cinco acres, y entonces estará en condiciones de abastecer a su mercado. Y ni bien lleguen las lluvias, muchacho, tendrá las manos completamente ocupadas en los caballos y quedará cansado desecando el pasto. Mañana trabajaremos sobre ese suelo liso. También está el asunto de las fresas en esa margen. Y además las uvas de mesa, que son de las mejores. Esas son las que obtienen los precios más altos. Luego hay que estudiar el asunto de las frambuesas, pero no se engañen con las fresas. No es como el viñedo ¿sabe? Examiné el plantío y está en buenas condiciones. Después resolveremos la cuestión de la poda y de los injertos.

-Pero Billy quiere tres acres para el prado -dijo Saxon en la primera oportunidad que se presentó.

-¿Para qué?

-Necesita cultivar heno y otros forrajes para los caballos que criará.

-Cómprelos con una parte de las ganancias que den esos tres acres -dijo inmediatamente la señora Mortimer.

Billy tragó saliva y parecía que renunciaba a algo.

-Muy bien -dijo haciendo alarde de buena voluntad-. En adelante nos quedaremos con los yuyos.

Durante el tiempo que duró la visita de la señora Mortimer, Billy dejó que las mujeres arreglaran las cosas por sí mismas. En Oakland se había iniciado un período de trabajo intenso, y desde los establos de West Oakland llegaban urgentes pedidos de equinos. Por esa razón estuvo permanentemente fuera de la casa, tanto durante la mañana como la tarde, recorriendo la zona en busca de animales jóvenes de trabajo. De esa manera desde un comienzo conoció casi totalmente el valle. También hubo una liquidación de yeguas en los establos de West Oakland, cuyos cascos estaban completamente deshechos por el duro pavimento de la ciudad, y se le ofrecía prioridad en la adquisición a precio que eran una verdadera ganga. Eran buenos animales, y sabía su calidad, pues los conocía desde hacía mucho tiempo. El suelo suave del campo, después de un previo descanso de pastoreo y una vez arrancadas las herraduras, las pondría otra vez en forma. No serían útiles sobre el duro pavimento de la ciudad, pero trabajarían durante años en las tareas campesinas. Y -además habría que considerar la cría que dejarían. Pero no podía gastar dinero para comprarlas. Estuvo preocupado sobre ese asunto sin decirle nada a Saxon.

Por las noches se sentaba en la cocina y fumaba escuchando todo lo que decían las mujeres, lo que habían hecho y lo que proyectaban. La mejor clase de caballos era difícil de conseguir, y se decía a sí mismo que era como traer un diente obtener que un campesino se privara de uno de esos animales, a pesar de haber sido autorizado a aumentar los precios de compra hasta los cincuenta dólares. Con la aparición del automóvil, el precio de las bestias pesadas de tiro seguía en alza sin embargo. Desde lejanos tiempos, que Billy casi no recordaba, el precio había ido siempre en aumento. Después de un gran terremoto los precios habían dado un gran salto. Pero nunca se produjo baja alguna.

-Billy ¿usted gana más como comprador de caballos que como jornalero, no es así? -le preguntó la señora Mortimer-. Bueno, entonces no tendrá que desecar el prado, ararlo o cualquier cosa semejante. Debe mantenerse comprando caballos. Trabaje con su cabeza. Pero, aparte de eso, tendrá que pagar a un peón para el cultivo de las hortalizas de Saxon. Será una buena inversión que producirá ganancias rápidas.

-Seguramente -asintió él-. Para eso se da trabajo a todo el mundo, para sacarle provecho. ¿Pero cómo Saxon y un hombre podrán trabajar cinco acres cuando el señor Hale dice que nosotros solamente no lo haríamos en dos? Eso es lo que no entiendo.

-Saxon no trabajará -respondió la señora Mortimer-. ¿Usted me ha visto trabajando en San José? Saxon trabajará con la cabeza. Es hora que lo comprenda. Las personas que no usan la cabeza para nada sólo ganan dólar y medio por día. Y eso no va a satisfacer a Saxon. Bueno, pero escuche. Esta tarde tuve una r larga conversación con el señor Hale. Dice que por aquí prácticamente no hay jornaleros que puedan ayudarles.

-Lo sé -la interrumpió Billy-. Todos los hombres aptos se han marchado a la ciudad. Sólo queda el residuo. Y los hombres capaces que quedan no trabajan por un salario.

-Eso es absolutamente cierto ... Bueno, criaturas, escuchen. Sé todo eso y hablé con el señor Hale. Está dispuesto a ayudarlos. Sabe lo que hace y está relacionado con la prisión. Abreviando, usted tendrá a su cargo a dos presos de San Quintín bajo libertad condicional, y

ellos le servirán de hortelanos. Por aquí hay bastantes italianos y chinos, y son los mejores cultivadores de hortalizas. Matarán dos pájaros de un solo tiro. Serán útiles a los pobres presos y a ustedes mismos.

Saxon vacilaba, estaba sorprendida, mientras que Billy re. flexionaba sobre el asunto.

-¿Ustedes conocen a John? Es el hombre que tiene el señor Hale. ¿Qué les parece?

-Quisiera encontrar uno así hoy mismo -dijo Saxon con ansiedad-. Es un alma buena y leal. La señora Hale me contó muchas cosas acerca de él.

-Pero seguramente hay algo que no le ha contado -sonrió la señora Mortimer-. Es un preso que se encuentra en libertad condicional. Hace veintiocho años, después de un arrebato enceguecedor, mató a un hombre en una disputa por sesenta y cinco dólares. Y hace tres años que salió de la cárcel y está con los esposos Hale. ¿Recuerdan a Luis, el viejo francés que trabaja en mi campo? También está en idénticas condiciones. Eso lo resuelve todo. Por supuesto que cuando vengan esos hombres tendrán que pagarles salarios buenos .... y haremos para que ambos sean de la misma nacionalidad, chinos o italianos, bueno, cuando lleguen, John con la ayuda de ellos y bajo la dirección del señor Hale, improvisará una pequeña choza para que puedan vivir. Ya hemos elegido el lugar. Y cuando la granja se encuentre en plena labor, necesitarán más mano de obra. De modo que usted, Billy, tendrá que estar bien atento cuando dé vuelta por el valle.

A la noche siguiente Billy no regresó a su casa, y a las nueve de la noche apareció a caballo un muchacho de Glen Ellen que traía un telegrama. Billy lo había despachado desde el condado de Lake. Andaba buscando caballos para mandarlos a Oakland.

Sólo tres noches más tarde regresó a su casa fatigado y agotado pero con un aire mal disimulado de envanecimiento.

-¿Qué estuvo haciendo durante todos estos días? -le preguntó la señora Mortimer.

-Usando mi cabeza -dijo en un tono tranquilo y jactancioso-, matando dos pájaros de un solo tiro. Y le aseguro que maté a una bandada entera. Recibí la noticia de aquello en Lawndale, y debo decir que Hazel y Hattie estaban bastante cansadas cuando las alojé en Calistoga, y entonces entré en escena en St. Helena. Estaba sobre la huella y remaché el asunto..., eran ocho maravillas..., el verdadero conjunto de un criador de montaña. Eran animales jóvenes, buenos como dólares, y de los más ligeros que puedan hallarse en cualquier parte. Anoche los despaché desde Calistoga. Bueno, pero eso no es todo. Antes, durante el primer día, en Lawndale, vi a un individuo que tenía el contrato para los caballos de la cantera de piedra que se tenía que pavimentar. "¿Vendiendo caballos?", me preguntó. Parece que quería comprarlos, y lo deseaba con ansiedad. 0 sino, me dijo, deseaba alquilarlos.

-¡Y le despachaste los ocho que habías comprado! -le interrumpió Saxon.

-Tienes que suponer otra cosa. Compré los animales con el dinero de Oakland y fueron enviados a Oakland, pero me puse en contacto con el contratista de Lawndale y aceptó pagarme medio dólar diario de alquiler por cada caballo que le facilite hasta completar la media docena. Luego le telegrafié al patrón para que despachase seis de sus yeguas malheridas en los cascos, y que encargase a Bud Strothers de la selección, y que finalmente lo cargara todo a cuenta de mis comisiones. Bud sabe qué es lo que busco. Ni bien lleguen les arrancaré las herraduras. Las haré pastar durante dos semanas y luego las enviaré a Lawndale. Pueden hacer el trabajo. Se trata de un transporte de carga que se desliza cuesta abajo hasta la estación de ferrocarril, sobre un camino barroso. Medio dólar de renta por cada uno hacen . . . tres dólares por día, es decir seis dólares por semana. No las alimentaré ni herraré ni ninguna otra cosa, y sólo me limitaré a observarlas atentamente para que se las trate bien. ¡Tres dólares diarios! Bueno, supongo que esto servirá para mantener a un par de hombres a dólar y medio por día, y cada uno bajo las órdenes de Saxon, salvo que también trabajen los domingos. ¡Uff, el valle de la luna! No pasará mucho tiempo y ya podremos mostrarles los diamantes. Dios, un -hombre puede vivir mil años en la ciudad y no podría encontrar estas oportunidades. ¡Es aún mejor que la lotería!

Se levantó.

-Voy a darles de beber a Hazel y Hattie, y también las alimentaré y les prepararé un lugar para dormir. Comeré tan pronto como regrese -agregó Billy.

Las dos mujeres se miraron con los ojos encendidos. Cada una estaba a punto de decir algo cuando Billy volvió la cabeza desde la puerta y dijo:

-Tal vez haya una cosa que no han adivinado. Saco tres dólares por día pero las yeguas siguen siendo mías, son mías, ¿comprenden?

XX

-Todavía no he concluido con ustedes, niños -fueron las palabras que pronunció la señora Mortimer al partir. En varias ocasiones durante aquel invierno recibieron la visita de la amiga, que les aconsejó y le enseñó a Saxon a calcular sus recolecciones para el mercado inmediato, para la primavera y para el intenso verano, de manera que pudiese vender todo 19 que produjera sin llegar a satisfacer la demanda. Mientras tanto Hazel y Hattie se acostumbraban a arrastrar los abonos desde Glen Ellen, cuyos corrales nunca estuvieron tan limpios como entonces. También traían los fertilizantes que llegaban a la estación de ferrocarril, y que habían sido adquiridos por indicación de la señora Mortimer.

Los presos que fueron puestos . en libertad condicional resultaron chinos. Ya hacía tiempo que estaban en la cárcel y eran individuos de avanzada edad, pero el trabajo que realizaron mereció la aprobación de la señora Mortimer. Veinte años atrás Gow Yun había cuidado una huerta en una de las grandes posesiones de Menlo Park. Toda su desventura tuvo origen en una reyerta que se produjo en el barrio chino de Redwood City, y estuvo relacionada con ciertas maneras de cantar. Su compañero Chan Chi había sido un notable apuñaleador en los días de los "tongs", en San Francisco. Pero un cuarto de siglo de permanencia en los huertos de la cárcel le había enfriado la sangre y había cambiado el puñal por la hoz. Ambos llegaron a Glen Ellen como algo muy preciado, y fueron recibidos por el delegado policial, que estaba encargado de informar mensualmente a la prisión sobre la conducta de los individuos. Saxon, asimismo, enviaba regularmente un informe acerca de ambos al establecimiento penal.

Y en cuanto al riesgo de que asesinaran a alguien, bien pronto se sobrepusieron a ese temor. El puño cerrado del estado se elevaba amenazador sobre las cabezas de los individuos. Un solo trago de alcohol sería suficiente para que aquel puño se descargara y los hiciera volver a la cárcel. Tampoco tenían ninguna libertad de movimiento. Cuando el viejo Gow Yun necesitaba marchar a San Francisco para firmar algunos papeles delante del cónsul chino de la citada ciudad, primero debía solicitar permiso a San Quintín. Además, ninguno era de mal carácter. Saxon en un principio se sintió temerosa de trabajar junto a dos ex presidiarios, pero luego se acostumbró y la tarea le resultó agradable. Ella les ordenaba el trabajo, pero los hombres sabían cómo tenían que hacerlo. De ellos aprendió mil mañas y artificios en el trabajo de la huerta, y no tardó mucho tiempo en comprender qué indefensa se hubiese sentido si hubiera tenido que depender de la mano de obra del lugar.

Más adelante, el temor también desapareció porque no se encontraba sola. Había usado su cabeza. Muy pronto se dio cuenta que no podría observar el trabajo de afuera y realizar al mismo tiempo las tareas de la casa. Escribió a una buena viuda que había sido vecina en Ukiah para que se hiciera cargo del lavado, y el ofrecimiento fue aceptado de inmediato. La señora Paul, de cuarenta años de edad, de baja estatura y doscientas libras de peso, era realmente incansable. Tampoco sentía miedo de nada y, según Billy, hubiese sido capaz de reducir a polvo a los dos chinos con un solo golpe de puño. La señora Paul llegó acompañada de su hijo, un muchacho campesino que tenía dieciséis años, que entendía de caballos y que sabía ordeñar a Hilda, la hermosa vaca Jersey que había merecido la aprobación del ojo clínico de Edmund. Y aunque la señora Paul era bastante idónea en todas las tareas de la casa, había algo que Saxon no podía dejar que hiciera ninguna otra persona: lavar las prendas finas de su ropa interior.

-Cuando ya no pueda seguir haciendo eso -le dijo a Billy-, podrás tomar una pala de puntear y abrir un hoyo cerca de ese gran árbol de madera roja, sobre Wild Watter. Habrá llegado el momento de darme sepultura.

Fue en el comienzo de su establecimiento en el campo del Madroño, durante la segunda visita de la señora Mortimer, cuando su marido apareció cargado con unos caños. Y la casa, los gallineros y el corral tuvieron agua corriente que llegaba desde el tanque de segunda mano que habían instalado debajo del manantial de la casa.

-Creo que le puedo sacar provecho a mi cabeza -dijo-. Vi a una mujer del otro lado del valle que conducía agua a doscientos pies de distancia de la casa, desde el manantial, y empecé a calcular. Hacía un promedio de tres viajes diarios, y muchos más en los días de lavado, y podrás imaginarte lo que recorría cada año para acarrear el agua: ciento veinte millas. ¿Comprendes? ¡Ciento veinte millas! Le pregunté cuánto tiempo hacía que estaba allí, y me dijo que treinta y un años. Haz la cuenta tú misma ... ¡Tres mil setecientos ochenta y dos millas..., y todo eso por no tener doscientos pies de cañería! ¿No te enfermaría algo

semejante? Oh, todavía no está listo todo, pronto llegarán una bañera y canillas, ni bien abra el camino. Dime, Saxon, ¿conoces ese pequeño claro de suelo liso donde Wild Water penetra en el Sonoma? Hay cerca de un acre. ¡Y es mío! ¿Comprendes? Y no tendrás que caminar sobre la hierba. Será mi hierba. Abriré un conducto y colocaré un ariete. Conseguí uno de ocasión, bastante bueno por diez dólares, y bombeará más agua de la que necesitamos. Y verás cómo crece la alfalfa hasta que la boca se te haga agua. Necesito otros caballos para que den vueltas por aquí. Ocupas demasiado a Hazel y Hattie como para que yo pueda aprovecharlas. Y cuando comiences a despachar las hortalizas no podré usarlas para nada. Creo que con la alfalfa podré comprarme otro caballo.

-Pero por un tiempo tuvo que olvidarse de la alfalfa y de su deseo de otras empresas. En primer término aparecieron dificultades. Los cientos de dólares que tenía cuando llegaron al valle de Sonoma, y lo que había ganado después con las comisiones en la venta de caballos, todo se había esfumado en las mejoras y para vivir. La renta de dieciséis dólares que se obtenía por el alquiler de los caballos en Lawndale era empleada para el pago de los jornales. Y no podía comprar el caballo de silla que necesitaba para adquirir equinos. Pero eso también fue salvado utilizando la cabeza y matando dos pájaros de un solo tiro. Comenzó a amansar potros para engancharlos a vehículos, y de esa manera pudo llegar hasta los sitios donde buscaba caballos.

En ese sentido todo marchaba bien. Pero una nueva administración de San Francisco suspendió el adoquinado de calles en tren de economías, lo que significaba la paralización del trabajo en la cantera de Lawndale, que era una de las fuentes de abastecimiento de piedra para los afirmados. Entonces los seis caballos volverían a su poder y también tendría que darles de comer. ¿Cómo les pagaría entonces a la señora Paul, Gow Yun y Chan Chi?

-Me parece que mordemos más de lo que podemos masticar -le dijo a Saxon.

Esa tarde demoró algo para volver a la casa, pero cuando lo hizo traía una expresión radiante. Saxon también estaba contenta.

-Todo marcha muy bien -le dijo ella saliendo del corral donde Billy estaba desatando un potrillo nervioso pero cansado hablé con los tres. Se dan perfecta cuenta de la situación, y están conformes en dejar de percibir sus jornales durante un tiempo. Dentro de una semana comenzaré el trabajo de despachar las hortalizas con Hazel y -Hattie. Entonces afluirá el dinero de los hoteles y los libros no me parecerán tan pesados. Y una cosa, Billy, que nunca te hubieras imaginado. El viejo Gow Yun tiene cuenta en el banco. Se me acercó un poco después, creo que lo estuvo pensando, y me ofreció un préstamo de cuatrocientos dólares. ¿Qué te parece?

Que no me sentiré orgulloso si recibo dinero prestado de un chino. Si fuera un hombre blanco quizás lo aceptaría. Bueno, ¿a qué no imaginas donde he estado desde que te dejé esta mañana? Estuve tan ocupado que no tuve tiempo de probar bocado.

-¿Usando la cabeza? -rió Saxon.

-Puedes decir eso, si quieres -él también rió-. Estuve gastando dinero como si fuera agua.

-Pero no lo tenías contigo -se sorprendió ella.

-Te comunico que cuento con crédito en este valle -respondió Billy-. Y es casi seguro que esta tarde conseguí algo interesante.

-¿Un caballo de silla?

Billy estalló en una carcajada y asustó al potrillo, que trató de salir del corral y dio con el hocico contra la puerta.

-Realmente, es necesario adivinarlo -insistió cuando el caballo volvió a tranquilizarse.

-¿Dos caballos de silla, entonces?

-Oh, no tienes imaginación .. . Te lo diré. ¿Conoces a Thiercroft? Le compré en sesenta dólares la carreta grande que tenía. Le compré una carreta al herrero de Kenwood. .., una que no es muy buena pero que servirá, por cuarenta y cinco dólares. Y compré la carreta de Ping . . ., que es una maravilla . . ., por sesenta y cinco dólares. La hubiera conseguido por cincuenta si no se hubiese dado cuenta que me hacía mucha falta.

-¿Pero, y el dinero? -le preguntó Saxon con desfallecimiento-. Si no te quedan ni cien dólares . . .

-¿No te dije que tengo crédito? Bueno, así es no más. Les garanticé las carretas, y hoy no gasté ni un centavo en efectivo salvo para las comunicaciones a larga distancia. Después, compré tres juegos de arneses de segunda mano. . ., a veinte dólares cada juego. Se los

compré al hombre que llevaba las cargas para la cantera. Ya no los necesita y también le alquilé cuatro carros, y cuatro caballos grandes, a medio dólar diario por cada carro . . ,. lo que hacen un monto de seis dólares diarios que tengo que pagar. Los tres juegos de arneses son para mis caballos. A ver. . ., déjame calcular . .., alquilé dos corrales en Glen Ellen y pedí cincuenta toneladas de heno, y un carro de salvado y de cebada del depósito de Kenwood . . ., y también debo dar de comer a los catorce animales, herrarlos y todo lo demás. Sí, y también tomé a siete hombres, que conducirán los carros en lugar mío, a dos dólares por día cada uno ... Uff ... ¿qué he hecho?

-No -dijo Saxon con gravedad luego de pellizcarle, tomarle el pulso y poner la mano en su frente-, no hay síntomas de fiebre. Y tampoco bebiste. Vamos. . ., dime de qué se trata, sea lo que sea.

-¿No estás satisfecha?

-No, quiero saber más, quiero saberlo todo.

-Muy bien. Pero antes quiero que sepas que no tengo que envidiarle nada al patrón de Oakland, para el que trabajé antes. Y realmente soy un hombre de negocios, por si te lo pregunta alguien que maneje un carro de verduras. Bueno, ahora te lo contaré, pero aún no comprendo cómo los hombres de Glen Ellen no me colgaron por eso. Creo que estaban dormidos, porque antes nadie había caído en una cosa semejante en la ciudad. Escucha atentamente: ¿sabes de esa fábrica de ladrillos de fantasía que se está terminando de instalar, y que producirá ladrillos refractarios al fuego, de esos que se colocan en las paredes? Bueno, estaba inquieto por los seis caballos que me devolvían, que no me producirían nada y que me dejaban en la miseria. Tenía que conseguir trabajo para ellos en alguna parte, y entonces me acordé de la fábrica de ladrillos. Rumbeé el pingo hacia allí y conversé con el químico japonés que se encarga de los experimentos. Allí estaban los capataces disponiéndolo para que todo esté listo cuando comiencen a trabajar. Observé el terreno. Habían abierto un pozo de barro...., con la misma greda blanca en el interior que hemos visto sacar más allá de los ciento cuarenta acres, en el lugar de los tres rincones. Se trata de un camino cuesta abajo de cerca de una milla, que dos caballos pueden salvar con facilidad. En realidad, la parte más difícil del trabajo será la carga de las carretas vacías, sobre el mismo pozo. Después até el potrillo y comencé a hacer cálculos. El japonés me dijo que el gerente y otros dos personajes muy importantes llegarían en el tren de la mañana. No le dije nada a nadie pero me agregué a la comisión que iba a recibirlos, y cuando apareció el tren, estreché la mano del burgomaestre ... ; aquel era de un tipo que debiste conocer alguna vez en Oakland, un boxeador lento de tercera clase, que se llamaba..., a ver. .., "el Gran Billy" creo que le decían en los medios deportivos, y que ahora se le conoce como Guillermo Roberts. Bueno, les extendí la mano muy satisfecho y fui con ellos hasta la fábrica de ladrillos, y por lo que conversaban comprendí de qué manera se hacían las cosas. Cuando llegó la oportunidad les hice la proposición. Me sentía asustado ante la perspectiva de que yo estuviera arreglando el asunto del transporte de carros. Pero comprendí que no se trataba de eso cuando me pidieron mis números. Los sabía de memoria y uno de los grandes escopeteros que había allí los apuntó en una libreta.

-El trabajo comenzará en seguida -me dijo mirándome fijamente-, ¿qué clase de elementos tiene usted, señor Roberts?

-Sólo tengo a Hazel y Hattie, pero son demasiado pequeñas para un trabajo tan pesado, pero de inmediato puedo enganchar catorce caballos a siete carros -les dije-, y si quieren más todavía se los conseguiré.

-Dénos un plazo de quince minutos para considerarlos, señor Roberts -dijo él.

-Bueno -le respondí creciendo en importancia-, pero antes déjeme decirle un par de cosas.. Quiero un contrato por dos años: todo depende de eso. Si no no podrá hacerse nada.

-¿Y por qué en esas condiciones? -me dijo.

-Por la descarga. Estamos sobre el terreno y se lo puedo demostrar.

Y así fue como lo demostré. Les dije lo que perdería si ellos persistían en su plan, y que la dificultad estaba en la pendiente del terreno que había que bajar y subir para luego salir de allí.

-Lo que tiene que hacer -les dije- es levantar el depósito ciento cincuenta pies más alto, hacer el camino alrededor del pie de la colina y colocar un puente de setenta u ochenta pies.

-Y esa manera de hablar, Saxon, les causó efecto porque era clara. Sólo pensaban en ladrillos y yo en el transporte. Esperé durante una media hora mientras lo pensaban, de la misma manera que aguardé angustiado a que tú me dieras el sí cuando me declaré. Y me puse

a revisar los cálculos, pensando lo que podría rebajar si fuese necesario. Les había dado los precios comunes de la ciudad y estaba dispuesto a rebajarlos. Entonces regresaron.

-Los precios deben ser más bajos en el campo -dijo el hombre que parecía el más importante de ellos.

-No, señor -le respondí-. Este es un valle donde se cultiva uva. No se recoge mucho heno y forraje para los animales del lugar. Hay que traerlo del valle de San Joaquín. En San Francisco podría comprarlos más baratos si pudiera marchar hasta allí para cargarlos.

-Eso les sorprendió mucho. Era cierto y lo entendieron. Pero si hubieran preguntado por los salarios de los conductores y por el precio de los herrajes, me hubiera derrumbado, porque no hay unión de trabajadores del campo ni de herradores, y el alquiler es bajo y todas esas cosas son bastante baratas. Esta tarde, por ejemplo; tuve que regatear bastante con el herrero que está frente a la casilla de correos para conseguir una rebaja de veinticinco centavos para herrar cada caballo. Pero no se preocuparon por preguntarlo, ya que sólo pensaban en los ladrillos.

Billy palpó el bolsillo interior del saco, extrajo unos papeles que tenían todo el aspecto de ser legales y se los entregó a Saxon.

-Aquí está el contrato de todo lo que se convino -dijo-, con precios y descuentos por multas. Vi al señor Hale en el pueblo y se lo enseñé. Me dijo que estaba bien. Entonces me sentí contento. Estuve en el pueblo, fui a Kenwood, Lawndale y a todas partes, vi a todo el mundo y observé todas las cosas. Los caballos de las canteras terminan su trabajo esta semana, el viernes precisamente. Comenzaré a trabajar con todo el equipo el miércoles que viene, y transportaré leña para los edificios y todo lo demás. Y cuando tengan lista la greda también la trasportaré. Pero aun falta lo mejor. No podía tener comunicación directa con Kenwood y Lawndale, y mientras esperaba revisé los números. No podrás imaginar qué había sucedido. Cometí un error sumando en alguna parte, y 'había pedido el diez por ciento más de lo que deseaba. ¡Eso es como encontrar dinero en la calle! Y si ahora quieres tener un par de hombres más para trabajar en las hortalizas, no tienes más que pedirlo, aunque sé que nos vamos a ver apretados en los dos meses próximos. Acepta el préstamo del chino, dile que le pagarás el ocho por ciento de interés y que sólo lo necesitaremos por dos o tres meses.

Cuando Billy la dejó a Saxon, que la había abrazado 'muy fuertemente, comenzó a pasear al potrillo para tranquilizarlo. De pronto se detuvo tan bruscamente que su espalda chocó con el hocico del animal. y hubo algo vivaz en lo que siguió. Saxon aguardó, sabiendo casi con absoluta certeza que algo nuevo se le había ocurrido al marido.

-Dime -le dijo Billy- ¿entiendes algo de cuentas de banco y de cheques?'

XXI

Durante una alegre mañana de junio Billy le dijo a Saxon que se pusiera sus ropas de montar para probar un caballo de silla.

-Pero no antes de las diez -le respondió su mujer-. Para entonces ya habré despachado el carro en su segundo viaje.

A pesar de la amplitud de la empresa, de su capacidad ejecutiva y del sistema de trabajo que tenía, le quedaba bastante tiempo libre. Podía visitar a los Hale, lo que le resultaba encantador, y sobre todo ahora que los Hastings estaban de regreso y que Clara pasaba mucho tiempo con su tía. En ese ambiente amable Saxon se encontraba a sus anchas. Y comenzó a leer, pero a conciencia. Y le sobraba tiempo para la lectura, para su labor de aguja y para atenderlo a Billy, a quien acompañaba en muchas de sus salidas.

Billy se hallaba mucho más ocupado que Saxon, porque el trabajo que tenía que hacer era más desperdigado y diverso. Y también observaba el corral de la casa y los caballos que Saxon utilizaba. En realidad, se había convertido en un hombre de negocios, aunque la señora Mortimer descubrió algunas filtraciones en sus cuentas, y entonces, ayudada por Saxon, pudo convencerle de que llevara libros de contabilidad. Todas las noches, después de cenar, ambos se engolfaban en los libros. Y después, sentados en el sillón bajo, que se empeñó en comprar ni bien tuvo el contrato con la fábrica de ladrillos, ella se sentaba en sus rodillas, pulsaba el ukelele, o sino hablaban largamente de lo que tenían entre manos o de lo que proyectaban hacer.

-Me estoy mezclando en la política, Saxon, porque conviene, conviene mucho. Si para la primavera que viene no tengo media docena de yuntas trabajando en los caminos y cargando con el dinero del condado, entonces me volveré a Oakland y le pediré un puesto a mi patrón.

Pero Saxon no se quedaba atrás.

-Realmente van a construir ese nuevo hotel entre Caliente y Eldridge. Y también se habla de un gran sanatorio en las colinas.

O sino, otras veces, decía:

-Ahora que has colocado la cañería en ese acre, debes permitirme que lo aproveche para las hortalizas. Te lo arriendo. Aceptaré tu propio cálculo por la alfalfa que se pueda producir allí y te entregaré todo lo que obtenga en el mercado por esas cosas, menos lo que cuesta su crecimiento.

-Perfectamente, úsalo -le respondió suspirando apenas-. Ahora estoy demasiado atareado para andar en eso.

Le dolía porque casi era una claudicación, ya que había terminado de instalar la cañería y de hacer los canales para el riego.

-Será lo mejor, Billy -le dijo ella mimosa, ya que sabía que el ensueño de más espacio era muy fuerte en Billy-. Tú no sabes perder el tiempo con un acre. Allí están los ciento cuarenta. Si el viejo Chavon se muere alguna vez los compraremos. Además, en realidad pertenecen al campo del Madroño. Al principio todo era uno.

-No deseo la muerte de nadie -murmuró Billy-. Pero sólo lo utiliza para el pastoreo de unos pocos animales inferiores, y no hace ninguna otra cosa allí. He observado cada palmo de esa tierra. Por lo menos tiene cuarenta acres en las tres partes donde no hay árboles, y por detrás agua en las colinas. Podría obtener tanta cantidad de forraje que te cortaría la respiración. Y además hay cerca de cincuenta acres que tienen pastos, árboles y sitios elevados donde dejaría pastar a mis yeguas de cría. Los cincuenta acres que restan son de arboleda densa con lugares bonitos para cazar animales silvestres. Y esos viejos corrales de adobe están en muy buen estado. Con un tejado nuevo podrían cobijar a cualquier número de animales durante el mal tiempo. Y ahora tengo que conformarme con alquilar esos pobres pastos detrás de Ping para mantener descansados a los animales. En vez, si los tuviera podrían correr por los ciento cuarenta acres. No sé si Chavon me los arrendaría.

O sino, ya menos ambicioso, decía:

-Mañana iré a un despellejamiento en Petaluma, Saxon; hay un remate en el campo de Atkinson y tal vez consiga algunas gangas.

-¡Más caballos!

-¿Acaso no tuve dos yuntas que trasportaban leña para la nueva bodega de vinos? Y Berney tiene el lomo en malas condiciones. Deberá descansar durante mucho tiempo para quedar en

buen estado. Y Bridget no hará ningún trabajo nuevamente. Ya estoy viendo que quedará mal. La he cuidado y curado pero no hay nada que hacer. Y algunos de los otros animales deben descansar. Algunos están así por la fatiga que tuvieron que soportar, especialmente esa yegua gris. El ruano grande casi se ha vuelto loco. Todos creían que sufría de los dientes pero no se trata de eso. Está loco, simplemente. . . Siempre es negocio cuidar a animales cómo los caballos, porque son la cosa más delicada que anda sobre cuatro patas. Y alguna vez, si encuentro la manera de hacerlo, despacharé un vagón lleno de mulas para el condado de Colusa, de las grandes, dé las pesadas, tú ya las conoces. En ese valle se venden como si fueran pasteles calientes . . . Y no las necesito.

O sino, durante una conversación más ligera, la interrogaba:

-Dime, Saxon, haciendo cuentas, ¿cuánto crees que valen Hazel y Hattie? Es decir, ¿cuál sería su precio correcto en un mercado?

-¿Por qué?

-Te lo pregunto..

-Bueno. .., digamos, lo que pagaste por ellas ... : trescientos dólares.

-Hum -estaba muy serio-, valen mucho más, pero supongamos que sea así. Y ahora, volviendo a las cuentas, supongamos que me haces un cheque por trescientos dólares. . .

-¡ Oh, ladrón!

-No puedes despedirme ¿Acaso no me diste un cheque cuando permití que llevaras grano y heno en mi carro? Y en tus cuentas te aferras mucho a cada centavo que tienes -bromeó-. Y si eres una mujer de negocios debes cargar esos dos caballos a la cuenta de tu negocio. No los uso para nada desde hace mucho tiempo.

-Pero las yeguas serán tuyas -dijo ella-. Además no me puedo permitir el lujo de tener yeguas de cría en mi negocio. Hazel y Hattie pueden ser desenganchadas del carro en cualquier momento, ya que son de una calidad muy superior para realizar esa tarea. Y tienes que tener los ojos bien abiertos para conseguir una yunta que pueda reemplazarlas. Te daré un cheque pero ninguna comisión ...

-Muy bien -dijo Billy-, Hazel y Hattie vuelven a mi poder y debes pagarme el alquiler que corresponde por el tiempo que las utilizaste.

-Si me impones eso, cargaré en la cuenta la manutención de los animales -le amenazó Saxon.

-Si lo haces, te cobraré los intereses del dinero que invertí en ellas.

-No puedes hacerlo -rió Saxon-, porque se trata de un bien ganancial.

Billy gruñó espasmódicamente, como si el aliento se le. hubiese cortado.

-Es un directo en el plexo solar -dijo- que me tumba sobre el suelo para toda la cuenta. Pero, dime, ¿son palabras dulces, no es cierto? ¿Bienes gananciales? -pronunció las palabras con fruición-. Cuando nos casamos mi ambición más alta era un puesto fijo y algunos trapos, además de unos pocos-muebles que terminaríamos de pagar cuando ya estuvieran semigastados. Si no hubiese sido por ti no habría ningún bien ganancial.

-¡Qué tontería! ¿Qué hubiese podido hacer yo sola? Sabes perfectamente cómo ganaste el dinero con que empezamos aquí. Pagaste los jornales de Gow Yun y Chan Chi, los del viejo Hughie y de la señora Paul y ... ¿a quién lo debemos todo?

Extendió sus dos manos y le acarició los hombros, y luego le palpó los bíceps musculosos.

-¡Estos son los que han hecho todo, Billy!

-Diablos, tu cabeza anda realmente mal. ¿Para qué sirven mis músculos si no existe una cabeza para manejarlos? ¿Para golpear "tiñosos", inquilinos, para doblar los codos sobre el mostrador de un despacho de bebidas? Lo único inteligente que hice alguna vez fue unirme a ti. Sinceramente, Saxon, tú me formaste, me hiciste.

-¡Diablos! -le imitó Saxon como le gustaba a él-, ¿y dónde estaría yo si tú no me hubieras sacado del lavadero? Por mí misma no hubiese podido salir adelante. Era una muchacha indefensa. Y todavía estaría allí si no fuese por ti, Billy. La señora Mortimer tenía cinco mil dólares, pero yo te tenía a ti.

-Una mujer no tiene las mismas posibilidades que un hombre para marchar adelante -dijo él generalizando-. Te diré una cosa: era necesario que lo hiciéramos entre ambos. Fue un

trabajo para una pareja y nos alternamos en la carrera. Si nos hubiésemos separado, tú aun estarías en el lavadero y yo, con mucha suerte, sólo entrenaría una yunta durante todo el día y seguiría rodando por salas de baile de inferior calidad.

***

Saxon estaba de pie junto al padre de todos los madroños y veía cómo Hazel y Hattie arrastraban la carreta cargada de hortalizas, cuando Billy apareció montado sobre una yegua alazana en cuyo pelo resplandecían los rayos dorados del sol.

-Tiene cuatro años de edad, la vida le sobra por los cuatro costados, y no tiene ninguna maña -dijo deteniéndose al lado de su mujer-. La piel es como papel de seda, la boca es muy suave, pero es capaz de dejar muy chiquito al equino más recio: mira los lomos y el hocico que tiene. La llaman Ramona. .., y debe ser un nombre español. Desciende de Morellita, y es de verdadera raza Morgan.

-¿Y ellos la venderán? -dijo Saxon apretándose las manos, embargada por un deleite inexpresable.

-Por eso te la traje, para mostrártela.

-¿Pero cuánto quieren por ella? -a Saxon le parecía imposible que una maravilla semejante pudiese pertenecerle.

-Eso ya no es cosa tuya -le respondió Billy un poco bruscamente-. La fábrica de ladrillos, y no el cultivo de las hortalizas, pagará por ella. Será tuya si sólo dices media palabra.

-Te lo diré dentro de un minuto.

Saxon trataba de subirse al animal, pero éste se alejaba nervioso.

-Tenla hasta que la sujete -dijo Billy-. Lo malo es que no es muy paciente.

Saxon apretó con fuerza las crines y las riendas, puso un pie entre las manos unidas de Billy y de pronto se encontró sobre la yegua.

-Está acostumbrada a las espuelas -dijo Billy-. Es la manera española, y entonces no debes reprimirla. Haz que marche suavemente, y háblale. Pertenece al gran mundo ¿sabes?

Saxon asintió con una inclinación de cabeza y atravesó el portón en dirección al camino. La saludó a Clara Hastings con un gesto de la mano cuando pasó frente a la entrada de Trillium Covert, y después siguió por el desfiladero de Wild Water.

Regresó con Ramona trotando a un paso agradable, enfiló hacia el fondo de la casa pasando frente a los gallineros y a los cultivos de fresas, y finalmente se reunió con Billy sobre la margen, donde éste ató el caballo a la sombra mientras fumaba un cigarrillo. Juntos observaron el prado, que ya había dejado de serlo, a través de un claro entre los árboles. Aquél se encontraba dividido con exactitud matemática en franjas cuadradas, oblongas y angostas que mostraban los mil matices de color verde de los cultivos de hortalizas. Gow Yun y Chan Chi, debajo de enormes sombreros chinos fabricados con hierbas, plantaban cebolla de verdeo. El viejo Hughie, con la hoz en la mano, arrastraba los pies a lo largo de la arteria principal de la corriente de agua, abría alguna compuerta lateral y cerraba otra. Desde el cobertizo donde se guardaban las verduras, detrás del corral, llegaban unos golpes de martillo que indicaban que Carlsen estaba encajonando las verduras. La alegre voz de soprano de la señora Paul se elevaba en el aire y se mezclaba con los trinos de los pájaros. Un fuerte ladrido descubría el lugar donde se encontraba Possum, que estaba permanentemente en guerra con las ardillas, fuera de sí, rabioso. Billy chupó largamente el cigarrillo y siguió contemplando el prado. Saxon adivinó por su manera de moverse que existía alguna dificultad. Con una mano tomó las riendas y la fusta, y con la otra lo acarició a Billy. El miró primero a la yegua y después, lentamente, posó sus ojos sobre Saxon.

-Uff -dijo como si quisiera comenzar a andar-, los prochugueses de San Leandro no tendrán nada que enseñarnos cuando comencemos el cultivo intensivo. Fíjate cómo circula el agua, y a veces me parece tan bien que siento la tentación de meterme con pies y manos y dejarme arrastrar por la corriente.

-¡Oh, si tuviéramos una absoluta seguridad con toda el agua que se necesita para un clima como éste! -exclamó Saxon. -No debes asustarte si alguna vez las lluvias te hacen una mala pasada. Aquí tenemos el arroyo Sonoma. Nos bastará con una bomba de extracción a nafta.

-Pero nunca tendremos que hacerlo, Billy. Hablé con "Madera Roja" Thompson. Vive en el-valle desde el cincuenta y tres, y dice que nunca se perdieron las cosechas por la sequía. Siempre tendremos nuestras lluvias.

-Vamos a dar una vuelta a caballo -dijo él de pronto-. Ha llegado el momento.

-Bueno, iré pero si me dices qué es lo que te perturba.

Billy la miró rápidamente.

-Nada -gruñó-. Y si sucede algo ¿qué importancia tiene? Tarde o temprano lo sabrás.

Tendrías que verle al viejo Chavon. Tiene una cara tan larga que cuando camina se golpea el mentón contra las rodillas. Está enloquecido por esta mina de oro.

-¡Mina de oro!

-Su pozo de greda se está quedando vacío. Obtenía veinte centavos por cada yarda que le compraba la fábrica de ladrillos.

-Eso quiere decir que tu contrato se termina -Saxon se dio cuenta de la magnitud del desastre-. ¿Y qué dice la gente de la fábrica?

-Están muy preocupados, pero guardan el secreto. Están empleando a gente para hacer pozos en todos los promontorios, y el japonés se pasa examinando el polvo que le traen. El barro que necesitan es muy especial y no se encuentra en todas partes. Los expertos que informaron sobre el pozo de Chavon se equivocaron de medio a medio. Tal vez por pereza no estudiaron mucho el asunto. De cualquier manera calcularon que en el lugar había cierta cantidad de greda que no es la exacta. Y ahora tienen dolores de cabeza. Ya nos arreglaremos de alguna manera, aunque eso no pueda remediarse.

-Pero yo sí que puedo hacer algo -dijo Saxon-. No compraremos a Ramona.

-No tienes nada que ver con ese asunto -le respondió Billy-. La compro, y lo que vale no debe mezclarse con todo este juego. Siempre tengo mis caballos para vender. Pero eso terminará con el dinero que gano, y el contrato de la fábrica era gordo.

-¿Pero si pudieras hacer algo con ellos en los trabajos de los caminos del condado? -le sugirió Saxon.

-Estaba pensando en eso, precisamente. Tengo los ojos bien abiertos. Existe la posibilidad de que se reanude el trabajo en la cantera, y el hombre que antes se encargaba de hacerlo se marchó a Puget Sound. ¿Y qué hay si tenemos que vender la mayor parte de nuestros caballos? Tú tienes aquí el negocio de las hortalizas. Es algo sólido. Sucederá que no correremos tan de prisa por un tiempo, en el peor de los casos. Y el campo ya no me asusta. He aprendido las cosas a medida que iban apareciendo. En cualquier villorio podría ganarme la vida. ¿Y ahora a dónde quieres ir con el animal?

XXII

Cruzaron el portón al galope, y al pasar el puente produjeron un gran estrépito, y dejaron atrás a Trillium Covert enfilando en dirección a las primeras estribaciones del desfiladero de Wild Water. Saxon ya había escogido su terreno en el gran macizo de las montañas de Sonoma, y lo había convertido en el objetivo de la cabalgata.

-Te diré una cosa: esta mañana, cuando iba a arreglar lo de Ramona, me enteré de algo -dijo Billy olvidando por un momento la perturbadora cuestión del pozo de greda-. Tú conoces los ciento cuarenta acres. En el camino me encontré frente al joven Chavon ..., y no sé qué me dio y nos pusimos a hablar, creo que de patos .. ., y de pronto le pregunté si creía que el viejo me arrendaría los acres. ¿Y sabes qué me dijo? Que no son del viejo. Sólo los alquila. Es por eso que allí se ve ganado. Es como una cuña que se mete en su propiedad, ya que es el dueño de los tres campos que la rodean. Más tarde me encontré con Ping, que me dijo que Hilyard es el dueño y que estaba dispuesto a vender el campo, y la única dificultad está en que Chavon no quiere pagar el precio que le piden. Después, al regresar, fui en busca de Payne. Es un pequeño herrero que tiene la espalda deformada por una coz. . ., y se está ocupando de transferencias de tierra. Me dijo que seguramente Hilyard estaría dispuesto a vender y hasta le había encargado que se ocupara de la venta. Ya Chavon había pastado mucho tiempo el campo con sus animales y no consentiría en otro período de arrendamiento.

Cuando dejaron atrás el .desfiladero de Wild Water, dieron vuelta con los caballos y se detuvieron-al borde de las aguas, y desde allí contemplaron los rincones densamente cubiertos de árboles de los ciento cuarenta acres.

-Todavía los conseguiremos -dijo Saxon.

-Con toda seguridad -dijo Billy de una manera despreocupada-. He estado mirando otra vez el gran corral de adobe. Es lo que conviene para una buena cantidad de caballos. Sin embargo ni Chavon ni yo podremos estar inmediatamente en el mercado para realizar esa compra por la cuestión de la greda.

Cuando llegaron al terreno que Saxon había escogido, y que parecía propiedad de Thompson, ataron los caballos y avanzaron a pie. El heno recién cortado era apilado por el dueño del lugar, que los saludó alegremente. Era un día sin nubes ni viento, y buscaron resguardarse del sol bajo los árboles. Para conseguir eso encontraron un caminito.

-Es la huella de una vaca -dijo Billy-. Apostaría que conduce a un pequeño pastizal entre la arboleda. Sigamos por aquí. Un cuarto de hora después, a varios cientos de metros de un promontorio, aparecieron sobre un espacio abierto cubierto de hierbas, con un suelo que no tenía aspecto montañoso. La mayor parte de los ciento cuarenta acres se encontraba debajo de ellos a dos millas de distancia. Contemplaron las copas de los árboles en los rincones de aquel campo. Billy quedó tieso, con la vista fija en aquella extensión de tierra codiciada. Saxon lo imitaba.

-¿Y eso qué es? -dijo la mujer señalando hacia los rincones-. Arriba del pequeño desfiladero, a la izquierda, justo debajo del pino inclinado.

Billy vio una marca blanca en el muro del desfiladero.

-Es algo nuevo que no conozco -respondió-. Creía conocer cada palmo de estos lugares, pero hasta hoy nunca lo había visto. Durante el comienzo del invierno estuve allí, en el extremo del desfiladero. Es terriblemente agreste. Los costados del desfiladero están densamente cubiertos de árboles.

-¿Qué es? -preguntó Saxon-. ¿Un desmoronamiento?

-Tal vez. Debe haberse producido por lluvias fuertes, si es que no me equivoco . . . -Billy se interrumpió y se olvidó de las palabras, intensamente interesado ante lo que veía-. Hilyard vende a treinta el acre -comenzó a decir otra vez desarticuladamente-. pero todo junto, la tierra buena y la tierra mala, tal cual está. Es decir que son cuatro mil doscientos. Como Payne es nuevo en este negocio, conseguiré que me reduzca la comisión con el fin de tener las mejores condiciones posibles. Podríamos conseguir nuevamente los cuatrocientos de Gow Yum y más dinero aún con mis caballos y carros ...

-¿Pero vas a comprarlo hoy? -bromeó Saxon.

Eso apenas le sacó de su ensimismamiento. La miró como si no estuviera a su lado, y se olvidó inmediatamente de lo que había escuchado.

-Hay que trabajar con la cabeza -murmuró Billy-, y si es que ahora no …

Y comenzó a descender del promontorio siguiendo la huella que habían dejado las vacas. Luego recordó la presencia de Saxon y le acarició los hombros.

-Vamos, Apúrate. Quiero subir a caballo y ver eso.

Caminó por la huella y cruzó el terreno muy rápidamente, y Saxon no tuvo tiempo de hacerle preguntas. Casi no podía respirar en su esfuerzo por caminar a la par de él.

-¿Qué pasa? -le preguntó cuando la ayudó a subir al animal.

-Tal vez todo sea una broma. .., después te lo diré -y la dejó sobre la silla de Ramona.

Al llegar abajo galoparon, y para descender las suaves pendientes trotaron a paso corto, y sólo cuando llegaron hasta las estribaciones del desfiladero de Wild Water descendieron para caminar. Billy ya no se encontraba preocupado, y Saxon aprovechó la ocasión para hablar de un tema que pensaba desde hacía algún tiempo.

-Clara Hastings me dijo el otro día que van a dar una fiesta en la casa. Estarán los Hazard, los Hall y Roy Blanchard ...

Lo miró a Billy con ansiedad. A1 escuchar el nombre de Blanchard, su cabeza se agitó como si hubiese escuchado un toque de corneta. Una sonrisa comenzó a entremezclarse lentamente con el azul nebuloso de sus ojos.

-Hace mucho tiempo, desde que le dijiste a cualquier hombre que se tuviera en pie . . . -dijo ella con intención.

Billy volvió a mostrar una expresión mansa.

-Oh, perfectamente -dijo de una manera burlona-. Roy Blanchard puede venir. Se lo permito. Todo aquello quedó muy atrás. Además, estoy demasiado ocupado para entretenerme con esas cosas.

Apuró el caballo y, ni bien descendieron la pendiente, marcharon al trote. Al pasar frente a Trillium Covert galopaban. -Antes tendrás que quedarte para almorzar -dijo Saxon cuando se aproximaban al campo del Madroño.

-Tú te quedarás -le respondió-. Yo no quiero almorzar.

-Pero deseo ir contigo -le rogó ella-. ¿Qué sucede? -No me atrevo a decírtelo. Anda tú y come.

-No hasta que me lo hayas dicho -respondió la mujer-. No hay nada que me impida que siga contigo.

Media milla más adelante dejaron el camino principal, desfilaron delante de una puerta automática que Billy había instalado y cruzaron el camino cubierto por un polvo gredoso. Ese camino llevaba al pozo de greda de Chavon. Los ciento cuarenta acres quedaban hacia el oeste. En medio de una nube de polvo se veían dos carretas que se aproximaban.

-Tus carros, Billy -dijo ella-. ¡Piénsalo! Mientras paseas a mi lado sigues ganando dinero sólo con la cabeza.

-Pero si hasta siento. vergüenza cuando pienso cuánto dinero gano fácilmente todos los días con cada uno de esos carros -reconoció él.

Se apartaron del camino hacia las verjas, por donde se entraba a los ciento cuarenta acres, pero en ese instante el conductor del carro más grande les gritó "¡Hola!", y los saludó de lejos con la mano. Detuvieron sus caballos y esperaron.

-El ruano grande está desatado -dijo el conductor al de. tener el vehículo junto a ellos-. Paiece completamente loco. . ., muerde, se agita y da coces. Se desprendió de las monturas como si fuera de papel. Le dio un mordisco a Baldy y le hizo una herida del tamaño de un plato, y también se hirió a sí mismo y se rompió una pata trasera. Fueron los quince minutos más horribles que viví en mi existencia.

-¿Está seguro de que se rompió la pata? -preguntó Billy ansioso.

-Sí, seguro.

-Bueno, después de descargar, dese una vuelta por el otro corral y saque a Ben. Está allí. Y también lleve un arma. Sammy tiene una. Usted mismo puede arreglar lo del ruano grande. Yo no tengo tiempo ahora ... ¿Por qué Mateo no puede ir con usted por Ben? Así ganarán tiempo.

-¡Está esperando por allí! -respondió el conductor-. Me dio a entender que yo podría conseguir a Ben.

-¿Y a la vez perder tiempo, eh? Bueno, a ver si se mueven. -Hay que ser así -le dijo a Saxon cuando reanudaron la marcha sobre los animales-. No saben nada, no tienen cabeza, ésa es la dificultad con los que ganan dos dólares por día.

-Eso es lo que valen -respondió Saxon con rapidez-. ¿Qué esperas encontrar por dos dólares?

-También eso es cierto -admitió Billy-. Si tuvieran más cabeza estarían en las ciudades como los otros, que son mejores que ellos. Pero éstos son igualmente un lote de piedras. No se dan cuenta de las grandes oportunidades que hay en el campo, o tal vez no gusten de esta vida.

Billy desmontó y descolgó los tres barrotes, entró con su caballo y colocó nuevamente los barrotes.

-Cuando consiga ese campo colocaré un portón aquí -dijo-. Se paga por si mismo en muy poco tiempo. Son mil pequeñas cosas como ésta las que suman mucho cuando se las considera en conjunto -suspiró con satisfacción-. No tenía la costumbre de pensar en esas cosas, pero cuando dejamos Oakland comencé a despertar y a hacerlo. Aquellos prochugueses de San Leandro fueron los que me abrieron los ojos por primera vez. Antes había vivido como dormido.

Bordearon el más bajo de los tres campos y avanzaron sobre el heno maduro sin segar. Con evidente disgusto Billy señaló el cerco roto, mal reparado y sembrado que había sido pisoteado por el ganado.

-Son cosas a la antigua usanza -dijo-. Y mira la cosecha pobre, la tierra mal arada, un ganado de lo peor, la semilla mala, el cultivo malo. Hace ocho años que Chavon lo cultiva, y

el campo nunca tuvo un descanso, y nunca le echó ningún fertilizante, salvo los animales inmediatamente después de que el heno se había terminado.

Más adelante, en una cañada, se encontraron con un grupo de animales.

-Mira alrededor, Saxon. Es una calamidad. Debería haber una ley que prohibiese la existencia de animales así. No me extraña que con una tierra tan pobre Chavon deba recurrir a su pozo de greda para pagar las contribuciones y los intereses. No puedo conseguirlo con el fruto de la tierra. Fíjate por ejemplo en esos ciento cuarenta acres. Cualquiera podría arrancarle montones de monedas de plata. Y te lo demostraré.

A la distancia pasaron frente al gran corral de adobe.

-Si se hubiesen gastado unos cuantos dólares en el momento oportuno, se hubieran ahorrado cientos para reparar el tejado -dijo-. Bueno, de cualquier manera no pagaré ninguna mejora cuando lo compre. Además, este campo tiene mucha agua, y si desean que alguna vez en Glen Ellen crezca algo tendrán que venir a verme para el abastecimiento del líquido.

Billy conocía muy bien el campo y cortaba camino entre los árboles, caminando sobre las huellas producidas por el paso del ganado. En cierta ocasión frenó bruscamente al caballo y ambos se detuvieron. A una docena de pasos, justo enfrente de ellos, había un zorro rojo de gran volumen. Durante medio minuto el animal los miró fijamente, como si quisiese adivinar la intención de ellos con ayuda de su olfato sensible. Después, se echó a un lado sobre sus plantas aterciopeladas y se perdió entre los árboles. -¡Hijo del diablo! -exclamó Billy.

Cuando se acercaron a Wild Water, cabalgaron a través de una estrecha franja de tierra lisa. En el centro había un estanque. -Ahí tienes una reserva natural de agua para cuando Glen Ellen comience a comprar el líquido -dijo él-. ¿Ves allí el extremo más bajo? ..., no creo que cueste mucho hacer un pequeño dique. Y podría colocar cañerías de toda clase entre las filtraciones de las montañas. Y el agua valdrá dinero en este valle, y no será dentro de mil años. .. Y todos esos marmotas no se dan cuenta ... Y los ingenieros ya andan por el valle para instalar una línea eléctrica desde Sausalito, con un ramal que llegue hasta el valle Napa.

Llegaron al pie del desfiladero de Wild Water. Se inclinaron bastante hacia adelante sobre los caballos, y se deslizaron por una pendiente grande a través de enormes pinos, hasta que llegaron a un caminito antiguo y olvidado.

-Este camino fue abierto allá por el cincuenta -dijo Billy-. Lo descubrí de casualidad. Y ayer le pregunté a Poppe. Nació en el valle. Dice que sirvió para llegar a una mina falsa, a través de Petaluma. Los agiotistas se dieron cuenta de la maniobra y debieron robar a unos cuantos. ¿Ves allí esa extensión lisa que en parte está desnivelada? Allí establecieron el campamento. Colocaron los tablones directamente debajo de los árboles. El suelo liso era más grande, pero las aguas del arroyo lo fueron invadiendo poco a poco. Poppe me dijo que allí se produjeron un par de asesinatos y hasta un linchamiento.

Se inclinaron sobre los cuellos de los animales y avanzaron por la huella de las vacas hasta salir del desfiladero, y entonces atravesaron una tierra agreste hasta llegar a los árboles.

-A ti, Saxon, que siempre andas buscando cosas bonitas, te mostraré algo que te pondrá los

pelos de punta . . ., ni bien pasemos esta arboleda.

En ninguna de sus travesías Saxon había observado una vista tan hermosa como la que vieron al dejar atrás la arboleda. El estrecho camino casi borrado se convertía en una alfombrilla roja sobre el suelo suave del bosque, plantado con árboles de madera roja y de robles arqueados. Parecía como si todas las variedades de árboles y enredaderas del lugar se hubiesen confabulado para formar aquel techo de hojas: arces, grandes madroños, laureles y robles gigantescos, escalonados, entrecruzados y ocultos por enredaderas silvestres. Saxon le mostró a Billy un conjunto de helechos. Parecía que todas las pendientes se reunieran allí para formar una cuenca boscosa, natural, fabulosa. El suelo que pisaban parecía esponjoso por el agua. Un invisible hilo de agua murmuraba debajo de la amplia fronda. A cada lado se veían paisajes de ensueño. Los árboles gigantes y californianos de madera roja se agrupaban silenciosos e imponentes.

Finalmente, después de avanzar otro cuarto de hora, ataron las cabalgaduras al borde del estrecho desfiladero que se internaba en la selva del lugar. En un claro de los árboles Billy señaló la copa de un pino inclinado.

-Está justamente por debajo de él -dijo-. Debemos seguir por el lecho del arroyo. No hay huellas ni sendero, pero pueden verse muchas pisadas de ciervos que cruzaron el arroyo. Tendrás que mojarte los pies.

Saxon reía gozosa caminando sobre las piedras y chapoteando el agua, agachándose para avanzar sobre los troncos de Los árboles caídos.

-En realidad no hay ningún lecho de rocas en toda la montaña -dijo Billy-, por eso la corriente se hace cada vez más profunda. Y eso es lo que come continuamente los bordes.

Después, la subida se hizo cada vez más difícil, y por último se detuvieron en una pequeña hendidura.

-Espera aquí -dijo Billy, y se echó boca abajo y se arrastró hacia arriba, como si estuviera trepando por un árbol caído.

Saxon esperó hasta que ya no oyó ningún rumor, ningún ruido. Aguardó diez minutos más y luego siguió por el camino que Billy había abierto. Donde el tránsito sobre el suelo del desfiladero se hacía imposible, encontró lo que seguramente eran las huellas de los ciervos, que bordeaban el camino en una dirección determinada, como un túnel a través de la verde y cerrada espesura. Miró un instante al pino inclinado, cuya copa casi estaba a la altura de su cabeza, del lado opuesto, y reapareció en medio de un pozo de agua' clara, en una especie de cuenca de barro. Era de origen reciente y se había formado por el desmoronamiento de la tierra y de los árboles. A través del estanque se elevaba una pared blanca y simple. Billy estaba sobre el tronco de un árbol. Tenía muy cerca al pino inclinado.

-Puedo ver el escaso pasto de tu campo -le gritó-. No es de extrañar que nadie se preocupara jamás de desagotar esto. Sólo desde aquí puede verse. Y tú lo viste primero que nadie. Espera a que baje y te lo diré. Antes no podía comprenderlo.

No se necesitaba mucha agudeza para comprender el asunto. Saxon sabía que "eáo" era el barro precioso que necesitaba la fábrica de ladrillos. Billy dio una vuelta muy amplia y llegó al muro del desfiladero, yendo de árbol en árbol, como si descendiese por una escalera.

-¿No te parece que es una maravilla? -dijo eufórico mientras saltaba al lado de Saxon-. Mira, está escondido, cuatro pies debajo del suelo, donde nadie puede verlo; esperaba, simplemente, a que nosotros descubriéramos el valle de la luna. Y recién entonces parece que se despellejó algo para que pudiéramos verlo.

-¿Es el barro verdadero? -preguntó Saxon con ansiedad.

-Podrías apostar tu dulce existencia. He manejado tanto de ese material que podría reconocerlo hasta de noche, sólo con restregarlo entre las manos . . . , así . . . Y te podría decir si es o no por el sabor que tiene. Comí bastante durante el transporte. Aquí

es donde comienza nuestro juego ... Desde que llegamos a este valle nos estrujamos los sesos, pero ahora el camino es fácil...

-Pero tú no eres el dueño -le recordó Saxon.

-Bueno, pero no tendrás cien años antes de que sea tuyo.

De aquí voy directamente a lo de Payne para comprometer la granja.... ¿una opción, entiendes?, y mientras se escritura buscaré el dinero. Tendremos otra vez cuatrocientos de Gow Yum, y pediré prestado todo lo que pueda sobre los carros y caballos, sobre Hazel y Hattie, sobre todo lo que pueda valer algo. Y luego le daré todo eso a Hilyard, además de una

hipoteca. Y después... , como quien arrebata un caramelo a un chico .... haré un contrato con la fábrica por veinte años de duración, a veinte centavos la yarda o tal vez más. Cuando lo vean estarán locos de alegría. Y no habrá fastidio para nadie. Por lo menos, hay doscientos pies al descubierto. Todo es de greda, y tiene un manto de tierra encima.

-Pero echará a perder la belleza del desfiladero al cargar la greda -dijo Saxon un poco alarmada.

-No, sólo el rincón. El camino llega hasta allí por el otro lado. Desde el pozo de Chavon queda a sólo media milla. Haré el camino y cargaré el costo al transporte de los materiales, o sino lo hará la fábrica de ladrillos y les cobraré el transporte al mismo precio que antes. Tal vez tenga que comprar más caballos para el trabajo.

Se sentaron tomados de la mano, cerca del estanque, y hablaron de los detalles.

-Saxon -dijo después de una pausa-, canta "Días de la cosecha", ¿quieres?

Cuando terminó de hacerlo le dijo:

-La primera vez que me cantaste esta canción, regresábamos de aquella fiesta campestre, íbamos en tren ...

-Fue el primer día que nos conocimos -dijo ella-. ¿Qué pensabas de mí?

-Lo que pensé después..., que me estabas destinada. Lo pensé inmediatamente, durante el primer vals... ¿Y tú qué pensabas de mí?

-Me hice unas cuantas preguntas antes del primer vals, cuando nos presentaron y nos estrechamos la mano..., me preguntaba si tú serías el hombre. Estas fueron las palabras exactas que cruzaron mi mente: "¿Será él el hombre?".

-¿Y te parecí ... bien? -le preguntó.

-Siempre me pareció de esa manera. Siempre tuve buena vista.

-Escucha, Saxon -dijo escapando de la conversación-, durante el invierno que viene, si todo marcha en forma, ¿qué te parece si visitamos Carmel? No habrá tanto trabajo para ti con las hortalizas, y yo estaré en condiciones de tener un capataz.

Le sorprendió la falta de entusiasmo de Saxon.

-¿Qué tendría de malo? -le preguntó rápidamente.

Tenía los ojos bajos y las palabras balbuceaban en sus labios cuando ella dijo:

-Ayer hice algo sin pedirte permiso. Billy aguardó.

-Le escribí a Tom -añadió confesando tímidamente. Billy seguía esperando, pero no sabía qué.

-Le pedí que nos despachara la vieja cómoda..., la de mi madre..., ¿la recuerdas?..., la que quedó a su cuidado...

-Oh, pero no veo que... -dijo Billy aliviado-. Necesitaremos la cómoda ¿no es cierto? Y podemos pagar los gastos de transporte.

-Eres un tonto encantador ... ¿No sabes qué hay dentro de la cómoda?

Billy meneó la cabeza, y ella, casi musitando, agregó

-Las ropitas de la criatura.

-¿No? -exclamó Billy.

-Sí.

-¿Seguro?

Saxon inclinó la cabeza. Tenía las mejillas encendidas, llenas de color.

-Eso es lo que deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo, Saxon. Desde que llegué a este valle, últimamente he

estado pensando mucho en eso -tenía la voz tomada y por primera vez Saxon vio lágrimas en los ojos de Billy-. Pero después de lo que hice, del infierno que armé, yo.'.. Nunca insistí, no te dije ni una palabra sobre eso. . . Pero lo quería .... lo deseaba como . . .

Abrió los brazos y la apretó contra su pecho, y el estanque que estaba frente al desfiladero conoció un silencio lleno de ternura.

Saxon sintió la mano cálida de Billy sobre sus labios. Billy la obligó a volver la cabeza, y juntos miraron hacia un rincón, donde un gamo y un cervatillo los miraban, hacia abajo, desde un pequeño claro entre los árboles.

NOTAS

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO IV

[1] nombre con que se señala a los irlandeses en los E.E. U.U.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO VIII

[1] Nombre que seda en los E.E. U.U. a los que traicionan las huelgas.